



CAMILLA *Fava*

Sì, accepto

EL CONTRATO

Sí, acepto
El contrato

Sí, acepto
El contrato

Camilla *Fava*

© CAMILLA FAVA, [2019]

ISBN-13: [978-956-401-190-5]

Todos los derechos Reservados.

Para Bárbara, Karina y Jaime.

Índice

Prólogo.....	13
Imperio.....	31
Asistente.....	51
Firme aquí.....	71
Apariencias.....	91
Decisiones.....	113
Así de simple.....	131
Rebecca Griffin.....	149
Tomando el control.....	171
Socias.....	194
Presente.....	215
Caída.....	237
Cambio de mando.....	259
Agua caliente.....	279
Acción de gracias.....	303
Miami.....	323
Confianza.....	345
Verdades.....	373
Te quiero.....	401
Revelaciones.....	427
El beso.....	450
Sobre la autora.....	481
Agradecimientos.....	483

Prólogo

New York se ha convertido en los últimos años —por méritos propios— en la capital económica y cultural más importante del mundo. Ofrece un ambiente y un estilo de vida único que no se podría describir, hay que vivirlo y disfrutarlo.

Asistir a un musical en Broadway, pasar una noche en Time Square, recorrer de un lado a otro el Puente de Brooklyn, disfrutar de una tarde de compras en la Quinta Avenida, o sentirte como un bróker en Wall Street, son algunas de las cosas que sólo se pueden hacer en la Gran Manzana.

Ser una princesa en esta ciudad es algo común, uno de los estados más adinerado del país, donde la apariencia es lo más importante aparte de tu trabajo, con quien y donde vives. Todos los lujos que puedas imaginar se encuentran en esta ciudad. Pero llegar a ser una Emperatriz, ese sí es un privilegio.

Vivir en Manhattan es estar en el apogeo, ser parte del noventa por ciento de las atracciones de este estado. Para eso debes ser de esas personas que le gusta divertirse, disfrutar de las fiestas, buena compañía y soportar la ciudad que nunca duerme. Por otro lado, vivir en Brooklyn es de ricos, las viviendas más hermosas y caras se hallan en ese distrito, de ahí salen los grandes artistas de La Gran Manzana, si bien no hay que engañarse... Ahí no están los más grandes empresarios de la ciudad.

Nosotros vivimos en Long Island, alejados de todo el ajetreo de la ciudad y no solo eso, tenemos una mansión en *Old Westbury*, el barrio residencial más adinerado de New York. Aquí disfruto de todas las comodidades que una mujer se pueda imaginar; todo lo que quiero, lo tengo.

Para lograr tener este estilo de vida sin caer en el intento, no es fácil, debes ser digna de llevar todo el peso que esto significa. Para mi han sido dos años de entrenamiento esforzado, porque para una chica que no tenía nada en este mundo, es difícil acomodarse a vivir así, menos con los compromisos que esto representa. Querer ser la emperatriz conlleva perder tu libertad, dejar cosas atrás y sacrificar lo que más deseas o quieres en el mundo.

Mi esposo es uno de los empresarios más reconocidos del país, disfruta de hacer negocios y le gusta aparentar lo que tiene. Sí, exacto, él no anda siendo humilde por ahí, le gusta mostrar sus logros y dice que yo soy uno de ellos.

Aunque para ser quien soy hay que ser perseverante, inteligente y callada si es necesario, porque caer en los chismes y la envidia, te puede destrozarse en un chasquido de dedos.

Para ello se me ha impuesto una serie de normas a seguir, debo ser rigurosa con cada paso que doy y cada palabra que sale de mi boca, es mejor aprender esa lista de memoria para no ser la carnada de muchos. Mi marido jamás perdonaría que aquello ocurriera; soy la mujer perfecta, la emperatriz del gran emperador de la ciudad y solo es gracias a seguir las reglas y mantenerme en la línea, solo hablar cuando es necesario. Que repetitivo, lo sé, pero es muy importante tenerlo en claro, si bien no podrás tener mi puesto.

Sí, exacto, como acabas de leer: Yo soy la emperatriz y reina de New York.

No es cosa de firmar un papel, olvidar tu pasado y recordar las normas, hay que seguirlas paso a paso, ya que una pequeña equivocación causa problemas, lo que es igual a estar fuera.

Tranquilos, no soy la única mujer casada con un excéntrico multimillonario que desea una

esposa *florero*, somos muchas y si queremos seguir siendo importantes dentro de la elite, no debes olvidar ni un punto.

Es así como cada mañana, al despertar, se debe poner en marcha cada medida que salga en esa lista:

1. *Levantarse a las siete de la mañana, tomar una ducha de hidromasaje, secarse con las mejores toallas procurando no lastimar la piel. Ponerse las mejores cremas hidratantes, una para cada parte del cuerpo: piernas, vientre, brazos, cara, manos, pies. Finalmente ponerse la bata de seda que se halla pulcramente colgada en su sitio como cada día.*
2. *En el cuarto, que ya ha sido cuidadosamente ordenado por mi asesor personal y una chica del servicio, sobre la cama se encontrará la ropa elegida con anterioridad; la emperatriz no se hace cargo de ello. Se viste sola procurando que todo esté en perfectas condiciones antes de llamar al asesor. La clave es estar Perfecta. JAMAS usar ropa que no sea de diseñador.*
3. *Maquillaje sencillo, nada recargado, una sombra de ojos en tonos tierra, rímel, un labial solo de brillo y algo de color en las mejillas. Cabello suelto los lunes, martes y jueves. Miércoles y viernes algún tocado a elección dependiendo del vestido.*

Lo más importante y fundamental en las reglas de mi esposo:

4. *SIEMPRE LLEVAR DIAMANTES. No importa donde, pero deben estar a la vista. En el tocador se encuentran cajas de terciopelo, solo elegir, a voluntad, las necesarias para la ocasión.*

La prioridad siempre está en mis anillos de compromiso y matrimonio, los cuales demuestran cuanta preocupación tiene mi esposo en lo que refiere a nuestra unión. Luego se puede elegir entre gargantillas, colgantes, pendientes de lágrimas, aretes o brazaletes ostentosos. Se encuentran desde piezas únicas en el mundo a algo sencillo para días recatados. No se escatima en gastos. Sí, sé lo que piensan.

Siguiente norma:

5. *Después de asegurarse que todo se halla perfecto, dejar abrigo y/o accesorios sobre la cama para que la chica del servicio venga por ellos. La emperatriz debe ir a tomar desayuno. Una buena alimentación la mantiene saludable y llena de energía para seguir un día en New York.*

Cinco reglas sencillas, ¿no? Nada fuera de lo común si piensan en el mundo en que me muevo.

Avanzo lentamente por el pasillo iluminado con grandes ventanales y el barandal de cristal que deja apreciar el primer piso, directamente a la sala. Observo como una de las chicas del servicio limpia con detención el hermoso piano de cola. Bajo las escaleras para llegar a mi propósito.

Mi marido mandó a construir esta mansión hace algunos años, antes de conocerme y especificó que quería todas las comodidades que se pudiera tener junto con la pulcritud, es decir, blanco y cristal.

Es una casa de dos pisos, de siete habitaciones, sala, comedor, cocina, sala de estar, biblioteca, sala de video, gimnasio, locación para los empleados y una pequeña cabaña para invitados que quieran estar retirados de la mansión. Espacios amplios dando la posibilidad de no tener que chocar con todo el que transita por esta vivienda. ¿Creen que es mucho? No se imaginan que otras cosas podría detallar.

Al final de las escaleras me encuentro con Arthur, el mayordomo, que como siempre, me saluda con un asentimiento de cabeza preguntándome si necesito algo. Le regalo una sonrisa y

negando su ofrecimiento siguiendo mi camino hacia la cocina donde suelo encontrar a Susie, una de las domésticas y Zoe, la cocinera quien me da los buenos días preguntándome que tomaré hoy.

¿Qué simple no? Nada de acercarme a tostar el pan o preparar un café, no toco nada de esas cosas, solo para llevármelas a la boca.

En el comedor de diario, una mesa de vidrio con seis sillas recubiertas de cuero color marfil, se halla Matthew Griffin Larson, un hombre correcto, serio, dominante, persuasivo cuando es necesario, un empresario multimillonario dueño de hoteles, resorts, casinos y próximamente viñedos en Europa. Ese hombre impecable, de traje Armani, sentado cómodamente tomando su desayuno, leyendo el periódico y ajeno a mi inspección, es mi esposo.

Saludo al personal, pido fruta fresca, tostadas y un té, camino firme escuchando el taconeo hasta sentarme en una silla frente al hombre. Éste levanta la vista regalándome unos buenos días sin expresión en el rostro. Le correspondo tomando la servilleta de tela para colocarla en mi regazo. Sé que Matthew está escaneando cada parte de mi apariencia y acciones, cuando se siente satisfecho, vuelve al periódico.

—¿Te hacen falta más joyas? —pregunta sin dejar de leer.

—No, ¿por qué?

—Llevas el mismo colgante que ayer —murmura pretendiendo que nadie lo escuche, me encojo de hombros.

Llevo un sencillo colgante con un diamante de un centímetro de diámetro y unos pendientes con cuatro de estas piedras en diferentes tamaños. Eran de las piezas más recatadas, si bien hacen juego con el vestido verde agua ajustado a mi cuerpo.

—Me gusta este, pero si quieres que lo cambie o comprar uno nuevo, puedo pasar esta tarde...

—No. Sabes que a mí me gusta comprarlas —me interrumpe, solo asiento— ¿Qué harás hoy?

—En la mañana pasaré por Armani para retirar tus trajes, luego por la Boutique, con Melanie, para buscar unos vestidos y para la tarde no tengo nada planeado. —Matthew asintió.

—Quiero que almorcemos juntos. Después de pasar donde Melanie, me llamas.

—Claro —contesto mientras dejo que Susie coloque el té frente a mí—. Pensé que podríamos invitar a Peter y Melanie a una cena este miércoles, podrías terminar antes con los contratos de los viñedos y él no tendría excusa para volver temprano a casa. —Matthew sonrío por primera vez esa mañana.

—Bien planeado, señora Griffin, lo dejo en tus manos —asiento con una sonrisa satisfecha.

Poco después se pone de pie agradeciéndole a la cocinera por el desayuno, se gira contemplándome unos segundos y luego desearme un buen día y confirmar que lo llamaré esta tarde, desaparece por la puerta. Trago el bocado de pan y llamo a Zoe para planificar el menú de la semana.

Después de haber planeado todo, hasta la cena para nuestros invitados, vuelvo a mi cuarto a lavarme los dientes. Me miro en el espejo, me siento perfecta aun cuando mi esposo haya dicho que me he puesto un diamante dos ocasiones seguidas. No me di cuenta, frunzo el ceño ante mi descuido. Vuelvo a observar mi reflejo de cuerpo entero antes de salir. Como siempre, en la entrada me esperan Arthur y mi asesor para ayudarme con el abrigo y Samuel, el guardaespaldas, con la puerta del auto abierta.

En la entrada de la casa está mi coche, un BMW X3 plateado, fue el último regalo de Matthew, no podía llevar un auto de más de dos años; era exactamente igual al anterior, por petición mía, solo cambiaba el color. No le doy importancia, muy pocas veces he manejado ya que siempre es Samuel quien me lleva. Subo a la parte trasera luego de despedirme de mi asesor quien no me

acompañará hoy, espero a que el guardaespaldas se dé la vuelta para subir al volante. Me pregunta a donde vamos y le doy las indicaciones.

Las siguientes normas dentro del contrato van después de salir de la residencia. Tengo obligaciones, no solo me quedo en casa a disfrutar de la vida, no, debo demostrar ser digna de ocupar mi puesto como la señora de Matthew Griffin. No lo negaré, fue difícil en un comienzo, pero cuando le tomas el ritmo, puedes incluso superar sus expectativas.

Aquí es donde entran en juego los paparazzi, ellos se encuentran constantemente vigilando que des un paso en falso lo cual puede bajar un punto a la popularidad del multimillonario. Sin embargo, conmigo están frustrados, no he dado que hablar en estos años y tampoco lo haré en un futuro. Para eso debo cuidarme, estar alerta, no prescindir de mi guardaespaldas y siempre estar perfecta, ser la envidia de las demás mujeres en sociedad. Jamás defraudar al hombre que me ayudó. Regla número seis:

6. *Nunca salir del coche antes de verificar que todo permanece como corresponde. Es preferible seguir minutos adicionales dentro antes de pasar algún inconveniente y dar de qué hablar. Para eso todos los autos de la residencia llevan vidrios polarizados.*
7. *Es la emperatriz de New York, eso quiere decir que no debe rebajarse a los demás ciudadanos, es mejor que ellos. Todos pueden admirarle, eso sí, ella no a ellos. Usar lentes de sol, la cabeza erguida y un paso lento pero firme, que los tacones suenen en las veredas de Manhattan. Si alguien tiene el honor de recibir buenas palabras de su parte, deben ser recatadas.*

Samuel abre la puerta del todoterreno ofreciéndome la mano para bajar. Primero le entrego mi cartera, luego la mano y bajo con elegancia. El cabello cae sobre mis hombros, los lentes oscuros, negros, del mismo color de los zapatos junto al bolso, y la manicura perfecta en mis manos. Una pequeña sonrisa de agradecimiento y un momento de gratificación al percibir de reojo a la gente detenerse a mirar. Mi esposo estaría orgulloso.

Mi guardaespaldas me entrega la cartera y cierra la puerta del auto, camina junto a mí para entrar a la tienda de *Armani* donde me recibe uno de los vendedores. Me quito los lentes mirándolo fijamente, el chico abre los ojos de la sorpresa, disculpándose y corre hacia el interior de la tienda. Samuel espera en la entrada vigilando que nadie ingrese, este es mi momento y espacio por lo cual no debe ser interrumpido. Todos lo saben.

Un minuto después aparece un hombre alto, de cabello cano, ojos azules y una agradable sonrisa, el administrador. Me ofrece la mano a la cual correspondo, me invita a sentarme confirmando que mi visita es para retirar los trajes a medida para mi marido. Le regalo una sonrisa mientras asiento.

El hombre nuevamente desaparece mientras hecho un vistazo al lugar. Me intereso por unas camisas de nueva temporada, al tocarlas son de excelente calidad, perfectas para mi esposo. Cuando el hombre regresa con el pedido, mi guardaespaldas se acerca para tomarlos, pido que también agregue dos camisas blancas y me dispongo a pagar. Cuando veo la cuenta río entre dientes, hace dos años hubiera muerto de un infarto al ver esa cuenta, sin embargo, solo uno de mis vestidos costaba eso: 3.960,00 dólares.

Luego de pagar y agradecer regresamos al coche, Samuel se encarga de guardar las compras en el maletero, vuelve a abrirme la puerta y luego de ingresar al lado del piloto, toma dirección a la boutique de la reconocida diseñadora Melanie Reeve.

Esa mujer es la esposa de uno de los socios y amigo de Matthew, Peter Reeve. Con él es con quien negocia un nuevo rubro, los vinos. Han investigado los mejores terrenos para trabajar la

tierra y hace unos meses han encontrado grandes hectáreas en la Toscana, Italia. Aún falta trabajo, el cual está impacientando a mi esposo, así que esa cena que estoy planeando podrá ayudar a unas horas de adelanto mientras distraigo a la mujer de su socio, una de las razones de la demora. Lo que ella dice, se hace.

La boutique se encuentra en la Séptima Avenida cerca de Central Park, una tienda llamativa donde solo entran personas que tengan más de mil dólares en efectivo. Melanie es la creadora de todos los diseños en su interior, cada uno de ellos exclusivos, ninguno posee más de dos prensas iguales por lo que te aseguras de que no será fácil encontrar a alguien con lo mismo que tú.

Hace un buen tiempo es ella quien se encarga de mi vestuario tal como lo ordenó mi esposo. Crea todo tipo de vestidos y luego solo me pregunta por colores y citas para probarlos, aun cuando ya tiene mis medidas.

Samuel desciende del auto dando la vuelta hasta mi puerta, esperando paciente, con esta abierta y la mano extendida, a que baje con su ayuda.

Una chica de baja estatura, ojos y cabello castaños me saluda mientras abre las puertas de cristal, me ofrece algo para beber mientras espero; Mel se halla con un cliente que no demorará en salir. Rechazo su oferta sentándome en uno de los sofás estilo siglo XVIII que hay en la entrada. A mi derecha una puerta barroca donde se encuentra el taller y hacia la otra dirección un mesón donde se encuentra la secretaria que me recibió.

No espero mucho cuando sale mi amiga junto con otra mujer a quien no conozco, si bien, ella me reconoce a mí. Paso sin que me invite a entrar, es algo que mi esposo siempre expone: quien manda es el cliente, y la seguridad que demuestrés es lo que dejará visto para como seas atendido. También hay un detalle importante: soy socia capitalista.

El taller es completamente blanco: paredes, cortinas, escritorio, sofá, mesa, todo, ya que lo que resalta son los colores de las maravillosas telas que importa y los diseños que expone para recrearse. En uno de los rincones de la habitación hay muestras de telas, colgadas desde el techo reflejando la caída que tendrían en el cuerpo de una mujer.

Me intereso por una tela rojo pasión, es hermosa y se me ocurre que sería perfecta para un vestido que combinara con el Ferrari de mi marido. Sería la envidia de muchas si me vieran bajar de aquel deportivo, y con el atractivo multimillonario. Sonríe de solo imaginarlo. Me giro para recibir a la extrovertida señora Reeve, que viene a hacia mí para saludar con dos besos como acostumbra.

—Espero no hayas tenido que esperar mucho, esa mujer no se decidía por los modelos —dice mi amiga mientras me invita a sentar en el sofá en medio de la sala.

—No te preocupes, acabo de llegar. ¿Dónde están los modelos? —pregunto, estoy ansiosa, quiero verlos.

—Déjame que los busque en el armario —Melanie corre hacia una puerta corrediza donde guardaba todas sus creaciones—. *¿Te ha gustado la tela roja?* —Pregunta desde el interior.

—Sí, un vestido de día.

—¿Cuándo mandarás a confeccionar unos pantalones? Con esas piernas se verían perfectos — comenta la diseñadora mientras cuelga en un perchero a mi lado las fundas con los encargos, yo sonrío.

—Sabes que a Matthew le gusta que lleve vestidos.

—Algún día deberías revelarte y hacer lo que tú quieras —sentencia mi amiga, me río por lo bajo—. Bien, aquí los tres largos de gala. Me gustaría que te los probaras.

Asiento poniéndome de pie dejando mi cartera y abrigo en el sofá. Abrimos la primera funda

donde hay un vestido largo de satén y organza azul. Bajo el busto lleva un diseño con brillos en tres tonos de azul diferentes, la parte de arriba va cruzado en el cuello luego en la espalda terminando en dos finas cintas del mismo satén. Cuando me lo pruebo me queda perfecto, la espalda descubierta es hermosa y el movimiento que hace la organza al moverme hace de este algo muy lúdico.

El siguiente es de una capa de tela de algodón y una organza con diseño, unas flores lilas y verde, bajo el busto también tiene un corte que separa el sostén y tirantes del resto que cae con ondas perfectas.

Melanie parecía más entusiasmada que yo con los modelos, debo admitir que esta mujer sabe hacer bien su trabajo. Antes de que lograra quitarme el segundo, ya me entrega el siguiente —el pedido de mi esposo. Matthew quería que tuviera un vestido plateado con incrustaciones de diamantes, con mi amiga habíamos elegido la tela y logrado esa obra de arte que ahora tenía sobre mi cuerpo. Un hermoso satén pegado a la figura con diseño de pliegues y diamantes. Debía agradecerle que fueran pocos, solo de recordar el vestido de novia me daba escalofríos.

Mientras me quitaba el hermoso diseño, Mel apareció con otra funda. La miro con el ceño fruncido, solo pedí tres, no cuatro. Le pregunto de que trata y su única respuesta fue tenderme el envoltorio y decir “regalo”.

Al sacarlo me encontré con una prenda de color blanco con terminaciones en colores rojo, verde y azul que se mezclaban entre sí. Dos hileras de cristales que simulaban un cinturón bajo el busto y sin tirantes. Era precioso, una autentica creación, el único inconveniente...

—¿Corto?! Sabes que Matthew no lo aceptará.

Un vestido maravilloso, pero extremadamente corto, estaba segura que jamás usé algo así. Llegaba mucho más arriba de la rodilla, dejando una cola tapando el trasero. No, definitivamente no podía ponerme eso, aun cuando Melanie insiste en que a lo menos me lo pruebe.

—Es un regalo de mi parte, solo llévatelo y si algún día te lo quieres probar, bien. Tal vez en un futuro necesites algo menos recatado.

—Como unos cuantos pantalones que llegaron a mi armario, no creas que no lo noté —mi amiga ríe entre dientes.

—¡Vamos, solo llévatelo! —Niego.

—Si mi esposo ve esto, se enojará.

—¡Oh, cielo santo! ¡No entiendo porque ese hombre te obliga a usar vestidos no más arriba de la rodilla! —grita Melanie sin preocuparse si alguien nos oye.

—Sabes lo que es ser la mujer de Matthew Griffin —insisto sin levantar la voz.

—Lo sé, ya me lo has dicho, pareciera como si ese hombre nunca te hubiera visto desnuda y quiere a toda costa apartar la tentación.

Me sonrojo, rápidamente comienzo a vestirme para salir de ahí. Escucho bufar a mi diseñadora estrella mientras se aleja para darme algo de privacidad. Suspiro mirando el vestido blanco, es hermoso.

Entre las dos guardamos las prendas en su funda correspondiente, me da algunas ideas para zapatos y maquillaje, ya que sabe que de joyas no podemos hablar. Me interroga sobre modelos de día y quedamos en cuatro diseños incluyendo el rojo. Le comento sobre la cena que prepararemos para ella y su esposo, feliz acepta comentando que llamará en ese momento a Peter para saber si estará libre. Nos despedimos con un beso en la mejilla, los vestidos los toma Samuel y me voy.

Busco mi celular en la cartera, marco el número personal de Matthew, espero a que conteste. Le informo que estoy lista, me pide que le entregue el móvil a Samuel para poder darle las

indicaciones a donde quiere que me lleve. Sin más le entrego el aparato a mi guardaespaldas, me recuesto en el asiento esperando que nos pongamos en marcha.

Las calles de New York siempre están atestadas de coches, aunque Samuel sabe cómo evitar cualquier congestión para llegar al gran edificio de *Infinite Fantasy*, sin embargo, esta vez sigue de largo. No me asusto debido a que confío en el hombre, especialmente si va con instrucciones de mi esposo.

Seguimos dos calles más allá hasta estacionar frente a un restaurante. Mi guardaespaldas se baja rápidamente para abrirme la puerta ofreciéndome su mano como ayuda y soporte, él también ha sido entrenado por el hombre de confianza de mi esposo. Los transeúntes que caminan hacia sus oficinas se giran a mirarme, yo no muestro expresión siguiendo de cerca a Samuel. Abre la puerta del local dejándome el paso.

Nos recibe un hombre alto y delgado que pregunta si soy la esposa del señor Griffin, intentando no mostrar expresión alguna, dejo que mi acompañante responda por mí. El encargado asiente pidiendo que lo siguiéramos. Me percató que el lugar estaba vacío sin contar la fuerte presencia del multimillonario sentado en una mesa para seis que ha sido acomodada solo para dos. Se levanta para saludar con un asentimiento y esperar a que tome asiento, luego vuelve a su puesto.

Como siempre comemos en silencio, solo se escuchan los cubiertos contra el plato y las copas chocando con la mesa de madera. Contemplo mi plato casi a la mitad cuando de reojo veo que Matthew se limpia con la servilleta de tela, la deja a un lado, apoya los antebrazos sobre la madera mirándome con intensidad. Tomo aire para enfrentarlo.

—¿Qué te parece el lugar? —pregunta con seriedad, con los ojos fijos en mí.

Observo a mí alrededor, es un lugar amplio, oscuro y con muchas separaciones. A un lado un gran bar de extremo a extremo donde trabaja un hombre con algunos licores sobre la barra. Unas puertas opacas que debían dar a la cocina. En conclusión, un lugar muy oscuro, pero se puede sacar provecho.

—Es grande, se ve que no solo es un restaurante con el tamaño del bar por lo que imagino que muchos trabajadores estresados deben bajar por una copa. Tiene varios privados y por lo que puedo apreciar son amplios para varias personas, eso ayudaría con tus reuniones de negocios. Lo que me sorprende es que esté vacío.

—No está en funcionamiento —contesta sin más. Frunzo el ceño.

—¿Qué hacemos aquí entonces? No creo que hayas contratado a todos ellos solo para que almorcemos, ¿o sí?

—¿Qué opinas de la decoración? —pregunta sin responder mi pregunta. Suspiro echando un vistazo otra vez al espacio.

—Bueno, es algo oscuro, no obstante, si cambiaran el color, algo más de luz artificial y vidrios, tal vez algunas arañas de cristal, podría parecer más grande de lo que es. Cambiar el mobiliario sería una opción; a lo menos que se mantenga como bar.

Mi marido asiente tomando el cubierto siguiendo con la comida. Sin más lo imito en silencio sin mirar nada más que mi plato aún con la carne y verduras. No pasa de un par de minutos cuando vuelve a hablar mirándome de reojo.

—El lugar es mío, necesito que te encargues de la decoración.

—¿Qué? —pregunto sorprendida dejando caer el tenedor—. ¿Ahora te abrirás al mundo culinario?

—Es una gran oferta pensando en los hoteles y resort. Ocuparé los menús para crear algo

nuevo —replica siguiendo con su comida, yo no puedo dejar de mirarlo—, Rebecca, come.

—¿Cuántos son?

—¿A qué te refieres? —me interroga ahora si mirándome de frente.

—¿Cuántos restaurantes son? —Ante mi pregunta, bufa dejando todo sobre la mesa y tomando la copa de vino tinto.

—Tres... Este, uno en Brooklyn y en San Francisco.

—¿Quieres que me encargue de los tres? —Con su típica sonrisa asiente limpiándose los labios.

—Exacto, sé que puedo confiar en tus gustos, has hecho excelentes trabajos antes, especialmente con la fundación.

No digo nada más. Vuelvo a centrarme en la comida pensando en todo el trabajo que tengo pendiente y como reordenar mi horario para incorporar este nuevo pedido de mi ambicioso esposo. Debo hablar con la organizadora de eventos con urgencia.

Eso me hace recordar las normas, no solo quedaban en esos siete puntos anteriores, existen otros tres que eran tan fundamentales como los que referían a mi presentación personal. Estos eran parte de la sociedad que obtengo con Matthew, si una de las tres no se cumple, en un tronar de dedos estaría con el divorcio en mis manos:

8. *El señor Griffin se encarga de los negocios y su esposa de representarlos en sociedad. Cada pedido es una orden y como tal no se puede negar, para eso disfruta de comodidades como mantener un **staff** para que cooperen en el proceso. La decoración y preparación de eventos sociales en beneficio de las relaciones para futuros negocios son parte de su trabajo y como tal debe ser perfecto.*

9. *Ser la encargada y rostro del área social y benéfica de Infinite Fantasy. Todos saben que Fundación **Plays and Grows** y cualquier gala o reunión benéfica, la representante es la señora Griffin, esposa de Matthew Griffin. Esta debe encargarse de demostrar autoridad.*

10. *Toda reunión dentro de la mansión Griffin es dirigida por la emperatriz de la gran Manzana, ésta deberá preocuparse que ningún asunto personal esté a la vista para que otro lo vislumbre. Debe ser una buena anfitriona y no dé de qué hablar.*

Esta podría ser la parte complicada de mi trabajo, nada puede fallar, no hay malentendidos. La elegancia y perfección son parte fundamental de toda la fachada. Pertenezco a una familia destacada de New York, reconocida como bella y armónica, nunca hay problemas ante el público, aunque dentro de casa se esté llevando a cabo la tercera guerra mundial. Somos la familia perfecta y una de las más adineradas de los Estados Unidos.

Cuando terminamos el postre, Matthew me ayuda a levantar. Tras nosotros vienen Samuel y Kyle enfundados en sus trajes y lentes oscuros. Busco los míos dentro de mi cartera colocándomelos antes de salir del lugar, al igual que hace mi esposo.

Ambos esperamos a que Samuel abra la puerta de mi coche, Matthew sin fijarse en mi persona pregunta que sigue en mi itinerario, a lo que respondo que vuelvo a casa. Por fin se gira despidiéndose hasta unas horas. Solo asiento para luego entrar al asiento trasero del BMW.

Por fin fuera del alcance de los transeúntes me dejo caer sobre los asientos de cuero suspirando después de una mañana intensa. Tenía que comenzar rápidamente a organizar mi agenda, la información que me entregaba mi esposo me dejaba agotada antes de poder ponerla a trote. Espero a que Samuel entre el coche después de intercambiar algunas palabras con Kyle y le

entrego mi celular para que lo conecte al sistema de audio.

En voz alta y clara doy el nombre de la secretaria de la presidencia de Infinite Fantasy. A los dos tonos contesta Layla.

—*Señora Griffin, buenas tardes.*

—Buenas tardes, Layla. Necesito en mi correo la confirmación de venta de la cadena de restaurantes que adquirió mi marido este último tiempo, también que te comuniques con los diseñadores que fueron hace un mes a la empresa y ver si tienen un espacio para trabajar conmigo.

—*Claro, señora Griffin, ¿algo más?*

—Mi esposo va en camino para que le tengas el café listo. Cualquier cosa te llamaré, adiós.

—*Hasta pronto, señora.*

Cuando la llamada se corta, doy el nombre de la fundación. Esta vez se escucharon varios tonos antes de que contestara la secretaria, bastante ineficiente a mi parecer. Suspiro cuando escucho su voz, miro a Samuel a través del espejo retrovisor, que al parecer piensa lo mismo que yo.

—*Fundación Plays and Grows, ¿en qué puedo ayudarle?*

—Ni siquiera debería identificarme, Betty, comunícame inmediatamente con Luke.

—*Se-señora Griffin, dis-disculpe es-estaba fotocopiando los documentos que...*

—Comunícame con Luke —insisto cerrando los ojos para calmarme—, y comienza a buscar otro trabajo, Betty.

Gracias al cielo no escucho más su voz y soy transferida a la oficina de Luke quien me responde rápidamente y pregunta qué es lo que pasa. Hablamos un tiempo sobre mis horarios y que modificaciones podíamos hacer para tener un espacio que me permitiera trasladarme al nuevo negocio de Matthew.

Finalmente dejo el trabajo en sus manos, con la promesa de comunicarse con mi asesor cualquier cosa. Antes de colgar le pido que busque una nueva secretaria. Ni siquiera le permito hablar cuando ya he cortado la llamada.

Entramos a *Old Westbury* justo cuando Samuel me devuelve el celular. Miro por la ventana las demás residencias del lugar hasta que entramos a nuestra propiedad.

En la puerta está Noah, otro de los guardaespaldas que por lo general se queda en casa a lo menos que tengamos algún evento donde necesitemos mayor seguridad. El chico abre mi puerta ofreciéndome la mano para bajar. Lo saludo con amabilidad como a todos mis empleados y me dirijo a la casa donde me espera en la puerta Arthur junto a Ryan, el único hombre que siempre me recibe con una sonrisa.

Esta es mi vida, he tenido que aprender a llevarla para no morir en el intento. Las reglas de Matthew son sagradas si quiero su protección y todo lo que eso conlleva. No necesito nada más.

¿Quién era yo antes de conocer a este hombre?

¿Eso importa?

Mi trabajo es ser la mujer más envidiada de todo el mundo. Una mujer correcta, fría, calculadora y deslumbrante. Ser la coronada emperatriz de Manhattan.

Yo fui elegida para mantener el imperio y todos los secretos de Matthew Griffin fuera del alcance de cualquier ambicioso. A cambio, él me da protección y todo lo que necesite. ¿No es un gran acuerdo?

¿Quién soy? Rebecca Griffin, la esposa de uno de los cinco hombres multimillonarios y más importantes de este país. ¿Quién era antes de conocerlo? No era nadie, Rebecca nació el día en que entró al edificio de Infinite Fantasy.

¿Me envidian? Tal vez sí, otros no, eso no me importa.

¿Secretos? Muchos. Todos tenemos secretos.

¿Compromiso? Esa es la mayor regla: no hay compromiso.

¿Amor? No me hagan reír, ¿Quién se enamora estos días?

¿Precio? Ahí está la clave... Fui vendida a un buen precio.

Imperio

La ciudad de New York está entre las tres aglomeraciones urbanas más grandes y pobladas del mundo.

Desde finales del siglo XIX es uno de los principales centros mundiales de comercio y finanzas. New York se caracteriza por ser cosmopolita, dadas sus influencias a nivel global en los medios de comunicación, en la política, en la educación, en el entretenimiento y la moda, justo en todo aquello en que ella no sabía nada. Estaba perdida.

Se detuvo en medio de la calle echando un vistazo al tráfico descontrolado de la ciudad. Entre sus manos el periódico, a cada paso más arrugado, perdía toda esperanza ya que, los avisos se acababan como también el día. Bajó la mirada cerrando los ojos con fuerza, esta era su última oportunidad y a la vez la más lejana. Era imposible que le dieran el empleo ahora que se detenía frente al gran edificio. ¿En qué pensaba cuando decidió gastar su último pasaje de autobús para llegar hasta ahí? Las manos le temblaban.

De reojo contempló el lugar. La Quinta Avenida agitada como siempre, justo en uno de los sectores más concurridos, así llamaba mayor atención, el gran edificio de *Infinite Fantasy* sobresalía entre los demás gracias a su altura y modernidad. Paneles de vidrio oscuro, más de cuarenta pisos y el reflejo del sol daba la sensación de estar en el Olimpo. Tomó aire antes de dar un paso y otro, uno más acercándose a la puerta que definiría su destino. Ahora sus piernas también temblaban.

Si el exterior era deslumbrante, dentro verdaderamente se sentía en el cielo. Las paredes y los pisos con franjas blancas y negras dando un estilo retro y moderno. Desde el techo colgaban cuatro arañas sobre el mecanismo de ingreso al lugar. Muchos deslumbraban con elegantes trajes, vestidos ajustados y con una tarjeta blanca en mano o colgando desde el cuello, todos esperando su turno para que el sistema reconociera su función en la empresa y dejarles el paso.

Hacia el lado derecho se apreciaba un sector despejado que se encontraba cerrado con un panel de vidrio y lo que parecía ser una puerta con dos grandes letras, prolijamente unidas por un gran círculo en medio: IF.

Se sintió observada, levantó la cabeza percatándose que uno de los guardias ceñía el entrecejo en su dirección. Un estremecimiento la hizo reaccionar dando algunos pasos en dirección contraria.

En el lado izquierdo se ubicaba la recepción, dos chicas, al parecer muy ocupadas, recibiendo a los extraños que necesitaban un pase de visita para entrar a las dependencias del lugar. Tragó en seco entendiendo que ese era el lugar, no sin antes volver a vislumbrar el lugar vacío que había tras esas dos puertas herméticamente cerradas.

Intentó alisar su falda marrón que llegaba bajo la rodilla. No tuvo tiempo de plancharla por lo que se podían apreciar algunas arrugas, no obstante, era lo mejor que conservaba entre las ropas que logró llevar con ella. Temerosa vigiló los movimientos de ambas mujeres tras el recibidor. Una de ellas concentrada en el computador enfrente y contestando llamadas con un aparato conectado a su oreja y el micrófono frente a su boca. No dejaba de teclear ni hablar, concentrada

en ambas cosas, a su opinión, muy eficiente debido a que ella no se percibía en esas condiciones. ¿Todo aquel que trabajara ahí debía tener esas aptitudes? Podría aprender, ¿cierto?

La otra chica recibía correspondencia, entregaba pases para ingresar a los organismos del edificio y atendía cualquier cosa que llegara en un segundo. Suspiró, sabía que era el lugar donde menos la escogerían de todos, pero ya estaba ahí. Lentamente se acercó exponiéndose vulnerable ante la despampanante rubia que tenía frente a ella: esbelta, bien vestida y maquillada para un trabajo como este. La chica le dio la bienvenida con una sonrisa cordial.

—Buenos días, ¿qué necesita?

—Ve-vengo por... Vengo por el aviso de trabajo en...

La rubia se estiró para poder examinarla de pies a cabeza. Se sintió cohibida por lo que bajó rápidamente la mirada al suelo como si fuera lo más interesante del lugar. La chica sentada al otro lado soltó aire antes de regresar a su postura de trabajadora eficiente y a detenerse los papeles sobre el escritorio.

—Las entrevistas fueron hace un par de horas... Si hubieras llamado antes, lo sabrías.

—Es que... So-solo llegué aquí ho-hoy y no he podido lla-llamar —tartamudeó intentando demostrar la confianza que no existía.

—Lo siento, ya pasó el tiempo, será para otra ocasión, si me disculpas...

—¿Sarah?

Tanto la rubia tras recepción y ella se dieron vuelta para encontrarse con una mujer mirándolas con el ceño fruncido. Como todos los que pertenecían a ese lugar, vestía pulcramente un traje de dos piezas de color marfil con una blusa blanca, su cuello y orejas eran adornados con finas perlas. El cabello lo llevaba tomado y un leve maquillaje que la hacía parecer más profesional de lo que debía ser. Su parada era determinante, confiada y capaz de intimidar a cualquiera, tal cual lo forjaba con la chica rubia detrás del mesón.

Al igual que la recepcionista, aquella mujer se quedó atenta en su vestimenta, algo absolutamente no apropiado para un lugar como aquel, ya lo sabía.

Cuando sus ojos se encontraron con esa fuerte mirada, cabello rubio y ojos claros detrás de unos lentes ópticos sin marco se quedó contemplando fijamente más tiempo del debido. Buscó en todo su ser no evadir sus ojos como hubiera hecho con otros, debía superar esos miedos si quería por lo menos salir con la frente en alto cuando le dijeran que no era apta para aquel lugar. Se estremeció de pies a cabeza.

La mujer asintió una vez, se giró hacia la recepcionista que seguía atenta. Se quitó los lentes un segundo para volver a colocarlos en su lugar, la escaneó de la misma forma y finalmente negó.

—Procura que el uniforme sea el correcto, sabes que solo se aceptan dos colores y sobriedad... Esas joyas están de más y ese escote dice más que mil palabras, ¿entendido?

—Sí, señora Wickham.

Contestó la rubia quitándose las pulseras de oro que llevaba en la muñeca guardándolas en alguna parte oculta de cualquier visitante. La señora Wickham volvió a detenerse en ella percatándose que seguía sin siquiera pestañar, tan quieta como si fuera parte del mobiliario.

—¿Tu nombre?

—Re-Rebecca, señora —se ruborizó al percatarse de que no había dado su apellido—. Rebecca Reed, señora.

—Bien, señorita Reed, sígame.

La señora Wickham avanzó a paso firme hacia el sector donde seguían los empleados, presentando su identificación para concurrir a su lugar de trabajo, sin embargo, la mujer siguió

hacia esa puerta de cristal con las letras entrelazadas. Al sentir que la chica no la seguía se giró mirándola con impaciencia.

Rebecca se estremeció corriendo para alcanzarla como un perrito asustado, no podía ni quería imaginar hacia donde la llevaba; no podía tratarse de un salón de policía, ella no había hecho nada, ¿o sí? El guardia de la entrada la detuvo luego de que la señora Wickham ingresara, ésta carraspeó llamando la atención del grandote informando que venían juntas, la credencial de visita se la pasarían luego. El hombre asintió levemente permitiendo el ingreso luego que la mujer pasara su credencial activando una luz verde demostrando que se hallaba registrada en el sistema operativo.

No esperaron más de cinco segundos a que las puertas del ascensor abrieran dejando a la vista un lujoso espacio casi del porte de su habitación alquilada. Para sorpresa de la chica un hombre alto, de tez oscura, cabeza rapada, con traje negro, camisa blanca y corbata negra las saludó con un asentimiento. Se sintió incómoda cuando éste se le quedó viendo más tiempo del debido. La mujer a su lado digitó un código y las puertas volvieron a cerrarse.

Temerosa se quedó alejada de ellos. Ninguno hablaba y tampoco parecían sentirse incómodos al respecto. Observó el panel donde anunciaba los pisos que dejaban atrás. Se sorprendió lo rápido que subían cuando vio el número 32 y 33 pasar rápidamente. Su cuerpo al completo se sobresaltó cuando una voz computarizada informó que iban a llegar a Presidencia. Dejó de respirar, no sabía en qué se metía.

Cuando el panel mostró el número 42 el ascensor se detuvo y la voz se volvió a escuchar: “*piso 42, Presidencia*”. Las puertas se abrieron dejando a la vista un gran vestíbulo en tonalidades blanco y gris. Frente a ellos una recepción para dos trabajadores, a cada lado una salita con sillones de cuero y mesas de vidrio sobre un sector de alfombra. Todo el resto del piso era de alguna piedra costosa.

Hacia ambos costados un pasillo que debía llevar a las oficinas, las cuales debían ser completamente privadas para el ojo espectador. El hombre tras ellas carraspeó sobresaltándola.

La mujer fue la primera en salir y luego le siguió Rebecca dando una ojeada de vez en cuando hacia atrás para verificar que el hombre la seguía de cerca. Respiró cuando éste tomó el pasillo del lado derecho.

Se apresuró en seguir a la señora Wickham que ya se encontraba junto a la chica de recepción; parecía ser más amistosa que Sarah, la rubia del vestíbulo principal. La chica de cabello corto y castaño, con un corte muy original, le regaló una sonrisa antes de prestar total atención en la señora Wickham.

Como si no estuviera presente comenzaron a charlar sobre asuntos del trabajo, algunos archivos de los cuales no entendía y luego de personas que debían trabajar en la empresa hasta que bajaron la voz para referirse a una persona en especial: Matthew Griffin. Por la expresión en sus rostros, algo no andaba bien con aquel hombre.

Justo en el momento en que se inclinaba para escuchar con disimulo, por el pasillo de la derecha apareció un hombre alto, vestido con un elegante traje a medida gris grafito. Llevaba corbata negra y camisa blanca, sin embargo, su ropa no era lo que llamaba la atención, sino esos profundos ojos castaños y su cabello oscuro azabache tan prolijamente arreglado hacia atrás.

El hombre demostraba ser el rey de ese piso, o quizás en todo el edificio. Conocía el suelo que pisaba y como cualquiera que interfiriera en su camino se movería para dejar que siguiera su rumbo sin interrupciones. Fue tan el estremecimiento, que inmediatamente se escondió tras la silueta de la señora Wickham, quien observaba precavidamente del hombre frente a ellas.

Para su sorpresa, tras ese sujeto intimidante, apareció el hombre moreno que subió con ellas en el ascensor. Rígido, con las manos detrás de la espalda, los pies levemente separados y ahora llevaba unos lentes oscuros, aun cuando no eran necesarias dentro del edificio.

Se estremeció cuando sintió la mirada fría y penetrante, a pesar de no ir dirigida a ella, sino a quien estaba delante. Podía distinguir fuego en ellos, algo le molestaba y necesitaba desquitarse con quien se interpusiera en su camino, solo se detuvo en el puesto vacío junto a la chica tras la recepción y nuevamente en la mujer que seguía como si nada frente a él.

—¿Ya se fue? —preguntó el hombre. Una voz profunda y fuerte, demandante.

—Al parecer sí...

—Necesito otra en cinco minutos, has algo, Charlotte —interrumpió sin siquiera fijarse en la presencia de Rebecca. La mujer suspiró corriéndose y dejándola enfrente.

—Bien, parece que tienes suerte. Te presento a Rebecca... —la mujer le miró con la intención de que terminara la frase al olvidar el resto.

—Reed —susurró la chica mirándola con timidez.

Sentía una necesidad de admirar al hombre firme enfrente, a la vez sentía miedo de que pudiera destruirla con solo una expresión de su rostro. Parecía ser de esos empresarios que derribaban todo a su paso sin importar cuantas cabezas cayeran y ella podía ser una de esas.

Su cuerpo comenzaba a traicionarla, temblaba como si se tratara de una película de terror. Sabía que la escaneaba, examinando cada centímetro de su presencia, si bien debía mirarlo demostrando confianza, le era imposible.

Lo escuchó carraspear, soltó todo el aire antes de levantar y contemplar esos ojos castaños querellantes. El hombre sacudió la cabeza con resignación mientras murmuraba algo por lo bajo, de seguro no le gustaba su cabello pelirrojo.

Se volvió hacia la secretaria.

—En una hora la quiero con el uniforme y presentable... Ya veremos si puede pasar la tarde.

Sin más se giró volviendo por donde había aparecido perdiéndose por una de las puertas que escucharon golpearse con fuerza. Todos en el vestíbulo quedaron en silencio, la señora Wickham la ojeó de arriba abajo, luego compartió un vistazo con la chica que ya tomaba su cartera y permanecía detenida junto a ella.

La mujer miró al hombre de tez morena que seguía en la recepción, éste asintió. Se volvió hacia las chicas, regalándole una sonrisa a Rebecca.

—Al parecer es tu día de suerte, demuestra que mereces este puesto. —Se fijó en su secretaria—. Ya escuchaste, Rachel, tienes una hora para cambiarla y enseñarle el funcionamiento de Infinite Fantasy. Éxito.

—Gracias —contestó la secretaria sonriendo con amabilidad; miró a chica asustada—, de prisa, no tenemos mucho tiempo y hay bastante por hacer.

—¿Puedes llevarlas, Kyle? —preguntó Charlotte Wickham, antes de adentrarse en el pasillo del lado izquierdo—, estoy segura que el señor Griffin no necesitará de tus servicios por ahora, lo mantendré ocupado.

—Claro, señora.

Rachel la tomó del brazo, guiándola de vuelta al ascensor seguidas por el hombre fornido.

* * *

Rachel se esmeró en hallar algo rápido y perfecto para un día de trabajo, solo necesitaban encontrar algo formal en tonos negro y blanco, colores que dictaban las normas de la empresa. Mientras tanto le informaba cada cosa importante que tuviese que tener presente al momento de

enfrentarse al puesto que llevaría a prueba.

El puesto al cual postulaba no era cualquier cosa, se trataba de ser la asistente del presidente y dueño del imperio Infinite Fantasy, es decir, ser tan o más rápida que el hombre en cuestión. Muchas intentaron ocupar ese puesto y pocas duraban más de una semana, tanto si se retiraban por inoperantes o por el hecho de no soportar al señor Griffin. El récord fue una chica que duró treinta y cinco días.

Rebecca escuchaba atenta a cada instrucción, a veces se perdía debido al acento de Rachel, de seguro inglés por la marcación en algunas palabras, o también cuando debía entrar al probador y perdía el volumen de su voz. Eso sí, siempre volvía al corriente intentando memorizar cada cosa que la chica creyera importante para sobrevivir una tarde con el temible emperador de Manhattan, como lo había denominado su compañera en unas cuantas ocasiones.

Tampoco perdía de vista a Kyle, quien las acompañaba silenciosamente como un perro guardián. No dejaba de preguntarse cuál era su función dentro de la empresa, hasta que Rachel la descubrió mirándolo y le informó que el moreno era el guardaespaldas privado del señor Griffin, se encargaba de asuntos confidenciales. Era de sorpresa que dejara su puesto para seguirlos.

Finalmente, la trabajadora de Infinite Fantasy se decidió por un vestido negro entallado que le llegaba a la rodilla y una blusa de manga corta de color blanco. Le dijo que se lo llevara puesto y que los gastos corrían por la empresa; si se quedaba, se descontaría de su primer sueldo y en el caso contrario, sería un lindo recuerdo por su estadía.

Rebecca a cada momento estaba más nerviosa recordando que se trataba de su última oportunidad, la cual no podía desperdiciar, ni intimidarse ante un hombre que parecía ser el diablo en la tierra. Tampoco se sentía cómoda con su nuevo atuendo, jamás llevaba una prenda tan ajustada a su cuerpo, nunca le gustó destacarse, no obstante, según Rachel era la ropa perfecta para llamar la atención del señor Griffin. Una buena presencia y eficiencia eran signo de aprobación.

Cuando volvieron al último piso del imperio de entretenimientos, fueron directamente tras el mostrador mientras Kyle asentía en silencio y seguía por el pasillo derecho sin decir una palabra, como fue el viaje de compras.

Rachel le mostró donde guardar sus cosas, le preguntó si sabía usar una computadora a lo que Rebecca asintió con rapidez haciendo que la cabeza le diera vueltas. Su compañera le enseñó cómo utilizar algunos programas y las cosas necesarias para manejar la agenda del jefe.

—Espero tengas memoria, la necesitarás.

—Es una de mis fortalezas —murmuró la chica mirando cada aparato frente suyo.

La secretaria se mostraba sorprendida cuando contestó que este sería su primer trabajo. Podía percibir en sus ojos que tenía miles de preguntas, por lo que, evitando la mirada, agradeció que no las hiciera y solo las mantuviese en su cabeza.

Ambas se sobresaltaron cuando el interfono sonó. Rachel fue la primera en reaccionar al percatarse de la llamada interna directa desde el despacho del señor Griffin. Después de solo dos monosílabos volvió a colgar, tomando de la mesa un block de notas y un lápiz, entregándoselas a la chica y guiándola por el pasillo de la derecha, entendiéndole que todavía no sabía manejar un sistema más moderno.

Se detuvieron frente a una puerta color grafito y amplia con una manija de acero. Rachel la vio de pies a cabeza. Arregló su cabello rojizo, el cual destacaba entre los colores neutros que vestía, procuró que el tocado en el pelo siguiera en su lugar, calmando los rizos sin definir. Le regaló una sonrisa antes de explicarle cuáles eran las reglas para poder llevar el temperamento del señor

Griffin:

- *Hablar lo justo y necesario, solo cuando él lo indique.*
- *Recordar o anotar cada pedido.*
- *Hacer y tener cada uno de ellos como y a la hora que designó.*

Si podía con esos tres puntos sobrevivía al resto del día, y así poder aspirar a un segundo. Rebecca tragó en seco para luego tocar la puerta antes de entrar.

La oficina era más grande de lo que podía imaginar, como todo en el edificio. El gris predominaba en la habitación: paredes, muebles, alfombra, sin embargo, no importaba el color, todo parecía ser exclusivo y hecho a medida para el señor sentado frente a un escritorio de granito negro.

Sin hablar cerró la puerta logrando hacer el menor ruido posible. Se sobresaltó cuando se percató de la presencia de Kyle, de pie a un costado de la sala. Éste asintió, comentó algo con elegancia hacia el señor Griffin, quien solo imitó el gesto sin despegar la vista de la computadora.

Se fijó que a un lado había dos puertas pintadas de la misma tonalidad que las paredes; se preguntó que podría haber tras ellas. Frente a ella una salita con tres sillones azules modernos rodeando una mesa blanca del mismo material que el escritorio. Bajo esta, una alfombra de una tonalidad más clara de gris y otra textura.

Dos sectores llenos de estantes que albergaban muchos libros y otros implementos que debía utilizar el presidente. Dos paredes tenían grandes ventanales que daban vista a gran parte de la ciudad, dos sillas frente al escritorio que ahora permanecían vacías y el gran sillón donde estaba sentado el hombre ahora mirándola fijamente.

Se sonrojó disculpándose en un murmullo, acercándose rápidamente hasta quedar enfrente con la libreta entre sus manos. El hombre se acomodó en su puesto sin quitar la mirada de su persona, como si estuviera escaneando cada parte de su cuerpo, especialmente con la nueva vestimenta que llevaba. Rachel le dijo que esa era la primera prueba. Nerviosa y cohibida esperó.

—Necesito que me comunique con William Turner antes de las cinco de la tarde. Requiero de una videollamada para mañana en la mañana con Peter Reeve; su secretaria tiene una carpeta con todos los temas a tratar que necesito en mi oficina a primera hora de mañana. El señor Cobb, debería haber dejado unos contratos que debo firmar, encuéntrelos y tráigalos antes del mediodía. Necesito saber que pendientes tengo para esta semana y desocupar el jueves, usted se encarga de eso. Mi madre necesita ayuda con la exposición a beneficio que se realiza a finales de mes; busque dentro de la agenda quienes pueden cooperar...

La chica no levantaba la vista de la libreta entre sus manos, haciendo de todo su esfuerzo para mantener su atención en lo que decía el hombre y no perder detalle al anotar. Sentía que los nervios la traicionaban y sería fatal para su permanencia en ese trabajo, su mente trabajaba a mil por hora, pensando en cómo encontrar respuesta a cada uno de esos pedidos, no conocía absolutamente nada y menos entendía, no obstante, no podía perder esta oportunidad.

—¿Tiene todo? —La chica se sobresaltó deteniéndose en él, asustada.

—Eso cre-creo —respondió dudando, lo cual notó el señor Griffin quien negó volviendo su atención a los papeles sobre la mesa.

—Lárguese.

Sus pies no funcionaban, se hallaba tan nerviosa que su cuerpo parecía de gelatina, lo que significa que un paso en falso y terminaría en el suelo, algo fuera de lugar.

Dio un paso hacia atrás sin dejar de mirarlo, él perdía todo interés sobre ella, hacía como si ya hubiese desaparecido. Tomó aire y dio otro paso sin dejar su posición alerta... luego otro, otro y otro, jamás dándole la espalda.

Cuando llegó a la puerta abrió con lentitud y como si supiera cuál sería la reacción del señor, esperó dos segundos antes de salir. El hombre quitó la vista de los documentos centrándose nuevamente en ella.

—¿Quiere un café, señor? —preguntó de inmediato sin temor, sorprendiéndose de sí misma al igual que él.

—Claro.

—¿Con leche?

—No, solo, gracias.

—No hay de que, señor.

En esta ocasión sí se dio la vuelta y salió rápidamente apoyándose en la puerta luego de cerrar. Tomó aire con la necesidad de llenar sus pulmones de oxígeno, pero se quedó por la mitad cuando vio al hombre de tez oscura a su lado apoyado en la pared. Se llevó las manos a la boca para no gritar, Kyle dejó ver una leve sonrisa mientras le indicaba el camino a seguir con la mano. Apretó la libreta contra su pecho y salió rápidamente en la dirección señalada; ese hombre aparecía y desaparecía con tanta facilidad.

Ya en su lugar se dejó caer en la silla, puso la libreta sobre la mesa junto al lápiz y por primera vez respiró con decencia, entregándole la cantidad necesaria a su sistema. Miró a Rachel que parecía dudar si llamar a una ambulancia o felicitarla por sobrevivir, no escuchó ni un solo grito de parte del jefe. Una gran sorpresa.

—¿Dónde le preparo un café al señor Griffin? —preguntó Rebecca sin dejar de examinar la libreta.

—Puedo mandar a pedir que lo traigan...

—NO, yo quiero hacerlo —interrumpió la chica quitando la mirada por fin de las hojas recién escritas con su letra desordenada y regalándole una sonrisa a la chica a su lado.

—Claro, mandaré a pedir todo lo necesario —contentó Rachel muy sorprendida—, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? —Rebecca sonrió negando.

—No gracias, todo está bien. Deberían colocar una mesita aquí en la recepción donde todos los días tengan los implementos necesarios para preparar un café o lo que sea para quienes trabajan aquí.

La secretaria sorprendida asintió, tomando el teléfono y llamando al casino y pidiendo exactamente lo que la chica acaba de sugerir.

Ambas se pusieron a trabajar en sus pendientes, de vez en cuando Rebecca le pedía ayuda a su compañera con cosas que no sabía dónde buscar, a lo cual era rescatada sin problemas y con una gran sonrisa. En varias ocasiones, en un rango de diez minutos, vieron salir y entrar al guardaespaldas del pasillo realizando alguna llamada, pero ninguna ponía atención a esas alturas, parecía ser algo normal en la oficina, aunque nunca dejaba el piso. Un perro guardián para el emperador. ¿Tan necesario sería?

Descubrió la agenda telefónica de la computadora que iba conectada al teléfono por lo que solo era necesario un clic y las llamadas se transferían al tono contestando con un sistema moderno que llevaba en la oreja, como aquel que llevaban las recepcionistas del vestíbulo esa mañana.

Gracias a eso se le hizo más fácil trabajar en dos cosas a la vez, no dejaba de llamar y

contactar con todo lo que fuera necesario para tener cada pedido. Solo se detuvo cuando llegaron dos hombres con todo lo que sugirió: una cafetera italiana digital, tazas y agregados.

Colocaron los implementos en un costado de los sillones de la sala de espera. Rebecca pidió que le explicaran el funcionamiento para tenerla lista todos los días, así tener un expreso fresco para el jefe. Los hombres sorprendidos solo asentían, dando explicaciones nada acostumbrados a que la asistente del señor Griffin estuviera tan preparada.

En cinco minutos preparó un expreso que llevó en una bandeja de plata que encontró como adorno sobre una mesa. Tocó la puerta y entró sin esperar a que le dieran permiso, siguió hasta la mesa dejando el café a un costado luego de regalarle una sonrisa a Kyle, que nuevamente se encontraba dentro de la oficina, esta vez con el celular pegado a la oreja.

No dejó de observarlo mientras caminaba hacia atrás. Cuando llegó a la puerta, al igual que la vez anterior, el señor Griffin levantó la mirada y ella habló.

—La-lamento la demora, este piso no está implementado para preparar un café, pero ya me he encargado de eso. He pedido todos los implementos para tener un mejor expreso, espero que el que preparé sea de su agrado.

El hombre se detuvo en ella mientras tomaba la pequeña taza y probaba el brebaje. Sin poder evitarlo cerró los ojos por un par de segundos y luego la contempló seriamente. Agradeció el café volviendo a su trabajo. Rebecca sonrió con cortesía y salió de la oficina.

Cuando volvió a su puesto, Rachel ponía al tanto a la señora Wickham sobre algunos documentos. Ambas se quedaron calladas percibiendo cada uno de sus movimientos, aun cuando trataba de ignorarlas. Podía verlas de reojo como se comunicaban con la mirada y alternaban para detenerse en ella, esperando cualquier reacción, sin embargo, se mantuvo firme siguiendo con su trabajo.

La jefa de operaciones balbuceó algunas palabras y luego tomó el pasillo de la izquierda, su compañera carraspeó un par de veces y luego volvió a su trabajo organizando los documentos que le entregó la mujer.

A la hora del almuerzo, Rebecca fue la única que se quedó en el piso. El señor Griffin se retiró a una comida de negocios volviendo en dos horas, Charlotte Wickham, como siempre, bajaba a su restaurante favorito y Rachel luego de invitarla al casino de la empresa, al que negó debido a la cantidad de trabajo que aún no terminaba, se despidió hasta dentro de una hora. Secretamente tampoco tenía dinero para gastar, lo cual no tenía por qué comentarlo.

Nadie dijo nada, la dejaron quedarse mientras seguía haciendo llamados y funcionando en la computadora.

A eso de las cinco de la tarde, hora en la que su jefe pidió varios de los recados, se comunicó por su línea privada para informar que aparecería dentro de media hora, ya que debía realizar una visita importante primero. Ordenó que nadie debía dejar su puesto a lo menos que pasaran las seis de la tarde, luego pidió que le comunicaran con el piso de finanzas. Eso fue todo hasta llegar la hora indicada.

Rebecca no podía estar más nerviosa, o eso creía, tenía varias carpetas sobre su mesa, recibió algunos llamados que no sabía cómo organizar, aun cuando Rachel se intentó encargarse de ellos. Se sobresaltó cuando las puertas del ascensor exclusivo se abrieron dando paso al hombre imponente que sin mirar en su dirección pasó directo al despacho.

La chica de un salto se puso de pie con todo lo realizado en el día entre las manos, caminó con lentitud dándole tiempo al hombre de prepararse para su visita. Dio una ojeada hacia atrás percatándose que Kyle no venía con él.

Frente a la puerta contó hasta tres antes de tocar. Esta vez esperó a que le dieran la pasada y como hizo durante el día entró en silencio, cerró tras ella y avanzó hasta quedar frente al escritorio. El señor Griffin levantó la mirada esperando lo que fuera que ella trajera. Parecía cansado y molesto.

—Aquí están los contratos que necesitan su firma, los revisé y corregí algunos puntos que, según contratos del mismo proceso, no debían estar ahí. Solo debe firmarlos y los mandaré hoy mismo al piso correspondiente para que los trabajadores estén mañana a primera hora firmando y trabajando bajo sus órdenes. El señor Turner no se encontraba disponible, iba arriba de un avión hacia Francia. He logrado comunicarme con su asistente, quien le avisará cuando haya aterrizado para que se comuniquen con usted lo antes posible; si es muy urgente, dice que le informe y él intentará arreglarlo.

<<La videollamada está agendada para las nueve de la mañana y me tomé la libertad de programarla para que quede grabada y tener un respaldo de lo conversado. El señor Reeve está en Italia y ansioso por hablar con usted. No he tenido ocasión de hablar con su madre, pero si he conseguido a cinco artistas que están dispuestos a ofrecer una de sus obras para caridad, todas llegarán a la dirección que está adjuntada en el contacto de la fundación.

<<El jueves está completamente liberado, puede solucionar sus asuntos personales, lo que sí me gustaría es tener una excusa que entregarle a los que pregunten por usted ese día, así estaremos coordinados. Y con lo deferente a la semana solo tiene las actividades que acabo de exponer y una reunión el miércoles a las cinco de la tarde con la señora Wickham sobre el nuevo sistema operativo.>>

El hombre no dejaba de observarla, atento y hasta sorprendido. Rebecca siguió en su puesto esperando órdenes o como dijo Rachel, gritos por la ineptitud. Sin embargo, solo hubo silencio que en opinión de la chica era algo mucho peor. Resistió sus ganas de salir corriendo y esconderse en donde no pudiera volver a verla.

El señor Griffin suspiró, se acomodó en el respaldo del sillón cruzando los brazos sobre su pecho sin dejar de mirarla. Asintió levemente, llevó su cuerpo hacia delante apoyando los codos sobre el escritorio.

—Bien, ¿eso es todo?

—Sí, señor.

—Puede retirarse.

Rebecca sorprendida por no recibir ninguna respuesta a su discurso, como hizo anteriormente, caminó sin despegar los ojos del hombre hasta llegar a la puerta sin esperar esta vez que se detuviese en su presencia.

Cuando volvió a la recepción con los primeros ojos que hizo contacto fueron los de Kyle, quien sonrió satisfecho de algo que solo él sabía. ¿Había hecho algo mal, o todo lo contrario?

Rachel se acercó rápidamente interrogándola sobre lo ocurrido dentro de la oficina, preocupada porque no escuchaba ningún grito. La chica solo se encogió de hombros sentándose para revisar los últimos correos del día. Nada era seguro, hasta el que jefe no dijese algo, ella estaba fuera de la empresa.

A las seis de la tarde la señora Wickham se acercó con sus pertenencias a la recepción, le preguntó a su secretaria si tenía algo más que necesitara de su presencia, a pesar de ser evidente que esperaba alguna noticia sobre Rebecca al descubrirla mirándola de reojo en varias oportunidades.

Todos parecían igual de ansiosos cuando Kyle apareció solo en la recepción, se miraban entre

ellos, incomodando a la chica, sintiéndose ajena a lo que fuera que tuvieran. No le gustaba inmiscuirse en cosas privadas.

Cuando se escuchó la puerta de la presidencia y luego un golpe tras ella, todos permanecieron atentos hacia el pasillo esperando la presencia del hombre. La postura erguida y seriedad en su rostro característico esos días, caminó hacia el ascensor esperando a que este se abriera, Kyle se puso a su costado izquierdo sin decir nada, aunque parecía nervioso como si quiera interrumpir a su jefe para informarle de algo que olvidaba.

Cuando ambos estuvieron dentro, el señor Griffin por fin levantó la cabeza, presionó el botón que mantenía las puertas abiertas y colocó toda su atención sobre Rebecca, que parecía temblar más que un hombre en la Antártica. Todos dejaron de respirar.

—La veo mañana, señorita Reed.

La puerta se cerró dejándolas solas en el último piso de Infinite Fantasy. Se miraron entre sí, Rachel y Charlotte dieron un chillido antes de correr donde la chica para abrazarla. La felicitaron por sobrevivir a un día con el jefe y sin recibir ni un solo grito, un récord que no se lograba nunca desde la fundación de la empresa.

Rebecca se sonrojó mientras dejaba escapar la primera sonrisa genuina del día. El aire volvía a llenar sus pulmones y algo de tranquilidad recorría su cuerpo. Escuchaba a lo lejos como las dos mujeres le daban algunas instrucciones para mañana, le entregaban una credencial y una tarjeta que abría las puertas y activaba algunas cosas en ese piso. También la elogiaban por algunas cosas que ni a ellas se les ocurrió, desde el tiempo que llevaban ahí. Rachel no podía creer que nunca hubiera trabajado, si ahora demostraba control sobre esta profesión como si llevara años de práctica.

Finalmente, cuando llegaron al primer piso, su compañera de puesto hizo las presentaciones con los guardias para que la reconocieran al día siguiente y también con las chicas de recepción, indicando el número de credencial y el puesto que desempeñaba. Por sus expresiones de seguro no le daban más de una semana como asistente del presidente. Se despidieron yendo cada uno en su dirección.

La chica caminó por inercia hasta el hostel, donde dejó sus pertenencias esa mañana, antes de comenzar a buscar trabajo. Ya no tenía dinero para el autobús por lo que le quedaba un largo camino entre la multitud.

La anciana que atendía el lugar, con hostilidad, le entregó las llaves luego de confirmar su permanencia por un tiempo más. Le dio un folleto donde se detallaban las instrucciones del lugar: horarios, desayuno, ducha y entre otras cosas. Quedaron en hablar sobre dinero a la mañana siguiente. Rebecca agradeció y luego de ver alejarse a la mujer subió las escaleras hasta el número de habitación que le correspondía.

Su bolso descansaba sobre la cama, era todo lo que llevaba. Buscó en el interior el fajo de billetes, no sabía si podría sobrevivir con ello hasta recibir un sueldo, de igual manera debía hacer el intento si quería seguir adelante con sus planes. Se giró hacia la puerta aún abierta recordando que aquí era necesario cerrarla.

Se quitó sus nuevas prendas y evitar que se arrugara para el día siguiente, en su bolso no tenía nada parecido para cambiarse y lo lamentaba, mientras no tuviese dinero, no podía hacer nada por ello. Suspiró dejándose caer en la cama algo rígida.

Comenzaba a sentir cierta libertad, daba un gran paso... no solo uno, sino que dos grandes pasos. Dejó su hogar de todos esos años y ahora encontraba su primer trabajo. Solo esperaba sobrevivir a un segundo día frente a ese hombre; aún conservaba en su memoria cada facción de

su rostro, cada movimiento. Era alguien joven o parecía serlo, no conocía nada de él y verdaderamente no le importaba, aunque debía averiguar algo más si quería conservar el puesto.

Y se propuso eso para el día siguiente, investigar un poco más y lograr llevar el ajetreado modo de vida del hombre, más sin esos tan misteriosos gritos de que hablaban todo en Infinite Fantasy. Cerró los ojos dejándose llevar por el cansancio.

Asistente

Despertó a las cinco y cuarto de la mañana como habitualmente hacía. Podía escuchar ruidos de la calle, lo que le sorprendía debido al lugar donde antes vivió, allí era la única que se movía a esas horas; en Nueva York —al parecer no.

Aprovechó que la mayoría de los residentes del hostel debían estar durmiendo para usar el baño sola, así darse una ducha que necesitaba con urgencia. Tomó su neceser, uniforme nuevo y se cubrió con su bata andrajosa. Salió corriendo en la dirección que le mostró la noche anterior la dueña de casa.

A las seis menos un cuarto de la mañana ya lista, pulcra, arreglada, perfecta para ser la secretaria personal del señor Griffin, dueño de un gran imperio de instalaciones de entretenimiento. Se miró al espejo intentando darse ánimos para dar el siguiente paso, no obstante, sus piernas seguían temblando como gelatina de solo pensar en otro enfrentamiento a la vida laboral.

Le costaba creer las últimas horas, haber sido aceptada por aquel hombre para trabajar junto a él, de seguro sabía que no era experimentada, la señora Wickham debió informarle. Tal vez solo la utilizaría mientras encontraba alguien mejor. Tomó un largo suspiro ordenando sus pocas pertenencias y recordando los comentarios. No hubo gritos, ni malas caras, absolutamente nada, al parecer era de esos que se destacaba en malas actitudes hacia sus empleados, especialmente su asistente.

¿Podría creer que era tan buena como decían, logrando que el jefe fuera domado? Ella jamás pensó llegar a eso, nunca estuvo en sus intenciones, solo necesitaba un trabajo y hacer lo mejor posible para conseguirlo y mantenerlo.

Volvió a su cuarto, se puso una crema de cacao en los labios, quitó las arrugas invisibles de su uniforme, tomó el bolso y salió. No quería tomar desayuno, no acostumbraba a ello, por lo que pasó de largo el comedor sin siquiera darle un vistazo, siguió hacia la puerta principal abriendo y cerrando con delicadeza para no molestar a nadie. Miró hacia ambos lados de la calle tomando la misma dirección del día anterior.

Se hallaba alejada del centro de New York, debía tomar un autobús hasta la Quinta Avenida donde quedaba el despampanante edificio de Infinite Fantasy, entre los demás antiguos y bien conservados de la Gran Manzana. Quería llegar temprano para confirmar todo lo que planificó para aquel día, deseaba que nada se escapara de las manos, que luego le diera una razón a su jefe para deshacerse de ella como a un plato roto.

Al bajarse del transporte público frente a ese único edificio de muro cortina respiró. Buscó su tarjeta de identificación que abría las puertas a cualquier sector de la empresa debido a esa pequeña palabra grabada en ella: *Presidencia*. Pensar que solo rogaba por un trabajo decente que la ayudara a sobrevivir y ahora llevaba una gran responsabilidad y poder.

Se sorprendió cuando la puerta de vidrio se abrió para ella. Un guardia le daba los buenos días y le preguntaba que necesitaba; sin decir una palabra mostró su identificación, el hombre asintió invitándola a que lo siguiera. Éste indicó hacia las puertas de cristal grabadas con las

iniciales IF: donde ella pertenecía.

El guardia explicó que debía pasar la identificación por el soporte digital y luego dentro del ascensor ingresar el código que la llevaría a Presidencia. Asintió agradeciendo en un susurro mientras veía las puertas cerrarse.

Se giró hacia su lado izquierdo donde se hallaban los elevadores para el resto, cinco ascensores que eran utilizados constantemente en el día, de los cuales solo dos llegaban a presidencia. Ahora, frente a ella una lujosa puerta, exclusiva para aquellos que trabajaban directamente con el señor Griffin. Tragó en seco.

Pasó con torpeza la identificación sorprendiéndose cuando una voz femenina computarizada dijo su nombre abriendo las puertas metálicas del cubículo. La misma pidió que ingresara el código, recordando lo que le dijo Rachel la tarde anterior, digitalizó los números. Se sobresaltó cuando la voz anunció que se dirigían al piso cuarenta y dos: Presidencia; tendría que acostumbrarse a aquello. Las puertas se cerraron.

Recorrió los pisos en silencio, tenía el estómago contraído de los nervios, más cuando veía pasar los números tan rápido, como si fueran a una velocidad inexplicable.

Sabía que no se cruzaría con nadie arriba, su compañera de trabajo le manifestó que la hora de entrada era a las ocho treinta y la gente tendía a ingresar poco antes del horario establecido. Miró su reloj, era las siete y cinco: demasiado temprano, aunque no para ella. Se sobresaltó cuando la misma voz confirmaba que ya llegaban al piso de presidencia.

El lugar estaba vacío, las luces apagadas, puertas cerradas y monitores esperando a comenzar con el trabajo. Lo primero que hizo fue buscar los interruptores que encendieran el espacioso lugar, pero no se percibía nada en las paredes, más que unos leves halos de luz desde el cielo falso.

No era que le temiera a la oscuridad, pero no le parecía correcto entrar como si se tratara de su casa, para luego ser sancionada por husmear en lugares privados. Giró en su eje hasta toparse con una luz azul en uno de los costados del elevador, miró su tarjeta de identificación, que aún llevaba en la mano y la acercó.

Con las manos temblorosas y reteniendo la respiración esperó si su idea funcionaba. Gracias a las indicaciones básicas, sabía que ese pedazo de plástico era de gran ayuda dentro del edificio, pero más allá de que abriera el ascensor, no sabía que otro uso darle. Se sobresaltó cuando escuchó un leve pitillo y una luz verde reemplazó a la azul, y como si se tratara de una película futurista, hileras de luces fueron encendiéndose hacia adelante, hasta llegar a los computadores que encendieron automáticamente. Al parecer todo se encontraba completamente sincronizado.

Un grito descontrolado escapó de su pecho al escuchar la misma voz del ascensor darle la bienvenida al dar tres pasos hacia adelante, como si hubiese activado un sensor. El aire acondicionado hizo su parte dejando una leve brisa que el día anterior no notó. Rebecca dio una vuelta sorprendida, no sabía en donde se metía, demasiada tecnología para ella. Puso una mano sobre su pecho apaciguando el susto, dando dos pasos cuidadosos observando a su alrededor, esperando alguna otra sorpresa.

Llegó a su puesto donde guardó el bolso, observó ambos computadores que ya comenzaban a mostrar las agendas con la planificación semanal, el de ella mostraba unos cuantos recados de los cuales varios eran respuesta de lo que había enviado el día anterior. Ordenó algunos papeles en el puesto de Rachel y luego se dirigió hacia la cafetera para encenderla y estuviese lista para cuando su jefe deseara un expreso caliente y fresco.

Contempló el lugar pensando en que debía hacer. Su primera obligación era preparar la sala

para la conferencia entre el señor Griffin y su socio Peter Reeve. Nerviosa se cuestionó donde sería, podría ser en la oficina o en la sala de reuniones que aún no tenía idea donde se hallaba. Solo conoció una puerta el día anterior y por lo menos había otras cinco en dirección del lado derecho.

Sacudió la cabeza concentrándose y dejando atrás el nerviosismo. Decidió que lo primero sería preparar la agenda de su jefe, tomó la impresión que hizo ayer y se dirigió hacia la gran oficina. Abrió con familiaridad, especialmente porque el dueño no llegaría aún para intimidarla sin siquiera estar al tanto, o eso pensaba.

Dejó el papel sobre el escritorio, subió los visillos para dejar la espléndida vista y entrara luz natural. Encendió la computadora, arriesgándose a un grito del señor Griffin, entró en su agenda personal archivando todas sus citas planificadas para las siguientes dos semanas, así tendría una idea de lo que se venía sin esperar a que ella estuviera interrumpiéndolo para recordarle. Sería algo coordinado entre ellos. A cada horario le puso una alarma discreta que aparecería en una esquina de la pantalla, igual como a ella en su lugar de trabajo. Luego llamaría a alguien de informática para que sincronizara ambos computadores, podría ser de mayor eficiencia y no irrumpiría en las cosas privadas del hombre.

Con todo listo volvió a la recepción, donde ya su compañera de trabajo comenzaba el día. Saludó a Rachel con una sonrisa tímida en comparación con la de ella, se acercó preguntándole donde se hacían las conferencias, ella dejó sus cosas rápidamente guiándola a la puerta que estaba a un lado de la oficina de su jefe. Dentro parecía cualquier cosa menos una sala de video conferencias.

Se disfrutaba de todas las comodidades para que fuera la sala de un departamento y no un lugar de trabajo. Sillones de cuero negro y blanco, muebles de madera y mármol negro al igual que la decoración. Una mesa de centro donde descansaba un portátil y enfrente una pantalla plana junto a toda la implementación necesaria. Las paredes blancas y el ventanal sin cortinas donde se exponía la gran vista a la ciudad. Bella no pudo evitar quedarse mirando unos segundos más de lo necesario.

Rachel le informó que este lugar se ocupaba exclusivamente para el señor Griffin: reuniones, citas, conferencias o solo para pasar un momento fuera del estrés de su oficina; nadie más tenía permitido utilizar aquel espacio. Por lo general cualquier reunión que se agendara con la señora Wickham o el abogado, se realizaban ahí; la sala de reuniones era para eventos más formales y su despacho solo era para sí mismo o asuntos muy, muy importantes que necesitaran de total discreción. Rebecca debía averiguar cuáles eran esos asuntos o las personas que necesitaban de aquel trato.

La chica asintió mientras recorría el lugar con la vista pensando en todo lo que podría necesitar esa mañana. Volvió a su lugar de trabajo, tomó la carpeta lista con toda la información que recopiló la tarde pasada sobre la asociación con el señor Reeve. La cafetera ya preparaba el café y el reloj decía que eran las ocho y veinticinco.

Como si estuviese todo sincronizado, las puertas del ascensor privado se abrieron dejando el paso al dueño de aquel impero, tan serio, erguido y perfecto como el día anterior con su traje de marca completamente negro. Tras él, Kyle hacía presencia con su traje impecable como ayer: negro, camisa blanca y corbata negra, éste último dio los buenos días siguiendo a su protegido.

Sin perder tiempo volvió corriendo a la sala, dejó la carpeta, encendió la televisión, preparó el portátil para conectarlo a esta y apreciar mejor la videollamada. Se conectó, vio a la asistente del señor Reeve quien le confirmó que todo se hallaba en orden, ambas se sonrieron. Rebecca

volvió a la recepción, sirvió el café, llevó la taza hacia la sala y esperó a que su jefe apareciera.

El señor Griffin abrió una puerta lateral que imaginó colindaba con su oficina, esa que llamó su atención la primera vez que entró. Éste la miró de reojo saludándola e informándole que en una hora más debía estar en su oficina para coordinar el día. La chica solo asintió y como el día anterior, caminó de espaldas sin dejar de mirarlo, esperó a que el hombre se sentara antes de retirarse.

Bien, primera fase concluida.

Se sobresaltó cuando se encontró con el hombre alto, de tez oscura frente a ella. Serio y recto, aunque pudo ver que solo aparentaba serlo como parte de su trabajo, luego que le regalara una sonrisa. Lo saludó con cortesía, éste asintió dando los buenos días y diciendo su nombre completo.

—Kyle Forester, guardaespaldas del señor Griffin, nos veremos seguido si acepta el trabajo. Lo que necesite para el jefe, solo debe pedirlo.

—Gracias... Eh, ¿quiere un café? —El hombre volvió a sonreír mientras negaba.

—No, gracias, señorita Reed.

Lo vio caminar hacia la puerta donde su jefe debía estar en su reunión con el señor Reeve, tomó una postura rígida y los ojos al frente. Se preguntó qué haría mientras el señor Griffin no necesitaba de sus servicios, ¿solo quedarse de pie esperando? ¿Observando el vacío?

Cuando volvió a su puesto, el espacio de su compañera se encontraba vacío. Se encogió de hombros concentrándose en sus cosas, dejó la libreta y un lápiz a la mano para cuando pasara la hora que planificaba su jefe. Hizo algunas llamadas para contactar por fin con William Turner, confirmó que el informe figuraba terminado, el cual enviaría por correo electrónico y en dos horas podría comunicarse para hablar con su socio.

Se sintió más satisfecha cuando dos artistas llamaron para acordar que donarían a la beneficencia una de sus obras, por lo que recaudaba siete en menos de dos días. Le echó un vistazo a la hora, alcanzaba a llamar a la fundación para que informaran de la noticia, luego tomó sus implementos de trabajo y corrió a la oficina de su jefe.

Dio una ojeada al pasillo verificando que Kyle ya había dejado su posición, por lo que estarían en la oficina, tocó la puerta con tres golpecitos y esperó. Escuchó como el señor Griffin hablaba por teléfono, cuando colgó la llamada se atrevió a golpear nuevamente recibiendo un “adelante”. Bajó la mirada por respeto mientras se dirigía hacia el escritorio quedando en frente. Se sorprendió cuando al fijarse en el hombre, éste se detenía en su presencia fijamente. Sin saber que hacer dejó la vista atenta a cualquier reacción de su parte; su jefe aligeró la expresión acomodándose en su silla girándose hacia el monitor de su computador. Rebecca miró de reojo percatándose como una ventana parpadeaba: una cita agendada.

—¿Qué significa eso? —preguntó el hombre volviendo a ponerle toda su atención. Ella suspiró intentando calmar el temblor de su cuerpo.

—Me he tomado la libertad de anotar todas sus citas de las próximas dos semanas en su agenda personal, así siempre estará pendiente de lo que viene. Tanto en mi computadora como en la suya parpadeará el aviso, igualmente le daré un informe sobre ella todos los inicios de semana por si hay que realizar cambios... Solo creí que sería una buena idea, también quería tomarme la molestia de informar de esto al departamento de informática para que sincronice los computadores así no invadir su propiedad privada. —Aunque ya no sabía si era lo correcto al ver el rostro de su jefe.

—¿Qué más tenemos para hoy?

Rebecca volvió a respirar al no recibir los tan hablados gritos del empresario. Sin más expuso los llamados de esa mañana, y todo lo que ella planificaba para ese día. El hombre solo asentía contemplando de vez en cuando la pantalla a un lado suyo y luego fijando una mirada penetrante sobre ella.

—Solo faltaría saber si almorzará fuera o tengo que hacer algún pedido —concluyó la chica. Su cuerpo se relajó un poco cuando su jefe suspiró.

—Llego todas las mañanas a las ocho y veinticinco, en el caso de llegar antes se lo informaré para que también lo haga así podamos solucionar lo que sea previsto. En este tiempo reviso documentos y hago llamados hasta las doce treinta. Siempre salgo a comer afuera y no vuelvo hasta las dos de la tarde; si ocurre algo urgente debe llamarme a mi celular. Desde ahí hasta las cinco, trabajo en todo lo que tenga programado o por lo general reuniones que estén agendadas. Si hay mucho que detallar puedo quedarme hasta más tarde. No soporto las interrupciones sin una justificación, solo soluciono temas que usted ha asignado, a lo menos que haya algo urgente. Me gusta tener el control de mi empresa, señorita Reed... Y espero eso de usted, que pueda tenerlo sin inconvenientes.

—Sí, señor Griffin —dijo con voz apagada, sorprendida del itinerario.

—Si eso lo deja claro, el trabajo es suyo Rebecca, espero no me decepcione.

La chica, sorprendida, levantó la cabeza con brusquedad. El hombre la observaba atentamente como si esperara gritos de alegría e incomodidades, pero se controló, asintió, preguntó si necesitaba otra cosa. Él negó, caminó sin quitar la mirada de él, hasta que llegó a la puerta cuando por fin el señor volvió la vista hacia la computadora.

Aún con el asombro, llegó a su puesto de trabajo, el guardaespaldas de su jefe conversaba con Rachel. Ambos se interrumpieron al verla llegar mirándola con preocupación, al parecer no tenía la cara indicada. Solo susurró las mismas palabras del señor Griffin. Su compañera se paró del puesto con alegría llegando frente a ella para felicitarla. El hombre le dio una sonrisa dándole la bienvenida al equipo.

Kyle avisó que estaría en el subterráneo por si el jefe necesitaba de sus servicios. La chica asintió aún anonadada por lo que ocurría.

* * *

Rebecca tuvo tres días para conocer la oficina de pies a cabeza: el funcionamiento, los trabajadores, sus nombres y función dentro del imperio, los cuales eran miles si recorría todos los departamentos, sin contar las instalaciones fuera del recinto o el país. Tuvo que aprender cada contacto anotado en la lista, nombre, números telefónicos, direcciones, asistentes y relación con el empresario.

Debía recordar donde se guardaba cada documento, sector hotelero y sus derivados: casinos, instalaciones, convenios; también los resorts y todos lo que conlleva la construcción de uno. Ahora entraba un nuevo proyecto, viñedos en La Toscana, en un pequeño pueblo medieval, con su socio Peter Reeve, a quien solo conocía por video conferencia o llamados telefónicos.

Le correspondía ir un paso delante de su jefe, conocerlo a la perfección para pensar antes de él, un punto que descubrió desde el segundo día en la empresa. El hombre no acostumbraba a que alguien planificara por él, sino al contrario y eso fue su boleto de suerte que lograba su permanencia como su asistente personal. Todos llegaban a la conclusión que Matthew Griffin por fin recibía de su propia medicina y se lo agradecían a la chica. Ningún grito o malas caras desde que tenía el puesto.

Tuvo que memorizar a cada integrante de su familia, lo que por suerte no eran muchos, pero

cada uno tan importante como el otro. El señor Griffin no hablaba mucho de ellos y las veces que se comunicaban era por trabajo, a lo menos dentro de las paredes de este edificio.

Quien más gozaba comunicación con él, era su madre, Melissa, una mujer hermosa, tal como vio en fotografías. Por teléfono era una mujer adorable, quien se encargaba de la fundación *Plays and Grows*. Solo lo hacía como ayuda a su único hijo quien ya no poseía tiempo para hacer más servicios. Su sueño era que su pequeño se casara así poder tener una mano que llevara su pesada vida, si bien, el hombre no se mostraba interesado en esa parte.

La mujer manifestaba alegría cada vez que escuchaba la voz de Rebecca al otro lado de la línea día tras día, o con solo el hecho de recibir un recado de su parte, decía que ya era costumbre que siempre fuera alguien diferente debido a que su hijo tenía un temperamento que no todos lograban manejar.

Otro integrante era su padre, Nicholas Griffin, un abogado de prestigio que trabajaba en asesoría legal dentro de los Estados Unidos. Con éste había conversado una vez cuando invitó a su hijo a comer, éste no contestaba el celular por lo que no le quedó más remedio que llamar a su asistente para encontrarlo. Parecía amable, no obstante, se escuchaba en su voz esa misma decisión y seguridad de su hijo.

Melissa Griffin, se encargó de hablarle, durante un par de horas, sobre los abuelos de su hijo, en una llamada mientras organizaban una cena benéfica para la fundación. Vivían en Portland, Oregón, y pocas veces se veían. Eran los padres de ella y fue imposible sacarlos de esa ciudad, por lo que se mantenían en contacto y cada vez que podía iba a visitarlos. Le pidió el favor que siempre agendara una llamada a la semana para que Matthew se comunicara con ellos.

Fue una semana agitada, pero se sentía satisfecha de controlar cada paso que se daba en la oficina, se sorprendía de sí misma al igual que Charlotte y Rachel que aún no se creían que este fuese su primer trabajo. Se admiraron cuando Rebecca les dijo que solo tenía veintiún años, tuvo que dar una pequeña historia de su vida en Tucson junto a su familia, la falta de dinero que no le permitió estudiar en una universidad y la necesidad de salir de ahí para buscar un nuevo rumbo, luego de que su familia murió. Las dos mujeres no volvieron a tocar el tema.

Dentro del piso de Presidencia solo trabajaban cinco personas, aunque por lo general se presentaban cuatro. El más importante era el presidente, Matthew Griffin, quien comenzó el desafío con los Hoteles Infinite Fantasy. Luego Charlotte Wickham, jefe de operaciones, quien se encargó, el mismo día que el jefe dijo que se quedaba, en preparar su contrato indefinido para no tentar a la suerte. Fue personalmente a que el hombre lo firmara antes de que la misma Rebecca lo hiciera.

La siguiente era Rachel Welch, asistente de operaciones, se encargaba de manejar una parte de los departamentos de toda el área social y relaciones. Y por último Rebecca quien era los ojos y oídos de ese lugar para el gran empresario.

El quinto integrante era Clarke Cobb, el abogado principal de Infinite Fantasy, quien se encargaba de todos asuntos personales del señor Griffin, contratos y supervisiones del área legal de la empresa. Fue enviado por Nicholas como uno de los mejores para defender cualquier problema dentro del imperio.

La única particularidad del hombre es que nunca lo podían encontrar en su puesto de trabajo y al parecer al señor Griffin no le molestaba, parecía acostumbrado a ese puesto fantasma, aparte de que existía un piso completo de buenos abogados que se encargaban de los casos que ocurrían día a día. Al parecer el señor Cobb solo se encargaba exclusivamente de monitorear al departamento legal y no era necesario estar en su puesto para lograrlo.

Era viernes y Rebecca sentía el agotamiento de una semana de trabajo intenso, pero se sentía confiada, creía estar haciendo un buen trabajo al llevar varios días sin ningún grito del jefe, algo que las mujeres festejaban como si hubieran sido campeones del mundo. Al parecer era un récord que solo se escuchara el silencio, nadie amenazado, ni despedido. Charlotte le daba todo el mérito a la chica.

Colgaba recién una llamada con la señora Griffin para solucionar algunos temas en la fundación cuando las puertas del ascensor privado se abrieron. Al no percibir a Kyle descender y dando paso a otro hombre, frunció el ceño. Éste era de altura promedio y corpulento, cabello oscuro, ojos marrones y una sonrisa contagiosa. Al pasar la mirada por el vestíbulo se detuvo en ella sonriendo con más ganas; con paso firme se acercó a su escritorio.

—Tú eres Rebecca Reed —la chica asintió con timidez—, debía ver con mis propios ojos a la leyenda de esta oficina. —ella no sabía que decir ni cómo reaccionar—. Lo siento, estoy emocionado, soy Clarke Cobb.

El hombre le tendió la mano sobre el mesón de la recepción, la chica cohibida, hizo el mismo gesto recibiendo un apretón de mano que podría haberle destrozado la suya. Concentrándose, volvió a su comportamiento habitual, le ofreció ayuda y un café. El hombre aceptó este último pidiendo que se lo llevara a la oficina de Matthew. Rebecca le avisó que el señor Griffin no quería ser interrumpido, lo que al parecer no le importaba, igualmente caminó en aquella dirección. La chica temió lo peor.

Rápidamente preparó el café, hizo otro para su jefe por si eso apaciguaba el mal genio o los futuros gritos, de seguro no escapa esta vez. Con las manos temblando hizo lo posible por llegar con el líquido por completo en la taza, no deseaba volver a empezar y retrasar todavía más.

Respiró hondo antes de tocar. La voz del señor Cobb le dio el paso... una... dos veces, sin embargo, no se movió hasta escuchar la voz de su jefe; volvió a inhalar y abrió la puerta.

Ambos estaban sentados en la salita mirándola con detención. El señor Griffin serio como siempre, meticuloso a cualquier comentario para responder correctamente. El señor Cobb llevaba una sonrisa traviesa, como si conociera a la perfección al hombre que enfrentaba. Éste le regaló la misma sonrisa agradeciendo el café. En silencio dejó la bandeja sobre la mesa, acercó una taza hacia el hombre serio y de reojo miró el escritorio verificando que no tuviese otra taza de café humeante.

Se sobresaltó ante las palabras del abogado.

—Así que por fin has conseguido a alguien que aguante tu mal humor.

—Clarke —advirtió el empresario, aun cuando su acompañante ni se inmutó.

—Discúlpame amigo, pero que haya durado más de tres días y no has dado ninguno de tus gritos característicos es porque Rebecca sabe cómo contestarte o tiene poderes que aún no has descubierto.

—¿Necesita algo, señor Griffin? —preguntó la chica intentado salir del tema de conversación. El hombre negó.

—No, puede retirarse.

Rápidamente salió de la oficina hacia su puesto de trabajo. Estaba acostumbrada de que hablaran de ella en tercera persona a pesar de estar presente, eso sí, se sentía incómoda que la trataran como si fuera algo extraordinario, que lograra domar a unos de los empresarios más reconocidos del país.

Volvió a concentrarse en su trabajo: llamados, documentos, citas con otros departamentos del edificio, ayudando a la Melissa Griffin con los últimos preparativos para la recaudación con la

exposición y venta de las obras donadas. Sin darse cuenta ya llegaba la hora de almuerzo, Rachel la invitó a comer y como siempre se negó agradeciendo de todas formas, el señor Griffin no salía de la oficina junto al abogado por lo que no quería estar lejos si necesitaban algo, tal como lo ordenó en su momento.

Media hora más tarde los vio salir, el abogado contaba algo gracioso de lo cual no se reía su amigo, aunque no parecía importarle tal comportamiento. Ambos se subieron al ascensor, Clarke Cobb se despidió con una seña antes de que cerraran las puertas. Volvió a respirar, tomó el vaso de agua que siempre conservaba a un lado tomándoselo de una sola vez. Ni una sola consonante por parte de su jefe.

Se puso de pie dirigiéndose a la oficina de presidencia, ordenó el lugar, dejó los papeles importantes sobre la mesa para que fuera lo primero que viera y una nota sobre los preparativos de la fundación. Bajó los visillos ahora que el sol entraba con fuerza, se dio la vuelta y salió.

Las siguientes horas pasaron rápidamente entre tanto trabajo, también ayudó a Rachel con algunos proyectos que tenía pendientes y con nuevos trabajadores que necesitaban de un contrato urgente para comenzar oficialmente.

No se dio cuenta que el señor Griffin se hallaba detenido frente a ella, cuando ya era hora de salir. Le comunicaba que el lunes no estaría presente, a lo que ella asintió y le deseó un buen fin de semana. El hombre le miró más tiempo del necesario, asintió una vez antes de darse la vuelta y tomar el ascensor que lo esperaba junto con Kyle dentro.

* * *

Seis semanas pasaron, Rebecca llevaba todo el funcionamiento de la empresa, logró mantener la calma y el manejo dos días seguidos ante la ausencia del señor Griffin.

La primera semana sorprendió a todos, parecía como si llevara años trabajando en ese puesto o fuera la mismísima presidenta. Clarke apareció más veces de las que recordaba Charlotte y todo lo relacionaban con la presencia de la chica, especialmente cuando el dueño no estaba presente.

El récord de silencio seguía aumentando, Matthew Griffin llevaba siete semanas en un completo mutismo, ni siguiera un gruñido, parecía un gatito en vez del tigre que todos conocían. Sin quererlo encontraron una domadora que sabía todas sus artimañas y ataques. El felino presuntuoso, obstinado y competitivo perdía sus fuerzas del rey de la selva.

Rebecca solo se sonrojaba sin perder la concentración en lo que fuera que estuviese trabajando. Temía a cada una de esas palabras, pronto su jefe se daría cuenta de su incompetencia y de una sola mordida la haría desaparecer, tan silencioso como el animal con que lo comparó en su momento.

Gracias a Rachel adquirió otro vestuario para trabajar, un conjunto de chaqueta y falda tuvo color negro y una blusa con cuello negro. Su compañera de trabajo era un ángel guardián, debía agradecerle cada día por el apoyo, aun cuando dijese que no era necesario. Si no fuera por esa compañía que le daba a diario, se sentiría más pequeña de lo que aparentaba.

Esa mañana como siempre llegó antes que todos. Se le hizo costumbre llegar a las siete y treinta, ya no temía en caminar hacia la puerta de vidrio, que el sistema la identificara, ingresar el código y luego entrar dejando que la tecnología hiciera su trabajo al colocar su identificación sobre el sensor digital. Su trabajo solo era encender la cafetera, esperar la llegada de todos y organizar lo que su jefe necesitara cada mañana.

La primera parada era la oficina del señor Griffin, subía las cortinas, ordenaba su agenda y dejaba los documentos importantes sobre el escritorio que necesitaban de su revisión antes de ser dirigidos a su destino. Encendía la televisión colocando el canal de noticias sin volumen, una

pequeña costumbre que ella le creó una mañana, desde entonces no permitía que nadie cambiara el canal.

Luego pasaba por la sala de conferencias, verificando que todo estuviera en su lugar; en caso de alguna reunión, preparaba el lugar o solo lo dejaba listo para los momentos de estrés de su jefe.

La siguiente parada el despacho de Clarke. Desde la tercera vez que se vieron, el hombre le obligó a tratarlo por su nombre y nada de señor. Por lo general, él se pasaba por las tardes y dejaba cualquier documento sobre su escritorio así los recogía por la mañana, los revisaba y entregaba a quien correspondiera.

En esas seis semanas, se dio cuenta que entre Clarke y el señor Griffin existía una amistad muy fuerte a pesar de que este último no lo demostrara.

La última detención era en la cafetera, dos minutos antes de que Matthew Griffin saliera del ascensor hacia su oficina. Ella lo seguía en silencio, dejaba el café sobre el escritorio y luego se retiraba: sin dejar de mirarlo, caminando de espaldas hasta llegar a la puerta; sentía sus ojos oscuros de reojo que daba la señal para poder salir.

Así era cada día. Y le gustaba.

Esa mañana Rachel tenía una reunión con la señora Wickham, pasarían gran parte de la mañana encerradas en la oficina solucionando detalles y cerrando el mes entre estadísticas y gráficos, por lo que Rebecca debía encargarse si alguien necesitaba algo de recursos humanos o transferir las llamadas importantes. Su jefe estaba encerrado sin interrupciones en conversaciones con dos de sus socios.

La puerta del ascensor se abrió dejando paso a una mujer adulta que nunca vio pisar la oficina, si bien conocía. Llevaba un vestido violeta ajustado hasta la rodilla, unos zapatos de tacón del mismo color junto con una cartera negra y accesorios en la misma tonalidad. Levaba el cabello peinado en ondas perfectas que caían debajo de los hombros. Cuando sus miradas se cruzaron, la mujer sonrió retomando el paso hasta quedar frente a frente con solo el mesón interfiriendo.

Sus facciones eran perfectas, cabello rubio, sus ojos azules muy intensos, ni una sola línea de expresión en una piel hidratada. Podía ser que tuviera más de cuarenta años, sin embargo, aparentaba ser una joven de treinta.

—Tú debes ser Rebecca —la chica asintió sin hablar—. Perdón mi efusividad, estoy emocionada de por fin conocerte y admirar la persona propietaria de esa hermosa voz... Soy Melissa Griffin, la madre de Matt.

—Lo sé, he tenido el gusto de verla en fotografías, si me lo permite es mucho más bella en persona —habló Rebecca demostrando seguridad con una sonrisa y los nervios intentando ganar la batalla; la mujer con naturalidad se dio la vuelta para abrazarla.

—Tranquila, pequeña, no sabes cuantas ganas tenía de conocer a la mujer que ha soportado los estados de humor de mi hijo.

—Mamá.

Ambas se dieron vuelta encontrando a Matthew mirando con el ceño fruncido. La asistente quiso correrse, no obstante, Melissa no se lo permitió, le regaló una sonrisa a su hijo y luego se detuvo en la chica.

—Buenos días, hijo. Ya iba al despacho, no sin antes agradecerle a esta hermosa muchacha por toda la ayuda que ha aportado en estas semanas. Es una de tus mejores asistentes.

—Te estaba esperando, vamos —dijo el hombre con frialdad, antes de girarse habló—. ¿La

señorita Reed te ofreció algo para beber? —La chica se tensó, el contacto de la mujer la calmó mágicamente.

—Tranquila querida, no quiero nada... Vamos, cariño, será una reunión corta.

Madre e hijo se perdieron por el pasillo hacia la sala de conferencia. Rebecca volvió a respirar intentando concentrarse en su trabajo. Respondió algunos llamados, se contactó con William Turner, otro de los socios minoristas, que necesitaba una reunión con el señor Griffin y los demás inversionistas. La chica se comprometió a tener una respuesta lo antes posible.

Por otro lado, ayudó con unos estados que el departamento de publicidad tenía pendiente de enviar al jefe, se encargó de corregirlos y mandarlos a destino. Recibió una contestación de agradecimiento cinco minutos después. Clarke la llamó preguntando si alguien solicitaba una declaración en tribunales, la chica negó prometiendo estar atenta a cualquier llamada externa para informarle o transferirla a su celular.

Poco tiempo después aparecieron Melissa y su hijo. Éste la llevaba firme de la espalda, serio como siempre, atento a cada paso que daba. La mujer se giró mientras esperaba el ascensor para despedirse y acordar seguir en contacto. El señor Griffin esperó a que su madre desapareciera detrás de las puertas para girarse deteniéndose en ella más tiempo del necesario.

—La quiero en mi oficina en cinco minutos.

Sin más, siguió su camino sin esperar respuesta. Rebecca tragó en seco, esto no era bueno. Sin quererlo se puso a temblar, ordenó los papeles que tenía enfrente, miró a su alrededor; no podía dejar el lugar solo, no habría quien recibiera o contestara las llamadas, tampoco podía desobedecer una orden, menos de él.

No estaba segura de que sería peor, terminando por elegir dejar la recepción desierta antes de no responder a su jefe. Rápidamente llamó a recepción informando que no se recibirían visitas hasta que ella llamara nuevamente, tanto para el presidente como para el área de operaciones.

Tomó aire un par de veces antes de incorporarse y caminar rápidamente hacia la puerta que tanto conocía. Tocó tan suave que temía no ser escuchada, aterrada de tener que golpear nuevamente, sin embargo, de adentro le invitaron a pasar.

El señor Griffin sorprendentemente se hallaba sentado en la salita, había dejado la majestuosidad de su escritorio por un lugar neutral. La chica se quedó de pie en la entrada sin saber qué hacer, el hombre al notar lo la invitó a tomar asiento en el sillón caledonio al suyo. Sorprendida siguió las instrucciones.

Sobre la mesa descansaba una carpeta que ella no reconocía como su trabajo; se fijó en la alfombra más tiempo del necesario como si fuera lo más interesante de la habitación, aunque el hombre a su lado podía opacar cualquier obra de arte. Él carraspeó esperando a que levantara la mirada, sus ojos se cruzaron y con solo fijarse sintió la orden de que no la desviara.

Con todo esfuerzo permaneció ahí, atenta en esos ojos oscuros y penetrantes, temblando de pies a cabeza. Ese tigre del que todos hablaban estaba ahí, atento, vigilante, esperando su momento para atacar... Y ella era la presa.

—Rebecca es momento de que reconozca todo el trabajo que has hecho en estas siete semanas. Has sido una asistente eficiente, sabes llevar esta empresa demostrando que puedes solucionar cualquier problema sin necesidad de mi intervención.

La chica abrió los ojos sorprendida ante sus palabras, nunca las hubiera esperado de ese hombre ni tampoco las quería oír, ella solo lo hacía para demostrarse a sí misma que podía con ello. Sonrió de cortesía.

—Gracias, señor Griffin.

—Ahora necesito que tomes un papel con mayor importancia dentro de la empresa y fuera de ella. Te has ganado mi confianza y sé que podrás con toda esa presión. —Rebecca lo miró sin entender. Podía observar que el tigre se movía nervioso, no sabía si sacar las garras o dejarse dominar—. Pero antes debes firmar esto.

El empresario deslizó la carpeta hacia ella junto con una pluma. La chica con las manos temblando la abrió dejando a la vista un documento:

ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD Y NO DIVULGACIÓN DE INFORMACIÓN

Julio 10 del 2016, New York, USA.

POR UNA PARTE: La señorita Rebecca Reed Rice, con facultades suficientes para este acto y POR OTRA PARTE el señor Matthew Connor Griffin Larson, dueño mayoritario de Infinite Fantasy y con sede en esta ciudad CONVIENEN lo siguiente:

PRIMERO. —Ambas partes acuerdan proteger la confidencialidad de la relación existente entre las mismas. A estos efectos y en adelante, la expresión “EMISOR” significa la Parte que facilita la Información Confidencial y “RECEPTOR” significa la Parte a quien se le facilita o quien recibe Información Confidencial...

.....

Dentro del documento seguían otros seis puntos a digerir, dando a entender que debía guardar completo silencio ante lo que se hablara entre ellos desde ese día en adelante, manteniendo cualquier secreto en completa confidencialidad por un periodo mínimo de diez años o hasta que ambas partes creyeran prudente. ¿Por qué necesitaban de aquellos papeles? ¿Qué tanto confiaba aquel hombre en ella?

Rebecca lo leyó dos veces antes de fijarse en su acompañante. La información que iba a entregarle debía ser muy valiosa para hacerla firmar este tipo de contrato. Dentro del tiempo que llevaba en la empresa, había tenido que redactar algunos, pero jamás pensó que sería protagonista al momento de firmarlo.

Cerró los ojos y no lo pensó más, tomó la pluma y firmó en su lugar en ambas copias que estaban archivadas. El señor Griffin hizo exactamente lo mismo, tomó una de las copias guardándola en un sobre y entregándosela a ella. Él pasó una mano por su cabello antes de mirarla fijamente

—Rebecca... Quiero que te cases conmigo.

Firme aquí

No creía haber escuchado bien, era imposible que estuviese refiriéndose a ella. Tal vez solo confundió nombres o se trataba de un ensayo de las palabras a utilizar cuando estuviera frente a la mujer correcta. No obstante, al ver sus ojos marrones penetrantes, fijos y atentos en cada uno de sus movimientos y expresiones, tenía la leve sospecha que sí se trataba de ella.

Intentó respirar, pero parecía imposible, sus pulmones se hallaban prisioneros contra las costillas, impidiendo que su organismo funcionara como correspondía, que algo de oxígeno llegara a su cerebro.

Anhelaba cerrar los ojos y hacer como si desapareciera en un solo pestañeo, tal cual recordaba de pequeña: la oscuridad desaparecía lo malo. Si bien, seguía frente a la fuerte presencia del felino al asecho.

Quería fervientemente que fuera una cámara escondida, una broma hiriente de parte de su jefe por haberse relacionado con su madre sin autorización. Podría aceptar cualquier cosa con tal de terminar con ese juego y aliviar la falta de aire.

A su lado, el roce constantemente de la tela del traje costoso del señor Griffin contra el sillón, indicaba impaciencia. Deseaba mirarlo para asegurarse que era una treta y a la vez evitar esos ojos fieros que esperaban cualquier reacción para atacar.

En solo siete semanas sabía perfectamente que no le gustaba que le hicieran esperar y menos con un tema que al parecer era importante. Sin embargo, no podía decir nada, estaba en shock, sin creer ninguna palabra: *Rebecca, quiero que te cases conmigo...* ¿Cómo?

Por fin logró tomar una bocanada de aire antes de volver a sentirse oprimida por dentro. El hombre a su lado seguía mirándola esperando alguna palabra, verdaderamente no sabía que decir, nada tenía sentido, solo llevaban una relación laboral de un par de horas al día con suerte. Cruzaban dos palabras y luego cada uno en sus asuntos. ¿Cómo de un momento a otro le decía que quería casarse con ella? ¿Cuál era la verdadera razón? Volvió a respirar, un suspiro pausado que hizo funcionar su organismo con regularidad.

—Señor Griffin...

—Seré más claro —interrumpió el hombre.

No dejaba de mirarla por lo que se sentía cohibida, a punto de llevarse las manos al rostro para desaparecer, como una niña tímida y asustada.

—Necesito una mujer que sea mi cómplice, mi mano derecha y que para el resto del mundo sea mi esposa, ¿se entiende?

—Le se-seré sincera... No entiendo n-nada. ¿Por qué quiere que sea su e-esposa? Puedo ser su mano derecha sin necesidad d-de... Ese tipo de compromiso.

Él negó volviendo a acomodarse en el sillón para tenerla de frente, obligándola a mirarle. Sus ojos eran intensos, el tigre buscaba la manera de engatusar a su presa esperando una respuesta afirmativa. Conocía muy bien el efecto que lograba, cómo manipulaba usando la seguridad y sensualidad que tenía el animal, que armas utilizar. Este hombre entendía perfectamente lo que estaba exigiendo y como lograr su cometido; de esa forma logró formar aquel imperio.

—Iremos al grano, señorita Reed, sé que es muy inteligente y puedo confiar en usted. Mi

trabajo es bajo presión, abarco varios ideales que quiero para mi empresa, usted ya los manejó en menos de dos meses. Debo agradecer a mi madre con la ayuda que me otorga con la fundación, pero tanto ella como mi padre están preocupados por mi situación y no dejan de lanzar indirectas sobre mi vida sentimental. Melissa acaba de salir de aquí asegurando que conoce a alguien que me acompañe en este viaje.

Bien, eso era raro, o demasiada desesperación. ¿Es que ese hombre nunca había tenido una mujer a la cual presentar? ¿Tal vez no le gustaban las mujeres? Lo creía poco probable, tal vez solo era la primera vez que llevaba tanto tiempo sin una pareja.

—Una esposa podría encargarse de aquellos asuntos sociales, una socia para formar un gran equipo, alguien que comparta mis ambiciones, aparte de calmar a la familia de creer que moriré solo y sin amar —la chica se tensó ante esas últimas palabras, Matthew lo notó—. Tranquila, no es lo que busco.

—¿Por qué yo? —murmuró ella.

—En solo siete semanas has logrado lo que nadie más en seis años. Has llevado una empresa como si fuera propia, te adelantas a mis deseos y hasta has tenido ideas que nunca se me han cruzado por la cabeza. Seríamos una pareja perfecta en negocios y por lo general no me equivoco en eso.

Rebecca desvió la mirada, se sentía elogiada, eso quería decir que realizaba su trabajo como correspondía, mejorando las expectativas de su jefe, pero eso no significaba tomar una decisión tan importante como la que exponía con tanta normalidad, como si estuvieran hablando del café que tomaría esa mañana.

Él abrió nuevamente la carpeta mostrando otro documento, este con varias páginas adicionales que deslizó hasta su posición. Como título llevaba CONTRATO DE ASOCIACION, no dejó de mirar el manuscrito mientras el señor Griffin seguía hablando.

—Aquí está especificado todo lo que quiero de ti y todo lo que recibirás de mi parte. Si crees que algo no te agrada, será conversado, revisado y podemos ajustarlo a nuestros intereses. La idea general es casarnos, ser un equipo de trabajo, de la puerta para adentro cada uno tiene su vida y de esta hacia afuera somos un feliz matrimonio. Así de simple.

Para ella parecía un contrato de sangre, como si estuviera entregando su alma al diablo, donde definitivamente debía tener letra chica. Se preocupaba de ser vendida al mejor postor, en este caso, era uno de los hombres más importantes del país. No podía entender que veía en ella para ofrecerle una cosa así y más que estuviese pensando si aceptar o no. Como si el hombre pudiera leer sus pensamientos siguió hablando.

—Sé que parece algo fuera de lo convencional, pero si lo piensas bien, ambos salimos ganando. Yo obtengo a una excelente profesional para manejar mi empresa y tú encuentras la protección que tanto necesitas.

La chica se giró bruscamente asombrada de las palabras que utilizaba su acompañante. Él lo sabía.

—¿P-por qué cree q-que necesito pro-protección? —Él se rio entre dientes.

—Vamos, señorita Reed, ¿cree que la hubiera dejado entrar en mi empresa sin saber lo que oculta?

—Y-yo no oculto...

—La mandé a investigar ese día que Charlotte la puso en el puesto. Viene de una humilde casa en Tucson, Arizona, no tiene familia y misteriosamente de un día para otro tomó un avión hacia New York, abandonando la casa de sus padres y su empleo de medio tiempo. Es obvio que escapa

de algo, si no me quiere contar, es cosa suya. Yo ofrezco protegerla bajo mi apellido y usted aparenta ser esa mujer que está locamente enamorada de mí. ¿Qué dice? —incentivó el señor Griffin con naturalidad.

—¿Quién más sabe de esto? —preguntó Rebecca intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Mi abogado, usted y yo.

—¿El señor Cobb? —interrogó asustada, él asintió.

—Clarke es un buen amigo y excelente abogado, mantendrá este arreglo bajo siete llaves si es necesario. Puede confiar en él —Contestó el hombre, ella asintió— Bien, ¿Qué dice? ¿Acepta?

—¿Puedo pensarlo?

El señor Griffin suspiró, en un murmullo se dijo que era mejor eso a una negativa rotunda. Le dio el fin de semana para pensarlo, el lunes a primera hora debía tener una respuesta, no podían perder tiempo, más si necesitaban aclarar algunos puntos del contrato.

Le aconsejó leerlo con tranquilidad y con la mente abierta, aun cuando no había nada extraordinario de lo cual asustarse. Rebecca asintió sin dejar de contemplar el documento sobre la mesa blanca como el papel.

Se quedaron uno o dos minutos en silencio, cada uno intentando entender que era lo que venía ahora. A pesar de que el señor Griffin pareciera seguro de lo que hablaba, era algo nuevo a lo que se enfrentaba; y qué decir de Rebecca que no podía despegar los ojos del contrato.

Finalmente, el jefe se puso de pie dirigiéndose a su escritorio, tomó su celular, apagó la computadora y volvió hacia el sillón donde seguía la chica. Caminó hacia la puerta abriéndola para luego observarla con determinación; carraspeó.

Ella saltó volviendo a la realidad, tomó los papeles de la mesa con gran velocidad y torpeza, echó un vistazo a su alrededor verificando que todo estuviera correctamente para luego dirigirse a la puerta cruzándola sin mirar a su acompañante que le seguía un paso atrás.

En la recepción, Kyle esperaba junto al ascensor con los brazos tomados por la espalda. El empresario se detuvo solo unos segundos comentando que ya se retiraba y que ella podía hacer lo mismo, no había nada más que aportar ese día por lo que debía centrarse en otras prioridades. La chica quedó hipnotizada con esos ojos marrones, no eran de esos colores que llamaban la atención, si bien, tras ellos podía ver al felino, el tigre que solo usó parte de su encanto, de su estrategia y no planeaba sacar las garras aún. Éste se despidió sin más siguiendo su andar seguro hasta el ascensor privado.

Miró a su alrededor, se hallaba sola en ese espacio que ahora parecía más grande que nunca. Se sentía muy pequeña con una propuesta gigante entre sus brazos, se aferraba con todo a esa carpeta donde podría estar su futuro. ¿Podría aceptar una cosa así? ¿De verdad Matthew Griffin ofrecía ese tipo de asociación? ¿A ella? Sacudió la cabeza, no quería seguir pensando en ello, volvió a su puesto e intentó terminar los últimos detalles antes de retirarse.

* * *

Eran las ocho menos cuarto cuando salió del ascensor en el piso de presidencia y colocaba su identificación sobre el lector digital. Como siempre comenzó con su rutina: paseo por las oficinas, anotar la agenda semanal de su jefe, buscar documentos donde Clarke, ayudar a Rachel con asuntos pendientes que dejó encima el viernes pasado.

A las ocho y quince tomó su libreta, una carpeta, pasó por la sala de conferencias, tomó el portátil y se dirigió a la oficina del señor Griffin. Se sentó en uno de los sillones de la salita, exactamente el mismo donde estuvo el viernes por la tarde. Su cuerpo se estremeció hasta la punta del pelo, cerró los ojos y respiró hondo para controlar el miedo que deseaba apoderarse de ella.

Observó por última vez sus cosas, se puso de pie, dejó un documento sobre el escritorio y volvió a su lugar; encendió el portátil conectándolo y configurándolo a su computadora en la recepción. Se sentía orgullosa de lo bien que aprendía la tecnología del lugar, debía agradecerles a los de informática.

Como todos los días, a las ocho y veinticinco el empresario entraba a su oficina con Kyle detrás, éste último abrió los ojos más de lo normal al percibirla dentro, ambos demostraron rápidamente indiferencia, volviendo a sus labores. El guardaespaldas preguntó si necesitaban de sus servicios, recibiendo como respuesta una negativa del jefe, quien seguía detenido frente a la chica; Rebecca podía sentir la mirada fija sobre la cabeza.

Cuando la puerta se cerró el señor Griffin seguía en la misma posición, haciéndola estremecer, incomodándola, pero a la vez segura de lo que estaba haciendo. Intentó disimular lo mejor posible su indiferencia, a pesar de verlo de reojo cambiar el peso de un pie al otro y de seguro pasando las manos por su cabello bien peinado. Dejó escapar el aire de sus pulmones cuando el hombre desistió y se dirigió a su escritorio.

Tenía unas terribles ganas de mirarlo y a la vez temía ofenderlo. Su estómago se contraía a cada segundo, especialmente cuando escuchaba las cosas moverse a unos pasos de distancia. Dejó de respirar cuando cualquier ruido se detuvo, dejando la oficina en completo silencio.

—Has firmado —Rebecca por fin levantó la mirada de la pantalla hacia el hombre. Asintió—
¿Ningún cambio? —Ella negó ante la pregunta—. ¿Estás segura?

—No he dormido en dos días leyendo y releendo el contrato. Creo que puedo con ello...
Cualquier cosa, no creo que vaya a comportarse con brusquedad si no logro el objetivo, ¿o sí? —
Fue turno de él para negar—. Bien, entonces sí, acepto.

Ambos se quedaron en silencio observándose, esperando cualquier reacción que confirmara lo que ocurría o demostrara que se trataba de un mal juego. No obstante, nada ocurrió, los dos seguían en la misma posición, dispuestos al siguiente paso.

El empresario caminó hacia ella sentándose a su lado con el documento entre sus manos. Ella intentaba concentrarse en su trabajo, intentando olvidar la presencia de los papeles- que parecían hacerse cada vez más grandes —y del hombre que la miraba detenidamente. Se mostraba sorprendido, ¿qué esperaba? ¿Qué pidiese más dinero? ¿Qué pusiera otras cláusulas al contrato? ¿De qué serviría aquello?

Atisbó de reojo que abría el contrato como si fuera primera vez que lo hacía, leía con el ceño fruncido buscando algo que se le hubiese pasado. ¿Pensaba que había hecho algún cambio sin su consentimiento?

Si tuviese valor, podría interrumpirlo y describir de memoria todo lo que se encontraba ahí, cada cláusula, cada punto en negrita y cuáles eran los beneficios para los dos. Ambas partes se asociaban en un acuerdo matrimonial donde cada uno tenía su participación determinada.

Ella debía seguir una serie de reglas que demostraran ser la futura señora Griffin, caracterizando un personaje, ser la mujer más deseada de New York, la más llamativa entre la sociedad. Se haría cargo de la fundación *Plays and Grows*, de la mansión y eventos sociales, es decir, una esposa florero, aunque con mayor participación, aquel hombre no deseaba una marioneta a su lado.

A cambio él sería un esposo generoso, le daría protección, una mesada mensual para sus gastos y otra para la casa. Ambos trabajarían juntos para ampliar el imperio Infinite Fantasy siendo la envidia de muchos.

Cada uno tendría su vida dentro de casa, lujos, pasatiempos y un espacio personal donde no podría interrumpir el otro sin consentimiento previo. Toda la servidumbre que necesitaran, necesidades básicas y anexos... Todo.

Fuera del hogar serían el matrimonio perfecto, dentro, cada uno con su respectiva vida, su espacio con el derecho de hacer lo que quisiera sin violentar al otro, manteniendo el perfil bajo secreto máximo.

Y Rebecca aceptaba sin excepciones. Increíble. Para ambos era increíble.

—¿No tienes ninguna duda? —preguntó aún incrédulo.

—No, señor Griffin. Lo leí por lo menos cinco veces, creo que me sé el contrato de memoria, entiendo los términos... Creo que podré con ello si manejo bien mis tiempos —concluyó ella.

—Tendrás que cambiar de imagen —advirtió el hombre, ella asintió sin una expresión que la delatara con miedo o alguna emoción—, eres increíble. ¿Ni siquiera pedirás dinero extra como indemnización? —preguntó, se arrepintió al ver su expresión de ofendida.

—Creo que es dinero más que suficiente por el que estoy vendiéndome, me ofreció algo que yo necesito y usted necesita ayuda, bien, puedo con ello. Además, sale estipulado que me dará dinero mensualmente, no necesito más.

—Bien —dijo el empresario sin saber que más objetar.

—¿Tiene alguna duda, señor Griffin? —preguntó Rebecca mirándolo fijamente sorprendiéndolo y a la vez a sí misma.

—No... Aunque si vamos a comenzar con esto, lo primero será que dejes de llamarme señor Griffin y me digas por mi nombre, Matthew o Matt, como me dice mi familia.

—Bien, señor... Quiero decir, Matthew —ambos asintieron—, ¿necesita algo? —Al ver la ceja alzada de su acompañante, se sonrojó bajando la mirada con rapidez—. Perdón, es la costumbre... ¿Necesitas algo?

—No, gracias

Rebecca volvió a atender su trabajo dejando que Matthew se apropiara del propio, todo se encontraba en el escritorio.

Cada pocos segundos sentía la mirada penetrante en su dirección, su cuerpo comenzaba a temblar, nerviosa de no ser lo que aquel hombre buscaba. Cada momento que posaba sus ojos en ella, creía que cometía un error. Justo cuando se hallaba convencida que podría hacerlo.

¿Sabría de sus secretos? Se estremeció sin poder evitarlo. Respiró hondo, ella misma se ponía en evidencia con aquellas reacciones. El trato era no averiguar los secretos escabrosos del otro, no tenía por qué comenzar con ello. ¿Correcto? Cerró los ojos con fuerza.

Intentaron concentrarse en su trabajo, las citas programadas y documentos previos a ser enviados a los distintos departamentos esa mañana. Trataba de no distraerse con la mirada penetrante de su jefe o su propia curiosidad por saber qué hacía mientras ella se hallaba trabajando en sus asuntos. ¿Qué significaba tener un imperio en las manos y miles de empleados a su cargo? De seguro lo averiguaría si ese contrato se hacía efectivo.

Saltó de su asiento cuando escuchó un estrepito desde el escritorio. Miró rápidamente percatándose que el señor Griffin había dejado caer las manos sobre la mesa, fijándose con fiereza en su persona. Se quedó muda.

—¿Tengo derecho a saber si te quedarás mucho tiempo en mi despacho? —preguntó incómodo por primera vez en su vida, la chica se sonrojó.

—Lo siento, si quiere me voy, no quiero molestar, señor Griffin.

—Matt —sentenció él, sintió mayor color en sus mejillas—, solo quiero saber si tenemos una reunión que he olvidado; en la computadora no dice nada.

—No. Cre-creo que sería correcto que poco a poco se vea un acercamiento de nuestra parte. Sería sos-sospechoso que de un día para otro anunciemos que nos casaremos si no... no nos han

visto ser atentos o preocupados, más bien cordiales y fríos. —La lengua se le trababa, tan nerviosa por recibir un grito que tuvo que cerrar los ojos para continuar—. Creí que quedarme más tiempo del normal con usted en la oficina, saludos de su parte o invitándome a bajar en su compañía puede crear rumores que nos beneficiarían. Estos llegarán a su madre a través de la fundación y gente cercana a lo que usted podrá decir que hay algo, luego como dice el contrato, en un mes podremos indicar que secretamente estábamos manteniendo una relación y que nos amamos locamente por lo que nos casaremos pronto.

Cuando abrió los ojos para enfrentarlo, él estaba mudo. En su interior gritaba de alegría, otra vez se adelantaba a los hechos, creando un escenario que él no se molestaba en pensar, no obstante, por fuera, temblaba como una hoja al viento.

Conocía su forma de actuar, no era de los que daba explicaciones, era a quien se le debían. Nunca debió pasar por su mente que debía dar un pretexto ante la repentina unión, luego de jamás verlo emparejado.

Percibió o imaginó un atisbo de orgullo y admiración en sus ojos ante su nueva adquisición, Rebecca sería una gran esposa. Bajó la cabeza mirando su regazo, temerosa de descubrir algo más en esa mirada oscura, no deseaba pensar aún en los cambios que le pediría, desde su físico hasta su personalidad. Imaginaba horas y horas de estudio para ser quien él deseaba.

Sin más volvió a su trabajo, dejando que ella siguiera con sus asuntos, sin hacer ningún comentario. Ambos realizaron algunos llamados, pasándose el teléfono en vez de hacer la conexión habitual. Un rato después, ella tomó sus cosas y salió sin decir nada. Por primera vez, en siete semanas, Matthew vio su espalda al salir, ella no se preocupó en caminar hacia atrás enfrentándolo, como si tuviera miedo en girarse y pudiese atacarla.

Regresó poco después con el café de todas las mañanas, lo dejó en su lugar, él lo agradeció, esta vez caminó de espalda hasta la puerta. El señor Griffin levantó la mirada, le regaló una sonrisa que la hizo sonrojar y luego se retiró.

Los siguientes días fueron como cualquier otro. No importaba que hubiese pasado entre esas cuatro paredes, Matthew Griffin seguía comportándose como su jefe: llamadas por interno para comunicarle con algún socio, pedir algún recado y correos electrónicos. Rebecca por su parte contestaba llamados, dirigía a los demás departamentos en nombre del empresario e iba y venía por el pasillo, de su escritorio a la oficina cuando era estrictamente necesario.

Por otro lado, Rachel y Charlotte cada día parecían más felices por el cambio de ambiente que llevaba la oficina desde su llegada.

—Comienzo a tener mis hipótesis sobre ello —dijo Rachel esa tarde mientras trabajaban.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rebecca, sin dejar de mirar la pantalla.

—Sobre el señor Griffin, tal vez lo embrujaste, tienes un muñeco vudú donde controlas sus emociones —la pelirroja rio bajito negando—. ¿O tal vez lo enamoraste? —Rebecca se atragantó con su propia saliva.

—¡Qué locura es esa! —Rachel de encogió de hombros.

—Ese cabello rojizo y ojos verdes... estoy segura de que no le son indiferentes.

A la hora de la salida, el señor Griffin fue el primero en aparecer en el vestíbulo con su paso seguro, la cabeza erguida y la seriedad que le caracterizaba. Su asistente notaba cierta diferencia desde hace unos días: algo en sus ojos cambiaba, el tigre parecía intranquilo, demasiado alerta en cada paso que daba.

Cuando lo vio acercarse, su estómago se contrajo, ansiosa de lo que fuera a hacer frente a su compañera de trabajo, ¿ya les dirían a todos abiertamente que tenían algo? Éste apoyó una mano sobre la mesa, tamborileo un par de veces con los dedos y luego carraspeó. Primero se despidió

de Rachel y luego, con un murmullo, se despidió de Rebecca, quien solo asintió al no poder soltar palabra.

No dejó que su compañera dijera una sola palabra, rápidamente se levantó y corrió por el pasillo con la excusa de ir al sanitario.

Fue la última en dejar la oficina, cerró todo el lugar, contó hasta veinte esperando que las luces se apagaran antes de bajar al primer piso y retirarse después de desearles una buena noche a los guardias de turno.

* * *

El verano aún se hallaba en su esplendor, el calor se podía sentir en el ambiente, en especial por las calles asfaltadas y la cantidad de cemento. Miró el cielo que comenzaba a oscurecer entre los edificios. Suspiró y se puso en camino sintiendo la necesidad de quitarse el traje y no estropearlo con el sudor.

Aquel día fue ajetreado, Matthew se encargó que estuviese en cada una de las reuniones, aunque fueran por videollamada, deseaba que aprendiera un poco más de la empresa, lo que significaba que tenía menos tiempo para sus labores diarios y mayor sospecha entre los que se asomaban por el piso de presidencia. ¿Por qué la asistente del señor Griffin nunca se hallaba en su puesto?

Esa tarde, fue idea del hombre que salieran juntos del despacho y luego del edificio, como si fueran buenos amigos. Clarke se hizo el desentendido cuando los vio en la recepción mientras que un chico de recursos humanos y Rachel no dejaban de mirarlos avanzar al ascensor.

Al llegar al hostel no saludó a nadie pasando directo a la escalera, llegó a su cuarto sin probar bocado, tenía mucho en que pensar, planificar y necesitaba horas de sueño después de una semana de haber firmado el contrato. Las cosas comenzarían a complicarse, sin embargo, ya era un hecho, aceptó la propuesta del señor Griffin... De Matthew. Se venían cambios y esperaba sobrevivir a ellos.

Para su sorpresa, al abrir los ojos, el sol volvía a salir. Buscó su reloj de pulsera, que alguna vez perteneció a su padre, verificando que eran pasadas las siete de la mañana.

Con torpeza salió de la cama, chocando con todo lo que se interponía; iba retrasada. Esa eran las consecuencias por llevar más de setenta y dos horas durmiendo a intervalos, su cuerpo añoraba descansar, más ahora que debía seguir cierto protocolo al ser la... ¿novia? Del jefe. Que extraño era todo aquello.

Se pasó una mano por el rostro, necesitaba con urgencia un sueño reparador que no podría disfrutar hasta el viernes, que se veía cada vez más lejano, a pesar de que era al día siguiente.

Resignándose tomó su uniforme, el vestido entallado, corrió al baño y se arregló en veinte minutos. Corrió nuevamente a su dormitorio tomando la cartera, colocándose un poco de rímel, se miró en el pequeño espejo y salió trotando escalera abajo.

Tomó el subterráneo luego de comprarse unas galletas y un café para no desmayarse del hambre al no haber comido desde la tarde anterior, corrió un par de cuadras hasta llegar frente a Infinite Fantasy, contemplando como se veía mayor cantidad de gente que a la hora que ella acostumbraba a llegar. Alisó la falda del vestido.

Eran las ocho y diez minutos, saludó al guardia pasando rápidamente hacia la zona exclusiva preguntando si el señor Griffin había llegado. Sonrió cuando el hombre negó. Colocó su identificación que le dio el paso para tomar el ascensor, agradeciendo el silencio que Kyle no se encontrara ahí. Aún tenía tiempo.

Las puertas se abrieron cuando llegó al piso cuarenta y dos, entró mientras el sistema se encendía directo a la oficina de Matthew y preparar todo lo necesario. Mientras se programaba la computadora fue en busca del portátil para seguir con la actuación cómplice, quedándose más

tiempo del debido con el jefe.

Corrió a su puesto buscando algunas cosas, luego hacia la oficina de Clarke para tomar los documentos que dejó la tarde anterior y él pasaría a firmar. Finalmente volvió a la oficina presidencial, sobresaltándose al ver al dueño del edificio en su lugar.

Tenía la respiración entrecortada, si bien se las arregló para dar los buenos días y dejar sus cosas en la mesa de la sala. Miró de reojo como se quitaba la chaqueta y se pasaba una mano por el cabello luego de murmurar los buenos días. Parecía que no había pasado buena noche. ¿Ocurrió algo en su vida personal? ¿Cuándo estuviesen casados le contaría esos detalles? Cerró los ojos y con voz apenas audible pidió permiso para ir por su café.

Dio un grito, que tapo rápidamente con sus manos, cuando chocó con el guardaespaldas, este la tomó por los hombros para evitar que cayera al suelo. La soltó como si quemara cuando Matthew salió de la oficina con el ceño fruncido, Rebecca, muy colorada, se disculpó y salió rápido del lugar.

Agradeció que la máquina de café estuviese caliente y lista para hacer un buen expreso, ya eran demasiados inconvenientes como para también estropear la bebida. Se asustó cuando Rachel le deseó los buenos días al salir del ascensor, le regaló una sonrisa informándole que nuevamente estaría trabajando en el señor Griffin en su oficina. No quiso mirarle la expresión, rápidamente se alejó de la recepción.

Se sorprendió cuando vio al hombre sentado en su puesto, dejando el escritorio vacío. Abrió los ojos con sorpresa cuando éste apuntó hacia aquel lugar diciéndole que se sentara allí, él solo debía hacer unas llamadas, no le molestaba. Se quedó helada un tiempo con el café aún en su poder. Se disculpó cuando Matthew lo quitó de sus manos, girándose de un lado a otro, sin saber qué hacer.

Tomó un gran trago de aire con los ojos cerrados antes de dirigirse hacia el imponente trono de aquel hombre. Con disimulo pasó los dedos por la superficie, sintiendo la fría roca, su piel erizándose al imaginar al dueño y la magia que hacía ahí. Se sonrojó cuando el empresario carraspeó, tragando en seco y sentándose finalmente. Si era sincera, ese tiempo le daba para planificar su agenda esa mañana.

Trabajaron en silencio, escuchándose solo el tecleo y la voz imponente del hombre discutiendo con algunos proveedores. Ninguno de los dos podría negar que hacían buen equipo, estaban naturalmente coordinados.

Era tal la concentración de los dos que no escucharon los toques en la puerta, por lo que fue sorpresa para los tres, ellos dentro y Charlotte en el marco de la puerta anonadada con la escena. ¿Cuándo el jefe había prestado su puesto a una asistente? ¿Quién se hubiese atrevido solo pensar en sentarse en esa silla?

El señor Griffin, luego de terminar la llamada, le miró atento sin inmutarse mientras que la chica se paró de inmediato asustada. Matthew se giró hacia ella indicándole con la mirada que volviera sentarse para luego volverse hacia su gerente de operaciones. No le quedó más que obedecer, aunque no podía dejar de ver a la mujer que aún seguía en la puerta sin moverse confundida con la situación, especialmente conociendo al hombre.

—¿Qué sucede, Charlotte? —preguntó Matthew, ella por fin reaccionó mirándolo detenidamente.

—¿Ha ocurrido algo? —interrogó viendo de reojo a la chica, él negó.

—La señorita Reed se ha retrasado esta mañana y no ha tenido tiempo de organizar mi agenda, le estoy dando el espacio y aparte le pedí otras cosas, ¿Por qué, la necesitas? —La mujer negó.

—Como Rebecca no estaba en la recepción me preocupé. Fuera está Clarke buscándolos —

Matthew sonrió colocándose de pie.

—Perfecto, hazlo pasar y que nadie nos interrumpa —sentenció. Rebecca iba a ponerse de pie cuando él le interrumpió—. Tú se quedas, Rebecca.

Ambas mujeres se sorprendieron, se miraron un segundo, la mujer mayor preguntándole en silencio si debía salvarla, pero ante el movimiento negativo discreto que hizo la chica solo asintió dejando la oficina.

Matthew la llamó para que sentara a su lado, ambos esperaron hasta que apareció el abogado y amigo sin esperar a que le dieran el paso, saludando a ambos con un asentimiento, tomando asiento en la última silla vacía, acomodando los papeles que traía bajo el brazo. Rebecca nunca lo había visto tan serio y compenetrado con su trabajo.

La chica miraba detenidamente al abogado, ojos marrones, más claros que los de su amigo, se veía que no era de estar en el gimnasio, aunque se mantenía bien y disfrutaba de la vida. Ahora ejercía su profesión, traje y peinado lo hacían de temer. Tragó en seco cuando vio el contrato que leyó hace una semana, de seguro el que llevaba su firma.

Se preguntó como dos personas muy distintas tenían esa amistad, con tanta confianza como para tratar su futuro con tanta frialdad. ¿Qué pensaría Clarke sobre aquel contrato? ¿Creería que era una locura? ¿Estaría de acuerdo con Matthew?

Tragó en seco cuando el abogado, con seriedad, le entregó una carpeta con los documentos que firmó: el acuerdo de confidencialidad y la sociedad. No obstante, había algo más: Un acuerdo prematrimonial. Rebecca miró al empresario sin entender lo que ocurría, pero fue el abogado quien comenzó a aclarar las dudas.

Clarke hizo que su amigo firmara el mismo acuerdo de confidencialidad para proteger cualquier cosa que saliera de la boca de la chica, éste no dudo en hacerlo. Luego se aclaró la garganta para leer el contrato que ella ya se sabía de memoria.

Especificaba que recibiría 50000,00 USD como mensualidad para sus gastos personales los cuales no debía dar un registro, podía hacer lo que quisiera con ellos. También el señor Griffin le daría 100000,00 USD para administrar la casa de los cuales si debía entregar un registro de los gastos asociados. Por otro lado, recibiría una tarjeta de crédito adicional, la cual podría utilizar en gastos de la fundación, de la cual también debía dar detalle de los consumos efectuados, como también otros insumos extras de los cuales no pudiera hablar con anterioridad con su futuro esposo.

En total, tendría 150000,00 USD al mes en su cuenta mancomunada para hacer funcionar las cosas como su presentación personal.

Otro punto era su cambio de imagen que se llevaría a cabo una semana antes de la fiesta de compromiso. Ella estaría dispuesta a quedar en manos de un asesor personal que se encargaría de cambiar su vestuario, maquillaje, peinado y todo lo que fuera necesario para ser la futura señora Griffin. Este mismo se encargaría de entrenarla en protocolo y conducta para enfrentar a la sociedad y futuros trabajos. También debía aceptar cualquier obsequio que el señor Griffin le hiciera sin objetar, los cuales, en caso de que no funcionara el acuerdo, podría llevar con ella como indemnización. En el caso de que ella fuera quien incumpliera con el contrato, solo podría llevarse las prendas de vestir y artículos que haya comprado dentro del matrimonio con su dinero mensual.

Rebecca se haría cargo de eventos sociales, ayudar dentro de la empresa en lo que Matthew creyera pertinente y relevar a la señora Melissa Griffin de su trabajo como presidenta de la fundación. Así mismo tendría que dejar su puesto de asistente antes de la fecha del matrimonio dejando un reemplazo que tuviera las mismas aptitudes o mejor que ella. Por lo que, en un periodo

de tiempo especificado, no más de dos meses, Rebecca podría trabajar medio tiempo para entrenar a su sucesora y el resto del día para organizar su boda y nueva vida.

Había otros puntos que se discutieron como la convivencia dentro de la casa: cada uno tendría su cuarto, su espacio que ocuparía bajo sus necesidades donde no podía intervenir el otro. Todo el servicio quedaba a cargo de ella, vería quien era fundamental y quien debía ser reemplazado. Desde la fiesta de compromiso, se iría a vivir a la mansión como también tendría un guardaespaldas a su disposición las veinticuatro horas del día. Existían otros puntos que no lograba retener, solo podía pensar en que sería sometida bajo su propia voluntad. ¿Qué estaba haciendo?

Finalmente se establecía que en el caso de que el matrimonio no funcionara, Rebecca sería indemnizada por la cantidad de tiempo que hubiese durado la sociedad. La ruptura debía ser de bajo perfil para que ninguno de los involucrados saliera perjudicado, ella desaparecería de la vida del señor Griffin intentando no volver a cruzar una mirada siquiera. Eso debía ser algo nuevo, por lo que imaginó que lo agregó durante esa semana.

Un punto que la chica agradeció fue sobre las relaciones íntimas: serían inexistentes, cada uno en su vida, lo que significaba no hijos. No habría herederos a los que engañar con esta mafia que creaba. Bien, ella no quería hijos así que era una de las reglas que no tendría problema en seguir.

Matthew fue el primero en firmar en donde indicaba el abogado. Cuando fue su turno le temblaba la mano. Respiró hondo, imaginando que se encontraba sola en esa habitación, tomó la pluma con firmeza y marcó con su nombre. Listo, ya estaba dentro legalmente, no había paso atrás, se lanzaba con los ojos vendados al abismo.

Ambos se despidieron de Clarke, quien dio una dura mirada a su amigo y luego una compasiva a la chica antes de dejar la habitación. Cuando quedaron a solas, suspiraron al unísono, Matthew le preguntó si ya terminaba con sus tareas a lo que Rebecca asintió volviendo al escritorio retirando sus cosas para volver a la recepción. Se dio la vuelta preguntándole si necesitaba algo, él negó sin mirarla, volvió a suspirar saliendo por fin.

Agradeció que Rachel no estuviera presente, sabía que no tenía la mejor cara después de lo ocurrido en ese despacho. Se detuvo en el pasillo que daba a las oficinas de Charlotte y Clarke, preguntándose si este último se encontraba ahí. ¿Qué pensaría de ella? ¿Qué se trataba de una cazafortunas? Por su expresión no lo creía, aunque algo deseaba decir, pero calló al estar el empresario. Suspiró un par de veces antes de retomar su trabajo.

Se sorprendió cuando una lágrima mojó los papeles en su escritorio, no se había dado cuenta que lloraba. Aceptó, tenía razones para aceptar, por fin se libraría de tanto, dentro de un tiempo sería Rebecca Griffin, olvidándose de la chica temerosa, o eso deseaba creer.

Tal vez su inconsciente sabía en qué se metía, una asociación con un multimillonario, controlador, exigente y arrasador, que la haría cambiar a su modo sin objetar. El tigre acababa de ganar a su presa y antes de devorarla jugaría hasta agotarla, débil y flácida, para que la carne fuera más tierna. Sacudió la cabeza, se pasó las mangas por la cara para quitar cualquier evidencia.

Se concentró el resto de la mañana, terminó con todo el trabajo hasta quedar con tiempo libre. Aprovechó para comunicarse con la señora Griffin por si necesitaba de su ayuda. Cerro los ojos mientras escuchaba a la mujer. Ahora no sería la única señora Griffin, pronto vendrían a reemplazarla.

La mujer agradeció la llamada, al igual que ella se encontraba de brazos cruzados, luego de la exposición no había nada más que enviar a los voluntarios a los hogares con las donaciones y algunos regalos para los niños. Pronto se prepararían los paseos a uno de los resorts que Matthew

especificara, así que por mientras no había mucho que hacer. Rebecca le deseó un buen día terminando la llamada.

Pasado el mediodía Rachel se preparaba para ir a almorzar, le invitó como siempre, recibiendo la misma negativa, justificando con mucho trabajo acumulado; en realidad necesitaba estar sola.

No quería salir, solo esconderse donde nadie la reconociera o le preguntara por su expresión. Una hora sola en presidencia. Sola.

Otro sobresalto, a los cuales ya todos estaban acostumbrados, cuando el señor Griffin apareció, echó un vistazo a ambas mujeres y luego se quedó atento en Rebecca, más del tiempo debido. Ella se sonrojó.

—¿Irán a comer? —preguntó con paciencia.

—No, señor, tengo algunas cosas pendientes —contestó sin girarse y mirar a los presentes, solo fija en la pantalla del computador.

—¿Nunca sale a almorzar? —El estómago se le contrajo al escucharlo hablar con Rachel.

—No, señor, siempre prefiere quedarse —sentenció su compañera; apretó la mandíbula, traidora.

—Tome sus cosas, señorita Reed.

Levantó la cabeza sorprendida, Matthew la miraba fijamente esperando a que obedeciera, pero su cuerpo no respondía. Él levantó una ceja impaciente, Rachel a su lado no podía creer lo que escuchaba, asombrada por tal comentario. Eso jamás se escuchó en Infinite Fantasy.

El hombre insistió con un gruñido que hizo que Rebecca se levantara de un salto. Buscó bajo su escritorio la cartera, acomodándola en el hombro y caminando hacia su jefe sin quitarle la vista como si temiera un arañazo. Se reprendió en silencio al ver que el empresario se llevaba los dedos al puente de la nariz y cerraba los ojos, de seguro por verla temblar como un cervatillo.

Esperaron en silencio frente al ascensor privado, Kyle a un lado, mirando hacia el horizonte, como si buscara darles privacidad. ¿Privacidad de qué? ¿Él sabría que todo aquello era una farsa? ¿Nadie estaba enterado del acuerdo? Se estremeció.

Ambos hombres le dieron el paso, el guardaespaldas presionó el botón para cerrar. El cubículo bajó automáticamente, Rebecca veía el suelo sin entender lo que ocurría, todo iba muy rápido y no existía el freno, necesitaba un respiro para asemejar las cosas, pero al parecer ese hombre no le daría esa opción ahora que estaba en sus manos.

Llegaron al subterráneo, las puertas se abrieron dejando a la vista una sala equipada con televisión, sofás de cuero, un pequeño bar y otros accesorios en los que no se detuvo. El señor Griffin avanzó hacia una puerta de vidrio muy parecida a la del hall principal del edificio, donde esperaba aparcado a un coche plateado con las ventanas polarizadas. Kyle le abrió la puerta de pasajeros, sin pensarlo se subió, se acomodó y esperó a que cerraran la puerta.

Justo al mismo tiempo por la puerta del otro lado entró Matthew. Se desabrochó su chaqueta, en el puesto del conductor se acomodó Kyle quien contempló por el espejo retrovisor a Rebecca antes de poner el auto en marcha. Todos siguieron en silencio, ella solo observaba por la ventana.

El viaje fue largo, estaba nerviosa, no sabía a dónde se dirigían y también sentía miedo de preguntar. Se sentía prisionera en un coche lujoso que la podría estar llevando a la periferia de New York para hacerla desaparecer.

Cerró los ojos ante la idea estúpida, acababa de firmar un contrato y un acuerdo prematrimonial, el hombre sentado a su lado la necesitaba para hacer crecer su imperio y para aparentar ser el empresario perfecto: millonario, exitoso, reconocido, casado y enamorado... con su propia familia feliz. Suspiró.

Siguió mirando por la ventana mientras cruzaban el puente que los llevaba a Long Island. Se

preguntó cuál sería el destino final, se alejaban cada vez más de la oficina y ella solo tenía una hora de almuerzo, sería imposible llegar a tiempo.

Cuando iba a abrir la boca y preguntar, el automóvil aminoró la velocidad frente a una verja de hierro negro donde decía *Old Westbury Resident...* Esto no podía ser cierto.

El terreno estaba completamente cercado por árboles estratégicamente organizados para cerrar la privacidad de los que vivían ahí. El camino de cemento parecía un laberinto del cual no podrían salir jamás. Rebecca llevaba la boca abierta sin poder creer donde se encontraba, una de las localidades más adineradas de New York, aquí solo vivían personas con un ingreso mayor a los doscientos mil dólares, algo inimaginable para ella.

Seguían el camino pasando cada par de kilómetros las entradas a los terrenos y unas mansiones que desbordaban en belleza y lujos. El coche giró hacia la izquierda quedando frente a una verja negra maciza y pilares de piedra. Las puertas se abrieron automáticamente dejando a la vista un camino parecido por el que avanzaban, solo que cambiaba la vegetación. Unos metros más adentro el camino se hacía de adoquines y una mansión en un material parecido a los pilares de la entrada.

La vivienda era impresionante por donde se admirara, cada detalle precioso, nada era dejado al azar, todo meticulosamente organizado. El auto estacionó frente a la puerta principal, Matthew se bajó sin esperar mientras que Kyle se dio la vuelta para abrir su puerta. El señor Griffin le tendió la mano ayudándola a bajar, ella alternaba entre su rostro y la mansión, seguramente con la boca abierta.

La tomó por la espalda dirigiéndola a la puerta principal, Rebecca sintió una corriente donde él tenía la mano. Se sobresaltó cuando los labios del hombre estaban cerca de su oído.

—Bienvenida a tu futura casa, Rebecca.

Apariencias

¿Bienvenida a casa?... ¿Casa? ¡Esa era una mansión!

No tenía por dónde empezar, si mirar a la izquierda o a la derecha, arriba o abajo. Conmocionada, muda ante la belleza del lugar y las palabras de Matthew. En poco más de un mes ese sería su hogar, refugiada de todo el mundo entre esas paredes y jardines. Protegida de quien quisiera amenazarla o acosarla. ¿Tendría permitido salir de ahí?

Si recordaba algo del contrato, decía que debía ser la encargada del funcionamiento de la fundación *Plays and Grows*, por lo que sí saldría, al menos algunas veces. Sintió un escalofrío apoderarse de su espina dorsal, de seguro su rostro reflejaba miedo, terror de enfrentarse a ello y fallar.

Un pensamiento la hizo vibrar, entender lo que estaba por ocurrir. En el minuto que diera el “sí, acepto” frente a un juez, ese sería su lugar, dentro nadie podría molestarla, nadie podría atreverse a negarle algo... nadie podría entrar a lo menos que ella lo autorizara. Esa sería SU casa.

Todo era con revestimiento de piedra, grandes ventanas y una hermosa puerta de roble barnizada. En el sector izquierdo el garaje donde se podrían aparcar por lo menos cuatro autos, en su interior se preguntó cuántos tendría el señor Griffin. Sobre este parecía que hubiera habitaciones. No preguntó nada, ya tendría tiempo para investigar por su cuenta.

Se estremeció cuando un carraspeo la trajo de vuelta a la realidad, miró asustada llevándose una negación de parte del hombre. Con rapidez siguió los pasos de su acompañante hacia el vestíbulo donde los recibió un hombre alto, de cabello cano, ojos claros, mirada seria y respetuosa, vestido con un traje negro y camisa blanca con una pajarita que se inclinó como si les hiciera una reverencia. Saludó al señor Griffin con un *buenas tardes*, luego se mantuvo recto esperando a ser presentado.

—Rebecca, él es Arthur, el mayordomo quien se encarga de casi todo en casa. —Tanto el hombre mencionado y Rebecca se sorprendieron con la presentación, estaba claro que aún no se daba la noticia oficialmente.

—Buenas tardes, Rebecca Reed —Se presentó la chica al hombre quien se inclinó.

—Buenas tardes, señorita Reed, bienvenida.

Matthew colocó la mano sobre su espalda para guiarla al interior, de seguro notando que no se movería por su cuenta.

Al atravesar el vestíbulo paredes blancas, madera oscura, cristal y acero inoxidable predominaba en el lugar. Dos grandes espejos a cada lado daban la bienvenida y luces empotradas que le daban la claridad necesaria al lugar debido a la falta de ventanas. Al mirar la impresionante sala era imposible no quedarse con la boca abierta, era un espacio tan amplio y exquisitamente bien decorado que daba pavor tocar algo.

Sin embargo, lo que llamaba la atención era el piano de cola en un sector cerca de la chimenea, negro y elegante que llamaba sentir su textura. ¿Matthew sabía tocar? Lo miró de reojo intentando imaginarlo sentado en aquel taburete.

Nuevamente la mano en su espalda le llevó hasta la gran cocina, maravillosa si gustaba pasar tiempo entre las ollas y la sazón. Nuevamente predominaba la madera y el blanco junto con la mejor tecnología y utensilios, una isla con sillas de cuero rojo y una mesa de diario donde estaba preparado un puesto para el almuerzo. Dos mujeres miraban atentas desde una esquina.

—Zoe es la encargada de la cocina y del servicio —comenzó las presentaciones el hombre apuntando hacia una mujer de cabello trigueño y ojos tan oscuros como la noche—. Ella es Susie. —presentó a la mujer cerca de la cocinera, una chica con una bella sonrisa, cabello negro y bajita —, encargada del orden de la casa junto con Kate, quien conocerás pronto, nada se mueve sin que estén enteradas. —Ésta sonrió e hizo una pequeña reverencia—. Ella es Rebecca Reed, la verán seguido por aquí, hoy me acompaña a comer.

—Por supuesto, señor Griffin —dijo Zoe moviéndose para presentar otro plato.

Él se giró mirándola con esos ojos penetrantes, sin evitar estremecerse cuando la tomó de la barbilla como un gesto cariñoso. Totalmente falso en su cabeza, ¿para qué aparentar? ¿No era que podrían comportarse como desearan dentro de casa? ¿Había que engañar a los trabajadores también?

—No perderemos el tiempo mostrándote el resto de la casa, ya podrás hacerlo por ti misma. Te mostraré el exterior mientras esperamos a que sirvan —la chica solo pudo asentir.

Volvieron a la sala hacia uno de los ventanales que abrió dejándole el paso a una impresionante terraza y vista. ¿Aquí solo vivía Matthew y sus sirvientes? ¿Para que una casa tan grande si no quería familia ni hijos?

Se detuvo apreciando los muebles de exterior junto a una chimenea, como si se tratara de una sala elegante, pero al aire libre. Una barandilla de vidrio jugaba a crear un infinito que pasaba a un gran jardín privado. Árboles y arbustos que eran trabajados por un hombre que parecía ser feliz en su trabajo; éste no demostraba estar consciente de su presencia.

—Él es Fred, esposo de Zoe —explicó Matthew fijándose en su mirada—, se encarga del jardín y mantener la piscina.

—¿Cuán-cuántas personas trabajan acá? —Él pareció pensar en la respuesta.

—Cinco si solo contamos a los que se encargan de la casa, pero también están Kyle y Samuel, tu guardaespaldas. Se incorporará la próxima semana para conocer el funcionamiento.

—Guard... —ni siquiera quiso seguir la pregunta, cerró los ojos y volvió a admirar los terrenos.

El lugar era enorme, solo de imaginar todo lo que podía esconder aquel lugar le hacía marearse. ¿Cómo se haría cargo de todo eso? ¿Aquel hombre pretendía que administrara todo de la noche a la mañana? Sintió que le faltaba aire.

Como si Matthew pudiera leer sus pensamientos le comentó que no debía preocuparse por nada, ya todos conocían sus quehaceres, a lo menos que decidiera hacer cambios que necesitaran de sus itinerarios. Rebecca solo asintió sin despegar la mirada del hombre que seguía recortando con unas tijeras para podar.

Cuando él señaló hacia el final de los jardines, logro divisar unas escaleras que llevaban a un lugar secreto o algo tan simple como más terrenos.

—Un poco más abajo hay una cabaña, es algo simple para las visitas que desean intimidad... Ya sabes.

—¿Alguien la ha ocupado? —preguntó Rebecca, él negó—, ¿para qué la hizo?

—Venía dentro del diseño del arquitecto, me pareció novedoso —lo vio encogerse de hombros y luego suspirar—. Por favor, acá debes tratarme de Matthew o Matt, nada de

formalidades.

—Usted dijo... —Se calló cuando Matthew mostró el felino en su interior, tragó en seco—. Dijiste que dentro de esta mansión no seremos ese matrimonio que todos quieren.

—Lo que no significa que no puedas tratarme como a cualquier amigo... Solo tienes un mes para formalidades y hasta podrías comenzar ya, eso ayudaría a la fachada de cordialidad, luego deberás tratarme como a tu par, tu pareja, tu esposo.

Desvió la mirada, se le erizaba la piel cada vez que se acordaba. En poco tiempo pasaría a ser la mujer de Matthew Griffin y él sería su... esposo. Y ya no podía echarse atrás, había firmado. En un mes sería la prometida de aquel hombre y estaba segura que, en no más de dos meses, después del compromiso, sería la señora Griffin; todo demasiado rápido.

Soltó un jadeo al asustarse cuando Arthur carraspeó para llamar la atención de la pareja. Con otra inclinación formal les anunció que la mesa les esperaba servida. Matthew como ya acostumbraba, la tomó por la cintura guiándola hacia la cocina, sabedor que la chica asustadiza no se movería por su cuenta, lo que la hizo sonrojar. Esa conducta no le ayudaba de ninguna manera.

El menú consistía en una ensalada con salmón ahumado, luego siguió un plato extraño con mariscos del cual olvidó el nombre y finalizaron con un postre de limón del cual repitió.

No dijeron ni una sola palabra durante la comida, solo se escuchaba el chocar de los cubiertos y la melodía de algún tipo de sistemas de audio centralizado. De un salto se levantó junto con el hombre quien ya daba las gracias por el almuerzo y salía del lugar sin esperarla. Con timidez sonrió a las chicas que seguían en el mismo puesto, quienes correspondieron al gesto.

Ya en la puerta esperaba el señor Griffin junto a Arthur hablando en voz baja, cuando la vieron aparecer, el hombre mayor asintió abriendo la puerta y Matthew le dio el paso para salir. Fuera Kyle esperaba junto al auto, ¿había comido algo? ¿El señor Griffin le dará permiso para alimentarse mientras estaban en casa? ¿Podría ella cambiar esas cosas cuando sea su esposa? ¿No se estipulaba en el contrato?

Nuevamente fue protagonista el silencio durante el viaje, cada uno pendiente de sus cosas, Matthew hablaba por celular mientras ella contemplaba el paisaje y de vez en cuando encontraba la mirada discreta de Kyle desde el retrovisor. Muchas veces se preguntaba qué pensaba el hombre al respecto, era claro que todos los que trabajaban para el señor Griffin debieron firmar un acuerdo de confidencialidad, nadie podría comentar lo que verdaderamente pasaba o pasaría cuando ella comenzara a salir a la luz. ¡Paparazzi! Ni siquiera pensó en ellos cuando aceptó.

¿Estaría preparada para todo ese estrés? ¿Podría con ello? ¿Cómo evitar decir algo de lo cual podría arrepentirse? ¿Saldría en los periódicos? ¿New York Times?

Sacudió la cabeza intentando borrar esas preocupaciones por el momento, no valía la pena, un paso a la vez o no lo soportaría. Primero debía demostrarles a todos en Infinite Fantasy que estaba locamente enamorada de Matthew Griffin como para aceptar casarse apresuradamente. ¿Cómo haría aquello si jamás estuvo enamorada? ¿Qué rumores correrían por los pisos del imperio cuando se enteraran? ¿Cazafortunas?

Miró de reojo a su acompañante, seguía concentrado en el trabajo, ¿Cómo haría él para demostrar que se enamoraba locamente cada día desde que la conoció? ¿Ayudaría para ella poder aparentar? Cerró los ojos, comenzaba a dolerle la cabeza.

La llegada al edificio fue con calma, como Kyle estacionó en el subterráneo nadie vio su llegada juntos, eso si no pudieron hacer nada cuando descendieron en Presidencia. Fue como si todos se hubieran puesto de acuerdo para estar en la recepción justo cuando las puertas del ascensor abrieron.

Sin embargo, nadie hizo comentario alguno, la chica fue inmediatamente a su puesto concentrándose en la pantalla del computador mientras que Matthew sin decir nada avanzó hacia su despacho. El silencio era incómodo.

Clarke fue el primero en reaccionar acercándose a Rebecca pidiéndole los últimos contratos de trabajo y los documentos relacionados con los hoteles en Seattle. La chica le regaló una sonrisa, la cual desapareció al ver la expresión en su rostro. Finalmente, solo asintió asegurando que todo estaría en su escritorio en cinco minutos. El hombre asintió de vuelta yendo a su oficina, siendo seguido de muy cerca por Charlotte.

Cerró los ojos con fuerza, negó para sí misma intentando demostrar que nada malo ocurría. Imprimió los documentos que ya tenía corregidos previamente, los adjuntó a la carpeta y salió rápidamente hacia el despacho del señor Cobb luego de murmurarle a Rachel que estuviese atenta a los teléfonos.

Debía dejar esa mala manía de temblar como una hoja al viento cada vez que creía estar en problemas. No podría cumplir su papel como esposa de un multimillonario si seguía con esas actitudes asustadizas. Tragó en seco al situarse frente a la puerta del abogado, todo dos veces y luego entró.

Clarke la miraba fijamente, cada paso que daba hasta llegar frente al escritorio. Agradeció la carpeta dejándola sobre la mesa sin echarle vistazo.

—¿Estás segura de lo que haces, Rebecca? —La chica le miró sorprendida.

—No sé a lo que se refiere, señor Cobb —el hombre negó soltando un bufido.

—Clarke; sabes que nada de formalismos, aunque sea testigo de la locura en que te estás metiendo.

Se miraron fijamente, esperando la reacción del otro, cualquier cosa que pudiese dar cabida a una discusión o hacer entrar en razón al otro. La secretaria perdió la batalla bajando la mirada y apoyándose en el escritorio.

—No sé qué estoy haciendo, pero creo que es lo mejor.

—¿Estás segura? —preguntó Clarke; ella asintió con determinación. Él suspiró—. Matt es mi amigo, lo quiero como a un hermano, es un buen tipo, pero esta vez no puedo decir que esté pensando con la cabeza. No quiero que te arrastre en su maldito juego, que cuando reviente, salgas más lastimada de que lo ya estás.

—No pasará —insistió Rebecca, ahora con mayor fuerza. El abogado asintió.

—Te aprecio, Rebecca, especialmente si eres la única que ha derribado algunas de las murallas de Matt —rio entre dientes y negando—. Sabes que, al momento de estar casados, pasaré a ser también tu abogado personal... eso quiere decir que te apoyaré en lo que necesites, hasta en encontrar un espacio en blanco para liberarte de ese hombre. —Ambos sonrieron.

—Lo tendré en cuenta, gracias. ¿Necesitas alguna otra cosa? —Clarke negó con una sonrisa y luego levantó la mano para llamar su atención.

—Tal vez uno de esos cafés que le haces a tu futuro esposo.

Rebecca se sonrojó sin perder la sonrisa, asintió despidiéndose hasta un rato.

Cuando dio la hora de terminar la jornada laboral, Matthew se detuvo en la recepción como el día anterior, se miraron detenidamente esperando un movimiento que dijera que debían hacer luego, no obstante, Clarke se les adelantó, aprovecho que su amigo estaba por irse para que bajaran juntos. Ambos se despidieron de las chicas cuando tomaban el ascensor.

* * *

Tres semanas.

Tres semanas bastaron para que Rebecca fuera anunciada como la mano derecha del señor Griffin frente a toda la directiva y asociados, dejándola a cargo cuando debió hacer un viaje a Chicago. Toda una empresa en sus manos, para hacer y deshacer lo que creyera correcto. ¿Y eso no daría de qué hablar? Había que ser muy ingenuo para creer aquello.

Ya para esas fechas les era normal que la chica pasara todas las mañanas encerrada con su jefe en la oficina. Se encontraban a las ocho y treinta y no dejaban el lugar hasta las diez, cuando el empresario tomaba las reuniones o llamados agendados para el día.

En varias ocasiones, eran sorprendidos conversando muy juntos en el escritorio cuando Charlotte, Clarke o cualquiera que trabajara en el último piso de Infinite Fantasy tocaba a la puerta del jefe. Ya nadie se sorprendía como las primeras veces, menos cuando se trataba del abogado, que hacía caso omiso a la escena, sabiendo cuales eran las verdaderas razones.

No existían las muestras de afecto, acordaron que eso lo dejarían para la supuesta intimidad de su hogar, ya que no era necesario que todos hablaran de lo cariñosos que eran en público. Tal vez eso funcionara cuando ya estuviesen casados, sería más creíble.

Solo quedaba un paso antes de hacerlo verdaderamente oficial: la junta de asociados. Cuatro personajes encargados de diferentes áreas dentro del gran imperio. William Turner, encargado del área hotelera, en sus principios administrador del primer hotel que adquirió Matthew y el único capaz de enfrentarlo para ganar la admiración del jefe y darle un par de acciones dentro de su área.

Luego seguía Stephen Henson, encargado del área de apuestas, es decir, todos los casinos distribuidos en el país bajo la marca de Griffin. Una historia extraña entre ellos, él un gran apostador que, sin quererlo, desafió al dueño una noche. Perdió la apuesta y su deuda fue trabajar para Matt.

El siguiente en la lista era Peter Reeve, asociado en la nueva área dentro de Infinite Fantasy: las vinícolas. Eran amigos desde la universidad y ahora socios por alguna extraña razón, si bien nadie se atreve a cuestionarlos.

Alexandra Slater era la directora comercial de la empresa, no obstante, también tenía inversiones dentro de esta. Esa información no era de dominio público y Rebecca no sentía la confianza suficiente para preguntar. Los rumores de pasillo hablaban de aquella mujer y el jefe siendo amantes. Definitivamente no deseaba conocer la verdadera historia, menos si tomaba el puesto de futura esposa.

Rebecca temblaba como nunca, paseando de un lado a otro, verificando que la cafetera se encontrara caliente, los bocadillos dispuestos en la sala de juntas, organizando carpetas, asegurándose que el sistema audiovisual estuviese preparado, ambiente climatizado y la pluma favorita de su futuro esposo en su lugar, listo para firmar.

Cuando salió de la habitación, frente a ella la puerta de la oficina del jefe se hallaba entreabierta. Miró hacia el pasillo, nadie venía, aún no se debía pasar por ese sector sin su autorización, Rachel tenía la orden de atenderlos en la recepción hasta que ella se presentara para invitarlos. Tal vez a Kyle se le hubiese quedado la puerta abierta al salir.

Tomó un trago de aire cruzando el pasillo, acercó el oído para percatarse de que no estaba ocupado. Llevaban una semana practicando entrar sin necesidad de esperar a que el hombre diera el pase, si eran novios no sería necesario tener tantas formalidades si querían ser buenos actores. Trago en seco, todavía le costaba, cerró los ojos, dio unos pequeños toques y entró.

Matthew permanecía sentado en su silla girado hacia la ventana admirando el paisaje, se quedó de pie en medio de la habitación esperando a que se diera la vuelta. Como no lo hizo se

tomó el atrevimiento de avanzar hacia su campo de visión. El hombre se sorprendió cuando la vio a su lado, se acomodó en su asiento mirándola de pies a cabeza. En esta ocasión llevaba una falda tubo hasta la rodilla y una blusa blanca por dentro con un pañuelo negro al cuello. Cada vez iba mejorando su estilo.

—Lo siento, no te escuché entrar, ¿ya están todos aquí? —Rebecca negó.

—La puerta estaba abierta, pensé que alguien había incumplido las normas que dejé — Matthew se llevó la mano a la frente cerrando los ojos.

—Debí dejarla abierta cuando volví...

—¿Estás preocupado? ¿Algo está mal? —preguntó la chica recibiendo una negativa con la cabeza.

—No, todo está bien, solo es la presión de estas reuniones; tenerlos a todos aquí es como estar en una batalla, ya lo verás.

—Bien, creo que es momento de arreglarse, señor Griffin, en pocos minutos debe ingresar a su tortura —comentó Rebecca sorprendiéndose cuando recibió una pequeña sonrisa del hombre.

—Que comience el juego.

Matthew se puso de pie quedando al lado de la chica, una cabeza más alto que ella por lo que tuvo que subir el rostro demostrándole lo preparada que se encontraba para lo que venía, aunque su actitud de seguro le traicionaba.

Se estremeció cuando las manos del hombre se posaron sobre sus hombros, él rápidamente las quitó con expresión de disculpa y frustración. Intentando arreglar la situación, se percató de que el nudo de la corbata se desviaba por lo que pidiendo permiso llevó sus manos hacia el cuello arreglando su aspecto. Él se quedó quieto sin dejar de asecharla con la mirada, ambos concentrados por lo que no se dieron cuenta cuando alguien tocó a la puerta y luego entró. Rebecca sobresaltada se corrió de un salto por lo menos un metro de distancia.

Charlotte no soltaba la manija de la puerta con la boca abierta. Bien sabía que las cosas habían cambiado desde la llegada de la chica, como los constantes gritos y gruñidos del empresario, pero que ahora dejara que lo tocaran... Nadie se lo creería si no lo viera con sus propios ojos.

—¿Charlotte? —preguntó Matthew con impaciencia.

—Lo siento, solo... Es decir, ya están todos aquí.

—Iré a recibirlos —dijo Rebecca con rapidez.

De reojo vio la mano estirada del hombre en su dirección, pero no se detuvo pasando al lado de la mujer que no dejaba de alternar la mirada entre ella y el jefe. Se asustó cuando casi choca con el guardaespaldas que venía con la misma información que Charlotte.

Bajando la mirada trató de seguir su camino, sin embargo, no esperaba que Matthew le tomara del codo acercándola a su cuerpo fornido. El pasillo quedó en completo silencio siendo observados por Kyle y la mujer junto a la puerta.

Él, como era su costumbre últimamente, la tomó de la barbilla levantándola hasta que se cruzara con sus ojos.

—La vista en alto, lo harás bien —ella asintió.

Tomó aire y extendió una sonrisa en su rostro al aparecer en la recepción y darles la bienvenida.

Como era de esperar, Clarke Cobb no dejaría pasar la oportunidad de adular a la única mujer que soportaba al jefe y llevaba el récord en permanecer en el puesto de asistente del gerente general de la empresa. Ella con cordialidad fue asintiendo en forma de saludo y dando la mano a

cada personaje que el abogado le presentaba.

El primero era un hombre alto y delgado, cabello y ojos color marrón. Sus facciones delataban su herencia latina por padre y madre, tal como leyó en su expediente, lo que le daba ese aspecto dulce y sonriente al saludarla. Aquel era William Turner.

Luego le dio la mano a Stephen Henson, un hombre más que empresario, parecía modelo de pasarela. Sus facciones finas y marcadas, junto con su cabello y vestuario, de seguro llamaban la atención en el género femenino. Sin embargo, cuando ella le dio una sonrisa, él pareció ignorarla como si se tratara de una rata. Tragó en seco intentando aparentar que no se sentía intimidada.

Pudo distinguir por el rabillo del ojo que Clarke también lo notó al negar en silencio y alejarla de su presencia, justo frente a un hombre, de no más de treinta y cinco años, con una gran sonrisa, cabello ondulado y desordenado, vestido con ropa casual y una barba de tres días muy singular. Él era Peter Reeve, uno de los mejores amigos de Matthew, uno de la lista a los cuales debía convencer de su relación con el empresario.

La mano le tembló cuando se la tendió a Peter, quien no pareció notarlo. Sus mejillas se sonrojaron al sorprenderla cuando la tomó de la mano y le dio un beso en ella sin quitarle la mirada.

La última invitada era una mujer, la más joven del grupo y quien parecía escanearla con mayor determinación que los otros. Desvió la mirada sin quererlo, pero no se sintió preparada para mentir. Intentó respirar para poder enfrentarla y tenderle la mano que Alexandra Slater tomó con firmeza.

Clarke seguía tomándola por la cintura, como si creara un escudo, evitando que alguien se le acercara más de la cuenta. Rebecca intentaba recargarse en él cuando escucharon una voz fuerte desde una equina.

—Quita las manos de mi asistente, Clarke, si no quieres que te demande por abuso sexual laboral. —El aludido rio levantando los brazos lejos de la chica.

—Solo quería integrarla al equipo, ya que será permanente —contestó el abogado sin quitar la sonrisa, como si la desafiara.

Rebecca se estremeció cuando la mano de Matthew reemplazó la del abogado. Se sentía más caliente, determinada a cumplir una misión.

—Estoy seguro de que Rebecca ya los conoce mejor que tú. Bien caballeros, señoritas, pasemos a lo que fueron llamados.

Los socios avanzaron por el pasillo de la derecha mientras la pareja se quedaba atrás antes de tomar el paso. Rebecca observó a su acompañante esperando que él hiciera lo mismo. Cuando sus miradas se encontraron, suspiró.

—Este es el momento de la verdad, demuéstreme que no existe la timidez y que podrás con todos ellos. Si lo logras, serás la mujer indicada para el trabajo.

—Pensé que ya lo era —comentó nerviosa.

—Nunca se termina de estar a prueba —respondió Matthew empujándola en dirección a la junta.

Todos los ejecutivos ya estaban en sus puestos predeterminados por Rebecca, quien se encargó de especificarlos en su carpeta individual. La chica caminó al lado de su jefe hasta llegar al puesto de presidencia y una silla detrás de esta donde ella tomaría apuntes de lo hablado.

Como había dicho Matthew, en realidad era una batalla tenerlos a todos, siendo que cada uno tenía un área determinada dentro de la asociación, igualmente intervenían en otras ocasionando discusiones que el presidente debía detener dando la última palabra donde ya no se podía discutir

más.

En varias ocasiones el empresario le pidió la opinión, especialmente en situaciones donde se encontró ausente y la empresa quedó a su cargo. Rebecca destacó en cada una de sus intervenciones sorprendiendo a los invitados y Matthew sonreía con disimulo orgulloso de lo que comenzaba a crear.

Luego de llegar a un acuerdo en todas las áreas, firmar lo que fuera pertinente y tener nuevos proyectos gratificantes, abandonaron la sala de reuniones hacia la recepción. Matthew se despedía de todos mientras Rebecca tomaba su puesto y comenzaba a organizar y transcribir las anotaciones.

No pudo omitir con el cariño con que se despidieron Alexandra y el hombre, algunos susurros al oído y una sonrisa cómplice. Él espero a que las puertas se cerraran para girarse hacia ella.

—Prepare dos almuerzos, hoy no saldré de la oficina y usted me acompañará para coordinar los puntos de esta reunión.

Sin más se retiró dejando a la chica y su compañera con la boca abierta. Ambas se giraron con la misma cara de sorpresa, Rachel fue la primera en reaccionar dejando escapar una carcajada y una gran sonrisa.

—Eso... JAMÁS lo ha hecho: jamás ha almorzado aquí, jamás invita a nadie, jamás ocupa tiempo libre para una reunión con su secretaria... ¿Qué le has hecho?

—¿Ser buena en mi trabajo? —Rachel otra vez rio ante el comentario de Rebecca mientras niega.

—Oh, algo importante debes estar haciendo.

Rebecca se sonrojó más allá del color rojizo, segura que si se miraba en el espejo sería una gran mancha escarlata de lo avergonzada que estaba. No obstante, intentó disimularlo marcando rápidamente al restaurante favorito de su jefe para pedir dos almuerzos de lo mejor de la carta.

Cuando Rachel informó que bajaba a almorzar, minutos después se despidió Charlotte, informando que no volvía por la tarde. Ordenó sus cosas con manos temblorosas luego de recibir el pedido de comida. Preparó lo mejor que pudo una bandeja e intentó no botar nada mientras tiritaba hacia la sala personal del señor Griffin.

—Siento no estar presente, pero he tenido muchas cosas que hacer...

Iba a salir cuando él le dio una señal para que entrara mientras seguía con su llamada por el celular.

—...He estado ocupado... No, mamá... —La chica lo asechó por el rabillo del ojo mientras preparaba la mesa, el hombre dejó escapar una pequeña sonrisa—...Tal vez te sorprenda... No adelantaré nada... Sí, esa sorpresa ha cambiado mi vida...

Un escalofrío recorrió la columna de Rebecca cuando sintió la mirada intensa de Matthew sobre ella. Sabía perfectamente de que estaba hablando y podía asegurar cada palabra que ocupaba la señora Griffin.

Solo quedaba una semana para que su supuesta relación saliera a la luz y eso le ponía los pelos de punta, aún le costaba manejar las expresiones de sorpresa o las reacciones discretas y a la vez con energía de su jefe. En varias ocasiones él mencionaba el hecho de un asesor de imagen, remodelación dentro de la mansión, cenas de negocios, encuentros en lugares públicos, cosas que ni él, ni ella estaban familiarizados. El estómago se le retorció dándose cuenta de que no sería capaz de comer.

Escuchó como terminaba la llamada acordando verse dentro de la semana. Matthew dejó su celular sobre la mesita aladaña al sillón, dirigiéndose hacia la pequeña mesa de cuatro sillas

donde la chica preparó el almuerzo. Recordó que no traía los papeles transcritos de la reunión, pero cuando tuvo la intención de buscarlos, él se lo impidió mostrándole la silla que debía ocupar.

—Solo quise aparentar que me quedaría por ti, ya sabes, no queda mucho para hacer nuestra asociación pública, así que mientras más avistamientos, mejor para nosotros —Rebecca asintió, se estremeció cuando sintió un gruñido a su lado—. ¿No dirás nada?

—Eh... no... Es decir, no sé qué... Que decir. —Tomó una bocanada de aire cerrando los ojos—. Esto es demasiado. —Confesó en un susurro. Escuchó los cubiertos sobre el plato.

—Rebecca, mírame. —Con temor, la chica levantó la mirada encontrándose con esos oscuros ojos—. Cuando te he elegido para esto, es porque sé que estás preparada, aun cuando te ponga a prueba constantemente, también sé que es algo complicado, pero puedes con ello... Además de que tendrás ayuda. Lo prometo... Todo estará a tus pies.

—¿Ayuda? ¿A mis pies? —preguntó asustada. ¿Quién más estaba enterado de esto?

—No es lo que piensas —contestó Matthew como si leyera la mente—, se trata de Ryan Pound, asesor de imagen. Lo he contratado para que te ayude a lucirte en New York; te enseñará cómo vestir, caminar, como desenvolverte y las reglas.

—¿Reglas?

Matthew se levantó dirigiéndose hacia la puerta que unía su oficina. Volvió en pocos segundos con un documento en la mano que dejó a su lado. La sangre decayó de su sistema al solo leer el título, levantó la vista cerciorándose de que fuera verdad. La expresión de su acompañante seguía tan impávida como siempre.

PASOS A SEGUIR DE LA SEÑORA GRIFFIN

—Pound está enterado de las reglas. Sabe que fueron creadas para ayudarte al no estar familiarizada con esta vida —indicó el hombre.

Asintiendo lentamente siguió con la lectura:

Todos los puntos son inamovibles, se deben cumplir con exactitud con ayuda de su asesor personal quien se encargará de que ningún implemento o tiempo sea quebrantado.

1. Levantarse a las siete de la mañana, tomar una ducha de hidromasaje, secarse con las mejores toallas procurando no lastimar la piel. Ponerse cremas hidratantes exclusivas una para cada parte del cuerpo: piernas, vientre, brazos, cara, manos, pies. Finalmente ponerse la bata de seda que se halla pulcramente colgada en su sitio en el baño.
2. En el cuarto espera las prendas a utilizar cada día elegido con antelación por su asesor quien se ocupará de no repetir las vestimentas. Estas solo serán vestidos entallados hasta la rodilla con los accesorios a elección. No está autorizado utilizar pantalones de cualquier tipo, zapatillas o implementos deportivos, a excepción de ser necesario para ejercitarse.
3. Maquillaje sencillo, nada recargado, sombras, rímel, labial solo de brillo y colorete. Cabello suelto los lunes, martes y jueves. Miércoles y viernes algún tocado a su elección o del estilista asignado.
4. SIEMPRE LLEVAR DIAMANTES. No importa donde, pero deben estar. Sin excepciones debe llevar su anillo de matrimonio junto a otros conjuntos como: colgantes, aretes, reloj, otros anillos, pendientes. Las joyas solo serán escogidas por el señor Griffin, la señora Griffin solo disfrutará de los regalos y elegir cual ocupar diariamente.

5. Luego de arreglarse, dejar un abrigo y la cartera sobre la cama para que la chica del servicio vaya por ellos. La señora Griffin solo se preocupa de alimentarse bien. Todos los días debe tomar un desayuno balanceado.
6. Nunca salir de casa o del coche antes de verificar que todo permanece como corresponde. Siembre debe llevar buena imagen que destaque entre la sociedad, deslumbrando y dando el correcto nivel al apellido Griffin.
7. La señora Griffin es emperatriz de New York, eso quiere decir que no debe rebajarse a los demás ciudadanos. Todos pueden admirarle, no ella a ellos. SIEMPRE usar lentes de sol, la cabeza erguida y un paso lento pero firme.
8. El señor Griffin es quien se encarga de los negocios y la señora Griffin de presentarlos al mercado. Cada pedido es una orden y como tal no puede negarse. La decoración y preparación de eventos sociales en beneficio de las relaciones para futuros negocios son parte de su trabajo y como tal debe ser perfecto.
9. Es la encargada y rostro del área social y benéfica de Entertainment Griffin. La organización y permanencia de la Fundación *Plays and Grows* y cualquier gala o reunión benéfica, es responsabilidad de la señora Griffin. Debe encargarse de demostrar autoridad.
10. Toda reunión dentro de la mansión Griffin es dirigida por la señora Griffin, ésta deberá preocuparse que ningún asunto personal esté a la vista para que otros lo vean. Debe ser una buena anfitriona y no dé de qué hablar.

Mientras terminaba de leer escuchaba la leve voz de su jefe que insistía que se trataban de diez simples reglas que llevar, de las cuales no tendría que preocuparse si las manejaba con determinación. Rebecca levantó la mirada sabiendo que su expresión era de terror.

—¿Diez simples reglas? Señor, esto es imposible, no podré con todo esto... Solo míreme.

Sabía que demostraba toda su inseguridad, pero se volvía loca de solo recordar la regla número uno, algo tan simple como la higiene personal. ¿Un asesor de imagen? ¿Estilista? ¡Ella jamás tuvo algo así y menos se le pasó por la mente! Siempre fue ella la que cuidaba de los demás o seguía mandatos, ¿Cómo haría lo contrario?

Vio en sus ojos la furia, comprendiendo por fin la terrible decisión que tomaba al elegirla como la futura señora Griffin. No podría con todo lo que exigía, no estaba a la altura de ser una mujer de sociedad que tuviera al mundo en la palma de la mano, jamás sería esa persona y por fin Matthew se daba cuenta.

Él se pasó la mano por el cabello desordenándolo de su impecable peinado, por primera vez desde que lo conocía bajó la mirada hacia su plato, eso no le dio muy buen presagio. Cuando los ojos verdes con los marrones de encontraron, en la primera se veía sufrimiento, inseguridad y nostalgia, mientras que en el segundo determinación. Matthew suspiró.

—Te he observado durante estos dos meses... Te falta aprender para ser lo que quiero que seas, de igual manera sé que lo lograrás, serás la mejor. He estado seguro de esta decisión desde el momento en que firmaste sin querer cambiar nada. Podrás con esas reglas, cuando veas que tendrás todo a tu disposición, te darás cuenta de que es simple. Nunca has vivido con los

beneficios que te otorgo por lo que sientes que es imposible, pero te acostumbrarás.

—No entiendo cómo está tan seguro —murmuró la chica. Su cuerpo se contrajo cuando escuchó el gruñido animal.

—Rebecca, no hubiese armado este imperio si no fuera seguro de mis decisiones, no me hagas dudar ahora. Así que deja de hablarme de usted y comienza a tratar a tu prometido por su nombre y una persona que está a tu nivel, con la cual puedes comunicarte y confiar que querrá lo mejor para ti.

Bajó la mirada avergonzada, sintiendo las lágrimas acumularse en sus ojos, dispuestas a salir y evidenciarla en la derrota. No, no podía caer, él confiaba en ella y no podía defraudarlo. Cerró con fuerza los ojos antes de levantar la mirada.

—El asesor sabe... —no sabía cómo seguir la oración. Agradeció que él entendiera.

—No, no sabe nada de nuestro acuerdo, cree que es una bonita manera de ayudarte para sobrevivir en un mundo de riquezas y la buena vida —Matthew suspiró—. ¿Deseas contarle?

—No, no... no, está bien.

Matthew volvió a comer con expresión molesta. Se sentía culpable, hacía de esto un terrible apocalipsis siendo que sería todo lo contrario, él le ofrecía miles de beneficios y ella solo se dedicaba a poner objeciones.

Tomó aire reteniéndolo por un tiempo, si quería lograr esto, aceptaría todo lo que venía, haría que el señor Griffin estuviera orgulloso de sus logros. Cerró los ojos con fuerza y una sonrisa escapó... Haría que Matthew, su prometido, estuviera orgulloso de ella.

Ese día definitivamente era diferente a todos los otros desde que llegó a New York. En realidad, todo comenzó a cambiar desde la noche anterior cuando apareció Kyle en la puerta de la pensión donde llevaba alojándose con un iPhone último modelo, informando que el señor Griffin quería mantenerse comunicado con ella desde ese minuto. Luego solo dio un saludo formal volviendo al auto y desapareciendo por la avenida principal.

Un chico que alojaba ahí le ayudó a ponerlo en funcionamiento, Rebecca jamás tuvo uno de esos aparatos así que no entendía mucho. Pasó gran parte de la madrugada investigando y aprendiendo todo lo que le enseñaron.

Se sobresaltó cuando un llamado la despertó un par de horas después, un número desconocido. Su cuerpo, como cada vez que lo reconocía, se estremeció al escuchar la voz de Matthew, quien le informaba que pasaría por ella para llevarla al trabajo. Fue en ese momento cuando descubrió que todo cambiaría.

Fue su tiempo récord en el baño entre tomar una ducha y hacer sus necesidades, pero estuvo lista cinco minutos antes de lo estipulado por su futuro prometido.

Recibió unas cuantas maldiciones cuando su acompañante descubrió donde vivía, desvariaba al no haber corregido eso antes. Insistía que, si alguien se hubiera dado cuenta de aquello, nada hubiera funcionado, los paparazzi hubieran disfrutado del festín con esa información. Por lo que para asegurarse que no ocurriera, le dijo a su guardaespaldas que fuera por todas las cosas de Rebecca durante el día y las llevara a un hotel, al mejor de todos. Ella se moría de la vergüenza.

Cuando aterrizaron en el piso cuarenta y dos, Matthew fue el único en hablar y dirigir. Le pidió a Rachel que se hiciera cargo de la recepción y que cuando llegara Ryan Pound fuera directamente a su oficina. Rebecca no tuvo posibilidad de dejar sus cosas en su puesto ya que su jefe se encargó de dirigirla por la espalda hacia la habitación gris.

Dentro, el hombre se volvió hacia Kyle, mientras ayudaba a la chica a quitarse la chaqueta,

ordenando que fuera ya mismo a retirar las cosas de la pensión y diera por finalizada la cuenta. Luego miró a su asistente diciéndole que se pusiera cómoda, ese sería un día largo.

Poco después tocaron a la puerta dando el paso a un hombre de cabello castaño y ojos verdes, muy parecidos a los suyos. Su sonrisa la deslumbró, en especial cuando la miró fijamente sin importarle que estuviese Matthew. Se presentó como Ryan Pound, asesor de imagen, contratado para cuidar, proteger y aconsejar a la futura señora Griffin, hasta que ella prescindiera de sus funciones si así lo deseaba en un futuro.

Rebecca recordó parte de las reglas, no había implementado ninguna de ellas, pero al parecer, Matthew quería que las cosas comenzaran luego.

—Ryan, ella es Rebecca Reed, mi prometida.

La chica se giró con brusquedad, los ojos bien abiertos sin entender como daba esa noticia no sin antes hablarlo en conjunto, al parecer tenía otros planes. Matthew se acercó tomándola por la cintura y regalándole una sonrisa... Una sonrisa de enamorado; no lo podía creer.

—Esta noche tenemos una cena familiar donde por fin podré presentarla como la mujer que me robó el corazón.

—Debo felicitarlo, señor Griffin —dijo Ryan con una gran sonrisa—, obviamente a usted también señorita Reed.

—Gracias —murmuró ella intentado demostrar felicidad, si bien solo sentía nervios.

—Quiero que se relaje este día, es por lo que he adelantado tus servicios. Sé por todo el estrés que ha tenido que pasar desde que aceptó tener una relación conmigo, no es fácil la vida que llevo... Por ello que no puedo dejarla escapar, ¿no crees? —Ambos hombres rieron, luego Matthew se giró hacia ella tomándola de la barbilla—. Ve y disfruta, te lo mereces, luego hablaremos de lo que quieras. Necesitas este descanso y quiero que te veas preciosa esta noche.

—Pero...

—No te preocupes por mí, estaré bien, puedo con este imperio... Aunque no tan bien como contigo a mi lado. —Rebecca creyó cada una de sus palabras a pesar de que sabía que actuaba. Se sonrojó cuando escuchó hablar al asesor.

—Se ve que están enamorados, hacen una linda pareja, los felicito; y no se preocupe, señor Griffin, desde hoy me ocuparé que la señorita Reed se vea reluciente y tranquila todos los días —aseguró Ryan.

—Cuento con ello —dijo Matthew sin dejar los ojos de la chica.

Rebecca, sin dejar los ojos felinos de su futuro esposo, fue arrastrada con delicadeza por su nuevo asesor personal, quien se encargaría hacer desaparecer a Rebecca Reed y renacer en Rebecca Griffin, reina de un imperio y mujer segura de su persona en la sociedad de las personas más adineradas de Estados Unidos.

¿Qué le deparaba el destino desde ahora?

Decisiones

Dos horas para elegir un peinado y arreglarse el cabello, tres horas de Spa y depilación. Una hora para comer, otras dos horas para ir de compras por un guardarropa decente para los próximos días y una hora más para el maquillaje, manicura, pedicura. El resto de la tarde fue para coordinar los siguientes pasos, tomar las riendas, decisiones y elegir lo que deseaba. ¿Maquillador y estilista personal? ¿Marca favorita para los futuros vestidos? ¿Elección de alimentos orgánicos? No se escatimaba en gastos, todo le era permitido.

Impresionante.

La parte traumática fue verse al espejo y no reconocer a la persona que se reflejaba, era aterrador en cierto nivel. Se acostumbró durante veintidós años a una persona y que en solo una mañana crearan un cambio radical: una mujer diferente. Sentía ese instinto de querer correr a esconderse, colocándose en posición fetal, queriendo ser un bebé indefenso al cual no podrían dañar.

Bien, ahí estaba ella, Rebecca Reed, novia del gran empresario y multimillonario Matthew Griffin, una persona completamente diferente a esa niña que llegó a la Gran Manzana hace tan solo dos meses y dos semanas, con solo un bolso y un poco de dinero ahorrado.

Ahora era una mujer con bellos atributos que mantuvo ocultos bajo ropas anchas. Su piel relucía, sería envidia de muchas y modelo a seguir, todas averiguando que productos utilizaba la mujer que cautivó al soltero más codiciado de los Estados Unidos. Tal vez exageraba, pero el pánico en su interior la hacía desvariar. Se giró hacia un lado para mirar el bello vestido desde otra perspectiva. No sabía si ella relucía gracias a aquella prenda o al revés. Todo era muy confuso.

Se giró hacia Ryan que sonreía con satisfacción, no quería moverse mucho, segura que solo un paso en falso sobre esos tacones y terminaría en el hospital. El chico llevaba diciéndole que iba en la sangre de una mujer saber llevar esos zapatos por lo que no debería preocuparse, y cualquier cosa el señor Griffin impediría que cayera.

Intentó recordar a la chica que vio esa mañana: cabello rojizo esponjado hasta debajo de la cintura, tomado en una coleta para no evidenciar lo mal cuidado que iba, sus ojos verdes con solo un poco de rímel, ropa de trabajo y unos zapatos bajos. La misma chica común de siempre.

Ahora, frente al espejo, una mujer con el cabello cuatro dedos más corto, lleno de vida, brillando con ese característico color, sus ojos destacaban con el maquillaje en tonos tierra y sus mejillas con un leve rubor la hacían resplandecer. ¿De verdad era la misma persona?

Su piel tersa relucía en ese precioso vestido negro, pareciendo tan blanca como la nieve, pero a la vez, como si llevara mucho tiempo cuidando de mantenerla con cremas hidratantes o geles para darle elasticidad. ¿Cuándo había ocupado algo así en su vida? Ni siquiera sabía los nombres de las cosas que pasaron por su cuerpo.

Llevó las manos hacia su cuello donde descansaba un hermoso collar de pedrería en tonos turquesa. No quería saber si eran reales o solo una imitación, ya se sentía intimidada con lo llamativas. El escote era sutil, no mostraba nada, pero hacia su cuello kilométrico, lo que

favorecía al hermoso colgante. Bajó hacia sus piernas prolijamente depiladas que terminaban en unos pies bien cuidados con sandalias de tiras negras con un taco de diez centímetros. ¡Diez centímetros!

—Trabajaremos con el tiempo la postura, no debes esconder tus atributos, tienes unos hermosos pechos que debes lucir, al igual que esas piernas, no medias oscuras, solo transparentes que proporcionen calor para el invierno, como también muestren esos kilómetros de sensualidad.

Cualquiera creería que Ryan era homosexual por el trabajo que llevaba, pero era cosa de mirar sus ojos hambrientos y satisfechos al ver sus logros en una mujer, en este caso, Rebecca. Era como si quisiera llevársela a la cama y a la vez respetar su trabajo exitoso. Él decía que andaba en búsqueda de crear a la mujer perfecta.

Debido a que el día era cálido no tomaron una chaqueta para abrigarse, solo una pashmina para la noche. Dentro del guardarropas iban varios vestidos para el trabajo que demostrarían que ella ya no era una simple empleada y que pronto sería la reina del imperio. El asesor le aseguró que mientras ella se divertía esa noche y trabajaba los días posteriores, él se encargaría de implementar un armario con todo lo necesario para que vistiera desde ese día en adelante. Solo tenían algunos vestidos, pero faltaban los zapatos, otras prendas simples y accesorios.

Rebecca se estremeció ante los comentarios, imaginando los días venideros, las horas que ocuparía en crear a un personaje en vez de trabajar junto al señor Griffin. Eso tendría que quedar atrás, ahora sería algo así como la duquesa de Inglaterra, preparada para eventos, sonreír y ser el ejemplo de muchos. ¿Se arrepentía de su decisión? Negó efusivamente. No, no podía, imposible.

Cuando verificaron la hora determinaron que ya era mucho para comenzar, como también debían volver a Infinite Fantasy para planificar la tarde y obtener la aprobación de cierto hombre. Agradecieron el trabajo de los empleados y salieron donde los esperaba Kyle con la puerta del auto abierta para que la chica tomara su lugar.

Ryan le daba algunos consejos de como desenvolverse frente a la familia de su prometido, usar los cubiertos correctos en la mesa, que copa servía para que, platos, posiciones y una sonrisa permanente en el rostro. La chica empezaba a marearse por lo que intentó bajar la ventana del auto cuando el asesor le llamó la atención objetando que eso desordenaría el cabello al igual que se exponía a los espectadores. Se encogió tímida olvidándose de cualquier dato sobre mantener frente o demostrar seguridad.

Vio a lo lejos el gran edificio, sintió las manos sudorosas y un retorcijón en el estómago, no quería bajarse del coche y que todos comenzaran a observarla o hablar de ella, sería demasiado incómodo y no sería buena su reacción ante tanto estrés. Al percatarse de que Kyle tenía en mente entrar a los estacionamientos subterráneo, le agradeció en silencio por el espejo retrovisor; lo vio sonreír.

Rebecca iba a bajar sus pertenencias y algunas de las cosas que compraron esa mañana, cuando el chico a su lado le miró con el ceño fruncido. Automáticamente bajó la mirada y encorvó su cuerpo, tembló cuando la mano de Ryan le tomó por la barbilla para fijarle la mirada.

—Una mujer de tu estatus no puede andar con bolsas o cualquier cosa, más que tu cartera y lentes oscuros, del resto nos encargamos tu guardaespaldas y yo.

—No me molesta ayudar... —la negativa del asesor la enmudeció.

—Eso quedó atrás, preciosa, ahora eres parte de la realeza.

—Señorita Reed, el señor Griffin la espera.

Ambos saltaron alejándose del otro. El rostro de Kyle decía que aquel no era el camino, demasiado acercamiento con el chico podría traer problemas. Avergonzada desvió la mirada

mientras tomaba la mano que le ofrecía para bajar, olvidando sus pertenencias en el auto.

Los tres subieron en el ascensor privado, Rebecca no era consciente de lo que hacía, lo que significaría llegar por aquel cubículo y aparte con los cambios en su persona. No escuchó cuando el hombre ingresó el código o la voz femenina dando la información hasta llegar al piso 42.

¿Qué diría Matthew? ¿Les gustaría su nueva apariencia? ¿Diría algo si aparecía por la empresa con esas ropas? Ni siquiera podía recordar sus palabras esa mañana.

Cerró los ojos con fuerza concentrándose en ser una dama, lo que el señor Griffin necesitaba. Respiró hondo un par de veces, sin importar que sintiera la mirada atenta de ambos hombres sobre ella, se enderezó, abrió los ojos concentrada en la puerta y esperó.

Cuando las puertas se abrieron los primeros en salir fueron Kyle y Ryan, este último le tendió la mano para ayudarla, aceptándola con gusto ya que no se sentía estable con esos zapatos. Con la vista al frente se detuvo en Rachel que saludó al guardaespaldas y luego se les quedó mirando confundida. No fue hasta que estuvo a solo un par de metros que la reconoció.

—¡No puedo creerlo! ¿Rebecca? —preguntó la secretaria con las manos en la boca del asombro— ¡Por todos los cielos! ¡Te ves...!

—¿Fantástica? ¿Deslumbrante? ¿Una dama? ¿Maravillosa? —preguntó Ryan con una sonrisa satisfecha.

—Todas ellas juntas —rescató Rachel saliendo de su escritorio para tomar las manos de su compañera—. Te ves fabulosa, ahora entiendo todo lo que vio en ti el señor Griffin. —Rebecca se tensó.

—¿D-de que estás hablando? —La chica sonrió.

—Todos aquí hemos supuesto cosas, pero con este cambio está confirmado, ¿Hay una relación entre tú y el señor Griffin, cierto?

No supo si no tuvo tiempo de contestar o el asesor no se lo permitió, o en realidad no quiso hacerlo. Dos segundos después era encaminada hacia la oficina del jefe para que diera el visto bueno en el cambio; era quien tenía la última palabra.

Todos se quedaron en la puerta mirándola como si fuera lo más alucinante de la vida, Rebecca sacudió la cabeza concentrándose en ser la mujer que Matthew necesitaba. Sin siquiera tocar la puerta entró concentrándose en la postura y en no caer de esos zancos, dio cinco pasos y esperó.

Pudo distinguir tres expresiones en su rostro: Primero enojo al ser interrumpido sin avisar; segundo, sorpresa, sus ojos oscuros parecían brillar cuando la reconoció echándose hacia atrás y apoyar la espalda en el asiento; y tercero satisfacción, una sonrisa que aceptaba el cambio al cien por ciento, más cuando se puso de pie acercándose a ella, tomándola de la cintura y acercándola un poco más.

Como si realmente estuviera enamorado la contempló de pies a cabeza, la tomó de una mano ayudándola a girar para disfrutar de su nuevo look. Por último, la atrajo hacia su cuerpo tomándola por la cintura y fijándose en Pound quien sonreía igual de orgulloso por su logro.

—Lo siento si los he recibido de mala manera, no estoy acostumbrado a que entren a mi oficina sin llamar, sin embargo, si esta preciosa mujer entra así todos los días, creo que no saldremos de aquí por mucho tiempo —Rebecca sintió su rostro enrojecer, no podía creer que estuviera hablando de aquello.

—Me alegra que le haya gustado, señor Griffin —dijo Ryan— trabajar con su prometida es fantástico, lograremos a la mujer perfecta. Y con respecto a su vida sexual, espero que ponga pestillo para no recibir otras sorpresas.

Los hombres se rieron con fuerza mientras la chica no sabía dónde esconderse. ¿Cómo

actuaría una mujer enamorada si alguien hacía ese tipo de comentario? ¿Se reía con ellos? ¿Cómo lo hacían en las películas? Fue ahí cuando sintió el impulso de actuar, se giró decidida escondiéndose en el pecho de su supuesto novio, aferrándose a su chaqueta.

El lugar quedó en silencio al igual que su corazón cuando sintió los labios de su jefe sobre el cabello, como si estuviera consolándola de la timidez. El primer beso que le daba en público, si contaba la presencia del asesor. No importaba si era algo simple, eso confirmaba que existía algo serio entre el empresario y su asistente.

Matthew agradeció el trabajo del hombre, y disculpándose le pidió que se retirara para estar un tiempo a solas con su mujer. Como si sus pensamientos estuvieran conectados, el guardaespaldas abrió la puerta al asesor, luego esperó las instrucciones del señor Griffin quien le ordenó que tuviera el auto preparado porque en poco tiempo saldrían.

Cuando por fin quedaron solos, Rebecca pudo enfrentarse a la vergüenza, rápidamente se alejó del hombre, tanto como diera el espacio, contemplando la vista por las ventanas abiertas. No podía encarar al hombre, su cuerpo temblaba, sentía repulsión por lo que hacía, ella no estaba enamorada de ese hombre, no era una mala persona, pero no sería alguien como él en quien se fijaría para formar una familia. ¿Por qué aceptaba aquello? ¿Qué pasó por su cabeza al firmar?

Protección, una nueva persona, recordó. Esas dos respuestas lo eran todo, debía actuar, demostrar que amaba locamente a ese hombre, ser la emperatriz de la Gran Manzana y con eso sería intocable, igual que su futuro esposo. Por fin tuvo el valor de girarse.

Matthew seguía en la misma posición, ahora con las manos en los bolsillos de su fino pantalón mirándola detenidamente. Sus ojos parecían aburridos, el tigre descansaba y dejaba que el hombre fuera el protagonista, tragó en seco cuando él sonrió.

—Lo hiciste bien, pensé que saldrías corriendo cuando te besé.

—No lo esperaba —contestó ella sin despegar los ojos de él. Matthew asintió.

—Lo sé, tendrás que hacerte la idea que así será cuando estemos en público. Seremos dos personas correctas que demuestran su cariño con discreción; no andaré besándote por cada rincón y no quiero que tú lo hagas, solo serán pequeñas muestras de afecto que logren hacer creer nuestro amor incondicional: rozarnos, tomarse de las manos, un beso en la mejilla, esas cosas. ¿Se entiende? —Rebecca asintió.

—¿Y tus padres? —Vio al animal apoderarse de su cuerpo, se estremeció.

—Ya los veremos —Matthew se fijó en su reloj—. En menos de una hora. ¿Tienes todo?

—Lo dejé en el auto —contestó Rebecca. Él asintió.

Se acercó a ella, quien dio un salto. El empresario levantó las manos con el ceño fruncido, como si quisiera demostrarle que no le haría daño, la tomó por la espalda para sacarla fuera de la habitación. Sin expresión en el rostro caminaron por el pasillo directo al ascensor donde los esperaba Kyle. Rebecca se giró encontrándose con los ojos de su compañera quien sonreía como si quisiera regalarle apoyo moral, intentó devolverle la sonrisa, aunque no supo si funcionó.

Nuevamente no sabía a donde se dirigían, sin embargo, fue más valiente en esta ocasión preguntándole donde vivían sus padres. Matthew sin quitar la atención de su celular le explicó que tenían una residencia en Upper East Side, un barrio de lujo en Manhattan. Rebecca inmediatamente observó su atuendo, vestía prolijamente gracias a Ryan, ¿sería perfecto para visitar a los padres de ese hombre?

El auto estacionó frente a una escalinata de hierro negro, un pequeño edificio elegante, blanco y decorado con plantas cuidadosamente recortadas. Como si supieran de su llegada, la puerta oscura se abrió dando vista a una mujer de cabello rubio, ojos brillantes y una cálida sonrisa. La

reconocería donde fuera.

Melissa Griffin abrió los brazos cuando su hijo descendió del auto como si esperara que corriera hacia ella como tal vez lo hacía de pequeño. Intercambiaron un par de palabras antes de que Matthew se acercara para ayudarlo a bajar. La mujer se mostraba igual de sorprendida que las personas que le habían visto, llevándose las manos a la boca y una sonrisa contagiosa.

—¡Estoy asombrada! Así que tras ese uniforme y recates existía esta maravillosa pequeña. Déjame mirarte de cerca, preciosa.

La chica avergonzada, aunque sin perder la sonrisa, subió con delicadeza a encontrarse con la mujer, girándose para que le pudiese admirar. Melissa la tomó de las manos y luego se acercó dejándole un beso en ambas mejillas.

—Creo que las presentaciones están de más, ¿cierto? —La mujer sonrió sin dejar de mirar a la chica.

—¡Claro que están de más! Rebecca ya es parte de la familia.

La señora Griffin los hizo pasar al igual que a Kyle quien después de saludar tomó un camino diferente al de ellos, ingresando por una puerta cerrada a un costado. Ellos avanzaron dejando atrás una hermosa escalera victoriana que daba al segundo piso, para aparecer en la sala junto a la cocina abierta. Era un lugar moderno, pero con la infraestructura antigua: pilares, ventanas con marcos cincelados, y algunos accesorios que daban el toque. Una mujer que se movía en la cocina les regaló una sonrisa y un asentimiento para luego volver a su trabajo.

En el sofá un hombre leía el periódico, al detenerse en su presencia dejó todo de lado para ponerse de pie abriendo los brazos con una sonrisa. En él vio rasgos que ya conocía, como las facciones marcadas y los ojos marrones oscuros; era Nicholas Griffin, el patriarca de la familia.

—¡Bienvenidos!

—Buenas noches, padre —contestó Matthew acercándose hacia el hombre para bajar la guardia y abrazarlo demostrando su amor incondicional. Se giró para presentar a la chica—. Te presento a Rebecca Reed; Rebecca, él es mi padre, Nicholas Griffin.

—Encantado de conocerte, Rebecca, Melissa me ha hablado maravillas de ti —dijo el hombre mientras se tomaban de las manos sin dejar esa bella sonrisa; la chica se sonrojó.

—Un gusto por fin verlo en persona.

—Pasen a sentarse, Esther ya nos informará cuando pasemos a la mesa —comentó Melissa tomando a Rebecca para sentarla a su lado.

Rebecca tomó asiento frente a Matthew sin saber cómo actuar. Nunca hablaron de donde sentarse, si estar juntos o demostrar algo de afecto frente a sus padres. Sin embargo, la mirada penetrante del empresario demostraba que estaba actuando.

Después de una grata conversación para conocerse mejor, la señora Griffin tuvo que levantarse para ir a la cocina, donde su hijo aprovechó para quitarle a su chica, sentándola a su lado, obteniendo unas cuantas bromas de su padre. Dejó las manos sobre el regazo jugando disimuladamente con sus dedos mientras atendía a la conversación: empresa, trabajo, sociedad. Temas que de seguro no hablaban frente a la dueña de casa.

De vez en cuando le pedían su opinión en ciertas cosas, especialmente cuando hablaban de la empresa de Matthew ya que, desde su llegada, era parte importante conociendo casi por completo cada movimiento que se hacía dentro.

Pronto volvió Melissa con una gran sonrisa informando que debían acercarse al comedor. Tomó de la mano a Rebecca quitándosela a su hijo, quien las siguió de cerca ayudándole a tomar asiento junto a él.

La mayoría del tiempo solo se escuchaba los cubiertos chocando con el plato al comer, de vez en cuando alguna plática formal como si estuvieran en una reunión de negocios. Rebecca observaba con curiosidad la relación que existía entre madre e hijo, ella demostraba devoción por su hijo mientras que él le daba sonrisas de cordialidad, mientras que su padre parecía ser su todo.

No conocía mucho al respecto al haber perdido a sus padres tan joven, no recordaba haber hecho tanta diferencia entre uno y el otro. ¿Podría preguntarle por ello? ¿O estaba dentro de los límites de su acuerdo?

Se sonrojó cuando vio de reojo como los padres de su jefe intentaban descubrir hasta qué grado se importaban, especialmente si no habían visto nada desde su llegada. Pensó en rozarle el brazo ya que, lo tenía bastante cerca, pero se arrepintió, no quería poner las cosas incómodas.

Poco después, luego de alabar y agradecer la comida, volvieron a la sala donde los esperaba el bajativo. Rebecca se negó a una copa de brandy o licor de menta justificando que era muy tarde y mañana debía levantarse para trabajar.

El tiempo pasaba entre conversaciones banales que a Rebecca ya no le parecían interesantes, solo pensaba en donde estarían sus pertenencias desde que Matthew le dijo a Kyle que se las llevara del hostal. ¿Las trasladaría a la mansión en Old Westbury? No, definitivamente no, en el contrato decía que se iría a esa residencia cuando hicieran su compromiso oficial. ¿Sería apropiado? ¿Antes del matrimonio? ¿Qué pensarían los padres de Matthew?

Se hallaba tan perdida en sus pensamientos que no se percató cuando todos se quedaron en silencio mirándola detenidamente. Sacudió la cabeza sintiendo sus mejillas enrojecer, atendió al hombre a su lado quien fijaba la mirada felina sobre su persona, eso quería decir que aspiraba a una respuesta afirmativa. ¿A qué sería?

—¿Qué? —preguntó tontamente causando que Melissa la admirara con ternura, no así su hijo.

—Al parecer no prestabas atención, ¿mucho trabajo el día de hoy? —preguntó Matthew con delicadeza, aunque no era lo que expresaban sus ojos—, acabo de informar que tengo algo importante de qué hablar esta noche.

—Lo siento, estaba distraída pensando... no importa, puedes hablar, ¿Qué sucede?

Se concentró cien por ciento en lo que fuera exponer Matthew aun cuando sus ojos decían no estar muy contento con su viaje a la luna de hace unos momentos. Echó una ojeada de reojo a Nicholas y Melissa quienes parecían muy interesados con lo que fuera que dijera su hijo. Éste carraspeó fijándose en ambos lados y luego se puso de pie.

Todos siguieron el trayecto hacia arriba, observando cada movimiento del hombre quien llevó una mano al bolsillo de su pantalón. Primero se giró hacia sus padres regalándoles una sonrisa tranquilizadora y finalmente puso toda su atención en Rebecca.

—Hace tan poco tiempo que llegaste a mi empresa y has dado vuelta mi mundo, me has sorprendido con tu agilidad para llevar el cargo de presidencia como si fuera tuyo... Y no solo eso, has sabido llevarme a mí. —Sintió las manos humedecerse con los nervios ante las palabras del hombre. Discretamente miró a los señores Griffin que se miraban entre sí con una sonrisa; volvió hacia Matthew cuando éste siguió hablando—. Sé que todos se han dado cuenta del cambio, hasta mis padres, es por lo que he querido que hoy estuvieses aquí.

Matthew le tendió la mano con la cual recibió ayudándola a colocarse de pie. Una cabeza de diferencia que hacía que siguiese inclinando la mirada, aunque ahora sentía todo el peso sobre sus piernas que no dejaban de temblar. Él se giró hacia sus padres.

—Debo confesar que es la primera vez que una mujer me sorprende desde el primer día que me conoce. No fue porque llevara el papeleo de la oficina, o porque se adelanta a mis

pensamientos... fue su mirada. —Rebecca jadeó sorprendida, Matthew prosiguió—. Fue la de una mujer que no temía mantener su expresión pasiva sobre mi cuando yo intentaba intimidarla. Fue ahí cuando me di cuenta de que no podía dejarla ir.

—Ha sido tu mejor asistente, hijo —comentó Melissa regalándole una sonrisa a la chica. Matthew a su lado negó.

—No quiero que sea mi asistente, mamá —la pareja se miró a los ojos, en los de Matthew veía el tigre impulsivo, pensó rápidamente como detenerlo, por el contrario, no vio venir sus siguientes palabras—. Hace un tiempo que hemos estado saliendo, pero eso no me basta... Rebecca, has llegado a desarmar mi vida organizada, he adorado cada uno de esos desordenes y es por lo que no puedo dejar ir esa sonrisa, esos ojos, el respeto y cariño que me has dado en tan corto tiempo.

Se quedó sin aire cuando vio moverse la mano que él llevaba en el bolsillo sacando una cajita color turquesa: Tiffany. Una pequeña caja con un gran lazo encima descansaba sobre la mano del hombre a su lado quien parecía impaciente porque la tomara, no obstante, sus manos, brazos, y cerebro no funcionaban, solo sentía su corazón latir con fuerza.

Matthew al darse cuenta, se volvió hacia sus padres quienes estaban igual de sorprendidos, luego desató el lazo y abrió la caja dejando a la vista un precioso anillo de oro blanco rodeado de diamantes y una gran piedra en medio.

—Sé que hablamos en varias ocasiones que las joyas no van contigo, recuerdo esa vez que intenté regalarte aquel colgante que vimos en la vitrina y que te negaste a aceptar. Fue cuando te dije que tendrías que aceptar un gigantesco anillo de compromiso a cambio. ¿Qué fue lo que respondiste, cariño?

Se hallaba sin habla, no podía dejar de mirar esos oscuros ojos, qué decir de inventar una respuesta. ¿Por qué le hacía eso? Una risa involuntaria por los nervios, le ayudó.

—Que tendría que ser el con más diamantes —murmuró. Matthew asintió con una sonrisa.

—Y cumplo mis promesas. Rebecca Reed, ¿aceptarías casarte conmigo y llevar este anillo por toda la vida?

La sala se quedó en completo silencio, unos expectantes, un hombre ansioso y ella sin saber que decir. Un contrato llevaba su firma donde especificaba que debía aceptar, pero ¿cómo no le advirtió de aquello? ¿Podría negarse? ¿Cuál fue la idea de hacer esta sorpresa?

Contempló el anillo, era ostentoso, y a la vez delicado, algo que podría llevar en su dedo si fuera refinada. ¿Lo era? ¿Lo sería alguna vez? Vio los dedos de Matthew cerrarse y abrirse con rapidez, estaba ansioso, no esperaría más tiempo por una respuesta. Respiró hondo, levantó la cabeza hacia su rostro. De alguna forma apareció una sonrisa y lágrimas que cristalizaron sus ojos.

—Sí, ¡claro que sí! —respondió Rebecca lanzándose al cuello de Matthew sorprendiendo a éste quien perdió el equilibrio dando un paso atrás, aferrándola con los brazos para que no cayeran al suelo.

—¡No lo puedo creer! ¡Creí que este día no llegaría! Mi pequeño se casará —dijo Melissa levantándose con los ojos cristalinos de la emoción y acercándose para felicitarlos con un abrazo.

—Espera, madre, quiero ver este anillo en su dedo. No creeré que haya aceptado si no lo lleva.

Tomando la mano de la chica con delicadeza sintió como ella temblaba, observó el rostro percatándose que ella no dejaba de vigilar sus manos unidas y la acción de colocar ese anillo en su dedo, el cual no podría sacarse desde ese mismo momento. La farsa iba en serio, ya podrían

confirmarlo ante todos.

—¡Son demasiados diamantes! ¡Estás loco! —Gritó la chica logrando que los presentes rieran.

—Lamento informarte que tienes la culpa de mi locura y acabas de aceptar vivir con ella.

Sentía diez kilos sobre su dedo, jamás había llevado una joya y ahora debía tener miles de dólares en solo un dedo. Tenía una sonrisa radiante en el rostro aun cuando no sentía la emoción que debería, se dejó felicitar por sus futuros suegros y abrazar por su prometido quien afirmaba que no pasarían más de dos meses para que se casaran. Quería que todo fuera rápido, temeroso de que la novia fuera a arrepentirse cuando se diera cuenta del monstruo que era. Todos se rieron y siguieron programando la fecha y preparativos de primera.

Cuando Melissa sugirió la idea de que Rebecca, por la temporada de preparativos, solo trabajara mediodía para luego centrarse en su boda y luego retomara su trabajo habitual, Matthew dictó que solo trabajaría hasta que encontraran a alguien tan buena como ella para que la reemplazara, ya que no seguiría trabajando para él.

—Será mi esposa y como tal no dejaré que trabaje para mí, será mi igual y por lo mismo no quiero que nadie la pase a llevar o crea que está ahí porque es la mujer del presidente.

—Podría hacerme cargo de la fundación —dijo por lo bajo Rebecca mirando a Melissa, sabiendo que era parte del acuerdo—, solo si quiere ayuda, señora Griffin.

—¡Oh, querida, ese puesto es tuyo por derecho! Sería perfecto que tomaras la presidencia, al fin y al cabo, quedará en familia. Yo solo ayudé a Matthew debido a que no tenía a alguien de confianza para llevarla... Pero veo que las cosas han cambiado —su hijo sonrió.

—No me molestaría que tomara el mando de la fundación... Solo quiero que reciba el trato de una reina; se lo merece.

Se quedaron conversando un poco más sobre fechas y el anuncio oficial de la celebración, debían proteger a Rebecca como fuese ya que no estaba acostumbrada a los periodistas asechando en cada esquina. Matthew aseguró que mañana mismo tendría un guardaespaldas las veinticuatro horas del día, procurando que nadie le molestara.

Finalmente se despidieron dejando que la feliz pareja se retirara para festejar y quedando para organizar la fiesta de compromiso lo más pronto posible. Los señores Griffin volvieron a felicitarlos antes de dejarlos partir, mirándolos con un brillo especial. Intentando no pensar demasiado, tomó a su ahora prometido del brazo, descubriendo que aquellos pequeños gestos hacían más felices a la pareja. ¿No era esa la idea? ¿Demostrar que Matthew sería feliz de ahora en adelante? ¿Mantenerlos tranquilos ante el futuro de su único hijo?

Respiró hondo cuando la puerta del auto cerró y pudo ser ella misma, la chica tímida e introvertida.

Tomaron rumbo en silencio, cruzando las calles de Manhattan hacia un lugar desconocido, no era en dirección a Long Island donde se encontraba la casa del empresario, sino que se acercaban a Infinite Fantasy. Se desviaron por Central Park yendo hacia el sur, luego estacionando frente a un gran edificio con un letrero luminoso en el techo: El gran hotel Griffin.

Así que todo lo que el señor Griffin decía, se cumplía; ya lo podía notar.

Kyle aparcó frente a la puerta para que la pareja bajara, Matthew se quedó con él un tiempo y luego la tomó por el codo ingresando al edificio. Llegaron a la recepción donde los recibió una hermosa rubia, alta y casi perfecta que le dio un vistazo de pies a cabeza al hombre a su lado. *Ella podría ser la futura señora Griffin*, se dijo a sí misma, pero la expresión de su prometido confirmó que no era el caso, nada... Él ni parecía notar su presencia, aunque le hablara.

Él recibió la tarjeta de la habitación y unos cuantos papeles y nuevamente la dirigió como a un

perrito al lugar donde correspondía. Subieron varios pisos por el ascensor y luego cruzaron un pasillo hasta la puerta lateral, abrió con facilidad dejándole el paso.

Pasar de una habitación en donde solo entraba una cama pequeña, una mesa de noche, su ropa y ella, a una suite con una cama gigante, escritorio, salita, baño propio, armario y servicio al cuarto las veinticuatro horas... Era intimidante, ¿Cuánto dinero tenía Matthew como para darse esos lujos? ¿Qué haría ella con cincuenta mil dólares mensuales?!

Se golpeó mentalmente, aquel edificio era de él, uno de los tantos hoteles de su cadena, no tendría que gastar ni un solo centavo por unas cuantas noches.

Giró sobre su eje hasta detenerse frente al hombre que la acompañaba detenido en la puerta, se contemplaron por unos segundos hasta que explotó.

—¿No debiste hacer eso! ¿Esto es una asociación? ¿No debería estar enterada de lo que harás, lo que haremos? ¿Está en el contrato! —Él rio entre dientes bajando la mirada mientras negaba.

—El contrato decía que pasado el mes daríamos la noticia; si no sacaste las cuentas, no es cosa mía. Además, el factor sorpresa funcionó, si lo hubieses sabido, no habría sido tan real. Hasta respondiste con naturalidad a mis preguntas.

—Estás jugando sucio —refutó Rebecca, levantó los brazos hacia los lados— ¿Y qué significa esto? ¿Ahora viviré aquí? ¿Qué dirán si descubren que tu prometida vive en un hotel de lujo? ¿En tú hotel de lujo! —Matthew volvió a reír, eso le inquietó, nunca lo vio reír tanto como ese día.

—Solo serán un par de días, te recomiendo que leas el contrato nuevamente. Daría más de qué hablar si te quedaras en esa pocilga donde dormías, aquí nadie lo sabrá, estás registrada con un nombre falso y no saldrás por la puerta principal. Mañana viene por ti un coche que se encontrará a tu entera disponibilidad junto a un guardaespaldas quien te trasladará a donde desees; también llegará a primera hora el señor Pound, quien te ayudará con tu apariencia —dictó el hombre.

Mantuvieron la tensión entre ambos hasta que él avanzó la cantidad de pasos para estar muy cerca de ella, haciéndola estremecer, como aquella delicada hoja que volaba con cualquier brisa. Se ponía en evidencia, lo aterrada que se sentía a pesar de su intento de parecer enojada hace unos segundos. Tragó en seco antes de enfrentar esa fiera mirada.

—Desde esta noche eres otra persona, sigue las reglas, haz tu trabajo y todo estará bien —con delicadeza tomó la mano donde se encontraba el anillo—. Desde ahora te llenaré de diamantes así que procura llevarlos con orgullo, eres la futura esposa del presidente de Infinite Fantasy, hazme sentir orgulloso y que no tomé una mala decisión.

Le dio la espalda dejándola sola al cerrar la puerta. Sola en una habitación donde se sentía más pequeña de lo que era. Se abrazó a si misma intentando encontrar protección, no llorar ante la primera amenaza; negó derrotada. Eso era lo que buscaba con esta asociación, ser protegida para que nadie pudiera dañarla, ¿Cómo un hombre podía ser tan frío cuando estaban solos y tan cálido cuando tenían público? ¿Sobreviviría? ¿Podría con todo aquello y salir ilesa?

Se asustó cuando escuchó el teléfono, corrió a contestarlo. Eran de recepción preguntándole si necesitaba algo, negó en silencio, se reprendió mentalmente sabiendo que no podían ver sus acciones por lo que habló. Volvió a detenerse en su alrededor, el bolso con sus escasas pertenencias se hallaba sobre el sofá, sacó su pijama, sus útiles higiénicos y entró al baño. Agradeció no encontrarse una tina de hidromasaje o cosas extravagantes, solo una ducha.

Una hora después disfrutaba de la gran cama intentando dormir para poder funcionar en unas cuantas horas más. Pensaba en sus deseos cuando vivía en Tucson, querer salir de ese lugar y crear una nueva vida, ser feliz. ¿Estaba logrando aquello? ¿Podría con todo el estrés que se venía?

Admiró su mano, llevaba el anillo con temor de quitárselo para dormir y no lo encontrara en la

mañana donde lo dejó. Jamás tuvo tanto dinero sobre su cuerpo y esto solo era el principio. Sacudió la cabeza levantándose de un salto hacia su bolso de dónde sacó el contrato que firmó hace ya un mes como decía la fecha. Fue directo hacia las reglas: Diamantes, alta costura, mansiones, presidenta de *Plays and Grows*, sociedad, publicidad, su apariencia; se llevó la mano a la frente cerrando los ojos.

Se giró hacia la gran ventana con las cortinas corridas, dejando una maravillosa vista a todo Central Park nocturno a su merced. Así sería todo desde ahora, todos estarían a sus pies, lo que ella dijera sería ley al igual que su prometido. Ellos serían una de las parejas más importantes e influyentes del país, saldrían en todas las revistas de economía, farándula, primera plana. ¿Cómo llevaría aquello? ¿Hasta dónde llegaría el poder? Se giró hacia el teléfono, ¿Qué pasaría si llamaba y pedía lo más complicado? ¿Qué le dirían?

Corrió con los papeles en la mano arrojándose en la cama, tomó el teléfono y llamó, dos tonos después una chica contestó preguntándole que necesitaba. Pidió todo lo que se le ocurrió: almohadas de plumas, el postre más complicado de la carta y el jabón que escuchó hablar a Ryan; nunca le dieron una negativa. Media hora después estaban sus cosas en la puerta.

Rio... Rio a carcajadas... Rio dando saltitos infantiles como esos que hacía cuando su padre le llevaba un dulce... Rio por primera vez desde que llegó a New York. Esa sería su vida desde ahora en adelante, solo pedir y se lo proporcionarían, no importaba que fuera, porque tendría que estar en sus manos.

¿Podría con ello?

¡Diablos! Daría todo porque funcionara.

¿Sería la mujer más deseada por los paparazzi?

Miró el anillo y sonrió... Volvió a reír.

Así de simple

Gruñó cuando escuchó la puerta abrirse y la voz de Ryan invadiendo la habitación. De seguro era demasiado temprano para que irrumpiera en su pequeño cuarto. La alarma no sonaba, lo que significaba que tenía algunos minutos para dormir antes de prepararse para el trabajo. ¿Quién lo dejó entrar a su habitación? ¿Había sido la dueña? ¿El señor Griffin tendría algo que ver?

Con un grito rebotó en la cama luego de sentir una nalgada sobre el cobertor. ¡Cuánto atrevimiento! Con el cabello revuelto buscó con la mirada borrosa al causante. Cerró los ojos al comprender en donde estaba. Nada de pensión, cuartos pequeños o baños compartidos, ahora tenía una cama gigante para ella sola, un baño con hidromasaje, una ducha individualizada y un asesor que siempre llevaba una sonrisa y también la tarjeta que daba acceso a la suite. Suspiró audiblemente.

Dos malditas semanas desde que anunciaron su compromiso, dos semanas desde que entendió que podría mover solo un dedo y todo estaría a sus pies, dos semanas desde que todos la trataban como el pétalo de un rosa, pensando que podría morderlos como hacía el jefe.

Dos semanas desde que se puso ese terrible vestido que eligió Ryan para la fiesta de compromiso. Esa visión jamás se borraría de su mente, más cuando Matthew sonrió y luego le susurró al oído: *Así te vestirás de ahora en adelante*. ¡¿Estaba loco?! Se llevó las manos al rostro intentando borrar cualquier recuerdo.

Matthew Griffin era de esos hombres que le gustaba observar la sensualidad de las mujeres y era exactamente eso lo que quería de su prometida. No necesitaba escotes o implantes para destacar, solo saber utilizar una prenda que mostrara lo justo y necesario. Era por lo que él no estaba a favor de los vestidos cortos o de los pantalones demasiado ajustados, disfrutaba de vestidos hasta la rodilla que marcaran las curvas o de vestidos de gala que jugaran con la imaginación; exactamente como aquel vestido que llevó en la cena.

Luego de una semana en que eran buscados por toda la prensa de Estados Unidos, finalmente Matthew dio la cara comunicando que se casaría en poco tiempo con la mujer de su vida. A la semana siguiente Melissa Griffin se encargaba de preparar la fiesta de compromiso donde asistirían familiares y amigos; jamás le preguntaron por su familia, al parecer su prometido se encargó de que no pasara por ese incómodo momento.

Ryan Pound, siempre bien vestido, aparecía por la oficina a la hora de siempre para ofrecerle el brazo y comentar el día de compras o las clases de etiqueta. Era ella quien parecía más preocupada de lo que dijera la gente o la prensa cuando los veían pasear por las calles de la gran ciudad. Él parecía llevarla como si se tratara de una super modelo sin disimular cuanto le gustaba tocarla o simplemente rozarla, hasta un encuentro íntimo como acercarse a su oído y susurrarle. ¿Intentaba seducirla? ¿Se trataba de alguna petición de Matthew? ¿Alguna trampa?

El asesor sonrió como todo un protagonista de pasta dental cuando el empresario le entregó la tarjeta de crédito que próximamente le correspondería a Rebecca, con ella podría adquirir lo que fuera necesario y llevado a la mansión o al hotel dependiendo de la urgencia. Cada vez que Ryan le decía que algo más se acumulaba en su armario, temblaba.

Un día antes de la fiesta de compromiso, Ryan le mostró su vestido; se quería morir de la vergüenza. No podía negar que era hermoso, pero ¿ella en ese vestido? ¿Mostrando una pierna? Vestido negro ajustado a su cuerpo, hecho a medida, con un diseño de flores en hilo de plata y pequeños cristales. Solo iba con un tirante dejando el otro hombro al descubierto y la pierna derecha igual con un corte que trabajaba la sensualidad. A un costado unas sandalias de tacón nude. Se trataba de una princesa, una dama. Y ella iba en ese vestido... Imposible.

Una semana trabajando, andar en tacones de más de diez centímetros y ahora no solo estaría nerviosa por caer, aparentar estar feliz y agradecida por aquella cena en nombre de ellos, sino de que no se viera nada por esa gran abertura en el impecable vestido.

Hasta ese día no recordaba el proceso de belleza y el traslado a la mansión en Old Westbury, solo entendió en que se involucraba cuando Matthew la recibió con una bella sonrisa, ofreciéndole la mano para bajarse del auto y luego dejando un tierno beso en la mejilla; entendió la actuación cuando vio a los padres de éste en la entrada.

Todos dentro, socios, algunos familiares y amigos los recibieron con aplausos cuando aparecieron en la gran sala. Ella tomada de su brazo, no solo para aparentar lo bien que se sentía estar junto a su futuro marido, sino para evitar caer y dar de qué hablar. Pasaron pacientemente por cada grupo formado para saludar y hacer las presentaciones, cuando era alguien conocido como los trabajadores de presidencia o los socios, Rebecca se mostraba sociable y experta.

La cena fue prolija y exquisita, en la gran terraza se ubicaron mesas siendo ellos los protagonistas en una más elevada y con distinta decoración, algo muy parecido a una recepción matrimonial. Qué forma de prepararla para el gran día.

Conoció a los encantadores abuelos de Matthew: Eric y Claire Larson, ella muy refinada, si bien con una amable sonrisa en el rostro que le daba la bienvenida a la familia con mucha ilusión. Él demostraba ser un hombre correcto, pero en muchas ocasiones se le escapaba uno que otro comentario gracioso o anécdotas de su juventud o la vida de su nieto demostrando que los Larson eran personas acogedoras que solo tenían más dinero que otros, si bien no lo presumían.

Otros que estuvieron presentes para sorpresa de todos, fueron los tíos del empresario, John y Jeremy Larson, hermanos de Melissa, bastante misteriosos conversando entre ellos en vez de sociabilizar un poco. Por otro lado, al igual que Matthew, su padre Nicholas era hijo único y sus padres habían muerto hace varios años, por lo que solo conoció a los mejores amigos del señor Griffin, que fueron presentados como casi hermanos del hombre.

Nadie se sorprendió cuando Rebecca dijo que se iba a su casa, no hubo comentarios o preguntas de porque no se quedaba con su prometido como haría cualquier otra pareja, conocían perfectamente bien a Matthew y sus normas. Se sonrojó cuando escuchó dos suspiros desde la puerta cuando él le besó con delicadeza en la frente y luego le susurraba en el oído, definitivamente era un espectáculo romántico para la familia.

Después de esa gran cena su trabajo consistía en escapar de los paparazzi, trabajar medio tiempo en Infinite Fantasy, encontrar a la mejor sustituta para su puesto y luego dedicarse a ella, mimarse, comprar todo lo que fuese necesario y lentamente comenzar a acomodar sus cosas en la gran mansión, en la residencia exclusiva para personas importantes.

Se sobresaltó cuando tocaron a la puerta tres veces. Ryan fue a abrir indicándoles que se trataba de Samuel Johnson, su nuevo guardaespaldas hace unas semanas. Matthew se lo presentó al día siguiente de llevarla al hotel, explicándole que estaría encargado de acompañarla a donde fuese que se moviera, de su protección y necesidades. Su sombra.

Entre ambos intercambiaron algunas palabras y luego, pidiendo permiso, el hombre de cabello

oscuro, buen físico, ex policía de New Jersey comenzó a cargar los bolsos que se hallaban en la sala de la suite. Con el ceño fruncido observó el actuar de todos, sin entender lo que ocurría. ¿Por qué se estaban llevando sus pertenencias? ¿Quién había dado la orden?

Al no recibir una explicación de lo que ocurría y tampoco asumía el valor para preguntar, los observó intentando encontrar un gesto o algo que los delatara. Al no lograrlo se estiró hasta su mesa de noche donde guardaba el contrato con mucho cuidado, buscó en cada página hasta que dio con aquel punto; suspiró.

Ya era momento de dejar esa habitación y mudarse con Matthew a la gran mansión en Long Island. Se llevó ambas manos al rostro intentando esconderse hasta que su asesor comenzó a dar instrucciones de baño, ropa y maquillaje; Samuel ya no se encontraba en el cuarto. Disimuladamente escondió el documento ante la vista del chico, esperando que se diese la vuelta para guardarlo en su bolso, donde no tuviese curiosidad de tomarlo.

Una hora después todos descendían a recepción despidiéndose de aquellas personas que trabajaban diariamente y salían por la puerta principal donde esperaban dos BMW: el auto que siempre trasportaba a Matthew a la oficina y un deportivo I8. Detenida en medio de la gran alfombra roja, Samuel abrió la puerta del copiloto mirándola significativamente como si quisiera advertirla que hiciera lo que pedía solo para evitar problemas. Estremecida de pies a cabeza asintió acercándose con sumo cuidado, tomando la mano que le tendía el guardaespaldas hasta quedar perfectamente sentada en su puesto. Se llevó las manos a la boca para no gritar cuando vio a su prometido sentado al volante. A él definitivamente no pareció gustarle su reacción al negar en silencio.

Miró por el espejo retrovisor que Ryan, los guardaespaldas y sus cosas iban en el otro auto. Sin decir una sola palabra cerró los ojos y se dejó llevar, ya estaba dentro y más le valía seguir la corriente que dificultar las cosas.

Entrar ese día a la mansión pareció más natural que las veces anteriores, las chicas encargadas de la limpieza le atendieron solicitándole sus pertenencias mientras Samuel y Kyle subían su equipaje al segundo piso. Matthew pasó directamente a la cocina ofreciéndole algo para beber, negó en silencio sin siquiera saber si le vio, atenta nuevamente en el gran piano que destacaba en la sala.

Le sorprendía que el hombre no tomara licor como haría cualquier otro, o eso creía. Generalmente se servía un vaso de jugo de arándanos natural, el cual siempre debía encontrarse en la nevera, uno de los pocos datos que recordaba. Le miró de reojo como se desplazaba por la estancia, admirando la vista desde los grandes ventanales, tratándose tal como un rey se disfruta de su reino.

Las formalidades volvieron cuando Ryan carraspeó para llamar su atención. El dueño de casa comenzó la actuación acercándose a su prometida, besándole en la mejilla e invitándola a conocer el resto de la casa.

Nunca había subido al segundo piso, constaba de cinco habitaciones, dos a un extremo del pasillo las cuales estaban perfectamente decoradas para cualquier invitado que deseara pasar la noche y luego tres dormitorios al otro lado, una habilitada como una sala de estar y biblioteca personal, frente a esta, luego de un pequeño vestíbulo, estaba el cuarto principal, delicadamente decorado, minimalista y con una hermosa vista a los terrenos.

Junto a esta se hallaba su dormitorio personal. Un precioso cuarto en colores tierra y verde equipada con lo mejor, sábanas de 1000 hilos, una vista espectacular y un baño de ensueño: ducha de hidromasaje, todo tipo de chorros, cremas, maquillaje, aceites y cuanta cosa necesitara una

mujer. ¡Qué decir del vestidor! Ese lugar era más grande que su habitación en Tucson jamás podría llenar con ropa, zapatos o lo que fuera.

Cuando salió de aquel espacio, su prometido seguía en el marco de la puerta esperando paciente con las manos en los bolsillos del pantalón. Se fijaba en el tocador a un lado, un gran espejo y el espacio vacío donde podría dejar sus cosas. Este poseía muchos cajones los cuales estaban vacíos, lo que parecía molestar al hombre ¿Por qué sería? Pasó la mano derecha sobre la madera sintiendo la suavidad lo que hizo detenerse en esa enorme piedra brillante en su dedo anular. Lujos, esa sería la palabra clave desde ese día, ¿cómo podría vivir con ello?

Matthew se encargó de anunciar a todo el personal que mientras estuviesen comprometidos dormirían en habitaciones separadas, por lo que todas las pertenencias de la señorita Reed debían ir a ese lugar, donde por lo menos la tendría cerca. Nadie tendría que saber que luego de la boda las cosas seguirían igual.

Se sobresaltó cuando escuchó las instrucciones de Ryan, pensó que se dirigía a ella, pero solo eran las chicas del servicio quienes comenzaron a guardar sus cosas. El dueño de casa había desaparecido, dejándola inmersa en sus pensamientos. ¿Estaría en su dormitorio? ¿Podría interrumpirlo? ¿Entrar sin llamar como deseaba que lo hiciese en la empresa? ¿Serían las mismas instrucciones en ambos lados?

Se detuvo nuevamente en las personas que se movían ágilmente por el lugar, guardando, moviendo, asegurándose que estuviese todo en orden. Recordaba a una de ellas cuando vino a almorzar esa primera vez, se llamaba Susie, se sonrojó cuando ambas la miraron con una sonrisa y se acercaron con mucha formalidad para presentarse. Tal como recordó, Susie era la encargada de organizar el proceso del desayuno, almuerzo y cena junto con otros quehaceres de la casa, mientras que Kate, la otra chica a su lado era la encargada del orden en gran parte de la mansión. Ambas a su disposición desde aquel día para hacer lo que deseara. Lo que ella dispusiera.

Sin dar explicaciones salió de la habitación buscando las escaleras con la intención de dar en algún momento con Matthew, aunque tuviese que recorrer cada rincón. Aún no conocía por completo la casa y tampoco tenía intenciones de hacer un tour ese día, solo quería encontrar a su prometido. Se sorprendió cuando lo vio sentado en una silla en la isla de la cocina con una revista financiera; su mente fantasiosa esperaba encontrarlo en un trono en lo más alto esperando que besaran sus zapatos antes de lograr hablar con él.

—¿Ocurre algo? —Rebecca se estremeció ante la pregunta, como si fuera una caricia aterciopelada. Negó cuando no era la respuesta correcta.

—Todo es precioso y cómodo, es decir... Q-que s-se supone...

Se quedó sin aire cuando tuvo a Matthew frente a ella, a solo diez centímetros de su cuerpo. Empezó a temblar bajando la vista rápidamente, sin embargo, no le duró mucho cuando los dedos del hombre levantaron el mentón para fijar sus ojos en los de él.

—Ya te dije, siempre la mirada en alto, eres la prometida más destacada del país y como tal debemos mostrar autoridad. Creo que le estoy pagando una pequeña fortuna a Pound para que te enseñe, ¿o debemos dispensar de su trabajo y buscar a otro? —preguntó, Rebecca negó rápidamente alejándose otros diez centímetros para concentrarse.

—Todo está bien con él, es un excelente asesor, solo que yo estoy algo... Nerviosa.

—No debes de estarlo —refutó él. La chica volvió a negar.

—Ya lo sé... Matthew, ¿Qué haré yo aquí? —Él frunció el ceño.

—No entiendo a qué va tu pregunta. —Rebecca suspiró.

—Acaban de entrar a mi habitación Susie y Kate quienes, después de presentarse co-como si

fuera una re-reina, empezaron a ordenar mis cosas mientras Ryan da órdenes. ¿Ese es mi trabajo? ¿Dar órdenes en esta casa o en cualquier lugar que pise? —Le molestó cuando él rio entre dientes.

—Tienes este tiempo hasta que nos casemos para entender tus obligaciones dentro de la asociación, pero sí, fundamentalmente deberás dar órdenes. Entiende Rebecca, cuando firmaste elegiste ser la segunda mujer más importante de un país; después de la primera dama podrás hacer y deshacer bajo este techo y otros muchos lugares. Si alguien del servicio no te gusta puedes despedirlo y contratar a otros, puedes cambiar el mobiliario, renovar equipo, cambiar el jardín, lo que desees. Dentro de casa eres la emperatriz, tienes todo mi consentimiento y todo quien trabaje aquí lo sabe. —Ambos se quedaron mirando un buen tiempo para que la sonrisa felina de Matthew la hizo estremecer nuevamente—. No me interpondré en tus decisiones a lo menos que afecten a mi empresa, solo necesito una esposa para lograr mis propósitos y dejar tranquila a mi familia, eso ya lo aclaramos.

—¿Y mi trabajo? —preguntó Rebecca tímidamente. El ceño de Matthew volvió a fruncirse.

—¿Tu trabajo? Creí que ese tema fue aclarado hace semanas. Mi esposa no será una subordinada, y como ya tenemos un presidente dentro de Infinite Fantasy —se apuntó a sí mismo—, tú serás la presidenta de la fundación y todos trabajarán para ti desde el momento que digas acepto frente a un juez. —Matthew suspiró y se acercó los centímetros que Rebecca puso entre ellos anteriormente—. Así de simple.

Así de simple, esa era la frase. ¿Era así de simple? ¿No tenía letra chica? Seguía sin comprender porque la eligió cuando conocía su verdadera personalidad sumisa.

Matthew hacía ver las cosas tan simples como si se tratara de aprender a comer y caminar. Su vida cambiaba drásticamente y a una velocidad que no podía controlar y para él era algo simple. ¿Cómo podía creer que casarse, tener una esposa y un contrato de por medio era algo *así de simple*? Asintió sin decir nada más dándose la vuelta dirigiéndose a su dormitorio donde aún permanecían las tres personas que dejó atrás acomodando todo.

La mañana pasó entre acomodar sus cosas, conocer un poco más a las personas que trabajaban dentro de la mansión y conocer la mayor cantidad de los rincones. A la hora de comer el empresario pidió que les sirvieran en la mesa de la terraza y que nadie los interrumpiera.

Conversaron sobre los próximos días, asegurándose que nadie estuviese enterado de aquella asociación entre ellos más que el abogado. Indagaron en la reemplazante de Rebecca en la empresa, cosa que parecía poner de mal humor al hombre, por lo que éste la creyó merecedora de saber cuántas asistentes habían pasado por su puesto y cuan molesto se sentía de perder a la única persona que en realidad sabía hacer su trabajo.

Cuando la chica sugirió seguir en su puesto, bajó la cabeza atenta en su plato luego de la mirada felina y molesta de su prometido.

Los siguientes temas fueron regulares: algunos datos de la boda, las clases de etiqueta, organizar algunos días para salir a pasear y dejar que los vieran juntos y felices, ¿entrenador personal?

—Es lo que hacen todas las mujeres, ¿cierto? ¿Cuidar su figura? —Matthew se encogió de hombros—. De seguro tu asesor pensará lo mismo.

—Tal vez —susurró la chica.

—En realidad es tu decisión. Liam es mi entrenador personal, de seguro puede realizar alguna rutina para ti. Usamos el gimnasio de aquí, por lo que no tendrías que ir a otro sitio si no quieres...

—¿Liam? ¿Gimnasio? —Se sonrojó cuando lo vio bufar.

—Rebecca, debes conocer esta casa en cada rincón. ¿Has ido al primer piso? —La chica negó —. Pues ahí encontrarás muchas cosas con que entretenerte si tienes tiempo de ocio. Por otro lado, Liam es un amigo de confianza, tendremos que hablar sobre nuestros conocidos, no creo que sea prudente que no conozcamos la vida del otro, supuestamente estamos enamorados.

—S-sí, creo que sí.

El resto del almuerzo hablaron sobre las personas que le rodeaban, por lado de Rebecca solo dijo que tenía algo así como una amistad con Rachel, la asistente de Charlotte y que aparte de eso, estaba sola si no contaba a las personas que la rodeaban últimamente como Ryan, las chicas del servicio y quienes trabajaban en presidencia.

Matthew no era de muchos amigos, Peter Reeve era su amigo desde que se conocieron en un evento donde asistieron sus respectivas familias, luego de esa noche no dejaron de hablar, aunque eran completamente distintos. Luego estaba Clarke, su abogado estrella enviado por su padre para ayudarlo en el comienzo de su empresa y finalmente Liam, con quien se conocieron en el gimnasio donde asistía. El resto se trataba de familia que podría ir conociendo mientras se conocían.

A pesar de no haber hecho mucho se sentía agotada, se disculpó con el hombre y se fue a su cuarto con la intención de descansar mientras el empresario respondía algunos recados en el estudio.

Soltó un jadeo cuando la atrajo a su cuerpo quedando demasiado juntos para su gusto. Comenzó a temblar como gelatina, en especial cuando él se acercaba con una sonrisa a sus labios, si bien, en último minuto miró de reojo hacia un lado y terminó besándole en la nariz. Aferrada a los brazos de Matthew se giró para encontrarse con Susie que salía a la terraza, disculpándose por interrumpir.

Al verla desaparecer por donde había llegado se miraron con seriedad, entendiendo perfectamente la reacción, era preferible que el personal creyera por un tiempo en su amor antes de divulgar parte de la verdad. Con rapidez separaron sus cuerpos con mucha distancia entre ellos, Rebecca con pasos rápidos corrió a su cuarto.

Luego de cerrar la puerta se dejó caer en la cama cerrando los ojos con fuerza, se sobresaltó cuando escuchó ruidos. Ryan sacaba de su armario gigante prendas costosas que compró hace unos días cuando le informó que el señor Griffin quería algo nuevo y delicado para esas horas que pasaba en la oficina, que la destacara como la futura señora Griffin.

Éste se detuvo al ver su expresión, tenía la intención de preguntar cuando la chica rápidamente se escondió en el baño. Necesitaba dejar de ser observada por todos, aparte que debía vaciar su vejiga luego de todo un día moviéndose de un lado a otro. Se lavó las manos mirándose detenidamente en el espejo, intentando descubrir a la nueva mujer en que deseaban convertirla y a la chica que fue. Ninguna de ellas estaba. Bajó la cabeza a su vestido intentando sacar las arrugas invisibles.

Una parte de ella deseaba gritarle al asesor que desapareciera, poseía el poder para decirlo, y a la vez necesitaba alguien de confianza. ¿Podría confiarle toda la verdad a aquel hombre? ¿Contarle que todo era una farsa? ¿Ya lo sabría?

—Escucho como tus engranajes se mueven en esa hermosa cabeza, ¿necesitas hablar?

—No es nada importante —contestó la chica nerviosa; él sonrió.

—Sabe que puede confiar en mí, señorita Reed. Soy su fiel sirviente, puede utilizarme como desee.

Como un resorte se levantó de la cama cuando el chico se sentó a su lado con la intención de tocarla, no se trataba de si le temía o no, sin embargo, no lo veía decente cuando su prometido

estaba a solo unos pasos.

—Soy una mujer comprometida —murmuró Rebecca con el estómago contraído, más él sonrió provocativamente y relajado.

—Comprometida, pero no enamorada. Tú no lo amas.

Se estremeció de pies a cabeza erizándosele el vello cuando Ryan se levantó de la cama volviendo al armario siguiendo con su orden. Se sonrojó cuando lo vio con su ropa interior en la mano.

—¿Por qué decidiste ser asesor personal?

—Me gusta vestir y arreglar a las mujeres —dijo el chico sin dejar de ordenar—, también desvestirlas... Es algo así como un fetiche...

—Sí, eso ya lo sé —interrumpió Rebecca cada vez más roja—. ¿Pero, es solo eso? —Por fin Ryan se detuvo volviéndose a ella.

—¿Un pintor necesita más explicaciones de por qué pinta? ¿O un empresario porque necesita hacer más dinero? Yo busco la perfección, Rebecca, adoro la perfección y solo la encuentro en una mujer. Y tú cada vez me gustas más.

—¿Gracias? —dijo sin saber que decir exactamente, él se rio.

—Sí, creo que sería la palabra adecuada, ahora cuéntame ¿tienes algún color planeado para mañana?

Aprender el protocolo de la alta sociedad en la que se rodeaba su prometido, un trabajo de medio tiempo en la empresa, preparación de una boda, asesoría de cómo ser una dama en la gran ciudad y aparte preocuparse de comer, ir al baño y dormir. Sería un mes y medio de locos.

* * *

La noche anterior mientras cenaban, Matthew le informó que su madre estaba muy entusiasmada con mostrarles un lugar en donde se podría realizar la boda y la recepción. Le habían dado una cita exclusiva para el día siguiente, al ser domingo, no tendrían que preocuparse de trabajo ni otras cosas, solo disfrutar. Además, era una buena ocasión para que los vieran interactuar como pareja.

Ya en el baño por fin le dieron un momento de privacidad luego de una mañana bastante movida. Tomó una ducha caliente, utilizó todos los productos de belleza que el asesor designó esa mañana antes de dejarla sola. Asomó primero la cabeza para asegurarse de estar sola, sonrió agradeciendo el silencio.

Sobre la cama le esperaba un bello vestido holgado en color vino con unas ballerinas del mismo tono. Era un día caluroso por lo que parecía perfecto para la estación. Perdió la sonrisa cuando pensó en la reacción de su prometido al verla, ¿sería prudente? ¿Demasiado osado?

Aferrándose a la toalla que le rodeaba el cuerpo contempló el vestidor donde permanecían una variedad de vestidos que comenzaría a utilizar cuando estuviera casada, entre los que usaría ahora y en el trabajo. No sabía cómo se acostumbraría a ello, jamás en su vida usó vestidos tan elegantes y bien confeccionados.

Echó un vistazo al reloj en su mesita de noche, se encontraba en la hora justa para estar lista y bajar a tomar desayuno con Matthew. ¿Podría llamarle Matt? No es que quisiera tener mayor vínculo con el hombre, pero imaginaba que frente a su madre debían actuar con mucho cariño, ¿cierto? Negó con efusividad. Tomó la ropa y se vistió rápidamente antes de que apareciera Ryan con la intención de sorprenderla en ropa interior.

Como siempre, él se preocupó de arreglarle el cabello y enseñarle como maquillarse. Le obligó a contemplarse en el espejo de cuerpo entero con él detrás tomándola de la cintura y con

una sonrisa de satisfacción; el cabello rojizo suelto y esa ropa la hacía verse brillante y joven, era una persona completamente diferente a esa que llegó a la Gran Manzana.

—Espero no estar interrumpiendo.

Ambos se giraron hacia la puerta donde permanecía Matthew erguido y con el ceño fruncido. Ryan sin esperar invitación salió del lugar dejando a la pareja en privado luego de hacer una pequeña reverencia con la cabeza al hombre. Rebecca intentaba no bajar la mirada nerviosa de la reacción de su prometido. Éste se acercó sin dejar de examinarla; el tigre tomaba el mando.

—Si quieres tener un amante, por favor, fuera de esta casa y que tanto mis ojos como los de la prensa no te vean.

—S-solo estábamos v-viendo... —detuvo su intento de disculpa cuando Matthew levantó la mano.

—No quiero explicaciones, solo es un aviso. —La miró de arriba abajo acercándose un poco más—. Debo admitir que este chico hace un buen trabajo, pero no quiero verte tan cerca, pudo no haber sido yo quien abriera.

—Lo sé, lo siento, no volverá a pasar. —El hombre asintió—. ¿Necesitas algo? —Ahora negó.

—He procurado notar que aún te complica llevar el anillo de compromiso, lo observas como si fuese a morderte. Creo que podemos trabajar en ello.

Rebecca no entendió de que hablaba hasta que lo tuvo bien cerca intimidándola como siempre y con una caja de Tiffany frente a ella; más diamantes.

Las manos le temblaban cuando tomó el obsequio y empezó a desanudar el lazo. Abrió la caja admirando la simple gargantilla de oro blanco y una línea de diamantes, era algo tan simple y bello que para ella podría ser perfecto. Necesitaba acostumbrarse a ello, él quería llenarla de diamantes y a la vez pensaba en sus temores, siempre atento, no hostigándola.

Fueron las manos de Matthew quienes la hicieron girar hacia el gran espejo, le rodeó la cabeza colocándole el precioso y costoso regalo. Le quedaba a la perfección, como si fuera hecho a su medida.

—El tocador está diseñado para que puedas guardar tus joyas, distribuirlas a tu elección. Tiene un sistema eléctrico con esta llave —dijo Matthew tomando una pequeña llave de su bolsillo—, donde solo tú podrás abrir. Luces preciosa, casi perfecta para ser la señora Griffin. —Rebecca sonrió al reflejo del hombre—. Kyle y Samuel ya nos esperan en la entrada.

Y solo así se retiró.

Rápido, conciso y listo. Así de simple.

Casada con Matthew Griffin, un hombre práctico, de pocas palabras con quien no se puede discutir porque tiene la última palabra y lo sabe.

Decidió no seguir mirando su cuello ahora adornado y olvidarse de la cantidad de diamantes que pesaban en su cuerpo. Se volvió al tocador donde esperaban su bolso y unos lentes de sol, se sentía ridícula con ellos, pero más le valía acostumbrarse.

Debido a la insistencia de Rebecca, Ryan fue invitado, aunque no para el gusto de su prometido, si bien debía aparentar que haría lo que fuera por ella, hasta llegar al límite de aceptar a otros hombres en su compañía.

Se juntarían con Melissa Griffin en la Quinta Avenida con la 59th St. Junto a Central Park para tomar rumbo al salón que deseaba mostrarles para la ceremonia y recepción. Samuel, como desde el día que comenzó a trabajar para ella, le saludó con un asentimiento y esperó a que abordara para cerrar la puerta y tomar el puesto de chofer, mientras que Kyle hacía lo mismo con su jefe

solo que iba a otro auto donde viajaría con el asesor.

Tomaron rumbo en silencio, aunque el hombre se preocupó de que los guardaespaldas creyeran en su tímida forma de mostrar cariño, tomando la mano de la chica y apoyándola en su rodilla todo el camino.

A la hora acordada, descendieron en el lugar indicado, Ryan bajó del otro auto con Kyle pisándole los talones acercándose para resguardar a sus protegidos. La pareja se tomó de las manos acercándose a la mujer rubia que, luego de sacarse los lentes oscuros reveló sus ojos brillantes por la ilusión al ver a su hijo.

Rebecca jadeó con la boca abierta llena de asombro ante el gran edificio frente a ella, el gran hotel JW Marriott. Melissa al notar el asombro preguntó si tenía alguna objeción, a lo que rápidamente su hijo inventó que la primera cita que tuvieron fue en ese mismo hotel donde intentó mostrarle los lujos en que podría vivir, a lo que a ella no dio importancia y al parecer eso fue lo que lo enamoró. Melissa rio contagiándola e insistió que era una buena señal, este era el sitio para unir sus vidas.

Siguiendo las apariencias, la chica se tomó del brazo de su prometido con ambas manos, acercándose lo que más podía. En realidad, buscaba apoyo, lo cual entendió el hombre cuando la acomodó bajo su brazo indicándole que le abrazara por el torso mientras ingresaban al famoso hotel, con una sonrisa de satisfacción al percatarse como se desenvolvía su prometida.

En la recepción les recibieron como si fueran de la realeza, invitándolos hacia el sector de salones. Un hombre de cabello cano y de baja estatura se presentó como el administrador, la gran mayoría del tiempo se dirigió a la señora Griffin mientras Rebecca admiraba el lugar embobada, seguida de muy cerca por Matthew.

Olvidaron cualquier conversación al ingresar al salón mayor, un espacio inmenso victoriano tapizado con una alfombra a juego, una gran araña en medio jugando con un cielo falso y al final dos grandes obras de paisajes de época. Mientras más hablaba el administrador, más ilusión se hacía la chica.

—¿Te gusta? —Matthew preguntó cerca de su oído haciéndola estremecer.

—Es hermoso —contestó mirando a su alrededor.

—¿Te ves casándote aquí? —Se giró para quedar frente al hombre.

—Eso no importa, nada de eso será real.

—¿Qué no será real?

Se giraron hacia la mujer quien se mostraba intrigada por la conversación privada de la pareja, esperando algún comentario del espacio. Rebecca fue la primera en reaccionar con una sonrisa, colocando una mano sobre el pecho del hombre.

—Casarme con su hijo, Melissa —ambas mujeres sonrieron mirando al aludido—, no importa donde sea la boda, para mi será una fantasía, un cuento de hadas.

—Con un *felices para siempre* —indicó Matthew mirándola con adoración— ¿Estás segura de eludir la realidad para estar conmigo?

—Es un sacrificio que estoy dispuesta a aceptar.

—Si es así, mejor sigamos con el recorrido —insistió el administrador con una gran sonrisa.

El siguiente salón se presentaba dónde podría realizarse la ceremonia, igual de bonito y espacioso para la gran cantidad de invitados que serían. El administrador se dirigió a ella expectante, preguntando si se encontraba de acuerdo con la idea. Rebecca se giró hacia su prometido quien sonrió y asintió. Distinguió de reojo como Ryan reía entre dientes bajando la cabeza para intentar disimular su broma privada. Tal vez no estaba enamorada, pero haría lo que

fuera para que todo el mundo lo creyese. Miró al hombre y con una sonrisa cordial asintió, ese sería el lugar.

Ya fuera del hotel, donde esperaban todos los autos, Melissa comentó que ya tenía el dato una organizadora de eventos que trabajaba en algunas ocasiones para la fundación y de seguro estaría disponible para organizar la gran boda. La chica agradeció la ayuda, especialmente con el poco tiempo que había para organizar todo.

Se puso los lentes oscuros, tomó un gran trago de aire y levanto la barbilla como siempre le pedía Matthew. Ya no más tartamudeos, desde ahora sería una dama que entraría en poco más de un mes a ese mismo hotel para convertirse en una gran mujer, en la esposa de Matthew Griffin.

Rebecca Griffin

Se sintió en desventaja cuando conoció a Lillian Ross, una mujer segura, de paso firme que se imponía ante el resto. Llevaba el cabello rubio bien arreglado, ojos verdes oscuro y el atuendo que cualquier mujer desearía. No lo pensaba solo por su aspecto y postura, sino por los ojos de admiración que tenía su asesor puestos en ella. De seguro pensando como terminar su contrato e irse tras la mujer.

Era una mujer soltera que quería seguir siéndolo el resto de su vida, tal como lo expuso en la entrevista, con dos profesiones en su currículum: organizadora de eventos y estilista. A cada una le dedicaba su momento y últimamente se ocupaba de la primera, organizando grandes promociones y ayudando a Melissa en la fundación.

Aquella tarde, Ryan hizo las presentaciones oficiales con tal formalidad que parecía que estuviese presentando a la próxima emperatriz de New York. Lillian fue la única persona que no le preguntó nada relacionado con su prometido, solo quería que la boda y recepción fueran de gusto de la novia, el hombre no importaba en lo más mínimo. Abrió una carpeta con miles de ideas para bodas: salones, pasteles, vestidos, decoración, invitaciones, entre tantas cosas más, mientras apuntaba algunas cosas en su iPad cuando Rebecca balbuceaba algo. Ryan parecía igual de impresionado, en especial si parecía no estar presente para la mujer.

—La quiero en nuestro equipo —susurró a Rebecca sin dejar de mirar a Lillian— debes contratarla.

—¿Para la fundación?

—No, para ti, la necesito en mi equipo, inventa algo, es estilista. —Se giró hacia su asesor sorprendida de su insistencia.

—¿Qué le digo? —preguntó sintiéndose presionada. Ryan bufó a su lado poniendo los ojos en blanco reposando una mano sobre su pierna.

—Eres hermosa Rebecca, me gustas mucho, pero aún nos falta trabajar en tu personalidad —contestó girándose hacia la organizadora—. ¿Aún trabajas de estilista? —Lillian con seriedad lo miró. Al parecer a todos los hombres los trataba como escorias.

—Sí, ¿por qué? —preguntó con brusquedad.

—La señorita Reed anda en busca de una, podrías ser parte del equipo.

—¿Trabajar contigo o para ti? —preguntó Lillian sin perder la frialdad. En eso Rebecca sintió la necesidad de representar su papel.

—En realidad trabajarías para mí, un sueldo fijo. Necesito una estilista y una organizadora de eventos que me ayude con la parte social. Mi prometido, como sabrás, es un gran empresario y está constantemente saliendo en cenas de negocios, ahora me gustaría cambiar eso y también para la fundación. Sería bueno tener alguien en quien confiar y esté a mi entera disposición... una mano derecha —Al no ver una expresión en su rostro, se inquietó y murmuró—. La paga sería buena.

Sin dar una respuesta volvió a centrarse en el trabajo por el que la contratarían, olvidándose de la oferta. Ninguno de los dos intentó insistir, simplemente se centraron en la boda.

Lillian poseía muy buenas ideas que encajaban perfectamente con los salones, estilos de

fantasía y pureza, luces desde el techo que no opacaran el diseño del lugar y también que jugara con la decoración que utilizarían para las mesas. En el caso de la ceremonia, presentó un trabajo más cálido jugando con los mismos términos.

Tres horas después, ya tenían buena parte determinada solo dejando el vestido, las invitaciones y el pastel para el siguiente día.

Justo en el momento en que se despedían, apareció Matthew quien llevó su actuación regalándole un beso en la mejilla para luego esperar ser presentado. Estuvo de acuerdo con Lillian cuando ésta informó que solo recibía opiniones de la novia, él quería que fuera la boda de ensueños para su mujer, no importaba que tan costoso fuera, el dinero no era problema.

Se despidieron dejando que Rebecca acompañara a la mujer hacia su auto, seguida muy de cerca por su guardaespaldas. Agradeció el tiempo que destinaria para ese evento, a lo que la organizadora no le dio importancia diciendo que esos proyectos sin tope de dinero los adoraba. Cuando iba a subirse al auto, se giró.

—Le llamaré para informarle de los lugares donde podrán tener su vestido de ensueño en el tiempo estipulado —la chica asintió—. Y luego hablaremos sobre su peinado, me gustará tener un sueldo fijo... ya hablaremos de esos términos.

No tuvo tiempo de darle contestación alguna, se quedó de pie sorprendida con su respuesta. Giró hacia la derecha donde Samuel seguía el movimiento de auto alejándose, luego a su izquierda donde Kyle vigilaba con una leve sonrisa, como si estuviera conteniéndose, ella alzó una ceja a lo que él no pudo controlarse más soltando una carcajada.

—¿Cómo sobreviviré a esto?

—Lo logrará, señorita Reed —contestó el guardaespaldas.

Rebecca le regaló una sonrisa, le dio las buenas noches e ingresó a la casa donde esperaba Ryan con impaciencia. Le informó que Matthew la esperaba en la cocina para cenar juntos y él estaría mañana a mediodía esperándola para seguir con sus clases para ser la mujer digna de llevar el apellido Griffin. Ella asintió despidiéndose como siempre, levantando la mano y dejando que el hombre le besara la parte superior.

—Buenas noches, señorita Reed —el asesor le regaló una sonrisa seductora.

—Buenas noches, señor Pound —respondió ella con una sonrisa tímida, luego recordó algo—. Lo olvidaba, tendrás a Lillian en el equipo, ya afinaremos los detalles.

—Buen trabajo, eres la mejor, hermosa.

De sorpresa le besó la mejilla antes de desaparecer por el pasillo. Aún desconcertada se dirigió hacia la cocina donde esperaba Matthew atendiendo alguna cosa en su celular.

* * *

Se llevó las manos a la frente cerrando los ojos, eran demasiadas cosas sobre sus hombros como para agregar algo más a pesar de saber que no era de su interés, o eso quería creer.

Acababa de cortar la llamada y su caligrafía sobre el cuaderno de notas parecía gritarle a todo pulmón, aun cuando ella intentaba ignorar el mensaje. Suspiró audiblemente atrayendo la atención de Rachel, se giró dedicándole una sonrisa asegurándole que no era nada malo, si bien buscaba la forma de expresárselo al señor Griffin.

Su amiga sonrió recordándole que ella era la única que logró mantener los arrebatos del jefe controlados y no sería esta ocasión lo contrario, en especial si la había elegido la mujer que lo acompañaría por el resto de sus días. Rebecca sonrojada, evitando la mirada, agradeció tomando un trago de aire y disculpándose para ir a enfrentarle.

Como siempre tocó la puerta y luego ingresó al asegurarse que Kyle no estaba presente, no era

un tema que le gustaría tocar frente a él y menos si aún no lograba tener la personalidad para ordenar que saliera.

Matthew parecía más concentrado de lo cotidiano, frente a la computadora, de seguro intentando dar con la persona que desviaba dinero de las cuentas en los casinos de Las Vegas, un tema que los tenía agobiados hace unos días y lejos de los preparativos de la boda. Se sobresaltó cuando el hombre preguntó qué sucedía sin mirarla. Ella avanzó hasta quedar a unos cuantos pasos del escritorio sin decir nada, buscando las palabras adecuadas para no recibir la furia del jefe.

Él al notar algo extraño se olvidó de aquello importante en la pantalla para centrarse en lo que fuera a comunicarle. Rebecca tomó aire y comenzó.

—La asistente de Alexandra Slate acaba de llamar para informar que hoy nuevamente se presentará en la empresa para seguir con la conversación pendiente... por tercera vez esta semana.

—Avisa en la recepción para que pase inmediatamente sin registro.

—¿No debería estar al tanto de lo que sea que los tiene tan ocupados? —La expresión del hombre debería haberla hecho callar, pero intento ignorarla—. Hasta tus padres se preguntan qué puede ser tan importante como para dejar de lado los preparativos de tu matrimonio...

—¿Dónde está tu sustituta? —Le desconcertó su pregunta.

—Mañana tengo entrevistas con algunas, pero eso no tiene que ver...

—Rebecca te quiero fuera de estas discusiones, ya no eres mi asistente —interrumpió Matthew.

—¿Qué?! Solo intento entender...

—¡Rebecca, me has escuchado! Encuentra a tu maldita sustituta y comienza tu verdadero trabajo.

No entendía a qué iba a todo esto, jamás le gritó desde que comenzó y la primera vez que lo hacía no tenía relación con su trabajo, ¿qué hizo mal?

—Eso es asunto mío, Rebecca. Cada uno en lo suyo, está escrito en el contrato.

Sintió su cuerpo calentarse, ahora entendía todo, no la quería ahí mientras estuviera su amante. Antes que se le llenaran los ojos de lágrimas, salió sin siquiera informar, rápidamente fue a su puesto, tomó el celular marcando el número de Ryan y luego a Samuel para que tuviera el auto listo. Rachel intentaba preguntarle a que se debían los primeros gritos del jefe después de meses, pero al no recibir respuesta decidió respetar a su amiga.

Con solo un objetivo en mente hizo la llamada pertinente para la llegada de la señorita Slate tomando sus pertenencias justo cuando las puertas del ascensor privado se abrían con Kyle dentro. Rápidamente gritó para que lo mantuviese abierto sorprendiendo a todos los que se encontraban en la recepción junto a Charlotte que venía de su oficina.

Intentó ignorarlos, evitando que las lágrimas acumuladas le delataran, en especial cuando la voz de Matthew se escuchó a lo lejos, justo cuando las puertas se juntaban. Cerró los ojos con fuerza hasta que el cubículo volvió a abrir dejando a Samuel frente a ella.

Sintió las lágrimas bajar por sus mejillas borrándolas rápidamente con el dorso de la mano, aún seguía sintiendo la sangre hervir, quería golpear algo. Recordó sus palabras cuando los encontró a Ryan y ella frente al espejo en su dormitorio, insinuando que eran amantes, ahora parecía que quería pagarle con la misma moneda siendo que sacaba conclusiones erróneas.

Antes de entrar al vehículo se colocó los lentes oscuros mientras su guardaespaldas mantenía la puerta abierta. Fue la primera vez que le dio una orden al hombre, indicándole que la llevara a la mansión sin detenciones. Intentando ignorar a su asesor junto a ella, percibió que sonreía con

satisfacción.

Al llegar Arthur y Kate esperaban en la puerta, automáticamente entregó su bolso y lentes luego de saludar, cruzando hacia las escaleras directo al segundo piso.

Se dejó caer en la cama olvidando si su vestido se arrugaba o el cabello perdía forma. Llevó las manos al rostro intentando borrar cualquier cosa, controlando esa sensación en el pecho que no la dejaba tranquila, sintiendo sus manos temblar, como cada vez que estaba nerviosa y no veía la forma de controlarlo. Era una estupidez, sabía en qué se metía y a la vez parecía desear algo más de lo que exponía en esos papeles que ahora guardaba en su mesa de noche.

Tuvo la oportunidad de cambiar cosas, de agregar lo que necesitaba, pero por temor a que él se negara decidió firmar rápidamente, asegurándose antes que se diera cuenta de la joven inocente, sin educación e ingenua con la que pensaba pasar toda su vida o hasta que se aburriera y encontrara a la adecuada. ¡Qué estúpida!

Rápidamente se sentó cuando escuchó golpes en la puerta. Intentó arreglar su apariencia antes de dejar que la persona entrara, bajó los hombros cuando vio a Ryan con una gran sonrisa dando una reverencia.

Se detuvo en su imagen por unos segundos, era un hombre atractivo, con buen gusto para vestirse, con todo lo que podría desear una mujer de esa ciudad y aun así estaba soltero... al igual que su exjefe, ahora prometido y en poco su esposo. ¿Por qué no fue Ryan quien le ofreció ese contrato? ¿Por qué Matthew no tenía algo de la personalidad de aquel hombre que la miraba atentamente? Muchas cosas podrían ser diferentes.

Sin pensarlo se levantó de la cama acercándose al chico, quedando a escasos centímetros, atenta a cada detalle, desde el color de sus ojos, sus pestañas, las cejas bien perfiladas, su bonita nariz una perfecta sonrisa y esa barba de algunos días que decía aparentar su lado rebelde.

Un segundo y sus labios estaban sobre los de él, dos segundos y sintió una pequeña corriente recorriendo esa piel sensible, tres segundos donde su cerebro le hizo reaccionar alejándose cuanto más pudiese tapándose la boca con ambas manos y los ojos bien abiertos.

Ninguno habló, en ella se veía una expresión de terror, pasando por su mente miles de ideas, imaginando que diría la gente si los hubiese visto, siéndole infiel a su prometido a poco de casarse. ¿Qué dirían los trabajadores de esa casa?, murmurando como la futura señora Griffin tenía a su amante bajo el mismo techo que a su esposo. Mientras que la expresión del asesor decía todo lo contrario hasta un deje de arrogancia.

—No es que me queje, pero ¿tiene algún significado ese beso? —Rebecca negó efusivamente.

—No sé qué me ha pasado, lo siento, no volverá a ocurrir. No puedo hacerle eso a Matthew —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eh, tranquila, nadie le dirá nada al señor Griffin. Imagino que la discusión fue a causa del estrés, por lo general es así cuanto más se acerca la boda, solo debes tranquilizarte —Ryan le tomó del rostro regalándole una sonrisa—. Será un secreto entre nosotros.

La chica asintió separándose rápidamente, sintiéndose tan culpable a pesar de que por su mente pasaba una imagen muy parecida que debía estar ocurriendo en la oficina de presidencia.

Esa noche el empresario no llegó a cenar, informando a Arthur en uno de los llamados a casa, por lo que Rebecca comió sola, en silencio en la isla de la cocina, observando como las chicas se movían de un lugar a otro inquietas, como si desearan hacer algo por ella y no encontraran la forma.

Al día siguiente, aún con culpabilidad en el rostro, no fue capaz de bajar a tomar desayuno con su prometido como tenía presupuestado para comenzar con algunas de las reglas establecidas en el

contrato. Tampoco quiso comer al momento de que Susie apareció en su habitación para ofrecerle traer algo a la cama.

Cuando Melissa llamó para preguntarle si tenía tiempo esa mañana para ver las decoraciones y de las flores, sintió que podía ser útil, por lo que quedaron en encontrarse en el centro de la ciudad. Rápidamente hizo sus necesidades, se lavó los dientes y tomó ese controlado baño con todo lo necesario para mantener su piel tersa.

Estuvieron entretenidas hasta pasado el mediodía viendo arreglos florales, algunas decoraciones que podrían verse bien en el salón donde se realizaría la ceremonia y aprovecharon de ver distintos modelos para el ramo de flores, a pesar de no tener aún el vestido. Finalmente decidieron pasar por un restaurante para comer.

Samuel pasó por ella casi siendo las cinco de la tarde, la señora Griffin insistía que repitieran ese largo almuerzo por lo menos una vez a la semana, donde Rebecca estuvo de acuerdo. Como estaba de tan buen humor no le molestó que el tráfico estuviera de locos, era el momento para observar a los conductores, a las personas recorrer las calles de las avenidas principales, a los vendedores cerrando sus locales y los turistas dirigiéndose a Time Square para esperar las luces en plena noche.

Cuando tomaron la Quinta Avenida se fijó en el gran edificio de Infinite Fantasy, siempre se sorprendía como se diferenciaba entre el resto de los rascacielos que lo rodeaban, en especial el logo que destacaba en los pisos superiores. A nadie podía pasarle desapercibido.

Su vista pasó a la entrada, donde algunos trabajadores dejaban el lugar como otros corrían para llegar a tiempo a la última reunión del día. Se preguntó si Matthew seguiría allí o ya camino a casa. Fue ahí cuando la vio, preciosa, deslumbrante cruzando la vereda para ingresar al edificio, tal cual como ella debería ir vestida al convertirse en la esposa del dueño de aquella empresa.

Nuevamente Alexandra Slate se juntaría con él.

Esto debía llegar hasta ahí, si el famoso Matthew Griffin la eligió como la mujer que estaría a su lado, frente a cada batalla y no a ella, debía deberse a algo... y haría que valiera la pena.

Los dos siguientes días le pidió a Rachel que le ayudara a conseguir una sala de reuniones en cualquiera de los pisos —menos presidencia para realizar entrevistas— a lo cual su amiga mostró demasiado entusiasmo, como si con solo escucharla supiera que tramaba algo para controlar al, nuevamente, malhumorado señor Griffin. Por supuesto tuvo que mentir un poco al describir su comportamiento en casa, cuando en realidad llevaba tres días sin verlo.

Luego de entrevistar a las posibles asistentes de presidencia, pasaba toda la tarde aprendiendo sobre etiqueta para presentarse en su boda como la dama más distinguida de los Estados Unidos.

También comenzaba a trabajar con Lillian, quien parecía igual de entusiasta que todos en la mansión al trabajar para la señorita Reed. Ryan no podía quitar la sonrisa satisfactoria de su rostro al verla cada mañana junto a Lillian, demostrando ser igual o mejor que ella. Siempre veía esos ojos de deseo, aun cuando sabía que no tendría oportunidades con ella al convertirse en la mujer de un multimillonario, a lo menos que las reglas cambiaran.

Al siguiente lunes a las ocho de la mañana, Rebecca junto a Layla, la nueva asistente del señor Griffin, ordenaron las cosas como le gustaban al hombre, procurando que la chica supiese cada detalle que mantendría al tigre apaciguado. Antes que diera la hora en que él llegara, ella se retiró segura que todo funcionaría, confirmando que aparecería pronto.

Tal como se planeó, procurando seguir el horario establecido, luego que su guardaespaldas abriera la puerta y la mano de Ryan apareciera para ayudarle a bajar, fue a la única que vieron los transeúntes al pasar, dejando sus conversaciones en el celular, olvidando la dirección que seguían

o simplemente deteniéndose a contemplar a la impresionante mujer que bajaba del auto.

Al momento en que Lillian tomó su lugar al costado derecho avanzó perfecta, la mejor vestida en todo New York con esos lentes oscuros que no permitirán ver ni siquiera una ilusión de lo que serían los ojos de aquella mujer.

Nadie saludó cuando las puertas se abrieron para ella a pesar de que no fuera reconocida, siguieron hacia las puertas de vidrio con las letras entrelazadas que dividían al personal del edificio de la presidencia. Samuel tomó el primer puesto para abrirle y luego colocar la tarjeta para dar acceso al ascensor.

En presidencia parecía como esa vez en que todos esperaban expectante su aparición cuando salió por primera vez con su prometido. Clarke, Charlotte y Rachel estaban en la recepción por lo que se giraron confundidos al ver aparecer a alguien por el acceso privado. Abrieron los ojos al reconocerla, era una mujer completamente diferente, esa pequeña chica asustadiza había desaparecido para dar paso a una mujer con un cabello perfectamente peinado sobre tacos de quince centímetros de piel animal, un vestido negro ajustado a su figura con un cinturón a la cintura. Una preciosa cartera también de la misma piel animal y aún con los lentes oscuros puestos.

Sorprendidos se miraron entre ellos cuando ni siquiera los saludó, sino que pasó rápidamente hacia la oficina del jefe. Sintieron que no era el momento de decir algo o interrumpir su marcha. Sabía que nadie la seguía, ese sería el procedimiento cada vez que vinieran a la empresa, solo ella y nadie más tenía el privilegio de pasar sin ser avisado. Ignoró los murmullos que dejaba atrás.

Iba decidida, ya no necesitaba detenerse en la puerta y respirar profundo antes de tocar, esa ya no era ella. Abrió con seguridad sin siquiera pedir permiso. Dentro mostraron la misma sorpresa que afuera cuando vieron a esta mujer ingresar con paso decidido. La nueva secretaria se hizo a un lado disimulando la sonrisa, ella se hallaba al tanto de esa aparición por lo que en realidad los únicos sorprendidos eran Matthew y Kyle.

Parecía como si no la reconociera después de tres días en que no la veía, ni siquiera se cruzaron por los pasillos de la mansión. De seguro se preguntaba si era la misma mujer con quien decidió hacer un trato. Sintió satisfacción al verlo sobresaltarse al escucharla.

—Como te habrás dado cuenta, cariño, Layla es una excelente asistente que podrá con todos tus pedidos, sabe el funcionamiento de la empresa como la palma de su mano, después de días de entrenamiento, por lo que no tendrás que gritarle... Si lo haces, lo sabré —dijo Rebecca regalándole una sonrisa cordial a la chica, luego prosiguió al percatarse que Matthew no salía de su estupor—. Cambiaré algunas cosas en la fundación, he estado estudiando su funcionamiento junto a tu madre y podremos hacer algo mucho mejor para ayudar junto con todas tus instalaciones y no solo una vez al año. Necesito que estés hoy a la hora de almuerzo en esta dirección —dictó la mujer entregándole una tarjeta— debemos ver los últimos detalles de la boda y DEBES estar presente, ¿entendido? —Él solo asintió, ella sonrió—. Bueno, eso es todo. Layla, lo que necesites ya tienes mi número. Nos vemos, cariño.

Dio vuelta dándole la espalda a su prometido caminado firme hacia la puerta. Sonrió al no escuchar ruidos dentro del despacho al salir y cerrar la puerta. Al llegar a la recepción todos seguían en el mismo lugar, con una sonrisa les dio un saludo y luego esperó a que su asesor y su mano derecha tomaran sus lugares para retirarse

No pudo ocultar una sonrisa luego de ponerse los lentes oscuros cuando escuchó a Clarke.

—Esa es la mujer que escondía el maldito.

* * *

El gran día llegó, Rebecca desde la noche anterior se alojaba en la suite que se eligió para la noche de bodas en el gran hotel. En las dos habitaciones continuas se alojaban Ryan y Lillian quienes desde hace un mes no se separaban de ella y esperaba que fuera así para siempre, disfrutaba demasiado con su compañía.

No pudo dormir en toda la noche pensando en el tan hablado día por parte de la prensa amarilla, hoy el trato sería efectivo por completo, pasaría a ser la señora Griffin, tendría el poder absoluto de todo y su nombre quedaría en el pasado; no más preocupaciones, necesidades o dificultades en la vida, de ahora en adelante tendría el mundo a sus pies si realizaba bien su papel. Y por lo visto, desde la expresión de satisfacción y deseo de Matthew cada mañana al verla, cualquiera aseguraría que el amor era real entre ellos.

Se sobresaltó cuando escuchó la puerta, le echó un vistazo a la hora, aún no era momento de empezar a jugar con la muñeca Rebecca, tal vez se trataba del desayuno. Se amarró bien la bata antes de tomar la manija.

Se sorprendió al percibir a Matthew pulcramente vestido enfrente, sin pensarlo se hizo a un lado para que entrara y cerrar la puerta rápidamente. La idea de que ella se fuera al hotel era para seguir las tradiciones que tanto quería Melissa, no debían verse hasta la ceremonia, pero decirle eso a ese hombre era como hablar con una pared, era mejor dejarlo entrar.

—Solo serán unos minutos —dijo Matthew como si le leyera la mente.

—¿Qué ocurre? —preguntó con desinterés y frialdad.

Matthew se acercó un poco, miró a su alrededor como si intentara encontrar alguna pista de lo que fuera a llevar esa tarde... *Como si verdaderamente le importara*, se dijo Rebecca.

—Vengo a agradecerte por todo lo que has hecho, has planeado una boda mejor de lo que imaginé, como siempre te adelantas a mis deseos. —Se miraron fijamente, ella no sonreía—. Tenía entendido que por lo general la tradición dice que se debe hacer un regalo de bodas... aquí está el mío.

Como era de esperar, frente a ella una caja negra aterciopelada daba la bienvenida a más lujos dentro de ese día. No podía ni impresionarse, ¿cómo Matthew dejaría que se casara sin ponerle un diamante más encima? Lo que no esperaba era que fueran tan llamativos.

No pudo evitar sorprenderse y mirarlo con los ojos más grandes que nunca desde que lo conocía. Un collar de diamantes, dos piedras medianas a cada lado y una muy grande en medio jugando con un encaje de pequeños diamantes y oro blanco. Los aretes eran parecidos solo que un solo diamante en la punta adornado con el encaje. ¿Ella debía llevar eso en el cuello? Sin contar todo lo que iba en el vestido.

Sonrió en agradecimiento intentando esconder el miedo que le daba llevarlos aquella tarde. Con delicadeza dejó las joyas sobre la cama acercándose nuevamente a su prometido y futuro esposo.

—Tu regalo está en tu habitación junto a al traje —explicó Rebecca, Matthew asintió con una sonrisa.

—Los he visto esta mañana, iba a mandar el collar con Ryan, pero creí que sería más simbólico si era yo quien lo hacía. Espero apreciarlo en tu cuello cuando te vea caminar hacia el altar. —La chica solo pudo asentir—. Bien, me iré antes de que alguien me vea y se lo diga a mi madre.

—Nos vemos en unas horas —dijo Rebecca levantando una mano en despedida.

Matthew solo asintió y abandonó la habitación. Ella se giró nuevamente hacia la cama donde

destacaba la caja abierta mostrando tanto brillo que jamás pensó ver de tan cerca y sin un vidrio de alta seguridad entre los dos.

Desde el día en que lo enfrentó en su oficina, luego de varios días sin cruzar palabra o miradas, las cosas entre ellos eran frías y al parecer a Matthew eso lo tenía intranquilo. Si bien, a la chica no le importaba, él buscaba y quería a una esposa que destacara entre los demás sin sentimientos de por medio y eso sería lo que tendría. Suspiró audiblemente aún con la vista sobre los diamantes, parecía como si conociera el lujoso vestido que eligieron para ella, quedaría perfecto.

Se acercó a la salita, sobre la mesa descansaban tres cosas que Lillian se encargó de dejar con la intención de obtener el diseño perfecto para el peinado, tres objetos que representaban a la gran boda del momento y ahora con esas joyas, serían cuatro: La foto del vestido, los zapatos de tacón blancos con encaje por todo el molde y amarrados con una cinta blanca al tobillo, junto con algunas incrustaciones de brillantes. El tercer objeto era la invitación, muy parecido a los dibujos de su vestido, color perla y plata con un broche de perla y cristales; era fino y elegante. Le dio una última mirada a la caja de terciopelo entre sus manos para luego colocarla al lado del resto; definitivamente sería eso que tanto buscaba ayer su mano derecha para la inspiración.

Echó un vistazo a la hora percatándose que pronto aparecerían esos dos para torturarla por lo que prefirió tomar una ducha tranquila sin tenerlos merodeando por ahí. Tomó la bata blanca de seda que dejó Ryan sobre el brazo del sofá y se fue al baño cerrando la puerta con seguro.

Hace unos meses atrás todo ese espectáculo hubiera sido una locura para Rebecca, jamás pensaría que viviría un momento así en su vida. Ahora ese sueño o pesadilla se cumplía, iba a casarse con uno de los hombres más importantes del país. Tendría una boda de ensueño que cualquier mujer desearía y sería una de las mujeres más reconocidas, respetadas y envidiada. ¿Todo eso a cambio de qué?

No lo llevaba muy claro, Matthew tenía algo planeado que lo beneficiaría, lo cual haría las cosas más simples desde ese momento, no obstante, era un punto que jamás conversó y creía poco probable que algún día se llevara a cabo. Cada uno jugaba su papel en ese acuerdo y no era prescindible saber cada detalle, a ella solo le valía lograr ser otra persona y poder vivir su vida tranquilamente o lo que podría definirse como tal.

Las siguientes cuatro horas fueron agotadoras, veía entrar y salir a personas de su cuarto, entre ellas a Melissa quien llevaba los ojos cristalinos cuando notaba alguna diferencia desde la última vez que entró. De vez en cuando le decía que Matthew se mostraba ansioso por verla preguntando a cada minuto si ya era la hora. Ese hombre era muy buen actor o era fácil de engañarla.

Primero fue el turno de Lillian y dos chicas de su confianza que se preocuparon del maquillaje, uñas y peinado. La estilista y productora de eventos mantenía su atención en un precioso peinado mientras contestaba llamados desde los salones para confirmar la llegada de la decoración y presentación.

Cuando vio el collar sobre la mesa, la inspiración vino de inmediato, tomó lápiz y papel haciendo un bosquejo de lo que quería mostrárselo a la novia quien sonrió emocionada. Luego pusieron manos a la obra mientras las chicas se preocupaban de sus manos y pies.

El peinado era recogido para que no entorpeciera al collar y cada uno brillara por sí solo, utilizó dos clases de trenzas hasta crear un hermoso moño y algunos cabellos ligeramente sueltos. Era sencillo y delicado, destacando cada aspecto y color del cabello. Cuando terminó, una gran sonrisa de orgullo estaba en el rostro de Lillian, más cuando le presentó un espejo para que Rebecca diera la última palabra. Todos en la habitación quedaron maravillados.

Mientras la estilista iba a encargarse de lo que estuviera pasando abajo, Ryan le daba las últimas noticias mientras le daba de comer, objetando que no debía ocupar las manos hasta que la manicura estuviera completamente seca. Tiempo después Lillian volvió a hacerse cargo siguiendo con el maquillaje: colores naturales que solo resaltarán su belleza.

El momento más incómodo fue el turno del asesor, insistiendo a cada momento que nadie más que él podía vestir a la novia; ese era su trabajo por lo que nadie tenía permitido tocar algo relacionado con el vestuario. Así que cuando estuvo todo terminado y solo faltaba el vestido, mandó a volar a las mujeres quedando ellos dos en el cuarto.

—Puedo vestirme sola —insistió Rebecca casi sin voz.

—Necesitas ayuda con esa cantidad de botones —dijo mientras acomodaba el vestido en el suelo, la miro de soslayo— tranquila, no me propasaré contigo... Lillian me destruiría si llego a mover un solo cabello de ese peinado. —Refutó Ryan sin perder la sonrisa, se encogió de hombros—. Solo lo haría si tú me lo pidieras.

—Me voy a casa...

—Sí... sí, eso me gusta de ti —interrumpió el hombre— aun cuando no lo amas, le serás fiel. Bien, comencemos, no nos queda mucho tiempo. Sigue siendo un misterio porque haces esto —Rebecca le sonrió.

—Algún día te contaré.

Sabía que el asesor algo sentía por ella, no era de esconder sus sentimientos, siempre decía lo que pensaba sin importar si eso le incomodaba. Sin embargo, era un pilar fundamental para ella, parecía ser la única persona que le conocía tan bien, no era necesario exponer sus emociones para que él lo supiera y le diera su espacio.

Todo el proceso fue en completo silencio y las mejillas sonrojadas de la chica. Él fue quien desató la amarra de la bata que cayó a sus pies dejándola solo en bragas blancas de encaje. No podía mover sus brazos para llevarlos a sus senos y taparlos para que Ryan no la mirara con tanta lujuria, aun cuando él trabajaba profesionalmente; serio, tomando el vestido con delicadeza para subirlo por su cuerpo hasta dejarlo en su lugar y abrochar la larga hilera de botones.

El vestido era corte sirena con escote semicorazón, quedaba firmemente ajustado a su cuerpo por lo que se apreciaban sus curvas resaltándolas. La tela se encontraba cubierta con diseños plateados y cristales hasta el piso terminando en un delicado encaje parecido al de los zapatos.

Tomándola de la mano, la llevó a una silla alta que pidió con antelación, le ayudó a sentarse para luego arrodillarse tomando con elegancia un pie a la vez para colocarle los delicados zapatos. Desde ahí abajo le regaló una sonrisa mientras pasaba un dedo por su pierna ascendiendo hasta la rodilla. Rebecca se estremeció cerrando los ojos.

Cuando fue el turno de las joyas, el ambiente se hallaba cargado de deseo, podía verlos en los ojos de Ryan quien se movía con lentitud sin dejar de contemplarlo por todos los ángulos. Cada vez que podía, le rozaba la piel expuesta causándole escalofríos que no significaban frío. Lo primero fue el collar que quedaba perfecto, luego los aretes que la hacían brillar como el mismo sol y por último el anillo. Se detuvo antes de acoplarlo completamente y subió la mirada hasta encontrar sus ojos.

—Aún puedes decir que no.

—No puedo —murmuró Rebecca, Ryan negó con una sonrisa.

—Lo sé... Seguiré admirándote en silencio.

Con un largo suspiro de ambos, unieron sus ojos una vez más regalándose una sonrisa. La chica no lo evitó más, hizo desaparecer el espacio entre ellos para abrazarlo y agradecerle todo lo

que hacía por ella. Se quedaron un tiempo hasta que Ryan se alejó para admirarla una vez más asegurándole que volvería por ella en media hora luego de arreglarse. Ella asintió y lo vio partir.

La compañía no se hizo esperar cuando aparecieron los abuelos de Matthew, Claire Larson le dejó un beso en cada mejilla para luego entregarle un pequeño camafeo azul diciéndole que luego debía devolverlo. Sonrió ante la intención: algo azul y algo prestado.

Entre risas la señora Larson insistió a su esposo para que se girara y no viera nada cuando ella intentaba colocar el prendedor por dentro del vestido. Pronto se despidieron y ellos tomaran su lugar.

Los nervios la invadieron cuando estuvo frente a la gran puerta que daba al salón donde se celebraría la ceremonia. El brazo del asesor debía estar necesitando de circulación sanguínea, no obstante, nunca dijo nada, y su ramo de rosas blancas parecía que también sufriría estragos si seguía torturándolo antes de ingresar.

Lillian a su lado hablaba en susurro con alguien por el dispositivo que tenía en el oído, que la mantenía al corriente de todo. En un momento dejó de hablar mirándolos, con un asentimiento les informó que ya era hora, justo ahí las puertas se abrieron.

El lugar era sencillo y acogedor, más hermoso de lo que pensó cuando Lillian le mostró algunas fotografías que seguían el juego del vestido. Flores blancas, verdes y cristales decoraban el pasillo junto a unos árboles creados por la diseñadora que hacían del espacio un lugar mágico junto con la araña sobre el altar.

Todas las sillas se encontraban ocupadas, más la gente que estaba de pie en los sectores correspondientes. Rebecca era guiada por Ryan quien caminaba con seguridad y a la vez llevaba toda su atención en que los pies de la chica dieran el paso correcto sin caer. Cuando se detuvieron en el pasillo principal, le dio un apretón a la mano que llevaban entrelazadas; la novia levantó la cabeza.

Frente a ella todos los invitados miraban deslumbrados, más allá de todos ellos; Matthew la esperaba con expresión de sorpresa al verla. Llevaba un traje negro a medida junto a un chaleco sin mangas blanco con corbata del mismo color, si lograba distinguir desde su posición, creía que iban a juego; esa tarde todo era prolijamente perfecto.

Avanzaban con demasiada lentitud, necesitaba salir de esa situación lo antes posible, sin embargo, parecía que todos iban en su contra. Sentía que mientras más pasos daba, menos se acercaba; irónico, la ansiedad le hacía perder las distancias.

Justo antes de llegar, Matthew adelantó unos pasos para quedar junto a la novia, le regaló una sonrisa que, si no supiera la verdad, hubiese creído que parecía verdaderamente enamorado. Ryan le dio unas palabras como lo haría cualquier padre y luego besó la mano de Rebecca para tomar su puesto. El novio le besó la frente, enredó sus dedos con los de ella y se dirigieron hacia el altar donde los esperaba el juez.

Se sentía extraña mientras escuchaba las palabras *respeto, unión, amor y para siempre*. De vez en cuando daba una ojeada al novio que mantenía una sonrisa en el rostro como si fuera lo que anhelaba hace tiempo, como si por fin sus sueños se hicieran realidad. Ella intentaba sonreír de la misma manera para convencer a los invitados, sin embargo, solo lograba muecas cada vez que fuera necesario. No estaba segura si se hallaba en una reunión de oficina o realmente se trababa de su boda.

En un momento cerró los ojos intentando imaginar ese momento feliz, ¡era su boda por todos los cielos, debía estar feliz! Cuando los abrió se sorprendió al ver los ojos marrones de Matthew mirándola, preparado para decir sus votos.

—Matthew, ¿recibes a Rebecca como tu esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarle y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, acepto —contestó Matthew sin fijarse en el juez, solo concentrado en los ojos verdes de la chica.

—Rebecca, ¿recibes a Matthew como tu esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarle y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, acepto —respondió la chica automáticamente.

—Ahora los anillos...

Matthew sacó del bolsillo una cajita roja de *Cartier*, la abrió deslumbrándola con dos preciosas alianzas, uno rodeado de diamantes y el otro solo de oro blanco. Dejando la cajita sobre el altar, tomó la alianza y la mano de Rebecca colocándolo con delicadeza junto al anillo de compromiso. Cuando fue el turno de ella, temblaba tanto que escuchó algunas risitas de los que se sentaban en primera fila. Intentó sonreír mientras tomaba la mano del novio y pasaba la argolla por su dedo anular.

—Por el poder que me ha concedido la ley, confirmo este consentimiento mutuo. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Puede besar a la novia —finalizó el juez con una sonrisa amable.

Inconscientemente miró hacia su asesor quien sonreía con tristeza, éste asintió levemente para que ella solo lo notara y luego bajó la cabeza. Ya no se podía hacer nada, estaban casados y era momento de comenzar la farsa, en unos segundos más firmaría el acuerdo final y todo estaría a sus pies y una gran fortuna en su cuenta personal.

Se tensó cuando lo vio acercarse, sintió los labios del hombre sobre los suyos, fuertes y a la vez delicados, como si entendiera el nerviosismo por lo que pasaba en aquel momento. Sintió las manos sobre su cintura atrayéndola hacia su trabajado cuerpo, ella reposó las manos sobre su pecho tomando la solapilla del traje para aferrarse dejándose llevar por el primer beso que cada vez se ponía más intenso mientras los asistentes rompían en aplausos.

Al separarse, ambos se giraron hacia los invitados con una sonrisa, ella seguía aferrada a su marido con las mejillas sonrojadas. Él buscó sus manos besándolas mientras no le perdía la mirada. Sin soltarla avanzaron por el pasillo entre los aplausos.

Fueron dirigidos a una habitación continua donde esperarían mientras los invitados eran encaminados a la recepción donde disfrutarían de un coctel antes de ingresar al salón de la fiesta. Rebecca fue directo al espejo de cuerpo entero observando su imagen, todo seguía en su lugar; dio una ojeada hacia su reciente esposo quien parecía concentrado en sus colleras, como si fueran a salirse. Eran las que le regaló como presente de boda, sonrió sin quererlo.

Ambos se sobresaltaron cuando tocaron a la puerta, miraron en la dirección mientras Matthew daba el paso. Por ella ingresó Clarke Cobb con una agradable sonrisa dirigida solamente a la chica, quien correspondió junto a un abrazo, ninguno preocupado de lo que pensaría el novio. Tomándola del brazo la dirigió hacia la única mesa donde esperaba una carpeta junto a una pluma.

—Firme donde dice *señora Griffin*, y tendrá el poder de todo lo acordado —anunció con una sonrisa y complicidad, ya no con la mirada seria de la última vez que hablaron sobre el contrato.

—¿Está todo determinado? —interrumpió Matthew.

—Claro hermano, ¿no confías en mí? —El empresario bufó ante la pregunta—. Al momento que llame, las cifras serán depositadas y la fundación estará a nombre de tu esposa.

Se giró hacia Matthew antes de firmar, parecía impaciente por lo que rápidamente dejó su marca sobre el papel, dejando la pluma a un lado y espacio para que hiciera lo propio.

Difícilmente podrían echarse atrás, hace solo unos minutos fueron unidos por matrimonio y ya sería difícil volver atrás sin causar controversias.

Tomó un trago de aire cuando su esposo firmó en el espacio con su nombre. Era un hecho, Rebecca Reed quedaba atrás, no más aquel apellido que la torturó durante años, desde ahora era Rebecca Griffin, esposa de uno de los empresarios multimillonarios más importantes de Estados Unidos.

Ahora nadie podría detener a Rebecca Griffin.

Tomando control

No se movió de la cama, a pesar de llevar rato despierta, hubiese seguido mirando el techo si no fuera por los ruidos en la puerta. Miró la hora pareciéndole extraño que alguien merodeara casi al amanecer, se llevó la mano a la frente pegándose sin querer con los dos anillos en su dedo... compromiso... matrimonio... Se sentó de un salto, ¡era una mujer casada!

Salió rápidamente de la cama corriendo hacia la puerta, abrió tomando del brazo al hombre para que entrara rápidamente y poder cerrar. Volvió a respirar cuando su cabeza entendió el acuerdo la noche anterior luego de dejar la fiesta. Dormirían en piezas separadas sin que nadie lo notara y antes de que llegara el desayuno o cualquier intruso, él volvería a la suite para aparentar una bella noche de bodas.

Si no fuera por el carraspeo de Matthew no se hubiera percatado de su vestimenta, la bata estaba corrida dejando ver un seno, el cual escondió rápidamente y pidiendo permiso para correr al baño. Frente al espejo comenzó a arreglarse lo mejor posible, desde el cabello enmarañado, la bata y las joyas que aún conservaban puestas desde la noche anterior. Sin quitárselas volvió a la sala donde permanecía su esposo quien se giró y sonrió.

—Me gusta que no te saques lo que te regalo.

—Estaba muy cansada para pensar... lo siento si te tejé mucho tiempo afuera. —Matthew soltó una carcajada.

—Solo alcance a tocar una vez... Parecías muy entusiasmada con hacerme entrar —la chica se sonrojó—. En quince minutos vienen a dejarnos el desayuno, deberíamos desarmar esa cama y yo quitarme algo de ropa... con eso bastará para impresionar.

Por primera vez desde que lo conocía le observó detenidamente, llevaba vestimenta para ir al gimnasio, un chándal, polerón y zapatillas deportivas, nada de trajes de marca, camisas bien planchadas y zapatos perfectos. Demostraba ser un hombre común y corriente, de esos que salían a trotar antes de prepararse para el trabajo. ¿Matthew haría esas cosas?

Abrió los ojos sorprendida cuando lo vio quitarse la ropa frente a ella. Ante sus ojos se quitó todo menos el pantalón y se desordenó el cabello haciéndola sonreír, ¿quién hubiera visto a aquel hombre en esas condiciones? De seguro ni las personas que trabajaban en la mansión. Contempló su atuendo y recordó cómo se veía ante el espejo, definitivamente demostraba haber pasado buena noche y más si cumplía el fetiche de su esposo al no quitarse las joyas. Entre los dos desordenaron la cama y luego cada uno miró hacia un lugar diferente.

Poco después llamaron a la puerta, Matthew le señaló la cama a lo que ella corriendo y de un salto se subió vigilando la puerta. Su ahora esposo dibujó una gran sonrisa en su cara cuando abrió advirtiéndole al muchacho que no mirara hacia la cama donde estaba su mujer. Rebecca no controló la risa tomando la sábana para tirársela encima, contagiando al empresario.

El muchacho les deseó los buenos días y felicitaciones por la unión, dejó una pequeña mesa con ruedas junto al pequeño comedor y luego se retiró dejando a la pareja que se miraba con complicidad. Cuando la puerta se cerró, ambos miraron a lugares diferentes.

Ryan se había encargado de cada detalle antes de que la ceremonia se efectuara, dejando el

vestuario de cada uno en la habitación de la supuesta noche de bodas y todo lo necesario para su tratamiento diario. Esperando a que Matthew utilizara el baño imaginó como debió ser aquel momento para el asesor. No se volverían a ver hasta de vuelta de la luna de miel, dos semanas.

No podía imaginar aquel viaje, que harían, como se comportarían, sería demasiado extraño, al menos que Matthew decidiera romper las reglas sin su consentimiento, aunque no lo creía probable. Si no fuera porque sabía que llevaba alguna extraña relación con su supuesta amiga y socia, creería que era gay, no mostró ninguna reacción esa mañana cuando su bata estaba torcida.

Una hora más tarde, perfectamente arreglados y con una sonrisa que debía convencer a cada persona que se cruzara en su camino, salieron de la habitación hacia recepción para agradecer el hospedaje y la fiesta. Los guardaespaldas esperaban junto al auto que los llevaría al aeropuerto.

Jet privado, Matthew Griffin tenía un avión privado. Negó mentalmente por asombrarse, cualquier cosa extravagante, aquel hombre lo tendría.

La tripulación les comunicó sus mejores deseos por su boda y luego entregaron las indicaciones antes de despegar. No podrían salir de su asiento hasta que el avión estuviera estabilizado en el aire, luego podrían trasladarse a cualquier sitio. Rebecca prefirió hacerse la dormida que tener que seguir con la actuación, de seguro su esposo agradeció en silencio.

Después de diez tediosas horas, llegaron a destino... Si se hubiera tratado de una verdadera luna de miel, estaría sobre Matthew besándolo hasta la muerte para agradecerle, sin embargo, no sabía cómo reaccionar en ese momento. Debían aparentar, todos los paparazzi estarían esperando cada movimiento. ¿Por qué tenía que llevarlos ahí?

Al bajar del avión dos chicas vestidas con sus trajes tradicionales y una gran sonrisa les dieron la bienvenida. Cada una colocó el collar de flores alrededor de su cuello dándoles el paso hacia un auto negro que los esperaba junto a Kyle y Samuel. Hawái era un lugar paradisiaco y perfecto para dos recién casados. Vaya ironía.

Dos semanas programadas para disfrutar en pareja en una isla de ensueño, con el hombre que supuestamente amaba y debía hacer creer a todos que es verdad. ¿Cómo lograrlo cuando él ni siquiera le miraba? ¿Cómo demostrarlo cuando no quería acercarse al recordar a su amante?

Matthew eligió el mejor hotel resort, Hilton Hawaiian Village Waikiki Beach Resort, cinco estrellas, todas las comodidades y atención exclusiva para un empresario que se dedica a ese rubro. Nadie, jamás, intentaría quedar mal frente a una persona tan importante. Por lo mismo, cuando estacionaron frente al gran hotel, el mismo administrador los esperaba para ayudarles con su chequeo y acomodarse en la Suite Junior doble con vistas al mar, la mejor del edificio.

La perspectiva era impresionante, una sala equipada con todo lo necesario, comedor donde disfrutar de las tres comidas diarias, o también podían bajar al comedor principal si era de su gusto. No obstante, una pareja de recién casados con suerte salía de la habitación para ir a nadar en las aguas cristalinas.

El lugar constaba con dos dormitorios, el primero también con vistas a la playa, tenía desde un gran armario, hasta sillas en la terraza para tomar sol. El baño era tan grande como el dormitorio con todo lo necesario para disfrutar de masajes, hidratación y sauna. El segundo dormitorio era igual solo que distribuido en otra dirección, lo único diferente era el baño, lo que daba a entender que era la habitación matrimonial, donde supuestamente deberían estar ambos. ¿Qué dirían todos al ver que ambas habitaciones serían usadas?

Matthew fue quien recibió al chico que traía las maletas y dar las instrucciones a los guardaespaldas. Rebecca por lo que alcanzaba a escuchar, esa tarde la tendrían libre ya que ellos no saldrían de la habitación. Poco después lo sintió a su lado disfrutando del paisaje.

—Como habrás escuchado, tienes todas las comodidades que necesites, solo debes llamar y estará aquí. No te preocupes del dinero, eso ya no será un problema para ti. —Ambos se giraron para mirarse de frente—. Desde ayer eres Rebecca Griffin y como tal debes demostrar que nada te intimida, eres la emperatriz donde quiera que vayas, ¿entendido?

—Creo que ese papel ya lo estoy interpretando bastante bien —dijo la chica volviéndose nuevamente hacia el horizonte escuchado una risita de parte de su esposo.

—Lo haces, me tienes sorprendido, solo quería recordártelo... Bien, iré a tomar una ducha.

Así de simple, no invitaciones a compartir el baño, nada de abrazos o besos apasionados. Esas cosas se dejaban para parejas que deseaban vivir en una fantasía, ellos... necesitaban la realidad.

Dos completos desconocidos disfrutando de las maravillas que entregaba la isla, fingiendo estar locamente enamorados cuando salían de la suite, aun cuando quien fuera a ordenar cada mañana, se extrañaba al ver los dos dormitorios desordenados.

En varias ocasiones divisaron a los paparazzi quienes deseaban la mejor foto comprometedor, la cual jamás tuvieron, ya que aparentemente, eran muy buenos actores por lo que en ningún momento dudaron de su amor. Rebecca agradeció que Matthew no tomara el celular para llamar a su amante, lo que hacía de las pequeñas vacaciones algo más placenteras y tranquilas.

Cuando llegó el momento de volver, ninguno de los dos hizo algún comentario, en ningún momento se soltaron de las manos hasta que estuvieron dentro del jet privado donde cada uno tomó un camino diferente luego de que despegaran, ya no más apariencias frente a sus trabajadores, de seguro Clarke les había hecho firmar el acuerdo de confidencialidad con respecto al tema y la información justa.

Samuel estuvo cada momento con Rebecca informándole cuales serían sus tareas al retornar a sus labores como la mujer de Matthew Griffin, cada itinerario que su equipo creaba para la semana.

Para su sorpresa y alegría, Ryan y Lillian los esperaban en el aeropuerto para darles la bienvenida. Todo aquel que sacaba fotos creía que se trataba del staff de la pareja, ya que ellos seguían demostrando que se amaban y ahora más felices que nunca, después de unas estupendas vacaciones de luna de miel.

Al momento que la verja cerró, sus manos se separaron, cada uno miró en una dirección y nadie dentro de la mansión preguntó porque no iban al mismo cuarto.

Las cosas comenzaban a cambiar.

* * *

Lillian cada mañana se encargaba de tener toda revista donde saliera nombrada ella como su esposo. Entre las dos revisaban decidiendo si era necesario intervenir o dejar que los rumores siguieran.

Al ser su mano derecha decidió contarle, luego de firmar un acuerdo de confidencialidad que le pidió a Clarke, cuál era su verdadera situación con Matthew, por lo que ayudaba con mayor profesionalismo en estos casos. Era la única persona que conocía la verdad, sabiendo que podría mantenerse callada sin llamar la atención... no como Ryan.

Lo importante era que ningún mal comentario llegara a oídos del empresario, solo las buenas críticas.

Debido a que aún, después de casi un mes desde la boda, Ryan y la estilista no podían trabajar juntos por un tiempo prolongado, Rebecca designó momentos del día para conversar con cada uno.

Todas las mañanas el hombre era el primero en aparecer en su cuarto, dejándola perfecta en su definición y con una joya que resaltara sus rasgos. Siempre protestaba cuando debía colocarle los anillos de compromiso y matrimonio, pidiéndole que por lo menos le quitara algo de agonía. A veces le miraba a escondidas preguntándose si sería prudente contarle la verdad sobre su relación con Matthew.

Aquella mañana sería diferente a las demás, junto a Lillian acordaron que ya era momento de salir como la señora Griffin y dejar la luna de miel atrás. Su esposo no había demorado nada en volver al trabajo, dejando la actuación para quien preguntara, cosa que no hacían por temor.

Luego de que, su grupo la dejara despampanante, ambos hicieron una reverencia cuando Rebecca salió del cuarto rumbo al primer piso para enfrentar otra mañana con el dueño de casa. Éste ya se hallaba disfrutando del desayuno y el periódico diario antes de irse al trabajo.

Saludó a todos los que se movían por la cocina, Zoe, la cocinera, le preguntó qué comería esa mañana a lo que respondió fruta de la estación y un café. Matthew al escuchar el pedido levantó la cabeza mirándola con el ceño fruncido para luego dirigirse a la cocinera pidiéndole que también le hiciera tostadas. Rebecca cerró los ojos mordiéndose la lengua.

Era buena siguiendo reglas, toda su vida consistió en ello y ahora debía seguir con esa conducta si quería mantener el anonimato bajo el nombre de su marido. Lo cual era irónico si pasaba en portadas de revistas, aun cuando fuera irreconocible gracias a todos los cambios realizados.

La chica se dedicó a dar indicaciones a Zoe, entre ellas pedirle a su esposo, Fred el jardinero, que hiciera unos arreglos cerca de la cabaña de invitados, luego que se dedicara a limpiar la piscina que perdía la transparencia.

Ya nadie se asombraba o se miraba de reojo al percibir al matrimonio frío que llevaban, nunca los habían visto acaramelados, pero no pensaban que las cosas se podrían poner peor, si bien luego de acostumbrarse, era normal sentir silencio entre ellos en esos momentos del día.

Matthew ordenó su saco, le deseó un buen día a los presentes y salió en dirección a la puerta principal donde debía estar esperando su guardaespaldas. Rebecca suspiró cerrando los ojos nuevamente antes de dirigirse hacia Zoe y programar el almuerzo y cena de la semana.

Una hora más tarde, algo nerviosa se montó en el auto junto con su equipo inseparable. Samuel se subió al volante y partieron rumbo a la fundación que se establecía muy lejos del edificio Infinite Fantasy, al otro extremo de la gran manzana, cerca de Wall Street.

Mientras se dirigían al edificio, Lillian le mostraba todo lo que tenía agendado en sus registros de lo realizado cuando Melissa Griffin estuvo a cargo. No mucha gente trabajaba dentro, pero ellos eran de fiar, especialmente el Patronato elegido por el mismísimo Matthew al crear Plays and Grows.

Al detenerse frente a un pequeño edificio Rebecca suspiró, recibió los lentes oscuros de manos de su asesor, se los puso y esperó a que la pareja aceptara que estaba decente. Como ya se hacía de rutina, su equipo descendía primero, atentos a reporteros, personas de desconfianza y cualquiera que pudiese atentar contra la gran mujer. Luego era el turno de Samuel quien tendía su mano para ayudarle y finalmente ser la primera en caminar, seguida por el resto en sus respectivas posiciones. Bajó con toda delicadeza y femineidad logrando que unos cuantos que pasaban se dieran vuelta para saber si se trataba de una celebridad.

Con la frente en alto, la espalda erguida y el resonar de sus tacones, ingresó al edificio que llevaba el logo de Infinite Fantasy a un costado y resaltando en brillantes colores las palabras Plays and Grows: Juega y Crece. Sonrió con sinceridad, ese era su lugar.

Al nadie conocerla formalmente, la saludaron como lo harían con cualquier persona que deseara participar de aquella causa. Rebecca tomando todo el aire posible se detuvo frente a la recepcionista quien hablaba con alguien por teléfono. Se percató que debía ser algún familiar o novio ya que no tenía nada que ver con niños, rendiciones o donaciones. Se giró a uno de sus lados donde Ryan le daba señas para que se hiciera notar. Tomó aire nuevamente y carraspeó, sobresaltándose a sí misma ante tal atrevimiento que jamás hubiese hecho en otro momento de su vida.

La recepcionista, una chica bajita, cabello enmarañado, ojos marrones y con una alta fascinación por el dorado, la miró sin siquiera saludar. Sintió como sus mejillas se teñían de rojo, dispuesta a seguir sus instintos y salir corriendo luego de susurrar una disculpa, no obstante, Ryan se adelantó colocándose a un lado para ser el portavoz.

—Buenos días, soy Ryan Pound, asesor de la señora aquí presente... Rebecca Griffin, esposa del señor Matthew Griffin como se habrá enterado por la carta enviada por la señorita Ross —informó el hombre señalando a ambas mujeres— si no estoy equivocado, se informó de la presencia de la señora Griffin hoy a primera hora.

El murmullo se comenzó a propagar por todo el piso mientras la chica de recepción se olvidaba como respirar. Buscaba con desesperación entre los papeles sobre su mesa a la vez que recitaba todo correo electrónico que hubiese pasado por alto. Tragó en seco cuando abrió el correo no deseado donde justamente se hallaba el aviso de su visita; los tres la vieron tragar nuevamente.

—Lo-lo... siento, lo siento, es... es d-decir... No recibí llamado... Creí...

—Lo que Betty intenta decir, es que hemos estado algo liados por aquí y lamentamos no haber preparado su visita, señora Griffin —interrumpió un chico de cabello azabache e impresionantes ojos azules.

La chica se echó hacia atrás cuando el chico se interpuso entre ella y el mesón de recepción, alertando a Samuel que rápidamente se puso a un lado de su protegida. Rebecca levantó una mano para detenerlo mientras se quitaba los lentes sin quitar la vista de esos ojos azules intensos. Con un movimiento trabajado con anterioridad, le tendió el accesorio a Ryan que los recibió rápidamente guardándolos en un bolsillo de su chaqueta.

Sabía que comportamiento debía tomar, no muy diferente al que compartía con su esposo, fría y calculadora, si bien el desprendía otra energía que no le permitía ser aquella persona, en especial cuando sabía el trabajo que se realizaba ahí. No cualquier ser humano estaría dispuesto a dar su tiempo sin fines de lucro para ayudar a niños y adolescentes que necesitaban de una oportunidad.

Con seguridad dio un paso hacia delante ofreciendo la mano, el chico con una sonrisa le tendió la suya respirando con lentitud luego de superar un gran paso.

—Lamentamos no haber estado informados, igualmente tenemos todo prolijamente ordenado por si quiere echar un vistazo. Por cierto, soy Luke Prescott, uno de los tres representantes de la fundación... o como se les llama: el Patronato —tanto el chico como Rebecca rieron.

—Espero hayan sido informados de mi reciente unión con el señor Griffin, ambos hemos decidido que yo me haré cargo de la fundación para así relevar a la señora Melissa Griffin de sus funciones y pueda dedicarse a otras cosas. Estoy muy entusiasmada en ayudar con este bonito proyecto, por lo que necesito ponerme al día y conocer a todo quien trabaje aquí.

—¡Claro! Sígame, por favor, señora Griffin —dijo Luke mostrándole el camino.

—Oh, por favor, llámame...

Dejó de hablar cuando Ryan la tomó del codo negando en silencio, no era apropiado dejar que los empleados la llamaran por su nombre, aun cuando parecieran ser amables, aquí existía una jerarquía y Matthew no estaría muy contento al enterarse que ella era nombrada como cualquier otro trabajador. Rebecca asintió levemente mientras miraba las instalaciones dejando la frase en el aire.

Plays and Grows era una organización constituida sin fines de lucro que, por voluntad de sus creadores a modo duradero, deseaban ayudar a niños con riesgo social, educativo y cultural. Tenían a su amparo a doce hogares de menores dentro de los Estados Unidos facilitándoles educación en escuelas a los más vulnerables y a los adolescentes que hubiesen estado mal encaminado como drogas, asaltos y contrabando, se les entregaba rehabilitación para finalmente incorporarlos nuevamente a la sociedad y terminar sus estudios.

Dentro del proyecto también se ayudaba a los niños en situación de calle, maltratados por sus padres o aquellos que no podían ser sostenidos por sus familias por el bajo ingreso económico u otros casos parecidos. Se preocupaban de llevarlos a los hogares con quienes trabajaban y buscaban el bienestar para cada uno de ellos. Todo financiado en un sesenta por ciento por Infinite Fantasy para su tutela y el cuarenta por ciento restantes por algunas empresas asociadas u hombres y mujeres adinerados que deseaban colaborar con la causa.

Aparte de la ayuda económica que daba Matthew Griffin, una vez al año eran invitados a un hotel o resort de las instalaciones para disfrutar de todas las comodidades como un estímulo para seguir con sus estudios y bien encaminados. Otro estímulo para los mayores eran unas becas de estudio a los mejores rendimientos o trabajo en las instalaciones de las cadenas de hotel en cualquier parte de Estados Unidos.

Al reunirse en la oficina de presidencia, Rebecca conocía al resto del Patronato elegido personalmente por su esposo. Se sorprendió al ver a una chica completamente igual a Luke, éste entre risas al estar acostumbrado a aquella reacción, le presentó a su hermana melliza Meg Prescott, encargada de la educación dentro de la casa de acogidas.

Luego estaba Max Jones, un chico bajo, rubio, de textura gruesa y al parecer malhumorado, encargado de relaciones públicas de la fundación. Y finalmente estaba Luke, líder del movimiento, encargado del funcionamiento de las oficinas y sedes, como también mano derecha del presidente electo, en ese caso, Rebecca. Después de un par de horas conversando con ellos y conociendo el trabajo, entendió por qué Matthew los había elegido para ser parte de aquella hermosa causa.

Quedó muy feliz con los objetivos y misiones que cumplía Plays and Grows, por lo que no tuvo ninguna objeción ante el proceso. Les comentó a grandes rasgos, las ideas que pretendía para motivar a los niños y como recaudar más fondos que permitieran reformaciones en los centros de acogida, más becas para los estudios superiores en cualquier estado del país y lograr establecer otras casas. Todos se mostraron satisfechos y entusiasmados, preparados para trabajar junto a la señora Griffin.

Durante el viaje de regreso a la mansión, no perdió la sonrisa de complacencia, sentía que por fin era útil en algo desde que había dejado su puesto como asistente de Matthew, ahora tenía el mando de un gran proyecto que le encantaba. Solo dejó su expresión de felicidad cuando vio el auto de su esposo estacionado en su lugar y a Kyle en la puerta. Le echó un vistazo al reloj desconcertada ya que aún no era hora del almuerzo.

Dejando a su equipo atrás, saludó al guardaespaldas quien le dio un asentimiento informándole antes que ella preguntara, que el señor Griffin estaba en la planta baja esperándola. Agradeció la información tomando el rumbo indicado.

Se sorprendió encontrarlo con un hombre extremadamente guapo. ¿Cómo es que se rodeaba de tanto hombre prometedor? No pudo evitar contemplarlo de arriba abajo sintiendo que sus tacones ya no la soportaban mientras se convertía en gelatina. El hombre de cabello trigueño y corto, ojos claros, una sonrisa y qué decir de su cuerpo bien trabajado, le tendió la mano presentándose como Liam, el entrenador personal de Matthew. ¡Vaya!

En silencio correspondió el gesto atenta en cada uno de esos músculos que se tensaban. Se sobresaltó cuando sintió las manos de Matthew sobre su cintura atrayéndola como si verdaderamente sintiera celos de la poca indiscreción de su parte. Elevó la cabeza deteniéndose en esos ojos oscuros y penetrantes que ya dejaban al tigre suelto; se estremeció.

—Liam, ella es Rebecca, mi hermosa esposa, no lo olvides. —Presentó Matthew sin soltarla—. Desde ahora, seremos dos.

—No hay problema, amigo —dijo Liam aplaudiendo sin dejar de sonreír— será mejor que vayan a cambiarse de ropa, luego hablaremos de rutinas.

Soltó un grito avergonzándose al escuchar la risa del entrenador, justo después de que Matthew le diera un azote en el trasero al salir del gimnasio. No le gustaba cuando se tomaba esos atrevimientos, a pesar de saber que era por aparentar. Diez minutos después estaban preparando una rutina para cada uno, la cual repetirían tres veces a la semana.

No sabía por cual situación debía sentirse más incómoda, si las constantes miradas del entrenador o los intentos de coquetería de su esposo. Cada vez que debían cambiar de máquina, Matthew se le acercaba robándole un beso en la mejilla o dándole sensuales mordiscos en el hombro.

Una hora más tarde, Rebecca no podía con su cuerpo pidiendo a gritos una ducha de agua fría. Matthew la rodeaba firme con sus brazos apoyando el mentón en el hombro mientras despedían al hombre quedando para el siguiente entrenamiento. Al quedar solos, fue como un salto en trampolín, ella se corrió fijándose en él con el ceño fruncido.

—No vuelvas a hacer esas cosas, en especial frente al resto —dijo entre dientes.

—Está dentro del contrato seguir las apariencias...

—¡No cuando estamos en casa! —interrumpió Rebecca logrando que Matthew frunciera el ceño.

—Es un amigo, estuvo en la boda, debe creer que esto es verdad —sentenció el hombre.

—Deja de mentirle a los que quieres, les haces un mal más que un bien.

Rápidamente se giró corriendo fuera del gimnasio en dirección a su habitación donde pasó el resto de la tarde encerrada sin desear que nadie la interrumpiera. Ya entrada la noche recibió un mensaje donde Ryan le informaba que se marchaba e informaba que el señor Griffin deseaba que organizara una velada para cuatro personas en algún restaurant, Peter Reeve y su mujer querían celebrar junto a ellos el mes de matrimonio. Rebecca dejó caer el aparato volviendo a la posición fetal y caer rendida.

* * *

Movía su peso de una pierna a otra inquieta frente al espejo, Ryan iba de un lugar a otro dentro del armario como si no pudiera decidir por el vestido apropiado o que zapatos serían los adecuados para soportar toda la noche de pie si era necesario. Finalmente la sorprendió con algo completamente diferente a lo que usaba a diario.

El vestido era vaporoso de la mejor tela borgoña, de un solo hombro y el otro con un broche que definitivamente era confeccionado solo para ella. Las sandalias de taco alto y el bolso estilo carta eran plateadas simulando los tan anhelados diamantes. Como siempre, dejó caer la bata

quedando en ropa interior con un brasier sin tirantes y unas bragas que dejaban poco a la imaginación. Él pasó el vestido por la cabeza procurando no desarmar el peinado dejando que la tela cayera por sí sola amoldándose al cuerpo de la chica.

Como siempre ambos se observaron a través del espejo regalándose una sonrisa de satisfacción. El asesor se arrodilló para colocarle las sandalias.

—Me sorprende tu elección —comentó Rebecca.

—De vez en cuando debes parecer a tu edad, no creo que tu millonario esposo se moleste. — Ella se encogió de hombros sin apartar la mirada de la delicadeza con que amarraba la hebilla del zapato.

—Hoy anda de buenas...

—¿Eso quiere decir que podemos aprovechar y festejar? —preguntó Ryan admirándola con provocación y una sonrisa. Rebecca rio entre dientes.

—Estoy casada...

—No me vengas con el discurso, me lo sé de memoria —interrumpió mientras terminaba con el segundo zapato.

Cerró los ojos cuando sintió la yema de los dedos de Ryan acariciar su pierna desde el tobillo subiendo con delicadeza hasta más arriba del vestido. Un escalofrío la trajo de vuelta cruzando los ojos con los del asesor quien tenía la boca abierta y la excitación en sus ojos.

Ninguno se movió de su posición disfrutando de las caricias, dejó escapar un gemido cuando él besó sobre la rodilla creando una corriente que llegó a las mejillas de la chica haciéndola sonrojar.

—Sabes que podría ser tu amante, tu esclavo sexual si fuera necesario —Rebecca rio—. Sé que no amas a tu esposo y tampoco te acuestas con él... Aún me pregunto porque aceptaste casarte.

—Y nunca lo sabrás —contestó en un murmullo.

—Claro que sí.

Gracias al cielo fueron más rápidos en salir del encanto antes de que Matthew tocara a la puerta y entrara sin esperar autorización como siempre. Ryan les dio un asentimiento a ambos y abandonó la habitación.

Se concentró en su esposo quien iba con un traje gris grafito, camisa blanca y corbata negra. Cuando éste le dejó sobre el tocador una caja de terciopelo negro, se miraron a los ojos por primera vez después del incidente en el gimnasio. Ella tomó la caja sabiendo perfectamente de que trataba, un par de aretes de diamantes con una piedra del mismo color del vestido y un anillo rodeando con diamantes a la piedra borgoña. Eran preciosos y muy costosos, perfectos para la ocasión, demostrando cuánto dinero derrochaba en su esposa.

Se giró dándole un *gracias*, luego se volvió al espejo para colocarse los aretes que brillaban como dos estrellas. Se colocó el anillo en la mano contraria en donde destacaban los otros dos anillos que acostumbraba a llevar. Se giró una vez esperando la aprobación de su esposo quien le comentó lo hermosa que se veía, aceptó el brazo que invitaba a salir de la habitación y tomar rumbo hacia el restaurant elegido.

Rebecca siguió todas las indicaciones que le dio su esposo, era la celebración de su primer mes de casados por lo que debían demostrar cuan felices eran. Eligió uno de los mejores restaurantes de la ciudad ubicado en Columbus Circle: *Per se*, estilo francés con una decoración de lo más refinada que hace del menú degustación lo más pedido.

Como era de esperar, se subieron al deportivo de Matthew seguidos por uno de los híbridos

destinado para los guardaespaldas. Durante el viaje ninguno dijo palabra, ni tampoco tuvieron intención de romper el hielo hasta que estuvieron frente al edificio.

Era como cualquier otro lugar en la Gran Manzana, mucho lujo y comodidad, el único gran detalle era el estilo jugado entre lo antiguo y lo moderno. Los recibió una mujer abriendo una gran puerta celeste entre paneles de vidrio dándoles la bienvenida al local. Dentro una recepcionista pidió sus nombres e informándoles que la otra pareja ya se encontraba en una mesa tomando un trago antes de pasar a la mesa principal.

Fueron dirigidos por un mesero hasta encontrarse con los Reeve. Rebecca solo conocía al hombre y a su mujer luego de pasar buen parte de su boda en compañía de ellos.

—¡No puedo creer lo bien que les ha hecho estar casados! ¡Se ven hermosos! —dijo la mujer acercándose a ambos.

Primero tomó a Matthew de los hombros acercándolo para besar ambas mejillas, luego sin preguntar, los hizo soltarse para tomar ambas manos de Rebecca llamando toda su atención. La mujer era más baja que ella, pero mucho más extrovertida. Llevaba el cabello largo y trigueño con descoloración en las puntas, maquillaje natural y un hermoso vestido sin tirantes hasta la rodilla de color azul eléctrico.

—No sabes cuan feliz estoy que Matt te haya elegido para ser su compañera de la vida, eres revitalizante para quien te ve.

—Es la única mujer que podría domar a este monstruo —indicó el empresario besando a su esposa en la coronilla.

—Sí, definitivamente estás enamorado... Nunca pensé ver esto.

—¿Por qué mejor dejamos de hacer comentarios incómodos y nos tomamos un aperitivo? —preguntó Peter tomando a su mujer para que volviera sentarse.

La velada fue muy entretenida gracias a los grandes discursos que daba Melanie Reeve sin importar que los hombres estuvieran hablando de negocios. Insistía en que era una noche para celebrar un mes de casados, no para tratar contratos o cosas de trabajo.

Matthew se tomaba muy en serio su papel, no dejaba de tocarla en ningún momento, aunque fuera solo un roce o algo más demostrativo como un beso en la mejilla o en la frente; nunca en la boca. Por lo mismo, ella también tuvo que poner de su parte regalándole miradas cariñosas o dándole de comer en la boca para que probara de su plato, a lo cual él aceptaba con una gran sonrisa. Nunca lo había visto sonreír tanto. ¡Qué buen actor era!

Cuando ya iban por el postre decidieron que cada género podría hablar de lo que quisiera. Los hombres volvieron a los negocios modificando algunos cambios para los viñedos en La Toscana. Por el otro lado, Melanie estaba alucinada con las curvas de Rebecca.

—Adoro como te queda ese vestido y que decir cuando te vi entrar con ese impresionante vestido blanco... Era exquisito en incrustaciones de cristales —comentó Melanie.

—Mi marido tiene algo así como un fetiche por lo brillante y más con que los lleve yo... Fue como se eligió el vestido —contestó Rebecca mirando a cualquier lado en vez de los ojos de la mujer.

—Ahora entiendo por qué brillan tanto esas manos —dijo Melanie riendo entre dientes mientras apreciaba los anillos.

—Estoy... tratando de... acostumbrarme.

—Te entiendo, es difícil seguirle el ritmo a Matt, la primera vez que lo vi, creí que jamás podría enamorarse. Es un hombre tan frío que solo se soporta a sí mismo; sin embargo, cuando llegó la invitación a su boda, literalmente me caí de la silla. —La mujer soltó una carcajada y

tomó una mano de Rebecca—. Es sorprendente los cambios que has hecho en él; Peter mencionó que eres la única que ha tenido el puesto como asistente por más de un mes.

—Eso dicen —contestó la pelirroja sonrojándose; se detuvo en los ojos oscuros de Melanie—. Pero que ni piense en sacar a Layla, mi reemplazo, de su lugar es una de las mejores y no encontraré a nadie más que lo soporte. —Ambas se rieron.

—Debes ir a mi casa, estoy trabajando en una línea de otoño-invierno que podría quedarte bien. Soy diseñadora de vestuario y me gustaría ver cómo te quedan mis modelos.

—Me encantaría —respondió Rebecca con una sonrisa.

La velada finalizó entrada la madrugada, se despidieron con la intención de volver a juntarse en otra ocasión, a lo que Rebecca insinuó preparar algo en casa para sorprenderlos. Matthew la tomó de la cintura regalándole una sonrisa enamorada, aunque sus ojos felinos decían lo contrario.

El matrimonio Reeve aceptó gustosa, Melanie insistió en comunicarse con Rebecca para organizar una junta en su casa y ver los modelos de que hablaron en la cena. Luego cada uno subió al auto tomando direcciones opuestas.

Rebecca no estaba de buen humor a la mañana siguiente, no levantó la voz en ningún momento, no obstante, los trabajadores de la mansión respetaron su silencio intentando no interponerse en su camino. El único que se arriesgaba era Ryan que la seguía a donde quiera que fuera, llevándose unos cuantos gruñidos que lo hacían reír con disimulo.

En el desayuno Matthew le informó que viajarían a final de semana a Italia, La Toscana específicamente, ya que necesitaba estar presente en algunas reuniones para lograr el negocio de los vinos que asociaba con el señor Reeve. Rebecca le explicó que tenía muchas cosas que hacer en la fundación y estar fuera un par de días o una semana era mucho en esos momentos. Pero como siempre, él llevaba la última palabra, objetando que una pareja recién casada no se separaba ni por pequeñeces como unos cuantos papeles.

Así que ahora, debía reorganizar su agenda, o más bien Lillian se encargara de eso, mientras ella debía hacer unos cuantos llamados junto con Layla para la estancia en Europa.

—Creo que has manejado la situación muy bien... El señor Griffin tiene razón en algunos puntos, están recién casados... tal vez... quiere que esto funcione. ¿No te gustaría que tu esposo trabajara menos o pasar la mayor cantidad de tiempo con él? —expuso Ryan mientras la seguía de una habitación a otra.

—Cierra la boca si no quieres quedar despedido —refutó Rebecca entre dientes. Cerró los ojos cuando lo escuchó reír.

—No puedes despedirme, no fui contratado por ti, sino que por el señor Griffin. —Rebecca se detuvo a pocos centímetros del hombre con el ceño fruncido.

—Créeme que puedo; tengo casi la misma autoridad que él, especialmente dentro de esta casa.

—Entonces hazlo —susurró Ryan disminuyendo la distancia entre ambos.

—No me tientes.

Él le pasó la mano por la cintura atrayéndola hasta que no existía nada entre ellos, solos las ropas que vestían y aun así se sentía el calor. Rebecca colocó las manos sobre el pecho de Ryan intentando poner distancia y tragando en seco, si bien no obtenía buenos resultados más que sus mejillas sonrojadas y una extraña sensación apoderándose de su cuerpo.

Con lentitud fue dejando un rastro con el roce de sus labios por la clavícula hasta la mandíbula haciéndola estremecer. Ella cerró los ojos olvidándose en donde se encontraban y dejándose llevar; sabía que debía detenerlo, pero la fuerza de voluntad cada vez se hacía más pequeña y sus músculos dejaban de funcionar mientras más cerca estaba de sus labios.

—Vamos, despídeme —insistió el chico en un susurro.

—No... n-no puedo... —tartamudeó ella sin aliento. Sintió la sonrisa de él sobre su piel sensible.

—¿No puedes o no quieres? —Al no recibir respuesta siguió avanzando hasta llevar a la comisura de sus labios—. Vamos, Rebecca, sé que quieres ser mía...

—No voy a dejar a mi esposo. —Logró decir con los ojos cerrados.

—Sé que no puedes, o no quieres, no lo sé bien, pero sí sé que no lo amas. Algún día averiguaré la verdad.

—¿Señora Griffin? ¿Rebecca?

Con un rápido movimiento se alejó de su asesor y arreglarse un poco antes de que Lillian entrara. La chica ni siquiera se inmutó de verlos juntos acercándose a su jefa para mostrarle los cambios en la agenda y las respuestas que Luke le dio asegurando que nada se modificaría hasta que volviera del viaje.

Este viaje nuevamente lo harían solos, por lo que procuró que su equipo siguiera sus órdenes y mantuviera las cosas en correcto estado. Solo necesitó de una mirada para saber que algo andaba mal al finalizar su discurso, la expresión de Lillian decía mucho, en especial cuando ella siempre mostraba su lado frío y seguro. La interrogó de inmediato, aun cuando imaginaba de qué trataba.

—Ha llamado Layla —dijo Lillian sin dejar de mirar su Tablet.

—Lillian, no le des más rodeos —insistió Rebecca cruzándose de brazos para controlar la furia que volvía a acumularse en ella, más cuando vio a su mano derecha suspirar, poco común en ella.

—Al parecer no eres la única un mal humor...

—¡Maldición!

—Cuide ese vocabulario, señora Griffin —sentenció Ryan desde su puesto ganándose una mirada amenazante de la chica.

—¿Qué le hizo? —preguntó Rebecca saliendo de la habitación en dirección de las escaleras con los dos detrás.

—Unos cuantos gritos y una amenaza de despido... No creo que sea cierto o Layla piensa eso y no le dio mucha importancia.

Casi llegando al final de la escalera, Rebecca se dio vuelta con el ceño fruncido dejando a sus empleados sorprendidos haciendo que retrocedieran un escalón arriba. Conocían a la joven delicada e introvertida, si bien la subestimaban a menudo.

—Si quiere perder su trabajo, que no le de importancia —sentenció la chica. Cerró los ojos y suspiró—. Avisen a Samuel, en cinco minutos salimos.

Nadie dijo algo, cada uno tomó una dirección, avisarles a todos que la señora saldría sin horario de regreso e informarle a Samuel que tomarían rumbo hacia Infinite Fantasy con urgencia a una reunión sin cita programada. Definitivamente después de eso, nadie quiso cruzarse en el camino de la dueña de casa.

El camino hacia el centro de la ciudad fue rápido, como si todos estuvieran enterados de la tensión que había entre el matrimonio Griffin abriendo el paso entre el tráfico. Estacionaron frente a la puerta principal donde Rebecca no esperó el protocolo pidiendo no ser acompañada por nadie, este era un asunto entre su marido y ella. Samuel fue el único que intentó interferir, no obstante, la expresión de su protegida se hizo a un lado mientras buscaba su celular dentro de la chaqueta. De seguro le informaría a Kyle de su visita.

Como era de esperarse, el guardaespaldas personal del empresario la esperaba con la puerta

de cristal abierta para tomar el ascensor privado. Ninguno dijo palabra, ni siquiera un saludo. Siempre era una sorpresa que Rebecca se presentara en la oficina, ya que era la única que no necesitaba de una cita previa, aunque por lo general le informaba a Layla sobre su aparición para que hiciera un espacio en la agenda de su marido. No obstante, hasta la secretaria quedó sorprendida al verla de pie en medio de la recepción.

Se acercó rápidamente a ella informándole que el señor Griffin se encontraba en una videoconferencia con el señor Turner y no quería ser interrumpido. Rebecca le dio una ojeada a su reemplazante demostrándole que no le importaba mucho en que estuviera su marido; se giró hacia el guardaespaldas que intentaba esconder una sonrisa, él asintió sabiendo que no debía interrumpir, plantándose en el centro del lugar. La chica le dio un saludo a Rachel con la mano y luego ingresó por el lado derecho hasta la tan conocida oficina.

Abrió la puerta sin tocar, ante la sorprendida mirada de su esposo avanzó al escritorio colocándose detrás de la silla para ver al interlocutor desde la pantalla.

—Buenos días William, lamento interrumpirlos, pero necesito urgentemente a mi marido, ¿puedes llamar luego?

—Cl-claro, señora Griffin, no hay problema...

Sin siquiera esperar a que se despidiera, cerró la comunicación y apagó la pantalla. Matthew, congelado en su sitio la observó moverse con desplante por la habitación hasta quedar de frente, las manos apoyadas en el escritorio y la expresión fija en su presencia.

—Un grito más a Layla y arderá Troya, ¿entendiste? —dijo Rebecca con calma a pesar de que sus ojos ardían por dentro.

—No tienes derecho para interferir...

—¡Claro que tengo derecho para interferir! —interrumpió la chica irguiéndose— Desde el día en que me hiciste firmar ese contrato, me diste las herramientas para armar y desarmar lo que yo hiciera... Y poner a Layla en ese puesto lo hice YO. Si quieres tener a alguien con excelentes aptitudes en ese puesto, deja de gritarle, o la próxima vez me tendrás de vuelta sentada en ese escritorio y no podrás decir nada. ¿Qué diría la prensa si la mujer de Matthew Griffin trabaja como su subordinada?

—Estás jugando con fuego, Rebecca —amenazó Matthew, ella solo rio.

—Desde el momento que acepté esta asociación que estoy jugando con fuego, cariño, no es una novedad —contestó acercándose lentamente hacia su esposo quedando a centímetros de distancia—. Ahora, si quieres que seamos una linda pareja en La Toscana, es mejor que respetes a tus trabajadores... Nos vemos a la tarde.

—Rebecca... —llamó Matthew viéndola salir.

Sin detenerse cerró la puerta detrás de ella, escuchaba a su marido llamarla, estaba aburrida de dejarse pasar a llevar. Era correcto que firmó un documento que decía lo que tenía que hacer, pero no había venido a la Gran Manzana para volver a vivir en la miseria como en Arizona. Quería ser respetada y cambiar de apariencia, por lo que haría que esas dos cosas se hicieran valer.

Justo cuando llegaba a las puertas del ascensor, escuchó su nombre en reiteradas ocasiones. Miró a Kyle que se mantenía tenso a su lado y a la vez expectante por su jefe.

—Recuérdale que tenemos la cena con sus padres y procura que llegue a la hora.

—Sí, señora Griffin —afirmó el guardaespaldas.

—¡Rebecca! —Gritó Matthew dando zancadas para alcanzarla—. ¡Rebecca, te estoy hablando!

—¿Qué quieres, Matthew? —preguntó la chica dándose vuelta con cansancio.

—Olvidaste despedirte...

Atrayéndola por la cintura con un brazo y con el otro tomándola por la cabeza, la besó con intensidad olvidándose de donde se encontraban. Con facilidad le abrió la boca para ingresar la lengua y jugar con la suya en ese apasionado beso.

Rebecca seguía con las manos a los lados estupefacta con la situación, parecía corresponder el beso con la misma intensidad. Su cuerpo respondió por si solo llevando los brazos hasta el cuello del hombre aferrándose con fuerza, tocando en lugares que lo hicieron gemir, como si lo conociera a la perfección. ¿Qué estaba pasando?

Lentamente fueron separándose entre castos besos, él aferrándola por la cintura y ella aferrándose al cabello de éste. Con suma delicadeza la dejó nuevamente sobre sus pies retirándose de la recepción hacia su oficina mientras la sala seguía en un silencio absoluto.

Bien, eso definitivamente no era parte del contrato.

Socias

—La revista New York te quiere en portada.

—¿Cuál es la razón? —preguntó Rebecca mientras Lillian la maquillaba para el evento de esa tarde.

—Cuál es el estilo de vida que lleva una chica normal en este mundo de empresarios —ambas rieron.

—¿Normal? Dejé de serlo hace bastante tiempo.

—Al parecer no es así, creen en esa postura o solo quieren sacarte información privilegiada.

Lillian siempre mostraba excelentes resultados como su mano derecha y maquilladora, se había ganado el premio mayor cuando aceptó trabajar para ella. Llevaba el cabello ondulado y desordenado hacia un lado logrando que su cabello rojizo reluciera, destacando sus ojos con colores ahumados y un brillo labial. Estaba perfecta.

Miró a través del espejo a Ryan que hojeaba el periódico en busca de alguna noticia sobre la familia más destacada del momento. Después de más de un año de trabajar juntos, era gratificante estar todos en una misma habitación sin insultos o malas caras. Era un equipo fuerte y destacado que llevaba el apellido Griffin a la cima, mucho más allá que hace un par de años cuando el empresario era soltero. Miró el reloj fijándose en la hora.

Esa tarde sería el centro de atención, no por su apellido sino por el vestuario que llevaría. Se trataba de la semana de la moda en New York, por primera vez asistiría en su vida y debía aparentar ser la estrella más brillante, destacar entre todos los invitados y si era posible, superar a los diseñadores. Por ello, Matthew especificó que su esposa debía brillar literalmente, por lo que Ryan hizo su trabajo con lujos y detalles, buscó entre los mejores diseñadores hasta hallar el vestido adecuado para Rebecca.

Hacia algunas noches atrás, la chica aseguraba que todos los que trabajaban en la mansión debieron escuchar sus gritos cuando se enfrentó a su esposo para informarle que Ryan los acompañaría al desfile. Matthew no estaba de acuerdo intentando a toda costa que solo fueran ellos como un matrimonio feliz y no seguidos por su amante. Y claro que estaba en lo cierto, hace ya un año que su asesor era algo más que un trabajador.

Las cosas se habían dado poco a poco, coqueteos, caricias fortuitas y miradas de deseo que finalizaban en ese momento íntimo en donde la chica necesitaba ayuda para quitarse el vestido del día. Tal como pidió su esposo, nada ocurría dentro de las paredes de la casa, solo pequeños roces disimulados, pero en el gran despacho de la fundación la imaginación volaba.

Volviendo de los recuerdos y la mirada fija en el chico que seguía atento en la lectura, cruzó la mirada con Lillian, quien de seguro estaba al corriente de las actividades con el asesor, a pesar de no decir nada. Ellos eran sus confidentes y nadie más debía saber que pasaba.

Su mano derecha anunció haber terminado por lo que era tiempo del vestido. Ryan con una gran sonrisa se acercó a la chica tendiéndole una mano para guiarla al vestidor donde aguardaba la pieza de arte. Después de un casto beso le ayudó a pasar el impresionante diseño por su cuerpo, como si se tratara de una segunda piel. Se situó frente al gran espejo para admirarla, mientras el

chico procuraba dejar todo en el lugar correcto.

Como era de esperar, cuando Ryan escuchaba la palabra brillar, utilizaba literalmente la palabra. La tela ceñida al cuerpo con un solo hombro al descubierto y una abertura desde la mitad del muslo izquierdo mientras la tela se movería con sensualidad cada vez que diera un paso.

¿Cuál era la singularidad del vestido? La tela era cubierta completamente con cristales más finos haciéndola brillar como le gustaba a su esposo. Las sandalias de color plata con cristales hacían un perfecto juego junto con las joyas que esa mañana Matthew le dio antes de irse al trabajo.

¿Aún se sorprendía con que la llamaran de una revista para saber cómo cambio su vida? Respiró hondo, cerró los ojos y se dejó llevar cuando las manos del chico acariciaban sus brazos.

Media hora más tarde bajaba las escaleras con los ojos de su esposo fijos en sus movimientos, quien la esperaba al final con una leve sonrisa. Él iba vestido con un traje negro y pajarita negra, camisa blanca con los gemelos que le regaló para la boda. Le besó la mano y luego le ofreció el brazo llevándola hacia la puerta donde les esperaban dos autos, el I8 de Matthew y el que llevaría a su asesor y guardaespaldas. En esta ocasión eran tres, Kyle se encargó de buscar a un nuevo integrante que ayudaría en estos casos de eventos y el resto del tiempo protegería el perímetro de la casa. Su nombre era Noah Oakley.

La llegada debía ser tan lujosa como el vestido, los paparazzi iluminaban el lugar con los flashes de las cámaras intentando obtener la mejor foto del certamen. El deportivo se detuvo justo en la alfombra roja, se miraron un segundo para asegurar que estaba todo en orden para que luego Matthew bajara, rodeara el auto y ayudara a su mujer. Todos esperaban una primicia, alguna muestra de afecto, algo que pudiese ser portada de la prensa amarillista. Sin embargo, ellos mantenían el perfil, tomados de la mano se detenían cada ciertos pasos para ser fotografiados, él colocando su mano en la espalda baja y acercándose a su oído para hacer creer que compartían algún secreto.

Tanto mujeres como hombres elogiaban la vestimenta de ambos, especialmente la de Rebecca al no creer que fuera tan arriesgada como para salir a la calle con un vestido que debía valer millones de dólares, a lo que Matthew, tomándola por la cintura, contestaba demostrando estar orgulloso de la mujer que le acompañaba día y noche.

Mientras buscaban sus puestos se encontraron con los Reeve, Rebecca le recordó a Melanie de su invitación a tomar el té en su casa, a lo que la chica asintió diciendo que ya se hallaba en su agenda.

Mientras las fotografías no cesaban camino a sus asientos, Ryan se aseguraba de informar sobre el nombre de la persona que se acercaba a ellos o dar información que necesitara durante la noche. Matthew dejó de pensar que era mala idea haberlo llevado cuando también le ayudó con ello.

El desfile comenzó a la hora apuntada, los matrimonios disfrutaban de la presentación, las mujeres hablando sobre los modelos y la ilusión de Melanie de crear algo parecido, mirando a sus respectivas parejas cuando algo les gustaba mucho. En el caso de Rebecca, Ryan lo anotaba y Matthew asentía sin escatimar en el precio.

Todos comentaban de la hermosa mujer que el gran empresario encontró en su vida, existían una enormidad de rumores sobre su relación, desde un romance de libro hasta una cazafortunas que lo dejaría en la banca rota si se descuidaba. Si bien, él se encargaba en cada conversación de demostrar que era él quien exigía esos atuendos, porque quería que todos vieran a la hermosa mujer que lo había elegido de acompañante para el resto de su vida. Tanto Rebecca como Ryan

miraban en direcciones diferentes.

Al llegar a la mansión mostraron la intención de tomar caminos diferentes, hasta que Ryan se ofreció a ayudarle a la chica con el vestido y desarmar su peinado, no obstante, Matthew habló alto y golpeado asegurándole que la señora Griffin tenía un esposo o asistentes para ayudarle con la labor. Ninguno dijo nada, el asesor se despidió siendo acompañado por Kyle quien lo llevaría a casa. Rebecca ignoró al hombre pasando rápidamente por su lado y subir las escaleras directamente a su habitación.

Rebecca sin preocuparse de quien la viera en mitad del pasillo, se liberó de los zapatos que ya le mataban con tanta altura, caminando descalza y arrastrando el vestido. Entró a su cuarto dejándose caer en el asiento frente al tocador, observando sus manos llenas de diamantes: el brazalete, los anillos y eso que todavía no se miraba al espejo donde vería aún más brillo. Dejó escapar un suspiro de agotamiento cuando desprendió las orquídeas de su cabello.

Deseaba tomar un baño caliente para quitar el agotamiento, convencida de que no haría caso al contrato y se levantaría tarde al día siguiente. Matthew no podría molestarse porque desobedeciera una vez. Se sobresaltó cuando escuchó unos golpecitos en la puerta, más cuando se abría dando paso a su esposo. ¿Cómo estaba seguro de que ella seguía vestida y no en otras condiciones? ¿Dónde quedaban las reglas?

Él se acercó en silencio hasta quedar detrás, reflejándose en el espejo, contemplándose a través de este sin moverse. Realizando movimientos lentos le invitó a levantarse y ella lo hizo sin cuestionar. Las manos de Matthew se movieron lentamente hacia la espalda de la chica alcanzando el cierre y bajándolo con lentitud.

La piel de Rebecca se envaró, por su cabeza pasaron miles de situaciones diferentes, desde un cambio de datos en el contrato o de una violación. No podía sacudir ninguna extremidad cuando su mente lo pedía a gritos. Una vez que las manos del hombre nuevamente se alejaron ella logró respirar.

—Pensé que necesitarías ayuda —murmuró Matthew en una voz grave.

—Gracias... —susurró ella sin saber si realmente se escuchó.

—Buenas noches. —Lo vio desplazarse con lentitud hacia la puerta, como si esperara que ella dijera algo antes de salir, por lo que —sin pensarlo- le cumplió el deseo.

—¿A qué has venido? —Él se giró con el ceño fruncido.

—Ya lo dije, he venido a ayudar.

—¿Solo con esa intención? ¿Es que no te gusto?

Era una pregunta estúpida y atrevida, especialmente si recordaba cada palabra que intercambiaron del contrato, asegurando que no existiría una relación amorosa entre ellos. Todo el cuerpo de Rebecca se sonrojó al darse cuenta lo que decía. Matthew sonrió.

—Claro que me gustas, sino no estaríamos aquí... Solo que no tengo esas intenciones que pasan por tu cabecita. —Luego de contestar se giró hacia la puerta, pero volvió a detenerse al escucharla.

—¿Tienes a alguien más? —preguntó la chica recordando a aquella socia que lo visitaba a menudo. Lo escuchó reír por lo bajo.

—Rebecca, yo no pregunto qué cosas retorcidas haces con tu asesor, siendo que te pedí que no fuera dentro de casa, lo cual no creo que hayas cumplido... no cuestiones las mías. Buenas noches.

Tomó un trago de aire para luego dejar caer el vestido quedando desnuda solo con unas bragas de encaje color nude, pensando como hubiese reaccionado su esposo. Sabía que no era fea y tampoco una súper modelo, pero ¿para qué querría ese hombre, una mujer con que aparentar si

podría disfrutar de una con la que saciar sus necesidades? No quería decir que ella quería ser esa persona, no buscaba eso —por algo aceptó a firmar —era justo lo que necesitaba, no obstante, un hombre no pensaba de la misma forma... Hasta que conoció a su esposo.

Sacudió la cabeza intentando alejar tales ideas, buscó su camisa de seda, se lavó los dientes y la cara para acostarse y perderse en un profundo sueño.

* * *

Hablaba con Meg al teléfono cuando Arthur tocó la puerta para informarle que Melanie Reeve se hallaba en la sala. Agradeció la información pidiendo que le atendieran mientras terminaba la llamada. El hombre hizo una reverencia y la dejó en la biblioteca.

Un par de minutos después Ryan entró a la habitación mostrando el reloj, Rebecca asintió terminando la conversación. Se acercó para dejarle un beso y salir rumbo al primer piso donde esperaba su visita. Le regaló una sonrisa alzando los brazos para recibirla con cariño, Melanie correspondió el gesto. Al alejarse la vio mirar sobre su hombro hacia el asesor, si bien, no comentó nada.

—Disculpa la tardanza, Melanie, me encontraba en una llamada con la fundación que no podía dejar.

—Tranquila, no es problema —contestó la diseñadora con la vista todavía sobre el chico que seguía de pie, Rebecca se dio por vencida.

—Déjame que te presente a Ryan Pound, mi asesor personal, encargado de cada detalle de mi apariencia —él hizo una reverencia justo cuando Lillian aparecía—. Ella es Lillian Ross, mi mano derecha, quien aligera el peso de lo que significa ser la mujer de Matthew. Toma asiento. Ryan, puedes pedir que nos sirvan aquí mismo, por favor.

—A su servicio, señora Griffin.

—Que correcta eres hablando de tu hombre, siempre lo llamas por su nombre completo —Rebecca se sorprendió por el comentario—. Creía que a estas alturas ya estarías llamándolo por Matt o algún otro apodo.

—Me gusta su nombre, aunque debo admitir que él me ha hecho la misma pregunta —las dos rieron.

Disfrutaron de un buen té y bocaditos mientras conversaban de algunas anécdotas de su vida. Gracias al cielo Melanie era de esas personas que le gustaba protagonizar una conversación por lo que Rebecca no necesitaba buscar más engaños. Esa chica le gustaba mucho y no deseaba mentirle más de lo necesario.

—Casi lo olvido —comentó Melanie entre risas buscando entre sus pertenencias— he traído las carpetas con mis diseños y algunas muestras de telas como me pediste; estoy emocionada por crear algo para ti.

—Primero quiero que hablemos de otra cosa —expuso Rebecca.

Se quedaron en silencio cuando Kate apareció con otra bandeja para el té. Ambas agradecieron la atención y volvieron a la charla al quedar solas.

Melanie muy entusiasmada le mostraba fotografías de los conjuntos que había creado desde sus principios, la historia de porque no ejercía como diseñadora y lo agradecida que estaba de Peter al apoyarla en ello.

—Mis padres son humildes, de muchos sacrificios para lograr que su única hija pudiese estudiar. Solo esperaban que fuera doctora o abogada, algo que me sacara de la situación en que vivíamos —miró a la pelirroja con seriedad—. No me avergüenzo de mi familia, los adoro, solo discrepamos en lo que refiere al futuro. Mis padres son de Puerto Rico, vinieron a Estados Unidos

para conseguir una vida mejor y yo salí con la loca idea de estudiar diseño de vestuario. Comprenderás que las cosas se pudieron tensar, ¿cómo saldría adelante con esa profesión?

Rebecca no quiso interrumpir por lo que solo asintió atenta a la historia. Melanie tomó un sorbo del líquido y volvió al relato.

—Logré una beca para estudiar y solo necesité de un crédito universitario para poder mantener mis necesidades básicas. El primer año fue el mejor de todos, no solo estudiaba lo que amaba, sino que conocí a Peter —la sonrisa de la chica era contagiosa— A penas terminé la carrera el me pidió matrimonio, otra razón para que mis padres no aceptaran, creían que me convertiría en una esposa florero y todo el esfuerzo no daría frutos... Lo siento, debo estar aburriéndote, los detalles los dejaremos para otra ocasión.

—¿Por qué no te has dado a conocer? —preguntó Rebecca interesada, Melanie negó con una sonrisa.

—Lo he pensado, mas no quiero quedarme sola y Peter viaja mucho... Un negocio significaría separarnos por largos periodos, prefiero realizar pedidos personales.

—No exactamente —refutó la chica, Melanie frunció el ceño—. No soy la indicada para esto, sabes que Matthew jamás me dejará trabajar por lo mismo, no quiere estar más tiempo separados que el que lo mantiene la oficina... Es algo que acepté cuando di el sí, no me molesta... Sin embargo, podrías tener ambas cosas sin tener que decidir por una.

—¿De qué estás hablando? —preguntó la morena de cabello corto, Rebecca sonrió.

—Tengo una propuesta...

Justo en el mismo momento en que ella pronunció esas tres palabras, Lillian entró en la sala con su Tablet en la mano. Se lo entregó a la señora Griffin quien se lo dio a Melanie para que viera la presentación.

Se trataba de un negocio en conjunto, Rebecca tenía en vista una propiedad que serviría como boutique, Melanie se encargaría de la confección y ella de la administración. Rebecca sería socia capitalista con la condición de que confeccionara vestidos para las chicas de las instituciones de *Plays and Grows*: graduaciones, eventos y cualquier cosa que se necesitara.

La diseñadora no podía creer de lo que hablaban, mientras más escuchaba, más maravilloso y surrealista parecía. Una chica a la que apenas conocía le ofrecía un negocio prometedor sin saber si tendrían resultados.

—En el caso de que la marca funcione, hablaré con Matthew para que seas la única que me vista ¿Qué opinas? —preguntó Rebecca finalmente.

—¿Es en serio? Todo esto, ¿en verdad me estás proponiendo una asociación?

—Hablo muy en serio —la chica suspiró, miró a Lillian quien asintió y luego a la visita—. Debo confesarte que envidio tu forma de vida. Sé que yo quise esto, acepté vivir esta vida sabiendo lo que conllevaba, pero ahora quiero tener algo mío y tengo un dinero ahorrado con el que compraré una casa en plena Séptima Avenida, todos podrán ver tus hermosas creaciones... ¿Qué dices?

—¡Claro! ¡Claro que quiero ser tu socia!

Melanie se abalanzó sobre Rebecca para abrazarla, ambas riendo de la emoción reconociendo que desde ese momento serían grandes amigas.

Durante el resto de la tarde conversaron de ideas, estilo, remodelaciones, nombre, logo y todo lo que fuesen a necesitar para lograr ese proyecto. Lillian les ayudaba mientras anotaba con rapidez, siempre con una sonrisa en el rostro.

Uno de los pros que tendría aquel proyecto era la comprensión al conocer las vidas de sus

esposos, poder coordinar lo laboral con los viajes de negocios, hasta con la posibilidad de agendar visitas para confeccionadores de telas en cada ciudad o país que visitaran.

Debido a que Rebecca tenía otros compromisos que atender a diario, dejaría en su lugar a la estilista quien tenía un excelente manejo con ello y podría hacer una excelente publicidad llegado el momento. A Melanie no dejaban de brillarle los ojos, entusiasmada y aceptando cada cosa que se propusiera mientras ella apoyaba en el área de la costura.

Cuando Matthew llegó, sorprendido por la noticia las felicitó por la nueva asociación, pidió una botella de champaña para celebrar ofreciéndose para lo que necesitaran. Invitó a Melanie a cenar con ellos, pero ésta se disculpó justificando que debía ir con su esposo, que ya debía estar regresando a casa, además quería contarle la nueva noticia.

La pareja fue a despedirla a la puerta, ambos abrazados como un hermoso matrimonio hasta que vieron el coche desaparecer por la calle principal de la residencia. Rebecca rápidamente se soltó volviendo al interior para una pequeña reunión con su equipo antes de que se retiraran.

* * *

Como ya era costumbre, el auto se detuvo frente a la dirección indicada, Samuel fue el primero en descender junto con Ryan. El guardaespaldas abrió la puerta del pasajero y le tendió la mano a la chica quien bajó un pie primero manteniéndolo firme en el suelo antes de impulsarse para salir con su precioso vestido rojo de encaje, zapatos a juego y un fino abrigo color crema para abrigarse del frío de finales de invierno. Llevaba una cartera de mano que combinaba con su vestido y sus infaltables diamantes en las orejas y manos.

La revista New York semanalmente se dedicaba a la cultura, política y estilo de vida de la ciudad, se destacaba por sus chismes e historias amarillistas, aun cuando destacó con notables publicaciones sobre política y cultura de la zona. En esta ocasión, se encargarían de presentar la misteriosa vida de una mujer normal nacida en el estado de Arizona que se ha convertido en una de las mujeres influyentes de la Gran Manzana.

Con paso firme, lentes oscuros y dos hombres tras ella, ingresó al gran edificio donde le dieron la bienvenida al reconocerla. Samuel no se despegaba de su lado impidiendo que se acercaran más de lo necesario; por otro lado, Ryan le susurraba contantemente al oído los nombres de quien se acercaba para demostrar que iba un paso delante de todos aquellos que se presentaban.

La invitaron al décimo piso, justo donde estaba una de las mejores salas para que se realizara la entrevista. Como el señor Griffin especificó personalmente a través de un llamado telefónico, una chica se encargaría de hacer las preguntas. Solo tres hombres podían compartir espacio con su mujer: el señor Pound, su guardaespaldas y principalmente él.

La chica de cabello liso y teñido de un extraño rubio platinado le tendió la mano para saludarla. Le explicó en qué consistiría la entrevista: preguntas generales de su vida, su boda y finalizar con la nueva vida y estilo que llevaba en New York. La periodista sacó una grabadora, tomó una libreta, un lápiz y luego de regalarle una sonrisa, comenzó.

—Imagino que han sido demasiados cambios en el transcurso de un año, ¿de dónde viene, señora Griffin?

—Nací en Tucson, Arizona, donde viví toda mi infancia y adolescencia hasta trasladarme a esta ciudad —respondió Rebecca con naturalidad.

—¿Por qué decidió venir a New York? ¿Esperaba encontrar éxito? —La chica rio en silencio mientras negaba. La periodista seguía inexpresiva anotando en la libreta.

—Tucson es la segunda ciudad más poblada de Arizona, podría haber encontrado lo que

necesitaba si me hubiese quedado. Cuando me mudé, solo pensé en dejar ese lugar cuando murieron mis padres, era demasiado triste recordarlos.

—¿Cuándo murieron sus padres? —preguntó la chica, Rebecca le echó un vistazo a Ryan quien asintió con disimulo.

—Mi padre murió en un accidente cuando yo tenía diez años y mi madre murió trágicamente hace tres años.

—Lo sentimos —dijo la periodista mirando sus anotaciones, buscando otra pregunta—. ¿Qué edad tiene, señora Griffin?

—Este año cumplo 23.

—¿Qué piensa de lo que dicen las personas? Hay once años de diferencia entre usted y el señor Griffin, lo que da mucho de qué hablar, como que solo busca la fortuna o que él intenta esconder algo —Rebecca volvió a reírse de la pregunta.

—Si esta pregunta sale en el artículo, mi esposo no estará muy contento... Llegué a New York con la intención de cambiar de vida, nunca creí que sería contratada por la empresa de Matthew y menos que él se fijaría en mí. Seamos sinceras, es un hombre guapo y como dices, con mucho dinero, sin embargo, lo que me enamoró fueron sus intenciones. Exactamente por lo que tú me preguntas: la diferencia de edad y nivel socioeconómico, fueron unas de las dudas, aunque yo conozco al verdadero Matthew Griffin, y lo único que quiere es protegerme como también amarme.

—¿Usted lo ama?

La sala quedó en silencio, Rebecca intentó no mostrar alguna expresión que le delatara, sabía a la perfección que debía contestar, eso sí, decirlo con sentimiento era complicado. ¿Cómo mentir con algo así? ¿Cómo hacer creer a toda una ciudad que estaba locamente enamorada de su marido?

Bajó la mirada llevándose una mano a la boca como si intentara ocultar algo, lo que era correcto. Cerró los ojos recordando una escena para que sus mejillas se pusieran sonrojadas, luego levantó la vista hacia la reportera. Ésta abrió los ojos sorprendida.

—Lo siento, vino a mi mente la vez que mi esposo me hizo la misma pregunta... No te contaré los detalles íntimos —respondió con un deje de coquetería que hizo reír a su asesor—. Después de que me pidió matrimonio me hizo esa pregunta... ¿Me amas? ¿Sabes que le contesté? —La chica negó muy interesada en la historia— Que no.

—¿Qué no lo amaba? —Todos en la sala jadearon sorprendidos. Rebecca fue la única que sonreía lista para seguir hablando.

—Me observó directo a los ojos, tomó la mano donde estaba este anillo —dijo mostrando el anillo de compromiso— y me dijo: haré que me ames tanto como yo te amo. Yo solo le dije que no por broma, pero él se lo tomó muy en serio. ¿Cómo no amarlo?

Se sintió satisfecha de su actuación cuando la chica de cabello mal teñido suspiró como si hubiera visto la escena más romántica de una película. Una buena actuación para los lectores y jamás dijo si lo amaba realmente.

La entrevista siguió sobre como llevaba la vida de una mujer de clase media a ser una con los mayores ingresos en el país. Luego intentó sacarle información íntima con su marido y al no obtener mucho dio por finalizada la visita. La reportera le agradeció por el tiempo informándole que recibirían, ella y el señor Griffin, el ejemplar un día antes de la publicación.

Rebecca asintió, se colocó los lentes oscuros, caminó hacia la puerta que le abría Samuel y salió sin más que un asentimiento como despedida.

Ya fuera del edificio, Ryan tomó posición a su lado con una sonrisa de diversión. La chica no quería comenzar una escena en medio de la calle por lo que se apresuró a entrar en el auto cuando Samuel le dio la oportunidad. No obstante, no se pudo escapar del comentario cuando estuvieron dentro.

—Debo aplaudirte, estoy sorprendido de tu actuación... Debes darme el truco para lograr ese sonrojo al recordar la supuesta escena romántica con el señor Griffin.

—Solo cállate —dijo Rebecca mirando por la ventana. Se estremeció cuando sintió los labios del asesor sobre su oreja.

—¿Rememoraste alguna escena entre nosotros cuando intento seducirte? —Las mejillas de la chica tomaron rápidamente color, él rio entre diente—. Lo imaginé.

Ninguno volvió a hablar, cada uno en su mundo interior mientras entraban en la congestión de las calles neoyorkinas hacia el edificio de Infinite Fantasy.

En esa ocasión el auto entró en los estacionamientos subterráneos donde los esperaba Kyle junto a las puertas de ingreso a los ascensores. Les dio las buenas tardes y acompañó a la chica mientras el auto con los dos hombres se retiraba por donde había llegado. Desde ese momento el guardaespaldas se encargaba de ella.

Tomaron el elevador exclusivo que los llevó directamente al piso 42 sin detenerse, donde se abrieron las puertas. Notó una leve incomodidad entre las secretarias, no le dio importancia cuando saludó a su amiga, Rachel. Ya no se veían como antes, sin embargo, Rebecca la llamaba cada minuto que tenía desocupado y de vez en cuando, cuando Matthew no iba a almorzar a casa, se juntaban.

Antes de que tomara rumbo hacia la oficina de su esposo, Layla la detuvo pidiéndole unas firmas y comentarle sobre algunos sucesos de la empresa, que la chica encontró innecesario ya que no le correspondían. Le ayudó con otros que la secretaria anotó y cuando planificaba alejarse, la chica le tomó el brazo para detenerla.

Kyle en un segundo estaba a su lado y Rebecca la miraba con el ceño fruncido. Layla se disculpó con la cara hacia el suelo, tomó aire y volvió a enfrentarla.

—Está ocupado.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Rebecca con impaciencia.

—Está... está con alguien y dijo que no quería ser interrumpido... Por nadie.

—Esa regla no va a mí, lo sabes, ahora, si me disculpas —sentenció la chica girándose, pero se detuvo ante las palabras de la secretaria.

—Está con la señorita Slater, dijo que nadie fuera a molestar sin aviso previo... Ni siquiera su esposa.

La sangre se le congeló impidiendo que las extensiones de su cuerpo se movieran, sus brazos no respondían como tampoco sus piernas. No tenía sentimientos por Matthew, lo encontraba atractivo y un hombre muy confiado de sí mismo, no obstante, esperaba algo de respeto de su parte. *¿Y tú tienes respeto por él?*

Cerró los ojos al recordar los puntos dentro del contrato, ella era una simple pieza en el tablero del señor Griffin, por lo mismo debía adaptarse a ello. ¿Por qué le sería fiel si fue uno de los puntos dentro de la asociación? ¿No le había dado carta blanca para ella hacer lo mismo sin ser vista? Si bien, no podía aceptarlo... Solo se trataba de respeto. De vez en cuando cruzaba por su mente ser utilizada para satisfacer sus necesidades en vez de buscar en brazos de otra.

Cuando volvió a sentir la sangre fluir, se giró hacia la asistente quien parecía más nerviosa que cuando la enfrentó. Le mostró una sonrisa pasiva.

—Tocaré antes de entrar, ¿de acuerdo? —Layla no pudo más que asentir—. Tranquila, tu trabajo no estará en riesgo, de eso me encargo yo.

Kyle parecía su sombra siguiéndola por el pasillo hasta la puerta de la gran oficina, ella se giró para regalarle una sonrisa con la intención de tranquilizarlo. No haría una escena, no era su estilo, tampoco tenía mucho de decir, los términos habían quedado claros hace un año y medio, pero al mismo tiempo sentía que era demasiado que se vieran en la oficina donde todos la conocían. ¡Ella por lo menos lo hacía a escondidas!

Respiró hondo con los ojos cerrados intentando guardar la compostura, volvió a mirar al guardaespaldas quien asintió retrocediendo unos pasos dándole el espacio para tocar, esperar unos segundos y luego entrar.

Como era de esperarse, el señor Griffin y su socia estaban sentados en la salita, ella tenía una mano en la rodilla del hombre y la otra acariciándole la mejilla. Rebecca abrió tan grande los ojos que creía que saldrían de su órbita. Ambos la contemplaron sin separarse lo que le enfureció. Alexandra le regaló una sonrisa como si fueran grandes amigas. ¡Qué sinvergüenza!

—Vaya, no esperaba esta agradable visita —dijo Alexandra levantándose para tenderle la mano a la chica.

—Estaba casi segura de haberle informado a mi esposo que pasaría luego de la entrevista —el aludido miraba el suelo—. Si no es mucho atrevimiento, ¿de qué conversaban tan... apegados?

—Temas de la empresa, cariño, nada que deba preocuparte —dijo Matthew levantándose y acercándosele— la señorita Slater estaba por retirarse.

—Siempre imponiendo las cosas, Matt —respondió la morena con una gran sonrisa. Se giró hacia Rebecca—. Espero tengamos tiempo para conocernos. Hasta pronto Matt.

Si se tratase de un verdadero matrimonio, luego de asegurarse por un tiempo que la mujer estuviera lejos de la puerta, enfrentaría a su esposo interrogando tal cercanía. Tal vez él intentaría quitarle importancia diciendo que ella era así y finalizaría en una discusión sin sentido donde se arreglaría asegurando que no volvería a pasar.

No obstante, aquello no era un matrimonio tradicional, aquí las reglas estaban marcadas, ambos podían tener sus vidas apartes si nada salía a la luz. ¿Cómo responder ante tal atrevimiento? ¿Debía quedarse callada? ¿Aceptar las cosas como son?

—La entrevista salió muy bien, han preguntado sobre nuestra relación y prioritariamente sobre el cambio de vida que he tenido desde mi vida en Tucson y ahora ser la mujer de un multimillonario. El borrador estará en nuestro correo una semana antes de la publicación para hacer los cambios pertinentes si algo no te gusta.

Parecía una computadora, todo perfectamente dicho sin ninguna expresión en el rostro. Él tampoco demostraba nada, ni siquiera una interrogante sobre lo que acaba de decir. Quería salir rápidamente sin darle oportunidad de hablar, no se creía capaz de responder a ningún comentario, no obstante, las manos fuertes del empresario impidieron el escape.

—¿Vas a casa? —Rebecca asintió— Espérame cinco minutos y salimos juntos. —Nuevamente asintió.

¡Qué estúpida se sentía! De seguro creía que los celos expuestos eran actuación, queriendo demostrar que verdaderamente estaba enamorada de aquel hombre. Ahora él debía estar riéndose internamente.

No siendo capaz de mirar a los empleados se puso los lentes oscuros antes de salir de la oficina, dejó que Matthew la tomara de la cintura encaminándose a la recepción donde todos intentaban trabajar cuando en realidad estaban atentos a cada uno de sus movimientos.

Hubo un intercambio de palabras entre el empresario y su guardaespaldas, finalmente éste último tomó uno de los ascensores generales mientras la pareja esperaba el privado. Se tensó cuando el hombre le abrazó descansando su boca sobre el cabello, una escena tierna para los espectadores, como si diera por hecho que habían discutido y ahora estaban reconciliándose. *Buena jugada, Griffin.*

Pero la mente de Rebecca decía otra cosa, intentaba gritar tan fuerte para que todos pudiesen escucharla, se trataba de un simple objeto vendido al mejor postor, donde no importaban sus sentimientos. Cerró los ojos con fuerza escondiéndose en el pecho de su esposo a pesar de llevar los lentes puestos y nadie vería su expresión. Era una tonta, ella sola se había vendido y ahora hacía escándalos. Si seguía en ese camino de seguro que Matthew se aburriría y buscaría a una mejor.

Subió la mirada, aprovechando que su esposo miraba hacia la puerta del elevador se inclinó hasta dejar un pequeño beso en su mandíbula, como un gesto de paz, luego volvió a su posición escondida en su pecho, sin preocuparse de la reacción del hombre o de los espectadores.

Kyle esperaba a un lado del auto que trasladaba al señor Griffin, la pareja subió en los asientos de pasajeros mientras el guardaespaldas el hombre de confianza del empresario tomaba el puesto de conductor.

Se dedicó a mirar por la ventana segura que nadie podría verlos a través de los vidrios polarizados. ¿En algún momento hablaron de fidelidad? Jamás. ¿Acordaron respetarse? Sí, pero frente a la ciudad, ambos podían tener su vida clandestina sin que los demás se enteraran y Matthew parecía estar haciéndolo bien.

Sentía impotencia, tenía ganas de darle unas cuantas bofetadas... No, ella era quien debía recibirlas, existía un acuerdo de por medio y aceptó cada uno de los puntos, no tenía por qué comportarse de esa manera. Tenía la libertad de hacer lo que quisiera sin romper las reglas, comenzaría su propio negocio en poco tiempo y hacía feliz a una mujer que añoraba ver feliz a su hijo después de tanto tiempo solo. ¿Necesitaba algo más?

No se percató de la llegada a la mansión, agradeció a Samuel cuando le ayudó a bajarse del auto y luego saludó a Arthur cuando se cruzaron en la puerta. Susie salió a recibirla preguntándole si cenarían ahora o esperarían un poco más. Con una sonrisa que no llegó a sus ojos le dijo que no tenía apetito y que le preguntara a su esposo.

Lo más rápido que dieron sus zapatos altos, se dirigió a su cuarto encerrándose. Dejó la cartera sobre el primer mueble en su camino para seguir hacia el baño y quitarse el maquillaje; no tenía hambre y tampoco quería disimular que estaba de maravilla.

Tomó las toallitas desmaquillantes quitándose el disfraz de esposa modelo en la Gran Manzana, llevaba el cabello suelto liso en esta ocasión. Tuvo la necesidad de mojarlo para revivir sus risos, quería ver a la antigua Rebecca, esa que venía de una ciudad en donde era nadie y podía caminar entre la gente sin pensar en que le tomarían una fotografía o esperaban un buen escándalo para esa semana. Sacudió la cabeza cerrando los ojos, no, no quería eso.

—¿Te ayudo?

Se sobresaltó al escuchar la voz, se observaron a través del espejo fijamente, ninguno se movía de su puesto como si temieran dar un paso en falso que los llevara a una discusión, o peor aún, a ninguna parte. Rebecca seguía con las manos firmemente apoyadas en la encimera suplicando que las piernas no le fallaran cuando intentara estabilizarse.

Se incorporó asintiendo mientras pasaba una mano por la frente, como si intentara calmar una jaqueca inexistente. Cerró los ojos concentrándose en mantener la compostura y no demostrar que

algo en todo aquello le hacía estremecer. Debía comportarse profesionalmente, tal cual como si se tratara de un contrato en donde su cuerpo y alma tenían un precio.

Sintió sus manos tomar el cierre del vestido rojo y deslizarlo con delicadeza hacia abajo, no pudo evitar sacudirse cuando sintió como deslizaba el vestido desde sus hombros dejándolo caer a sus pies. Ahora solo se encontraba vestida con un delicado conjunto burdeos mostrando sus curvas y delicada piel.

Respiró hondo abriendo los ojos y encontrando la mirada a través del reflejo. Se giró en su eje enfrentándolo, él parecía rígido en su posición con temor de hacer algo que hiciera estallar la bomba, sin embargo, ella no logró controlarse.

Llevó las manos al cuello de éste acercándolo a sus labios, fundiéndose en un ardiente beso que ninguno esperaba sentir más que en sus sueños. Él la tomó por la cintura desnuda sin saber si atraerla hacia su cuerpo o alejarla, si bien ella lo acercó con sus piernas queriendo unirlos aún más.

Las manos inquietas de la chica fueron hacia la camisa, desabrochando hábilmente cada botón hasta dejar ese esculpido torso al descubierto. Jadeó cuando la tomó con fuerza para sentarla en la encimera y quedar entre sus piernas, dejó pequeños besos por su clavícula y pecho sonriendo cuando lo escuchó gemir. El deseo era intenso, deseaba llegar hasta el final, sin importar lo que sucediera luego, pero cuando intentó quitarse el sujetador, las manos fuertes del hombre la detuvieron.

La besó con delicadeza hasta quedar mirándose a los ojos, intensamente, intentando expresar de esa forma como se sentía. Rebecca suspiró dejando caer la cabeza hacia delante con vergüenza.

—Lo siento...

—Me gustaría que no lo sintieras... Es algo que llevo esperando por un año.

Los ojos verdes de la chica se enfrentaron a los ojos claros de Ryan, quien parecía alucinar con la situación, Rebecca sonrió.

—Lo sé.

—Si bien me gustaría saber porque justo ahora has decidido pasar de los besos a algo más... excitante, cuando llevo intentándolo hace meses y tú insistes en que estás casada. —Al no obtener respuesta intuyó—. Se trata del señor Griffin. ¿Verdad?

—No —respondió ella. Ryan la tomó del rostro levantándola un poco.

—Primero te pondrás el pijama y luego hablaremos, ¿está bien?

Rebecca asintió sonrojándose al recordar que solo llevaba ropa interior, esperó a que su asesor volviera con un pijama de dos piezas, dejándola sola para que se cambiara. No demoró mucho tiempo volviendo al cuarto donde el chico descansaba sobre la cama, miró hacia la puerta fijándose en que llevaba seguro; se tranquilizó.

Entendió que no se encontraba en sus cinco sentidos mientras le contaba todo lo sucedido al chico, tenían esa relación extraña entre ellos y de seguro él no deseaba escuchar que tenía celos o lo que fuera con el hombre que se había casado. Ya debía ser bastante malo saber que la mujer que le gustaba estaba casada y trabajar bajo el mismo techo que compartían. No obstante, Ryan se mostró comprensivo, entendiendo su molestia, cosa que la hizo sentir más culpable.

Decidida se arrodilló en la cama mirándolo atentamente y él se apoyó sobre sus hombros mirándole, preparado para lo que fuese que deseara. Rebecca le contó todo, desde la primera vez que conoció a Matthew, el contrato que le ofreció y como ella aceptó seguirlo, el compromiso falso, el matrimonio a conveniencia y los términos que debían seguir.

Esperaba cualquier reacción de su parte menos una carcajada.

—Bien, creo que ahora entiendo mejor las cosas —al notar la expresión de la chica se explicó—. Encontraba raro que deseara darte el mundo y a la vez estar distante, más que tú aceptaras aquello. —Con agilidad se acercó para besarla—. Eres demasiado inteligente para dejar que un hombre te quiera de esa manera.

—No soy inteligente, mira en lo que me he metido —insistió ella con la mirada baja.

—Eres valiente Becca...

Se incorporó cuando la chica se estremeció y retrocedió como si fuese a evitar que la golpearan, cerrando los ojos con fuerza, bloqueando lo que fuera que hubiese hecho o dicho.

—No vuelvas a decir eso, no lo hagas nunca más.

—Lo prometo —contestó el chico.

El tema quedó hasta ahí, Rebecca se refugió en los brazos del asesor, disfrutando del momento, haciéndole prometer que no se iría esa noche. Ambos sabían que no pasaría de dormir abrazados, no obstante, sería una de las mejores noches que pasarían desde hace mucho tiempo.

Presente

Descendió del auto dándole un asentimiento a Samuel quien, luego de cerrar la puerta, le siguió detrás conservando la distancia. Entraron en el edificio recibiendo saludos de todos los que trabajaban ahí, era el único lugar en donde dejaba de ser la señora Griffin y pasaba a ser solo Rebecca mientras su esposo no se encontrara presente.

Luke fue el primero en acercarse con una gran sonrisa y entusiasmo contagioso, guiándola hacia la recepción donde una chica de cabello rojo teñido y ojos azules ya tomaba lugar como recepcionista. Por su expresión parecía gustarle ser parte del equipo, eso le agradó. Si demostraba energía y ganas de participar en comparación a Betty, el puesto era de ella.

Siguiendo todo el protocolo de la primera vez, Sarah se presentó como alguien feliz de trabajar para y con los niños, dispuesta a laborar día y noche si era necesario con tal de lograr las metas que se establecieran. Rebecca le tendió la mano con la misma cordialidad de siempre, todos dándole la bienvenida al grupo. Todos los que estaban cerca aplaudieron.

Estuvieron toda la mañana planificando la congregación de nuevos colaboradores, ideas y la posibilidad de llevar a los chicos a uno de los resorts en Miami antes de que comenzara el invierno. Meg rápidamente puso manos a la obra redactando una carta que especificara cada detalle de la propuesta así enviarla a Layla quien se la entregaría personalmente al señor Griffin.

A mediodía apareció Lillian mostrándose entusiasta anotando todo lo que su jefa le contaba para hacer los llamados necesarios. Cuando ya era momento de partir, la rubia pidió quedarse más tiempo para conversar con el patronato, a lo que aceptó. Tomó sus pertenencias —que el guardaespaldas le tendía —despidiéndose de todos, dirigiéndose a la puerta con una gran sonrisa de satisfacción por lo logrado ese día.

Camino a casa recibió la llamada de Clarke que pedía una reunión con ella con respecto a algunos documentos que necesitaban de su firma al ser la mujer de Griffin. Al preguntar si su esposo estaba al tanto de aquella junta, el hombre rio a carcajadas asegurándole que no sería problema que se vieran en privado, además de que ella podría controlar a la bestia interna de su amigo. Rebecca se sonrojó.

Al llegar a casa una gran sonrisa de apoderó de su rostro cuando vio la mano de Ryan abrirle la puerta del auto. Se regalaron una intensa mirada antes de tomar sus roles, él recibiendo sus pertenencias y dando las instrucciones. Ella corrió a su dormitorio donde yacía sobre su cama la vestimenta de deporte. Se vistió con rapidez y bajó hacia el gimnasio donde la esperaba Liam, su entrenador personal.

Aprovechando que Matthew aún no llegaba, se dieron un abrazo y un beso en la mejilla, Rebecca soltó una carcajada tímida cuando el chico la hizo girar para admirar la hermosa mujer que había logrado derretir el corazón de su amigo. Liam era muy coqueto, cada vez que podía le halagaba sin ponerla incómoda.

Pre calentaron un rato antes de tomar una máquina. El chico decidió que primero serían veinte minutos de bicicleta estática y luego harían abdominales. Cuando iba por cinco minutos apareció su esposo con su camiseta y pantalón de chándal, le regaló una sonrisa sin dejar su rutina, mirando

detenidamente como los dos hombres se saludaban y comenzaban el precalentamiento. Nadie podría negar que fuera la mejor vista que una mujer desearía, dos hombres atractivos estirando esos músculos tonificados.

Luego de los abdominales fue el turno del Kick Boxing, Liam estaba determinado a que una mujer debía saber defenderse de cualquier atacante, hasta de su propio marido, lo que causaba risas de la chica y algunos gruñidos de Matthew. Él no era partidario de ello, pero al ser quien decidió que Rebecca debía tomar al entrenador personal, y con este no se podía dictar, debía contentarse y callar.

—Directo izquierda —dijo Liam a lo que la chica actuó en tres ocasiones—, directa derecha. —Nuevamente ella dio los golpes—. Gancho de izquierda, —indicó el entrenador y Rebecca lo realizó—. Ahora derecha... Buenos movimientos, Rebecca.

—Gracias —contestó la chica concentrada.

—Vamos, patada circular izquierda...

—Esas son las peores, no sabes cómo las detesto cuando estábamos en la cama —comentó Matthew con el aire entrecortado mientras no dejaba su ejercicio. La chica se sonrojó sin dejar de trabajar intentando creer que se hallaba sola; Liam rio entre dientes.

—Entonces debo felicitar a tu esposa.

—¿Por qué Kick Boxing y no Yoga o Pilates? —preguntó Matthew ahora deteniéndose hasta que el entrenador lo amenazó con la mirada.

—Por el interior, patada circular derecha... Una mujer necesita defenderse de dictadores como tú, Griffin, ahora sigue en tus asuntos.

Rebecca intentó reprimir una risita aún concentrada en las instrucciones, Matthew no volvió a interrumpir hasta que terminó su rutina e insistió en que mientras más aprendía su esposa, más tomaba el control en la cama. La chica solo lo observaba de reojo y seguía en lo suyo.

Cuando pasó la hora, la pareja agradeció al entrenador quedando para la siguiente clase. Charlaron de cosas banales hasta llegar a la entrada donde quedaron en cenar algún día de esos, el chico se mostró entusiasta ante la idea, despidiéndole con la mano al subir al auto y arrancar. La pareja esperó hasta que el vehículo se perdió por la verja donde cada uno tomó una dirección sin intercambiar palabras y luego reencontrarse para el almuerzo.

Ryan leía un libro recostado en la cama como si se tratara de su cuarto, aunque casi lo era si pensaban en que pasaba mucho tiempo del día encerrados ahí. Rebecca se le acercó dejándole un casto beso antes de dirigirse al baño con una propuesta de compartir la ducha, que no fue indiferente para el asesor. Si no fuera por las reglas impuestas por el señor Griffin, de seguro hubiese pasado más que solo un baño.

Diez minutos después salió con la bata, quedándose en mitad del dormitorio donde la alcanzó el chico que sin miramientos le quitó la tela entregándole las bragas y el sujetador. Las manos no se quedaban quietas recorriendo cada centímetro de piel mientras un fogoso beso los llenaba de calor. Las manos de ella se enredaban en el cabello de éste gimiendo tímidamente cuando sentía un roce más allá de lo permitido. A regañadientes se separaron con la respiración entrecortada.

Le ayudó con el vestido vaporoso color menta con la espalda descubierta. Sus ojos se encontraron en el espejo notando las mejillas sonrojadas de ella, una sonrisa se formó en sus caras y luego sin predeterminarlo se dieron un casto beso para seguir arreglándola.

Ryan pasó un cinturón marrón delgado por la cintura que combinaba con las sandalias de tacón alto. En esa oportunidad le ayudó con el cabello ya que Lillian seguía en la fundación, tampoco necesitaba algo tan elaborado. Colocó un poco de maquillaje y finalmente las joyas: una simple

gargantilla de oro blanco con dos anillos entrelazados y un brazalete a juego. Como siempre, el asesor se alejaba cuando era el turno de los anillos, ella sonrió mientras colocaba primero el cintillo de diamantes y luego el anillo con la gran roca que simbolizaba el compromiso.

Cuando estuvo lista se puso de pie ante la atenta mirada del hombre dándose una vuelta con una amplia sonrisa. Cuando confirmó que estaba perfecta, salieron rumbo al comedor donde le esperaba su esposo.

—Deberías pedirle nuevos colgantes —le susurró Ryan al oído antes de aparecerse por el comedor, Rebecca se estremeció.

—¿Más?

—Sí, no quiero que vuelva a ocurrir la situación de ayer, fue un gran fallo de mi parte hacer que uses la misma joya dos veces... Además, mientras más diamantes tengas, menos problemas económicos tendremos cuando escapemos.

La chica rio tapándose la boca negando la cabeza antes de enderezarse y entrar a la habitación. Matthew ya esperaba sentado con la copa de agua servida, ella tomó su lugar en silencio y esperó a que Arthur le sirviera su copa.

Susie y Zoe aparecieron poco después con las finas fuentes de cristal con una exquisita degustación de productos del mar. Ambos agradecieron y esperaron a que todos se fueran para tomar el tenedor y probar. Como era de esperarse, ninguno de los dos habló por lo que solo se escuchaban los cubiertos y copas chocando con el plato o la mesa.

Cuando se hallaban en el postre Rebecca comentó sobre un hermoso colgante que había visto en una revista, su esposo solo asintió, lo que se daba a entender que pronto sería suyo. Sonrió internamente esperando a que Ryan hubiese escuchado aquello.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Matthew.

El bocado que iba directo a su boca quedó en medio del camino y retrocedió al plato mientras no lo dejaba de mirar. Él no acostumbraba a preguntar sobre sus negocios personales, la felicitó en su momento cuando abrieron la boutique con Melanie, brindó con ellas, pero luego nunca más volvió a preguntar y ya pasaban cuatro meses de aquello. Carraspeó mientras tomaba la servilleta para limpiarse la boca, colocó los brazos sobre la mesa como si fuera su punto estable antes de contestar.

—Todo bien... Es decir... ¿A qué viene esa pregunta? —Sabía que era impertinente, especialmente después de la expresión del hombre, pero no sabía que más decir.

—¿No puedo preguntar? —contra preguntó Matthew sin dejar de disfrutar su postre.

—Sí puedes... La boutique va muy bien, tiene buenos clientes y el hecho de que yo me vista con esos diseños lo hace de mayor valor —contestó Rebecca aún desconcertada.

—Qué bien.

—¿Cuándo puedo empezar con los restaurantes?

—Cuando lo desees, el contrato y cualquier permiso lo tiene Layla —dijo él colocándose de pie.

Se acercó a su lado ofreciéndole la mano ayudándola a ponerse de pie. No la soltó en ningún momento lo que no solo sorprendió a Rebecca, sino a todos los que se encontraron en su camino.

Subieron las escaleras y tomaron el pasillo hacia sus respectivos dormitorios con toda calma, por lo general las cosas debían ser rápidas y puntuales, el tiempo era oro y no podía desperdiciarse en trayectos tontos o conversaciones sin sentido. Matthew parecía haber olvidado su discurso esa tarde, jamás lo había visto cruzar ese pasillo con tanta lentitud.

Tiró de su agarre cuando giraron hacia la habitación principal o la que debería ser usada por

el matrimonio, pero solo se encontraban las pertenencias del hombre. Éste no mostró reacción alguna jalándola hacia el interior, logrado que por la cabeza de Rebecca pasaran una y mil ideas de lo que deseaba hacer ahí dentro. ¿Encontraba que era el momento de consumir el matrimonio? ¿Necesitaban aparentar alguna cosa? ¿Vendría alguien de visita? ¿Por qué ese hombre no hablaba con ella en vez de arrastrarla? Más aún, ¿por qué dejaba ser arrastrada?

Se estremeció al pensar que justo ahora decidía que quería disfrutar de su unión marital, demostrarle al personal que en realidad estaban enamorados y que eso de dormir en habitaciones distintas era algo de rituales o religiones secretas. Se sobresaltó cuando escuchó la puerta cerrarse. Esperaba que Ryan estuviera pendiente y cerca para que le rescatara al escucharla gritar.

Habían sido dos ocasiones en las que pisó aquel lugar y aún se sorprendía, una gran cama de sábanas y cobertor blanco protagonizaba en medio, dos finas mesas de noche, frente a aquello una chimenea que ahora permanecía apagada, no obstante, en poco tiempo estaría prendida constantemente a penas el invierno se presentara. A un lado un sillón donde se podría disfrutar del sol y un buen libro. Esos eran los únicos muebles, como cualquier cuarto de hombre, más una terraza que daba a los hermosos jardines de la mansión.

Volvió a sobresaltarse cuando Matthew apareció a través de las puertas de su vestidor trayendo dos cajas. Reconocía una de ellas por ser un típico estuche de Cartier y la otra era una caja blanca que no sabía que era hasta que la tuvo más cerca y vio las C entrelazadas. ¿Por qué guardaba joyas en su armario? ¿Para la amante de turno? ¿O ya tenía compradas todas las joyas que ella fuera a necesitar?

Recibió primero el estuche de Cartier, le dio las gracias mientras lo abría y descubría un hermoso colgante de tres diamantes, era justo lo que necesitaba e igual al que vio en la revista, casi como si su esposo le leyera la mente.

Le entregó la caja y llevó las manos a su cuello para quitarse las argollas que llevaba puesta, se dio la vuelta tomándose el cabello esperando a que Matthew le pusiera el nuevo. Sintió como éste dejaba todo en una mesa cercana y luego con delicadeza pasaba el collar alrededor. Fue extraño, no era la primera vez que le ayudaba a colocarse una joya, era un juego que hacían seguido en lugares públicos, como si a ella se le enredara el cabello en la cadena y él le ayudase o para probarle algún regalo frente a todos en la oficina. Sin embargo, esta vez rozó el cuello con la yema de sus dedos con tanta delicadeza que le hizo estremecer.

Tomando un gran trago de aire, buscó concentración antes de girarse con una sonrisa esperando la aprobación, él asintió sin decir nada buscando la otra caja. Tal vez solo fuera imaginación suya.

Por lo general, Matthew no era de comprar cosas en Chanel, sus tiendas favoritas eran Cartier y Tiffany, solo si ella se deslumbraba por algo de otra marca, él lo compraba sin siquiera esperar. Nuevamente agradeció la caja y la abrió con lentitud, miró con sorpresa la caja y luego el rostro del hombre.

—El otro día te escuché hablando con Lillian, de lo enamorada que estabas de este reloj... Bien, ahora es tuyo.

—So-solo conversábamos, f-fue... —Rebecca perdía el habla, solo recordó una cosa—. Matthew, este reloj costaba millones de dólares... —Se cayó cuando diviso los ojos felinos.

—El dinero aquí no es problema, ya hemos discutido esto. Ahora acepta feliz el regalo y lúcelo, con eso me harás feliz —sentenció Matthew.

—Gracias —susurró ella.

Cualquier esposa al recibir ese regalo de gran valor se hubiese lanzado a los brazos de su

hombre, besado por todo el rostro esperando robarle alguna risita y luego terminarían en la cama más cercana haciendo el amor con solo el reloj puesto. No importaría si era un matrimonio real o por conveniencia, siempre sería el mismo resultado.

Rebecca le regaló una sonrisa, guardó todo en las cajas, le dio un asentimiento de cabeza, pidió permiso y se retiró de la habitación. Nada más.

* * *

La cena con los Reeve salió de maravilla, Melanie disfrutó tanto con la conversación sobre nuevas telas que traerían de Milán y comentándole los diseños que tenía pensado para el vestido rojo que dejó que su marido se concentrara solo en su socio y lograran firmar todo acuerdo para dar paso a la producción del mejor vino de La Toscana. Hasta planificaron un viaje entre las dos parejas para mostrarles a sus mujeres los nuevos terrenos adquiridos.

Aquel día decidió no seguir las reglas, deseaba un día calmado en casa o por lo menos la mañana antes de que apareciera Matthew para la comida. La pasó en la piscina disfrutando del buen clima del otoño, el sol brillaba y las nubes eran escasas lo que daba para disfrutar de los rayos recostada al aire libre. Su mano derecha se acercó con un llamado de la fundación, lo que conllevó a seguir trabajando entre ellas, hablando y haciendo planes para las remodelaciones de la nueva cadena de restaurantes que adquirió su marido. Tenían unas buenas ideas que darían resultado, no solo por el hecho de que fueran de un gran empresario, sino que el diseño llamaría la atención manteniendo el estilo que destacaba a Infinite Fantasy.

Esa tarde fue Lillian quien le ayudó a arreglarse para la noche, Ryan se había tomado unos días libres para visitar a sus padres en Chicago, algo que tenía sonriente a la rubia al no tener a otro rodeándolas y coqueteando con la jefa de hogar.

Se decidieron por un vestido azul de encaje con un cinturón blanco grueso a la cintura junto a unos tacones del mismo color. La estilista se decidió por una cartera estilo sobre blanco con diseño de pequeñas flores. Como era fundamental, se decidieron por unos pendientes de zafiro y una pulsera fina de diamantes.

Al mirarse en el espejo quedó encantada diciendo que comenzaba a dudar si Ryan seguiría conservando su trabajo, ambas se rieron mientras Lillian aceptaba la oferta con algunas condiciones, y segura de sí misma al reorganizar sus horarios para atender todas las necesidades. Le terminó de dar unos retoques en el cabello, regalándole una sonrisa a través del espejo como una buena amiga para dejarla partir.

Matthew la esperaba al final de la escalera junto a Kyle y Noah quienes se encargaban esa noche de cuidar sus espaldas. Los guardaespaldas asintieron en su dirección tomando rumbo hacia la puerta principal para preparar los autos. Como siempre, el multimillonario elogió su vestimenta luego de verificar que los diamantes estuvieran presentes.

Esa noche era especial, los abuelos de su esposo venían de visita desde Portland, donde tenían su residencia, lo que significaba que nadie podía faltar a cualquier cena o reunión que se agendara para su estadía. Rebecca les había ofrecido una habitación en la mansión, pero Claire se negó con amabilidad al querer pasar tiempo con su hija menor.

Llegaron al barrio Upper East Side estacionando frente a la hermosa puerta de la casa de los señores Griffin. Kyle fue quien le abrió la puerta mientras Matthew se daba la vuelta para tomarla del brazo y subir las escaleras esperando a que Esther abriera. Eran buenos en sus actuaciones, después de dos años conviviendo, no pasaban más de dos segundos para ver en sus expresiones lo enamorados que estaban. Saludaron a la ama de llaves quien los recibió con una gran sonrisa, como siempre y les decía que todos estaban reunidos en la sala.

La primera en recibirlos fue Claire Larson, la madre de Melissa quien adoraba verlos tomados del brazo o de la mano, siempre comentaba que nunca pensó disfrutar a su nieto tan enamorado como lo era ahora. Les dio a ambos un beso en cada mejilla y luego los dejó saludar a los demás al sentirse satisfecha de admirar a su único nieto.

Luego fue el turno de Nicholas y Melissa quienes les dieron la bienvenida preguntando como había estado el día. Eric Larson, un hombre robusto de cabello cano y barba tupida —dueño de una gran editorial en Portland —tomó la mano de Rebecca para besarle el dorso y llevarla hacia otro sector queriendo acaparar su atención con una copa de champaña, sin importarle que su nieto insistiera que no era educado quitarle la esposa a alguien.

Siempre era el mismo comentario, Eric afirmaba haberse enamorado a primera vista de la chica sin importar que estuviese su esposa presente, no perdía minuto para estar cerca de ella. Era de esos hombres caballerosos que buscaban buena compañía y conversación, sin filtro para hablar, decidido de que si el mundo leyera más este cambiaría y no habría más guerras.

Claire y Melissa eran las encargadas de la cocina esa noche, haciendo reír a todos mientras preparaban algunos bocaditos o los platillos principales. Las carcajadas eran mayores cuando Esther miraba con una sonrisa y negando en silencio al ver el desastre que había en la cocina.

Cuando Matthew pudo sacar a su mujer de las garras de su abuelo, la rodeó con sus brazos asegurando que no la soltaría por el resto de la noche. Rebecca reía devolviéndole el abrazo a su marido y besándole en la barbilla, demostrando cuanto disfrutaba con sus mimos: las caricias en su cabello cobrizo suelto y el juego silencioso que hacía con sus dedos, en especial cuando se detenía en los anillos. Todos sonreían al verlo, como si el primogénito no creyese aún que ella lo había aceptado.

Las risas no se detuvieron hasta llegar a la mesa cuando el ama de llaves echó a madre e hija para encargarse de terminar la cena. De seguro no le tenía muy contenta el desorden que habían ocasionado con algo tan fácil como Spaguetti con albóndigas. A pesar de ello, la comida estaba deliciosa, recibiendo varios aplausos y repeticiones.

—¿Celebrarán su segundo aniversario? —preguntó la señora Larson.

—Recuerdo que el primer año no hicieron nada, algo imperdonable jovencito —dijo Eric con el ceño fruncido mirando a su nieto.

—Sí lo celebramos, Eric —intervino Rebecca con una sonrisa—, solo que no como esperaban todos, Matthew estaba muy atareado con negocios y preferí algo sencillo, aún no estaba acostumbrada a eventos de lujo.

—Hemos acordado hacer algo entre nosotros los primeros años, la próxima celebración a lo grande será cuando mi mujer sea una santa por aguantarme cinco años, ¿les parece? —contestó Matthew tomando la mano de su mujer y besándole los nudillos.

—Un Larson o Griffin, jamás hará algo simple... Imagino que tienes planeado algo —refutó Eric colocando los puños sobre la mesa.

—Papá, no intervengas... —interrumpió Melissa, Matthew le sonrió a su madre para tranquilizarla.

—Abuelo, Rebecca se merece el cielo, pero no sería una sorpresa si digo lo que tengo preparado —la chica mencionada abrió los ojos de sorpresa mirando a su esposo.

—Ese es mi nieto, jamás dudé de ti.

Todos en la mesa negaron mientras el señor Larson seguía disfrutando de su plato.

Cuando llegó el postre, Rebecca jadeó al ver su tarta favorita. Desde que se lo comentó a Melissa, ella siempre procuraba tenerla o le enviaba una de regalo a casa. Se trataba de un pastel

de chocolate y trufa, se había enamorado de este cuando lo probó para el pastel de boda, era su mayor debilidad. Le agradeció a su suegra lanzándole un beso desde el otro lado haciéndola sonrojar.

Por supuesto fue el pedazo más grande para ella, los hombres acompañaron el dulce con un bajativo y las mujeres con un café. Seguían cada uno en sus conversaciones hasta que Claire interrumpió con un tema que parecía incomodar, aun cuando era un deseo que todos llevaban en la mente.

—¿Y para cuando serán los nietos, o bisnietos en mi caso?

Matthew y Rebecca se dieron una ojeada, sabían la respuesta de la cual a nadie le gustaría escuchar. La chica tragó en seco con la mirada fija en lo que le quedaba de pastel.

—Abuela, solo llevamos dos años casados, todavía necesitamos tiempo a solas.

—Yo tuve a tu tío John al año de casarme, creo que dos años es bastante tiempo para conocerse y estar solos.

—Claire, creo que es una decisión de ellos, donde no debemos interferir —opinó Nicholas mirando a su hijo como disculpa.

—Estoy a favor de mi mujer —insistió Eric tomando la mano de su esposa—, es nuestra única oportunidad de tener bisnietos, lamentablemente nuestros hijos no han sido considerados en la descendencia.

—Además, Matthew, ya tiene 34 años y Rebecca está en la flor de la fertilidad a sus 23 años, es solo dejar de ocupar esos métodos anticonceptivos que hay hoy en día y no demorarán en concebir.

—Madre... —intentó interrumpir Melissa, la señora Larson levantó la mano para callarla.

—En el caso de que tengan problemas para tenerlos, hay miles de métodos que ayudarían...

—¡Abuela! —todos en la habitación quedaron en silencio contemplando al chico, éste respiró profundo—. Primero, como has dicho, Rebecca es muy joven para agregarle el peso de criar a un hijo más todo lo que hace; y segundo, quien no quiere tener hijos o por lo menos no piensa en ello hasta ahora, soy yo, ¿está bien? No quiero oír más este tema, por favor.

Nicholas se encargó de cambiar el tema intentando dejar eso de lado. Los señores Larson intercambiando palabras silenciosas a través de vistazos sigilosos en silencio antes de seguir el juego de su yerno. Como apoyo Rebecca tomó la mano más cercana de su esposo dándole un apretón, demostrándole que respetaba su decisión. Matthew le sonrió acercándose para darle un beso en el cabello y volver a su plato.

Rebecca también intentó disfrutar de su postre favorito, si bien la amargura estaba ganando, no era que se sintiera mal porque su marido no quisiera tener herederos con ella, hace ya bastante tiempo que entendió de que trataba ese trato en entre ellos. Ella cobraba una buena fortuna todos los meses por dejar que ese hombre la utilizara de la forma que encontrara pertinente y una de ellas, era olvidar el contacto físico, a lo menos que estuvieran frente a personas que creían en su supuesto amor.

No pudo evitar preguntarse porque Matthew no quería hijos, no imaginaba una historia escabrosa con traumas de infancia, los Griffin eran una familia extraordinaria. ¿Y si era infértil? ¿No quería que su familia se enterara? ¿Aceptaría adoptar si se lo proponía? ¿Se haría cargo del hijo de otro hombre en el caso de quedar embarazada de alguien? A su mente vino Ryan. ¿Qué pasaba si Alexandra quedaba embarazada? ¿Tendría que cuidar a ese bebé como si fuera suyo? Sacudió la cabeza, eran demasiadas preguntas y algunas alocadas.

A eso de medianoche, decidieron retornar a la mansión, la chica se despidió con mucha

amabilidad de todos como si quisiera que no le tuvieran pena, aunque sabía que sería tema próximamente si esas dos mujeres decidían aparecer por casa para tomar el té.

Como era de esperarse, los guardaespaldas se hallaban en la puerta junto al auto. Todos observaban desde la puerta por lo que la actuación seguía, Matthew caballerosamente le tomó la mano para ayudarla a subir, mirándola intensamente le besó la mano antes de cerrar la puerta permitiéndole privacidad. Rápidamente partió el motor y salió en silencio tomando la avenida principal.

El camino fue silencioso, era como si justamente toda la ciudad supiera que no era momento de intervenir con gritos, música y todo lo que conllevaba la Gran Manzana. Las calles parecían despejadas o su esposo había tomado un camino diferente.

Al cruzar las puertas de Old Westbury el BMW híbrido tomó la delantera escoltándolos hacia la mansión, el deportivo giró ingresando hasta estacionar en su lugar correspondiente donde los recibió Arthur deseándole buenas noches a la pareja. Como muy pocas veces, siguieron el camino pegados, como un verdadero matrimonio, dispuesto a compartir una noche abrazados.

Se sorprendió al verlo dirigirse a la biblioteca en vez de su cuarto, se quedó en el marco de la puerta observándolo desaparecer, preguntándose qué podría ser tan importante como para perder horas de sueño y tener que trabajar en la madrugada. Cerró los ojos suspirando antes de encaminarse hacia la misma dirección.

Matthew se hallaba frente a la mesa que albergaba los licores sirviéndose un vaso de Whisky, sorprendiéndose al saber que él no tomaba alcohol, solo en eventos. Al girarse y verla no pareció molestarle, al contrario, le indicó el vaso ofreciéndole del líquido a lo que Rebecca negó. Lo observaba con disimulo esperando el momento exacto para comenzar el cuestionario, no podría dormir si no respondía sus dudas; él lo notó.

—Dilo de una vez —murmuró Matthew junto a un suspiro.

—¿Debes trabajar? ¿A esta hora? —Él rio sin ganas.

—Estoy seguro de que no te importa si trabajo o no, y no era lo que querías decir —tomando un trago del líquido ámbar volvió a incitarla en silencio.

—Es que no entiendo porque no quieres tener hijos, eso lo esperaría de mi parte, no tengo padres, no hay una familia constituida y feliz a la cual querer imitar, pero tú... Matthew, tu familia es hermosa, ¿Por qué no querer tener una propia?

Se sobresaltó cuando lo tuvo a solo unos centímetros, sentía su respiración agitada y el aliento a alcohol. Lo vio cerrar los ojos, tomar un trago de aire y luego enfrentarla con su mirada felina, listo para atacar. Se estremeció con disimulo.

—Esta asociación tiene ciertos puntos, como los secretos que cada uno posee: yo no me meto en los tuyos y tú tampoco en los míos, ¿se entiende? —Rebecca asintió—. Bien, es mi problema si no quiero una familia; en caso de que lo deseara, deberías preocuparte, eres mi mujer y con quien debería tener esos hijos... Así que mejor no tientes a la suerte. —Terminó Matthew alejándose lentamente sin girarse.

—Podría con ello, ¿no soy tu mejor adquisición? De algo que sirva el dinero que destinas a mi cuenta al comprarme...

—¿Rebecca!

Seguramente acababa de despertar al tigre en su interior y a todo el personal, sin embargo, siguió de pie sin sobresaltarse como lo hubiese hecho hace unos años. Él intentaba controlar su furia mientras ella aparentaba no sentirse aterrada, cuando en realidad su corazón parecía querer salir de su pecho. Bajó la cabeza murmurando una disculpa al darse cuenta de que estaba

equivocada, lo escuchó bufar y luego darle las buenas noches. Saltó cuando la puerta se cerró con fuerza.

Se rodeó con los brazos deseando que Ryan viniera a rescatarla, sabía que sería imposible, estaba a kilómetros de distancia. Pensó en llamarlo descartándolo al segundo, no era algo que no pudiese solucionar sola. No tenía más vueltas que darle, debía seguir con su vida normal y olvidar aquella cena.

* * *

Sintió la luz entrar con furor lo que la hizo esconderse entre las mantas, aunque duró poco cuando escuchó la voz de Ryan mientras se las quitaba, echándola hacia atrás, dejándola con la fina tela del pijama y el frío de esa mañana.

Molesta, buscó su nuevo teléfono celular, obsequio por su segundo aniversario, para ver la hora antes de ladrar por ser levantada tan temprano cuando era sábado. Se sorprendió al percatarse de que eran pasadas las once de la mañana, se giró hacia su asesor quien iba y venía del armario a un bolso sobre el tocador.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo es que dormí tanto?

—El señor Griffin me pidió que te dejara dormir más tiempo, pero ya has cumplido tu hora límite, vete al baño.

La voz del hombre era tensa, nada parecida a la personalidad risueña cuando debía referirse a Matthew. Algo andaba mal y necesitaba averiguarlo, no obstante, Ryan no estaba de humor, demasiado concentrado en su trabajo por lo que se rindió a seguir las reglas.

Tomó su ducha habitual, hidrató su piel y se puso el conjunto de lencería que dejó el chico junto a la bata de satín. Cuando salió, éste tomaba unas cuantas cajas de sus joyas y las colocaba en el bolso. Sintiéndose ignorante ante lo que ocurría, con voz autoritaria preguntó qué hacía con sus cosas.

—El señor Griffin ha decidido darte una sorpresa por su aniversario de bodas, se irán unos días de vacaciones solos. Dentro de este bolsillo va una nota con los conjuntos que debes colocarte y el maquillaje correcto, el peinado lo dejaré a tu elección —decía Ryan sin siquiera darle un vistazo y con el ceño fruncido.

—No entiendo para que quiero eso, es tu trabajo —dijo Rebecca.

—Porque yo no iré, son órdenes del señor —sentenció el chico entre dientes.

Rebecca sorprendida no se movía de su lugar, contemplando la expresión de su asesor quien definitivamente estaba molesto con el tema, no tenía idea de cuantos días estarían fuera, lo extraño es que se fueran solos, eso jamás pasaba. Siempre alguien los acompañaba, podía ser Lillian, Ryan, alguien del servicio o algún socio de su marido; nunca solos. La única vez que lo hicieron fue en su luna de miel.

Sintió su estómago retorcerse, algo no andaba bien y eso le incomodaba. En su mente repasó el contrato buscando alguna cláusula que explicara esta situación o alguna regla, pero nada venía de inmediato... solo la promesa de una sorpresa para aquella fecha en una conversación con su abuelo. Así que lo cumpliría.

—Ryan...

—¡Rebecca, ya lo he intentado todo! Tu esposo no dará el brazo a torcer, hace una hora juntó a todo el personal explicando que se irían solos una semana a un lugar, aclaró que nadie los acompañaría por lo que nos podíamos tomar ese tiempo de descanso —dijo el chico sin fijarse en ella—, solo cuídate, ¿bien?

—Sabes que no hay nada entre nosotros, es solo una actuación —susurró la chica.

—Lo sé, pero esto está muy extraño. Jamás ha dado una orden como esta —insistió el chico frustrado. Ella le abrazó y besó en la mejilla.

—No te preocupes de más, solo debe haber planeado algo para controlar a sus abuelos.

Se sobresaltó cuando la tomó en sus brazos llevando una mano a su cabeza para acercarla a sus labios. Se besaron con fervor, él quería ser como una enredadera sin querer que escapara. Ella lo tomaba por el cabello disfrutando del fuego entre gemidos.

Cayeron sobre la cama siendo un atado de manos recorriendo el cuerpo de cada uno, la camisa de Ryan terminó en el suelo al igual que la bata de satín. Los besos comenzaron a bajar por la clavícula hasta el monte de sus senos escondidos en el bonito sujetador de encaje. Rebecca arqueó la espalda para darle facilidad de quitarle la prenda a lo que él rápidamente obedeció.

La chica fue al cinturón desabrochándolo con torpeza lo que dio tiempo para que el asesor se corriera con brusquedad entre la respiración entrecortada y bufidos.

—No es momento ni lugar.

—Cierra la puerta con llave, prometo no hacer ruido —Ryan rio entre dientes negando con efusividad.

—Recuerda las reglas, cariño, nada de sexo en la mansión, menos cuando tu esposo está en la habitación de al lado —Rebecca se dejó caer molesta.

—No entiendo que es lo que quieres, siempre tienes una excusa para evitar el sexo entre nosotros —reclamó la chica frustrada.

—Ya es frustrante tener que ser tu amante dentro de esta mentira que aceptaste, como para darle motivos de sacarme a patadas y a ti quizás que cosas pueda hacerte o decir. No pienso arriesgar a la persona más importante en mi vida.

Rebecca suspiró vencida, tomó la bata para tapar su desnudez mientras buscaba el sujetador junto a la ropa elegida y encerrarse en el baño. Llevaba más de un año en ese juego erótico en donde no llegaban más allá de besos apasionados y ropa esparcida por el suelo. No es que estuviese desesperada por sexo o un buen amante, no obstante, tenía sentimientos por Ryan y muchas veces se preguntaba que sería dejar todo para irse con él, hacer una vida normal con un hombre en vez de vivir esa farsa.

No permitió que el asesor le ayudara a arreglarse, se puso sola el vestido de lana blanco con corte imperio, las medias transparentes y los zapatos a juego con el abrigo y accesorios. Los diamantes fueron los últimos después de decidir llevar el cabello suelto. Ambos se giraron a la puerta cuando Lillian entró preguntando si necesitaba ayuda e informando que el señor Griffin esperaba en la planta inferior.

Media hora después bajaban las escaleras, Arthur le esperaba para darle los buenos días recibiendo el bolso para llevarlo al auto. Le preguntó a Rebecca si necesitaba algo, ella negó con una sonrisa pidiéndole que descansara esos días. Luego se acercaron Susie y Kate quienes le dieron una reverencia y subieron para ordenar las habitaciones.

Lillian y Ryan se quedaron atrás cuando divisaron a Matthew quien permanecía sentado frente al piano. La tapa protegía las notas por lo que solo admiraba la superficie acariciando la madera, algo muy común desde que lo conocía, nunca tocaba. Rebecca se le acercó dándole los buenos días a lo que él respondió informándole que en pocos minutos partirían.

Ella intentó saber qué harían esos días solos, sin embargo, no recibió respuesta por lo que tuvo que contentarse con el plato fruta que le entregó Zoe luego de desearle buen viaje.

Le sorprendió que fuera su auto el que usarían, más cuando se percató que ni siquiera Kyle, Samuel o Noah los acompañarían; confirmado, solo serían ellos dos en un lugar incierto donde no

podría recurrir a nadie si algo malo ocurría. Empezó a ponerse nerviosa, aunque no dijo nada.

Ryan fue el último en acercársele deseándole un buen viaje y recordarle la nota en el equipaje con los vestuarios completos. Asintió con frialdad girándose hacia su mano derecha y darle un abrazo, prometiendo que llamaría si algo pasaba en la fundación. Le dio unas palabras al personal y luego un *hasta luego* a Samuel quien esperaba paciente con la puerta del copiloto abierta. Éste le deseó un buen viaje y luego de cerrar, el BMW quedó en silencio por un largo tiempo.

Siguió cuestionando a su marido cuando estacionaron en el aeropuerto frente a la entrada exclusiva a privados. Matthew no decía ni una palabra, solo hablaba con los encargados y luego con el piloto de su jet privado cuando se embarcaban.

Rebecca ya perdía la paciencia, saludó a la tripulación de manera fría cuando la recibieron en la compuerta, luego no le dirigió ni una palabra a nadie más. Fueron las cinco horas más largas de su vida.

Despertó de su siesta cuando escuchó por el altoparlante en donde pensaban aterrizar. Abrió los ojos con sorpresa percatándose de Matthew quien seguía con los ojos sobre la pantalla de su ordenador personal. ¿Vancouver? ¿Cruzaron todo el país para qué? ¿Qué tendría su esposo en esa ciudad? ¿Cuál era la intención de este viaje sin compañía? ¿De qué sorpresa se trataba?

Imitó a su esposo cuando éste dejó el portátil a un lado y se abrochaba el cinturón, el aterrizaje fue perfecto al igual que el vuelo. Rebecca se movía inquieta viendo de un lado a otro, necesitaba relajarse, pero le era imposible. Se sobresaltó como esa chica indefensa que llegó a New York hace dos años cuando la azafata le preguntó si necesitaba algo antes de bajar, ella negó sin mirarla.

Como era propio del señor Griffin, un BMW negro híbrido, como esos que tenían en casa, los esperaba a pocos pasos. Rebecca fue la primera en ingresar sin esperar el protocolo mientras se colocaba los lentes oscuros.

Fue otro largo viaje entre el hermoso paisaje que entregaba la ciudad, una vegetación que no se veía en la Gran Manzana, tanta tranquilidad que llamaba a descansar y olvidarse de los problemas. Cerró los ojos respirando hondo controlando la ansiedad, estaban lejos, pero no existían amenazas, su esposo no le haría daño.

Bordearon la península de Georgia hasta detenerse frente a una verja de madera, escondida entre grandes árboles. Matthew bajó para abrir y luego entró el auto para volver a hacer el mismo proceso antes de seguir la ruta.

Como era de esperarse, su esposo jamás elegiría un lugar corriente para pasar una temporada. El terreno era precioso y paradisíaco, se hallaba a la orilla del mar, parecieran estar sobre un acantilado y la casa hubiese sido construida sobre la nada. Estaba escondida entre las rocas y los árboles, el empresario bajó los bolsos y le mostró el camino por una escalinata que bajaba a la puerta principal.

Definitivamente el lugar era maravilloso, la entrada era de cuento de hadas que daba a una pequeña salita y una espléndida vista. Su esposo le explicó que la puerta principal daba al tercer piso, por lo que desde ahí se bajaba hacia las habitaciones, cocina y el resto. No obstante, Rebecca no podía retener cualquier información cuando admiraba el paisaje más perfecto que existía, teniendo en cuenta que su luna de miel fue en Hawái.

El comedor era alucinante, y no por los muebles, sino por la pared de cristal que les mostraba el comienzo de un hermoso atardecer.

Una escalera entre madera y piedra descendía por cada piso donde se apreciaba una salita para disfrutar de la estancia. En el tercer piso se hallaba la cocina, una sala de televisión,

comedor y sala, el segundo consistía en tres cuartos, cada uno con baño privado y el primer piso un sótano con una mesa de pool, sistema de audio y un minibar.

Primero pasaron por su dormitorio, un espacio acogedor con todo lo necesario para pasar unos días. De cortesía, Matthew le mostró el cuarto principal que era igual de acogedor con un perfecto paisaje por los dos grandes ventanales de pared a pared.

Decidieron aprovechar la cocina y comer algo, él comentó que por la mañana llegaría la mujer que se encargaba de cuidar la casa, quien se preocuparía de tener todo ordenado y cocinar mientras ellos estuvieran ahí. Si bien, Rebecca se ofreció para cocinar esa tarde a lo que Matthew asintió con una sonrisa. No se sorprendió al ver la despensa abastecida para un año.

Él se encargó de elegir el vino luego de que Rebecca decidiera por un pescado a la parrilla, era la primera escena en que parecían un verdadero matrimonio, lo que la desconcertó por lo que empezó con el cuestionario habitual.

—¿A quién pertenece esta casa? Espera, no contestes, lo haré por ti —dijo deteniendo el cuchillo y mirándolo fijamente distinguiendo una sonrisa—, tuya.

—Efectivamente.

—¿Desde cuándo?

—Un año antes de conocerte, fue la única vez que tomé vacaciones y vine por estos lados. El lugar me gustó y lo compré —explicó Matthew sirviendo las copas.

—Obviamente —murmuró la chica atenta en su trabajo—, gracias —dijo recibiendo la copa de vino blanco—. ¿Y a qué se debe esta escapada misteriosa? ¿O seguirás evitando el tema?

—Celebramos nuestro aniversario —dijo él con naturalidad—, esta es la sorpresa que Eric intentaba sacarme durante la cena.

—Bonito detalle.

—De nada.

Rebecca asintió y siguió en su trabajo sin más que decir. Matthew disfrutaba del atardecer tomando el líquido en pequeños tragos, en un momento ofreció ayuda, pero al recibir una carcajada de su esposa decidió seguir en silencio y esperar. Cuando la chica tuvo listo pasaron a la mesa.

Lo miraba de reojo notando que algo extraño pasaba, no era el tigre firme, seguro y amenazante de siempre, no parecía ser el dueño del gran imperio de entretenimientos. Más bien parecía un hombre inseguro, tímido... Le recordaba a ella. Sacudió la cabeza, dejó los cubiertos sobre el plato y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Bien, dime lo que sucede.

Matthew cerró los ojos, respiró hondo, pero no botó el aire, lo dejó retenido hasta que suspiró. Le imitó en la postura, miró al frente y luego la encaró.

—Tendremos un hijo.

—¿Qué?!

Caída

¿Cómo reaccionar ante una noticia como aquella? Eran variadas las opciones.

Uno, si era un matrimonio feliz sería la herida sangrante que tal vez nunca sanaría, el dolor de la mujer al saber que ha sido engañada creyendo que estaban enamorados; dos, si eran pareja, novios o cualquiera de los derivados, la mujer podría darse media vuelta y olvidarlo, encontrar a un hombre mejor que la respetara, al fin y al cabo, no tenía por qué hacerse cargo de las irresponsabilidades de su ex. La tercera opción era un matrimonio infeliz, una mujer que necesitaba del dinero y sustentabilidad que tenía por lo que aceptaba aquella infidelidad sin importar lo que dijera el resto, ya que ella siempre sería la esposa legal y quien recibiría cualquier herencia.

Luego se encontraba su caso, la cuarta opción y una que no se veía a menudo, tal vez ni siquiera pasaba por la mente de otros, solo de Matthew. ¿Cómo reaccionar ante la infidelidad de su esposo, al cual no ama, no siente nada y con quien ha aceptado un contrato? ¿Enojo, tristeza, rabia, decepción? ¡Maldición! Se sentía frustrada, sin saber cómo responder ante su anuncio. ¿Podría gritarle? ¿Debía darse la vuelta? ¿Aceptar al bebé como si fuera propio? ¡No, que locura, eso ni muerta!

Sin poder soportar la ansiedad se paró dando vueltas por la estancia, se llevó las manos al cabello enredándolo, respirando tan hondo que solo pudiera pensar en retener el aire y no arrancarse mechones que luego lamentaría. Lillian no estaría feliz si llegaba con la mitad de su cabello, Ryan tal vez la dejaría de querer o compraría pelucas para esconderlo... ¿Qué diría Ryan de todo esto?

Levantó la mirada hacia el paisaje, bajó las manos dejando que su cabeza diera vuelta entre uno y otro recuerdo. Pensando en cuál de las ocasiones aprovecho que su esposa no estaba cerca para disfrutar en compañía de su amante, ¿habría sido en la misma oficina? ¿Sería capaz de llevar tal acto donde todos creían en su amor incondicional? ¡Por todos los cielos! ¡Nada tenía sentido! Se giró hacia él con fuego en los ojos.

Matthew seguía sentado, en la misma posición desde que dio la noticia, era el lindo felino despreocupado porque ya llevaba la panza llena, lo que significaba que no debía ir a cazar otra presa para satisfacerse. Volvió a sentir el ardor por dentro, ya no podía controlarlo, necesitaba romper lo que se pusiera en su camino. Con rapidez tomó el plato que aún llevaba la mitad del pescado y lo lanzó contra la muralla de piedra tras ella.

—Rebecca, contrólate.

—¿Qué me controle?! ¡Como me puedes pedir eso! ¿Entiendes lo que significa esto?

—Lo sé, es un gran cambio, lo entiendo... —intentó explicar Matthew, pero ella parecía fuera de control.

—¿Un gran cambio?! ¡Eso estaba fuera de nuestro acuerdo!

—¿Debes gritar? ¿Por favor, podríamos conversarlo con serenidad? —preguntó el hombre sin pararse de su silla. Rebecca rio entre dientes con una mano en la frente.

—¿Qué tenemos que conversar, Matthew? ¡Ya está hecho!

—¿Ya está hecho? —parecía confundido, pero ella no le dio importancia.

—¡Cuántas veces te lo pregunté! ¡Cuántas veces rogué para que esto no sucediera! —Respiró hondo para calmar un poco la rabia—. Sé que se halla dentro del acuerdo no interferir en la vida del otro, solo era un buen trato que nos beneficiaba a ambos... ¡Yo me mantuve alejada, Matthew! ¡Y tú no pudiste mantener la polla lejos de esa mujer!

—¡Rebecca, controla ese lenguaje!

Abrió los ojos de par en par con su cuerpo estremeciéndose de pies a cabeza. Era segunda vez que le gritaba y el tigre en su interior tomaba fuerza demostrando quien mandaba. Comenzaba a entender porque las mujeres que tomaron su puesto anteriormente no duraban más de unos días o semanas. Tragó en seco pestañando más de lo común, sin poder enfrentarse a su esposo que ya se encontraba de pie a pocos pasos de ella.

El lugar quedó en silencio y por primera vez se preguntó a cuanta distancia estaban los vecinos y cuan insonorizada era la casa. ¿Se enterarían de su discusión? ¿Había dicho polla? Sintió las mejillas sonrojarse.

—No sé de qué mujer estás hablando, aunque debo suponer que se trata de Alexandra —expuso Matthew en un tono bajo, amenazante—. Ahora, si estás más calmada, Alexandra no es mi amante, no me he acostado con ella y menos está embarazada como creo que has supuesto.

Sintió el balde de agua fría caer sobre ella, la sangre que antes hervía ahora pasaba en un segundo a congelar sus venas deteniendo todo su sistema nervioso. Abrió los ojos con sorpresa y por fin le miró a los ojos. No creía en su palabra, e igualmente dejó que hablara.

—¿No está embarazada? —El negó—. ¿Por qué has dicho que tendrás un hijo? —Preguntó avergonzada, Matthew suspiró.

—Tendremos... Si me dejaras hablar antes de imaginar cosas, sabrías a lo que me refiero.

—Está bien, adelante... —dijo Rebecca calmándose.

Matthew tomó aire un par de veces, contempló los restos de comida sobre la alfombra y el plato hecho añicos. Rebecca cada vez más roja corrió a la cocina por un paño para poder levantar el desastre, le sorprendió cuando su esposo se hallaba a su lado ayudándole.

Levantaron el desastre del suelo y de la mesa llevándolo a la cocina, él rellenó las copas con vino, colocó una mano en la espalda de la chica dirigiéndola hacia una de las salitas, se acomodaron con lentitud y luego se enfrentaron. Ambos estaban muy nerviosos.

—Cuando decía que tendríamos un hijo, me refería a ti y a mí.

—¿Qué?! —Matthew la observó amenazante—. Lo siento.

—Desde la cena con mis abuelos y padres que no ha dejado de rondar por mi cabeza la insistencia que le han puesto al tema. Mi abuelo ha aparecido por la oficina para darme una gran charla sobre paternidad y lo infeliz que está Claire al saber que no quiero tener hijos y como estarás tú internamente sin poder opinar al respecto... El tema no ha dejado mi cabeza en todo ese tiempo, es por lo que he decidido en tomarnos estos días para conversar el tema e incluirlo en nuestro acuerdo. Según Clarke, es plausible si ambos lados aceptamos hacer modificaciones.

—Matthew, solo has dicho que tendremos un hijo, ¿no has pensado en preguntar? Nos hubiésemos ahorrado mí... a-ataque.

—Sí, lo sé y lo siento, ¿podemos comenzar otra vez?

Rebecca asintió, aunque no muy segura de querer hablar sobre aquello. No se sentía cómoda con tratar algo así como si fuera una asociación más, una cláusula dentro de un contrato. Hablaban de un hijo, de una vida inocente que no tenía por qué vivir bajo esos términos.

Le escuchaba hablar sobre pruebas in-vitro o inseminación artificial que darían resultados exitosos, que habitación acomodar para un bebé, que educación darle, como exponerlo ante la prensa. Si bien jamás del cariño que le darían, al igual como le explicarían que sus padres tenían un matrimonio falso y para satisfacer a los demás recurrieron a él. ¿Ese bebé merecía aquello?

No se percató de que su boca se abrió y decía lo que pensaba de una forma bastante vergonzosa nuevamente.

—¿Por qué no crear esa vida de la forma tradicional? ¿No sería un poco más íntimo? ¿Algo verdadero dentro de este matrimonio? —Sintió las mejillas calientes nuevamente, no se reprimió —. Es decir, estamos hablando de un bebé, un hijo... tendrá tu sangre.

—¿Y? —Esa simple palabra le dolió.

—Matthew, yo no tendré un hijo contigo solo para que tu familia esté feliz. ¿Has pensado que querrá ese niño? ¿No ha venido a tu mente que ese niño te llamará papá y querrá tu amor? Querrá pasar tiempo contigo.

La habitación quedó en silencio, lo vio bajar la cabeza pasando una mano por el cabello intentando no demostrar lo inseguro que se sentía. Quería acercarse y por primera vez en dos años ser una verdadera esposa, poder consolarlo, demostrarle que no estaba solo a pesar de que así lo sintiera. Demostrarle con tacto que podían apoyarse mutuamente para salir de aquellas pruebas que ponía la vida. No obstante, ni ella sabía bien cómo enfrentarse a una situación tan incómoda.

Lo pensó bien reaccionando de inmediato, de un salto se puso de pie y se arrodilló frente a su marido apoyando ambas manos en las rodillas de éste. Él por fin la miró.

—Sí... sí lo he pensado.

—¿Y que sientes al respecto? —preguntó Rebecca, él suspiró.

—Nunca seré un buen padre, si bien sé que tú serás una excelente madre y no hay mejor persona en este mundo en quien confiar algo tan importante como una criatura indefensa. Por eso hace dos años te elegí para que fueras mi socia.

—Exacto, tu socia en los negocios, una esposa florero que te enorgulleciera y todos te envidiaran, lo cual he hecho bien, pero un hijo es muy diferente, con él tendrás un lazo inquebrantable... Será de por vida.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Matthew llevándose ambas manos a la cabeza intentando esconderse. Ella suspiró.

Asombrada lo observó detenidamente, dejando lejos aquel respeto que sentía por aquel hombre, demostrando compasión. Ahí ya no estaba el exitoso empresario sino un niño pequeño asustado, fuera de su lugar de confort, expuesto para que pudieran dañarlo. Necesitaba demostrarle que ella no sería esa persona, era su par, su pareja, dispuesta a ayudar en lo que fuera necesario.

Arriesgándose y sin pensarlo llevó una mano al cabello oscuro de Matthew, acariciándole por la nuca, sintiendo como relajaba los músculos de la espalda y hombros. Suspiró hondo, manteniendo el aliento antes de dejarlo escapar lentamente.

—Matt...

Alzó las manos ante el movimiento brusco del empresario, mostrándose sorprendido. No entendió que ocurría hasta que comprendió, primera vez que le llamaba por su apodo. Se contemplaron por unos segundos hasta que él dejó caer la cabeza nuevamente.

—Podría considerar aquello, podría aceptar agregar otro punto al contrato. Solo necesito que estés ahí, yo no me haré cargo sola de esto cuando es tu idea. Somos un matrimonio y como tal debemos tomar una decisión de este calibre con más delicadeza. Comprendo tu intención de

aparentar ser feliz para contentar a tu familia, pero un niño inocente no entenderá eso y querrá saber porque sus padres no están juntos como otros... o tantas otras interrogantes.

Matthew levantó la mirada nuevamente hacia los ojos verdes de ella asombrado, Rebecca intentó sonreír para tranquilizarlo, aunque sabía que sentía el temblor de sus manos sobre las rodillas.

—¿Te embarazarías solo para satisfacer a otros?

—No, lo haría por mí, por nuestra convivencia y quiero que tú lo hagas por ti, no por lo que otros piensen.

El silencio se apoderó de la habitación, cada uno en sus pensamientos, disfrutando de los últimos rayos del sol que se encendían dejando bellos colores sobre el mar y las montañas. A eso de la medianoche se despidieron yendo, cada uno a su dormitorio a descansar o por lo menos intentarlo.

A la mañana siguiente despertó a eso de las diez, asustada se levantó rápidamente tomando una ducha rápida colocándose el primer vestido que encontró colgado, arreglando el cabello para estar algo presentable. El maquillaje y las joyas serían después.

Sin embargo, se sorprendió cuando descubrió que su esposo aún seguía en la cama al encontrarse con una señora mayor quien se presentó como Mary, la encargada del orden en esa casa. No estaba enterada si ella iba al tanto del extraño matrimonio que llevaban entre ellos, por lo que intentó hablar del tema lo menos posible. Le pidió ayuda para preparar una bandeja así llevarle la sorpresa al cuarto.

Bajó con cuidado hasta el piso correspondiente, mirando primero hacia su dormitorio, preguntándose si sería mejor ordenarlo para evitar preguntas. Negó tomando dirección hacia el lado contrario tocando a la puerta que le mostró Matthew la tarde anterior. Al no recibir respuesta decidió entrar de todos modos.

Ya que no había cortinas, el sol entraba a raudales por lo que se extrañaba que su esposo siguiera durmiendo, más conociendo que no era de los que pasan tiempo de sobra en la cama. Dejó la bandeja en una mesa para luego acercarse al hombre que dormía plácidamente, jamás tuvo que despertarlo por lo que no sabía qué hacer, se sentó a su lado y sin pensarlo llevó una mano al cabello mientras le susurraba que despertara.

Cuando esos ojos oscuros le miraron, ambos se quedaron congelados sin saber cómo reaccionar. Rebecca lentamente quitó la mano y se levantó con la intención de traer la bandeja a la cama. Matthew se incorporó sentándose contemplándola en cada movimiento hasta que volvió a su lado.

—No sé si Mary está enterada de nuestra forma de vida, por lo que aparenté que te sorprendía con el desayuno. No sé si ir a ordenar mi cuarto para evitar preguntas.

—Gracias —contestó con la voz ronca al tomar la bandeja—. No, no está enterada y no me gustaría que supiera, si no te molesta. —Ella negó con una sonrisa cordial—. Déjalo como está, algo se me ocurrirá si pregunta. ¿Qué hora es?

—Casi las once de la mañana... Al parecer necesitábamos reponer energías, también desperté hace poco —él asintió mientras daba un mordisco a una tostada—. ¿Qué haremos hoy?

—Podríamos recorrer los alrededores —opinó Matthew a lo que Rebecca asintió.

Salió del dormitorio luego de terminar el desayuno dándole espacio para arreglarse. Volvió al suyo donde encontró a Mary ordenando la cama, se regalaron una sonrisa rápida mientras la chica tomaba sus cosas para correr fuera de ahí y no tener que dar explicaciones, de seguro tan roja como una fresa.

La pareja se reencontró en la salita del tercer piso junto a la puerta, Matthew le ayudó a ponerse un abrigo ya que el clima refrescaba, y salieron hacia el auto rentado.

Fue un viaje relajado, como nunca habían tenido. No guardaespaldas, no personas reconociéndolos en las calles, nada de ropa formal, ni pensar en cada paso que daban. Podían hacer lo que desearan.

Se detuvieron en cada mirador que encontraron y tomaron unas cuantas fotos del paisaje y de ellos, tanto separados como juntos. Cuando divisaron un supermercado, Rebecca estaba tentada a comprar ingredientes para hacer su tarta favorita a lo que Matthew riendo aceptó.

Fue turno de él pedir disfrutar de un refresco y algunos bocaditos en un local frente al mar, a lo que ella mostró mucho entusiasmo. Los dos inconscientemente sabían que aquello no era lo normal, se comportaban como dos amigos, riendo de algún chiste o conversando amablemente de cualquier tema mientras disfrutaban de una copa de champaña ella y él de agua gasificada. ¿Por qué no podrían ser así a diario?

El empresario reía entre dientes mientras negaba al ver tanto entusiasmo de su esposa al probar cada bocado nuevo que llegaba a la mesa. Tal como pidió al camarero, querían degustar todo lo que hubiese en la carta.

—¿No quieres de esto? —preguntó la chica mostrando un trozo de calamar con una salsa verde. Matthew negó.

—Todo tuyo.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos finalmente? —Él se encogió de hombros.

—Había pensado entre cinco días o una semana, ¿qué prefieres? —Rebecca sonrió.

—Si seguimos haciendo esto todos los días, voto por la semana completa —Matthew asintió

—. ¿No necesitaremos seguridad?

—No lo creo... además les di estos días libres, necesitan descansar y Samuel ver a su familia.

—¿Familia?

Nunca se detuvo a preguntar sobre la vida de los tres hombres que los resguardaban día y noche, siempre pensó que no tenían nada más que aquel trabajo al verlos a diario y viviendo en la misma casa.

—Deberías interesarte un poco más en la vida de tu personal, ¿no lo crees? —comentó Matthew con una expresión de burla haciéndola sonrojar—. Samuel era policía, luego de una redada en donde salió lastimado por dos balazos, dejó esa profesión por inhabilidad y se dedicó a la seguridad personal. Tiene una brillante esposa y tres hijos.

—Vaya... aunque sigue siendo un trabajo arriesgado.

—Sí, menos que cuidar una ciudad y sigue haciendo lo que le gusta, solo debe encargarse de que tú estés bien —insistió su esposo.

—¿Qué hay de Noah y Kyle? —indagó la chica muy interesada.

—Noah es un hombre tan extrovertido que no tendrá problemas en hablar de su historia, solo lo contraté porque Kyle me lo pidió, él es el jefe de seguridad y si pide algo, es porque debe ser necesario. Sobre Kyle, es reservado, me lo recomendó mi tío John, otro hombre igual de reservado como habrás visto en la boda —Rebecca rio ante el comentario—, por lo que sabemos lo justo y necesario de él, lo único importante es que le confío mi vida y la tuya, nada más importa.

—Debe ser muy importante —susurró la chica contemplando el horizonte.

—Lo es —respondió él imitándola.

Le echó un vistazo de reojo, disfrutaba de la vista degustando un trago considerable de su,

ahora, jugo de arándanos. La chica frunció el ceño volviendo a preguntarse porque no disfrutaba de algo más fuerte, lo había visto beber en eventos, pero cuando estaban solos o en casa nunca lo hacía. Aun así, no se atrevió a preguntar, ya se había aprovechado mucho de su disposición para hablar.

Cuando volvieron a casa, Mary se acababa de retirar por lo que se dispusieron a preparar la cena y el tan ansiado pastel de trufa y chocolate. Rebecca se sorprendió de que su marido supiera picar verduras lo que llenó de risas la cocina entre bromas y amenazas juguetonas de parte del hombre.

Disfrutaron con mejor actitud esa noche en comparación a la anterior, no conversaron como había sido la dinámica aquel día, pero el ambiente era cómodo. Ambos estaban tranquilos disfrutando del momento sin pensar en trabajo, fundaciones o familiares insistentes.

La casa y la vista eran tan relajantes que no daban ganas de querer salir, en especial cuando las nubes amenazaban con lluvia, definitivamente era mejor estar junto al fuego que salir a congelarse. Por ello los dos días siguientes disfrutaron de las comodidades, leer, ver alguna película y aparentar ser un matrimonio feliz cuando Mary andaba cerca. Rebecca todas las mañanas procuró dejar su cama hecha para evitar preguntas.

Matthew le enseñó a jugar billar y por las tardes disfrutaban de la terraza cubierta y el crepúsculo. Por la noche cada uno se centraba en sus obligaciones contestando los correos importantes e informar que se hallaban en una segunda luna de miel, por lo que no debían esperarlos hasta dentro de una semana.

Su esposo le sorprendió con un vaso de brandy mientras respondía un correo de Lillian informándole los últimos acontecimientos de la Fundación. Le dio las gracias junto a una sonrisa terminado de escribir y enviar. Se fue a sentar a su lado disfrutando de la noche en Vancouver.

—¿Todo va bien? —preguntó Matthew.

—Sí, perfecto... Gracias a tu aprobación para el premio académico, los niños están estudiando más y sacando sobresalientes. Según Lillian en todas las casas de acogida se aprecia un aumento en los porcentajes.

—Eso está muy bien, felicitaciones —Rebecca sonrió en agradecimiento—. ¿Y con respecto a tu hijo? —La sonrisa desapareció ante la pregunta del hombre.

—¿Te refieres a NUESTRO posible hijo? —Matthew desvió la mirada—. Todo depende de tu elección; ya he dicho, podré con ello cuando elijas la opción correcta para ti y no lo que los demás necesitan.

—¿Y cuál vendría siendo la opción correcta? —cuestionó, Rebecca bufó.

—¿Qué le dirás a tus padres y abuelos cuando les digas que tendrás un hijo? ¿Tendré un hijo porque ustedes lo querían? ¿Cambié de opinión solo para verlos feliz? ¿Y dónde está tu felicidad, Matthew? ¿Qué les dirás a tus socios? ¿Qué tenía que pasar para que alguien heredara el imperio? ¿Qué le dirás a tu hijo? ¿Llegaste a este mundo para hacer a otros felices? ¿Qué te dirás a ti mismo cuando te diga que tú idea funcionó y estoy embarazada? ¿Qué harás, Matthew?

—¿Qué tiene eso de importante? ¿Qué importa lo que piensen los demás o lo que piense yo? —preguntó Matthew levantándose y acercándose al ventanal sin mirarla—. ¿No es lo que deberíamos hacer como un matrimonio feliz? ¿No es lo que se espera?

—Eres un imbécil.

Rebecca se levantó saliendo en dirección a las escaleras, necesitaba refugiarse de esas terribles palabras. ¡Por todos los cielos! Ya no hablaban de ellos, sino de una persona inocente que no debía porque sufrir dentro de esa extraña relación que llevaban. ¿Por qué Matthew

necesitaba complacer a los demás y no pensaba en sí mismo?

Primero una esposa para que dejaran de interrogarlo, bien, lo entendía, por ello aceptó sin miramientos, pero por que contentar a los demás con un ser indefenso que no podrá opinar o elegir si quiere participar de ese complicado acuerdo. ¿Cómo ella criaría a un niño en esas condiciones? ¿Qué pasaría si ese acuerdo se daba por finalizado? ¿Cómo sería la custodia del pequeño? No, eso no podía aceptarlo, era demasiado compromiso.

¿Qué le diría a Ryan? ¿Qué sentiría al saber que las cosas subían de nivel entre su esposo y ella? Negó efusivamente llevándose las manos al cabello.

Encontrando calma se quitó las joyas dejándolas sobre la mesita sin importar tener que guardarlas, lo haría por la mañana. Se sentó en la cama para quitarse las sandalias cuando tocaron a la puerta, suspiró, solo había una persona en casa. Cerró los ojos, escuchó como volvía a tocar con impaciencia por lo que aceptó que entrara.

Matthew parecía inquieto, como si al tigre lo acabaran de enjaular, caminaba de un lado a otro buscando la salida, la cual no encontraba. El estrés le invadía y no sabía cómo reaccionar, ¿lo dejaba salir? ¿O lo mantenía esclavo hasta que se tranquilizara? Supo que ya tomaba una decisión cuando se detuvo en medio del cuarto mirándola detenidamente.

—Tienes razón, es algo que solo nos involucra a nosotros. Esa noche sentí que me apoyabas cuando apretaste mi mano, a pesar de que vi en tus ojos otra cosa... ¿Es que quieres un bebé?

—Tal vez alguna vez lo quise, en la adolescencia casi todas las chicas quieren una familia de cuento de hadas, pero cuando creces las cosas son diferentes —la impaciencia en el rostro del hombre la hizo suspirar—. No lo sé, Matthew, puede ser, no lo sé. —Él asintió.

—¿Y si intentara ser un buen padre? ¿Aceptarías? —No entendía a donde quería llegar, finalmente asintió, él también lo hizo—. Bien, quiero intentarlo.

—¿Ahora? —Matthew asintió—. Pero... ¿No querías un sistema in vitro o inseminación artificial?

—Me has dejado claro que, si ambos deseamos tener un hijo, debía ser con intimidad o a la forma tradicional, como quieras llamarlo; pues sí, acepto... Ahora —contestó serio, rígido, en medio de la habitación.

¿Qué responder ante ello? ¿Aceptar tener sexo con su esposo y consumir el matrimonio? ¿O negarse hasta que tuviera la cabeza fría? ¿Cómo sería hacer el amor con ese hombre? ¿Con cuantas se acostó antes de ella? Dijo que Alexandra no era su amante, ¿existía alguna?

¡Ni siquiera debía estar pensándolo! No importaba cuantas hubo antes, o qué clase de relación poseía con su socia, ¡no podía pensar en la idea de entregarse a un hombre que apenas conocía! ¡Nada de aquello tenía sentido! Igualmente seguía meditando que ocurriría si aceptaba.

Se estremeció cuando lo vio moverse, el tigre se detuvo bruscamente, percatándose de que estaba asustada. Dio otro paso lentamente, vigilante ante la domadora, esperando el primer movimiento para saber si podía salir de su encierro. No sabía cómo reaccionar, solo optó por ponerse de pie para no estar tan a la desventaja. Él pareció entender sus intenciones por lo que dio otros pasos hasta llegar a ella.

—¿Puedo? —preguntó Matthew con apenas un murmullo; ella asintió.

Sabía lo que seguía, consumir el matrimonio, las cosas serían legales desde ese momento, podría aprovechar su debilidad y ganar mucho más de lo que tenía ahora. Negó internamente, no podría hacerle eso, él parecía tan asustado como ella.

¿Qué ocurriría si ocupaba aquello en su contra? El contrato especificaba otra cosa, no relaciones sexuales, no hijos, no motivos que los unan más que un papel legal. ¿Por qué deseaba

cambiar de opinión justo ahora? ¿Por qué ella aceptaba?

Cerró los ojos al sentir las grandes manos sobre sus hombros, la hizo girar quedando de espalda, sintiendo como se movía tan lento que hacía del momento una tortura. Tenía todos sus sentidos en alerta, escuchaba el roce de su piel contra la tela del vestido y las anclas del cierre soltándose dejando su espalda expuesta.

La piel se erizaba al sentir el aliento de Matthew o escuchaba cuando tragaba, sus manos temblaban. No lo conocía en esa fase, no sabía cómo era en la intimidad, solo conocía sus arrebatos de macho alfa o sus actuaciones frente a quienes creían que ese matrimonio era de película. ¿Sería tierno, buen amante? ¿Brusco, salvaje, solo pensando en su satisfacción?

Jadeó al sentir como el cierre llegaba al final, eso quería decir que solo un movimiento y el vestido terminarían en el suelo, muy lejos de su alcance, y solo quedaría en un lindo conjunto rosa pálido. Debía voltearse y demostrar sensualidad, sin embargo, no se imaginaba cómo hacer eso, jamás lo necesitó porque nunca estuvo con un hombre atractivo, fuerte, controlador. ¿Cómo enfrentarse a ese hombre? ¿Cómo le gustaría tener relaciones? ¿Cómo satisfacerlo? ¿O solo debía quedarse quieta, sumisa, esperando a que el diera las órdenes? Un escalofrío la gobernó cuando la tela cayó a sus pies.

—¿Tienes frío? ¿Subo la calefacción? —preguntó Matthew a lo que ella negó—. ¿Qué sigue?

—No lo sé —susurró confundida, la sangre no llegaba a su cerebro—. ¿Dejarse llevar?

Dedujo que asentía, ya que a los pocos segundos él la giró mirándola detenidamente. Con lentitud bajó el rostro hasta rozar sus labios, un beso lento, indeciso, extraño a todos los otros que compartieron. Ellos nunca se besaban en la boca, eso lo hacía demasiado personal, extraño. No, no era extraño, era diferente, este era íntimo, los otros solo se trataban de una buena actuación, por primera vez se besaban con una intención mucho más profunda para ellos.

Llevó las manos a los botones de la camisa desabrochándolos lentamente, sintió como Matthew se tensaba y volvía a relajarse al llevar las manos al rostro de ella. No dejaban de besarse hasta que Rebecca lo interrumpió para poder quitarle la camisa. Él con obediencia, bajó los brazos y esperó paciente a que ella dejara caer el pedazo de tela. ¡Wau! Esos eran músculos.

Se detuvo un momento sobre su escultural cuerpo, no es que quisiera incomodar el momento, solo que no podía quitar la vista de ese torso perfecto, o los hombros anchos y qué decir de esos brazos que comenzaba a desear que la abrazaran y no la soltaran jamás. Se detuvo más tiempo en el antebrazo izquierdo, un tatuaje fino, solo en color negro, lo que parecía ser escritura asiática, algún lugar de ese continente. No quiso interrumpir con preguntas, por lo que volvió a concentrarse.

Pidiéndole permiso en silencio y luego de verlo asentir, llevó las manos al cinturón. Lentamente lo desabrochó admirando la cadera y la V marcada en ese perfecto cuerpo masculino, hacían ejercicio juntos, pero jamás lo veía sin la camiseta, siempre correcto, distante. Esa noche era una persona completamente distinta e ignoraba cómo llevarlo.

Se estremeció cuando sintió las grandes manos recorrerla desde las caderas hasta llegar al broche del sujetador. Creyó que todo temblaba, ambos cuerpos vibraban al estar tan cerca uno del otro y más cuando no existía ropa de por medio. Cerró los ojos con fuerza, tenía la tentación de echarle un vistazo, como a la vez no, con el miedo de que todo desapareciera y él se diera cuenta que no era una de sus amantes sino esa chica a la cual podía manipular y era presentable para todos esos que miraban en más.

Gimió al sentir los labios cruzar desde la mandíbula, pasando por la clavícula hasta terminar en su pecho, besando el monte sobre la tela, haciéndola gemir involuntariamente. Sus manos

rápidamente se aferraron a su cabello oscuro logrando la misma respuesta en él.

La cama les atrapó de sorpresa cuando ambos cayeron sin darse cuenta, por fin encontraron sus ojos, cual más lleno de fuego, lo que hacía olvidar cualquier idea estúpida sobre amantes, raciocinio o lo que creyeran posible que deshiciera el momento. Se trataba de ese punto clave en que se conocían por primera vez, dos personas despojadas de sus personajes enfrentándose a una realidad que desconocían.

Matthew, sin dejar de contemplarla, acarició cada centímetro de piel hasta regresar a la tela que guardaba sus pechos. Suspiró cuando el sujetador desapareció, atenta a la fiera mirada de Matthew que parecía dudar si podría tocar esa parte íntima de su esposa. Guiándole llevó su mano hasta uno de sus pechos, observando cada detalle de su expresión. Cerró los ojos cuando sintió los roces en aquella piel sensible. Tragó en seco ¿Debían seguir adelante? ¿Podría él seguir adelante sabiendo su pasado? ¿Podría enfrentar los resultados, las consecuencias de ese acto?

De un solo movimiento brusco, Matthew se levantó llevándose las manos a la cabeza, aferrando el cabello como si intentara arrancarlo de un solo jalón. Rebecca apoyó los codos sobre la cama mirando sorprendida, sin saber que querría hacer su marido. No obstante, cuando vio su expresión buscó con rapidez una manta para tapar su desnudez.

—¿Matthew?

—No puedo —murmuró él con los ojos fuertemente cerrados—, no puedo, no puedo... No puedo.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica parándose de la cama.

—¡No!

La negación del hombre los detuvo a ambos, él tenía las manos hacia delante impidiendo que ella se acercara. Negó con efusividad y luego volvió las manos a su rostro como si intentara esconderse.

—Lo siento... No puedo.

Sin más, salió por la puerta cerrándola tras él y dejándola desconcertada con una manta alrededor de su cuerpo con la mirada baja intentando entender que había ocurrido en tan solo un segundo.

* * *

Mary le regaló una sonrisa cuando la diviso en la cocina, se negó a tomar el desayuno en la cama cuando había un día soleado afuera, por lo que pidió que se sirviera en la terraza, encargándose de llamar a su esposo. Con una encantadora sonrisa la mujer se puso a la labor dejando que la chica siguiera en sus pensamientos.

Llevaba en la misma silla desde antes del amanecer, pasaban dos días en que no podía dormir bien, solo quedaban dos días para volver a la realidad y no sabía cómo enfrentar a Matthew después de aquello que sucedió en su habitación. Contempló el hermoso paisaje; el sol iluminaba la vegetación de la zona, dándole un azul intenso al mar que los rodeaba. Sonrió pensando cuanto les hubiese gustado a sus seres queridos disfrutar de ese pequeño momento, sin embargo, si estuviesen con ella, no estaría casada con un multimillonario que no le hablaba y la evitaba cada vez que le era posible.

Le agradeció a Mary cuando le informó que estaba lista la mesa, salió por el ventanal de la cocina que la llevaba directo a la terraza. Como siempre, se apreciaba una infinidad de alimentos para elegir, esa mañana se decidió por cereal, leche y fruta.

No se sorprendió cuando su esposo tomó el lugar a su lado sin saludarla, tomando lo primero que veía, comiéndolo de un trago y luego desapareciendo por alguna parte donde ella no pudiera

siquiera divisarlo. Suspiró, no sabía cómo llevar aquello.

Al terminar su comida, le agradeció a la mujer y le dio ideas para el almuerzo informándole que tomaría el auto y saldría a dar una vuelta. El señor Griffin se quedaba por lo que cualquier cosa, solo debía buscarlo, su única excusa era algo importante que debía solucionar del trabajo. Vaya segundo aniversario de bodas.

Fue a su cuarto por la cartera, lentes oscuros, dejando atrás los diamantes, sonrió pensando que podría ser una forma en que Matthew le hablara, aunque sea para regañarla por no seguir las reglas. Las llaves del coche se encontraban en la entrada por lo que solo las tomó y salió. No llevaba un destino decidido por lo que disfruto del paisaje, sin pensar en el tiempo o las responsabilidades, ya no podía hacer nada si su esposo no quería dirigirle la palabra ocultándose entre las sombras. ¿Qué más daba si no se consumaba el matrimonio? No era parte del contrato, ¿Por qué le molestaba tanto? ¿A qué le temía? ¿Era Gay?

Rio ante esa última idea, bien podía ser, cuando le propuso tener un hijo para contentar a los demás le aseguró que no tenía de amante a Alexandra Slate, tal vez se trataba de un hombre o un socio... ¿Era por lo que necesitaba toda esta farsa? ¿Para ocultar su orientación sexual? ¿Qué más daba que un multimillonario fuera homosexual? ¿Sus padres no lo aceptarían? Sacudió la cabeza, Melissa no haría eso con su hijo, no la imaginaba recriminándole que no le gustaran las mujeres. ¿Qué hay de Nicholas? ¿Era él quien no aceptaría que su hijo fuese gay?

Suspiró, sabía tan poco de esa familia a la que pertenecía, tampoco gozaba del derecho a preguntar, cada uno con sus problemas y el otro no interfiere, ni quiere saber. Todo se arruinaba por culpa de esa idea de que hubiera un heredero.

Deseaba culpar a los abuelos, Claire y Eric, todo empezó cuando sacaron el tema presionando a su nieto para que diera una respuesta que les satisficieran. Luego la culpa era de Matthew al explotar y decir que no quería hijos, abriendo más las dudas hacia su familia. Ahora ella estaba entre la espada y la pared, sin saber qué hacer, aceptar una propuesta de locos o negarse y recibir las consecuencias. ¡Maldito contrato! No podía dar ni un paso sin pensar en si quebrantaba alguna regla.

Estacionó el auto frente a un emblemático edificio de la ciudad, se trataba del Jardín Botánico VanDusen, 22 hectáreas de elegantes paisajes con especies de plantas que representaban los distintos ecosistemas del mundo. Matthew se lo comentó en alguna ocasión, pero no entraron porque él no era de esas cosas. Ahora no estaba, por lo que haría lo que quisiera, como disfrutar entre la naturaleza y tomarse todo el tiempo necesario que le ayudara a pensar.

Mientras pasaba por el ecosistema del Mediterráneo se preguntó en qué estaría su asesor, buscó su celular con la intención de llamarlo. Bufó cuando la llamada pasó al buzón de voz. ¿Qué estaría haciendo para no responder? ¿Ya había encontrado a otra? ¡Ella no era la culpable de estar lejos! ¡No tenía derecho a hacer eso!

Se detuvo bruscamente cerrando los ojos con fuerza, los puños apretados, intentando controlar su rabia. ¿Quién decía que era inocente en todo esto? ¿Por qué ella no era la culpable de lo que ocurría? Tomó aire hasta que sus pulmones no pudieran más, sentía como si estuviera rejuveneciendo; soltó una carcajada, ¿rejuvenecer? ¡Tenía 23 años! Era todavía una niña en un disfraz de mujer.

Cuando su estómago reclamó por comida se dio cuenta de que llevaba horas paseando y disfrutando del paisaje natural, por lo que ya era momento de volver. Disfrutó un poco más de la naturaleza antes de ir al BMW que la esperaba donde lo aparcó. Arrancó el motor y tomó el camino a casa con ayuda del GPS.

En un segundo sintió como toda la paz que ganó dentro del Jardín Botánico desapareció al entrar al estacionamiento y ver a Matthew de pie, el ceño fruncido con las manos en los bolsillos del pantalón. Tragó en seco haciendo trabajar a su cerebro para justificar la ausencia de joyas o formalismos.

Bajó con lentitud sin quitarse los lentes oscuros, buscando su cartera y procurando bajar con gracia y todo en su lugar, esperando que el grito no fuera tan grande como para salir corriendo. Esas vacaciones en Vancouver le habían mostrado a ese hombre del que todos hablaban: misterioso, alborotador, serio... El felino que vio por primera vez. Cerró la puerta del auto deteniéndose sin decir nada, esperando que fuera el tigre el primero en dar el zarpazo. Sin embargo, él no se movió de su lugar.

—¿Dónde estabas? —preguntó Matthew con voz neutra.

—Fui a dar una vuelta, me sentía aburrida en casa.

—¿Por qué no le avisaste a nadie? ¿Dónde están tus joyas?

—Matthew, aquí nadie nos conoce —dijo Rebecca sin moverse de su puesto—, quería disfrutar de un paseo, fui a VanDusen, olvidé la hora, pero ya estoy aquí... Si quieres me cambiaré...

—No es necesario —interrumpió él.

Se quedó asombrada al escuchar esas palabras, más cuando el empresario se dio la vuelta y desapareció por la puerta principal. Tenía ganas de correr tras él pidiendo una explicación, como si ella fuera la que necesitaba aclarar unas cuantas cosas, pero no pudo moverse, era como si la hubiera transformado en piedra.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, se abrazó a sí misma, sacudió la cabeza intentando olvidarse de todo y dejar que todo resbalara.

Como los últimos días, ya debía de estar escondido en alguna parte de la casa, suspiró mientras tomaba camino a su dormitorio para dejar sus pertenencias. Cuando volvió a la sala, Mary le preguntó si comería algo a lo que negó agradeciendo, estaba harta de comer sola o con un fantasma en la mesa. Ella se despidió hasta el siguiente día.

Al atardecer decidió disfrutar del aire cálido y la brisa en la terraza, se sirvió una copa de vino y salió hacia el espacio abierto. Se aproximaba una hermosa vista y deseaba tener su celular para tomar unas cuantas fotografías, no obstante, una figura humana entre las rocas llamó su atención. Ese era un lugar privado y era muy difícil llegar desde otra propiedad, agudizó la vista hasta reconocer a su esposo.

Se le quedó observando detenidamente, llevaba los vaqueros oscuros de esa mañana y una camisa blanca, jugaba con algo entre las manos bajando la mirada y luego levantándola hacia el sol que comenzaba a ocultarse, ella hizo lo mismo.

¿Qué estaría pasando por esa mente brillante? Ese no era el Matthew Griffin que conoció el primer día que pisó Infinite Fantasy, parecía más pensativo, callado, introvertido, como si hubiera sedado al tigre para poder descansar. ¿Se estaría cuestionando sus decisiones? ¿Desearía terminar ese contrato? ¿Podría hacer aquello sin salir heridos por la prensa?

Con respecto al dinero, ella no tendría problemas, recibiría una buena indemnización más el dinero ahorrado y su asociación con Melanie la mantendría a flote, solo tendría que quedarse lejos del empresario.

Pasó en cosa de segundos, perdió el aire, abrió la boca sin soltar ningún sonido, los ojos no salían del campo de visión. Todo pasaba en cámara lenta, Matthew girándose, tomando algo del suelo para luego levantar la vista encontrarse con sus ojos... sorpresa y luego perder el equilibrio

cayendo entre las rocas irregulares y peligrosas.

Hacia el inmenso mar.

Ya no lo podía ver.

— ¡MATTHEW!

Cambio de mando

Desde el pasillo se escuchaban pasos de un lado a otro, algunos como si necesitaran llegar rápidamente y otros más calmados, intentando no hacer ruido para los pacientes. Llevaban cuatro días sin mayores noticias que *estable*, la única palabra que usaban los doctores.

Seguía sentada en la misma silla desde que fueron llevados a la clínica privada en Vancouver, asegurados de que nadie se enteraría de la presencia del multimillonario, en especial con la constante permanencia de Kyle y Samuel en la puerta, luego de su llegada en tiempo récord.

Kyle seguía comportándose como un padre, apareciendo a cada hora preguntando si necesitaba algo o llevándole la comida cada cuatro horas, como si se tratara de una pequeña en crecimiento. Rebecca negaba en ocasiones sin despegar los ojos de su esposo, como en otras lo miraba de reojo agradeciendo.

Algo tan simple como girarse podía causar un accidente casi mortal, pérdida del equilibrio, caer a las rocas y al mar. Tres pasos que podrían haber provocado su muerte instantánea, tal vez nunca haber encontrado su cuerpo y la culpabilidad viviría para siempre. No obstante, su reacción, el llamado de emergencia y la rapidez de los paramédicos le salvaron la vida.

Una cirugía de urgencia, pierna fracturada en tres partes, cuatro costillas y una gran variedad de hematomas por todo el cuerpo. Había sido de mucha suerte que solo recibiera una contusión leve en la cabeza teniendo en cuenta el nivel del accidente. Durante tres días se mantuvo en coma inducido para evaluar cualquier peligro por golpe y ahora esperaban a que despertara voluntariamente.

Justo él, un hombre poderoso al que creía invencible, al parecer no lo era. Se sobresaltó cuando la puerta se abrió, de un salto se hallaba de pie dándole la bienvenida al doctor de cabecera. Se dieron los buenos días y él prosiguió a hacer su trabajo en silencio.

Llevaban casi diez horas de sacarlo del coma, no se veía ningún avance, sus signos vitales eran estables, ninguna reacción ante estímulos o que moviera el cuerpo. El hombre seguía asegurándole que se hallaba todo en orden, algunos pacientes demoraban más que otros, lo que no significaba que fuera grave, si las cosas pasaban de cuarenta y ocho horas, prometió que evaluarían la situación. Lo observó anotar algunos datos en su ficha clínica para luego regalarle una sonrisa y quedar en unas cuantas horas.

Se dejó caer en la silla mirando a Matthew, asustada de que las cosas se salieran de control. ¿Qué haría si no despertaba? ¿Qué sería de ella si las cosas no iban bien? ¿Quién se haría cargo de la empresa? ¿Qué pasaba si él...? Cerró los ojos con fuerza dejando la caer la cabeza sobre la mano de su esposo. No debía ir más allá, todavía no era necesario llegar a eso.

Observó detenidamente su rostro, cada detalle, hasta esos que nunca se percató. Su expresión parecía relajada, como nunca lo había visto, debía ser el primer descanso profundo que debió haber tomado en su vida. La barba ya estaba presente donde se venían varias canas, si se miraba de lejos parecía tener un color gris en vez de negro como su cabello. Le preguntaron si quería afeitarlo, aunque se negó, le gustaba ese lado despreocupado y tenía la esperanza de que cuando despertara comenzara a gruñir por haberle dejado en esas condiciones. Sonrió, él siempre era muy

detallista.

El momento en que salió de cirugía y aseguraron que el señor Griffin se encontraba estable existían dos posibilidades, ser trasladado a New York o seguir en Vancouver. Fue una de las grandes decisiones que tomaba, en especial cuando habló con los padres de Matthew, quienes querían deliberadamente viajar para verlo y la chica se negaba a recibir más visitas que los guardaespaldas, no quería que el rumor se expandiera y toda la prensa se instalara en la entrada de la clínica. Agradeció cuando Melissa aceptó su decisión, haciéndole prometer que estarían contactándose constantemente.

Cuando su celular sonó, con delicadeza soltó la mano de su esposo para contestarle a sus suegros.

—Hola, Melissa —susurró Rebecca al contestar.

—*¿Cómo estás? ¿Cómo está?* —preguntó la mujer.

—Estable... Aún no despierta, pero el doctor asegura que es normal, hay que darle tiempo — intentó controlar las lágrimas con nefastos resultados.

—Cariño, *¿quieres que vayamos? Estás sola...*

—Te lo agradezco, Melissa, pero no debemos llamar la atención, no es algo que Matthew querría. Sé que quieres ver a tu hijo, sin embargo, es mejor como estamos, prometo tenerlos actualizados.

—*Estará bien, Rebecca, Matt es fuerte.*

—Lo sé —dijo la chica mirando al hombre junto a ella—, mándale saludos a Nicholas.

—*En tu nombre, cualquier cosa no dudes en llamar.*

—Lo haré, adiós —respondió terminando la llamada.

Echó un vistazo a la cama que ocupaba su esposo, seguía tan quieto como lo dejaron los enfermeros cuando lo trasladaron luego de la operación. Solo quedaba esperar y tener buenas noticias, mientras tanto, todo era tan incierto que comenzaba a destrozarle los nervios.

Unos golpecitos a la puerta la distrajeron de sus pensamientos, por una ranura apareció Kyle preguntándole si necesitaba algo. Negó con una sonrisa y le permitió tomarse un tiempo libre mientras Samuel lo relevaba.

La habitación volvió a quedar en silencio, el monitoreo permanecía en silencio conectado a la central con su constante mirada puesta en él. Si algo cambiaba, sería la primera en llamar a las enfermeras.

¿Qué sentía en ese momento? ¿Cuál era su verdadera preocupación?

Obviamente estaba preocupada por el hombre, jamás pasó por su cabeza otra cosa que no fuera correr hacia las rocas sin pensar en que ella también podría resbalar, solo necesitaba encontrar a Matthew y averiguar cómo salvarlo. No sabía cuántos segundos, minutos u horas pasaron en ese momento, solo quería verlo bien, unos cuantos rasguños, pero nada grave. No obstante, verlo con la pierna en una dirección fuera de lo normal, con sangre a su alrededor e inconsciente cerca de caerse a las profundidades del mar, la llenaron de pánico.

Eran imágenes difusas, gritando auxilio, no saber si correr para llamar a urgencias o buscar una forma de llegar a él para evitar que cayera al agua, lo que aumentaría la tragedia. Solo recordaba estar a su lado cuando los rescatistas llegaron, haber tomado su cartera luego de que una chica se lo comentara para entrar en la ambulancia junto a su esposo.

Solo entendió que se hallaba sola y necesitaba informar a todo aquel que se preocupara por Matthew cuando éste entró a pabellón, tomando grandes respiraciones para tranquilizarse un poco, decidió hacer las llamadas pertinentes, primero a Kyle quien debía tener un protocolo a seguir y

luego a los señores Griffin. Finalmente, llamó a Lillian donde no aguantó el llanto siendo consolada por la chica, quien le aseguraba que todos estaban moviéndose en la mansión.

Ahora se encontraba en esta situación sin saber a donde los llevaría. ¿Despertaría? ¿Recordaría lo sucedido? Aquella era la parte que más temía luego de que el doctor le informara los daños y lo realizado en la operación. Debido a los golpes en la cabeza podía ocurrir amnesia temporal o bloquear esa parte de su memoria. Si no despertaba, nunca sabrían si era el caso.

—Vamos Matthew, debes despertar.

¿La recordaría? ¿Qué pasaría si no? ¿Qué pasaba si no podía volver a caminar? ¿Si quedaba con una cojera? ¿Sería el mismo hombre? ¿Cómo serían las cosas si quedaba con alguna secuela?

Miró el celular con la intención de llamar a Melissa o a Nicholas y pedirles que vinieran, no importaba si la prensa amarillista comenzaba a investigar, un accidente lo podía tener cualquiera, no obstante, recordó las palabras del guardaespaldas y su suegro: *Primero dejemos que las aguas se calmen, luego tomaremos la decisión correcta*. Respiró hondo cerrando los ojos, necesitaba calmarse y centrarse, las cosas no irían mal, él era un hombre fuerte, solo necesitaba descansar un poco más.

Como si tuviese un radar de peligro Samuel tocó la puerta abriendo sin esperar respuesta, le preguntó si estaba todo bien a lo que ella pidió que le trajera agua. El hombre asintió cerrando y luego dejando escuchar las fuertes pisadas que se alejaban. No demoró otro golpe en la puerta y el cuerpo de su guardaespaldas aproximándose con una botella de agua y un paquete de galletas. Agradeció con una sonrisa que no llegó a sus ojos, de seguro pareció una mueca más que otra cosa. Samuel asintió volviendo a su puesto. Suspiró.

Tomó unos cuantos tragos de agua sin dejar de mirar los ojos cerrados de Matthew, creyendo ingenuamente que si lo dejaba de mirar él desaparecería. Apoyó los brazos en la cama dejando caer el mentón sobre sus manos, contemplándolo, distinguiendo cada detalle que no se atrevía a observar cuando él estaba pendiente. Ahora estaba indefenso, intentando salir de aquel velo que lo tenía en la inconciencia.

Pestañó unas cuantas veces, se sentía desorientada y descansada. Saltó en su puesto al percatarse que se había quedado dormida, miró hacia la cama donde seguía Matthew, pero en esta ocasión sus ojos estaban abiertos, atentos en ella, ligeros.

—¿Has despertado!

Rebecca se puso de pie de un salto queriendo abalanzarse sobre él, si bien lo pensó cuando recordó todas las magulladuras que llevaba. Tomó su mano llevando la otra al cabello de éste procurando que siguiera en su lugar, ignorando la expresión del hombre que no dejaba de contemplarla. Fue en aquel momento cuando recordó las tantas explicaciones que le dio el doctor mientras esperaban algún cambio. Se le oprimió el pecho, reaccionando en tocar el botón y llamar a las enfermeras y quien fuera que estaba de guardia. Volvió su atención hacia su esposo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien... ¿Qué hago aquí? —preguntó Matthew mirándola detenidamente aún con sorpresa en esos marrones.

—¿Recuerdas algo? —contra preguntó ella asustada.

El silencio se hizo en la habitación, Matthew bajó la mirada como si buscara en sus recuerdos. Frunció levemente el ceño lo que le causó dolor por los puntos que tenía en una ceja, sin embargo, cuando la miró pudo sentir tranquilidad.

—El barranco, estaba caminando sobre las rocas, tú estabas en la terraza... Luego nada más.

—¿Recuerdas tu nombre? —preguntó la chica. Soltó una risita al ver su expresión—. Sé que

es una pregunta tonta, pero necesito saberlo.

—Matthew Connor Griffin Larson, eres mi esposa, Rebecca Griffin y vivimos en New York, Estados Unidos... ¿Necesitas la dirección exacta?

—No, con eso basta —respondió ella con una sonrisa acariciándole los nudillos. Sus miradas seguían unidas.

—¿Existía posibilidad que perdería la memoria? —cuestionó él mirando de reojo la muestra de afecto.

—Era una, fue un golpe muy fuerte Matt, podrías haber muerto.

Se quedaron mirando un tiempo, la expresión de él nuevamente era de asombro sin lograr identificar su significado. Fueron interrumpidos cuando la puerta se abrió, la enfermera sonrió y asintió cuando vio al paciente despierto anunciando que iría por el doctor luego de preguntarle al hombre si necesitaba algo y éste negó.

Rebecca no se movió de su lado aun cuando no decían nada. El doctor entró con una gran sonrisa, comenzó con el protocolo, revisión de sus signos vitales, preguntas, revisó las fracturas y le informaron de todas ellas a Matthew, quien se asombraba de haber sobrevivido a la caída. Más se sorprendió cuando el hombre le comentaba la perseverancia de su esposa al no moverse de su lugar esperando que despertara.

—No me sorprendería que tuviera unos cuantos kilos menos, sino fuera por sus hombres, hubiésemos tenido que hospitalizarla también —Rebecca se sonrojó al sentir la mirada de ambos.

—Ahora que he despertado, me encargaré que coma —dijo Matthew con los ojos felinos en ella—. ¿Cuándo me darán el alta? —Fue turno de reír para el doctor.

—Señor Griffin, acaba de despertar y su mujer parece haber recuperado color, no haga que lo pierda tan rápido. Tendrá que quedarse aquí por lo menos un día más para realizarle exámenes y mantenerlo en observación, luego será trasladado a New York para que esté hospitalizado el tiempo que crea conveniente su médico de cabecera, olvídense que se levantará de una cama pronto, su cuerpo necesitara tiempo para reponerse y solo sucederá con reposo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Matthew. El doctor miró a Rebecca quien no despegaba la mirada de su esposo con el ceño levemente fruncido.

—Bueno, si yo siguiera el caso no serán menos de tres meses, es el promedio en que puede curarse sus fracturas...

—¿Tres meses?! No puedo, tengo una empresa que cuidar...

—No se preocupe doctor, yo procuraré que esté el tiempo necesario en reposo —interrumpió Rebecca dándole una sonrisa cordial al hombre, olvidándose de su esposo.

El doctor asintió correspondiéndole la sonrisa, les informó que una enfermera pasaría para cambiar los medicamentos y programar los exámenes. Salió de la habitación en silencio dejándolos solos, ambos se enfrentaron mirándose detenidamente, intentando ganar una competencia de quien pestañea primero, lo que le daría al ganador la oportunidad de decidir por los dos.

* * *

La ambulancia ingresó a la residencia hasta llegar a la verja de hierro negro y pilares de piedra tallada. Aparcaron junto a la entrada para que fuera posible trasladar al paciente hasta su cuarto.

Entre cuatro levantaron la camilla que albergaba a un Matthew malhumorado, que miraba a cualquier lado con tal de no cruzar mirada y querer tomar su cuello entre las manos con la intención de desquitarse, llegando con algo de dificultad al segundo piso, de donde no saldría en

un buen tiempo.

Rebecca era quien daba las indicaciones, mostrando el camino mientras eran resguardados por los guardaespaldas, más que por seguridad hacia su jefe, era por los paramédicos que no estaban a salvo con el hombre sobre la camilla. Todos suspiraron cuando el empresario estuvo recostado en la cama con todas las indicaciones para cada parte de su cuerpo, desde la postura de las almohadas y el pie elevado sobre el corazón para evitar malestares.

Rebecca regaló una sonrisa y un apretón de mano a cada uno, agradeciendo el esfuerzo y los malos tratos que pudiesen haber recibido de su esposo en el traslado. Ellos se mostraron amables siendo acompañados por los mismos guardaespaldas hasta la salida. Ella se giró hacia la cama viendo a un hombre extremadamente enojado. Serían unos meses muy agotadores.

El doctor del hospital en New York dio autorización, a regañadientes, para que el señor Griffin no se quedara internado el mes correspondiente a una curación óptima, lo que significaba no moverse en absoluto hasta poder estar en una silla de ruedas. Sin embargo, pelear con el empresario significaba automáticamente una derrota. Así que después de una conversación con la señora Griffin, el médico aceptó dando una enorme cantidad de reglas a seguir, entre ellas, contratar a una enfermera a tiempo completo para sus cuidados. No obstante, Rebecca negó diciendo que ella podría cuidar de su marido.

Suspiró cuando Matthew bufó dejando caer la cabeza sobre la cabecera de la cama, cerrando los ojos, entendiendo que perdía la partida. Sin esperar respuesta le informó que estaría abajo y volvería pronto.

Agradeció ver a Arthur en el pasillo, pidiéndole que reuniera a todo el personal en la sala para hablar, él con una reverencia tomó dirección hacia el primer piso mientras ella iba a su cuarto para hacer sus necesidades y arreglarse un poco. Les regaló una sonrisa a todos al verlos reunidos: Zoe y su esposo Fred, el jardinero, Susie, Kate, Lillian, Ryan, Kyle, Noah, Samuel y Arthur.

—Las cosas cambiarán por una temporada aquí en casa, el señor Griffin tiene estrictamente prohibido moverse de esa cama, así que, mientras yo no esté en casa, tienen todo el poder para mandar; Arthur, Kyle, Samuel y Noah dejo eso en sus manos —dijo Rebecca recibiendo un asentimiento de ellos.

—Sí, señora.

—Noah, Kyle, y Samuel tendrán que soportar los gritos y miles de despidos que les dará mi marido, pero no se preocupen, solo serán amenazas —los tres guardaespaldas asintieron son una sonrisa—. Intentaré estar la mayor cantidad de tiempo aquí en casa, pero saben que el imperio debe ser administrado y no solo por computadora. Zoe, procura preparar todo lo que adore comer ese hombre, por lo menos alegrémosle por la comida. —Todos rieron.

—Sí, señora Griffin, ya he empezado esta mañana. —Sintió su celular vibrar en su mano, era Matthew llamándola; suspiró.

—Excelente; Kate, Susie, seguirán con su trabajo de ordenar y mantener este lugar impecable, estoy segura que también recibirán unos cuantos despidos cuando entren a su cuarto, solo hagan oídos sordos, ¿está bien? —Ambas chicas asintieron con una reverencia, el aparato en sus manos seguía vibrando—. Bien, creo que sobreviviremos, es un mes de reposo absoluto y luego dos meses en donde podrá andar en silla de ruedas si progresa en la recuperación. Mientras logremos que siga las reglas, más pronto saldrá de casa. —Algunos rieron entre dientes mientras otros asentían—. Yo me ocuparé de Matthew: su aseo personal, papeles, entretención, lo que necesite, así que no se preocupen, si les pide algo, me avisan. Lillian, dejo en tus manos los proyectos de

Plays and Grows, no creo que me pueda aparecer por allá con la regularidad que debiera.

—Claro, Rebecca, te mantendré informada de todo —contestó la chica con una sonrisa.

—Perfecto, Ryan...

—No tienes ni que pedirlo, sé cuál es mi trabajo —interrumpió el chico guiñándole el ojo, ella sonrió.

Su celular volvía a temblar por lo que con un sonoro suspiro se lo llevó a la oreja, no le permitió ni siquiera hablar.

—Solo un minuto, ya estoy arriba —dijo sin más cortando la llamada; todos quienes estaban ahí intentaron ocultar una sonrisa. —Gracias... Bien, todos manos a la obra, prometo que sobreviviremos.

Cada uno tomó su camino hacia sus responsabilidades, Rebecca y Ryan fueron los únicos que tomaron otra dirección hacia la sala de estar alejada de todos. Él fue el primero en reaccionar atrayéndola a sus brazos para reconfortarla después de tantos problemas desde el accidente y darle unos cuantos besos después de tanto tiempo sin verse. Ella se dejó llevar agradeciendo esa muestra de afecto.

—¿Podrás con todo? —Preguntó Ryan sintiendo un suspiro de parte de la chica—. Que digo, claro que podrás, eres la emperatriz de New York.

—Debo poder o arde Troya, no lo has visto en el hospital.

—Sé que puedes con ello... El señor Griffin caerá a tus pies. —La expresión de Rebecca le hizo reír—. Me refiero a que podrás domarlo, no que se enamorará... Ese papel es solo mío —Ella sonrió ante sus palabras.

—Gracias, eres el mejor.

—Lo sé.

Rebecca se rio entre dientes dejándole un beso en la mejilla, ella tomó rumbo hacia el cuarto principal mientras el asesor seguía con su trabajo.

Tocó antes de entrar, aunque el hombre tendría que acostumbrarse a recibirla muchas veces al día. Matthew la miraba con el ceño fruncido mientras le dejaba el portátil, unos documentos, su lápiz, y el control a distancia de la televisión junto a él. Le siguió con la mirada hasta que se perdió en el baño buscando el gel para calmar el dolor y cicatrizar las magulladuras. A pesar de que podría haberse sentido incómoda siendo observada constantemente, ignoró esos ojos oscuros preocupándose de su labor.

Sin decirle nada, se sentó con cuidado a su lado, abrió uno de los envases con un gel transparente que se untó en algunos dedos que llevó al rostro del hombre obligándolo a cerrar los ojos. Lo vio relajarse, el aroma del gel parecía hacer efecto en el tigre temerario por lo que no fue tan difícil masajearle el rostro.

No abrió los ojos al perder el tacto, por lo que tomó como señal para seguir con el gel que cicatrizaría las heridas. Aunque quisiera negarlo, se sentía bien al poder cuidar de él.

Se levantó tomando la toalla que dejó sobre la mesa de noche, movió las mantas y sábanas dejando a la vista la bata y las piernas de su esposo. Mirándolo de reojo se percató de un sonrojo, el primero que veía en esos dos años de matrimonio, cuando colocó con cuidado la toalla sobre sus partes íntimas antes de levantar la tela y verificar que el vendaje de las costillas siguiera en su lugar.

—No es necesario —dijo Matthew con voz ronca.

—Sí lo es —respondió ella sin mirarlo.

Rebecca seguía atenta en su trabajo, él no podría quitarse esa bata hasta que no viniera el

doctor en dos semanas para confirmar que podía moverse un poco como para ponerse una camiseta y un par de pantalones cortos. Por lo mismo tendría que dejar que tomara el mando de su vida, asegurándose de recibir todas las indicaciones del médico.

Se mostraba inquieto, de seguro incómodo con la situación, no acostumbraba a dejar que otros hicieran cosas por él, ahora no tenía alternativa. Frunció el ceño cuando se removió en su lugar ocasionándose dolor; le miró.

—¿Ocurre algo?

—Necesito... Necesito hacer —Matthew bufó al no poder encontrar las palabras. Más molesto estaba cuando la vio sonreír.

—¿Quieres ir al baño? —el asintió— bien.

Logró esconder la sonrisa hasta llegar al baño, de seguro esta sería la parte más incómoda en esos tres meses o por lo menos hasta que no pudiese mover de la cama. Respiró hondo contemplándose en el espejo, tomó la bacinica que el doctor le dio, volviendo a su expresión seria. Si no hubiese estado controlada y preparada para esa reacción de seguro estaría riendo a carcajadas. La expresión de horror mirando alternadamente entre el instrumento en sus manos y su cara, no tenía precio.

—¡Estás loca! No lo harás tú —dijo con los ojos muy abiertos.

—¿Quién lo hará entonces? —preguntó Rebecca con naturalidad.

—Quien sea, Kyle, Samuel, Arthur, cualquiera menos tú, lo prohíbo —dijo con toda la autoridad que le destacaba. Rebecca suspiró con los ojos cerrados.

—Aclaremos algo, he aceptado tu capricho de no querer estar el primer mes en el hospital como correspondía; está bien, lo entiendo, pero ya no te encuentras en la opción de opinar. Desde ahora me hago cargo yo: yo mando, yo decido y mi decisión, la cual conocen todos en casa, es que yo te cuidaré

—No lo acepto —refutó Matthew.

—A mí no me importa. O me dejas hacer mi trabajo o llamo al hospital para que te lleven de vuelta. Prometo no visitarte y tendrás que sufrir solo... ¿Qué prefieres?

La batalla de miradas no duró mucho tiempo y el perdedor fue rápido de nombrar. Un solo bufido y unos cuantos gruñidos le dieron la victoria a Rebecca, quien siguió acomodando la bacinica en su lugar con la ayuda de Matthew para levantar un poco la pelvis. Ambos se llevaron una sorpresa cuando la chica tuvo que tomar el miembro para acomodarlo en la dirección correcta y este reaccionaba ante el toque. No pudo reprimir una risita.

—Por lo menos sé que te gusto —comentó mientras colocaba la toalla sobre la zona para evitar cualquier inconveniente.

—Retírate, Rebecca —ambos se miraron hasta que él gruñó— Por lo menos dame la intimidad para hacer, ¿está bien?

La chica asintió volviendo al baño, esta vez cerrando la puerta, riendo en silencio ante lo ocurrido, definitivamente lo pasaría bien esas semanas. Miró su hermoso reloj con el cintillo de diamantes percatándose que ya pasaban cinco minutos, más que suficiente para hacer sus necesidades.

Volvió a la habitación, Matthew mantenía los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Rebecca sonrió, de seguro intentaba enfrentar el momento de forma pacífica y menos humillante posible, creyendo que no era su mujer quien debía encargarse de ese incómodo momento. Se apiadó un poco, buscó en uno de los cajones donde sabía que tenía el reproductor de música, lo encendió y puso los auriculares en sus orejas, observó cómo se relajaba un poco por lo que

siguió.

Quitó la manta que estaba seca, tomó el papel higiénico y con mucho cuidado tomó el pene con una mano y con la otra limpió la punta. Abrió los ojos al sentir como este se ponía rígido y aumentaba su tamaño con demasiada rapidez. Era primera vez que lo veía, ya que esa oportunidad que tuvo en Vancouver no alcanzó más allá. ¡Vaya sorpresa se hubiera llevado!

—Se descarta la homosexualidad —murmuró para sí misma.

—¿Dijiste algo? —preguntó Matthew con los auriculares en una mano mirándola detenidamente, ella se sonrojó.

—Nada... Levanta las caderas lo más que puedas... sin esfuerzo... bien.

Se llevó todo al baño, limpió el espacio para luego volver. Ordenó las mantas, el cobertor, le preguntó si necesitaba algo y al recibir una negativa, se retiró. Fuera del cuarto tomó aire, bien, sería por una larga temporada.

Por el resto de la mañana se sentó junto a Lillian para coordinar los próximos meses, Rebecca tenía en alta voz a Layla quien reorganizaba la agenda del señor Griffin, para acomodarla a los tiempos de ella, mientras las chicas hacían lo mismo desde la casa para los demás trabajos a manos suyas. La secretaria le recordó que el señor Cobb solicitaba una reunión con ella, agendándola dentro de la semana.

De vez en cuando la secretaria les informaba los correos electrónicos que le entraban de Matthew cada diez minutos. En muchas ocasiones estuvo tentada en subir y decirle que durmiera, pero la vida de ese hombre había sido así desde siempre y sería lo único que podría hacer mientras no pudiera moverse de aquella cama.

Frunció el ceño cuando escuchó el timbre, indicaba que visitas buscaban entrar al recinto privado. Susie se presentó junto a ella informándole que los señores Griffin ingresaban. La chica le agradeció levantándose para recibirlos.

Arthur ya permanecía con la puerta abierta, le regaló una sonrisa y salió al encuentro de sus suegros. Estos bajaban del auto con unas cuantas cosas que debían ser para su hijo; al verla sonrieron. Melissa fue la primera en acercarse para rodearla entre sus brazos, le agradecía por todo lo hecho y como tomó la situación. Luego fue el turno de Nicholas quien también le dio un abrazo dándole palabras de agradecimiento al oído.

El mayordomo ayudó con todos los regalos que subieron directamente a la habitación principal. Rebecca fue la primera en entrar para avisar de las visitas, ayudó a Matthew para sentarse cómodamente quitándose las cosas de encima para recibir todo el cariño que tenía su madre.

Dejó a la familia un tiempo a solas aprovechando para pedir que prepararan algunos bocadillos para subir. Kate fue la primera en salir corriendo por los favoritos del señor Griffin, mientras Rebecca preparaba el café.

Entre las dos subieron las cosas dejándolas en una mesita y luego ofrecer a las visitas. Rebecca, siguiendo su papel de esposa enamorada, se subió al lado vacío de la cama para estar cerca de su esposo, tomando la mano vendada la llevó a su regazo. Matthew le regaló una sonrisa acariciando la rodilla y luego volviendo su atención hacia sus padres.

Mientras disfrutaban de los bocadillos la chica interpretaba su mejor papel dándole de comer en la boca o preocupándose de cada dolencia, los padres del hombre pedían los detalles del suceso. Cada uno contó su parte de la historia, Matthew insistiendo que ya había estado en ese lugar muchas veces, solo que la distracción de su esposa que parecía un ángel lo hizo perder el equilibrio. Rebecca se sonrojó, intentando disimularlo dándole un beso en la mejilla.

Nicholas y Melissa no paraban de agradecerle por haberse arriesgado a bajar para salvarlo, especialmente si estaban solos y algo peor hubiese pasado. La chica insistía que solo pensó en la vida sin él, nada más importaba, prefería morir con él que quedarse en un mundo sin su presencia.

—Fue de gran suerte que tus abuelos no estuvieran en New York, no quiero ni imaginar cómo hubiese sido todo... La prensa ya estaría enterada del suceso —comentó Melissa.

—¿Cuál será la razón de que Matthew no se aparezca por la empresa? —preguntó Nicholas directamente a Rebecca, lo que sorprendió al accidentado.

—Hemos hablado de ello y diremos la verdad, tuvo un accidente y tiene la pierna fracturada lo que le impide moverse por un tiempo... Yo me haré cargo de lo que sea necesario en Infinite Fantasy —contestó Rebecca mirando a su marido quien asintió.

—Es demasiada responsabilidad —opinó Melissa con preocupación en sus ojos.

—No hay nada de qué preocuparse, Rebecca tiene mi entera confianza, es muy capaz de tomar mi lugar y hasta quitármelo si lo quisiera así —dijo Matthew ocasionando risas de todos—. Además, Lillian ayudará con la fundación, ¿cierto? Creo haber escuchado eso. —La chica asintió.

Nicholas comentó algunos asuntos entre padre e hijo donde Rebecca los dejó solos para organizar la cena en compañía de Melissa. A pesar de insistir, solo serían los dueños de casa, ya que los padres de Matthew negaron la invitación para ese día, por lo que lo apuntaron para la semana siguiente. Ahora que el primogénito no podría moverse, sería fácil encontrarlo.

Cuando volvieron al dormitorio el padre estaba por ir a buscarla para retirarse, conversaron sobre llamar a los abuelos e informarles que estaba bien, antes de que se enteraran por las noticias, ya sabían que Claire Larson sería capaz de tomar el primer avión para reprenderlos por ocultar información importantísima. Melissa fue la primera en acercarse con delicadeza hacia su hijo besándole la frente, luego dejó el espacio para Nicholas mientras abrazaba a su nuera.

—No te imaginas cuanto me alegra que mi hijo te haya encontrado, no quiero ni imaginar qué hubiera pasado si fuera solo a ese lugar.

—Ni yo, ahora solo quiero consentirlo y cuidarlo, aunque se ponga malhumorado —dijo Rebecca entre risas.

—Sé que es un chico complicado, al igual sé que tú has logrado llegar a su corazón y eso me hace feliz. No sé si han conversado a fondo, como tampoco quiero intervenir, solo espero que te haya hablado más de él.

Rebecca solo pudo asentir sin saber qué decir, ¿qué tendría que contarle Matthew? ¿Hablaba de esos secretos? ¿Una amante? ¿A qué se refería exactamente?

Les agradeció la visita a sus suegros haciéndoles prometer que vendrían en esos días, serían bien recibidos a cualquier hora. Ellos aceptaron encantados, prometiendo coordinar con sus trabajos.

Melissa fue nuevamente a consentir a su hijo con besos y caricias, como si se asegurara que se hallaba entero y aún con vida. Matthew le insistió que estaba en las mejores manos del mundo por lo que no faltarían los mimos, mientras miraba a su esposa de reojo con esos ojos enamorados que tan bien interpretaba.

—Lo sé, hijo, no podrías haber encontrado a una mujer mejor... por cierto, veo este cuarto tal cual a como lo vi la primera vez, cuando nos presentaste tu nuevo hogar, ¿no has puesto tu toque aquí, Rebecca? Tampoco veo pertenencias tuyas...

Ambos se miraron intentando ocultar el pánico en sus ojos, Rebecca había procurado darle algún toque a la casa que dijera que ahora vivía una mujer, aun cuando no era necesario ya que tenía una preciosa decoración, nunca pasó por su cabeza que sucedería este accidente y alguien

entraría a este sector como tampoco a su dormitorio. ¿Ahora, que razón podría dar? ¿Qué cosa los dejaría tranquilos y contentos?

Mientras más demoraba en procesar una respuesta, sentía que sería atrapada en la farsa, no podía darse el gusto de que comenzaran a dudar junto en aquel momento. Se sobresaltó al escuchar la voz de Matthew quien parecía enojado.

—Mi esposa y sus decisiones absurdas, el doctor ha dicho que debo descansar y cree que cambiarse de habitación me dará el espacio para ello. Dice que no quiere lastimarme mientras duerme, como tampoco molestar en cualquier momento del día.

—Pero la cama es grande... —comentó Nicholas, aunque no muy cómodo con el tema.

—¡Exacto! Eso mismo dije yo, pero hagan que entienda... Es como hablar con una pared — contestó Matthew con un bufido.

—¡Oh, Matthew! Yo apoyo a Rebecca, creo que haría lo mismo, si la situación fuera con tu padre —dijo Melissa acercándose a la chica para tomarla de los hombros, ésta le sonrió.

—Solo quiero cuidarlo y que se reponga pronto, sé que si estoy en la misma cama querré abrazarlo, como él a mí y tal vez le dé una patada sin querer mientras duermo... No quiero eso — explicó la chica avergonzada—, he hecho que se lleven mis cosas a la habitación de invitados.

—¡Absurdo! —insistió Matthew.

—Hijo, solo ten paciencia y entiende a tu mujer, solo quiere que te recuperes pronto, ¿es muy difícil? —insistió Melissa.

—Sí, lo es —respondió enfurruñado.

—Cariño, prometo estar todo el día contigo, pero no lo hagas más difícil por las noches — dijo Rebecca sorprendiendo a todos en el cuarto por su muestra de afecto; Matthew sonrió.

—Por ti, todo, cariño.

Con esas palabras calmaron a los padres del hombre, Rebecca los acompañó a la puerta quedando en mantenerse en contacto. Cuando los vio desaparecer soltó todo el aire contenido, entró en la casa y no aceptó que nadie la interrumpiera hasta llegar al dormitorio principal y encerrarse ahí donde Matthew descansaba la cabeza sobre el cabecero. Abrió los ojos al sentir movimiento dentro.

La chica se situó frente a la cama con las manos en la cintura, llevaba el ceño fruncido y la postura que amenazaba con algún arrebato como los que le daba en la empresa cuando algo no iba como quería, o él se tomaba el atrevimiento de pensar por ella más allá de lo acordado. Dio un suspiro entregándose al momento, hace ya bastante que se dio cuenta que no era esa chica asustada que llegó a trabajar con él, creaba día a día a una mujer fuerte, decidida e imposible de dominar.

—Bien, suéltalo de una vez —dijo con voz cansada.

—Haremos cambios en esta habitación, no volveré a pasar por esto otra vez —sentenció Rebecca, él asintió—, y ahora dormirás, no más trabajo o tres meses se convertirán en cuatro. — Matthew volvió a asentir—. ¿Te tomaste los analgésicos? —Esta vez negó, la chica igual—. Así no llegaremos ni al mes...—dijo mientras se dirigía al baño en busca de agua.

—Y yo me empezaré a preguntar por qué me casé contigo —murmuró Matthew con la intención de que no le escuchara, no obstante, se sobresaltó al verla nuevamente en el marco de la puerta.

—Porque soy la única maldita inversión que puedes manejar a tu manera y la tienes en casa, atenta a todo movimiento que interfiera en tus negocios.

—¿De qué me sirve eso si cada vez estás más altanera?

—Por lo menos cumplo lo que me propongo para satisfacer tus deseos —dijo Rebecca entre

dientes desapareciendo esta vez.

La expresión del hombre decía que no había entendido el comentario y tampoco quiso explicar, ya era suficiente que rondara por su cabeza cuando estaba enojada. Era una estupidez, cosas de chicas, respiró hondo un par de veces mientras le entregaba el vaso y los medicamentos. Matthew se llevó la mano a la cabeza sintiendo una punzada en el corte de la ceja. Abrió los ojos fijándose en ella, esa mirada llena de fuego, como las veces que dejaba salir al tigre. Se estremeció.

Le dejó soltar unas cuantas palabrotas en silencio hasta que terminó con el vaso de agua. De un movimiento rápido volvió al baño apoyándose en la encimera, cerrando los ojos con fuerza buscando compostura.

Volver al dormitorio ninguno de los dos se quitaba la mirada, como si tuvieran una competencia de quien pestañaba primero. Podía ver en los ojos del hombre la necesidad de pararse y darle una buena surra por sus palabras. No podía intimidarse, debía mostrar fuerza y poder durante ese tiempo, luego podría volver a ser la chica sumisa a la cual podría manipular a su manera. Ahora era ella quien estaba a cargo.

Rebecca le comentó que la cena la servirían en poco tiempo así que aún podía dormir. Le ordenó las mantas, quitó las cosas de la cama y se retiró a su cuarto dejando a un hombre inmerso en sus pensamientos... Al tigre buscando su próxima estrategia para cazar a la atrevida gacela.

Agua caliente

Miraban atentas como entre cuatro hombres corpulentos y guapos entraban las nuevas telas que encargaron a la India —todas preciosas —pensando en la segunda colección de la temporada Otoño-invierno que se acercaba veloz, deseaban darle color a esos días oscuros. Melanie daba algunas instrucciones sin quitar la vista de Rebecca quien parecía cansada, al encontrar sus miradas sonrieron por la expresión de la diseñadora: casadas, pero no ciegas.

Se había dado ese tiempo para verificar que la recepción fuera la correcta y entregar el pago al ser la socia capitalista debía encargarse de esas cosas, de igual forma estaba con la mente en Infinite Fantasy, donde llevaba pendiente una reunión con uno de los socios. Su amiga en reiteradas ocasiones insistió en que se fuera si asumía mucho trabajo, pero se negaba, esto era lo que más le importaba, lo demás podría esperar.

Se acercó a los grandes rollos de tela tomando una parte entre sus dedos para sentir la suavidad y ligereza. Se las imaginó colgando del techo como le gustaba a su socia exponerlas, parecían grandes velos llenos de magia, un gran toque que le daba la ilusión que los vestidos serán tan hermosos como la exposición de las hebras entrelazadas.

Miró hacia la puerta cuando sintió el carraspeo de Samuel, quien tenía su celular tendido hacia ella; bien, debía volver a la realidad, aunque no lo deseara. Suspiró un par de veces antes de tomarlo y contestar, era Layla desde la oficina informando que el socio llegaba con anticipación. Le pidió que lo hiciera pasar a la oficina de presidencia junto con Kyle y le ofreciera un café, ella estaría en quince minutos.

—¿Matt? —preguntó Melanie, Rebecca negó.

—No, era de Infinite Fantasy, tengo una reunión con uno de los socios. Mi querido esposo debería estar despertando de su quinto sueño con los relajantes que le di antes de salir —la diseñadora soltó una carcajada.

—Intentas hacerte cargo de muchas cosas, Rebecca, terminarás enferma sin siquiera poder ayudarte a ti misma—comentó la chica llevando las manos a los hombros de su amiga—. Sé que tienen gente capacitada para hacerse cargo de la empresa y la fundación, tómate un descanso y solo cuida de tu hombre.

—Creo que prefiero una reunión con todos los socios a la vez antes de estar las veinticuatro horas con Matthew —dijo Rebecca haciendo reír a su amiga.

—¿Sigue de mal humor? —La chica asintió mientras arreglaba su vestido.

—Solo llevamos en esto dos semanas y ha despedido dos veces a Kyle, una al mayordomo, otra al jardinero por hacer ruido y a mí me ha pedido el divorcio.

—Guau, ese hombre definitivamente no sabe tomarse vacaciones —sentenció Melanie mientras negaba con la cabeza. Rebecca rio entre dientes.

—Ese no es el problema, maneja su imperio a través de la computadora, su humor va en el hecho de que no puede levantarse y hacer las cosas por sí mismo.

—Bueno, cualquiera lo estaría, ¿no? —Ambas coincidieron con un asentimiento—. Anda, acá estará todo bien. —Rebecca asintió sacando de su bolso la chequera.

—Cualquier cosa solo me llamas —insistió la chica mientras escribía el monto y agregaba la firma—. ¿Sigue siendo el mismo precio? ¿No necesitas más?

—Solo vete, cualquier cosa yo también tengo ingresos o sacaré de la boutique.

Rebecca miró una vez más a los hombres, luego se giró tomando la cartera que le ofrecía su amiga con una sonrisa tranquilizadora, el guardaespaldas estuvo enseguida tras ella. Tomaron la Quinta Avenida internándose en las filas de autos que esperaban un milagro, como ellos, de que desapareciera el tráfico.

La llegada a la empresa fue muy protocolar, dos guardias en la entrada a los estacionamientos subterráneos abrieron las barreras con rapidez antes de que Samuel las destruyera o el señor Griffin se enterara de su lentitud y terminaran en la calle. Lo mismo pasó en el ascensor privado, el cual estaba descompuesto y el técnico parecía sudar por todos lados ante la presión... Si Matthew se llegaba a enterar, el pobre sería despedido.

Samuel fue el primero en salir del elevador verificando quien se encontraba en la recepción, Rachel ocupaba su puesto y Layla aparecía por el pasillo de la izquierda, lo que significaba que Clarke había decidido honrarlos con su presencia o se aseguraba de encontrarla para la tan pedida cita. Esta última al verla corrió para darle la bienvenida informándole de los últimos acontecimientos, luego se giró hacia su guardaespaldas quien tenía el iPhone tendido con una llamada entrante.

En un murmullo respondió asintiendo un par de veces mientras tomaba camino hacia la derecha donde debía estar esperando Stephen Henson, el encargado de los casinos de juego, tal como ordenó. La esperaba en la salita con una taza de café y unos cuantos documentos.

El hombre se sorprendió al tenerla de pie en compañía de los dos guardaespaldas, como si se tratara de la misma reina. Sentía los ojos puestos en ella mientras avanzaba hasta el escritorio tomando el lugar de su marido con Samuel detrás de ella y Kyle cuidando la puerta. La chica dejó su celular sobre la mesa, activó la pantalla de la computadora y luego se detuvo en su persona.

—Lamento no haber estado aquí a la hora que llegó, estoy corriendo de un lado a otro, sin embargo, nuestra cita era... —Rebecca mira su reloj y sonrío—. Justo ahora.

—¿Dónde está Matthew? —preguntó el hombre sin moverse de su cómoda posición.

—Como ya debe de estar enterado, mi esposo está con reposo absoluto, ¿no creyó que vendría él, o sí?

—¿Por qué mejor no me citó en una videoconferencia? —La mujer tomó aire mirando la pantalla y luego al señor Henson.

—Esta reunión necesita de presencia y unas cuantas firmas, ¿no es así?

—Sí, pero solo puede firmar el presidente de la empresa...

—Y al yo ser su esposa, tengo cierto poder para firmar cualquier cosa que él requiera y se haya estipulado frente al notario, es por lo que estoy aquí. Bien, señor Henson, ¿puede acercarse para conversar sobre los nuevos proyectos para los casinos de Las Vegas y Miami?

A regañadientes, Stephen se acercó colocando con brusquedad los papeles frente a la chica haciendo reaccionar al guardaespaldas quien avanzó unos cuantos pasos hasta que Rebecca levantó la mano y negó.

Discutieron sobre los nuevos arreglos en una unidad de Gestión, debido a que se encontraron registros y ausencia de colaboración de la sede en Colorado, que impedía el funcionamiento de los demás casinos. Rebecca propuso cambiar al supervisor o al equipo completo si el Superintendente lo requería. Stephen no estaba muy contento con esa medida ya que significaba perder una cantidad considerable de dinero, a pesar de que en un futuro podría entregar mayores

progresos.

Luego indagaron en la unidad de informática para administrar la plataforma de equipos y comunicaciones, como también el área de seguridad. Una empresa independiente les ofrecía maquinaria y tecnología que podría aumentar las ventas como atrapar a los corruptos. Acordaron tener una reunión con los representantes de la empresa, así tomar una decisión correcta y beneficiaria para cada uno de los casinos de Infinite Fantasy.

Si los cambios resultaban favorecedores para las sedes de esas dos ciudades, podrían avanzar con las siguientes, aunque el proyecto podría tardarse unos cuantos años, ya que el trabajo debía ser lento por la cantidad de dinero que se manejaba.

Al llegar a buenos acuerdos, Rebecca firmó las autorizaciones pertinentes y al adjuntar los poderes que autorizaban usar su firma como reemplazo del presidente daban por finalizada la reunión. Cada uno ordenó sus papeles en silencio, la chica levantó la mirada al sentirse observaba, encontrándose con los fulminantes ojos de Stephen; parecía enojado sin razón alguna.

—Le agradecería que no me mirarse así, me hace sentir incómoda.

—No creas que tendrás el poder de toda la empresa, esto es solo transitorio. —Rebecca frunció el ceño, se acomodó en su silla.

—¿A qué se refiere, señor Henson? Y le pediría que me tratara con respeto, no le he dado la posibilidad de tutearme.

—La presidencia solo le corresponde a una persona y esa es Matthew —sentenció Stephen, la chica rio.

—¡Gracias al cielo por ello! ¿Cree que quiero quitarle el trabajo a mi esposo? Que mala opinión tiene sobre mí, señor Henson, le puedo asegurar que esta reunión solo la hice porque Matthew me lo pidió. Sé muy bien cuál es mi lugar.

Manteniendo la calma, Rebecca guardó todo en una carpeta y se la entregó a Samuel, buscó algo en el cajón del escritorio, pero se detuvo cuando sintió con más fuerza la mirada del hombre. Cerró los ojos por un segundo y luego lo encaró.

—¿Necesita algo? Ya puede retirarse —El ceño de Stephen era pronunciado.

—No creo esa historia de amor que le has creado a Matthew... Aún me pregunto cómo ha caído siendo tan inteligente.

—Primero, no le permitiré...

—*Tranquila, cariño, yo puedo solucionar esto* —interrumpió la voz del presidente.

El rostro de Stephen palideció mirando atentamente el celular de la mujer arriba de la mesa, se maldijo internamente al no pensar en esa posibilidad. Rebecca se acomodó en la silla mirando el aparato que seguía conectado desde que su guardaespaldas se lo pasó al salir del elevador con Matthew en la línea listo para estar presente en la reunión.

Sabía cuáles eran las intenciones, desde un principio su esposo le comentó sobre las actitudes de Stephen Henson. Como le comentó que era un “perro malhumorado”, pero hacía muy bien su trabajo, así que para evitar problemas como el que acaba de suceder, le hizo prometer no colgar la llamada mientras estuvieran reunidos en la misma habitación, como también con los dos hombres de seguridad. Ahora entendía el por qué.

—*Me molesta que hables de mi vida privada cuando no estoy presente, Stephen, más si es a mi esposa a quien le dices eso* —dijo Matthew por el altavoz.

—Sabes lo que pienso al respecto —contestó Stephen aún blanco como el papel.

—*Me importa una mierda lo que pienses, Henson, a mi mujer la tratas como a una reina; si ella está ahí representándome y se ha casado conmigo, es porque confío en ella más que en*

todos ustedes... tenlo en mente —la oficina quedó en silencio, por lo que Matthew prosiguió —*Gracias, Rebecca, te estoy esperando impaciente.*

—No hay nada que agradecer, cariño, aprovecharé que Clarke está en la oficina y voy para allá.

—*Nos vemos... Estamos en contacto, Stephen.*

El hombre no tuvo tiempo de responder cuando la llamada se cortó, Rebecca tomó el aparato guardándolo en la cartera junto con lo que había tomado del cajón. Miró a su acompañante indicándole en silencio que ya era momento de retirarse, por lo que a este no le quedó más que bufar y salir. Cuando la habitación quedó vacía por fin logró respirar, mientras recibía frases de aliento por parte de Samuel.

Pidiendo autorización, Kyle fue por el abogado e informarle que ya podía ser atendido, no fue mucho lo que esperó cuando el hombre abrió con una gran sonrisa, aludiendo que para esa reunión no hacía falta de los guardaespaldas, él no tenía intenciones de aprovecharse de la esposa de su mejor amigo. Rebecca con una sonrisa les pidió a los hombres que los dejaran solos.

—Imagino que al sacar a mis hombres y me has buscado desesperadamente es por algo que solo tú y yo sabemos, ¿cierto? —Clarke le regaló una sonrisa.

—Como siempre, muy asertiva, señora Griffin.

—Bien, aquí me tienes —contestó la chica con una sonrisa.

—Debemos aclarar algunos puntos del contrato que has firmado con Matt, solo quiero saber que estás al tanto de cada punto...

—Lo leí una infinidad de veces, Clarke, sé en lo que estoy metida —interrumpió la chica, él parecía asombrado.

—Entonces porque no has hecho uso de los recursos que ha puesto a tu disposición —insistió el abogado, negó rápidamente—, no quiero decir que debas ser una cazafortunas ni nada por el estilo, pero creo que deberías... aprovechar —Rebecca rio.

—Lo que he aprendido en estos dos años junto a Matthew es que hay que saber cuándo pelear tus batallas y jugar el juego de tus adversarios antes de caerles encima —otra vez vio negar a Clarke solo que ahora sonreía satisfecho.

—Eso quiere decir que no debo preocuparme de que las cuentas que puso a tu nombre no se muevan con la frecuencia que debería ser —la chica asintió.

—Exactamente, solo necesité invertir una vez para la boutique. El dinero que saco mensual, solo son para tonterías, el resto, espera su momento.

—Eres fantástica —dijo el hombre, se acomodó en su asiento—, bien, entonces solo necesito tu firma en estos documentos para mandarlos a cada departamento donde estipula tu puesto como vicepresidenta de Infinite Fantasy, así podrás mover todo sin otros conflictos como con Henson.

—Perfecto, ¿dónde firmo?

El abogado le entregó varios documentos, casi todos diciendo lo mismo por lo que no se preocupó en leerlos con detención. Clarke no parecía muy contento con ello.

—Deberías leer lo que estás firmando, podría estar engañándote —Rebecca alzó las cejas.

—¿Lo estás? —Él se encogió de hombros, ella le imitó—. Me arriesgaré.

—Te lo advertí —insistió el hombre con una sonrisa que ella correspondió.

Poco después salieron de la oficina conversando sobre una cena en casa de los Griffin para visitar al desvalido hombre en cama.

Se quedó un tiempo en la recepción junto a Rachel y Charlotte quienes querían enterarse de buena fuente sobre el accidente de Matthew. Quedaron en almorzar un día de esa semana y poder

charlar con tranquilidad.

Ya de vuelta en casa, le recibió Ryan con su sonrisa seductora tendiéndole la mano para recibir las cosas. Le informó que el almuerzo estaría listo en poco tiempo, por lo que sería llevado al cuarto principal como siempre, le agradeció con una sonrisa y un beso en la mejilla. Tomó la caja y el celular de la cartera y subió las escaleras.

Tocó solo una vez antes de pasar, Matthew seguía en la misma posición de cómo lo dejó, aunque ahora tenía los ojos cerrados. Imaginaba su ansiedad, de ser un hombre que tenía el control de su vida a otro que no podía hacer nada más que dormir para que el tiempo pasara rápido o tener la mirada en su portátil, con la misma intención. Debía estar exhausto mentalmente, pidiendo a gritos silenciosos que aquello terminara lo antes posible.

Se acercó silenciosamente, dejó la caja sobre la mesa de noche junto a su celular, llevó una mano al cabello desordenado y deseoso de un lavado urgente. Ya faltaba poco para su control con el doctor, pasó un dedo por la frente fruncida, no parecía descansar. Se sobresaltó cuando Matthew murmuró un: *felicitaciones*.

—Temo perder mi puesto si sigo postrado en esta cama. Eres demasiado buena en tu trabajo.

—Hiciste bien el tuyo —el hombre rio entre dientes abriendo los ojos.

—Creo que demasiado bien, eso me asusta —Matthew apuntó su frente— sigue con eso, me gusta.

—No te aproveches, no hay nadie presente para aparentar.

—Tampoco lo había cuando lo hiciste —sentenció con la mirada sobre ella, haciéndola sonrojar.

No tenía nada que decir, por lo que se giró hacia el lado de la cama vacío tomando el portátil para abrir el correo de la empresa y mostrarle unas cosas donde tenía duda llevando una mano a la frente y seguir con el masaje.

Mientras esperaban la comida conversaron sobre los arreglos de la reunión, le ayudó a hacer sus necesidades bajo la incomodidad de siempre y justo después aparecieron Kate y Susie con las bandejas rebosantes de comida. Como cada día, comieron en silencio.

Rebecca se sobresaltó cuando tocaron a la puerta, fue más rápida que su esposo dando la autorización. Arthur dio una reverencia informando que el señor Reeve acababa de llegar y preguntaba si podía ser recibido por el señor Griffin. Éste asintió señalando la bandeja para que la retiraran con casi toda la sopa intacta. El hombre iba a seguir las instrucciones cuando la chica negó diciendo que debía comer si quería levantarse de esa cama, desistió alejándose sabiendo de ante mano que la señora Griffin era quien tomaba las decisiones ahora. El ambiente en la habitación se tensó, nadie dijo nada y la mandíbula de Matthew estaba tan apretada que ni la sopa pasaría.

El mayordomo fue por la visita mientras ella terminaba su comida y se arreglaba un poco para recibir a Peter, quien llegó poco después. Se disculpó por interrumpir la hora de comida acotando que podría volver luego, no obstante, Rebecca negó con una sonrisa acercándose para saludarlo con un beso en la mejilla y luego rodear la cama para sentarse muy cerca de Matthew tomando el cubierto con normalidad. Para sorpresa de los hombres, llevó una cucharada de sopa hacia los labios de su marido quien atónito recibió la porción sin rechistar.

Como la única que reaccionaba era la chica, le mostró el sofá en un rincón de la habitación, para que se pusiera cómodo mientras tomaba otra cucharada ofreciéndola a su esposo. Todos seguían las instrucciones sin decir una palabra.

—¿A qué debo tu visita? —preguntó Matthew luego de tragar.

—Simplemente una visita amistosa, no traigo trabajo pendiente, para eso tenemos a tu hermosa esposa quien se ocupa de esos asuntos mientras te recuperas —Rebecca sonrió sin dejar de fijar la mirada en Matthew quien recibía la comida nuevamente.

—Por eso me urgía casarme con ella, no solo es una cara bonita, sino una mujer inteligente que puede adelantarse a cualquier acontecimiento. Sin ella, no estaría vivo.

—Eso queda confirmado luego de su enfrentamiento con Stephen; ya todos se han enterado —dijo Peter entre risa.

A través de un correo electrónico, Matthew se encargó de anunciar que su esposa era la encargada de cualquier problema dentro de la empresa, luego de la reunión con Stephen, el cómo se enteraron de la discusión con este, no era de su problema, Rebecca Griffin tomaría el puesto como vicepresidenta mientras su esposo se encontrara fuera de servicio, Clarke ya se hacía cargo de ello.

Luego de unos minutos, en los que Rebecca le diera comida en la boca a Matthew, pasó a segundo plano la sorpresa, entre los tres conversaban sobre la vida, lo bien que le iba la boutique, los planes para La Toscana y la idea de disfrutar de un día de campo cuando el lesionado pudiera moverse.

Rebecca ofreció postre de frutos rojos, ambos aceptaron por lo que se retiró dejándolos conversar mientras se iba con la bandeja y buscaba el dulce.

Kate no parecía muy contenta cuando llegó con las cosas a la cocina, insistía que era su trabajo y no era necesario moverse cuando ella podía subir solo con un llamado. La chica negó con una sonrisa sentenciando que no era delicada y siempre se había hecho cargo de cosas como esa por lo que no le vendría mal no olvidarlas y recordar que era una persona normal solo que se casó con un hombre que no le permitía mover ni una pluma.

Tuvo que ordenar que la dejaran subir la bandeja con los postres, pero a cambio le pidió que preparara el café para el señor y otro para la visita. La chica del servicio sonrió, hizo una reverencia yendo hacia la cafetera mientras ella seguía hacia las escaleras.

Frunció el ceño cuando entró al dormitorio y vio a Matthew incómodo y quejándose de dolor. Dejó las cosas rápidamente sobre la mesa más cercana, para tomar al hombre de la espalda y otra mano sobre el pecho sabiendo perfectamente que se trataba de las costillas dañadas. Se giró hacia Peter con el ceño fruncido quien parecía culpable, aunque no perdía la sonrisa.

—¿Que le has hecho a mi marido? —preguntó mientras ayudaba a Matthew acomodando los almohadones.

—No ha sido mi culpa, al parecer no le ha gustado mi comentario.

Miró a su esposo quien seguía con los ojos apretados intentando calmar el dolor. Fue al baño por el gel que ayudaría a disminuir la dolencia mientras el analgésico hiciera efecto. Primero le dio la pastilla junto con un vaso de agua y luego, procurando que su amigo no viera más allá de lo necesario, acomodó las mantas, subió la bata, movió el vendaje dejando el torso amoratado al descubierto y poder aplicar el medicamento.

Automáticamente, mientras aplicaba con una mano el gel, la otra la llevó a su frente para acariciarle, intentando borrar las arrugas, agradeciendo que diera efecto. Cuando lo vio suspirar volvió a taponarlo, besó su frente y se giró hacia Peter quien miraba su celular, con el ceño fruncido le preguntó si aún quería postre a lo que él asintió con una expresión de culpabilidad.

Primero prestó atención a su esposo, asegurándose que pudiese tomar la copa por sí solo, después fue donde su amigo quien le regalaba una gran sonrisa con la intención de ser perdonado. Ella frunció el ceño y bajó la cabeza a la altura del hombre intimidándolo por primera vez desde

que se conocían.

—Una vez más que logres que Matthew pase esos malos ratos y no dejaré que entres otra vez en mi casa.

—Lo siento, señora Griffin, solo parece que mi comentario afectó más de lo pensado, creí que encontrarían...

—Peter, déjalo —interrumpió Matthew con un gruñido.

—¿Te da vergüenza hablarlo con tu esposa? —El rubio se encogió de hombros con una sonrisa y se llevó el primer bocado a la boca—. Esto está buenísimo... No creo que hayas perdido el pudor, pobre Rebecca.

—¿De qué hablan? —preguntó la aludida.

—No tiene importancia, cariño, ven a sentarte conmigo —dijo Matthew señalando con cuidado el lado vacío en la cama sintiendo una punzada en el lado derecho.

—Ya que es lo único que puede hacer —murmuró Peter, no obstante, Rebecca lo escuchó.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó cada vez más molesta, mirando a su esposo quien negaba mirando a su socio.

—Tranquila mujer, mientras nos dejabas solos salió el tema de sus fracturas y la eternidad que deberá pasar en esa cama, como dice mi querido amigo. La cosa es que le dije que debía preocuparse más por tus necesidades sexuales que por lo que ocurriera en la empresa, ya que de eso te harías cargo fácilmente, pero si no tenías al semental en casa durante tres meses o más, lo buscarías por otro lado, en especial si eres joven y hermosa... En eso intentó moverse y fue cuando llegaste.

El rostro de Rebecca era más rojo que cualquier cosa, su primer pensamiento fue correr a su dormitorio y no salir en una buena temporada, la segunda esconderse en el pecho de Matthew como lo hizo en varias ocasiones, sin embargo, optó por la opción que jamás creyó tomar en su vida. Miró al hombre a su lado que parecía enojado con que su amigo hubiese abierto la boca, y luego miró a Peter.

—Primero, no te importa mi vida sexual con mi esposo, incluso así puedo asegurarte de que no buscaría fuera ya que él sabe cómo satisfacerme; segundo, recuerda que tu mujer es mi amiga y habla más que yo... Puedo asegurarte de que mi marido hace mejor su trabajo.

Matthew a su lado rio entre diente mientras pasaba con cuidado un brazo por su cintura evitando el dolor de sus fracturas, mientras Peter se centraba en su copa para terminar sin comentar ni rebatir.

* * *

Rebecca miraba atentamente cada movimiento esperando una respuesta, el doctor atendía al paciente con detenimiento, observando la recuperación de las fracturas. Primero se detuvo en las costillas presionando con suavidad sobre estas esperando alguna reacción del hombre quien solo gemía cuando la presión era muy intensa. La pierna debía seguir inmovilizada por un tiempo más, solo podía realizar movimientos leves donde no estuviese rígido, como la pelvis, tobillo y pie, solo para no perder la movilidad de toda el área.

Las magulladuras estaban sanando y cualquier cosa que hubiese tenido en la cabeza ya no era un riesgo. Hablaron sobre bajar algunas dosis de los medicamentos ya que no eran necesarios los antibióticos, por lo que solo se reducirían a los analgésicos por la noche y el gel para ocasiones en el día que se tratara de un dolor insoportable.

El medico se giró hacia la chica regalándole una sonrisa mientras se quitaba los guantes de látex y guardaba sus instrumentos. Tomó el talonario de recetas, medicando lo nuevo, dejando las

indicaciones a seguir hasta el próximo control.

Aún era muy temprano para hablar sobre kinesiología, sobre todo porque los dolores no habían disminuido, lo que significaba que las fracturas de costillas seguían sensibles e inflamadas internamente. Esperarían tres semanas más para obtener un buen diagnóstico. Con respecto a las partes del cuerpo que estaban en buenas condiciones, encontraba de ayuda que estuviesen en movimiento para evitar atrofia, en especial si el señor Griffin hacía ejercicio varios días a la semana.

—Si siguen las indicaciones como han hecho hasta el momento, tal vez la recuperación será antes de los tres meses estipulados. Las costillas van sanando correctamente, podríamos recetar una radiografía para confirmarlo.

—Iremos mañana mismo si es posible —confirmó Rebecca al doctor quien le sonrió.

—Excelente, los estaré esperando —los miró a ambos con una sonrisa—. Si tienen cuidado con las partes afectadas, el señor Griffin podrá colocarse algo más cómodo para pasar el día en reposo, de seguro debe estar aburrido de esa bata —el interpelado gruñó.

—¿Y una ducha? —El doctor asintió.

—Podría ser de gran ayuda para mantener la circulación de la sangre en las extremidades, solo deben asegurarse de que la pierna afectada se encuentre fuera el agua y cada vez que termine, volver a colocar la venda elástica sobre las costillas para no forzarlas —la pareja asintió—. Tal como usamos en el hospital, un banquillo o alguna plataforma, ayudará si tienen una bañera cómoda. ¿Alguna otra pregunta?

—Tenemos un entrenador personal que tiene especialidad en kinesiología, ¿puede ayudar con los ejercicios? —preguntó Rebecca.

—Claro, será aún mejor porque no se moverá de casa lo que ayudará con la recuperación. Primero que se ocupe de la atrofia de la musculatura y luego él mismo puede encargarse de la kinesiología.

—Como entenderá, mi esposo está aburrido de mantenerse en cama —explicó la chica con una sonrisa, la cual el doctor correspondió.

—Lo entiendo, ahora podrá moverse por la casa con una silla de ruedas y hacer los ejercicios, pero por ningún motivo puede apoyar la pierna y no estar todo el día en la silla, puede ser perjudicial para las costillas —la chica asintió mientras recibía los documentos.

—¿Y el sexo? ¿Ahora se puede?

La habitación quedó en silencio cuando Matthew habló, tanto ella como el doctor se giraron en su dirección, quien seguía inexpresivo como si nunca hubiese mencionado algo. El rostro de la chica comenzaba a cambiar de color con rapidez pensando donde esconderse, por otro lado, el hombre de mayor edad rio entre dientes mirándolos alternadamente.

—Bueno, mi recomendación sería esperar por lo menos hasta que las costillas estén recuperadas, sin embargo, entiendo que están casados hace poco y puede ser un poco... estresante esta situación para su vida amorosa...

—Doctor, no tiene por qué responder esas preguntas —interrumpió Rebecca, si bien, su esposo insistió.

—Sí, sí tiene que responder, cariño. Adelante doctor.

—Si encuentran una forma en que no mueva muy activamente tu cuerpo, claro que se podría... la juventud de hoy sabe de esas cosas —los dos hombres sonrieron.

—Excelente, ¿escuchaste, cariño? —Preguntó Matthew con una sonrisa hacia su esposa—. Oh, lo olvidaba, puede dormir conmigo, ¿cierto?

—Me muevo mucho al dormir, doctor —interrumpió Rebecca como si quisiera evitar algún otro comentario inadecuado.

—En tal caso es cosa de ustedes, siempre debe priorizar la recuperación del señor Griffin —respondió el doctor guardando sus cosas—. ¿Alguna otra duda?

—No doctor, gracias —contestó el empresario con una gran sonrisa.

—Lo acompaño —dijo la chica siguiéndolo por el pasillo sin girarse hacia su esposo.

Mientras bajaban las escaleras, el hombre le daba algunos consejos para el aseo personal de Matthew como también posturas que ayudaran luego de comenzar con los ejercicios para el tórax. También algunos datos por si incomodaban o dolían las costillas, lo cual podía ser poco probable si el entrenador personal era bueno y sabía cómo manejar la situación.

Arthur los esperaba en la puerta principal haciendo una pequeña reverencia. Rebecca agradeció su visita quedando en verse al día siguiente para la radiografía. Luego de verlo subir a su auto volvió sus pasos con rapidez hacia la habitación principal donde Matthew daba una ojeada al celular muy concentrado.

Cerró la puerta tras de ella con más fuerza de lo debido, lo que debía alarmar a los trabajadores como también daba aviso para que no molestaran. El hombre en ningún momento se desconcentró de su trabajo.

—¿A qué vienen esas estúpidas preguntas?

—Avisa que Cobb vendrá a visitarme —sentenció.

—¿Para qué vendrá Clarke? —preguntó la chica aún molesta.

—Necesito arreglar unas cosas.

La habitación quedó en silencio, se cruzó de brazos sin dejar de mirarlo esperando la respuesta a su pregunta, pero cuando se dio cuenta que perdía el tiempo se retiró sin decir más, rogando que sufriera de algún dolor y nadie lo escuchara.

Dejó salir un bufido cuando vio la hora, tenía práctica con Liam, lo había olvidado por completo al estar atenta a las estúpidas preguntas de su esposo. Pasó a su habitación dando un grito al encontrarse con Ryan recostado en la cama leyendo algo por la Tablet. Él no se inmutó con su presencia, tampoco tenía ganas de enfrentar otra discusión por lo que entró en el baño donde esperaba su ropa de deporte.

Se amarró el cabello en una coleta alta deteniéndose a los pies de la gran cama, esperando algún comentario de su asesor. Éste le mostró una portada en donde salía ella caminando por las calles de New York.

—Noticias sobre ti... últimamente no te veo como antes, con eso de que debes hacerte cargo del imperio y de tu esposo, comienzo a olvidar tus facciones —Rebecca rio entre dientes.

—Eso no lo crees ni tú, aún nos vemos todas las mañanas. ¿Ha llegado Liam? —Ryan asintió.

—Te espera en el gimnasio... ¿Rebecca? —La chica se giró hacia el chico—. Lo digo en serio, te extraño.

—Podría pasar de la clase y quedarme aquí —opinó la chica

Se subió a la cama de forma coqueta como sabía le gustaba a él. Iba a subirse a horcajadas sobre su pelvis cuando Ryan se sentó negando en silencio.

—No haremos nada de eso bajo este techo, ya te he dicho —Rebecca frunció el ceño muy molesta.

—Si verdaderamente me extrañaras no te importaría... mejor me voy.

Otro portazo debió alertar al personal, las cosas no estaban yendo bien esa mañana. Tenía dos hombres, uno oficialmente su marido ante la ley y un hombre que decía quererla, pero ninguno

parecía querer complacerla más allá de palabras bonitas o con todo el dinero del mundo. ¡Maldición, no era lo que andaba buscando!

Como cada vez que entraba al gimnasio, quedó sin aire al detenerse en el hombre tonificado, alto y guapo. Matthew podría haber hecho el intento de contratar a alguien menos atractivo para poder aparentar que solo disfrutaba del deporte. Aquí definitivamente era imposible, en especial aquel día.

Liam le sonrió frotando las manos de arriba hacia abajo entusiasmado por comenzar, ese día solo harían máquinas y calentamiento, el *kickboxing* lo dejarían para la clase siguiente. Rebecca negó en silencio cuando Samuel apareció en la puerta de cristal que daba al jardín trasero, parecía como si estuviera dando una vuelta, pero ella sabía perfectamente que Matthew lo mandaba. Si no había realizado aún una infidelidad dentro de casa con Ryan, no lo haría con el entrenador personal.

Una hora después la chica no daba más, sentía que perdería los brazos si levantaba una pesa más. A su lado Liam daba gritos de apoyo.

—¡Vamos, chica! Solo quedan diez...

—Que... queden... para... la... próxima clase —decía Rebecca con la voz entrecortada intentando llegar al máximo.

—Cinco... imposible, Matthew necesita de tu fuerza.

—Él ya... tiene... la suya... ¡Liam, no puedo más!

—Vamos, Rebecca, sé que puedes...

Eran estos momentos en donde odiaba el contrato donde especificaba actividad física tres veces a la semana, ¿para qué? ¿Sufrir? ¿De qué servía si no usaba esa fuerza para algo? Relajó todo su cuerpo cuando por fin terminó, olvidando cualquier trabajo de estiramiento o relajación que tuviera que hacer. No pudo evitar gruñir cuando el chico llamó a la bicicleta estática. *¡No más, por favor!* Pediría yoga para la próxima.

—Con un buen trabajo de piernas podrás lucirlas en esos fascinantes vestidos que te regala tu marido... Serán la sensación.

—Prefiero no hacerlo —murmuró la chica sacándose el sudor de la frente; Liam rio fuerte.

—Esas piernas también pueden servir para aferrarse mejor a las caderas de Matthew.

Quería lanzarle algo por el atrevimiento, sin embargo, solo avanzó hasta situarse en la bicicleta para los treinta minutos con las constantes carcajadas del entrenador.

Luego de darse una ducha rápida bajó a la sala luego de verificar que su esposo descansaba, no tenía intención de encerrarse en una habitación y el clima no apoyaba para pasar tiempo al aire libre.

Estuvo hablando con Lillian por teléfono para coordinar una reunión después de la comida, tenía algunas ideas que había aportado el señor Turner. En un momento apareció Kate preguntando a qué hora y donde servir el almuerzo, nerviosa de la respuesta.

—Será en la habitación principal como siempre, ¿Por qué la pregunta?

—Hay visitas, señora Griffin.

¿Visitas? No tenían planeada visitas a esa hora. Frunció el ceño dejando a la chica en medio de la habitación yendo automáticamente al lugar. Abrió la puerta sin llamar.

El cuerpo por completo se paralizó, piernas, brazos y cualquier terminación nerviosa que manejara su cerebro, sin tener nada que ver con el ejercicio realizado. Su mente trabajaba a mil por hora, imaginando cada escena que no vio mientras entrenaba y las veces que se arrepintió de actuar mal por las consecuencias. ¿Y ahora, como enfrentaba esto si su cuerpo no ayudaba?

Perdió los estribos cuando Alexandra le sonrió como si fueran grandes amigas, la mujer estaba sentada junto a Matthew en la cama, tomándole la mano mientras él sonreía con calidez, como nunca lo había visto mirar a una mujer. ¡Existían acuerdos de por medio!

Se estremeció cuando la tuvo a su lado, su mente trabajaba a tanta velocidad que no la vio levantarse con toda su sensualidad en vaqueros ajustados, rasgados y una simple camiseta blanca que resaltaba su figura. ¿Por qué Matthew buscaba vestirla de marca y joyas cuando su amante iba tan sencilla? Alexandra le tendió la mano, pero al no recibir respuesta la sorprendió con un beso en ambas mejillas. Por fin reaccionó echándose hacia atrás. Más se enfureció cuando escuchó la risa de Matthew.

—No...no es-esperaba esta visita —comentó Rebecca mirando de uno al otro, hasta detenerse en el hombre—, cuando vine dormías.

—Arthur me despertó cuando Alexandra llegó, dijo que tú estabas ocupada en el entrenamiento, ¿Cómo te fue? —La sangre le hirvió al verlo tan pasivo frente a esta situación.

—Bien, gracias. Alexandra, ¿te quedarás a comer? —preguntó la chica con la mayor compostura.

—Lo siento, no puedo, solo venía a ver como seguía Matt. Tengo una cita, será para una próxima ocasión, te lo prometo —dijo Alexandra.

Ésta volvió cerca del hombre dejándole un beso en la mejilla, tomó su abrigo junto con el bolso a juego y salió regalándole una sonrisa a Rebecca, quien seguía sin moverse de la puerta. El silencio ahogó el espacio, aun cuando ambos se gritaban con la mirada. Cada uno esperaba paciente los gritos del otro, se miraban detenidamente, expectantes.

Como si supiera que la mujer acaba de abandonar su casa, los músculos y articulaciones comenzaron a funcionar. Se llevó una mano a la frente cerrando los ojos con fuerza, debía controlarse, su esposo se hallaba convaleciente y no era propio de la emperatriz hacer un escándalo.

—Solo dilo —dijo Matthew como si supiera lo que pensaba.

—No me rebajaré a ello —murmuró la chica sin abrir los ojos.

—Ha venido a saber cómo me encontraba, solo eso... No tengo por qué darte explicaciones de todas maneras.

Y esa fue la gota que derramó el vaso, los ojos verdes de la chica ahora parecían dos bolas de fuego rojo como el infierno. Pudo ver que Matthew se sorprendía al notarlos, aunque intentaba disimular como lo hacía siempre, interpretando el papel de hombre indiferente y frío.

Fueron interrumpidos cuando tocaron a la puerta, Rebecca fue la primera en reaccionar tomando la manija con rapidez dándole paso a quien fuera. Arthur hizo una reverencia preguntando si ya servían el almuerzo, la chica sonrió con cortesía, como siempre, para luego negar saliendo del cuarto realizando un pedido.

Al entrar nuevamente siguió hacia el baño, observó la estancia buscando las cosas que necesitaría improvisando en ese momento. Dio el agua caliente, corriendo al cuarto cuando tocaron a la puerta. Con una sonrisa recibió a Kyle, Samuel y Noah indicando la cama donde Matthew observaba confundido.

Daba las indicaciones como si el hombre de la cama no estuviera. El doctor había autorizado para que se cambiara la bata por ropa cómoda por lo que aprovecharía de darle un baño. Dio la instrucción de quitarle la ropa y llevarlo a la bañera que ya estaba llenándose.

El empresario no daba crédito a lo que escuchaba, parecía haber perdido la voz de mando, solo contemplando al resto, realizando todo lo que se le pedía. Rebecca miraba atentamente,

procurando que lo tomaran correctamente para no retroceder en la recuperación. Con agilidad se movieron hacia el baño, quedando en una posición estratégica para bajarlo sobre una montaña de toallas mojadas al fondo de la bañera, lo mejor que podía improvisar mientras no fuera a comprar el adaptador correspondiente.

Rebecca hizo un movimiento con la cabeza y con lentitud bajaron al hombre. Éste se retorció al sentir el agua contra su cuerpo, los guardaespaldas hicieron ápice de sacarlo, pero la voz firme de la señora Griffin le dijo todo lo contrario, ella no dejaba de mirar a su esposo quien se mordía el labio inferior cerrando los ojos cuando intentaba controlarse.

La pierna fracturada quedó sobre un banquillo y la adaptación casera a la altura perfecta para que la espalda quedara apoyada en forma recta. La chica pidió que los dejaran solos, luego los llamaría para sacarlo y devolverlo a la cama. Cuando escucharon la puerta cerrarse del cuarto, por fin Matthew soltó unas cuantas maldiciones.

—¡Mierda! ¡Maldición! ¡Qué pasa por tu cabeza! ¡Esta agua está hirviendo, me estoy quemando vivo! ¡Mierda!

—Pensé que no lo notarías al estar igual por dentro, luego de tener a tu amante en casa —dijo Rebecca sin preocupación.

—Te he dicho que no es mi amante —dijo Matthew entre dientes intentando controlar la temperatura— ¡Mierda, mujer! Necesito salir de aquí.

—No hasta que termines de bañarte —refutó ella mientras tomaba el jabón y la esponja.

—¡Por lo menos coloca agua helada! ¡Mierda, me estoy quemando!

—El médico ha dicho que no puedes tener temperaturas bajas, no ayudan a la circulación de la sangre.

—¡Pero no es necesario tan caliente, Rebecca! —gritó Matthew ya impacientándose.

En la habitación solo se escuchaba el movimiento del agua y de la esponja natural tomar de esta, para luego caer sobre el cuerpo ya rojizo del hombre. Intentaba reprimir las sonrisas de satisfacción cada vez que lo escuchaba gruñir o los suspiros cuando pasaba cerca de su entrepierna.

Sabía que el agua tardaría en tomar una temperatura agradable, podía sentirlo cada vez que sumergía la mano, ya que procuró que siempre estuviera caliente cuando llenaba la bañera y agregó calefacción centralizada al baño. Tendría tiempo suficiente para hacerlo sufrir antes de apiadarse y llamar a Samuel y Kyle para que lo devolvieran a la cama donde comería y dormiría un tiempo considerable. Esperaba que esta pequeña venganza no causara problemas colaterales en su recuperación.

—¿Cuál es el propósito de esto? —preguntó Matthew entre dientes, se veía que intentaba mantener control.

—Solo cuido de mi esposo —respondió Rebecca ganándose un bufido.

—No soy estúpido, señora Griffin.

Cerró los ojos por un segundo antes de proseguir con la limpieza por la pierna izquierda, soltó un suspiro para luego girarse hacia el hombre quien vigilaba cada movimiento con esos ojos marrones intensos, tomando su fase felina. La ira volvió a llenarla.

—Has pedido que dentro de esta casa no se mantiene relación con los amantes y eres el primero en traer a la tuya —comenzó susurrando, aunque no pudo evitar elevar la voz.

—¿Estás celosa? —preguntó Matthew desconcertándola. Dejó caer la esponja.

—¡¿Celosa?! ¡Hablamos de respeto, Matthew! ¿Cuántas veces me has pedido... no, que digo, me has exigido que no tenga a Ryan de amante dentro de esta casa? ¿Pero tú si puedes traer a la

tuya?

—Te he dicho que no es mi amante —dijo el hombre entre dientes, perdiendo la paciencia.

—No importa si lo es o no, ella quiere serlo en tal caso... Por favor, respétame...

—¡Y para eso debes meterme al agua hirviendo! —atacó Matthew mirándola detenidamente.

Rebecca lo miró en silencio, llevó una mano a la frente que empezaba a perlarse con sudor del ambiente. Sorprendiéndolos a ambos soltó una carcajada, miró al techo y luego hacia él.

Con paso decidido se acercó hacia una orilla, bajó lentamente hasta quedar a pocos centímetros de su cara, tal vez solo uno, logrando que la respiración del hombre se entrecortara. El verde y el marrón peleaban por tomar el poder, aunque sabían perfectamente quien estaba más debilitado.

—He aceptado cada una de tus reglas, he trabajado duro para que el apellido Griffin brille y estoy segura de que te he sorprendido en estos años —murmuró Rebecca—, tú has creado esta mujer que necesitabas, ahora respeta a la emperatriz que tienes a tu lado... Recuerda que sé cuáles son tus debilidades.

—Te aprovechas de que estoy inválido... —murmuró Matthew, ella se acercó hasta rozar sus labios.

—No, cariño, solo has hecho un buen trabajo.

Matthew se tensó cuando vio la mano de Rebecca moverse hacia el agua, junto a una parte específica de su anatomía. Ninguno despegaba la mirada hasta que volvió a respirar cuando sintió el agua irse.

Rebecca se incorporó tomando una toalla para secarse las manos y luego otra para Matthew cuando el agua se fue por completo. Con paciencia y cuidado secó cada parte de su cuerpo, procuró no lastimarlo y luego fue por los guardaespaldas para que le ayudaran a volver a la cama, también pidió que subieran el almuerzo y un poco de hielo para las costillas que le debían doler por la cantidad de calor.

Fue ella quien le pasó una polera por la cabeza y los brazos, como también subió un pantalón corto de pijama por las piernas y luego pidió ayuda para levantarlo y subir la prenda hasta la cintura. Sonrió disimuladamente cuando vio el comienzo de una erección.

Cuando estuvo listo, con la bandeja sobre las piernas, ella dio por terminada su labor abandonando el dormitorio. Se detuvo en la puerta cuando su esposo preguntó si no comería junto a él, ella rio entre dientes, lo miró de reojo y luego negó saliendo en silencio.

Acción de gracias

Ryan y Lillian se encargaban de la fiesta de acción de gracias que se realizarían en los diferentes hogares de menores bajo la protección de la fundación Plays and Grows, todo pagado por Infinite Fantasy, un regalo del señor Griffin para todos los niños que buscaban una segunda oportunidad para seguir adelante. Por lo que recibieron en recados y llamadas, todos se mostraban muy agradecidos con tal abundante obsequio.

Rebecca por otro lado, junto a Melissa se encargaban de los preparativos en la mansión, la chica se encargó de invitar a los padres y abuelos de Matthew, como también a sus amigos más cercanos para disfrutar de una comida en familia.

Zoe y ella estaban con las manos en la masa cuando el celular empezó a sonar con la canción destinada a Melanie o la boutique. Se limpió las manos entre risas con la cocinera contestando después de un rato. Hablaron sobre la tienda y unos papeles que acababan de llegar y que necesitaban ser vistos por un abogado, no era nada grave, sin embargo, cualquier tema relacionado con los derechos comerciales debían estar atentas. Le dijo que llamaría en ese momento a Clarke y ver si podía ayudar, ambas se recordaron mutuamente la cena en la mansión para el día siguiente.

Buscó en sus contactos el número del abogado quien contestó al segundo tono, conversaron sobre los últimos días que no se habían visto y del hombre que seguía postrado en la cama. Clarke aceptó sin problemas pasarse por la boutique para echarle un vistazo a esos documentos luego de salir de Infinite Fantasy.

Cuando ya tuvieron gran parte lista —solo faltando meter el pavo al horno, lo cual sería mañana temprano —se despidió por un rato de la cocinera dirigiéndose a la terraza para tomar algo de aire libre. Llevaba muchas horas encerrada entre las cacerolas y el horno prendido. Suspiró recibiendo el frío helado, el cielo cubierto de nubes y el invierno acercándose rápidamente.

Se estremeció cuando sintió las manos de Ryan sobre su cintura, sabía perfectamente quien era porque nadie más se atrevía a hacer eso en casa, ya que su marido solo efectuaba esos movimientos cuando las personas lo esperaban ver.

Se giró para enfrentar esos ojos claros y mirar de reojo hacia el interior, parecía que cada uno vivía en su mundo por lo que se tranquilizó. De igual manera el chico la invitó a dar una vuelta por los jardines, ella aceptó cuando vio el abrigo en manos del chico.

Bajaron en silencio por la gran escalera de piedra, el viento corría despacio dejando esa frescura que llamaba a la lluvia y humedad. El asesor hizo de caballero bajando rápidamente los últimos escalones tendiéndole la mano para ayudarlo como si fuera una dama. Cuando estuvo sobre suelo firme la hizo girar sobre su eje, ella soltó una risita.

—Perfecta... Te queda muy bien el azul.

—Es obra tuya y de Melanie —respondió la chica con una sonrisa.

—No importa quien haya diseñado o elegido como vestirte, lo importante es que has aprendido a llevarlo. Eso te hace perfecta. ¿Cómo está la salud de tu marido? —preguntó

ofreciéndole el brazo para caminar juntos.

—Bien, las costillas van evolucionando por lo que vieron en la radiografía hoy en la mañana, todavía no están curadas, aunque según el doctor, no demorará más allá de navidad. Lo bueno es que ha autorizado que pueda trasladarse por la casa en silla de ruedas... Hablando de ello, necesito una.

—Hablaré con Lillian, ahora se fue a la fundación —dijo Ryan mirándola con adoración—. ¿Cuándo podremos escaparnos juntos?

—Cuando Matthew decida dejarme, muera de viejo, o... —respondió la chica entre risas al ver la expresión de su asesor.

—Ese hombre es como la mala hierba, jamás desaparece o muere, moriré antes. Qué triste es mi vida, enamorarme de una mujer esclavizada a un hombre sin corazón.

Rebecca se alejó soltando su amarre con el chico, si bien él fue más rápido sujetando la mano en el antebrazo, evitando que se fuera demasiado lejos. La miró extrañado sin entender a qué se debía su reacción, intentó abrazarla nuevamente, pero ella se lo impidió retrocediendo un poco más. Dejó caer los hombros con decepción y esperó las razones con paciencia.

—¿Qué has dicho? —preguntó la chica.

—Que estás esclavizada a un hombre sin corazón...

—No, antes de eso.

—No lo recuerdo, Rebecca, por favor refréscame la memoria y poder tenerte lo más cerca que pueda —refutó Ryan impaciente.

—Has dicho que estabas enamorado... de mí —murmuró Rebecca, él sonrió.

—Creí que ya lo sabías —al verla negar, hizo lo mismo acercándose para tomarla de las manos respetando el espacio entre ellos—. Rebecca Griffin, estoy enamorado de ti desde el primer día en que enfrentaste al señor Griffin en su oficina.

—¿Cómo puedes estarlo? Nunca hemos llegado más allá de un beso y no porque no lo haya intentado...—la chica se calló cuando sellaron sus labios rodeada por los fuertes brazos del asesor.

—No necesito de sexo o una relación más íntima para amarte, solo saber que te gusto y que aún existe una posibilidad que lo dejes en cualquier descuido de su parte.

No dejó que siguiera hablando, se aferró a su cuello besándolo con cariño, era ese momento en donde no le importaba si los descubrían, por fin se sentía querida por alguien, aun cuando las cosas entre ellos fueran difíciles. Al separarse se regalaron una sonrisa.

Decidieron volver a la mansión ya que era hora de comer y el señor Griffin debía de estar preguntándose donde se hallaba su esposa para alguna de sus tantas excusas.

Susie iba de un lado a otro en la cocina con nerviosismo, no obstante, al ver a su jefa sonrió con tranquilidad. De seguro que Matthew preguntaba por ella y nadie sabía qué respuesta dar. Ofreció ayuda para preparar las comidas, como también verificar que las tartas estuviesen en su punto junto con todos los vegetales cortados, esperando para la mañana siguiente. Como siempre, todo debía ser perfecto.

Entre risas discretas entraron al dormitorio principal donde el hombre seguía pegado frente a la pantalla del portátil. Rebecca interpretó su papel de esposa devota, llamándole la atención porque necesitaba descansar luego de una mañana movida y dolorosa para sus fracturas. Sorprendiendo a todos le dejó un beso en la frente mientras le quitaba los elementos electrónicos de encima e indicaba a la chica del servicio que le acercara la comida.

Luego de agradecer y quedar solos, la habitación se mantuvo en completo silencio, no

quisieron encender la televisión ni tampoco había temas que conversar, era de esperarse que ya estuviese al tanto de las cosas que pasaban en la empresa.

El resto de la tarde pasó recibiendo visitas de gran parte de los trabajadores de la mansión, Susie y Kate asegurándose de tener todo lo necesario para el festín de acción de gracias, Zoe llevando bocadillos para que el señor probara y lograr alguna sonrisa entre el infierno que pasaba. Fred se mostró avergonzado por la intromisión solo para avisar que su trabajo se hallaba realizado, el jardín listo para recibir a las visitas, la piscina limpia y con las luces en perfecto estado, cambiarían de color durante toda la celebración.

Lillian regresó con una gran sonrisa llena de buenas noticias sobre las casas de acogidas y la integración de un nuevo proveedor que estaba dispuesto a entregar desayunos para los niños y niñas. Aquella información puso muy contento a los señores Griffin, se miraron y tomaron las manos en forma de gratitud sabiendo que las cosas funcionaban cada vez mejor.

Ryan informó que por mañana temprano llegaba una silla de ruedas para el señor Griffin, así podría estar cómodo para la comida. Se ofreció a elegir una vestimenta apropiada para las fracturas del hombre y que combinara con las de su esposa. Rebecca sonreía nerviosa intentando aparentar que no era embarazoso recibir afectos de su marido mientras el chico que le gustaba sonreía con amabilidad al haberse aceptado su ofrecimiento.

La visita menos esperada al igual que la respuesta, fue cuando Arthur anunció que la señorita Slate se encontraba en la puerta con la intención de visitar a Matthew, éste se negó a recibirla al encontrarse con su esposa, listos para dormir. Le pidió que le dijera a la mujer que llamara antes de aparecer en una próxima vez. El mayordomo hizo una reverencia junto con una sonrisa cordial dejando la habitación silenciosa, el empresario encendió la televisión para actualizarse con las noticias.

La última interrupción fue de Kate con la intención de cobijarlos al quedarse dormidos viendo algún programa familiar. Rebecca despertó sobresaltada, le regaló una sonrisa de agradecimiento a la chica luego de ayudarle a acomodar al señor Griffin para evitar dolores de madrugada. No tenía fuerzas para trasladarse a su cuarto y no creía que su esposo se molestara si dormía a su lado, se tapó bien con una cobija mirando hacia el hombre relajado y pasivo. El tigre descansaba.

La mañana siguiente comenzó muy temprano, metiendo el pavo al horno, recibiendo la silla de ruedas que llevaron inmediatamente a la habitación principal, satisfechos de ver los ojos brillantes del hombre.

Ryan procuró relajarla antes de que se metiera a la ducha, dejando un rastro de besos desde el hombro hacia la mandíbula, sin tocar su boca hasta que ella dio el paso final. Como siempre él se alejaba cuando las cosas se acaloraban, se hallaba segura que esas situaciones no la relajaban en absoluto.

Admiró el vestido de ese día, una pieza única de Melanie, dos tipos de encaje blanco que se ceñían perfectamente a su figura. Matthew iría con un traje gris claro y la camisa blanca con un detalle en el cuello muy parecido al vestido. Dejó el cabello suelto peinado hacia un lado destacando uno de sus pendientes que brillaba en cada uno de los diamantes.

Media hora después, perfectamente arreglada y acompañada por su asesor, se dirigieron al cuarto de Matthew quien terminaba el desayuno. No se mostraba muy contento con la idea de que Ryan estuviese ahí, sin embargo, no dijo nada hasta que Rebecca pidió que le ayudara a quitarle la ropa y llevarlo al baño. Con un gruñido se negó diciendo que se sentía incómodo de que todos en la mansión lo vieran desnudo, solo quería que ella siguiera al mando, tal vez con ayuda de Kyle. La chica suspiró asintiendo hacia el asesor quien salió en silencio de la habitación.

Agradeció mentalmente cuando tocaron a la puerta dando paso al guardaespaldas, quien inmediatamente la relevó para ayudar con la ropa del señor Griffin, procurando que la pierna enyesada no sufriera en el camino al igual que las costillas. Regaló una sonrisa al hombre luego de dejarlo dentro de la bañera con agua tibia haciendo una reverencia dispuesto a esperar en el pasillo hasta ser llamado.

Como ya era rutina desde el accidente, tomó la esponja natural colocándole el jabón correspondiente y comenzó a pasarla por los hombros y pecho de Matthew. Bajó lentamente hacia el estómago, luego los brazos, las piernas, pies y por último su entrepierna intentando hacerlo lo más rápido posible para evitar la reacción inconsciente de aquella parte de su anatomía. Pero no dio resultado, la erección fue creciendo y un pequeño gemido salió de la boca de su esposo.

Se sobresaltó cuando la mano de Matthew se posó sobre su espalda acariciándola con suavidad. Se giró con rapidez viendo que el hombre tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, con un brusco movimiento se corrió logrando que él volviera a la realidad. Ninguno dijo nada, intentando ignorar el momento, siguiendo con el trabajo como cualquier otro día. Quitó el tapón para que el agua se fuera y buscó la toalla.

No pasó más de cinco minutos cuando llamó nuevamente a Kyle para ayudarlo a trasladarlo. El empresario dispensó de la ayuda del hombre por lo que quedaron solos, con movimientos pausados y delicados para evitar dolores que impidieran una buena tarde, la chica lo vistió sonriendo satisfecha cuando contempló el resultado. Al recibir el mismo gesto de su esposo se atrevió a dejar los dos primeros botones abiertos, dándole un aire más joven. Esos ojos oscuros parecían brillar como nunca, demostrando sus treinta y cuatro años.

Ninguno se sorprendió o reaccionó de buena o mala manera cuando ella pasó los dedos por el cabello del hombre, mirándose fijamente a los ojos, intentando descifrar tantas cosas que no tenían respuestas, que a la vez no deseaban saber. Todos aquellos secretos que ocultaban seguirían bajo miles de llaves hasta que la sociedad se rompiera o alguno de los dos muriera de viejo.

Matthew siseó por una punzada en las costillas al sobresaltarse cuando tocaron la puerta, Rebecca rápidamente llevó las manos al lugar afectado preguntando si necesitaba de algo y a la vez aceptaba la visita. Era Ryan que traía la silla de ruedas junto a los guardaespaldas que procurarían bajarlo para recibir a la familia y amigos.

Primero probaron el aparato en el dormitorio, asegurándose de que no fuera incómodo para pasar gran parte del día en ella, luego salieron hacia el pasillo en dirección a la escalera donde Noah y Samuel tomaron al empresario para bajar, mientras Kyle tomaba la silla. Ryan rozó la mano de la chica atrayendo su mirada, regalándose una sonrisa cómplice para luego despedirse por aquel día, él celebraría acción de gracias con su hermana y sobrina.

Kate con una gran sonrisa le ofreció un jugo de arándanos a su jefe quien agradeció con amabilidad mientras buscaba con la mano libre la de su esposa. No esperaron mucho a que los invitados comenzaran a llegar.

Clarke iba de ropa informal, vaqueros desgastados, una camisa blanca con los botones desabrochados al igual que Matthew. Se sentó cerca de su amigo dispuesto a una larga conversación sobre la empresa, las confidencias de algunos empleados y como la presencia de la señora Griffin hacían la diferencia, aconsejándole quedarse más tiempo fuera de Infinite Fantasy.

Pronto llegaron Nicholas, Melissa, Claire y Eric, todos directamente hacia el hijo prodigo verificando que estuviese intacto, sin menospreciar las atenciones de su mujer. Al verlo fatigado con tanta atención sobre su persona, decidió ayudarlo tomando de la silla para colocarla a un lado del sillón donde ella se sentaría, tomándole la mano y ofreciéndole algo de beber o comer con una

sonrisa que convenció a todos, incluso al abogado, de que estaba enamorada de aquel hombre.

Los últimos en llegar fueron los Reeve, Melanie con gran entusiasmo como siempre, trayendo varias tartas entre sus manos, pasando primero por la cocina y luego saludar afectuosamente a los dueños de casa. Rebecca no logró ocultar una carcajada al notar a su marido sorprendido ante tanto cariño.

Era primera vez que celebraban esas festividades en casa de los Griffin, el año anterior Matthew estuvo de viaje para esas fechas por lo que Melissa invitó a su nuera a casa para Acción de Gracias. El anterior a ese, llevaban poco tiempo de casados por lo que la familia y amigos les dieron su tiempo a solas. Este año era diferente, habían pasado cosas que daban razones para unirlos a todos y agradecer por un nuevo año.

El dueño de casa pidió que una televisión fuese puesta en la sala para tener de fondo la transmisión del gran desfile que se realizaba en la Gran Manzana por motivos de acción de gracias y luego escuchar el discurso que daba el presidente de los Estados Unidos.

Se podían escuchar diferentes conversaciones por la estancia, en ocasiones se unían en un mismo tema que causaba gritos y risas de alegría, logrando lo que pocas veces se sentía en esa mansión: un hogar. Las manos de los Griffin siempre se encontraban unidas, demostrando que la llama de amor seguía encendida, aunque estuviesen en pláticas diferentes. No obstante, para Rebecca se sentía distinto, los dedos de su esposo no permanecían quietos como antes, jugaban contentamente con sus anillos de boda o acariciaban su dorso, como si quisiese demostrarle que estaba pendiente de aquel contacto.

Arthur apareció por un costado de la chica confirmándole que la mesa se hallaba servida, agradeció con una sonrisa sobre su hombro girándose hacia los presentes para invitarlos al comedor y disfrutar de la comida. Todos reían cuando Clarke tomó la silla de ruedas proponiendo una carrera hasta la habitación, mientras Claire insistía en que soltara a su nieto y recordara las lesiones que llevaba.

Sobre la mesa se disfrutaban diferentes platillos apetitosos junto con un enorme pavo dorado que llamaba a ser cortado y degustado. Cuando todos estuvieron en su puesto se tomaron de las manos, mirando al dueño de casa quien debía empezar dando las gracias, primero miró a su esposa regalándole una sonrisa antes de detenerse en los invitados.

—Quiero dar las gracias por todo lo que he logrado en mi vida, desde la gran familia que me tocó—dijo mirando a sus abuelos y padres—, los amigos fieles que me han acompañado siempre. —Siguió ahora contemplando a Peter y Clarke—. Y finalmente doy las gracias por haber encontrado al amor de mi vida. —Los ojos oscuros se detuvieron en los verdes de Rebecca—. Sin esta hermosa mujer seguiría siendo un hombre solo y perdido en este mundo. Doy gracias porque haya llegado esa chica tímida a las puertas de mi edificio.

Los presentes se miraban entre sí con una sonrisa ante las palabras del hombre, seguros que en realidad pensaba cada una de las palabras. Rebecca tenía la garganta apretada sin saber cómo reaccionar.

—Si no fuera por ella, estaría muerto después de aquel accidente —ambos cerraron los ojos ante aquel recuerdo—. Pero aquí estamos, disfrutando con nuestros seres queridos y doy gracias por eso.

Cada uno de los presentes sonrieron susurrando un gracias significativo ante el pequeño discurso del hombre, conmovidos por los cambios que había tenido después de conocer a Rebecca.

Todos dieron las gracias por alguna cosa, en especial el pasar aquel día juntos, algunas veces

reían por los agradecimientos que daban, en especial Clarke y Melanie que bromeaban con alguna anécdota hacia el empresario.

Los honores de partir el pavo se los dieron al abuelo de Matthew, a pesar de que Rebecca era quien recibía las felicitaciones de la comida, ella se encargaba de asegurar que el mérito lo tenían las chicas que llevaban en la cocina dos días procurando tener los mejores platos para ese día.

—¿Cómo va la editorial, abuelo? —preguntó Matthew con interés.

—Todo va perfectamente, tenemos dos nuevos autores que envió John, han entregado buenas ventas y seguidores. Ambos están prontos a sacar un segundo libro —informó Eric con una gran sonrisa.

—¿Sigue en eso? ¿Editor independiente? —pregunto Clarke con un gran bocado en la boca; el hombre mayor asintió—. Creo haberlo visto para la boda de Matt, aunque no estoy seguro si era él.

—Sí estuvo, bien escondido de personas como tú —aseguro el empresario con una sonrisa de burla—, el otro día Jeremy llamó a casa para saber de mi accidente, dijo algo de que debía contactar contigo. —El abogado asintió.

—Para variar está metido en problema con mujeres y bebés no reconocidos —dijo con una risa entre dientes.

—Ese hijo mío, con cincuenta y siete años y aún no comprende que no debe jugar así con las mujeres —reprochó Claire negando.

—De seguro tenemos varios nietos por el mundo —bromeó Eric contagiando a varios.

La conversación cambió de tema rápidamente al ver la expresión de la abuela de Matthew, amaba a todos sus hijos por igual, si bien agradecía que por lo menos uno de ellos siguiera una vida normal, Melissa definitivamente era su hija favorita comparada con sus hermanos mayores que vivían escondidos en alguna parte del mundo haciendo que sabe qué cosa.

Las fuentes y los platos fueron quedando vacíos, todos se sorprendieron cuando comenzó a llover pegando fuerte sobre los grandes ventanales de la sala. Aplaudieron cuando llegaron los diferentes postres, desde la tarta de manzana que había preparado Rebecca hasta los que Melanie llevó para degustar. Varios pidieron una taza de café como otros un bajativo.

La charla siguió después de haber terminado la cena, pasaron nuevamente a la sala donde los protagonistas fueron Peter y Matthew al comentar como iban las tierras en Italia. Llevaban más de dos años preparando las tierras, eligiendo las cosechas a plantar y finalmente el próximo año podrían obtener una idea de los vinos que producirían. El enólogo mostraba mucha seguridad de que sería un excelente producto, las condiciones eran favorables y el lugar era el indicado.

—Dentro de agosto y octubre del próximo año ya podríamos tener la cosecha —comentó Peter con una gran sonrisa.

—La plantación ha llegado a su madurez por lo que no debería haber problema alguno para obtener la primera cepa —aseguró Matthew.

—Estaremos atento para ser los primeros en probar —dijo Nicholas tomando del hombro a su hijo con orgullo.

No se daban cuenta como pasaba el tiempo hasta que Rebecca, preocupada por la salud y comodidad de su esposo, le preguntó si deseaba ir a descansar un momento. Recibió una negativa cariñosa y un beso en la mano, asegurándole que todo estaba bien, sin embargo, los invitados no dijeron lo mismo, excusándose de una manera u otra como si no hubiesen escuchado a la chica hablar con su pareja.

Los únicos que se quedaron fueron los Reeve después de que Matthew insistiera en que se

encontraba perfectamente, sin ningún dolor alguno después de haberse tomado los analgésicos luego de la comida. Peter aceptó la invitación por un tiempo más, conociendo la mirada de su mejor amigo.

Rebecca negó efusivamente cuando él se dio unas palmaditas en las piernas invitándola a sentarse sobre ellas, debía estar loco si creía que sería tan tonta como cometer esa barbaridad, su pierna seguía en malas condiciones y aunque fuera una desconsiderada, cualquier movimiento involuntario dañaría los progresos en las costillas. Pasó junto a la silla colocándose detrás para trasladarlo, dejando un beso en la coronilla mientras lo acomodaba junto al mismo sillón donde estuvo sentada antes.

Se tensó cuando la mano de su esposo se posó en su pierna, justo en el dobladillo del vestido, algo muy normal entre parejas, pero nada simple para ella. Intentando disimular su actuar soltó una risita diciéndole que dejara de hacerle cosquillas.

Agradecieron cuando Arthur y Susie aparecieron con bocaditos, jugo y té para compartir, la noche ya se apoderaba del día junto con las nubes rebosantes de agua que no dejaba de caer.

—Su historia se parece a esos libros románticos —acotó Melanie llevándose un pastelito a la boca—, se trata de un hombre huraño que no permite que nadie se le acerque, cuando justo aparece esa chica indefensa y todo cambia, ahora está locamente enamorado, no permite que ella salga de la torre y viven felices por siempre.

—Estábamos predestinados —comentó Matthew tomando la mano de su mujer, dejándole un beso en el dorso.

—Quien iba a decir que Matt Griffin iba a caer en las garras de una mujer... debo darte mi más sincera admiración, Rebecca, en todos los años que conozco a este hombre, nunca imaginé que lo vería casado y feliz compartiendo una vida con alguien —dijo Peter.

—Y así dices llamarte mi amigo —gruñó el empresario recibiendo una carcajada a cambio.

—Solo digo lo que veo, hermano —el chico de cabello trigueño alzando las manos.

—No me sorprendería que en un tiempo digan que tendrán un bebé... si es que aún no es el caso —comentó Melanie con ojos brillantes.

Rebecca se llevó la mano a la boca para no escupir el trago de té que acaba de dar. Esa palabra aún le causaba náuseas, después de la conversación con la familia de Matthew y el incidente en la casa de Vancouver, no quería volver a oírla en una larga temporada, tal vez nunca más.

Sintió la mano de su esposo en la espalda, como si intentara aliviarla. Le dio una sonrisa de agradecimiento tomándole la mano libre, demostrando lo agradecida que estaba por el afecto. Matthew se dirigió a sus amigos.

—No es un tema que queramos hablar ahora, Melanie...

—Lo siento, solo ha sido un comentario de mal gusto —dijo la chica apenada intentando disculparse con Rebecca quien no podía mirarla en ese momento.

—Cual sea el problema, se solucionará —intervino Peter—, y si el caso es que no quieren hijos, también es respetable. Melanie y yo, por ejemplo, aún no nos creemos capaces de traer un bebé a este mundo, entre tantos viajes y con la nueva boutique, no tendríamos el tiempo que necesita la crianza de un hijo.

—Exacto, aún somos jóvenes, igual ustedes... Rebecca, no tienes más de veinticinco, ¿cierto?

—Veintitrés —corrigió Matthew algo tenso.

—¡Vaya, hombre! Si que la buscaste más joven, ¿no crees? —comentó Peter alzando su vaso de whisky hacia su socio, con una sonrisa de lado a lado.

Matthew solo sonrió levantando su vaso de jugo de arándanos y gaseosa, bebió un trago, luego le echó un vistazo a su esposa quien todavía desviaba la mirada a cualquier otro sitio. Carraspeó unas cuantas veces, se acomodó en la silla de ruedas para luego detenerse en sus amigos.

—¿Qué les parecería tomarnos unos días de descanso? Necesito salir de estas cuatro paredes.

—El doctor ha dicho que debes estar en reposo —intervino Rebecca, mirándolo por fin.

—Lo sé, cariño, solo he invitado a que salgamos de aquí a otra ciudad. Puedo seguir estando en reposo en otro sitio.

—¿Sería una idea genial! —Contestó Melanie con un saltito girándose hacia su esposo—. ¿No debes viajar, cierto?

—No, mi vida. Sería buena idea respirar otros aires —respondió Peter mirando a su mujer con adoración. Ésta chilló girándose hacia los dueños de casa.

—¿Vancouver? —preguntó Rebecca con timidez y negando—. No es un lugar apropiado para ti, son demasiadas escaleras; además no me apetece volver por un tiempo.

—Podríamos ir al departamento en Miami, disfrutar del sol y el mar.

La chica abrió los ojos sorprendida, no sabía de la existencia de esa propiedad. Llevaba dos años casada con ese hombre y parecía que seguía sin conocer su fortuna. Sacudió la cabeza intentando disimular su asombro y plasmar una sonrisa que los convenciera a todos.

No tuvo que seguir hablando, ya que entre los tres se preocuparon de organizar el viaje, no valía la pena hacer cambiar de opinión a su marido, era como intentar mover una pared de cemento ella sola. Bien podía dejar todo organizado y disfrutar de un descanso, no estaría mal, ya no lo vería molesto por pasar todo el día en la misma habitación, tendría tiempo para ella ya que Matthew querría pasar tiempo con Peter, lo que le dejaba más espacio para ella y su amiga, Melanie. Un poco de entusiasmo recorrió su cuerpo.

Ya dispuestos a retirarse, todos se levantaron, Melanie abrazó a su amiga quedando en verse en la boutique dentro de los siguientes días como también para organizar el viaje. Peter llevaba la silla de ruedas hacia la entrada conversando entre ellos y riendo por lo bajo. Ella se acercó para despedirse del chico cuando fue sorprendida por unos fuertes brazos atrayéndola hasta quedar sentada sobre el regazo de Matthew.

Lanzó un chillido que debió escucharse por toda la mansión llevando rápidamente las manos al vestido para asegurarse que no se hubiese subido más de lo apropiado. Se giró hacia hombre sorprendida y luego hacia la pierna inmovilizada creyendo haber caído sobre esta y fracturándola más de lo que ya se encontraba. No obstante, Matthew había medido la distancia por lo que cayó justo en el espacio adecuado, siendo rodeada con los brazos de éste.

—Insisto, este no es el Matt que yo conocía —dijo Peter entre risas—, hermano, por fin estás actuando acorde a tu edad.

Ella no hizo caso al comentario, seguía atenta a su esposo que actuaba con naturalidad, le acariciaba el muslo sobre el vestido mientras contestaba a su amigo con alguna broma de cuando iban a la universidad. La conversación fue a algunos papeles referente a La Toscana y el tiempo que faltaba para ver algunos progresos, como también la construcción del hotel exclusivo que tendría el viñedo si todo funcionaba como tenían previsto. Rebecca miró hacia Melanie con la intención de pedirle ayuda, pero ella se mostraba igual de interesada en la conversación. No le quedaba más remedio que quedarse ahí, demostrando que estaba a gusto.

¿Qué debía hacer? ¿Acariciarle el torso? ¿Tomarlo de las manos? ¿Dejarle un beso en la mejilla? ¿Cómo actuar sin saber qué hacer cuando no estás enamorada?

Pensó en los libros que leía, esos de romance en que el personaje principal se va dando cuenta

que está enamorado por las conductas que tiene con la otra persona. Siempre dicen que les gusta tenerlo cerca, querer tocarlo, querer sentir los labios sobre los suyos. Si bien, ella no sentía ninguna de esas cosas, sabía perfectamente cuál era su papel en esa asociación y el amor no era parte de ello. Lo único que le quedaba era seguir actuando como llevaba haciendo esos dos años.

Creyó que sería buena idea tomar la mano de su esposo que descansaba en una de sus piernas, justo en el mismo momento en que él se le adelantó tomando la mano que tenía sobre el hombro llevándola a su cabello, enredando los dedos. Entendió perfectamente que debía acariciarlo como lo haría una mujer enamorada, lo veía reiteradamente entre Melissa y Nicholas. Tal como había hecho aquella mañana, los dos solos en el dormitorio y su mano desordenando el cabello húmedo. Así de simple.

Esa era la frase favorita del hombre, las cosas no necesitaban de darle demasiadas vueltas, no necesitaba miles de argumentos para hacerlo, solo debían actuar. Respiró hondo dejando caer la frente sobre un lado de su esposo, rozando los labios cerca del oído; un suspiro en respuesta contestó que estaba bien.

Sintió que ya era momento de terminar la velada cuando llevaba mucho tiempo en el regazo de Matthew, quien necesitaba volver a la cama y descansar. Se puso de pie a pesar de los gruñidos de su esposo, no lo miró en ningún segundo acercándose a los invitados, quedando en comunicarse para planificar con más detención el paseo a la ciudad del calor.

Los acompañó a la puerta principal, le dio dos besos a Melanie quedándose comunicarse dentro de la semana, y luego esperó el beso característico de Peter en la mano. Dejó que Arthur los llevara hacia el exterior mientras ella volvía al vestíbulo donde el empresario le miraba intensamente con Kyle y Noah detrás dispuestos a recibir las indicaciones y llevarlo al piso superior dando por terminada la velada. Asintió.

Como siempre, los dos hombres dejaron al señor Griffin dentro del cuarto, les desearon buenas noches y desaparecieron; ahora era su turno de intervenir. Le ayudó a sentarse en la cama para quitarle la chaqueta y la camisa, así ponerle la camiseta con que dormía, luego le ayudó a recostarse para quitarle los zapatos, calcetines y pantalones.

Se llevó una mano a la boca para evitar un grito cuando vio lo abultado en el bóxer, es decir, estaba acostumbrada a que el miembro de su esposo creciera en circunstancias como cuando lo bañaba o le ayudaba a limpiarse, y ahora no era ninguna de esas razones. Lo miró a los ojos marrones percatándose que ya no eran los ojos fríos del empresario, sino que el felino en su interior tomaba el poder.

Sabía que debía quitarle la ropa interior para ponerle los pantalones de pijama, pero no quería ver lo que saldría de estos. Sin embargo, no pudo pensar en otra solución cuando Matthew siseo de dolor al intentar hacer la tarea. Rápidamente quitó las manos haciendo que se irguiera para evitar la molestia, manteniendo algo de cordura tomó la tela para quitarla por las piernas intentando no mirar la evidente erección. El tigre definitivamente quería jugar.

Se sobresaltó cuando escuchó el gruñido que significaba que necesitaba ayuda urgente o daría uno de sus gritos característicos. Le quitó la ropa interior cuidando no rozar la pierna enyesada, luego le pasó las piernas de pijama holgado hasta el muslo donde volvió a encontrarse con esa parte del cuerpo que ahora parecía cada vez más grande; tragó en seco. Llevó una mano hacia el pene con la intención de tomarlo, retrocediendo de un salto al escucharlo.

—¡No lo toques! Yo me haré cargo —dijo Matthew entre dientes mirándola ferozmente.

—Ne-nece... necesitarás...

—¿Qué necesitaré, Rebecca? —preguntó el hombre sin quitarle los ojos de encima, ella no

respondió.

De un movimiento rápido la chica se vio volar hasta aterrizar con cada pierna a un lado del cuerpo de Matthew y otro siseo de dolor. Ambos maldijeron. La respiración era acelerada, los ojos de ella mostraban asombro, mientras que los de él parecían hervir en lava caliente. No era muy difícil escuchar el rugido del tigre en su interior.

—¿Qué necesitaré, Rebecca? ¿Si te dejo tocarme, que harás? —preguntó en un murmullo. Ella no podía respirar—. Vamos, no seas tímida, querías tomarlo, ¿Qué quieres hacer con él?

—Solo te vestía —murmuró tan bajo como él.

—En este preciso momento podría aprovechar esta poca distancia entre nosotros, arrancarte las bragas y subir ese vestido que me ha tenido inquieto toda la noche y consumir este matrimonio. ¿Por qué debería detenerme, cariño?

—Porque no está en el contrato —logró decir Rebecca sintiendo demasiado calor.

—En eso estás equivocada.

Con mucho esfuerzo, que de seguro tendría consecuencias al día siguiente, dejó el cuerpo de la chica a un costado intentando llegar al sobre que seguía en la mesa de noche, aquel que Clarke llevó hace algunos días. Recostarlo contra los almohadones tomando un gran respiro con los ojos cerrados, esperó un tiempo antes de tendérselo con la mirada fija en ella, expectante en cada detalle, en cada movimiento.

Mirando alternadamente los papeles y los ojos de Matthew intentó concentrarse, su cuerpo temblaba evidentemente, no lograba controlarlo ni tampoco disimularlo cuando sus manos no dejaban de tiritar mientras abría y sacaba el documento. Se trataba del contrato que firmaron el día del matrimonio, avanzó página a página mientras el corazón se le aceleraba, en cualquier momento explotaría en su interior, sin embargo, solo se detuvo cuando encontró la última página con un gran título: *ANEXO — RELACIONES SEXUALES DENTRO DEL MATRIMONIO*.

Leyó entre líneas, cada vez se le abría más la boca al entender que exponía, ya no regía lo escrito en las páginas iniciales, ya no contabilizaba la idea de cada uno mantener su vida por separado, ahora si ambas partes lo deseaban podrían consumir el matrimonio, en otras palabras, podrían tener sexo si los dos estaban de acuerdo, lo cual no interferiría en el resto del acuerdo. Jadeó cuando vio su firma en la parte inferior.

—¡Yo nunca he firmado esto! —Matthew sonrió sin perder al tigre en su interior.

—¿Cuántas veces te he dicho que leas las cosas que firmas? Lo haces muy bien cuando se refiere a la empresa o tus negocios, pero con respecto a tu vida personal, olvidas tomar el consejo —respondió mientras llevaba las manos a las piernas de la chica haciéndola estremecer.

—¿Cuándo? —preguntó Rebecca en un susurro sin dejar de observar el anexo.

—Cuando coordinamos la legalidad de tu firma para la empresa. Todas esas veces en que Clarke solicitaba tu presencia. —Lo miró con los ojos abiertos más no poder.

—Eso fue...

Era de esperarse, que estúpida era y ahora no tenía escapatoria, no podía argumentar que no estaba de acuerdo, ahí se apreciaba su firma lo que daba a entender que no fue una situación obligada o encubierta. ¡Maldita sea, Clarke Cobb! ¡Maldita sea ella misma!

Sin importarle lastimar la pierna de Matthew se bajó veloz de la cama tratando de acomodarse el vestido. Tiró los papeles al suelo sintiendo la rabia en su interior, cada vez más al divisar la sonrisa triunfal de su esposo. Necesitaba salir de ahí antes de lanzarse sobre él y lastimarlo más de la cuenta... o fractúrale las costillas nuevamente, y la otra pierna... como también un brazo.

¡Maldita la hora en que creyó que podría tomar el control al darle ese baño de agua hirviendo!

Había incitado al tigre, ahora debía someterse a la venganza.
Necesita una solución rápido.

Miami

Reuniones a último minuto en la empresa evitaban la hora de almuerzo. Solicitud urgente de la presidenta en la fundación, excusa para salir temprano en la mañana. Problemas en la boutique, otra razón para no llegar temprano a casa.

Una semana, siete días en que llevaba huyendo de su propia casa evitando a su marido convaleciente, olvidando las instrucciones que había dado donde solo ella debía hacerse cargo de las necesidades del hombre. No, ahora delegaba las obligaciones con otros mientras ella buscaba una excusa tras otra para mantenerse lo más alejada posible.

Sabía que Matthew no era tonto y estaba al tanto de todo, no faltaría mucho hasta que le hiciera un llamado de atención el cual no podría evadir.

Sí, lo admitía, era cobarde, se sentía aterrada y a la vez deseaba que se cumpliera esa venganza. ¿Cómo todo a la vez? ¿En qué juego se metía cuando era obvio que perdería? Era estúpido, el papel decía que debía ser de mutuo acuerdo, sin embargo, sabía el efecto que tenía en ella aquel hombre, no le costaría nada en ceder si él lo pedía.

Layla la sacó de sus pensamientos al tocar la puerta, asomó la cabeza con una sonrisa informándole que el señor Griffin deseaba contactarla y al parecer no contestaba el celular. Insistía en que volviera a la mansión lo antes posible. Rebecca suspiró, intentó dar una sonrisa la cual no llegó a sus ojos.

Se volvió nuevamente a la gran vista que tenía desde aquella oficina, gran parte del centro de New York a sus pies. Llegaba el tan terrorífico día, viernes por la tarde, justo cuando tomarían un avión hacia Miami con los Reeve, para tener una semana de descanso, olvidarse de los problemas y lograr que Matthew cambiara de aire luego de dos meses encerrado después del accidente con una movilidad casi reducida.

Cuando volvieron a tocar a la puerta se dio por vencida. Samuel asomó la cabeza preguntando si ya terminaba para poder marcharse, ella solo asintió tomando su bolso y caminando hacia la puerta; ya la secretaria se haría cargo de apagar la computadora y ordenar.

Se despidió de todos en la recepción, Charlotte le dio un abrazo y le deseó un buen descanso, Rachel subía y baja las cejas mientras reía invitándola a portarse mal ahora que estaría las veinticuatro horas con su esposo, sin la interrupción de llamados telefónicos de cualquier departamento de Infinite Fantasy. ¿Cómo decirle que de eso mismo huía? Se giró hacia Layla pidiéndole que cualquier cosa urgente llamara que ella o su esposo para buscar la solución, en cualquier otro caso, destinarlo al departamento correcto o a los socios minoristas.

—Debes aprovechar, Rebecca, Matthew jamás se ha tomado vacaciones, solo desde que está contigo —comentó Charlotte desde el cubículo de su asistente.

—Ya nos fuimos para nuestro aniversario y las cosas no fueron bien —recordó Rebecca con el ceño fruncido. La mujer negó con una sonrisa.

—Recuerdo perfectamente haber recibido unos cuantos correos de su parte mientras se encontraban de viaje. Esta mañana ha llamado diciendo que no se llevará el portátil... Eso quiere decir que verdaderamente quiere descansar y pasar un momento con su mujer y amigos.

O quiere fastidiarme la vida sin interrupciones... Se dijo para sus adentros. Sonrió tratando de demostrar sorpresa, felicidad y entusiasmo que no sentía. Se aferró mejor a su bolso siguiendo a Samuel quien ya esperaba con el ascensor abierto.

Justo las puertas de otro elevador se abrieron dando paso a Clarke, llevaba la misma sonrisa despreocupada de siempre, si bien cuando vio la expresión de la mujer de su amigo todo cambió. Rebecca rápidamente interpuso entre sus miradas los lentes oscuros desviando su atención hacia cualquier otra cosa.

—Rebecca...

—No tenemos nada de qué hablar, Cobb —interrumpió la chica entre dientes.

—No fue mi intención, solo vi su expresión y creí en sus palabras... —retrocedió un paso ante la postura amenazante de la señora Griffin.

—Eras el único en quien confiaba sobre esto y me has dado con un puñal en la espalda —susurró para evitar los oídos curiosos—, me decepcionaste, Clarke.

Agradeció que las puertas del ascensor privado se abrieran justo en el segundo, sin despedirse entró esperando a que su guardaespaldas cumpliera su trabajo alejando a la gente indeseada.

En el camino a casa, llamó a la fundación para coordinar cualquier cosa pendiente, pero Matthew se le había adelantado hablando con Meg quien contestó entusiasmada con la idea de que disfrutaran una semana en pareja. Le dijo que no se preocupara de nada que Lillian estaría apoyando, como llevaban haciendo desde el accidente de su marido.

Bufó y dio un golpe en el asiento cuando terminó la comunicación, llamando la atención del guardaespaldas, quien la miró por el espejo retrovisor. Matthew tenía todo perfectamente arreglado, haría que pagara todo lo que hizo en esos dos años, una maldita venganza que podría destrozarla. ¿Por qué justo ahora?!

—¿Qué dijo, señora? —preguntó Samuel desde el puesto del conductor.

Ahora decía sus pensamientos en voz alta. Negó efusivamente indicando hacia la calle delante de ellos, dando a entender que no tenía importancia. Sentía que los nervios la dejarían loca, y eso que aún no se hallaba ni a mitad de camino de la residencia.

No sabía si darle gracias al tráfico por retrasar su llegada o maldecirlo por evitar lo inevitable. Ya que más daba, mientras más se resistiera, peor sería la venganza, ¿no? No le quedaba más que aceptarlo, y dar su mejor sonrisa para hacer creer a Melanie y Peter de que estaba dichosa y feliz en su matrimonio.

—¡Aparte debo cuidar de este sinvergüenza!

—¿Decía, señora Griffin? —volvió a preguntar el guardaespaldas.

—Samuel, tú sabes quienes vendrán con nosotros a Miami, ¿cierto? —preguntó la chica, solo con la intención de que no la tratara de loca por hablar sin sentido.

—El señor Griffin ha dado las instrucciones esta mañana: ha especificado que solo quiere a Kyle, Kate, Zoe y quien habla, señora.

Bien, por lo menos si gritaba alguien vendría a rescatarla, aunque anhelaba que también pudiese acompañarlos Ryan... O Lillian, cualquiera que estuviera en su órbita constantemente. Asintió demostrando que escuchaba, luego giró hacia la ventana admirando el paisaje.

Cuando aparcaron frente a la mansión, Rebecca se percató de que su auto y uno de los híbridos estaban siendo equipados con lo que se llevarían, a un costado Matthew miraba atento sentado en la silla de ruedas, paciente y expectante. Esperó a que su guardaespaldas abriera la puerta y le ofreciera la mano para descender.

Su esposo la distinguió rápidamente regalándole una sonrisa felina, la misma que llevaba

usando desde que le mostró el nuevo anexo del contrato. ¡Ahora entendía por qué la avergonzó frente al doctor, preguntando si podían practicar sexo cuando la pierna aún se hallaba enyesada! No se detuvo a saludarlo pasó rápidamente a su lado, sin embargo, él fue más rápido llamándola cuando iba en la puerta. Apretó los dientes, se giró cansada y derrotada.

—¿Decías? —preguntó con inocencia. Él rio entre dientes.

—Cariño, parece que llegaste alterada de la empresa, ¿sucedió algo?

—Nada, todo solucionado, lo sabrás ya que llamaste. Solo quiero darme un baño antes de partir.

—Podría acompañarte —opinó Matthew sin perder la sonrisa. Rebecca se sonrojó, agradecía llevar los lentes puestos.

—Tu pierna lo impide, será en otro momento, no queremos interrumpir este viaje con otro incidente, ¿cierto?

—Lo cobraré —escuchó que decía, mientras desaparecía en el interior de la mansión.

Agradeció que Ryan no estuviera en el cuarto, ambos estarían desolados como la vez que el matrimonio viajó a Vancouver. Se preguntó si ya se había retirado, eso significaba que no lo vería hasta la semana entrante. Suspiró mientras negaba en silencio, tenía la cabeza llena de ideas y cual más difícil de solucionar.

Se decidió por una ducha rápida, siguió el mismo procedimiento de siempre: exfoliantes, cremas hidratantes, cepillado de dientes, arreglar el cabello, perfume y maquillaje ligero. Cuando fue al vestidor sonrió como no llevaba haciendo hace días, sobre el sillón de un cuerpo dentro del vestidor estaba su vestuario de viaje junto a una nota.

Siempre podemos arruinarle la sonrisa... Disfruta, pero no tanto. Nos vemos a la vuelta.

Agradeció mentalmente a su asesor poniendo manos a la obra. En poco tiempo salió hacia el dormitorio, directo al tocador para buscar los diamantes del día. Sobre este descansaba el colgante de dos argollas entrelazadas y unos pendientes a juego, eran simples en comparación con los que llevaba últimamente, volvió a agradecer en silencio por el detalle.

Se puso su reloj, los anillos, se miró al espejo con una sonrisa de satisfacción; se veía perfecta, natural y distinta. Se rio para sí misma antes de salir con el nuevo bolso que le había dejado Ryan.

Pasó directo a la cocina donde recibió unos cuantos halagos de las chicas quienes parecían sorprendidas por el vestuario. Reunió al personal informando a quienes se quedarían que tenían libertad de usar las comodidades de la mansión, siempre con respeto. Susie le deseó un buen viaje, esperando que el señor Griffin lograra descansar y olvidarse de que aún le quedaba tiempo con la pierna inmovilizada.

Se giró hacia Arthur quien seguía igual de serio que siempre, le regaló una sonrisa a la cual él contestó con un asentimiento. Bien, no quedaba más que hacer. El mayordomo le acompañó hasta la puerta, seguido por la cocinera y la chica del servicio que los acompañaría, el hombre le deseó un viaje tranquilo y sin imprevistos. Escondida tras los lentes oscuros puso los ojos en blanco.

Matthew seguía sobre la silla de ruedas, aun cuando todo iba ya organizado en los autos. Sin importarle la expresión de los guardaespaldas, y las muecas que intentaban guardar una sonrisa, se movió hasta quedar en el campo de visión de su marido.

Éste abrió los ojos sin dar crédito a lo que veía, la contempló de pies a cabeza, se apreciaba su intención de levantarse, tomarla de un brazo y llevarla nuevamente dentro para que se

cambiara, si bien no lo haría. Sin fijarse en él, Rebecca se dirigió a Samuel y Kyle para que ayudaran al hombre a subir, estos asintieron acercándose al dueño de casa.

Parecía que hubiera perdido la voz, la seguía atónito, no decía nada mientras era ayudado a colocarse de pie y guiado hacia el auto de la chica, que era más cómodo para que llevara la pierna estirada. Se rio por lo bajo cuando vio la cara de sorpresa de su esposo cuando cerraron la puerta sin esperar a que ella ingresara; ni loca se iría con él en la parte trasera. Esperó a que Kyle abriera la puerta del copiloto con una sonrisa cómplice y entró.

El camino hacia el aeropuerto fue en completo silencio, de vez en cuando daba una ojeada a Kyle, quien ocultaba muy mal su sonrisa, o miraba por el espejo retrovisor a su esposo que no quitaba el ceño fruncido como tampoco comentaba algo al respecto. Sabía que solo se trataba de su vestimenta, no estaba a favor de ella, pero no le importaba, la torturaría por una semana, por lo menos debía desquitarse de alguna manera.

Siguiendo en el silencio, dejaron al personal encargarse del equipaje mientras ella tomaba el control de la silla de ruedas dirigiéndola al sector privado por donde siempre tomaban el jet. Fue en ese lugar donde acordaron encontrarse con los Reeve.

Melanie al distinguirla entre los demás pasajeros en el aeropuerto, chilló dando saltos en su puesto. Peter sonrió acercándose a la pareja, dejó un beso en la mejilla de Rebecca para luego tomar control de la silla dejando que las chicas se saludaran.

—¡No lo puedo creer! ¡Pantalones! Te ves sensacional—dijo la diseñadora haciéndola girar para apreciarla desde los distintos ángulos.

—Solo es para viajar más cómoda y poder atender a mi marido —respondió Rebecca mirando a Matthew de reojo quien ahora parecía más molesto que en casa.

—Deberías usarlos más seguido, te quedan de maravilla... Ryan sabe cómo sacarte provecho, ¿no lo crees, Matthew? —preguntó Melanie girándolas a ambas hacia el nombrado.

—Solo vestidos, Melanie —gruñó éste.

Junto a la nota, Ryan había dejado unos vaqueros ajustados para destacar unos preciosos tacones color salmón. Llevaba una camiseta blanca junto a una chaqueta entallada del mismo color que los zapatos. Siendo que llevaba las joyas de siempre, el mismo peinado y maquillaje, esa ropa creaba otra Rebecca que iba oculta detrás de los vestidos elegantes.

Ingresaron al avión donde fueron recibidos por la tripulación, las chicas iban delante conversando mientras los hombres les seguían en silencio hacia la manga que fue colocada por esta ocasión para hacer más fácil el traslado del empresario.

Cada pareja se sentó en su puesto dentro del área de asientos para poder despegar con las indicaciones de seguridad, luego tal como informó la señora Griffin, Matthew sería trasladado al cuarto para descansar. Éste no parecía muy contento con la idea, aunque no discutió.

Cuando desactivaron la luz de abrocharse los cinturones, Rebecca fue la primera en quitárselo colocándose de pie para ayudar a su esposo. Rápidamente se le acercó Kyle. Con delicadeza y lentitud avanzaron hacia el único dormitorio del jet hasta dejar al hombre recostado en la cama, la chica le ayudó acomodando las almohadas y la pierna.

Se giró para irse junto con el guardaespaldas, cuando la mano fuerte de Matthew la detuvo. La chica vigiló el agarre, temerosa de alzar la vista y encontrar unos ojos tan oscuros como la noche, sin embargo, encontró algo peor: fuego.

—Puedes dejarnos, Kyle; avísales a nuestros invitados que nos reencontramos antes de aterrizar.

Sintió el cuerpo estremecerse, miró al hombre vestido de negro suplicando que dijera algo,

pero éste solo asintió cerrando la puerta tras de sí. No podía creer que fuera a vengarse a más de mil pies de altura.

—Ahora, querida esposa, podrías comenzar quitándote esos pantalones...

Como si tuviese un botón de activar, sintió su cuerpo temblar, bajó la mirada, la mandíbula no dejaba de tiritar como si fuera por frío cuando en verdad eran las palabras tartamudeadas que deseaban salir, preguntando si debía hacerlo lentamente o tan rápido como pudiese. Ahí estaba la chica tímida que llegó hace dos años a la gran ciudad, asustada sin saber cómo moverse, con un bolso pequeño con algunas de sus pertenencias, desvalida... una hormiga en el reino de los gigantes.

Frente a ella, al igual que la primera vez un hombre fuerte, intimidante, con las mismas características que un tigre al asecho, esperando a identificar su primera acción para atraparla antes de reaccionar. Pequeña, indefensa, una niña de diez años que perdía una parte importante de su vida, y ahora debía enfrentar las consecuencias de sus acciones. Tragó en seco.

Deseaba llegar a un acuerdo, tranzar en alguna cosa, estaba dispuesta a tener sexo con él, no le desagradaba, al final de cuentas era su esposo y era parte de la existencia consumir el matrimonio y tener una familia. Era de lo que trataba la vida, ¿cierto? Pero en otro lado, no veía la necesidad que hacerlo cuando sus amigos cercanos y el personal estaban a solo una puerta de distancia. ¿Qué pasaba si las cosas salían mal? ¿Si era brusco y quería hacerla gritar? ¿Cómo salir dignamente de esa habitación sin que el resto notara lo que pasaba dentro?

Respiró hondo cerrando los ojos con fuerza. Solo tenía dos opciones: salir corriendo de ahí aprovechando que el tigre se hallaba incapacitado para atraparla dejando en evidencia su falso matrimonio, o quedarse y afrontar el destino. Se llevó las manos hacia la hebilla del cinturón desatándolo lentamente. Sentía como las manos le sudaban y temblaban, necesitaba imaginar que se encontraba en otro sitio, como la vez en Vancouver, cuando eran solo ellos en la habitación y era él quien le quitaba la ropa. Suspiró cuando llegó el momento del botón del pantalón... luego la cremallera.

No quería sentirse inferior nuevamente, no quería traer esos recuerdos, como tampoco quería llorar frente a él dándole mayor satisfacción a la venganza. No importaba si era justo, no quería pasar por algo así, no otra vez...

—Basta.

Quedó helada abriendo los ojos con sorpresa, contemplando la mirada enojada de su esposo, como si tuviera asco de lo que veía.

—Basta —volvió a gruñir.

—¿Qué? —sorprendida por la sequedad de su palabra.

—Vuelve a abrocharte y haz lo que quieras, no te obligaré a quedarte aquí —dijo Matthew sin detenerse en su persona, bastante incómodo.

—No entiendo nada —murmuró la chica sin dejar de mirarlo, mientras se arreglaba en segundos.

—Me comporto como un animal a veces, pero sé cuándo debo detenerme porque te sientes incómoda —explicó el hombre mirándola esta vez; una sonrisa creció en su rostro—; además me alegra saber que aún puedes hacerme caso.

Deseaba gritarle que era un imbécil, que solo jugaba con ella por una estúpida venganza, si bien ningún sonido salía de su boca, estupefacta de la situación, perdida ante su comentario. Salió rápidamente del dormitorio sin detenerse. Seguía temblando de pies a cabeza, sin embargo, ahora la ira también era parte de su reacción, deseando devolverse para darle un bofetón, aun así, se

contuvo recordando las visitas, a lo que no podía rebajarse a hacer un show frente a todos.

Casi tres horas de vuelo después, aterrizaron en el aeropuerto internacional de Miami en el sector de privados. Al igual que en New York, los esperaba una salida fácil para la silla de ruedas y dos Jeep listos para trasladarlos.

El edificio se encontraba frente a la playa en el décimo piso. Samuel fue quien abrió la puerta dejando el paso a los dueños del lugar y luego a la pareja invitada. El espacio era impresionante como todos los bienes raíces que acumulaba Matthew.

Todo era blanco en el interior, una mesa de vidrio sobre una alfombra de pelo largo blanca los recibía. Hacia el lado izquierdo se podía divisar a través del pasillo lo que sería la sala, y comedor y hacia la derecha un corredor hacia alguna parte, ¿los dormitorios?

Debido a que su esposo era el único que conocía el lugar les mostraba los diferentes espacios, frente a ellos un estudio y un pequeño pasillo que llevaba a los dormitorios del servicio. Tocando la mano de la chica le indicó que avanzara hacia la sala, el espacio era amplio y lleno de ventanales que entregaban luz natural a cualquier hora del día, y qué decir de la vista a la hora del crepúsculo.

Había en el lado izquierdo una cocina americana, enfrente el comedor con las tonalidades blanco y madera, y más al interior la sala con una chimenea a gas para los días helados. Uno de los ventanales daba hacia la terraza equipada con mesa y quincho, más sillas reposeras para tomar el sol.

Matthew nuevamente le mostró el camino a Rebecca para que volviera hacia la otra ala del departamento. Seguía el mismo diseño dos puertas que dejaron atrás sin dar detalles hasta encontrarse con una pared completa de vidrio con dos puertas a cada lado.

—Esa puerta da al cuarto de invitados, con la mejor vista del lugar —dijo Matthew señalando el lado izquierdo—, tiene baño propio y todas las comodidades, siéntanse en su casa. Nos reencontramos para la comida.

—Gracias —contestó la pareja avanzando y perdiéndose en el interior.

—Y este es nuestro cuarto —finalizó el hombre señalando la puerta del lado derecho.

—¿Nuestro? —chilló Rebecca.

Al no recibir respuesta alguna, no le quedó más que avanzar. Como era de esperarse, la habitación estaba pulcramente decorada, definitivamente necesitaría una mano femenina si quería que todos se dieran cuenta que alguien más vivía con él. A un lado una cama gigante y al otro un sillón de lectura frente a un televisor de pantalla plana y un mueble de lado a lado.

Al igual que la casa en Vancouver, desde la cama se apreciaba una preciosa vista del océano, debía ser maravilloso despertar disfrutando del paisaje. En eso pensó ir por alguien que le ayudara a acomodar a Matthew en la cama, no obstante, tuvo que apañárselas solita cuando lo vio incorporarse sin ayuda.

Quería reprenderlo por adelantarse, explicarle que si seguía tomando esas decisiones la recuperación sería más lenta y, por lo tanto, jamás volvería a Infinite Fantasy; algo que ella añoraba cada día más, necesitaba que el hombre ocupara la cabeza en su empresa en vez de fastidiarla. A pesar de todo eso, se quedó en silencio.

Le ayudó a recostarse en la cama para que, como el doctor pidió, no pasara mucho tiempo en la silla de ruedas. Le quitó los zapatos y lo cubrió con una manta. Iba a retirarse cuando Matthew le tomó la mano mirándola detenidamente. Suspiró desviando la mirada, intentando controlarse para no darle unos cuantos gritos, eso ocasionaría que Melanie y Peter se preocuparan, y tal vez aparecieran.

Respirar hondo... exhalar... Pensar en ese lugar soñado mientras era arrastrada hacia la cama, a solo un centímetro del hombre. Ya habían estado en esa posición, uno al lado del otro durmiendo, sin embargo, no se veía compartiendo la misma cama para dormir por los días que estuvieran ahí. Abrió los ojos verdes encontrándose con los marrones de su marido, parecía estar en calma, como si de verdad deseara aquello y no fuera una venganza.

¿Y si solo fuera un camuflaje para que bajara la guardia? ¿Qué ocurriría si se dejaba llevar por el deseo sexual? Tal vez Matthew se rindiera, con eso la dejaría tranquila el resto de la estancia, cumpliría su represalia y todo volvería a la normalidad.

Estábamos hablando de un hombre guapo, masculino, fuerte y decidido, ¿podría seguir esos instintos ocultos? ¿Podría consumir el matrimonio? ¿En qué podría cambiar eso? ¿Enamorarse? Se reía internamente de sí misma al pensarlo. Conocía perfectamente a Matthew Griffin, podía ser atractivo, eso sí, su personalidad desencantaba a cualquiera. Además, tenía a su amante a pesar de que insistiera que no lo era, era cosa de sumar dos más dos.

Se estremeció cuando sintió la mano sobre su cadera, esta viajaba por la pretina del pantalón hasta llegar a la camiseta subiéndola lentamente para dejar su piel desnuda. Debía mentalizarse, si quería salir rápidamente de esa situación, debía dejar que el hombre actuara, no sería más que un polvo y dejaría de molestar.

—No será ahora, Rebecca, solo quiero disfrutar de un momento tranquilo acurrucados —la chica abrió los ojos, era como si le leyera el pensamiento.

—¿Qué quieres, Matt? —el nombrado sonrió.

—Lo que también tú quieres, pero te niegas a aceptar... Solo tendremos sexo cuando ambos estemos de acuerdo, como esa vez en Vancouver.

—Tú te fuiste —recriminó Rebecca, él perdió la sonrisa.

—No era el momento —respondió con sequedad quitando la mano de la cadera de su mujer.

—¿Y cuándo lo será?

—A su debido tiempo.

—No estoy para estos juegos —dijo la chica levantándose de la cama, escapando de la habitación, aunque solo llegó a la puerta.

—¿También lo deseas, cariño? —Rebecca se giró hacia él.

—Solo quiero terminar con esta venganza que preparas tan arduamente.

No permitió que respondiera alejándose lo más rápido del lugar.

Kate y Zoe ya tomaban sus posiciones, mientras que los guardaespaldas desaparecían hasta que fueran llamados. La cocinera le preguntó si necesitaba algo a lo que la chica negó con una sonrisa dando las instrucciones para la comida.

El lugar era amplio y cómodo, se preguntó cuántas propiedades más tendría su esposo sin que estuviera enterada. Siempre pensó que eran la de Old Westbury y Vancouver, pero al parecer escondía otras en alguna parte del mundo. ¿Ya estaría adquiriendo una en Italia? Se masajeó la sien intentando olvidar cualquier cosa que viniera de Matthew Griffin, ya le bastaba estar alerta a uno de sus ataques reclamándola como su mujer, como un verdadero cavernícola.

Se giró hacia Zoe pidiendo que preparara un jugo natural de arándanos para llevárselo a su marido, cuando ésta asintió le devolvió el gesto antes de salir a la terraza y disfrutar un momento de la vista y el sol en pleno invierno.

* * *

Melanie no paraba de reír luego de los comentarios de Matthew al salir del restaurante en donde decidieron cenar para disfrutar del atardecer violeta anaranjado que se extendía en el mar.

Ambos tenían una visión parecida de las celebraciones para navidad, algo íntimo en familia disfrutando de una cena y luego los regalos a la mañana siguiente, no obstante, sus familias eran de celebraciones en grande donde todos participaban, aunque no conocieran a todos los presentes por familiares lejanos que con suerte veían para esas ocasiones. Ahora el hombre deseaba algo que significara, su esposa y él solos, advirtiendo a sus amigos.

Llevaban dos días ahí y Rebecca aprendía a conocer a un nuevo esposo, un hombre relajado y sonriente, una persona completamente diferente a la con quien convivió durante dos años. ¿Por qué Matthew decidía comportarse así? ¿Por qué tanta actuación si todos saben que es un hombre serio y calculador? ¿Por qué ahora decidía mostrar otra cara?

Cualquiera que los conociera sabría que algo variaba entre ellos, no había que ser un gran observador para captar los cambios del empresario a pesar de que llevaran más de dos años aparentando estar locamente enamorados. Las actitudes, las miradas de adoración de su parte, el querer tocarla contantemente, buscándola si no estaba en su campo de visión. Por su parte, se mostraba distante, sonrisas falsas desviando la mirada rápidamente, siempre excusando estar muy cansada por todo el trabajo que significaba cuidarlo. Nadie era tan estúpido para notar las diferencias.

No obstante, había un cambio que nadie notaba, esas dos noches que llevaban durmiendo en el mismo cuarto, él era diferente, preocupado, intentando no invadir su espacio personal y a la vez buscando cualquier excusa para hacerlo, desde algún mechón de cabello que se salía de su sitio o hacer desaparecer alguna arruga de sus ropas. Lo que más llamaba su atención eran las mañanas, encontrar sus manos en alguna parte de su cuerpo al despertar: sobre la cadera, la espalda, o simplemente rozando sus dedos.

¿Por qué necesitaba demostrar ese afecto? ¿Qué quería con aquello? ¿Demostrarle que no era un monstruo? ¿Qué podía ser un buen marido? ¿Qué si ella le daba lo que deseaba, no necesitaría de una amante? Le dolía la cabeza.

Con los dedos apretando el puente de la nariz no se percató de Matthew preguntándole si se hallaba bien. Intentando mostrar una sonrisa para no darle importancia, la cual fracasó ante todos los presentes, dijo que estaba todo bien, solo que tenía un leve malestar. Su esposo le aconsejó ir a descansar, aceptó agradecida al notar que él pretendía seguir un tiempo más con los Reeve.

Luego de dejar las indicaciones para que atendieran a todo en la terraza con un buen vino blanco y la bebida favorita del empresario junto con sus medicamentos, se retiró a su habitación dejándose caer en la cama con los ojos cerrados, intentando que el dolor disminuyera tanto como sus pensamientos.

Su cuerpo estaba tan agotado que no se movió cuando escuchó a sus amigos y la silla de ruedas avanzar por el corredor. Escuchaba algo referente a realizar otro viaje juntos aprovechando el relajo y a los hombres trabajadores, luego la respuesta de su esposo asegurando que solo necesitaban coordinar las cosas mientras siguiese inmovilizado para tomar las riendas de su empresa. La puerta del cuarto se abrió, escuchó a Matthew agradecerle a su amigo y socio para luego volver a quedar en silencio.

Como acto reflejo se levantó para atenderlo, ayudándole a recostarse en la cama, gracias a las costillas recuperadas podía hacer esfuerzo con los brazos mientras ella procuraba que la pierna afectada no diera molestias. Movié la silla hasta dejarla fuera de cualquier tropiezo y volver a su lado para quitarle los zapatos, sin embargo, olvidándose de incomodidades, dejó que el hombre le tomara la mano indicándole que se recostara a su lado. Se hallaba tan cansada que su mente no reaccionaba, pasó con delicadeza sobre las piernas de su marido hasta situarse a su lado de la

cama, recostando la cabeza sobre el hombro de éste.

Las caricias en el cabello y la insistencia de que su mano descansara sobre su pecho la aletargaban, casi llevándola al sueño profundo.

—Me gusta el color de tu cabello —no encontró fuerzas para responder, si bien él siguió la conversación como si obtuviese una respuesta—. Fue difícil de ignorar el día que te conocí; luego de aceptar que tomaras el puesto, me pregunté toda la tarde como una chica de cabello rojo podía ser tan tímida.

—Mi madre tenía el cabello rojizo— murmuró sin abrir los ojos— ella era la del carácter fuerte... hasta que murió mi padre.

—No te desmerezcas, también tienes ese carácter, solo que lo utilizas contra mí —dijo Matthew soltando una risa entre dientes.

—Te lo mereces —suspiró al sentir los labios del hombre sobre su cabello.

—Puedes tener razón.

Tocaron a la puerta, Kyle preguntaba si necesitaban ayuda, Rebecca se despidió disculpándose mientras se sentaba negando y permitiendo que se retirara a descansar al igual que los demás. Se recompuso, levantándose con la intención de llevar a su marido al baño, si bien él se negó dejando las cosas para mañana, solo se lavaría los dientes.

Para evitar moverlo más, llevó su cepillo junto con un vaso y una fuente a la cama, lo contempló lavarse, le ayudó con el agua y finalmente terminaron con el pijama. Las cosas eran más fáciles ahora que tenía mayor movilidad, solo debían procurar que no se apoyara en la pierna y no recibiera golpes fuertes en el torso.

Rebecca se encerró un buen rato en el baño, se lavó el rostro, peinó su cabello y se colocó la camisa de dormir larga de seda. A la mente vino Ryan de repente, se preguntó qué estaría haciendo a esas horas, si la extrañaría, como serían las cosas si ella llegaba a ceder frente a su esposo, ¿Ryan la seguiría queriendo? Sacudió la cabeza intentando olvidar ese pensamiento. Si iban al caso, él tampoco parecía dispuesto a tener relaciones con ella, no incumplía a ninguno de los dos.

Al regresar al cuarto se percató que Matthew estaba con los ojos cerrados, parecía que dormía, aunque no podía asegurarlo. Vio por última vez su celular esperando haber recibido alguna llamada o mensaje, los cuales eran inexistentes. Fue hacia su lado de la cama.

No tardó en conciliar el sueño debido al cansancio, volvió de la inconsciencia cuando sintió la mano de Matthew recorrer el costado sobre la tela. Subía y bajaba con pequeñas caricias hasta descender a su vientre. Se estremeció y por acto involuntario tomó la mano del hombre alejándola, éste, sin embargo, la volvió a su sitio acercándola más hacia él.

—Matthew, la pierna —dijo Rebecca sin abrir los ojos.

—Está perfectamente —respondió el hombre en un murmullo.

—No puedes aplastarla, sin presión dijo el doctor.

—Entonces ven conmigo.

No tenía idea de donde sacaba fuerzas para alzarla y dejarla casi completamente sobre él. Sentía la presión que debía estar haciéndole sobre las costillas por lo que intentó bajar, no obstante, el hombre insistía en que se quedara en la misma posición. Demostrándole con gemido que solo deseaba mirarlo a los ojos, Matthew cedió el agarre enfrentándose a los penetrantes ojos oscuros. Su cuerpo se estremeció al sentir las manos de su esposo en la espalda.

Pudo distinguir el oscuro intenso en la noche, el tigre buscaba todas las fuerzas para engatusarla, lograr que cediera, dejara de luchar y dar aquella batalla por terminada. Abrió los ojos con asombro al distinguir una súplica en aquella mirada, como si verdaderamente necesitara

de aquello, tenerla cerca, poder tocarla y crear ese vínculo que cualquier pareja casada o simplemente enamorada desearía. ¿Qué estaba ocurriendo?

Cerró los ojos, su cuerpo se mostraba decidido a dejarse ir con él, no podía ser tan malo, solo sería sexo y luego podrían volver a ser ese matrimonio de conveniencia, donde cada uno hacía su vida. El tigre sintió el aroma a derrota dejando escapar un gruñido.

Haciendo todo el esfuerzo con su torso, los llevó arriba para sentarse con la espalda contra el respaldo y ella a horcajadas, descansando las piernas a cada lado de sus caderas y las manos sobre su torso desnudo. Lo que no recordó fueron las recientes fracturas de sus costillas, por lo que un siseo escapó de su boca al sentir una molestia. La chica se detuvo alejándose, procurando no dejar todo su peso sobre la pierna.

—Solo ha sido una molestia —murmuró Matthew intentando acercarla.

—No debiste hacer eso... aún estás recuperándote —sentenció Rebecca mirándolo a los ojos llenos de deseo.

—En este momento en lo único que pienso es en hacerte mía... Por favor, no me lo prohíbas por una estúpida molestia.

—¿Por qué quieres esto? —preguntó Rebecca.

—Porque necesito probarte, necesito sentirte... quiero tanto esa conexión que me está matando —respondió Matthew sin miramientos.

—¿No tiene nada que ver con la idea de hijos?

—Rebecca, quiero saber que se siente estar dentro de ti, ¿quieres usar protección? No hay problema, anda al cajón de la derecha, en el baño.

Tenía dos opciones, ir por los preservativos, volver y terminar con aquel asunto o aprovechar la convalecencia del hombre para escapar. La mirada ardiente de su marido decía que sabía de sus intenciones. Tragó en seco.

—Vuelve, no lo hagas más difícil —ella asintió, mientras antes terminaran con ello, mejor.

Como había dicho en el cajón encontró una caja de preservativos, vio su mano temblar, estaba por cometer un terrible error, si bien no le quedaba más que aceptarlo y poder volver a ser esa pareja extraña que todos creían perfecta. Quería volver a la mansión y olvidar todo esto, para ello debía entregarse de una vez.

Matthew la esperaba en la misma posición, sentado con el torso descubierto, el cabello desordenado y los ojos de un negro intenso, junto a esa mirada felina que haría desfallecer a cualquier mujer que él deseara. Pero solo la deseaba a ella, quería tener sexo con ella esa noche para saldar las cuentas pendientes, darle a entender que era él quien mandaba en ese matrimonio, quien la controlaba, y no porque estuviera inválido, las cosas serían diferentes.

Dejó los condones a un lado de la cama, se levantó el camión para poder ubicarse sobre las piernas de su esposo. Éste rápidamente la rodeó en sus brazos sin dejar de observarla, deteniéndose en sus labios y en sus ojos alternadamente. Parecía nervioso, sin saber cómo actuar, tal cual haría un adolescente inexperto con su primera novia a punto de perder la virginidad. ¿Es que nunca había besado a alguien?

Sus labios se rozaron haciendo revolucionar cada terminación nerviosa de su cuerpo. No era primera vez que se besaban, si bien, eran contadas con los dedos de una mano y solo porque la situación lo ameritaba o algún arranque de furia del hombre. Aquella vez era diferente, existía algo más dentro de esa conexión, en realidad estaban dejando algo y no era deseo. Se estremeció a tal nivel que Matthew la rodeó con fuerza como si deseara que entrara en calor.

Los brazos fueron al cuello aferrándose al cabello de él como si temiera que fuera a escapar,

aunque era lo contrario, tal vez intentaba mantener las manos ocupadas para no correr. Los labios apasionados de Matthew tomaban prisionero al labio inferior de ella para luego bajar por la mandíbula, el cuello hasta llegar a la clavícula.

Las manos fuertes tomaron la tela del camisón deslizándolos hacia arriba, separándose a regañadientes para quitarlo por la cabeza, dejándola expuesta, aunque no lo notó al gemir por las caricias que dejaban las manos del hombre. No sabía si se trataba de su piel que hervía a miles de grados o la unión de ambas hacía de ese momento un infierno, pero bendita sea que se sentía increíble. También aprovechó de llevar sus manos hacia el torso de Matthew sintiendo los músculos tensos. Un gemido de ambos fue prisionero cuando sus bocas volvieron a unirse en un beso desesperado.

Llevaba unas bragas de encaje y él los pantalones de pijama, dos piezas que estorbaban para poder seguir. Rebecca se incorporó con cuidado moviéndose hacia un lado, tomó la tela deslizándola con cuidado por las piernas sin pasar a llevar el yeso. Se mordió el labio inferior reprimiendo cualquier ruido cuando vio la notable erección, sabía lo que quería hacer, llevó la mano al miembro, pero como la vez anterior, fue detenida por la mano firme de su esposo. Levantó la vista.

—¿Qué harás con él, cariño? ¿Qué harás si dejo que lo toques?

—Darte placer —respondió, esta vez, sin dudar; él gimió.

—¿No escaparás? ¿No me dañarás? —Preguntó Matthew sin quitarle los ojos de encima, ella negó—. Bien, puedes tocar.

No era primera vez que veía una erección, sabía cómo tomarla, como hacer que el dueño disfrutara, podría hacerlo otra vez.

Rozó con las yemas de sus dedos pasando por la piel sensible haciéndolo estremecer, abrió la boca dejando escapar aire, sentía su cuerpo arder de deseo, necesitaba llegar al momento que ambos querían. Lo tomó con decisión, acarició de arriba abajo observando cómo Matthew dejaba escapar aire, gemidos y cerraba los ojos. Se hallaba excitado, con una mano sobre su cadera y la otra echa un puño.

Con un tono brusco le exigió quitarse las bragas, ella sin perder tiempo retiró la última prenda que los separaba del acto. Él la miró con admiración, su frente perlada, su pecho brillaba por el sudor y parecía frustrarle no poder moverse con normalidad. Ella quiso ayudarlo colocándose sobre su regazo sin tocar sus cuerpos, dejando que el hombre admirara su cuerpo desnudo, aun cuando no la tocara en ese momento.

Tomándola del cabello y la nuca, tiró hacia abajo para que se fundieran en un beso abrazador, el miembro tocó el interior de sus muslos haciéndola estremecer. Quería que la tocara, quería tenerlo dentro rápidamente. ¿Qué esperaba? Solo debía bajarla y estarían unidos.

—No puedo... —dijo Matthew rozando los labios y cerrando los ojos con fuerza.

—Sí puedes —insistió Rebecca llevando las manos al cabello desordenado y bajando un poco más rozando su centro con la erección. Matthew tembló.

—No... Por favor, no.

Retrocedió cuando sintió humedad contra su rostro. Él hace ya tiempo que no la tocaba y no se daba cuenta, el rostro de Matthew no estaba mojado de sudor, sino que lágrimas bañaban su cara mientras los ojos permanecían fuertemente cerrados.

No, eso no era normal, algo ocurría, ese hombre era fuerte, jamás derramaría una lágrima si no fuera por algo que lo acongojara a tal extremo de no poder evitarlo. Jamás lo había visto en una situación así.

Rápidamente se movió del regazo, lo tomó del rostro girándolo hacia ella intentando sacarlo del estupor. Necesitaba traerlo de vuelta, no sabía cómo reaccionar ante el tigre moribundo, ese parecía un pequeño gatito perdido, no ese felino dueño de un imperio. Sin pensarlo más, le atrajo a su cuerpo logrando que recostara la cabeza contra su pecho mientras lo abrazaba entregándole protección. Él aferró los brazos al cuerpo de ella como si temiera que desapareciera, sintiendo aún ese calor extraño entre ambos, aunque ahora la desnudez quedaba en segundo plano.

—No puedo... No lo logro —la voz angustiada de Matthew parecía perdida, destruida.

—No importa, no pasa nada.

—Sí importa, no quiero defraudarte, no es tu culpa... sí te deseo.

—Lo sé —respondió la chica acariciándole la espalda sintiendo el temblor de su cuerpo—. No es culpa de nadie. —La cabeza de Matthew se movía de lado a lado.

—Todo es culpa de ella... No puedo por su culpa —decía en susurros escondiéndose entre los pechos de la chica—, perdóname.

—No hay nada que perdonar, tranquilo, vamos a descansar.

Logró recostarlo en la cama sin dañarlo, él seguía aferrado a su cuerpo por lo que no pudo vestirse, si bien en ese momento era lo que menos importaba. Se sentía desarmada, y no porque estuviese desnuda, sino por el hecho de no saber cómo enfrentarse a un hombre destrozado. ¿Qué ocurría? ¿Por qué se comportaba así?

No supo cuánto tiempo pasó hasta calmarlo, la respiración de Matthew era apaciguada, casi como si durmiera, aunque sabía perfectamente que no era así. Con timidez acarició el cabello oscuro, él seguía abrazándola sin intenciones de separarse, tal vez aún no se daba cuenta de la situación o verdaderamente se encontraba mal. Él se removió un poco, por lo que se puso alerta.

—Debo darte una explicación.

—No, no debes —sentenció ella sin dejar de acariciarlo.

—Yo quiero —refutó Matthew. Ella suspiró dando a entender que se rendía; pasaron unos segundos cuando por fin habló—. Melissa no es mi madre biológica.

Confianza

Se hallaban completamente desnudos, sus brazos enredados, aferrándose como si se fuese la vida en ello. Si alguien entraba en la habitación creería que acababan de tener el mejor sexo de la historia, disfrutando del momento de intimidad, murmurándose palabras de cariño y complicidad. No obstante, si se fijaban en los detalles, los ojos fuertemente cerrados y lágrimas corriendo en el rostro del hombre, la expresión angustiada de ella, se darían cuenta que las cosas no eran tan así.

La mente de Rebecca estaba dividida en dos, abrazando, entregando calor al cuerpo tembloroso de su esposo, procurando que su pierna no se encontrara en una posición que luego le doliera y la otra parte no dejaba de razonar en las últimas palabras de Matthew.

¿Melissa no era su madre? ¿Cómo que esa mujer no lo era? ¿Tampoco lo era Nicholas? ¿Era adoptado? ¿Qué significaba todo eso con lo que acaba de ocurrir?

Pasó la mano libre por el cabello oscuro, intentando relajarlo cuando se estremeció, como si intentara hablar y las palabras no salieran.

—No tienes por qué contarme —dijo Rebecca intentando controlar la situación.

—Pero quiero —contestó Matthew con voz firme—, Melissa tomó el título de madre cuando yo cumplí los trece años.

—¿Nicholas? —preguntó la chica con timidez.

—Es mi padre biológico, él junto a Melissa me rescataron.

No deseaba seguir preguntando y a la vez tenía curiosidad, pero se trataba de la vida privada de Matthew, eso se encontraba dentro del acuerdo, cada uno podía tener sus secretos y no era necesario intervenir en ellos. Si bien, era él quien estaba contando —no le obligaba —ni tampoco rebuscó para encontrarlos. ¿Dejar que se desahogara? ¿O daba por terminada la conversación saliendo del cuarto? Esta última opción le parecía poco probable ya que su marido no tenía intenciones de soltarla.

Sin pensarlo sus manos volvían al cabello de Matthew acariciándolo suavemente, como si con eso creyera que todo acabaría, lo haría dormir y podría zafarse de su agarre; hacer como si nada hubiese pasado. Sin embargo, se tensó cuando una mano del hombre se posó en su vientre haciendo pequeños círculos.

¿Cómo impedirle que le tocara si parecía calmarlo? Era ella quien ahora se estremecía con el roce de su tacto. Cerró los ojos dejándose llevar por el momento, si eso lograba que las cosas volvieran a un rumbo seguro lo consentiría. Permanecieron en silencio un buen rato, permitiendo que sus respiraciones se coordinaran como una sola, las manos de ella bajaron a la espalda mientras que las de él seguían haciendo círculos sobre su abdomen.

Soltando un poco el agarre, dejó que su marido se incorporara buscando su mirada, no imaginó que vería en ellos cuando se movió rápidamente hasta quedar sentado a un lado de ella mirando hacia otra dirección hasta hallar el camisón de seda tendiéndoselo sin fijarse en su desnudez. Agradeciendo en silencio se puso la tela rápidamente buscando al mismo tiempo el pantalón de él, pero Matthew solo tomó la sábana para taparse.

El silencio se volvió incómodo, deseaba salir rápidamente de ahí, aunque primero debía pasar

al baño. Se levantó con cuidado, sin fijarse en esa presencia fuerte sobre la cama, hizo sus necesidades volviendo luego de un largo suspiro.

No debían ser mas allá de las dos de la madrugada, el sueño y cansancio había desaparecido luego de los acontecimientos, podría irse al estudio y ver la televisión. Si alguien la descubría, podría justificar que no quería despertar a su esposo quien dormía plácidamente; nadie tendría las agallas de entrar al dormitorio principal para cerciorarse. No obstante, ver la expresión de Matthew la hizo pensar mejor las cosas, acercándose y colocando una mano sobre su mandíbula para mirarle.

—¿Quieres agua o jugo de arándanos?

Podía apreciar lo avergonzado que se hallaba al no tener el valor de mirarla como lo hacía siempre, lo único que la tranquilizó fue atisbar una sonrisa.

—Arándanos, por favor —murmuró viéndose las manos. Rebecca le obligó a fijarse en ella.

—Iré a la cocina por las bebidas y regreso, ¿está bien? —Matthew asintió.

No insistió por una respuesta verbal, salió rumbo a la cocina donde sacó dos vasos los cuales llenó con agua helada y el jugo favorito del hombre. Volvió por el corredor intentando hacer el menor ruido para no alertar a sus amigos, al entrar su esposo seguía en la misma posición, cabeza gacha jugando con las sábanas entre los dedos. Suspiró un par de veces antes de acercarse, levantarle el rostro y mostrarle el vaso con el líquido violeta.

Decidió que era mejor estar lo más distanciada, se sentó en el sillón individual mirando al hombre quien ahora jugaba con el vaso. Parecía un niño perdido, triste, alguien completamente distinto al hombre con quien se casó. ¿Qué podía hacer por él?

Se llevó una mano a la frente tomando una gran bocanada de aire. Cerró los ojos intentando dejar todas las preguntas a un lado, lo que parecía casi imposible. ¿Estaba avergonzado al dejar parte de sus secretos en evidencia? ¿No quería ver su reacción ante tal hecho? ¿Estaría decepcionado? ¿Esperaba alguna renuencia de su parte?

—¿Necesitas hablar? —preguntó finalmente. Él se encogió de hombros—. Matt, ¿Qué esperas que haga? —Percibió sorpresa en su rostro cuando le miró.

—Me gusta que me llames Matt —no supo cómo reaccionar ante su comentario; suspiró cansada—. Rebecca, no tienes que hacer nada. Puedes irte si es lo que necesitas, no le diré a nadie que no pasaste la noche aquí.

Fruunció el ceño confundida. Le costaba observar a aquel hombre, le era extraña esa figura enfrente, como si fuera un completo extraño después de dos años compartiendo su carácter. Tampoco sabía cómo sacarlo de ahí, de ese agujero en el que se acaba de caer y no veía la salida. ¿Debía ayudarlo? ¿Debía ofrecerle una mano? ¿Eso no crearía un lazo distinto entre ellos? ¿Los secretos no estaban fuera del contrato? ¿Por qué justo ahora debía enfrentarse a ellos?

Gruñó disimuladamente, se paró de su asiento caminando hacia la cama sentándose junto a él. Le quitó el vaso apoyándolo en la mesa de noche y luego le encaró; podría ser que terminara arrepintiéndose, pero ya no podía seguir ignorando la situación.

—Háblame, Matt... Que ocurrió cuando tenías trece años.

—Vuelves a llamarme así —insistió con una leve sonrisa.

—Prometo llamarte así de ahora en adelante si sales de aquel estado de estupor, ¿te parece? —Matthew asintió.

—Fue a los doce años, a los trece, mi acta de nacimiento cambió al nombre de Melissa luego de tomarme entre sus brazos prometiéndome que nadie más me haría daño —contestó el hombre automáticamente.

—¿Quieres contarme qué pasó? —preguntó la chica intentando encontrar algo esos ojos apagados.

—¿Quieres escuchar? —contra preguntó por fin levantando la cabeza y detenerse en ella.

—¿Se trata de tus secretos? —volvió a preguntar evitando dar una respuesta.

—El secreto mayor guardado —contestó finalmente, volviendo a bajar la mirada.

—¿Por qué quieres contármelo?

—Porque confié en ti.

Confiaba en ella, ¿Por qué ahora confiaba en ella? Esa era una pregunta estúpida. Cerró los ojos dándose un golpe mental. Él siempre había confiado en ella, desde el momento en que le mostro el contrato, siempre se lo repetía. Por ello dejaba la empresa en sus manos, dándole el poder para armar y desarmar. Con eso entendió que ya no podía evitar el momento.

—Cuéntame, Matt —y como si le hubiesen dado a reproducir, habló.

—Nicholas terminaba el último año de universidad cuando conoció a mi madre... Allison. Se enamoraron, se casaron al poco tiempo y fueron a vivir a Londres. Toda la familia se mostraba feliz por ellos, ambos crecieron mucho cuando estuvieron juntos, solo que nadie sabía que mi madre tenía una enfermedad: Limerencia. Es una situación del cerebro en donde una persona se obsesiona y solo cree amar a un individuo, solo queda en ella superarlo, es complicado trabajarlo con psicología ya que es difícil de identificar.

<< Cuando llegó la noticia del embarazo, fue cuando se dieron cuenta de que existía un problema. Allison no dejaba que nadie le tocara el vientre, decía que solo era de ella y nadie más podía tocarla, ni siquiera mi padre. Fue aún peor cuando nació, aunque nadie le tomó mucha importancia porque al ser madre primeriza, lo tomaban como algo normal: una madre que idolatraba a su hijo. Los problemas comenzaron cuando tuve cinco años. >>

Matthew levantó la cabeza encontrándose con los ojos verdes de Rebecca, quien se mostraba atenta a cada palabra. Le regaló una sonrisa dándole a entender que no interrumpiría con preguntas tontas, solo escucharía tanto como él deseara. Éste asintió centrando la vista desde el ventanal donde ya empezaba a amanecer.

Él se pasó la mano por el cabello cerrando los ojos, concentrándose en lo que seguía ya que, hasta el momento, solo se trataba de una historia de una madre con un amor incondicional por su hijo. ¿Dónde las cosas podían cambiar? ¿Un hermano? ¿Un amante?

—Debes entender que, para un niño inocente, lo que dicen sus padres es la verdad, es lo normal. No es que yo también lo crea, solo que en ese momento lo que mi madre dijera era ley, ¿lo entiendes? —Rebecca asintió, él correspondió el gesto—. Allison decía que los niños no podían bañarse solos, tampoco vestirse, me explicaba que ella hacía lo mismo con papá, aunque no era cierto. Ella no dejaba que hiciera algo, se preocupaba por cada una de mis necesidades... Hasta que un día le dije que yo quería hacerlo solo. Lloró durante dos días completos.

<< Fue ahí que entendí, que mi madre lo era todo, más cuando Nicholas abaló cada una de sus decisiones solo por amor. Hasta que me salvaron, jamás fui a la escuela, era ella quien me educaba, me daba la comida en la boca, me vestía... y me bañaba. Esto es vergonzoso. >>

—No lo es —refutó la chica acercándose un poco más.

Sin pensar en lo que hacía siguió sus instintos tomando las manos fuertes de su esposo que seguían jugando con las sábanas. Al notar que parecía desestabilizarse, volvió a su lado de la cama guiándolo para que se recostara sobre sus piernas, procurando tapar su desnudez, no porque le molestara o incomodara, sino para evitarle cualquier problema. Necesitaba que se sintiera seguro.

Llevó las manos a su cabello cuando la cabeza descansó sobre sus piernas, solo podía ver parte de su perfil por lo que disimuladamente pasaba las manos por sus ojos para cerciorarse de que no llorara.

—Un día la descubrí dándose un baño; fue el momento en que comenzó todo... Rebecca, todo eso era normal para mí, debes entenderlo, parece que intento justificarlo, no es que me guste, solo que para mí era mi vida. No me di cuenta de que estaba mal hasta que Melissa me lo dijo —la chica asintió a pesar de que él no podía verla—. Recuerdo esa escena muy bien, ella sonrió invitándome a bañarme con ella. Acepté quitándome la ropa rápidamente y metiéndome a la bañera... Ella me pidió que le jabonara la espalda, los brazos y luego le lavara el cabello como ella lo hacía conmigo. No me pareció raro cuando me pidió que lavara sus senos, menos cuando me dijo que chupara sus pezones, ¿de ahí viene la comida de los bebés, cierto? Ya lo había hecho antes.

Dejó de respirar ante la última información, ¿qué madre podía hacerle eso a un hijo? ¿En qué estaba pensando esa mujer para hacerle creer a un niño que aquello era normal?

—Así seguimos, todos los días tomábamos el baño juntos luego de que mi padre se fuera al trabajo. Me enseñó a lavarle la vagina y tocar el clítoris; para esa fase ya contaba con ocho años. Verla gozar y sonreír para mí era maravilloso, con solo tocarla, mi mamá era feliz. Todo hijo quiere eso para su mamá, ¿cierto? —Rebecca volvió a asentir, solo que en esa ocasión varias lágrimas silenciosas corrían por su mejilla—. Fue raro cuando Allison me pidió si podía tocarme, aseguró que era normal, que todas las madres lo hacían, especialmente cuando los bañaban, solo que sin que los padres supieran. Así que dejé que lo hiciera; a los ocho o nueve años fue mi primera masturbación... y la hizo mi madre.

Sentía que en cualquier momento daría un grito, llevó el rostro al techo intentando controlar las lágrimas, solo podía pensar en que esa mujer se aprovechó de un niño pequeño, de una persona pura e ingenua que no entendía lo que era una violación, porque ni siquiera tenía interacción con la sociedad. Ella procuró mantenerlo al margen de la vida para aprovecharse de él.

Siguió acariciándole el cabello intentando consolarlo y a la vez buscaba las fuerzas para no desmayarse ante tal información, no quería más imágenes que las que pasaban en este instante por su cabeza, era suficiente tortura, no podía hacerle eso a Matthew, no deseaba que se sintiera culpable o estúpido al haberle confiado un secreto tan grande. Se limpió rápidamente los ojos cuando éste se giró para contemplarla a la luz del amanecer, frunció el ceño al distinguirla.

Sin importarle su fractura, se incorporó rápidamente haciendo un quejido cuando sintió una punzada en la pierna. No le importó que la chica intentara acomodarlo y buscar los medicamentos, la tomó por el rostro acercándola a sus labios, sintiendo el calor y la necesidad. Aceptó el beso mientras lágrimas volvían a caer.

—No necesito compasión, solo que me escuches, ¿puedes hacerlo? —Negó intentando bajar la cabeza, pero su esposo no lo permitía—. Rebecca, solo déjame desahogarme, no más llantos. ¿Dónde está esa mujer fuerte?

—No puedo... ahora la que no puede soy yo.

Logró soltarse y correr al baño cerrando con seguro. Se sintió culpable e impotente cuando escuchaba a Matt intentar ponerse de pie y caminar sabiendo que no podía apoyar la pierna, si bien a éste parecía no le importarle y con cada apoyo gemía de dolor hasta llegar a la puerta que los separaba dejándose caer en el suelo. Ella también se apoyó dejando libertar a su tristeza.

—Cuando cumplí los diez, Nicholas preparó una fiesta sorpresa sin consultarle a Allison.

Invitó a toda la familia, lo que ocasionó la primera discusión que escuché entre ellos, ella no quería que nadie me molestara, pero mi padre quería celebrar un cumpleaños normal, que yo socializara con otros. Ese día mi madre no salió de su cuarto, eso sí, yo lo pasé increíble... Fue la primera vez que conocí a Melissa. Ella y Allison eran hermanas junto a mis tíos, John y Jeremy.

<< Ninguno de ellos tuvo hijos, John y Melissa tienen el mismo gen de infertilidad lo que logró una conexión fuerte entre nosotros; hasta el día de hoy no lo entiendo bien. Los observé durante horas, me pareció raro que mi abuela, Claire, no hiciera nada por sus hijos, como lo hacía mi madre. Cuando la fiesta terminó, le prometí a Eric y Claire que los iría a visitar a Portland para el verano, no obstante, Allison jamás me dejó hacerlo.

Para disculparme por no haber pasado el cumpleaños con ella me pidió un día solo para nosotros, al cual acepté sin miramientos. Nos despedimos esa mañana de Nicholas quien nos deseó un excelente día... Recuerdo perfectamente su enorme sonrisa y amor. Lo que ignoraba era lo que llevaba planeando esa mujer para su hijo. >>

—¡No, Matthew! Por favor, no sigas, te hace mal —interrumpió Rebecca sin controlar las lágrimas.

No era necesario seguir para saber que venía. En cosa de segundos la puerta se abrió y sintió los brazos de Matthew rodeándola, un gesto que jamás habían tenido uno por el otro, ni siquiera para actuar frente al público. Lo irónico de la situación es que debería ser al revés, ella debería consolarlo, era quien necesitaba apoyo, después de revivir semejantes momentos, aun cuando insistiera que eran normales para él... ¡No lo eran! ¡Una madre jamás le haría algo así a su hijo! ¿Qué enfermedad podría llegar a un extremo como ese? ¡Eso era incesto, pedofilia!

Intentó controlar el llanto recordando que alguien podría escucharlos, no quería dar explicaciones a Melanie, su amiga no tenía pelos en la lengua para preguntar. Con movimientos rápidos logró separarse de Matthew colocándose de pie, con brusquedad secó su rostro. Caminó por la habitación intentando buscar paz, pero más impotencia sentía cuando veía a su desolado marido, sentado desnudo en el suelo pasivamente, esperando a que ella se calmara. Frustrada lo atacó con preguntas.

—¿Por qué estás así? ¿Por qué no te afecta? ¿Cómo puedes estar tranquilo? ¡Te violaron, Matthew! ¡Tu madre se aprovechó de ti!

—¿Puedo terminar la historia? —Rebecca se llevó las manos al cabello tirándolo con fuerza —. No hagas eso, no creo que quieras que vuelva a pararme para detenerte.

—Lo siento, que estúpida, tú ahí y yo sin... te ayudo.

Necesitaba llevarlo nuevamente a la cama para que descansara, no solo para evitarle mayor dolor en sus fracturas, sino para dilatar la conversación, buscar cualquier excusa que los mantuviera ocupados. Con dificultad lo puso de pie y sacando fuerza de alguna parte lo trasladó, acomodó los almohadones, colocándole el pantalón de pijama puso la pierna en alto que comenzaba a hincharse y finalmente se sentó en su lado de la cama. Cruzó las piernas apoyando la espalda en el respaldo, preparándose para el final de ese tenebroso cuento.

—Te ahorraré eso que no quieres escuchar. Cuando fui creciendo me di cuenta de que no me gustaba lo que mi madre hacía conmigo, aunque la veía disfrutar, yo no me sentía satisfecho. Un día quiso hacerlo en casa, me llevó a su cuarto, se desnudó frente a mí, abrió las piernas y me invitó a disfrutarla. También me quitó la ropa y cuando iba a comenzar, Nicholas entró en la habitación... había olvidado unos documentos.

—¿Qué hizo? —preguntó Rebecca abriendo los ojos por fin. Matthew rio por lo bajo.

—¿Qué crees? Me tomó en brazos y me sacó rápidamente de casa no sin antes llamar a la

policía para que detuvieran a Allison. Estuve dos días en el hospital donde llegó Melissa a cuidarme ya que mi padre debía realizar los trámites para encarcelar a mi madre. Yo me hallaba traumatizado, no permitía que mi tía me tocara, solo podía tocarme mi mamá, sin embargo, perseverante siguió a mi lado demostrándome que podía confiar en ella... Fue quien me acompañó al psicólogo... Cada sesión, siempre a mi lado.

—¿Qué pasó con Allison? —preguntó la chica con un sabor amargo en la boca al decir ese nombre.

—Fue a la cárcel por abuso de menores, dos meses después la encontraron ahorcada en su celda y una carta dirigida a mí, donde decía que sería su único y gran amor; si no podía tenerme, prefería morir.

<< Pasé cinco años de terapia, Melissa jamás me dejó ir solo a pesar de que podía hacerlo y debía hacerlo. Nicholas y ella se enamoraron al apoyarse mutuamente en ese terrible episodio. Antes de hacerlo público, me preguntaron qué opinaba, lo único que pedí es que en mi registro de nacimiento figurara el nombre de mi tía como mi madre.

<< Logré superar cualquier trauma o secuela del abuso... bueno, no todas, logro que las mujeres puedan tocarme, interactuar, tal vez tener una relación platónica, pero no llegar más allá. Lo acabas de ver... no puedo. >>

Se giró hasta quedar frente a Matthew, éste la miró con vergüenza, como si fuera un crimen no poder consumar el matrimonio por su culpa, siendo que era él quien pedía aquello. Tal vez no estuviera buscando venganza después de todo, solo quería enfrentar ese trauma de infancia. ¿Por qué no se lo pedía a Alexandra?

Temió preguntar en ese momento, era un tema que ambos preferían evitar, Matthew insistía que su socia no era la amante, y por lo que ahora confesaba, lo creía probable. ¿Es decir, que todo este tiempo, estuvo martirizándose con esa mujer cuando no debía temer? ¿Fue más infiel que su esposo? No, no lo creía posible, Matthew llevaba años con ella.

Lo vio bostezar, rápidamente ayudó a acomodarle exigiendo descansar, no importaba que el día hubiese llegado, él necesitaba relajar el cuerpo y descansar esa pierna que bastante llevaba sufriendo esa noche. Matthew no objetó, dejó que lo tapara con las mantas, recibió el calmante que lo haría dormir y cerró los ojos sintiendo como su esposa le dejaba caricias en el cabello.

* * *

Los días pasaron demasiado rápido para ambas parejas, no se habían dado cuenta y ya era el momento de regresar a organizar una boutique, mantener a los asociados en orden y seguir el proceso de los primeros vinos que sacaría la zona. Melanie no dejaba de platicar sobre nuevas salidas a otros lugares o propiedades de los Griffin, provechándose de su fortuna y buena hospitalidad.

Rebecca desde aquella noche no perdía de vista a Matthew, a la mañana siguiente el hombre había quedado tan adolorido por el esfuerzo realizado que todos los que se encontraban en el departamento estaban al tanto que el empresario no podía moverse más de lo necesario. Peter fue una gran compañía permitiendo que las chicas salieran de compras mientras ellos se instalaban a ver televisión y charlar sobre cosas de hombres, y los viejos tiempos cuando eran solteros con el único compromiso de estudiar.

Todos atribuían el comportamiento protector de la señora Griffin a la preocupación que sentía ante la falta de cuidado de su marido, solo éste entendía sus razones manteniéndose en silencio, cosa que Rebecca agradecía, no queriendo dar explicaciones de algo que ni siquiera ella entendía.

Solo había tenido contacto con Lillian una tarde cuando llamó para informar sobre un

problema de filtración en la piscina del que se percató Liam al revisar el espacio para las sesiones de Kinesiología para su amigo, así que necesitaban de su autorización para arreglarlo. Cualquier cosa que se tratara de trabajo, estaba estrictamente prohibida por órdenes del señor Griffin.

Por la misma razón no tenía llamadas de Ryan, ningún mensaje. ¿Qué significaba aquello? ¿Se había olvidado de lo suyo? ¿Estuvo preocupada de ello durante esos días? Cualquier respuesta sería negativa, por lo menos desde los secretos de Matthew. Ya nada parecía ser importante.

Volvió de sus pensamientos cuando Kyle le informó que su esposo la necesitaba en la cabina principal del jet. Se disculpó con sus amigos casi corriendo al final del corredor. Decía estar adolorido lo cual confirmó al ver parte de la pierna que no cubría el yeso bastante inflamada.

Con agilidad después de tanta experiencia, le quitó los pantalones holgados, buscó la crema colocándola con los masajes que Liam le recomendó antes del viaje. Se disculpaba cada vez que él siseaba bajando la intensidad, aun cuando insistiera en que no dolía tanto. Finalmente decidió dejar la pierna y creer que aquello se debía al cambio de presión al estar en elevada altura, se recostó a su lado llevando las manos al cabello tal como Matthew había confesado que le gustaba y relajaba. Poco después estaba durmiendo.

Como cada momento que tenía libre, a su mente venían los recuerdos de aquella noche, cada confidencia que había hecho su marido, la necesidad de querer explicar por qué no llegaba más lejos y cada detalle de su infancia. Contempló el rostro sereno que descansaba a su lado, levemente inclinado hacia ella, como si se tratara de un imán, algo que venía haciendo desde esa noche de revelaciones.

¿Dónde estaría su madre biológica enterrada? ¿Qué pensaría Melissa de su hermana? ¿Los señores Larson! ¿Estarían enterados Claire y Eric de lo que había hecho su hija?

Miles de otras preguntas giraban en su cabeza, sin encontrar respuesta y negándose a preguntarle al hombre que descansaba a su lado. Ya suficiente tenía con sus recuerdos, martirizándose cada día con ellos como para profundizar. Abrió los ojos ante un descubrimiento.

¿Matt querría que le contara sus secretos ahora que sabía los de él?

Negó efusivamente, él no haría eso, a pesar de lo que hubiese pasado en ese viaje, había un contrato de por medio, palabras claras que permitían guardarse sus cosas sin que el otro interfiriera. Matthew fue quien quiso hablar de sus recuerdos... pero también hizo que Clarke le sacara la firma para cambiar parte del documento. ¿Podría hacer otras modificaciones para hacerla hablar? Volvió a negar, debía dejar de pensar en ello y seguir con los acuerdos de antes.

Volvió poco después al área de asientos donde su amiga se mostraba demasiado entusiasta, dejaba escapar ciento de palabras por segundo que no lograba retener u organizar para entender. Gracias a Peter quien logró contenerla escuchó su idea de marketing para llegar a gran parte de las mujeres de New York. Un desfile con los nuevos diseños, invitando a todos los contactos que tuviesen dentro de Infinite Fantasy y la fundación, llegando a cada rincón de la aristocracia para que conocieran su marca. No encontraba fuera una mala idea, casi que el éxito podía estar asegurado.

Se despidieron en la loza del aeropuerto quedando en encontrarse en la boutique, en algún almuerzo o hasta para la cena de navidad, sin embargo, Matthew insistió que quería pasar esa noche solo con su mujer.

Como era de imaginarse, el personal se encontraba en la entrada de la mansión esperando su llegada. Susie los recibió con una gran sonrisa dándoles la bienvenida, Arthur comenzó entregando los recados importantes a Matthew cuando éste aún no se sentaba en la silla de ruedas.

Noah, el nuevo integrante de seguridad, les dio un sentimiento de cabeza volviendo a su puesto de trabajo.

Se alegró de ver a Lillian y Ryan junto a los demás, corrió a abrazarlos expresándoles cuanto los extrañaba. Pidió unos minutos de amistad antes de que comenzaran con su asesoría o informes sobre los proyectos luego de dejar a su esposo en la cama. Éste con una sonrisa le aseguró que no era necesario, los guardaespaldas y el mayordomo podrían ayudarle. Asintió no muy convencida al distinguir una expresión de tristeza en sus ojos.

Antes de cualquier cosa decidió cambiar de atuendo para estar más cómoda, subió rápidamente entrando en su cuarto hasta el armario donde buscó algún vestido ligero. Fuera hacía un frío terrible, no obstante, en casa la calefacción se sentía agradable, tanto como para llevar un vestido de verano.

Jadeó del sobresalto cuando los brazos se apoderaron de su cintura, atrayéndola a su pecho y acercando la boca al oído.

—No sabes cuánto te extrañé —dijo el asesor, Rebecca sonrió.

—No lo pareció, no recibí ningún mensaje.

—Pensé en ti y lo cerca que tendrías al señor Griffin, creía que sería imprudente romper sus estrictas instrucciones de no interrumpirlos —la chica giró con el ceño fruncido.

—¿Desde cuándo te importa eso? Eres capaz de besarme frente a todo el personal y a la vez no deseas acostarte conmigo.

—Lo hemos hablado, Rebecca. No imaginas cuanto añoro tus labios, tu cuerpo, cuantas fantasías deseo cumplir contigo, pero...

—Siempre hay un pero, Ryan, por favor, déjame terminar de cambiarme —respondió dándole la espalda.

—Nunca te ha molestado que esté presente cuando te cambias.

—Hoy no necesito de tu presencia, me he acostumbrado esta semana fuera.

El ambiente era tenso, ella intentando hacer como si nada pasara y él no se movía de su lugar. El profundo suspiro le dio la confirmación que se retiraba dejándola sola como lo pedía. No quería ser mala con el asesor, si bien sentía que solo jugaba con ella, como si fuera un objeto que codiciaba porque otro lo tenía. Sabía que entre ellos no podría haber una relación formal como cualquier pareja normal, estaba casada y además las cosas parecían ser serias para el empresario.

Sacudió la cabeza intentando quitar esos pensamientos ya que rápidamente la dirigían a los secretos de Matt. Miró tras su hombro como si pudiese mirar a través de las paredes justo al dormitorio principal y saber que hacían dentro. Suspiró cerrando los ojos, pronto su cabeza explotaría.

Tomando la manija de la puerta tomó aire concentrándose en el papel que debía interpretar en esa casa: fuerte, decidida, capaz de levantar una empresa de los escombros, esa mujer que Matthew Griffin eligió para ser su esposa, quien lo acompañaría por el resto de sus vidas.

* * *

A pesar de la insistencia de sus abuelos, luego de sus padres y finalmente de Melanie, nadie logró hacer cambiar de idea al hombre. Deseaba pasar la navidad solo con su esposa y eso iba a lograr, aunque todos se quisieran interponer. Tanto así que solo permitió que Arthur, Kyle y Susie se quedaran en la mansión para las festividades, diciéndole al resto que tenían el veinticuatro y veinticinco libres. Por la expresión de todos, Rebecca dedujo que eso no era habitual.

La mañana antes de que la mansión quedara casi vacía le preguntó porque permitía que se quedaran aquellos tres, él solo respondió que sus vidas eran muy parecidas a las suyas. No

necesitó preguntar más imaginando miles de caminos por donde habían pasado ellos tres si se comparaban a los de Matt y ella.

De todas maneras, procuró que los tres pasaran una Nochebuena en condiciones, estuvo toda la mañana en la cocina preparando la cena para los cinco. Al mismo tiempo intentó que se sentaran con ellos a la mesa, pero como no lo logró finalmente se preocupó que la comida fuera en abundancia y asegurar que no necesitarían de sus servicios, podría levantar la mesa y poner los platos en el lavavajilla sin problemas.

Como las dos navidades anteriores, decoraron lo justo y necesario, ninguno era de la idea tradicional de una casa iluminada en el exterior con motivos navideños y una excesiva carga en la electricidad. El árbol se encontraba cerca del piano y algunos regalos descansaban sobre este como si fueran parte de la decoración.

Luego de verificar que la mesa estaba puesta y la comida caliente en el horno, pidió el último esfuerzo a Kyle y Arthur para ayudarle a Matthew a bajar. Por la noche ellos se harían cargo con la ayuda de las muletas recién adquiridas solo para esa ocasión. Después de despedirlos, ambos se sentaron en silencio en la mesa admirando los platos elaborados. Rebecca había cambiado el pavo por un buen pedazo de filete, puré de papas, una guarnición de verduras y algunos bocaditos favoritos de su esposo.

Como pocas veces, y solo porque hoy era una celebración, el empresario tomó una copa de vino para acompañar a su esposa. Charlaron mientras degustaban cada plato, a veces quedaban en un cómodo silencio y vuelta a otro tema de conversación.

La chica por fin se enteró de todos los bienes que tenían como matrimonio, el departamento en Miami, la casa de Vancouver, otro departamento en Chicago que no utilizaba al tenerlo en alquiler y, según sus palabras, una pequeña casa en las costas de Brasil. Matt insistía en que eran buenas inversiones que no darían pérdidas y que podían utilizarse para alquilar o pasar un tiempo ahora que tenían una mejor relación. La conversación no siguió.

Al finalizar el postre, él insistió en que podía ayudar a trasladar las cosas a la cocina si colocaba todo estratégicamente sobre una bandeja. Se ubicaron cerca del árbol, no esperarían hasta la mañana siguiente para abrir los regalos, solo eran ellos y de seguro nadie haría caso de dejarlos solos esas fechas, ya era mucho que disfrutaran de esa noche.

Matthew fue el primero en entregar su obsequio, tal cual esperaba era una caja de una de sus marcas favoritas, esa verde menta y el lazo en la misma tonalidad. Le regaló una sonrisa abriendo la tapa, asombrándose con el contenido, algo que nunca hubiese esperado de su parte.

—Dime, por favor, que no abre una casa o un auto —él soltó una carcajada.

—Abre algo más importante.

Una delicada llave con varias incrustaciones de diamantes resplandecía sobre la base aterciopelada. Era hermosa, como esas llaves antiguas para cerraduras grandes que escondían grandes tesoros.

No era necesario preguntar que abría, su estómago contraído y su corazón saltando a mil por hora hacían las suposiciones. Y él lo sabía.

Rápidamente buscó su regalo para entregárselo, no era algo tan costoso como aquello, por lo que los nervios la traicionaron. Los años anteriores se preocupaba de que fuera algo que necesitara en su guardarropa, algo seguro como un traje, un reloj o un par de zapatos que hubiese visto y no comprado. Como siempre ella se encargaba de tenerle las cosas antes que pudiese necesitarlas.

Matt abrió la caja encontrando una simple tarjeta, la abrió con delicadeza leyendo su

contenido. Alzó la cabeza con los ojos abiertos y la boca casi en un círculo perfecto, los ojos marrones brillaban, como si acabara de recibir algo que nunca pensó tener.

—¿Es en serio? —se encogió de hombros con una sonrisa avergonzada.

—Puede que pases una larga temporada sentado y eso puede mantenerte ocupado —contestó Rebecca recibiendo una gran sonrisa de él—, además no lo hago solo por ti, el pobre lleva muchos años sin que nadie lo toque.

Se rieron ante el comentario, como si intentara quitarle importancia. Desde que vivía con él lo vio unas cuantas veces sentado frente al piano sin tocarlo, solo observándolo, la única vez que le preguntó si tocaba, los gruñidos de su parte le decían que solo estaba allí por decoración, pero sabía que no era verdad. Ahora tenían mayor confianza atreviéndose a regalarle clases para aquel instrumento, pensar en otra cosa en vez de mirar las paredes o el techo preguntándose cuantos días faltaban para volver al trabajo.

—Gracias, significa mucho para mí —dijo Matt todavía contemplando la tarjeta con el nombre del profesor, los días y horas en que tendría práctica.

—No hay de qué. Gracias a ti por el colgante —los ojos del empresario volvían a brillar.

—Me gustaría que lo llevaras siempre —Rebecca se sonrojó.

—Lo intentaré.

Decidieron terminar la velada para que Matthew dejara la silla y se recostara. Lentamente subieron las escaleras, procurando que el mayor peso cayera sobre ella y el resto en la muleta luego de haber subido la silla. Llegaron al cuarto donde estaba tendido su pijama sobre la cama, se giró hacia su esposo.

—¿Quieres un baño antes de dormir? —Matthew asintió.

Rebecca se dirigió a la puerta para preparar la bañera, buscó las toallas, la espuma y la esponja natural. Encendió la calefacción central para aumentar el calor junto con el agua caliente, miró a su alrededor buscando si olvidaba algo. Sonrió cuando vio la silla que usaba para mantener la pierna fuera del agua, la cual no determinó en usar cuando quiso hervir a su esposo hace tiempo atrás. Esta vez la acercó.

Reguló la temperatura del agua, apagó los grifos, se secó las manos en una toalla y luego volvió al cuarto donde Matthew permanecía con los ojos cerrados apoyado en una de sus manos. Cuando distinguió su presencia levantó la cabeza preguntando si ya estaba listo, la chica se acercó ayudándole a incorporarse y dando las instrucciones para llegar a la otra habitación nuevamente apoyando su peso sobre ella y la muleta.

Lo sentó en la silla para ayudarlo a quitarse la ropa, luego, con sumo cuidado lo metió en la bañera dejando que se acostumbrara a la temperatura. Acomodó la pierna fracturada y se puso tras él para lavarle la espalda.

Otro silencio cómodo, cada uno inmerso en sus pensamientos, intentando descifrar que estaría pasando por la cabeza del otro o buscando las respuestas que dieran término al mutismo de esa noche. Matt dejó escapar un suspiro cuando su esposa pasó la esponja por el pecho hasta llegar al ombligo.

Rebecca se movió quedando cerca de la pierna para seguir con la limpieza, sin inmutarse con sus acciones. Se sentó a la orilla de la bañera tomando sobre su regazo la pierna con el yeso, se preguntó en silencio cuando le sacarían eso para renovarlo o colocar otra cosa, era bastante molesto para los baños o movilizarlo. Volvió a dejarla sobre la silla inclinándose para poder llegar a la otra y lavarla.

De vez en cuando daba una ojeada disimulada a su esposo quien respiraba con irregularidad

manteniendo los ojos cerrados. Sabía por la tortura que pasaba, no solo el hecho de sentirse excitado como lo demostraba su notable erección, sino por el temor que tenía de que lo tocara con otras intenciones. Ya iba acostumbrándose a tenerlo desnudo, a ver como esa parte de su cuerpo se erguía y los pequeños gruñidos que acompañaban cada baño, si bien, ahora era diferente conociendo su pasado.

Dio por terminada su labor informándole que podría relajarse un momento, ella se quedó sentada en el mismo lugar contemplando la negrura de la noche a través de la ventana junto a la bañera. Debería tratarse de esas noches iluminadas por las luces navideñas, sin embargo, todo parecía muy oscuro, se prometió para el próximo año decorar el exterior.

Se sobresaltó al sentir la mano mojada de Matthew sobre la suya, primero observó estas antes de ir hacia esos ojos oscuros que también miraban el contacto. Ninguno de los dos movió la mano, como tampoco reaccionaban, por lo menos Rebecca lo sentía como un agradecimiento, las cosas cambiaban poco a poco entre ellos, ya no era necesario ser tan fría, como él tampoco era indiferente. Eso podría apaciguar las cosas tanto como durara ese matrimonio.

Anunció que ya era momento de salir antes de que terminara muy arrugado y su piel tonificada pareciera la de un anciano. Matthew rio intentando incorporarse, pero volvía a tener una punzada cerca de sus recientes costillas recuperadas.

—Creo que tendremos que llamar al doctor, ¿Qué movimiento has hecho? —preguntó mientras, con mucha fuerza, trababa de sacarlo intentando no lastimarlo más.

—Impulsarme hacia arriba para poder besar a mi esposa —respondió el hombre con naturalidad. Rebecca se sonrojó.

—Eso demuestra que aún no estás preparado —dijo sin pensarlo, entendiendo luego lo que sin querer expuso.

—Creo haberte besado antes... Y si te refieres al sexo, tal vez no fue la posición correcta —opinó él, ya sentado en la silla observando como la chica le ayudaba a secarse con otra toalla.

Volvieron a quedar en silencio, Rebecca fue por una camiseta y los pantalones de pijama. Le secó el cabello, intentó ordenarle sin mucho resultado y luego, tal como lo hicieron para llegar al baño, se fueron hacia la cama.

Lo sentó en la orilla mientras ordenaba las almohadas, le ayudó a recostarse, lo tapó y esperó a que cerrara los ojos para dar su tarea finalizada. Al sentir la mano sobre la suya suspiró comprendiendo que no lograría irse pronto.

—Duerme conmigo.

—Matt...

—Solo esta vez —sus ojos volvían a brillar—. Como un regalo de navidad.

Ese hombre sabía cómo jugar sus cartas, gracias a ello tenía una gran empresa que cada vez se expandía a otras ciudades. Asintió una vez diciéndole que iría a su cuarto para cambiarse volviendo enseguida. No tenía caso demorar y retrasar lo imposible, volvió al dormitorio principal donde Matthew esperaba como un niño en navidad, se regalaron una sonrisa, ella fue al otro lado de la cama metiéndose bajo las sábanas.

Ordenó su cabello hacia un lado, observando sus puntas cobrizas pensando en un corte de cabello, miró atentamente como la mano de su esposo se acercaba tomando una de las suyas y llevársela a los labios para dejar un tierno beso sin dejar de mirarse a los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó confundida.

—Ayúdame...

—¿A qué?

—Ayúdame a superar esa parte, yo sé que contigo puedo lograrlo —respondió él en un susurro.

La chica se movió con lentitud sin dejar de vigilarlo buscando un ángulo en que él no tuviese que hacer mucho esfuerzo. Podía distinguir nerviosismo, seguridad, confusión, miedo y deseo, todo en segundos lo cual podría marearla si no se decidía por una emoción. Sacudió la cabeza con la intención de levantarse y salir corriendo, pero algo la detuvo y no era la fuerza de su esposo.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no otra mujer? ¿Alexandra tal vez? —Matthew bufó fijándose en el techo.

—¿Qué debo hacer para que entiendas que Alexandra no es mi amante, ni nada más que una buena amiga y empresaria? —Ninguno se movió, por lo que prosigo, esta vez con vergüenza —¿Me creerías si te dijera que no me he acostado con nadie desde que tengo doce años? —sin pensarlo, Rebecca asintió, él hizo lo mismo.

—¿Por qué yo, entonces? ¿Por qué después de estos dos años de casados?

—Eres la única mujer que me ha desafiado, todas me miran con éxtasis o compasión... Eres la primera que me ve como tal, un hombre gruñón y controlador —la hizo reír al destacar sus defectos— Sé que puedo confiar en que me ayudarás.

—¿Por qué ahora? —preguntó la chica. Creía en su respuesta, pero no quería admitirlo.

—Porque este es el momento, porque si hubiera sido mi madre quien me hubiese bañado hace unos minutos, hubiese aprovechado para llegar más allá; si hubiera sido Melissa no dejaría de llorar; y si fuera una mujer como Alexandra, tal vez solo pensaría en que joya le llegaría a la mañana siguiente sin pensar en lo que pasa por mi cabeza al momento de decirle que no puedo. Tú has seguido siendo la misma a pesar de saber mi secreto, solo has demostrado respeto... ¿Por qué no confiar en ti?

—No habrá sentimientos —aseguró Rebecca sin despegar los ojos de su persona. Él se encogió de hombros.

—Si me deseas, eso me vale.

Mantuvieron el silencio más de lo necesario, como si eso fuera a ayudar para escapar de lo inevitable o alargar el tiempo. Matthew respetaba el espacio de su esposa, esperando la respuesta que deseaba o entregándose a la idea negativa. Rebecca se miraba las manos y la tela de su bata que se movía entre estas, era una decisión demasiado difícil. No podía confesarle que interpretaba el papel de mujer fuerte solo porque sabía lo que era la compasión y lo horrible que se sentía.

Tomó unas cuantas bocanadas de aire buscando el equilibrio de emociones y sentimientos, como era de esperarse, a él no le importaban los sentimientos, eso quedaba igual al contrato inicial, solo, si él lograba controlar el trauma, podrían agregar la satisfacción sexual. Tal vez eso los haría ser más cercanos y confirmar a los que aún no creían en su romance, de que eran incondicionales.

Podrían lograr una complicidad tanto en casa como en los negocios, obtener otro nivel de confianza. Ya no pasarían desafiándose contantemente, sino que serían un equipo, y al parecer era verdad que Alexandra no se interponía entre ellos, pero Ryan... ¿Qué opinaría si supiera que se acostaba con su marido?

Bueno, era lo que hacía cualquier pareja casada, ¿cierto? Aun cuando tuvieran amantes, trataban de hacer una vida marital ficticia. Hasta los homosexuales hacían aquello con la idea de confundir a su círculo. ¿Por qué ellos no podrían hacer lo mismo sin modificar sus vidas? ¿Podría ayudar a Matthew a sobresalir de ese complejo? ¿Haría falta solo tener relaciones sexuales para sanar? ¿Y si no lo lograban, o se frustraba o creaba un trauma aún peor?

Levantó la cabeza enfrentando esa mirada intensa que parecían vigilar sus movimientos con cuidado, tal cual al animal que se le comparaba, conociendo a la presa antes de confirmar que podría caer sobre ella sin perderla.

—Te ayudaré con una condición. Tal vez dos.

—Dilas —dijo Matthew tan quieto y firme con la mirada.

—Todo seguirá igual hasta ahora —él asintió, no estaba segura de que entendiera concretamente a que se refería —Tú harás tu vida, como yo haré la mía, tanto si funciona, como si no.

—Entiendo.

—Y retomarás el psicólogo; luego de la primera sesión y saber qué opina de esto, lo intentaremos —afirmó Rebecca, el negó.

—No, quiero intentarlo ahora; prometo tomar una hora para mañana mismo, prometo seguir cada paso, pero intentemos ahora. Si no funciona dejaré que vayas a tu dormitorio y no lo pediré hasta que haya vuelto a la terapia —insistió Matthew tomándola de la mano como si creyera que escaparía.

Podía ver ansiedad en su rostro, también nervios, el tigre perdía sus fortalezas, sintiéndose débil ante la gacela; irónico. Tomó aire, se colocó de rodillas sobre la cama acercándose a su marido, éste quería hacer lo mismo, sin embargo, ante la vista que ella le estaba obsequiando volvió a recostarse contra las almohadas. Rebecca se quitaba la bata lentamente, con sus ojos verdes fijos en el hombre que tragaba con dificultad.

La chica con cuidado se subió a su regazo quedando en el espacio entre el yeso y su entrepierna, tal cual como estaban en esa misma cama cuando creyó que esto se trataba de una venganza. Sintió como los músculos de su marido se tensaban, necesitaba calmarlo, también comenzaba a temblar.

—Tú tienes el control —dijo con voz firme—, solo tú tienes el control. Estoy arriba porque no puedes estarlo... Piensa que, al sacarte esa cosa de la pierna, volverás a ser el hombre controlador.

—Pero no lo tengo ahora, ¿cómo puedes decir que tengo el control si no lo tengo? —preguntó Matthew.

—Porque yo no haré nada que tú no quieras hacer, yo solo obedeceré tus reglas. Tú puedes. Así de simple —esa era la palabra correcta.

—No eres virgen, ¿verdad? —preguntó el hombre sin moverse de su lugar, ni un solo músculo.

—No —respondió ella con brusquedad causando que él soltara una sonrisa.

—¿Algo que deba saber? —Solo la expresión de ella decía más que mil palabras; levantó las manos mostrando las palmas—. Está bien, son tus secretos. ¿Qué debo hacer?

—Lo que desees.

—Necesito quitarme el pijama —dijo echando un vistazo bajo ella con vergüenza.

Con cuidado, la chica se bajó del regazo ayudándole a quitarse la prenda para luego volver a su posición, esperando la siguiente orden. Podía ver en su rostro cierta preocupación o ansiedad, demasiadas cosas a la vez, si bien, quería demostrar que era ese hombre firme y seguro de sí mismo.

Era fácil adivinar sus intenciones, quería tocarla, pero no sabía cómo, la única persona que estuvo en esa posición con él fue hace más de veinte años y ella tomaba el mando. Se sacudió mentalmente evitando esas imágenes, su esposo rogaba ayuda, debía estar consciente y fría para llevar esa tarea.

Mostrándole en silencio sus intenciones y luego de que él asintiera tomó las manos fuertes llevándolas a su cadera, mostrándole que no debía temer en hacer lo que deseara. Cerró los ojos disfrutando de las caricias, las manos subían y bajaban por los costados para luego llevarlas a la espalda acercándola para encontrar sus labios. Un simple roce que parecía llenarlos de fuego.

—Debería quitarme la camiseta —opinó Matthew aferrándose a ella como si fuese un salvavidas.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Rebecca recibiendo un asentimiento. Se la quitó rápidamente.

—Debiste quitarte las bragas antes se subirte —la chica se sonrojó.

—No llevo.

—¿No usas nada debajo de esa tela? —preguntó el abriendo los ojos con sorpresa, ella negó con las mejillas ardiendo. Sintió la erección crecer—. Mierda, necesito ver eso.

Con rapidez se incorporó olvidando la punzada en las costillas, tomándola por el trasero y besándola con fiereza. Rebecca llevó las manos a su cuello aferrándose al cabello sintiendo la rigidez entre ellos; dejó escapar un gemido.

Las manos de él fueron hacia el dobladillo del camisón de seda subiéndolo hasta que debieron separarse para quitarlo. Matthew disfrutó de la vista sin tocarla, tragaba en seco fijándose en cada detalle de ese cuerpo joven y curvilíneo, el cual estaba comprometido al suyo, tal vez solo fueran papeles y un par de firmas, sin embargo, todo eso le pertenecía, eran una pareja casada.

Al subir en su examen el verde con el marrón se encontraron, él llevó las manos a su rostro atrayéndola para besarla con pasión, fuerza, necesidad. Era un adolescente que experimentaba por primera vez, un joven virgen, su primera vez con una chica sin saber cómo utilizar sus dones. Era exactamente eso, la primera vez de Matthew Griffin con una mujer.

Lentamente las manos bajaron hasta los senos, masajeándolos con delicadeza, ella quería ayudarle demostrándole que podría hacerlo con mayor seguridad, tomar sus manos y mostrarle como, no obstante, eso le haría recordar a esa mujer que tanto mal le hizo. Tal vez con esa parte podrían avanzar en otra ocasión, ahora aprendería a recorrer el cuerpo de una mujer bajo sus términos.

Matthew parecía adorarla, deseando con tal pasión que pocos hombres lograrían dar sin esperar recibir. *Solo porque él no conoce nada de aquello.*

Al separarse sintiendo la respiración agitada de ambos, se contemplaron con intensidad, deseo. Los dos querían lo mismo, necesitaban el siguiente paso, el hombre bajó la mirada derrotado hacia esas dos partes íntimas que casi se rozaban. Podía observar la tensión en su rostro, contrariado, debiendo creer que esas cosas que su madre le pedía cuando pequeño, era lo correcto, pensando si a ella también le gustarían. Necesitaba intervenir.

Volvió a tomar las manos llevándolas hacia las caderas redondeadas, hizo que la apretara un poco para luego soltar una mano y llevarla a su barbilla guiándolo para que se perdieran en los ojos del otro.

—Tienes el control, solo debes guiarme y haré lo que quieras.

Él tenía el control, lo que dijera se haría, lo acaba de confirmar. Si decidía que no quería hacerlo, que no podía, se correría sin resentimiento, tomaría sus cosas saliendo del cuarto hacia el suyo. Imaginar aquello le contrajo el estómago ¿Quería eso? ¿Quería irse? Negó mentalmente, no quería que parase, lo deseaba.

Se estremeció cuando las manos de Matt se aferraron con fuerza a su cuerpo y luego entre un gruñido le pidió que colocara las manos en sus hombros, que le rodeara, lo abrazara y no se fuera lejos. Automáticamente obedeció, como si su cuerpo reaccionara por sí solo, olvidando conectar

con la mente. Jadeó al sentir los labios del hombre sobre su piel, en el cuello, la mandíbula hasta llegar a sus labios.

Atentos en el otro, pacientes, disfrutando del contacto, intentó no demostrar mucho en sus ojos para no alertar o incomodarlo. Sorprendiéndola de una sola estocada la bajó entrando hasta el fondo, sin pensar que a uno y al otro les dolería. Ambos hicieron un gemido de dolor, si bien no quisieron separarse, se quedaron un momento inmóvil esperando a que apaciguara para seguir si era posible. Se trataba de algo nuevo para ambos, llevaban mucho tiempo sin sentir aquello, no había que temer, nadie les haría daño.

Se sentía diferente para los dos, no era como las otras veces en el caso de Rebecca, y para Matthew era extraño, no estaba esa imagen de una mujer motivándolo o exigiéndole que la follara, era la imagen de chica preciosa sobre él, que le decía con la mirada que deseaba que él le diera placer, pero no por una obsesión, sino que por un sentimiento.

Movió las caderas haciéndola gemir, se ayudó con las manos en las caderas de ella subiéndola y bajándola con lentitud, necesitaban acostumbrarse, experimentar antes de confirmar que podían seguir. Escucharla jadear y su expresión de deseo lo entusiasmaba a continuar, excitándolo hasta tal grado de que quería aumentar la velocidad.

Volvió a incorporarse para quedar a la misma altura, las piernas de Rebecca lo rodearon sin dejar de moverse mientras Matthew la tomaba del trasero para hacerla entrar y salir de tal manera que la tenía gimiendo sin recordar donde se hallaban. Llevó su boca al cuello de la chica mordiéndola con delicadeza, ella no soltaba el cabello de él, enredándolo aún más.

Sus labios se reencontraron escondiendo los gritos que empezaban a apoderarse cuando el clímax se acercaba. Aceleraron los movimientos, sintiendo como sus cuerpos se perlaban en sudor, haciéndolos más resbalosos y a la vez más fácil moverse logrando mayor fricción. Rebecca dejó caer la cabeza hacia atrás permitiéndose escapar un grito cuando el orgasmo la desarmó y muy pronto Matthew explotaba en su interior.

Los movimientos fueron ralentizándose hasta solo ser una maraña de brazos y sus caras ocultas en el hueco entre la barbilla y el hombro. Sus respiraciones eran irregulares, les costaba calmarse y sincronizarse para lograr algo normal, Matthew se dejó caer con cuidado hacia atrás recordando su pierna y pensando en su esposa. Ella se acomodó sobre su pecho con él aún dentro.

Ninguno decía nada, despacio, haciendo fuerza solo con los brazos logró acomodarla a un lado dejando la cabeza de Rebecca sobre su pecho junto a una mano que unió con la suya. Cerró los ojos sintiendo la respiración del hombre relajarse. Sentía los párpados pesados, sin quererlo yéndose en la inconciencia, si bien pudo sentir el beso en la frente y un murmullo que no supo diferenciar si era real o un sueño.

—No me pidas dejarte... No hay nadie más como tú, necesito que te quedes conmigo para siempre, por favor.

Verdades

Entreabrió los ojos antes de volverlos a cerrar así evitar el exceso de luz. ¿Quién había dejado las cortinas descorridas?

Sentía mucho peso sobre su cuerpo y a la vez nada que la tapara. ¿Dónde estaban las sábanas de hilo, el cobertor? ¿Por qué hacía tanto calor? Suspiró cuando apreció que aquella temperatura se sentía bien, cálida, suave... y el latido de un corazón. Se sobresaltó elevándose de un rápido movimiento hasta quedar frente a su esposo dormido relajadamente. Era como si viera a otro hombre, que en tan solo una noche se transformaba en un ser calmado... domado.

Lo observó con detención, no llevaba el ceño fruncido habitual, los labios estaban entreabiertos, su cuerpo inclinado hacia su dirección, un brazo descansaba a un lado de su cuerpo, mientras que el otro seguía tocando su piel desnuda; solo recién venía a percatarse que se hallaba sin ropa frente a él.

Rápidamente tomó la sábana hasta tapar sus pechos y toda piel que lograra cubrir, mientras volvía a distinguir el ceño fruncido de su marido, quien comenzaba a despertar. Cuando sus miradas se encontraron, esperó de todo menos una sonrisa; de verdad que la desconcertaba.

Se contemplaron en silencio unos cuantos minutos, no se movían o hacían ruido, solo mezclándose el marrón con el verde. Se sentía bien, extraño, pero era reconfortador; como si la unión entre ellos tuviese que haber sido así para poder respirar mejor, algo necesario para enfrentar el futuro. Fue cuando Rebecca recordó otro evento importante.

Olvidando su desnudez por un momento se levantó buscando su camión con la intención de salir corriendo. Si supiese que estaría sola camino a su cuarto, el cual estaba a pocos pasos, habría corrido sin ropa, sin embargo, todo podía pasar en los corredores de aquella mansión.

—¿Qué buscas? —preguntó el hombre sin dejar de observarla.

—Mis cosas, debo volver a mi cuarto.

—No es necesario, estamos solos —ella se giró hacia él con brusquedad.

—Claro que es necesario.

—No lo es, es un día de descanso, ni siquiera la fundación está trabajando, podemos quedarnos en la cama todo el día si deseas —negó efusivamente.

Ignorando el suspiro de su acompañante siguió en busca de sus cosas, colocándose las con los ojos cerrados, solo para evitar la mirada que debía tener Matthew sobre ella. Intentó arreglarse un poco el cabello saliendo sin girar hacia atrás.

Sabía que nadie preguntaría si la pillaban saliendo del dormitorio principal, cosa poco probable luego de que su esposo los echara literalmente de casa para navidad, ni siquiera si fuera desnuda, pero su imaginación podría crear mil ideas y suposiciones. Ninguna que fuera de su agrado, porque nadie creería que solo se trataba de cosas formales.

Tomó la ducha más larga de su vida, no sabía cuánto tiempo se quedó bajo el agua, solo sus manos la delataron al estar extremadamente arrugadas. Al quedarse en medio del vestidor preguntándose que ponerse, finalmente decidió seguir el juego del hombre colocándose un vestido informal sin siquiera preocuparse de los zapatos.

Tocó antes de entrar, aunque no esperó respuesta, abrió los ojos tan grandes que sintió que se desgarraban. Matthew seguía en la misma posición en que lo había dejado, su torso desnudo, las sábanas tapando con suerte parte de su anatomía y sus ojos perdidos en el paisaje desde la ventana.

Salió de su aturdimiento cuando su esposo con rapidez se destapó dejando su desnudez a la vista pidiéndole que lo ayudara para darse una ducha rápida, desconcertándola logrando que olvidara cualquier intención fuera o dentro de ese dormitorio.

—Te has dado un baño en la noche, no deberías moverte después... de tanto ejercicio. Solo colocarte algo de ropa —dijo sintiendo como sus mejillas tomaban color y Matthew sonreía.

—Lo haría y te pediría que te quedaras cuidándome, pero insististe en que pidiera una hora con la psicóloga, la cual tenemos en menos de dos horas. ¿Me ayudarás?

—¿Hoy? —Él asintió con calma—. Es navidad.

—Susan parecía muy entusiasta con la idea de tenernos en su casa —comentó Matthew encogiéndose de hombros sin perder la sonrisa.

—¿Tenernos? —Fue lo único que logró decir. Él volvió a asentir.

—Tú lo has pedido y eso le he contado, está entusiasmada de recibirnos a ambos. Ahora, podrías ayudar o no llegaremos.

Corrió a ayudarle cuando vio que sería capaz de hacerlo solo, lo que causaría más retraso en su recuperación.

No podía dejar de contemplarlo, cada movimiento, sus expresiones en el rostro o los murmullos para sí mismo mientras se miraba en el espejo del baño. Logró que no tomara una ducha, prometiendo ayudarle en la noche, se vistió casi informal en comparación con sus ropas cotidianas, decidió quedarse con la barba de un día y luego quiso terminar de arreglarse en el baño por su cuenta, sin molestarle que ella estuviese presente sin quitarle la mirada.

Entre Arthur y Kyle lo llevaron al piso de abajo, Rebecca se encargó de trasladarlo hacia la cocina para tomar desayuno. Agradeció a Susie al percibir la mesa puesta con el mejor desayuno de navidad. Todos se asombraron cuando el mismo empresario los invitó a todos a sentarse con ellos para festejar esa mañana, más aún cuando le entregó a todos un regalo.

Matthew mostraba el mismo temperamento de siempre, aunque un poco más conversador, leía el periódico comentándole algunas cosas y tomando su café. De vez en cuando preguntaba la hora para cerciorarse de que tuviesen tiempo. No le importó haber dejado la mitad de su desayuno cuando le propuso partir, dejó todo botado tomando la silla dirigiéndola al vestíbulo. Arthur le ofreció sus pertenencias con una inclinación de cabeza y deseándole un buen viaje.

En camino no se escuchaba nada más que al empresario haciendo llamados a sus seres más cercanos, deseándoles felices fiestas de parte de ambos, solo logró escuchar los gritos de Clarke junto con risas de alguna broma de mal gusto. No se sorprendió tanto cuando colocó el altavoz al hablar con su madre, Melissa deseaba que pasaran a verlos y tal vez comieran juntos a lo que su hijo aceptó luego de recibir un asentimiento de su mujer.

Después de un largo recorrido, cruzaron el puente de Brooklyn tomando *Henry Street* hasta llegar a un edificio de ladrillos donde estacionaron. Kyle abrió la puerta ofreciéndole la mano luego que ella se colocara los lentes oscuros y ordenara su vestido. Esperó que el hombre ayudara al señor Griffin sentándolo en la silla de ruedas con la pierna estirada.

Matthew informó que estarían aproximadamente una hora dentro y luego debían trasladarse a casa de sus padres. Rebecca tomó la silla avanzando donde indicaba su marido, junto a una rampla para minusválidos que daba a una hermosa puerta negra. Tocaron el timbre y esperaron.

No estuvieron mucho tiempo afuera, la puerta se abrió dando paso a una mujer de entrada edad. Tenía cabello color caramelo, la piel demostraba años de experiencia, ojos claros y una sonrisa contagiosa. Transmitía una sensación de calma y paz, se sentía atraída de entrar en esa casa y pasar una eternidad a su lado sin siquiera hablar, solo estar allí.

La mujer le regaló una sonrisa primero a Rebecca y luego se puso a la altura de Matthew quien rápidamente correspondió al gesto. Ella lo tomó de las mejillas, besó una de ellas antes de hablar.

—Estás cada día más guapo, jovencito.

—Lo mismo debo decir —respondió Matthew mientras la mujer negaba y se incorporaba dejando el paso.

—Como siempre tan halagador, pasen, está por nevar y no querernos enfermedades.

—Gracias por recibirnos hoy, no era necesario, podría haber esperado hasta el lunes —Susan hizo un movimiento con la mano quitándole importancia.

—Ha sido el mejor regalo de navidad el tenerlos aquí.

La casa por dentro era oscura o Rebecca estaba acostumbrada a los grandes ventanales de la mansión. Pasaron por la sala hacia un pasillo donde la mujer abrió la única puerta, se trataba de otra sala más confortable, esa debía ser su oficina de trabajo. En medio de la habitación Matthew hizo las presentaciones.

—Cariño, ella es Susan, la mujer que me ha cuidado estos veintidós años; Susan, ella es Rebecca, la mujer que hablamos esta mañana.

—Eres preciosa, pequeña —dijo Susan acercándose para besarla en la mejilla y hacer el mismo gesto que a Matthew cuando los recibió—. Ahora entiendo porque Matthew cambió de planes. Tomen asiento, ¿quieren algo para beber? —La pareja negó.

—¿Cariño, me ayudas?

Rebecca corrió la silla hacia el sofá más cercano, con fuerza sostuvo el peso hasta lograr sentarlo cómodamente. Le ayudó con la pierna para que quedara sobre el espacio restante y luego movió la silla de ruedas hacia un rincón. Cuando iba a tomar lugar en un sillón cercano, su marido le tendió la mano para que se sentara junto a él.

La mujer de edad volvió con una taza de café entre las manos, se sentó frente a ellos sin perder la sonrisa, esperando a que hablaran. Matthew fue el primero.

—¿Hace cuánto tiempo que no vengo?

—Casi diez años, ya —respondió la psicóloga.

—Vaya, es mucho tiempo.

—Sabes que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti cuando lo necesites, como también para tu esposa. Entiendo que es ella quien ha decidido venir —la mencionada se sonrojó fijándose en ambos.

—Este, que... creo... han cambiado... las co-cosas —tartamudeó Rebecca; se tranquilizó cuando Matthew le tomó la mano.

—En realidad ha sido cosa de los dos. Ayer consumamos el matrimonio. —Susan se llevó las manos a la boca emocionada.

—¡No lo puedo creer! Qué buena noticia.

La mujer se acercó a ellos dándole un abrazo a cada uno, mientras los ojos se le veían cristalinos aguantando las lágrimas. Pareciera como si le acabara de contar su hijo una excelente noticia. Bueno, llevaban décadas compartiendo, debía haber una relación muy estrecha.

Susan volvió a sentarse sin perder la brillante sonrisa, los miraba de uno al otro hasta que suspiró y se centró en el hombre.

—¿Cómo fue la experiencia?

—Excelente —respondió Matthew sin pensarlo mientras Rebecca se moría de la vergüenza—, mi esposa supo cómo llevar la situación, podía confiar en mí como yo en ella. Fue muy diferente a cuando...

—Allison abuso de ti sexualmente.

Le sorprendió que la mujer lo tomara tan a la ligera, como si se tratara de algo que ocurría a diario; bueno, tal vez fuera así, o que la situación entre ellos ya era normal, pero para una persona que sufrió ese trauma, tocar un tema con tanta simpleza, no lo creía correcto. No obstante, al ver el rostro de su marido entendió que así debieron ser cada visita para lograr enfrentarlas, aun cuando no se atrevía a mencionarlo como ocurrió al confesar su secreto.

Se sobresaltó cuando Matthew le apretó la mano y escuchó que Susan la llamaba. Se detuvo primero en uno y luego en otro disculpándose para luego centrarse en la psicóloga.

—¿Qué opinas de esa noche, Rebecca? —Esta vez sentía todo su cuerpo hervir, jamás exponía sus sentimientos con tanta facilidad como ellos.

—Fue... bueno, realmente bueno. Soy feliz de ayudarlo.

—¿Cómo te sentiste cuando Matt confesó que fue abusado en su infancia? ¿Te contó que no ha tenido relaciones hasta ahora? ¿El por qué? —preguntó la mujer.

—Me reveló todo hace unos días, ambos nos dimos el espacio hasta ayer. Sentí impotencia, me ha contado todo, me siento sorprendida de que haya decidido hacerlo ahora después de dos años de casados —contestó sintiéndose incómoda.

—Esa pregunta puede ser para ti, cielo, ¿Por qué ahora? —intervino Susan contemplando al chico.

—Ya se lo dije ayer, ha sido la única mujer que no me ha visto con compasión, enojo o deseo, solo me mira con cariño, afecto, comprensión y admiración. Pensé que luego de contarle me dejaría, pero ahí está. Es distinta, por eso es mi esposa.

¿Estaría actuando? ¿Actuaría frente a su terapeuta? ¿Eso sería legal? Es decir, supuestamente uno no debe mentir en este tipo de sesiones.

En los siguientes cuarenta minutos decidió no intervenir al menos que pidieran su opinión, hablaron sobre las diferencias emocionales con el pasado y con lo ocurrido la noche anterior. Matthew parecía meditar cada una de sus respuestas antes de exponerlas y eso ponía muy contenta a Susan, como si fuera un trabajo que realizaron la última oportunidad hace diez años.

Cuando terminó la hora, la mujer aconsejó tener mínimo dos sesiones por mes, si era posible todas las semanas, en el caso de practicar relaciones y él se sintiera perturbado, pedir una cita por adelantado y discutir los efectos. Lo importante es que Matthew mejoraba, ampliaba su horizonte al no negarse a una relación afectiva, y evitar retraerse de tener una pareja, sino que buscaba llegar más lejos, y eso debía agradecerse a Rebecca.

El camino hacia casa de los señores Griffin fue en silencio, cada uno en su mundo mientras pensaban en la reciente sesión. Cada uno en un extremo del asiento solo escuchando la música de fondo que llevaba Kyle en el auto.

Melissa los recibió con un beso en la mejilla y una sonrisa como siempre, feliz de tenerlos ahí. No demoró en regañar a su hijo cuando Rebecca comentó que le dolían las costillas después de hacer demasiado esfuerzo, lo que ocasionó que estuvieran quince minutos discutiendo sobre qué era lo mejor para el hombre.

Nicholas los recibió poco después disculpándose por la demora, un cliente no estaba muy feliz con la resolución de su caso y no encontraba nada mejor que molestar un día festivo.

En un extremo de la cocina, Matt conversaba desde su puesto mientras los otros tres arreglaban la comida entre risas y buena conversación. Rebecca pensó que Matthew le informaría a Melissa sobre la nueva revelación, informando que ya no había secretos entre ellos o alguna cosa así; que era verdaderamente su tía, aun cuando él la considerara más una madre que cualquier cosa. Sin embargo, él no pronunció palabra, conversaron sobre la estadía en Miami, lo bien que lo pasaron con los amigos y la idea de volver esta vez en familia.

Pasaron una tarde entretenida, los padres del hombre les entregaron sus regalos de navidad que agradecieron de todo corazón. No se dieron cuenta como las horas pasaban hasta que Matt se quejó de la hinchazón de la pierna, llevaba muchas horas sentado en la silla, lo cual el doctor recomendó que no fuera así. La chica se disculpó por ambos quedando para otro día, invitándolos a pasarse por la mansión.

Al llegar a casa, donde ya se encontraban en sus puestos Noah y Samuel, ayudaron al señor Griffin a subir al cuarto principal donde Rebecca se encargó de masajear la pierna en donde no estuviese el yeso, intentando bajar la inflamación y el dolor. Agradecieron cuando Susie apareció con una bandeja con bocadillos.

Se decidieron por una película que él no alcanzó a terminar, durmiéndose con una mano de la chica entrelazada entre las suyas. No tuvo valor para moverse, sintiendo que no debía dejarlo solo. Apagó la televisión, lo arropó y ella se quedó a su lado, sonriendo inconscientemente cuando parte del cuerpo de su esposo la buscaba, aferrándose como si se tratara de un chaleco salvavidas que lo llevaría a la orilla.

A la mañana siguiente cuando abrió los ojos, Matthew la miraba con una sonrisa, correspondió el gesto dejando que se acercara a sus labios depositando un casto beso. No dijo nada cuando ella se levantó pasando al baño primero para hacer sus necesidades, preguntarle si necesitaba ayuda a lo que negó dejándola retirarse a su cuarto.

Se llevó la mano al pecho al saltar del susto cuando entró a su dormitorio, echó un vistazo en todas direcciones como si buscara su corazón, el cual no dejaba de saltar dentro. Cerró los ojos intentando calmarse y agradeciendo que la cama estuviera desarmada. ¿Quién lo había hecho?

—¿Dónde estabas? —preguntó el asesor calmadamente.

—Matthew me llamó porque necesitaba ayuda —el chico asintió.

Sin otra pregunta, Ryan fue al armario para elegir la ropa del día, eso le dio tiempo para escapar al baño, encerrarse y ducharse antes que el chico se le acercara y sintiera otro olor que no fuera el propio.

Debajo de la cascada de agua rememoró las noches anteriores, era una estupidez, pero en el momento lo creyó necesario, él necesitaba de su ayuda para sentirse seguro y poder dejar a esa loca mujer atrás. Le entregó toda su confianza para lograrlo. ¿Podía abandonarlo? Se mordió la lengua para no gritar unos cuantos improperios, no podía creer como una madre hiciese algo como aquello a su único hijo, a quien debería cuidar con su vida no arruinársela.

Las cosas cambiarían desde ahora, enterarse de un secreto de esa envergadura no era para tomarlo a la ligera, su marido necesitaría de mucho apoyo, una cosa más que agregar a la lista. Suspiró quitándose el exceso de agua sobre el rostro. ¿Qué pasaba si le pedía otra noche de sexo? ¿O qué tal si las visitas de Alexandra se hacían más recurrentes? ¿Acababa de soltar a la fiera? ¿Podría hacerle eso, utilizarla como remedio y luego cambiarla por su amante frente a su nariz?

Dejó escapar un gemido de frustración cuando recordó algo más importante: ¿Qué pasaría con Ryan? ¿Tendría que contarle lo sucedido? ¿Podría mentirle? ¿Cómo se comportaría cuando le dijera que había tenido sexo con su esposo?

Se rio entre dientes al siquiera pensarlo, quien debiera enojarse era Matthew si se enteraba, aunque bien sabía que estaba al tanto de esa relación platónica. ¿Podría olvidarse de los acontecimientos y seguir como nada hubiese pasado? ¿Podría ser la misma mujer?

Cerró los ojos dejando caer los hombros, olvidándose del baño, debía admitir lo insoportable que sería si su esposo siguiera con su vida como si nada. Se sentía más estúpida a cada minuto que pasaba, Matthew era un excelente actor, camuflaría todo, ni ella sabría la verdad. Se sobresaltó cuando Ryan preguntó si todo iba bien, primero asintió mordiéndose la lengua al saber que no podría verla. Anunció que saldría en unos minutos quedando sola otra vez.

Su mente no dejaba de divagar desde lo ocurrido en nochebuena y luego en navidad, dos días que parecían cambiar dos años de sus vidas. ¿Cómo podría ser así de significativo?

Cerró el agua tomando una toalla mientras negaba, recordando agendar una cita con el médico especialista para controlar los últimos dolores de su marido como asegurar que la recuperación seguía por buen camino. No tenía noción en qué momento se había vestido o maquillado, menos que hubiese sido Lillian la encargada. Iba a preguntar por la desaparición del asesor cuando tocaron a la puerta.

Ryan entró serio, informó a su compañera que tenía una llamada de Plays and Grows, ella se disculpó con Rebecca quedando en encontrarse en el piso inferior. Cuando esta se paró de su asiento, él rápidamente ayudó ordenando los pliegues del vestido, asegurándose de que estuviese en su sitio. Se estremeció cuando soltó un suspiro pesado mirando el suelo.

—¿Tienes algo que contarme? —Preguntó Ryan tan serio como nunca lo había visto; Rebecca negó— ¿Estás segura? ¿No sabes porque el señor Griffin me llamó hace unos minutos? —la chica palideció.

—¿Te ha llamado? ¿Para qué?

—Quería saber qué color vestirías hoy y que le ayudara a elegir algo que fuera acorde con tu vestuario si deseabas salir... Eso jamás le ha importado —comentó el chico notando el nerviosismo en la chica— ¿Qué ha pasado en estos días, Rebecca? Siempre que se quedan solos las cosas cambian, ¿Qué ha ocurrido esta vez?

Su cuerpo deseaba demostrar el nerviosismo poniéndose a temblar, pero no lo permitió, controló el impulso trabajando la mente y la frialdad que llevaba practicando desde que era la emperatriz de la Gran Manzana. Si Matthew no había abierto la boca para decir algo que los comprometiera, ella no tendría por qué alarmarse y dejar todo en evidencia por fragilidad, no era eso, sino una mujer fuerte y capaz de afrontar estos problemas, no importa quien fuese el que estaba enfrente.

Giró la cabeza hacia la ventana tomando aire, lo retuvo un tiempo hasta dejarlo escapar y lograr enfrentar al asesor.

—No es algo que te interese —Ryan asintió bajando la mirada alejándose unos pasos.

—Tiene razón, señora Griffin, no debo inmiscuirme en asuntos personales que tenga con su esposo, lo siento. Estaré abajo por si me necesita.

—Ryan —le llamó, él no se giró, solo se detuvo en el marco de la puerta.

—Lo olvidaba, el señor Griffin la espera en su cuarto, no le haga esperar... Con su permiso.

Se fue dejándola sin palabras. Suspiró tan hondo que sintió que se secaba por dentro, no tenía secretos con el chico, tampoco podría traicionar a Matthew con algo tan delicado, no podía contarle a nadie ese secreto.

Decidió olvidarse de esos problemas y centrarse en otros, primero pasó por el dormitorio de su esposo quien había decidido quedarse en cama para descansar luego de tanto tiempo en la silla

de ruedas. Tan contenta por ello que actuó bajo sus instintos acercándose para dejar un beso en la frente, comentó que estaría abajo trabajando con Lillian por la fundación y cualquier cosa que necesitara que no dudara en llamarla.

Las estadísticas daban cifras azules, se podía decir que tenía vida independiente y con medios propios sin tener que depender tanto de Infinite Fantasy, sus propios patrocinadores y donadores regulares, interesados en los futuros líderes del país, lograban que todo fuese posible, asegurando que el entusiasmo de la presidencia de Plays and Grows hacía un excelente trabajo.

Estuvo conversando con Melanie un buen tiempo antes del almuerzo, quien gritaba del entusiasmo al tener muchos pedidos y un desfile para poder presentar más de su negocio. Todas las mujeres parecían interesadas en tener un modelo que utilizara una de las mujeres más influyentes dentro de los Estados Unidos.

Colgó la llamada y pretendía hacer la siguiente al doctor de Matthew, cuando Ryan apareció frente a ella con una postura tangible de disgusto. Algo no salió como debía o seguía molesto por lo de esa mañana. Dejó el móvil a un lado sin quitarle la mirada de su persona, colocó las manos sobre el regazo esperando sus palabras.

—Señora Griffin, su esposo la espera en el cuarto cuando se desocupe.

—¿Por qué te llama a ti para darme los mensajes? ¿Por qué no Arthur como siempre? —preguntó Rebecca observando hacia la cocina donde permanecía el hombre de edad.

—Eso mismo me gustaría saber a mi —murmuró el asesor sin perder la postura—, como también lo que pasó esta mañana, sin embargo, la señora ha dicho que no son mis asuntos. Con su permiso.

El chico dejó la habitación, miró a su alrededor sin entender como las cosas podían cambiar tan rápidamente frente a sus ojos. ¿Qué se proponía Matthew Griffin con esto? ¿Por qué interferir de esa manera en cosas que no le involucraban?

Sintió la sangre hervir, estaba enojada y sentía que la pasaban a llevar, cuando él desde un principio le dijo que ella era dueña de mover lo que quisiera en ese lugar, incluso a los que trabajaban dentro. No significaba que ahora que pasaba más tiempo en casa, podría manejar las cosas a su manera.

Salió rápidamente sin percatarse que corría hacia las escaleras, casi choca con el mayordomo quien sugirió bajar la velocidad para no resbalar. Con una rapidez irreconocible se encontraba frente a la puerta abriéndola sin tocar. Como llevaba siendo durante esos meses, Matthew descansaba junto con el portátil a un lado y todo su alrededor con papeles.

—¿Qué le has dicho a Ryan? —preguntó sin vueltas; Matthew no dejó su trabajo.

—Le he ofrecido un aumento si se preocupa también de mi vestuario —contestó con naturalidad atento a un documento en sus manos.

—No solo ha sido eso —refutó empuñando las manos— ¡Matthew Griffin, deja eso y respóndeme!

—Dijiste que no volverías a llamarme así.

—Lo haré si tu comportamiento es insensato —Se molestó con él al seguir fijo en la pantalla — ¡Matt te estoy hablando!

Sabía que estaba buscando su sentencia al exponerse de esa manera, no era un secreto que el asesor y ella tuvieran sentimientos, jamás los demostraban frente al empresario por respeto hacia su persona. Éste tomó aire reteniéndolo unos segundos antes de botarlo y girarse en su dirección. Dejó los papeles a un lado y esperó paciente por la siguiente frase. Ella no sabía que decir.

—Acá estoy, cariño, que debo responder —la chica seguía en silencio—. Vamos, no seas

tímida, solo has la pregunta—. Insistió Matthew, pero al notar que ella no diría nada, suspiró—. Creo que tendré que hacérmela solo. ¿Si le dije algo más aparte de ofrecerle más dinero? Sí, le dije que mantuviera las manos lejos de ti.

—¿Por qué lo hiciste? ¡No tienes derecho!

—¡Claro que tengo derecho, cariño! Quien paga sus honorarios soy yo, y no voy a permitir que tenga sus manos en otra parte que no sea la ropa que elija para ti. Tal vez sería más fácil si prescindieramos de él, sé que la señorita Ross también hace bien ese trabajo. Podrías tomarla a ella como asesora y contratar a otro que te ayude con la fundación, no tengo problema.

En una abrir y cerrar de ojos, Rebecca estaba junto a la cama con la cabeza a pocos centímetros de él, se miraban con furia, el fuego se reflejaba en el otro. Las manos de la chica temblaban aún empuñadas enterrándose las perfectas uñas en la palma.

—No interfieras con mis empleados, yo decido qué hacer con ellos y donde meten sus manos —susurró Rebecca entre dientes.

La única reacción de tan ágil movimiento fue un grito. Sin percatarse, Matthew la tomaba por la cintura subiéndola a su regazo con las piernas a cada lado de sus caderas, los papeles volaron por todas partes o se arrugaron bajo la chica, quien llevaba las manos a los hombros de su esposo intentando mantener el equilibrio, eso no era necesario porque él no la soltaba, marcando sus dedos en la suave piel a través del vestido.

La tela se había arremangado hacia arriba dejando los muslos al descubierto y tal vez un poco más. Sus miradas estaban más cerca, desprendían tanto calor que pronto las ventanas comenzaron a empañarse.

—Eres mía, Rebecca, metete eso en la cabeza de una vez, no permitiré que me desafíes de esa manera.

—No soy tuya, fue de mutuo acuerdo, tú ofreciste un precio y yo acepté —dijo ella intentando echarse atrás, sin embargo, el hombre no lo permitía.

—Eres mía desde la nochebuena cuando entré en ti, te hice gozar como tú lo hiciste conmigo, ahora nadie más que yo puedo tocarte.

—No es cierto —respondió, aunque la voz comenzaba a fallarle y Matthew lo notó por lo que acercó sus labios a los de ella, rozándolos.

—Claro que lo es y te da miedo aceptarlo. El momento en que decidiste ayudarme, estar a mi lado, has sido mía, solo tú has logrado derrotar ese demonio en mi interior y no permitiré que alguien te aleje de mí, ¿entendiste?

Tras un rugido del tigre se fundieron en un beso, la piel quemaba y era más fuerte el deseo, sentía que toda la piel revivía, como si despertara de un sueño eterno. Matthew le abrió la boca sin dificultad, logrando meter la lengua haciendo una guerra con la de su amante. Rebecca intentaba zafarse, como a la vez no podía resistir aquel deseo desenfrenado.

Finalmente se rindió ante el felino, llevó las manos hacia el cabello del hombre rodeándole el cuello acercando cada vez más sus cuerpos, sintiendo la erección como también el fuego de su interior. Los gemidos no se demoraron en escuchar y menos las manos traviesas de Matthew buscando la cremallera del vestido.

* * *

Nuevamente, por tercer día consecutivo despertaba en una cama que no era la suya y a la vez sintiéndose más segura que nunca. Después de un buen sexo, almorzaron juntos en la habitación siendo molestados solo por Susie, quien se encargó de atenderlos durante toda la tarde por órdenes de Matt.

Antes de dormir tuvieron sexo con delicadeza intentando prolongar el momento tanto como fuese posible. Sonreían con complicidad cuando encontraban una posición que no perjudicara la pierna o las costillas del hombre, besándose como si solo existiera amor entre ellos.

No se movió de su postura con las manos bajo la almohada sintiendo las caricias de su esposo sobre la espalda. Debía saber que estaba despierta, sin embargo, no le exigía abrir los ojos ni hacía preguntas, ambos disfrutaban del silencio y la comodidad que obtenían. Tampoco le dio importancia cuando tocaron a la puerta, Susie ya debía estar enterada de ella quedándose en el dormitorio del señor, como haría cualquier matrimonio. Dejó que él se hiciera cargo, disfrutando del momento.

Quería abrir los ojos e incorporarse para aclarar las cosas cuando escuchó la voz de Ryan pedir permiso, se sentía demasiado cobarde y enojada para enfrentar la situación. Se quedó bien quieta boca abajo escondida entre las sábanas y el cuerpo de Matthew mientras éste no dejaba de pasar los dedos por su piel desnuda y expuesta.

—Lo-lo siento... Creo que interrumpí... el momento —le dolía escuchar la voz quebradiza de su asesor—. Puedo volver... más tarde.

—No, tranquilo, si no hacemos ruido, no despertará. Quería informarte que pasaremos todo el día fuera, tenemos asuntos que resolver y quiero llevarla de compras. Así que sería bueno algo cómodo para ambos.

—Sí, señor. ¿Le parece bien si primero elijo lo de la señora Griffin para no molestar su sueño? —preguntó Ryan con formalidad, aunque Rebecca sabía que sufría con cada palabra.

—No, puedes comenzar por acá, ya debe despertar.

No supo la respuesta, aunque podía asegurar que el asesor asintió y escapó rápidamente hacia el interior del vestidor. Apretó los ojos cuando sintió los labios sobre su piel, no podía negar que se sentía bien y hasta podría gemir del gusto, pero no le daría la satisfacción de provocar al chico a través de ella.

Se incorporó con lentitud tomando las sábanas para ocultarse de todos, en ningún momento sonrió, dejó que la melena le tapara el rostro mientras su marido no dejaba de besarle la piel desnuda que no lograba cubrir. Sintió dolor en su corazón cuando escuchó los pasos de Ryan, transmitir unas palabras y luego retirarse lo más rápido posible. Si no escapaba rápidamente de ahí, se largaría a llorar.

Sin perder tiempo, bajó de la cama, tomó su ropa y una manta para taparse y corrió fuera del cuarto hacia su dormitorio mientras Matthew la llamaba. Se dejó caer sobre su cama derramando lágrimas de culpabilidad e impotencia ante la situación, estaba furiosa con el hombre que decía llamarse su esposo, no entendía porque debía hacerla pasar por esa tortura sabiendo lo que ella sentía por el asesor.

Se asustó cuando de su vestidor salió Ryan con la cabeza baja y un vestido entre sus manos. El silencio y la situación era incómoda, ella no apartaba la mirada y él buscaba la forma de salir rápidamente.

—Ryan, yo...

—No, Rebecca... No es el momento —interrumpió el chico.

Con rapidez dejó la elección sobre la cama sin siquiera darle una ojeada, volvió al vestidor por los zapatos y el juego de lencería para finalizar con las joyas, que como siempre las dejó sobre el tocador. Lo vio detenerse un poco observando los anillos que la unían al hombre en la habitación principal, y ahora los unía algo mucho más fuerte. Quiso hablar, si bien él fue más rápido desapareciendo por la puerta.

Necesitaba llorar, necesitaba desahogarse como también gritarle a Matthew por la estupidez que creaba. No era necesario mostrarle esa escena, no tenía por qué hacerlo sufrir con ella desnuda en la cama de otro hombre.

No se percató de la presencia de Lillian hasta que la mujer la llevó al baño sin preguntas, encendió la ducha y luego le ayudó a entrar para que descargara su frustración en el agua caliente. Y así lo hizo cuando su mano derecha la dejó sola en el baño.

Quiso llorar, pero tampoco lograba soltar las lágrimas contenidas, solo sentía el agua caliente sobre su cuerpo enrojeciéndolo sin liberar la frustración del momento. ¡Todo por culpa de Matthew! No entendía que le pasaba por la cabeza para caer en ese estúpido juego. ¿Qué quería ahora? ¿Qué pretendía atacando al chico cuando ella jamás hizo algo contra Alexandra?

Si no fuera por Lillian, ella seguiría eternamente en la ducha, le ayudó a secarse, le sostuvo la ropa interior con paciencia, le entregaba el producto correspondiente y finalmente la llevó al dormitorio para colocarle el vestido negro con flores color nude que combinaban con los zapatos, el bolso y el abrigo. Declinó del colgante en forma de llave con la excusa de ser muy recargado para el vestido, decidiéndose por unos pendientes de diamantes que hacían el juego perfecto con su anillo de compromiso.

Gracias al cielo alguien ayudó a Matthew esa mañana, porque no se sentía capacitada para llevarlo. Tomaron desayuno en silencio siendo ella la primera en levantarse excusando que debía ir al baño. Se juntaron en la puerta para comenzar ese supuesto itinerario juntos como una pareja feliz.

La primera parada fue en Infinite Fantasy, pasaron directamente al subterráneo por lo que nadie se percató que el presidente acababa de poner un pie en el edificio después de casi dos meses. Kyle los acompañó hasta el piso 42, el espacio reducido iba en completo silencio, se podía escuchar los cables que llevaban el peso de la caja de metal hacia arriba. Cuando las puertas se abrieron dando paso a la silla de ruedas, junto a la mujer que llevaba haciéndose cargo de todo, Layla fue la primera en soltar un pequeño grito que alertó a Rachel quien inmediatamente se puso de pie para recibirlos.

—No lo puedo creer, que sorpresa verlo aquí, señor Griffin. Buenos días, Rebecca —saludó Rachel con una sonrisa.

—Por favor, avísele a Charlotte que estoy aquí, la espero en mi oficina —dijo Matthew girándose hacia su esposa—. Cariño, vamos.

—Un café y un té, por favor, Layla —pidió Rebecca con una sonrisa llevando la silla.

—Por supuesto, señora Griffin.

Entraron a la oficina dejando que el guardaespaldas dirigiera la silla de ruedas, esa vez no fue hacia el escritorio, sino que tomó asiento en uno de los sillones buscando su celular en el bolso. Escuchaba el intercambio de palabras entre los hombres y luego agradeció cuando la secretaria le dejó el té caliente junto a ella.

Pronto apareció Charlotte con una gran sonrisa al tener de vuelta al dueño y amo del lugar, éste insistió que su esposa seguiría haciéndose cargo hasta que el doctor dijese que podía moverse con libertad, ahora solo se relevaba para terminar los pendientes y firmar aquello que Rebecca no podía. Todos se pusieron a trabajar mientras la chica estaba en su mundo, sintiendo los ojos penetrantes de su esposo sobre ella constantemente.

En un momento el despacho quedó a solas, solo con ellos dos, cada uno en sus asuntos hasta que Matthew dejó caer los papeles que tenía en su poder deteniéndose en su mujer quien no apartaba la vista del aparato en sus manos. Carraspeó unas cuantas veces, pero al no recibir

respuesta como debía ser, tomó el mando de la silla intentando llegar a ella. Rebecca al notar que se movía se paró rápidamente preguntándole donde quería ir. Él no contestó hasta llegar a su lado pidiéndole que volviera sentarse.

—Ahora vas a decirme que te tiene así, desde que hemos salido de casa que tienes esa actitud de dama de hierro, ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, solo estoy cansada —respondió.

—Cansada y una mierda, ¿Qué es, Rebecca?

Como casi siempre, enfrentaron sus ojos intentando ganar para que el otro se rindiera: o decía lo que sentía o se rendía y volvía al trabajo. En este caso, Rebecca cayó primero, se puso de pie caminando lejos de su esposo. Cerró los ojos y explotó.

—¿Por qué has hecho eso, Matt? ¿Cuál era la intención para hacerlo?

—¿De qué estás hablando?

—¿Permitiste que Ryan entrara a tu dormitorio cuando yo estaba ahí desnuda! ¡No tenías por qué hacerlo! —señaló la chica mirándolo con el ceño fruncido.

—No le veo lo malo, solo ha entrado al cuarto de una pareja que disfrutó de una noche...

—¿Fue sexo, Matthew! No fue más que eso —el nombrado apretó los dientes.

—No importa lo que haya sido, ahora no lo necesitas, me tienes a mí —murmuró con furia. Ella rio.

—¿Te tengo a ti? ¿Para qué? —Ambos se quedaron en silencio mirándose, desafiándose—. Solo te ayudé a superar un trauma. Ryan me entrega cariño, protección...

—¡Basta! Soy tu esposo, ten un poco de respeto, no necesito saber qué haces con tu asesor mientras no estoy cerca. —Parecía como si realmente estuviera herido, pero Rebecca no le creía.

—Quiero irme —dijo sin más tomando su bolso para caminar hacia la puerta.

Salió rápidamente de la oficina pasando a un lado de Kyle avisándole que el señor Griffin deseaba retirarse y que le ayudara. Se detuvo en la recepción cuando Clarke la recibió con los brazos abiertos y dubitativos. Sonrió, sea lo que haya hecho para que firmara aquel documento, no podía seguir molesta con él. Le dio un beso en ambas mejillas para seguir con una conversación superficial, hasta que llegó el empresario.

El matrimonio Griffin esperó el elevador, bajaron en silencio, subieron al auto que los esperaba justo en la puerta y encaminaron hacia el hospital. Rebecca echaba un vistazo disimuladamente al guardaespaldas que parecía ajeno a todo lo que pasaba esa mañana, se fijó en su celular sobre el regazo con la necesidad de hacer o recibir una llamada para evitar la incomodidad del momento. ¿Dónde estaba Melanie cuando se le necesitaba?

El ingreso a la consulta fue como siempre, todos se apartaban como si se tratase de famosos, rápidamente los llevaron a la sala de espera asegurándoles que el doctor no demoraría con el actual paciente. Ambos agradecieron acercándose a un sector donde no interfiriera la silla de ruedas, Rebecca se sentó a contemplar a los demás que esperaban su turno.

Se sorprendió cuando Matthew puso su mano sobre la de ella como un gesto tierno, levantó la mirada hacia todos los presentes pensando que solo actuaba porque alguien los veía, no obstante, nadie se fijaba en ellos por lo que le encaró. Él llevaba la cabeza baja, se podía apreciar pesadumbre.

—Siento celos cada vez que él te toca, celos de la eternidad de tiempo que pasan encerrados en tu cuarto sin saber que hacen, que te haga reír o que tus ojos brillen, celos de que se sienta orgulloso de la mujer que ha creado pensando que es para él, cuando debo ser yo el que se sienta así —Rebecca negó a pesar de que él no le veía.

—Eso no tiene sentido... —por fin el hombre se giró.

—¿No tiene sentido? ¿Por qué no puedo sentir nada por mi mujer? ¿No puedo sentir celos de alguien que pasa más tiempo contigo, o te hace feliz?

—Eso no era parte del acuerdo... —dijo la chica a lo que él interrumpió.

—Pero las cosas cambian —contestó fijando la vista hacia el frente.

No pudieron seguir ya que el doctor se les acercó con una sonrisa. Tomó la silla de ruedas dirigiéndola hacia la consulta mientras preguntaba cómo iban las cosas. Kyle entró un momento para ayudar a subir al señor Griffin a la camilla mientras Rebecca se acomodaba en una silla próxima. Ésta le agradeció al guardaespaldas quien asintió y esperó fuera.

El doctor comenzó con el procedimiento, quitó el yeso, limpió la pierna, la movió con delicadeza preguntando en cada punto si dolía a lo que Matthew negaba en ocasiones, como en otras solo siseaba cerrando los ojos. Rebecca sabiendo que se llevaría una mirada maldita de su esposo, comentó sobre los últimos quejidos que dio por dolor en las costillas. Él hombre de bata blanca lo hizo recostarse para controlarlas. Sin perder la seriedad negó.

—El dolor son solos hematomas internos que no se verán como piel morada, es normal que duelan si hace un esfuerzo mayor, siguen magulladas, pero no hay gravedad; si el dolor persiste debe tomar antiinflamatorio —contestó el doctor deteniéndose significativamente en Matthew quien bufó—, con respecto a la pierna está muy bien, lo dejaremos con una férula adaptable, la cual podrá quitar para bañarse y cuando haga fisioterapia... ¿ya ha iniciado?

—Solo ejercicios para evitar atrofia, el fisioterapeuta dijo que empezaría una rutina apenas quitaran el yeso —comentó Rebecca, el hombre asintió.

—Eso es perfecto, si sigue de la misma manera estará caminando muy pronto.

—¿Tendré que seguir en esa silla? —preguntó Matthew observando con fastidio ese objeto causando risa de la chica y el doctor quien negó con una sonrisa.

—Debe haber un equilibrio, recetaré muletas para que puedas intercambiar, pero no puede abusar, todo su peso recae en las piernas, señor Griffin, no puede excederse.

—¿Puedo ir a trabajar?

—Puede, pero me gustaría que fuera por poco tiempo y tenga la pierna en alto... Insisto, no excederse —respondió el doctor mirándolo con advertencia, Matthew asintió—. ¿Alguna consulta?

—No doctor, gracias —dijo Rebecca poniéndose de pie.

—Bien, los espero en tres semanas, si hay buenos progresos, pasaríamos a caminar pisando con la férula sin apoyo y luego tendrá tu pierna de vuelta.

—Gracias, doctor —contestó Matthew tendiéndole la mano en agradecimiento.

Poco después apareció un enfermero con las cosas que empezaría a utilizar. Le enseñaron como colocarse la férula y cómo manejar las muletas, no debía apoyar el peso solo en la pierna buena, ya que eso podría tener repercusiones, por lo que debía ayudarse con los brazos. Bajo la férula debía llevar una venda elástica para mayor presión, la cual solo se quitaría para bañarse.

La pareja volvió a agradecer antes de salir, Rebecca iba al lado de su marido a paso lento mientras éste se acostumbraba a estar erguido después de dos meses en posición horizontal; Kyle los seguía de cerca.

Ya en el auto Rebecca pensaba que volverían a la mansión, sin embargo, su esposo ordenó ir al nuevo restaurante para ver cómo iba la remodelación, también llamó para avisar que comerían ahí. La chica lo observó interrogante, no podían cocinar en el lugar si se hallaba todo dado vuelta con los cambios, pero él le explicó que tenían la cocina sellada para evitar los escombros y así

aprovechar para crear el nuevo menú.

Se detuvieron frente a la puerta donde los esperaba la peor pesadilla de Rebecca, miró a su acompañante con el ceño fruncido. Primero le hacía pasar una terrible mañana y ahora quería seguir mortificándola. ¿Qué hacía Alexandra Slater frente al local sabiendo que ella estaría presente? ¿Por qué no quedaban para comer solos? ¡Acababa de confesarle que sentía celos del asesor! ¿Quería mostrarle que se sentía? ¡¿Qué clase de sentimientos retorcidos concebía ese hombre?!

Esa mujer parecía sacada de revista, rasgos que muchas mujeres envidiarían, morena, alta, perfecta. No se quitó los lentes por temor a ser descubierta, dejó que ellos se saludaran con el cariño característico, solo regaló una sonrisa cordial a la mujer cuando se le acercó para dejarle un beso sonoro en la mejilla. Rebecca se sonrojó pensando que ella se hallaba al tanto de lo que llevaba pasando hace dos noches con su amante. Bien no podía decir nada, ella tenía más razones para tener relaciones con su marido, era eso ¡su esposo!

Entraron en el local el cual se encontraba lleno de hombres que trabajaban en el techo y quitando las paredes de madera que serían sustituidas por cemento blanco como pidió la señora Griffin. En esta parte estaba muy interesada, finalmente era su creación, hace pocos días que había dado el sí para que comenzaran las modificaciones y al parecer iba de maravilla.

Alexandra interrumpió su momento llamándola para que los siguiera hacia el interior, directo a la cocina la cual no sería intervenida ya que antes de la venta, fue remodelada por el antiguo dueño con la mejor tecnología y recubierta de acero inoxidable.

En una parte de aquella, cinco hombres y dos mujeres vestidos con el uniforme trabajaban en diferentes platillos por lo que se apreciaba, uno de los hombres vigilaba y anotaba el proceso, mientras los restantes tenían una olla o sartén en la mano. Solo se giraron un momento para saludar e informar que la comida estaría preparada en poco tiempo por lo que podían sentarse. Matthew llamó a su esposa mostrándole el espacio que fue preparado para ellos, una mesa con tres puestos.

Sentía fuego en el estómago, los olores, aunque para cualquiera fueran exquisitos, para ella en ese momento parecían azufre. Con dignidad siguió a su marido quien la esperaba para ayudarle a sentarse a un lado, quedando él entre ambas mujeres. No se habló de nada hasta que llegó una de las chicas, presentándose como la chef ejecutiva, sirviendo vino blanco y explicando en que se trataba la preparación de esa tarde. Los tres asintieron siendo correspondidos de la misma forma incluyendo una sonrisa antes de retirarse.

—Así que la recuperación ha ido en avance, por lo que veo —comentó Alexandra levantando la copa para celebrar. Matthew la acompañó con una sonrisa.

—¿Cómo no, si tengo una excelente enfermera?

—Que envidia —respondió la mujer con una sonrisa.

Botó aire con lentitud para no demostrar lo enfurecida que estaba con la situación, mostrando afecto frente a ella sin ningún pudor. ¿Quería ser la enfermera privada de Matthew? ¡Bien, que lo fuera! Solo era cosa de pedir el divorcio y podrían ser felices juntos, mientras la dejaran en paz.

Sintió asco cuando la mano de Matthew tomó la suya llevándosela a los labios, intentó sonreír, pero supo al contemplar los ojos del hombre, que no daba resultados, con suerte fue una mueca de desagrado disfrazada de satisfacción. Bajó la mirada centrándose en la tela de las servilletas, era el diseño que había escogido con Lillian hace un tiempo; como lo pensó en el momento, se veía elegante y sofisticado para la idea principal del nuevo restaurante.

Volvió la atención hacia sus acompañantes cuando escuchó su nombre y luego risas. Tal vez solo se reían de su ingenuidad y lo estúpida que era de quedarse ahí cuando era quien estorbaba

en la comida.

Agradeció cuando tuvo el primer plato frente a ella, no tenía hambre, pero no podía hacer el desaire de no probar por lo menos, no debía dar de qué hablar a los nuevos empleados del imperio. Tomó aire para enfrentarse a la conversación tan acogida que llevaban Matthew y Alexandra.

—Así que lleva días sin aparecerse... ¿la despedirás? —preguntó Alexandra antes de llevarse un bocado a la boca. Matthew se encogió de hombros.

—Rebecca me ha comentado el suceso, recién hoy fui a corroborar su ausencia... Algo malo le debes haber hecho. —La mujer se rio golpeando la mesa con una mano.

—¿Yo? ¿En serio? Matt, esa mujer no me dejaba en paz. Deberías sacarla, mientras más lejos, mejor —insistió la morena tomando un trago de vino; se detuvo con una sonrisa en Rebecca— ¿Usted qué opina, señora Griffin? ¿Luce debería dispensar de su cargo en Infinite Fantasy? —La chica se puso nerviosa e intentó disimularlo limpiándose la boca con la servilleta de tela.

—Ese trabajo no me corresponde, Matthew es quien determinará si un empleado no está cumpliendo con lo acordado, yo solo he dado la información que se me otorgó en su momento. — Alexandra negó dejando escapar aire.

—Sigo insistiendo que te has llevado a la mejor mujer del mundo... Tengo demasiada envidia —. El nombrado rio mientras tomaba la mano de Rebecca y se la llevaba a los labios.

—Estoy de acuerdo, y no pienso dejarla ir.

La chica se sintió fuera de contexto, sonrió por cordialidad como si entendiera de lo que hablaban. No le gustaba ser el centro de la conversación, y menos si esa mujer estaba involucrada. Cuando la vio negar con ojos muy abiertos y luego darle un leve golpe en el brazo a su esposo, frunció el ceño.

—¡No puedo creerlo! Matthew Griffin, ¿no le has contado a tu mujer? Eres un vil cerdo egoísta —dijo Alexandra molesta ocasionando que el hombre riera a carcajada.

—Lo soy, no has herido mis sentimientos... Rebecca es mía, doy gracias cada noche porque haya aceptado ser mi esposa —respondió Matthew mirando a la aludida con adoración.

—Lo siento, pequeña, ahora debes creer que soy una cualquiera —dijo Alexandra mirándola detenidamente, la chica no sabía que decir. La morena frunció el ceño centrándose en su socio— Eres un desgraciado.

—Me ha insinuado, por no decir, dicho directo en la cara, que eres mi amante —murmuró sin perder la sonrisa.

Rebecca tomó toda tonalidad de rojos posibles, no podía creer que acabara de comentar aquello. Fue su turno de fulminarlo ocasionando que soltara una carcajada antes de probar otro bocado. Alexandra salió en su defensa dándole otro golpe, esta vez en la cabeza sin importar que los cocineros miraran sorprendidos del alboroto.

—Por todos los cielos, eres un maldito desgraciado —la mujer se giró hacia Rebecca con expresión de disculpa—. Créeme, me gusta más como te ves en ese vestido y tus pechos de lo que me gusta lo que Matt tiene entre las piernas.

—No es algo de divulgue por ahí, es tu privacidad —respondió Matthew echando un vistazo a su plato, Alexandra bufó sin dejar de mirar a Rebecca a quien le volvían los colores fuertes.

—¿Qué tiene de malo que me gusten las mujeres y no los hombres? Mi sexualidad no es un secreto. Guarda el secreto de un asesinato, pero no que tu mujer me ha gustado desde la primera vez que la vi y tú te has aprovechado de quitármela. —La mujer junto las manos en disculpa—. Si alguna vez descubres con el cerdo egoísta con quien te casaste y lo dejas, búscame.

—E-está... b-bi-bien —respondió la chica aún perdida de la conversación mientras su cerebro intentaba organizar toda la información.

Era demasiado lo que necesitaba procesar, más degustar los platos para dar la aprobación correcta, como controlar sus reacciones cuando Matthew la tomaba de la mano o le acariciaba la mejilla. Daba gracias porque su cuerpo ayudara y se moviera por inercia, ya que en el caso contrario solo se quedaría sentada sin mover un músculo quedando en más vergüenza de la que sentía.

¿Alexandra lesbiana? ¿Matthew ocultando información por celos? ¿Alexandra llevaba una relación con la mujer que llevaba desaparecida por varias semanas? ¿Le gustaba a esa mujer? Se levantó como si tuviera un resorte, todos en la cocina le contemplaban, sin embargo, no le importó, solo informó que necesitaba ir al baño. Corrió lo que más le dieran sus zapatos altos hacia la puerta fuera del alcance de ellos.

Te quiero

Por el rabillo del ojo distinguió a Samuel corriendo tras ella hasta el baño de mujeres, quedándose fuera cuando cerró la puerta apoyándose, dejando escapar un suspiro. Escuchaba el roce del traje al moverse de un lado a otro y luego esperar junto a la puerta, de seguro procurando que nadie le interrumpiera. Agradeció mentalmente dando unos pasos hacia el lavabo, apoyando las manos fijándose en el reflejo del espejo.

Ahí estaba, su expresión angustiada, confusa, sin ser capaz de entender lo que ocurría. Matthew había estado diciendo la verdad durante todo ese tiempo, omitiendo cierta información que hubiese cambiado la relación entre ambos. ¿Por qué hacía esas cosas? ¿Por qué no se defendía?

Así que la única persona que había pasado por su cama era ella, todo era verdad, a la única mujer que se entregó después de aquella época traumática de su infancia, era esa chica reflejada enfrente.

Sintió ganas de vomitar al pensar en su romance con Ryan, agradecía al cielo que él se hubiese negado a sus intenciones de acostarse, la culpa sería aún más insoportable que en ese segundo. Cerró los ojos con fuerza mordiendo el labio inferior para ahogar los gritos y llamar la atención de su guardaespaldas. Se sentía culpable, cada uno podía hacer su vida si los secretos no salían a la luz; y parecía que él era fiel a la postura del matrimonio, cuando ella buscaba consuelo en los brazos de otro.

Observó su otro yo en el espejo, ¿sentía algo por Matthew? Negó inmediatamente, lo encontraba guapo, también existía deseo, le gustaba, en especial ese nuevo Matthew que llevaba conociendo hace poco tiempo. Se dejaba ver fuera del empresario serio y controlador, lo cual le atraía más, dejándose convencer ante el hombre asustado. ¿Sería una forma de controlarla, manipularla? Volvió a negar, no lo creía capaz, ¿cierto?

¿Y qué tal si su esposo sentía más allá de deseo? ¿Más que una atracción? ¿Y si verdaderamente sentía celos? ¿Y si la quería?

Echó la cabeza hacia atrás tomando aire y centrándose en cualquier cosa, menos en todas las dudas que albergaba. Cuando volvió la mirada al espejo, sus ojos volvían a ser fríos como el hielo, retomaba su papel como la mujer del gran empresario y millonario de la Gran Manzana. Ordenó su cabello, se retocó el brillo labial y salió seguida por su guardaespaldas hacia las puertas de la cocina.

No demostró expresión alguna cuando Alexandra le tomó de los codos y besó ambas mejillas. Dejó que Kyle se hiciera cargo de movilizar a Matthew mientras iba delante evitando cualquier mirada con él.

El camino hacia Long Island fue rápido y en silencio, no esperó las formalidades, abrió rápidamente la puerta levantando la mano cuando Arthur intentó ayudarlo, haciendo un gesto para que fuera directamente con el señor Griffin. Kate apareció en el vestíbulo informándole sobre los acontecimientos en casa y que la cena estaría lista a la hora de siempre, deseando saber dónde debía servirla. Dejando las indicaciones de que su marido necesitaba recostarse después de tanto

movimiento, todo sería en el dormitorio. Antes de que la chica desapareciera en la cocina, pidió que se le informara a Ryan y Lillian que estaría en su cuarto para que fueran lo más pronto posible.

Se quitó el abrigo con brusquedad, intentando evitar ese lado impulsivo, ese que deseaba dominar e ir por respuestas o echarse a llorar como una niña indefensa... y si era posible en brazos de él. ¡No, eso no podía ser! ¡Estúpidas ideas, esa no era ella! ¡Esa no era Rebecca Griffin!

Un gemido lastimero salió de su garganta justo cuando tocaron a la puerta, cerró los ojos con fuerza respirando hondo. Cuando sintió algo de calma permitió que entraran; se sorprendió al solo ver a Lillian. Ella se mostraba entusiasmada luego de volver de *Glow*, la boutique, Melanie había enviado varios diseños para su guardarropa. Intentó dar forma a una sonrisa asintiendo.

—Matthew retoma su trabajo mañana, solo trabajará mediodía, pero eso me da tiempo para retomar mi trabajo en la boutique y en la fundación. ¿Tenemos algo pendiente? —Lillian negó.

—Solo disfrutar de la hermosura de los vestidos —Rebecca rio entre dientes.

—Imagino que fue en contra de las reglas del señor Griffin —su asistente volvió a negar.

—Todo lo contrario, se mostró muy entusiasta con la idea de solo vestidos tal cual estipuló tu esposo, primera vez que no ha interferido, si me permites el comentario.

—Vaya, imagino que hará el trabajo más fácil para Ryan.

—De seguro que sí y paz al señor Griffin —ambas rieron—. Hablando de Ryan, se ha ido temprano justificando dolor de estómago, dijo que, si necesitabas algo, solo llamas.

La chica asintió mientras se quitaba las joyas y pedía ayuda con el vestido. Se puso el camión de seda junto con la bata a juego, se tomó el cabello en una coleta y con un abrazo le deseó buenas noches a su mano derecha. Quedaron de reencontrarse en la mañana temprano para estar a primera hora en la fundación y ponerla al día con los nuevos cargos o colaboraciones.

Salieron justo cuando Susie y Kate pasaban con las bandejas listas para la cena, las siguió hasta el cuarto de su esposo abriéndoles para que pasaran directamente. Se acomodó en el lado vacío de la gran cama, agradecieron con una sonrisa y cuando se quedaron solos, la incomodidad se asentó. Ninguno hablaba, solo se escuchaban los cubiertos chocar con el plato o la copa cuando tocaba la madera de la bandeja.

Poco después aparecieron las chicas del servicio con el postre y luego se fueron con todo dando las buenas noches luego que la pareja negara necesitar algo extra.

Matthew pidió ayuda para tomar un baño antes de dormir, ya no necesitaban hombres para trasladarlo, por lo que Rebecca procuró que tomara bien las muletas y que avanzara solo hacia el baño mientras ella llenaba la bañera. Le ayudó a quitarse la férula y la venda, junto con el impulso de los brazos terminó dentro del agua caliente.

Siguieron en completo mutismo, él con los ojos cerrados disfrutando de sus músculos relajados y por fin la pierna tocando el agua. La chica solo miraba por la ventana las luces aún encendidas de la propiedad hasta que su marido pidió ayuda para salir.

Luego de todo el proceso, vestirlo, dejarlo acostado y con los medicamentos ingeridos, le dio las buenas noches retirándose rápidamente, solo que no pudo avanzar fuera de la habitación sintiendo la necesidad de cuestionarlo, la misma impulsividad que sintió al llegar a la mansión. Tomó el pomo de la puerta con fuerza para luego soltarlo y girarse con brusquedad logrando que uno de sus hombros quedara al descubierto, el cual Matthew no pasó desapercibido.

—¿Por qué, Matt? ¿Por qué ahora?

—Podrías ser un poco más directa, no me gustan tus preguntas con acertijos —Rebecca se

llevó las manos al cabello.

—Por qué has decidido que debo saber tus secretos, que Alexandra tiene sentimientos por mí y no al revés como lo llevo inventando hace más de dos años ¿Por qué has cambiado las reglas cuando insististe en que todo fuera solo una pantalla y cada uno seguir con su vida? ¿Por qué ahora, Matthew? No entiendo...

—Porque te quiero —interrumpió él dejando la habitación en silencio.

Rebecca no podía creer lo que escuchaba, pensaba que solo se trataba de una mala recepción de sonidos o una jugada de su parte para hacerla vulnerable, una más de sus venganzas por lo que hizo mientras él estaba indefenso... No, su expresión no decía eso, él decía la verdad, en serio sentía algo así de fuerte por ella. ¿Debía reaccionar? ¿Tenía que dar una respuesta? ¿Podía obviar el tema y hacer como si no hubiese escuchado?

Su cuerpo se estremeció de pies a cabeza, los vellos del cuerpo se erizaban que hasta en la oscuridad su esposo podría distinguirlos. Lo contempló detenidamente hasta que no encontró otra respuesta.

—Yo no te quiero —Matthew asintió bajando la mirada.

—Lo sé... Pero haré que me quieras tanto como yo te quiero.

Sintió el nudo en la garganta, conocía esas palabras, esa misma mentira que decía en cada entrevista, la forma en que él le confesaba su amor y ahora las ponía en su contra. Sin decir nada más se volvió hacia la puerta cerrando tras ella.

Esto debía acabar, las cosas comenzaban a complicarse y no estaba dispuesta a caer otra vez en una equivocación. No era por esto por lo que había aceptado aquel contrato, ella buscaba protección ante las amenazas y libertad ante una relación... Él no tenía por qué quererla, no debía albergar tal sentimiento.

Y se preocuparía que así siguiera.

Despertó cuando la luz entró drásticamente en su cuarto, entreabrió un ojo buscando al culpable. Se sentó rápidamente en la cama despierta por completo al ver a Ryan moverse con la misma sonrisa de siempre, dándole los buenos días con formalidad para luego perderse en el vestidor.

Parecía tratarse de un sueño, o había vuelto al pasado... ¿Habría sido todo un sueño? ¿Las cosas con Matthew, Ryan, el accidente solo fueron una pesadilla?

Se giró hacia el reloj de su mesa percatándose que eran pasadas las ocho de la mañana, aguantó la respiración al pensar en que acababa de retrasar el desayuno y su esposo no debía estar contento. Se sobresaltó cuando escuchó su celular sonar a lo lejos, buscó por todos lados hasta que su asesor llegó moviendo la cabeza hacia cada lado sin perder la sonrisa con el aparato en su mano. Agradeció contestando sin mirando el identificador.

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien?

—¿Matthew? —Preguntó la chica frunciendo el ceño— ¿Dónde estás?

—Estoy recibiendo el café de la señorita Andrews; vine a la oficina, ya quiero retomar mi trabajo... Prometo volver al mediodía antes que discutas —respondió el hombre reconociendo cierta sonrisa en su rostro.

—¿Para qué el llamado? ¿Por qué no me he despertado temprano?

—Ah, modificaremos ciertas reglas del contrato, no es necesario que despiertes al amanecer a lo menos que quieras, ya lo he coordinado con el señor Pound esta mañana mientras elegía mi vestuario. Y llamaba para saludar, no te vi esta mañana.

—¿Cambios? ¿Qué está pasando? —Cada momento se sentía más confundida.

—Nada, cariño, solo nos tomaremos las cosas con calma, nos vemos para el entrenamiento... Te quiero.

La llamada se cortó dejando a Rebecca congelada, todos los recuerdos venían a su mente a cien kilómetros por hora aventándose sin consideración. Recordó la noche anterior, su esposo confesando sus sentimientos, los cambios, los celos... Ryan salió del vestidor con un vestido cuidadosamente estirado, debía estar enojado con ella, él sabía todo.

Negó efusivamente moviendo la mano para que se llevara el vestido de su vista, el chico alzo la ceja sin entender, tal vez no le gustaba el vestido o se quedaría en cama. No obstante, la chica le dijo que ese día cambiarían el vestuario, sin dejar de mirarlo, esperó cualquier reacción que demostrara que seguía enojado por lo ocurrido en ese par de días. Pero nada ocurrió, Ryan desapareció en busca de algo más.

La chica rápidamente salió de la cama, dando un salto hacia adelante entrando en el vestidor donde el asesor buscaba algún otro conjunto con el ceño fruncido. No era normal que ella se negara, solo se dejaba llevar sin importar como estuviera, confiando plenamente en sus conocimientos.

Rebecca fue directamente hacia el sector más alejado donde estaban los regalos que Melanie le hacía constantemente con la esperanza de admirarla en cualquier otra cosa que no fuera los vestidos a nivel de la rodilla. Tomó dos prendas con rapidez dirigiéndose hacia el chico que la contemplaba detenidamente, le pasó la ropa saliendo hacia el baño para comenzar su mañana de belleza con una hora de atraso. Le gustó escuchar la risa de Ryan.

Pasó un largo tiempo bajo el agua caliente, en un comienzo le escoció la piel causándole risa al recordar cuando hizo pasar un mal momento a su marido. Ya seca se hidrató la piel como correspondía, eligió su perfume favorito, se colocó la ropa interior de encaje nude, se puso la bata y salió al encuentro del chico quien no dejaba de sonreír mientras tendía la primera prenda para ayudarle.

En unos minutos se encontraba vestida con una hermosa blusa de lentejuelas, zapatos a tono, chaqueta blanca y unos vaqueros ajustados oscuros. Todo resaltaba su cuerpo haciéndola resplandecer tal cual como le gustaba a su marido. De la misma manera pidió elegir las joyas en esa ocasión, se decidió por un nuevo conjunto que aún no estrenaba: una gargantilla circular completa de diamantes, el anillo y pendientes eran del mismo estilo que lucían muy bien con su nuevo vestuario.

El chico se encargó de maquillarla con colores tierra dejando el cabello suelto como decían las reglas resaltando su color rojizo. Se observó una vez más en el espejo de cuerpo entero, afirmando con una sonrisa estar perfecta, lista para un nuevo día de trabajo y de mujer envidiada en la gran ciudad.

En la cocina las tres mujeres la miraban con sorpresa y emocionadas, se movían por el espacio con una sonrisa contagiosa mientras le preparan el desayuno y organizaban el menú del día, no habían tenido tiempo el día anterior.

Samuel se detuvo con brusquedad en el marco de la cocina abriendo los ojos, aunque intentó componerse realizando una reverencia y dando los buenos días. La chica sonrió informándole que solo esperarían a que Lillian; así ir a la fundación, como también debían volver para el medio día para el entrenamiento. El hombre asintió retrocediendo de espalda antes de girarse.

Quien no pudo ocultar su expresión fue su mano derecha, quien al verla dio un grito tapándose la boca para luego reírse a carcajadas mientras la hacía girar expresando lo atractiva que se veía. Sin embargo, cuando logró componerse intentó persuadirla de ir contra las reglas para evitar

problemas futuros, pero al ver la decisión de la señora Griffin, optó por dejarla ser, finalmente estaba haciendo lo que el señor Griffin pedía: BRILLAR.

La misma reacción tuvieron todos en Plays and Grows, a muchos les costaba reconocerla, al hacerlo daban un chillido manifestando sus halagos por el nuevo estilo. Los hermanos Prescott, Luke y Meg no dejaron de hacer bromas con respecto al señor Griffin y las razones que tenía para no dejarla ir así por la ciudad, definitivamente la hacía verse sexy.

Fue una mañana movida y reconfortante, en poco tiempo se llevaría a cabo el baile de beneficencia, por lo que necesitaban comenzar con los preparativos mientras seguían con la elaboración de la galería benéfica de ese año, ya poseían las obras listas para exponerlas y esperar al mejor postor quien daría una buena recompensa que ayudaría con la construcción de una nueva casa de acogida en Tucson y Portland.

Estaban siendo ambiciosos, no solo querían lograr abarcar todo Estados Unidos, sino que pensaban expandirse hacia otros sitios de América. Se trataba de un hermoso proyecto que ayudaría a los niños desvalidos del mundo y no solo debían quedarse en un país si podían hacer partícipe a todo un continente.

Para sorpresa de Rebecca, Matthew volvió a llamarla cuando iba en camino a la boutique, deseaba saber cómo iba su mañana, extraño comportamiento en especial al identificar cierta ansiedad en su voz, aunque no le dio importancia.

Melissa dio tal grito que todos en la cuadra debían haber escuchado. Ninguna de las dos podía dejar de reír ante cada exclamación de la morena ante el atuendo de su amiga, olvidándose de las clientas que vitrineaban en la parte principal. Cuando se sentaron con un café la diseñadora comentó su logro para la galería benéfica, obtuvo dos cuadros de *Claude Monet* los cuales darían más que cualquier otro. La chica llena de felicidad le agradeció en todo momento mientras agregaba a la lista las nuevas adquisiciones y enviando el correo para actualizar los datos. No demoró en recibir respuestas felices del Patronato.

A poco del mediodía, Samuel se le acercó recordándole que ya debían ponerse en camino a la mansión. Le agradeció ordenando las últimas cosas mientras coordinaban una salida en pareja dentro de los próximos días.

Iban atrasados cuando cruzaron la verja de la propiedad, más cuando vio la camioneta de Liam ya estacionada. Se bajó rápidamente sin esperar a que su guardaespaldas siguiera el protocolo, le tendió sus cosas a Ryan quien reía entre dientes mientras corría hacia el interior, subía las escaleras hasta llegar a su cuarto donde dio el grito al cielo.

Recostado en su cama permanecía Matthew con la pierna lesionada estirada mientras la otra la flexionaba sobre las sábanas revueltas; parecía como si acabara de usar esa cama para tomar una siesta. Su expresión de satisfacción cambió rápidamente a un ceño fruncido, pensó que se trataba del horario por lo que comenzó a justificarse antes de recibir el llamado de atención. No obstante, no parecían importarle sus palabras, su mirada seguía atenta más debajo de su cara. ¡Santo cielo!

Las palabras no salían esta vez, quería justificarse, si bien solo una cosa venía a su mente: venganza. Se sintió débil después de mucho tiempo, acaba de perder la confianza que había creado día a día, más luego del accidente. Ahora sentía que su idea de pantalones ajustados y pretensiones era muy mala. Sin embargo, cuando lo vio sonreír nuevamente se desconcertó.

—Sé lo que intentas, Rebecca, y no funcionará.

—No se dé que hablas —contestó insegura. Matthew negó sin perder la sonrisa.

—No puedo negar que esos pantalones te quedan de maravilla, pero ya hemos hablado de ello, solo vestidos. Más ahora que se lo que hay debajo de ellos —la chica se sonrojó.

—Creo que nuestro más con un vestido que con pantalones, no es distinto.

—Estoy de acuerdo, sin embargo, el vestido es femineidad, elegancia y tu trasero queda resguardado, fuera de las curvas que hacen esos pantalones —justificó sin un ápice de enojo, la misma sonrisa ladina—. Además, es mejor para montarte sobre mí, más accesible.

Rebecca tomó todas las tonalidades de rojo que existían por lo que salió rápidamente de su vista ingresando al vestidor sabiendo que su marido debía estar riéndose en silencio. Tomó la ropa deportiva que dejó Ryan escogida con anterioridad llevándola fuera junto con las zapatillas. Matthew seguía en la misma posición mirándola detenidamente con una sonrisa felina.

—Voy a vestirme, ¿puedes salir, por favor?

—No es que no haya visto lo que hay debajo de esa ropa, la cual quemaré después que te la quites, por cierto. —La chica bufó dejando caer los hombros.

—Que haya tenido sexo contigo, no significa que deba pasearme desnuda frente tuyo para tu deleite. Retírate, por favor—. El hombre negó—. Eres insoportable.

—Aun así, me quieres —sentenció llevando las manos detrás de la cabeza.

—¡No te quiero! —gritó Rebecca antes de perderse en el baño y cerrar con fuerza.

—*Pero lo harás* —contestó sabiendo que le escucharía.

Poco después salió con la ropa en mano, la cual lanzó a la cara de su esposo quien rio a carcajada moviéndola a un lado. No se había percatado que Matthew también llevaba su ropa de deporte, unos pantalones cortos que no incomodaban su férula y una camiseta blanca con un estampado en ella, un símbolo característico de una película famosa. Cada día se mostraba más joven que su edad.

A pesar de estar enfadada con él le ayudó a incorporarse entregándole las muletas, respiró hondo cerrando los ojos cuando lo tuvo tan cerca como para sentir el olor a su perfume. Fueron con lentitud encontrándose con Arthur en el camino quien informó que el entrenador los esperaba en los jardines. Matthew maldijo entre dientes sabiendo que solo lo hacía para que caminara más como parte del calentamiento. Rebecca maldijo en su mente cuando escuchó al empresario pedir que quemaran la ropa que estaba sobre la cama de su esposa. Que siguiera el camino solo, no le ayudaría.

Liam Fuller, a pesar de llamar la atención del sexo femenino por su aspecto y su físico, también lo hacía por su personalidad. Para cualquiera sería extraño saber que con Matthew eran grandes amigos, dos personalidades tan diferentes que a la vez parecían complementarse mientras pasaban los años. Por las bromas que lanzaban, muchas veces pensó que él sabía de su acuerdo matrimonial.

Al acercarse recibió un beso en la mejilla alejándose rápidamente, nada de juegos para sacar celos a su esposo como era habitual. Los observó interactuar, Liam no dejaba de sonreír tomando a su amigo de las mejillas mientras le murmuraba algo que no podía escuchar. Su marido parecía responder entre gruñidos, si bien su semblante cambio cuando el entrenador le abrazó y ayudó para dirigirse al gimnasio. Todavía quedaba nieve en el jardín.

Para asombro de Rebecca, el lugar estaba completamente equipado para la Kinesiología de Matthew: electroterapia para comenzar, luego algunas máquinas adaptadas para un trabajo progresivo. Hablaron sobre terapia acuática que ayudaría con mayor eficacia en su recuperación.

—El problema es que en tu piscina no podrá ser a lo menos que tenga temperación en los días fríos, si no tendremos que trasladarnos a otro gimnasio.

—La tiene —dijo Matthew tendiéndose en la camilla, observando las cosas que su amigo ponía en la pierna afectada. Liam sonrió dando un chasquido con la lengua.

—Excelente, entonces cuando el clima esté de nuestro lado, comenzaremos el trabajo.

Mientras él comenzaba su primera sesión de electroterapia, Rebecca trabajó bicicleta por treinta minutos, luego siguieron abdominales y finalmente la dejó haciendo yoga mientras Liam ayudaba a Matthew con los ejercicios en la pelota de Pilates. Podía ver la dificultad en su rostro, pero también la perseverancia siempre pensando en recuperar su autonomía lo más pronto posible. Se sentía muy orgullosa.

Dejaron que el hombre descansara con compresas frías y calientes, Liam y la chica tuvieron un poco de entrenamiento kickboxing, ella cada vez se defendía mejor, aunque no lograba derribar por sí sola al entrenador.

—Imagino que la frustración sexual está latente, señora Griffin, ni siquiera la veo sudar — Rebecca sabía que era mentira, no dejaba de jadear del cansancio.

—Deja a mi mujer, Liam, no creo que quieras perder nuestra amistad ni el trabajo —dijo Matt con una sonrisa.

—Así que es por los dos lados —comentó el entrenador—, bueno, te aseguro que puedes tener acción esta noche si te colocas el gel antiinflamatorio.

—Ya lo sabemos, la práctica hace al maestro —ambos rieron a carcajadas luego del aullido de Liam.

El entrenador se despidió hasta el jueves luego de ayudar a su amigo para llegar a su dormitorio. Se despidió con un beso en la mejilla de la chica dejándolos solos. Esperaron un momento a que la pierna dejara de tiritar para que tomara un baño. Era normal según lo que les informaban, debía regenerar la musculatura y mientras eso ocurría, el cuerpo parecería gelatina.

Matthew optó por una ducha rápida, asegurando que tomaría un baño en la noche, ahora necesitaba rapidez ya que lo esperaban abajo. La chica no entendía nada, si bien no objetó, se quedó el tiempo necesario para ayudarlo con la venda y la férula, vestirlo, dejándolo con las muletas y Kyle junto a Noah acompañándolo, se dirigió a su cuarto para asearse.

Se tomó su tiempo en la ducha y en arreglarse sabiendo que su esposo debía estar en alguna reunión antes de la comida. Se sorprendió cuando al bajar escuchó el piano.

Sintió la acumulación de lágrimas ante la visión, una mujer mayor sentada en el banquillo frente al instrumento con la silla de rueda a un lado. Su esposo miraba atentamente las manos de la profesora sin perder detalle de lo que explicaba. Era el primer día de sus clases.

Tenía la intención de no molestarlos, sin embargo, algo en su interior la hizo moverse antes de que pudiese reaccionar. Se sentó en uno de los sofás atenta en la imagen frente a ella, sintiéndose una entrometida y a la vez parte de aquello, disfrutando del goce que él sentía, el entusiasmo que se podía apreciar en sus ojos como la misma dedicación que le daba a la empresa.

Solo se acercó cuando Matthew se giró hacia ella regalándole una sonrisa de satisfacción, como si acabara de ganar un sobresaliente en la escuela. Le presentó a la profesora Oakley quien vendría todos los martes antes de la comida para enseñarle a tocar. Juntos la acompañaron a la puerta despidiéndola con la mano cuando se subió a su auto. No dejó de sonreír mientras se dirigían a la cocina, escuchando atentamente el monólogo sobre lo básico aprendido ese día, muy seguro de que parecía ser la mejor profesora en esa especialidad.

No solo sonreía ante el entusiasmo de su marido, también ante las expresiones del personal, todos mirando de reojo al hombre que en el pasado no decía nada más que gracias y daba los buenos días, ahora parecía un adolescente necesitando llamar la atención.

Matthew se mostró interesado en las cifras y novedades de la fundación por lo que Lillian le dio un resumen de las actividades mientras ponía al día de los detalles que quedaron pendientes

luego de que Rebecca se retiró en la mañana. Ryan apareció anunciando que el vestuario del matrimonio ya estaba colgado listo para la mañana siguiente, pidiendo permiso para llegar un poco más tarde. La chica asintió confundida, no obstante, intentó aparentar al despedirse del chico.

Ya tarde, Zoe informó que pronto llevaría la comida al dormitorio para que se prepararan. Kyle apareció por arte de magia ofreciendo ayuda para llevar a su jefe al piso superior, quien se negó asegurando que luego de estar tanto tiempo descansando en la silla de rueda, le haría bien subir con las muletas. El guardaespaldas al ver la afirmación con la cabeza de la señora Griffin, asintió alejándose.

Noah también se cruzó en su camino, y al ver la expresión de la chica siguió luego de saludar. Subieron cada escalón con esfuerzo, era normal, acababa de dar lo mejor de sí y ahora solo pedía un largo descanso.

Pasaron directo al baño donde dejó a Matthew sentado en la silla donde anteriormente apoyaba la pierna. Gimió un poco cuando la pierna quedó levemente extendida. Encendió el agua caliente en la bañera mientras le colocaba las sales que sugirió la primera vez el entrenador, ayudaría a relajarlo como también el agua no muy fría, por lo que procuró estuviera a la temperatura correcta. No más baños hirviendo.

Escuchaba ruidos tras ella por lo que supuso que su esposo se quitaba la ropa, dio una ojeada a través de su hombro confirmando sus sospechas, veía malestar en su expresión como si doliera más que al comienzo. Debía ser por los ejercicios, Liam comentó que aquello podría pasar, si bien con agua caliente y compresas frías lograrían calmarlo.

Otra cosa llamó su atención cuando se quitó la camiseta, su torso desnudo que se mantenía bien a pesar de la falta de ejercicio por su lesión tentaba ir a tocarlo, pasar los dedos... Sacudió la cabeza encontrándose en el agua hasta que estuvo perfecta.

Le ayudó a ponerse de pie y meterse en la bañera procurando que la pierna quedara estirada y bajo el agua. Fue por la esponja natural y el jabón, se lo pasó por todo el cuerpo deteniéndose más tiempo en la pierna masajeando cada músculo con cuidado para relajarlos. Se estremeció cuando una de las manos de Matthew se posó en su espalda como tantas otras veces, solo que en esa ocasión se sentía más íntimo, las caricias eran iguales a las que sentía al despertar junto a él después de una noche de sexo. Cerró los ojos e intentó concentrarse en su labor.

Los brazos del hombre seguían siendo tan fuertes como siempre por lo que no le fue complicado tomarla con rapidez y meterla en el agua junto a él. Sin tiempo a reaccionar sus labios estaban en contacto con los propios, llenándolos de pasión, abriendo paso para sentir su lengua jugar con la suya.

Olvidándose de estar mojada, con un buen vestido que seguro perdería, llevó las manos al cabello de Matthew despeinándolo, disfrutando de los gemidos que se ahogaban en sus bocas unidas, gozando las caricias en su espalda, manos curiosas buscando el cierre. Fueron interrumpidos por un grave sonido, un crujido que venía de debajo de ellos y luego una maldición en boca del empresario.

—¿Estás bien? —preguntó la chica intentando correrse.

—La pierna —dijo él entre dientes echando la cabeza hacia atrás.

—Tú y tus estupideces, déjame salir...

—¡No! Quédate, no importa... —Rebecca le miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo que no importa? No seas testarudo.

—Luego no querrás seguir esto o yo no podré... Por favor —rogó Matthew mirándola

intensamente. Ella le correspondió de la misma forma.

—Claro que podrás, siempre podrás.

—No, ayer no pude.

No quiso preguntar a pesar de picarle la curiosidad, salió empapada de la bañera quitándose la ropa sin importar que su esposo estuviese mirando. Tal como dijo él, ya la conocía perfectamente; solo se quedó en ropa interior. Se amarró una toalla al cuerpo con la intención de ayudarlo a salir y llevarlo a la cama. No se preocupó de la férula, pidiéndole que mantuviera el equilibrio en la pierna buena, le amarró otra toalla a la cintura y le ayudó a llegar a la cama donde lo recostó mientras éste se quejaba.

Buscó la crema que le recetó Liam antes de comenzar la terapia, debía utilizarla para cuando ocurrieran estas cosas o sintiera demasiado dolor luego del ejercicio. Con mucho cuidado le masajeó la rodilla evitando presionar mucho. Tal como Matthew, su cuerpo se relajó después de un tiempo, sintiendo los músculos aflojarse junto con evitar una inflamación.

—Ayer quise ir a tu dormitorio a penas te fuiste. Salí al pasillo cuando a mi mente vinieron las veces en que Allison me llamaba para *jugar*... Llegué hasta tu puerta y el terror se apoderó de mí.

—No soy tu madre, Matt —murmuró Rebecca sin dejar de masajearle.

—Lo sé, pero la situación se parecía. Se me da mejor lo espontáneo, como en el baño.

—Lo cual te causa dolor y no queremos retroceder, ¿cierto? —Él negó para luego dejar caer la cabeza sobre el cabecero.

—Necesito vencer esto, necesito ser bueno para ti.

—Necesitas ser bueno para ti mismo, para nadie más —sentenció la chica mirándolo por fin —. ¿Cuándo es la próxima sesión? —Matthew le miró.

—El próximo lunes. ¿Me acompañarás? —Rebecca asintió sonriendo—. Bien... aún quiero hacer el amor contigo. —Ella rio entre dientes.

—No hacemos el amor, solo tenemos sexo.

—¿Cuándo dejarás eso? Sabes que te gusto —dijo llevándose las manos al cabello húmedo.

—Me gustas, es verdad, pero no te quiero y para hacer el amor hay que tener un sentimiento mutuo, ¿no crees? —Él bufo dándose un golpe en la cabeza y cerrando los ojos—. No te comportes como un niño.

—Debo encontrar la forma para que reconozcas que me quieres —Rebecca rio.

—Tranquilo, señor Griffin, no se extralimite. Voy a colocarme el pijama antes que llegue la comida.

—Puedes ponerte algo mío —sugirió el hombre, ella negó con una sonrisa.

—Creo haber escuchado a mi marido decir que quemaran mis pantalones de hoy, no sería apropiado andar con otros.

—¿Me querrías si te dejara usar pantalones?

Rebecca rio sin girarse, dejándolo solo.

* * *

Charlotte Wickham los recibió con una sonrisa y los brazos extendidos cuando salieron del ascensor. Rebecca fue la primera en acercarse para dejarle un beso en la mejilla y luego darle espacio a su marido mientras saludaba a Rachel.

Ambos se dirigieron a la oficina, la chica tomó asiento en la salita junto a Lillian, Matthew y Kyle fueron directo al escritorio. En menos de una hora tenían una reunión con los socios y el Patronato de la fundación, se discutirían las oportunidades que se podían utilizar para unir ambos proyectos para así llevarlo más lejos. El señor Griffin se sentía entusiasta con la idea de sacarlo

fuera del país y llevarlo a otros que estuvieran en la misma situación.

Se trataba de un gran proyecto, algo que daría de que hablar, sería portada de varias revistas y serían llamados a más entrevistas que en otras ocasiones. Infinite Fantasy no solo disfrutaría de los ingresos a través de la entretención de otros, sino que ahora parte de ellos los donaría para lograr que miles de niños recibieran esa segunda oportunidad que el Estado no les otorgaba. Un proyecto ambicioso sin fines de lucro con el apoyo de todas las áreas que trataba la empresa.

Clarke fue quien se pasó por el despacho informando que todos se hallaban en el piso dirigiéndose a la sala de reuniones. Lillian en un impulso estaba de pie saliendo de la oficina para recibir a los invitados junto con Layla. Kyle y Samuel asintieron también retirándose para hacer guardia en la puerta, evitando que molestaran antes del horario.

Cuando la pareja quedó sola se miraron unos segundos, Matthew se incorporó con ayuda de las muletas, se acercó a su esposa quien lo seguía fijamente. Se paró cuando lo tuvo cerca, le sobrepasaba por una cabeza cuando no llevaba tacos, ahora podía verlo un poco más de frente, aunque igual le ganaba por unos cuantos centímetros. Él llevó una mano hacia la mejilla de ella haciéndola estremecer.

—La primera vez que te vi cruzar por esa puerta pensé que te pondrías a llorar con solo una palabra de mi parte, pero me sorprendiste cuando trajiste los resultados superando mis expectativas. La vez en que comenzamos a aparentar, pensé que nuevamente no resultaría, te menosprecié, y volviste a sorprenderme. Hoy no haré eso, hoy sé que lo harás excelente, será perfecto... Tienes el poder en tus manos, señora Griffin. Ya nadie puede pisotearte, ni siquiera yo.

—Gracias —contestó Rebecca con los ojos brillantes.

—Por eso te quiero —dijo Matthew; ella bajó la mirada.

—Por favor, no es momento...

—Tal vez en poco tiempo más te ame o tal vez ya lo hago solo que no sé cómo se siente, es primera vez que quiero algo así y me gustaría que tú también me amases —interrumpió sintiendo como se estremecía.

—Matt... —El nombrado se encogió de hombros al no poder levantar los brazos por las muletas.

—Por primera vez en mi vida seré paciente... Puedo con ello —Rebecca sonrió mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—Vamos tigre.

—¿Ahora me dices tigre? Estoy seguro de que para tener apodos debe haber algún sentimiento de por medio. Puedo gruñir esta noche si duermes conmigo... O tal vez ronronear.

—Señor Griffin, lo esperan en la sala de reuniones, por favor concéntrese —sentenció la chica dándole la espalda para que no viera la sonrisa.

Como era de esperarse, cuando entraron a la sala todos se dieron vuelta, no solo para admirar a la poderosa pareja, sino por la visita del dueño luego de tantos meses fuera. Alexandra, desde su posición, le regaló una sonrisa a la chica para luego volverse hacia William Turner quien intentaba retomar la conversación.

Rebecca lo acompañó hasta su puesto ayudándole a sentarse y colocar la pierna en alto como pidió el doctor. Se sorprendió cuando vio una silla vacía a su lado derecho justo delante de donde estaba situada Lillian. Su esposo señaló el puesto esperando hasta que estuviera cómoda para comenzar.

—Gracias a todos por encontrarse presentes; como sabrán, he tenido un accidente que me ha mantenido fuera de mi puesto, pero que mi esposa ha sabido llenarlo con creces. He estado en

conocimiento de todos los proyectos, tanto dentro de la empresa como en la fundación, la cual ha tenido excelentes remontadas, sintiendo gran satisfacción. Por otro lado, como también estarán al corriente, Rebecca Griffin es la presidenta de Plays and Grows, lo que significa que tiene el veinte por ciento dentro de esta sociedad...

—Ese veinte por ciento siempre ha pertenecido al presidente de la empresa, aun cuando estén divididos del porcentaje total —intervino Stephen Henson. Matthew carraspeó.

—Señor Henson, espero no tener que recordarle quien es el dueño y amo de este imperio, tal como le di ese dos por ciento de la sociedad, puedo comprarlo y deshacerme de usted. Su opinión contra mi esposa no tiene por qué interferir en su desempeño dentro de Infinite Fantasy —informó el jefe; ordenó los papeles delante de él y luego buscó la mano de Rebecca antes de dirigirse a los presentes—. Les aconsejaría leer el contrato que firmaron al aceptar la asociación con mi persona, ahí se estipula que el veinte por ciento correspondiente a la fundación es reservado para el presidente de la nombrada, en caso de que no lo haya, soy yo quien lo posee. Pues como acabo de informar, es mi esposa, la señora Griffin, quien ha tomado ese puesto desde hace dos años, por lo que también es parte de esta junta y se le respeta. ¿Se ha entendido?

Los presentes murmuraban y asentían mirándose entre sí o regalándole una sonrisa cordial al nuevo miembro del consejo. Rebecca tan asombrada como se le veía intentaba corresponder las muestras de solidaridad, cuando cruzó mirada con Alexandra, ésta le guiñó el ojo sin dejar de contemplarla lo que la incomodó conociendo sus sentimientos. Ya no sabía si sentir celos o querer que se la tragara la tierra; aún seguía dudosa de porque la relación entre ellos era tan estrecha.

Los susurros se fueron apagando lentamente para retomar el tema que los tenía reunidos, luego que Matthew aclarara ciertos puntos dentro de algunos departamentos, fue el turno de Rebecca junto a Lillian para exponer las nuevas ideas y como interferirían levemente en la organización de las diferentes instalaciones de entretenimientos. Una de las opciones era dar trabajo en los hoteles y casinos a los jóvenes que no quisieran tomar estudios superiores, eso los motivaba a no querer tomar el camino hacia las drogas, delincuencia y estafas.

Luego estaba la posibilidad de hacer visitas adicionales en navidades y finalmente tocaron el tema de ampliar la fundación hacia otros países lo que daría paso a poder ampliar hoteles, casinos y resort fuera de los Estados Unidos.

Todos parecían entusiasmados con la idea, Alexandra fue la primera en ofrecerse a realizar las plantillas económicas y apoyar en lo que fuera necesario, solo dirigiéndose a la chica. William Turner también se mostró interesado, al ser parte de las cadenas hoteleras, le parecía una excelente idea comenzar con ellos.

Matthew se llevó la mano de su mujer a los labios con una sonrisa y ojos de orgullo, Rebecca sonreía agradecida de lograr tales avances dentro de una empresa tan grande dentro de New York.

El presidente de la empresa, luego de acordar los detalles a trabajar, dio por finalizada la reunión agradeciendo el esfuerzo y los buenos tratos sin mirar a Stephen Henson quien seguía con el ceño fruncido y no había abierto la boca el resto de la reunión.

Primero dejaron que Matthew se retirara junto a su esposa y la mano derecha de ésta hacia la oficina presidencial. Rebecca no quitaba la sonrisa de su rostro, nunca se hubiese imaginado en esa posición, y ser aceptada, se sentía bien, con ganas de seguir creando algo más grande y beneficioso para todos.

Volvió al mundo real gracias a Lillian quien le daba pequeños codazos en su costado, se percató que su esposo descansaba la cabeza en la silla con los ojos cerrados y la pierna hacia un lado. Se acercó arrodillándose frente a él, le preguntó si se sentía bien a lo que éste asintió sin

abrir los ojos.

—No tienes que mentirme —dijo llevando una mano sobre la del hombre; Matthew miró la muestra de afecto.

—Tal vez esté un poco cansado.

—¿Te duele? —Él se encogió de hombros logrando que Rebecca bufara—. No estoy jugando, Matthew, necesito saber.

—Un poco —murmuró, si bien al ver la expresión de su esposa, suspiró—. Está bien, sí, me duele, desde esta mañana, pero creí que pasaría.

—Lillian, avísale a Kyle y Samuel que nos vamos, también a Layla. Lo que sea urgente que lo mande por correo electrónico.

—Sí, señora Griffin —La mujer salió de la oficina dejándolos solos.

No dejaron de mirarse por un largo tiempo, a pesar del cansancio que mostraba el rostro de Matthew, había algo más ahí. La chica frunció levemente el ceño y en cosa de un segundo volvió a ser ella levantándose y dejando un beso en la frente de su esposo. Lo que no esperaba era el agarre fuerte que la llevaría a juntar sus labios con los de él.

Se besaron con ternura, algo casto que quería demostrar mucho más que deseo. Rebecca se asustó rompiendo el momento y retrocediendo unos cuantos pasos. Rápidamente le entregó las muletas, le ayudó a ponerse de pie y luego lo dejó solo dirigiéndose a la puerta para mantenerla abierta.

Ninguno dijo nada en todo el camino a casa.

* * *

Se removió en la cama, sin abrir los ojos frunció el cejo cuando escuchó ruidos. Este no provenía de la habitación, al parecer algo ocurría fuera, más allá de la puerta.

Se apoyó en un codo vigilando la entrada esperando algún ruido o fuera parte de un sueño. Se giró hacia la mesa de noche para tomar el reloj sorprendiéndose por la hora, eran pasadas las tres de la madrugada por lo que nadie debía estar dando vueltas por la casa a lo menos...

Rápidamente salió de entre las sábanas olvidándose de la bata para cubrirse, si era lo que pensaba, no importaría si estaba cubierta por las mejores telas o si se veía más piel de lo necesario. Abrió lentamente cerciorándose de que no estuviese apoyado en la misma puerta, al no sentir el peso terminó de correrlas buscando en el pasillo.

Apoyado en la pared el dueño de casa perdía las fuerzas sobre las muletas arrastrándose lentamente por la pared hacia el suelo. Intentó llevar todo el peso sobre su menudo cuerpo haciendo un barrido rápido por su esposo por si encontraba algo fuera de lugar. Solo su mirada perdida y la respiración entrecortada decían que algo no estaba bien.

—¿Matt?

—No puedo, no puedo, no puedo... No, no puedo —murmuraba para sí mismo, sin percatarse que ella estuviese allí.

—Matt, mírame, soy yo —insistió la chica tomándole con delicadeza de la barbilla para que mirara en su dirección.

Él seguía repitiendo lo mismo aferrándose tan fuerte a las manillas de su soporte que los nudillos estaban muy blancos. Temía sobresaltarlo y perdiera el equilibrio, no quería provocar otro accidente por nada del mundo.

Siguió llamándolo en susurros mientras el hombre negaba fervientemente con la cabeza y seguía repitiendo las mismas palabras. Finalmente lo abrazó, él dejó caer las muletas aferrándola con fuerza, reconociendo su olor y sin dejar de murmurar. Rebecca temía no poder soportar el

peso y terminaran cayendo, por lo que maniobró para alcanzar los caídos apoyos entregándole uno, caminando dentro del cuarto.

No lograron cruzar la puerta cuando Matthew comenzó a temblar, se aferraba con fuerza al cuerpo de la chica cargando todo el peso en las piernas olvidando el dolor que debía causarle. Ella intentó interponerse en su mirada la cual parecía perdida en el interior de su dormitorio.

—Matt, soy yo, por favor dime algo.

—No puedo, no, por favor, no puedo... no quiero, no puedo... —repetía ahora con los ojos cerrados.

—¿No quieres entrar al cuarto? —preguntó la chica.

—No, no, no, no puedo, necesito...

—¿Qué necesitas? Por favor, dime algo.

Al no recibir una respuesta coherente, Rebecca comenzaba a frustrarse, quería ayudarle, no obstante, no sabía cómo. Estaba segura de que no quería entrar a ese dormitorio, aunque era ignorante del por qué. ¿Hubo pasado algo ahí dentro? ¿Alguien más uso esa habitación que le traía malos recuerdos? No le gustaban mucho esas hipótesis, quería pensar que solo ella había entrado en ellos.

Fue ahí cuando algo vino a su mente, no se trataba del lugar, se refería al momento, Matthew recordaba un momento y no importaba el lugar en que se encontraba, toda escena pasaba por su cabeza y le impedía avanzar.

Rápidamente soportó todo el peso del hombre en ella pidiéndole en murmullos que la acompañara, a pesar de la reticencia de éste a dar otro paso. Después de un largo camino llegaron al dormitorio principal donde no tuvo problemas para entrar, le preguntó si necesitaba usar el baño, pero el hombre negó aun repitiendo que no podía hacerlo.

Lo recostó con cuidado en la cama, llevaba pantalones cortos y una camiseta blanca lo que facilitaba poder llevar la venda. La rodilla se veía hinchada lo que no era bueno, significaba que no llevaba poco fuera de su cuarto, no quería ni imaginar de qué iban todos esos ruidos cuando despertaba. Esperaba que solo fuera el caminar de un lado al otro.

Tomó de la mesa de noche los medicamentos para el dolor y la crema antiinflamatoria. Le dio la pastilla a su marido quien se la tomó sin decir nada, luego lo recostó besándole la frente algo que lo calmó considerablemente. Se sentó a un lado echándose la pomada en una mano y luego calentándola entre las dos antes de esparcirla por la pierna.

Así estuvieron un largo tiempo, en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, buscando calmar el dolor físico, ya que el emocional requería de mayor trabajo.

Al sentirlo un poco más relajado, lo que significaba que el dolor bajaba considerablemente, se levantó con la intención de ir al baño a limpiarse las manos y buscar un poco de agua para la noche, cuando el hombre se incorporó con miedo en los ojos. Se aferró a la mano de la chica negando en silencio con la mirada perdida.

—Voy al baño, me lavaré las manos y buscaré agua, ¿necesitas algo?

—A ti —dijo sin soltarla, aferrándose con demasiada fuerza. A Rebecca se le encogió el corazón.

—Cuenta hasta veinte, volveré antes de eso, lo prometo.

Matthew asintió recostándose nuevamente, cerrando los ojos. Cuando vio los labios moverse, supo que ya empezaba a contar por lo que se apresuró, en cinco segundos se había lavado las manos, en tres llenado el vaso, y sin percatarse también estaba contando cuando apareció ante la vista de su marido en el número dieciocho.

Al abrir los ojos contando veinte se relajó al observarla darse la vuelta para ocupar el lugar vacío de la cama. Sin decir nada, corrió las sábanas, se metió entre ellas acercándose lo más posible a su esposo quien no dejaba de mirarla. Le tomó una mano entrelazando los dedos, luego le ayudó a acomodarse para que apoyara la cabeza en su pecho y finalmente acariciarle el cabello mientras tarareaba una canción.

Él no se movió de su posición, cerró los ojos y se dejó llevar luego de hacerle prometer que no se iría en toda la noche. Rebecca dejó un beso en la coronilla siguiendo con la melodía.

Revelaciones

Una semana tensa.

La mañana después de aquel incidente fuera de su cuarto, pasaron todo el día en el dormitorio principal aceptando que solo entrarán para dejar comida. No hubo conversaciones profundas ni intentos de que hablaran sobre lo ocurrido, solo disfrutaron del silencio, algunas películas y lectura ligera.

A pesar de las quejas de Matt, Rebecca insistió en invitar a los padres y abuelos del hombre para pasar el año nuevo, no harían nada grande, solo pasar al nuevo año en familia y fuera del cuarto, lugar que parecía darle seguridad del que salía lo justo y necesario.

Claire no dejó de mirar a su nieto, molestándolo al contar bromas de su infancia, haciendo que todos sonrieran al verlo sonrojarse o esconderse detrás de su mujer, muestra de que podía reaccionar a algún estímulo. A medianoche salieron a la terraza a pesar del frío para disfrutar de los copos de nieve que caían delicadamente cubriendo el jardín. La chica pidiendo permiso se sentó sobre las piernas de su esposo, procurando apoyarse sobre la pierna buena, tomándolo de las mejillas y juntando sus labios en un beso tierno y lleno de calor. Se sintió satisfecha al verlo sonreír.

El primer día del año desayunaron en familia al haberse quedado en la mansión. Luego de que todos se fueron, quedaron solos ya que el personal se había ido a sus casas. Rebecca insistió en que practicara lo aprendido en sus clases de piano, sentándose a su lado a observarlo como tocaba simples acordes.

Desde aquel incidente, la chica durmió todas las noches con su esposo, sin importarle lo que pensara el personal.

Esa mañana despertaron en la misma posición en que cayeron dormidos la noche anterior, reposaba la cabeza en el pecho de ella y sus manos entrelazadas. Había despertado antes y no queriendo interrumpir su sueño, se dejó llevar enredando los dedos entre su cabello marrón oscuro. Escondió la sonrisa al escucharlo bufar cuando se levantó para preparar la ducha. Comenzaban un nuevo año y lo primero que tenían en la agenda era una sesión con su psicóloga.

Lo sorprendió cuando entró con él al agua, ayudándole a enjabonarse y lavarle el cabello, no había tiempo para baños de tina y no podía estar mucho tiempo de pie luego de que el doctor le diera reposo por haber hecho demasiado esfuerzo sobre su lesión.

Una hora después estaban camino a casa de Susan, en esa ocasión Rebecca hacía llamados a proveedores de la boutique y a Luke para confiarle un proyecto al no poder estar presente esa mañana.

Matthew se veía incómodo en aquella situación, no por el hecho de tener que hablar de su vida privada ante personas, sino por ser casi obligado a asistir a aquello. Ambos descansaban en el gran sillón del despacho de la mujer, esperando a que rememorara lo ocurrido la noche en que intentó ir a su cuarto.

Miraba en todas direcciones menos a las dos mujeres, ellas esperaban pacientes —dándole su espacio— hasta la chica sugirió retirarse para darle privacidad, si bien después del grito que dio

el empresario negándose a que se fuera, decidieron quedarse en silencio todo lo que fuese necesario. Lo miró con disimulo al escucharlo suspirar, con la esperanza de que fuese a hablar, no obstante, le sorprendió fijarse que contemplaba aquel tatuaje que llevaba en el brazo izquierdo, pasaba el dedo índice sobre la línea negra hasta finalizarlo y levantar la cabeza mirando a la mujer.

Rebecca esperaba paciente a que dijera alguna palabra, sabía que era complicado, conocía lo que era enfrentar los miedos para poder salir adelante, y era por eso mismo que deseaba ayudarle. Finalmente compartirían una vida juntos, si ninguno de los dos daba por terminado el contrato, significaba que podían ayudarse mutuamente para superar problemas que dificultaran su andar. Matthew le entregaba toda su confianza y junto a ello debía gratificárselo con esos pequeños pasos que lograban la diferencia.

Sintió que volvía a respirar cuando escuchó la voz del hombre, solo era un murmullo, pero el hecho de querer decir algo ayudaba con la terapia. Sabía de buena fuente que enfrentar nuevamente los monstruos traía sus consecuencias.

—Llevo una semana en que no puedo tocarla... de esa forma —especificó Matthew sin mirar a nadie—, la misma cantidad de días que llevamos durmiendo juntos.

—¿Puedes tocarla de manera amorosa? —preguntó Susan en el mismo nivel de voz.

Rápidamente buscó la mano de Rebecca aferrándose fuerte, a lo que la chica también dio un apretón demostrándole que estaban juntos en ello. Como si esa acción fuese un detonante, el hombre se abrió.

—Con mi mujer tenemos un contrato —tanto Rebecca como Susan se sorprendieron, la primera no sabía cómo reaccionar. Él tenía los ojos cerrados—. Le pedí que se casara conmigo a través de un contrato, yo le daba protección, mientras ella demostraba estar locamente enamorada para que todos dejaran de hablar de mí. Mi intención era calmar a Melissa, necesitaba que creyera que yo podría ser feliz... Y dio resultados, adora a mi mujer, me lo dice todo el tiempo.

—¿Por qué necesitas un contrato para lograr una relación? —preguntó la psicóloga.

—Porque en ese tiempo no quería una relación, solo una asociación que beneficiara a ambas partes. Rebecca llegó asustada a una ciudad amenazadora, y yo vi en ella lo que necesitaba; es una chica linda, con grandes ideas y cuando se lo propone puede ser amenazante. Era perfecta para el papel, ya que ella tampoco buscaba una relación amorosa —contestó el hombre aún con los ojos cerrados.

—Así que ninguno de los dos se casó por amor —sentenció la mujer. Matthew negó.

—Eso no existía en mi vocabulario... Amor sentimental, quiero decir. Solo hacia mi familia.

—¿Y ahora? —Tanto Susan como Rebecca esperaban la respuesta con interés. El hombre suspiró recostando la cabeza.

—Las cosas cambiaron hace unos meses.

—¿Qué hizo el cambio?

—Mis padres son respetuosos, no se entrometen en mis cosas; sin quererlo se les salen algunos deseos, como que anhelan un nieto, desean verme feliz rodeado de amor, el cual llenaría mi preciosa esposa y unos cuantos niños revoloteando por ahí. Hace un tiempo mis abuelos expusieron esto mismo en voz alta, vi la expresión de angustia en Rebecca que solo fui capaz de decir que yo era quien no quería hijos —confesó Matthew y por primera vez abrió los ojos—, es verdad... en realidad no lo sé, en ese minuto solo pensaba en protegerla, en que no sintiera dolor por algo que dejamos constatado en el contrato: no habría relaciones sexuales y por lo mismo tampoco hijos.

—Y ya han tenido sexo —dijo Susan, al ver la mirada felina de su paciente asintió—, prosigue.

—Esa conversación quedó rondando por mi cabeza, creí que mi mujer deseaba tener una familia y yo se lo impedía. Fue en ese momento que temí que me dejara por otro hombre, así que solo tenía dos posibilidades: darle lo que quería para que siguiera a mi lado o dejarla marchar... Al tomar esa decisión me di cuenta de que sentía algo más fuerte. —Matthew se giró hacia Rebecca quien tenía los ojos cristalinos y sorprendidos—. Ideé un paseo a Vancouver, completamente solos, quería enfrentar mis demonios y darle lo que ella deseaba secretamente. Me sorprendió cuando le expuse la idea y que ella me dijera que solo eran deseos de mi familia, se negaba a darles algo que nosotros no deseábamos.

—¿Cómo te hizo sentir? —preguntó Susan mientras tomaba apuntes.

—Decepción —Matthew rompió la conexión con los ojos de su mujer. Rebecca dejó escapar un gemido involuntario.

—¿Podría decirse que deseabas lo mismo para ti? ¿Querías un hijo? —Él se encogió de hombros.

—Tal vez, o solo era el hecho de que me negara. No estoy acostumbrado a ello... Rebecca siempre me lleva la contraria, es un juego de quien tiene el poder —respondió Matthew sonriendo.

—¿Qué hiciste para solucionar todo aquello? —El hombre meditó un momento antes de contestarle.

—En esa discusión, Rebecca me confesó que se embarazaría si yo lo deseaba, con la condición de que debía ser porque yo verdaderamente quisiera tener un hijo y no porque lo pensarán los demás. Supe que tenía razón, en ese minuto me di cuenta de que también quería tener una familia, por lo menos quería intentarlo teniendo en cuenta que nunca me había acostado con una mujer y menos mantener una relación amorosa. Esa noche me enfrenté, fui a su cuarto e intentamos hacer el amor... Y no pude... obviamente.

—¿Cómo te sentiste?

—Frustrado, indefenso, avergonzado —confesó Matthew; se pasó las manos por el cabello—, no podía contarle la verdad, no me sentía seguro al confesarle que mi madre biológica abusaba de su hijo por una estúpida enfermedad que podría heredar por genes y por lo mismo a cualquier primogénito... Eso la haría correr. —Intentó cambiar de postura, pero el dolor en la pierna alarmó a las mujeres—. Estoy bien... Me encerré en mí mismo el resto del viaje, me molesté con ella cuando salió sola porque sentía que ya no me necesitaba... Luego fue el accidente... Solo recuerdo que la vi en lo alto, una hermosa chica, mi esposa, a la cual no podría satisfacer por culpa de mis traumas. Después sentí resbalar y todo se volvió negro. Cuando desperté las cosas habían cambiado, la mitad de mi cuerpo estaba dañado, lo que me impedía valerme por mí mismo. Luego de veinte años, le entregué mi vida y control a una mujer... y no cualquier mujer, a la que elegí para pasar la vida.

—¿Ha sido algo imposible? —preguntó Rebecca sorprendiendo a todos. Ella se sonrojó.

—Al principio sí —confesó Matthew entrelazando sus manos nuevamente y regalándole una sonrisa—, luego se volvió un juego, quien tenía más poder sobre el otro. Aunque me enojara con tus arrebatos, luego reía solo pensar en cómo me hacía sentir... vivo.

—¿La quieres? —preguntó Susan con una sonrisa. Matthew asintió sin dejar de mirar a su esposa.

—Hasta podría amarla. Nunca he querido amar a alguien por temor, ni siquiera mis padres,

pero con Rebecca... el sentimiento es muy fuerte.

La habitación quedó en silencio por un tiempo, esa era una confesión muy grande, Matthew podría haberlo dicho en alguna ocasión, pero Rebecca le tomaba peso ahora que lo decía frente a otra persona luego de confesar tantas otras. ¿Verdaderamente tenía sentimientos por ella? ¿Por qué después de dos años de un matrimonio fingido?

—Porque te he aprendido a conocer, porque eres la única persona que me ve como un hombre común y no como el empresario magnánimo, el hijo con problemas o el hombre temible... solo me ves a mí —contestó Matthew con seguridad.

Rebecca se sonrojó al darse cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta, desvió la mirada hacia otro sitio, sin embargo, se encontró con los ojos de Susan quien le sonreía dándole apoyo. Intentó corresponderle, pero sus labios se quedaron en la misma posición, era demasiada información que procesar en tan poco tiempo.

Escuchaba a lo lejos la opinión de la mujer, le daba algunos consejos a Matthew para trabajar lo conversado en esa sesión, como también mantener la hora acordada para unos días. A lo único que puso atención fue al pedido de que asistiera a la próxima sesión solo.

Se quedaron un tiempo más hablando sobre la gala benéfica, Susan encantada aceptó ir comentando que no le vendría mal participar de la compra de obras de arte, alguna de ellas quedaría bien en esa habitación. Rebecca se puso de pie para ayudar a su marido cuando se percató que se daba por finalizada la mañana, se despidieron con un beso en la mejilla y cruzaron la puerta principal donde los esperaba Kyle y Samuel.

El empresario dio las instrucciones de dirigirse a la Quinta Avenida con la E 59th St., su guardaespaldas asintió con una reverencia dirigiendo el auto. No le importaba que fuera lo que necesitaba, ella seguía en su propio mundo intentando clasificar toda la información recibida. Esa cita estaba programada para ayudar a su esposo, pero más que eso, solo logró complicar las cosas. ¿Cómo enfrentarlo ahora que sabía sus sentimientos más profundos? ¿Por qué ella era tan especial? ¿Qué la hacía ser única? Solo era una simple chica asustadiza de una ciudad lejos de ahí que quería hacer algo de su vida, teniendo la suerte de caer a los pies de un gran empresario y multimillonario que le ofreció un acuerdo.

Se sobresaltó cuando sintió la cálida mano de su esposo tomando la suya, le miró hasta percatarse que no se hallaban en movimiento, sino que frente a una de las tiendas favoritas de Matthew. Tragó en seco imaginando que hacían ahí, si bien decidió seguirle el juego.

Cartier se distinguía por su infraestructura del siglo XIX y los toldos rojos característicos. Para las festividades, sorprendía con su maravilloso diseño de regalo el cual llamaba la atención a cualquier mujer reconociendo que sería el máspreciado de cualquiera.

Samuel abrió las puertas para ambos, fueron recibidos por una de las encargadas, que saludó educadamente a Matthew entendiendo que no era primera vez que se veían; al ser cliente frecuente ya todos debían conocerlo. Hizo las presentaciones y finalmente se dirigieron a un reservado para apreciar las hermosas piezas.

Tal cual pensó Rebecca, iban por un collar para esa noche, la mujer de Matthew Griffin y presidenta de la fundación debía deslumbrar entre los demás, ser incluso mejor que las obras de artes expuestas. El vestido ya estaba elegido por lo que no sería difícil saber qué joya quedaría bien, aunque deseaba que Ryan estuviera ahí para tomar una mejor decisión.

Su marido la trajo a la realidad cuando las hermosas piezas llegaron a la mesa. Con anterioridad había seleccionado algunas, pero quería que la última opinión fuera la de ella, al igual que con el conjunto de anillos a un lado.

Rebecca quedó sin aire al ver los impresionantes diseños, inconscientemente tocó el colgante en forma de llave en su cuello comparándolo con esos ostentosos collares frente a ella. Debían pesar kilos en su cuerpo y tendría que aparentar que solo era una pluma, negó disimuladamente para que no creyeran que no le gustaba ninguno. Era demasiado, en esos dos años jamás utilizó una joya tan grande más que un anillo con una gran roca, la cual volvió a su empaque luego de terminar la presentación de joyas de la misma marca. Ahora esta sería suya propia.

Miró a Matthew quien parecía concentrado en cada una de las piezas, parecía ser un joyero profesional y buscaba la perfección de cada piedra. Suspiró, cerró los ojos concentrándose en su papel de mujer fría y calculadora como su marido, el cual había perdido hace un tiempo.

Finalmente se decidió por un conjunto de collar y pendientes largos, era casi completamente cubierto por las piedras preciosas que adoraba su marido, cintillos e incrustaciones y una fina cadena que terminaba en un diamante que colgaba en la espalda. Cuando fue el turno de los anillos, buscaron uno que fuera del mismo estilo, era más pequeño que el resto, pero sería mejor así, solo destacaría una pieza.

La chica se giró cuando fue momento de pagar, no quería saber cuántos ceros se descontarían de la cuenta de Matthew por algo que no creía volver a utilizar, no le gustaba que la vieran con la misma joya con frecuencia, y definitivamente todos recordarían eso en su cuello. Tal vez terminaría donándolo para alguna causa benéfica.

Se despidieron de la dependienta, subieron al auto y fueron de regreso a la mansión así comenzar a prepararse para la gala benéfica de arte. En el camino, su esposo recibió un llamado de sus abuelos, quienes informaban que estaban listos en casa de Melissa y Nicholas, esperando que enviara el auto que los llevaría a la galería. Claire seguía exclamando que no se quedaría más allá del día siguiente, ya era momento de que otros se movieran para visitarlos. Matt rio entre dientes asegurándole que pronto se pasarían por Portland.

Arthur los recibió en la puerta con una pequeña reverencia, cerca de Noah. Éste, luego de asentir, tomó uno de los híbridos para ir por los Larson. El mayordomo los seguía de cerca informando sobre llamados en su ausencia, la señorita Ross se hallaba en el cuarto de la señora Griffin lista para comenzar. Rebecca asintió agradeciendo, miró al empresario quien asintió asegurándole que podría hacer las cosas por sí mismo y con ayuda de Kyle. Corrió piso arriba.

No le sorprendió que Ryan hubiese terminado su horario de trabajo, últimamente siempre tenía una razón para irse antes, como si deseara molestar a Matthew y darle un motivo para despedirlo. ¿Cuáles serían sus razones? Intentó no darle vueltas centrándose en su mano derecha que parecía muy entusiasmada con la idea de ser la protagonista al no encontrarle el asesor.

Cuando salió del baño —luego de su tratamiento de belleza correspondiente— tocó la puerta Kate quien traía un bocadillo recordándole que no comía desde la mañana al igual que el señor Griffin y no podía presentarse a la gala sin nada en el estómago. Le agradeció de corazón disfrutando de los panecillos y el trozo de tarta de chocolate, su favorita.

Mientras ella comía, Lillian se preocupó del peinado, la expresión en su rostro al ver las nuevas joyas causó risas y nueva inspiración para esa tarde. Se decidió por un tomado semi completo, llevaba el cabello en una trenza recogida con naturalidad que beneficiaba su edad. Por detrás dejaba caer algunos pocos cabellos que no distraerían la caída del collar por la espalda.

El maquillaje fue en tonos marrones junto a los labios con labial coral que combinaría con el vestido. Este descansaba en la cama, varias capas de tela vaporosa en colores rosa. Escote corazón y una preciosa caída, tal cual le gustó a Matthew cuando lo eligió en la boutique. En el suelo los zapatos de tacón rosa con brillos y una cartera tipo sobre del mismo color. Parecería una

verdadera princesa.

Una hora después se miró al espejo de cuerpo entero sorprendiéndose con la chica que se reflejaba. Sabía que ya debía estar acostumbrada a esos cambios de imagen, pero le sorprendía lo que su mano derecha podía llegar a hacer. Le dio las gracias con una gran sonrisa y le pidió que fuera a arreglarse mientras ella iba a ver a su esposo por si necesitaba ayuda. Lillian asintió tomando el abrigo y cartera de Rebecca para llevarlos al recibidor.

La chica se dirigió a la siguiente puerta, tocó una vez recibiendo autorización para ingresar. Cruzó la estancia y dio un paso dentro del vestidor, quedando impresionada con el atractivo hombre frente al espejo. A pesar de que mantenía todo el peso en su pierna buena, se apreciaba al imponente hombre de negocios que era, como si nunca hubiera tenido un accidente hace dos meses.

Llevaba un perfecto traje a medida de color gris azulado, la camisa de una tonalidad parecida y la corbata negra que intentaba arreglar concentrado. Aún no llevaba los zapatos, tampoco se había afeitado por lo que se apreciaba una barba de dos días y el cabello desordenado todavía esperando su característico peinado hacia atrás.

Cuando sus miradas se encontraron a través del espejo, fue turno del hombre de quedar deslumbrado, se giró olvidando su estado por lo que fueron interrumpidos por el quejido de dolor. Rebecca tenía la intención de ayudarlo, pero Matthew levantó las manos impidiendo que se moviera. Cada uno se quedó en su posición, tan quietos que podrían haber pasado por dos estatuas.

—Acaba de entrar el más precioso ángel en mi cuarto —Rebecca se sonrojó.

—Qué dices... Vamos, necesitas sentarte o tomar las muletas.

Tomando el exceso de tela de su vestido con una mano, con la otra tomó la cintura de su marido para serle de soporte hasta llegar a la gran cama blanca, prolijamente tendida. Él no dejaba de contemplarla mientras ella iba por los zapatos de charol negro; inmediatamente se vino la imagen de Ryan a su cabeza, él debió haber escogido ese atuendo. Se le hizo un nudo en el estómago.

Cuando sus miradas se volvieron a encontrar, Rebecca se incorporó para quedar a más altura, necesitaba sentirse grande, con todas sus defensas atentas a cualquier reacción del hombre frente a ella observándola con admiración, como si fuera un ángel.

—¿Te afeitarás? —preguntó Rebecca.

—¿Quieres que lo haga? —contra preguntó él. La chica se encogió de hombros.

—Me gusta de las dos maneras —Matthew asintió en respuesta—. ¿Necesitas ayuda en algo? ¿Quieres bajar?

—Me gustaría acostarme en esta cama junto a ti, abrazados, y hablar sobre lo de esta mañana —contestó haciéndole estremecer.

—Eso tendrá que esperar —dijo Rebecca yendo hacia el mueble para tomar el reloj y el anillo de matrimonio de su marido—, ahora concéntrate en ser el hombre orgulloso que todos conocen. Voy por el peine.

—¿No puedo ser orgulloso y enamorado? —preguntó Matthew sabiendo que la hacía sentir incómoda. Al volver no parecía contenta con el comentario.

—Desde hace dos años que debes presentarte así ante el público, no es una novedad. Está dentro de la actuación, ¿recuerdas? —sentenció la chica.

Con dedicación ordenó el cabello oscuro asegurándose que quedara perfecto con el gel que mantendría todo el su lugar. Siguiendo con el silencio se giró en busca de las muletas.

—Hace ya tiempo que ese papel solo lo interpretas tú, yo ya te quiero —Rebecca iba abrir la boca cuando Matthew siguió—. Lo sé, no me quieres, no es necesario que lo repitas, pero no perderé la esperanza que algún día lo sientas. Por ahora tengo amor para los dos.

—No sabes lo que dices —murmuró la chica ayudándole a incorporarse. Él la tomó de la barbilla obligándole a mirarlo.

—Ya he confesado todos mis sentimientos, me has hecho ir a terapia para poder tener una relación como cualquier persona normal, eso tiene que tener algún efecto en ti, solo que temes demostrarlo. Recuerda que estamos casados y eso es para toda la vida... No me daré por vencido.

Fue su turno de moverse, dejándola sorprendida con su confesión. La esperó en la puerta hasta que la chica reaccionó acompañándolo hacia el primer piso, donde los tres guardaespaldas esperaban junto a Lillian.

La productora de eventos aseguró que todo estaba en perfecto orden, no tendrían que llegar antes para organizar, Max y Meg tenían todo bajo control, mientras que Luke recibía los encargos y se preparaba para recibir a los invitados. Matthew propuso tomar una copa antes de salir, Rebecca lo miró detenidamente con el ceño fruncido, lo que hizo sonreír a su esposo.

—Susie, una copa de champan para mi esposa y un jugo de arándanos para mí, por favor —La chica del servicio asintió con una sonrisa—. Al parecer no probaré alcohol esta noche.

—Si te portas bien, tal vez acepte una copa —respondió Rebecca sonriendo por primera vez en el día.

—Me gusta tu sonrisa...

—No me hagas borrarla —interrumpió la chica ocasionando risas del hombre.

* * *

El auto se detuvo en la 235 Bowery, frente a ellos el *Museo de Arte Moderno y Contemporáneo*, considerado como uno de los más importantes del mundo. Para los filántropos fue inaugurado con el fin de “ayudar a la gente a entender, utilizar y disfrutar de las artes visuales de nuestro tiempo”.

El *Museo de Arte Moderno*, había ofrecido uno de sus pisos para la gala benéfica de Plays and Grows. Fue una gran sorpresa al recibir la llamada del gerente general, sintiéndose ambas partes halagadas con la idea de ser parte de esa hermosa recaudación de dinero para niños que lo necesitaban.

Luke los contactó justo a tiempo para informarles que el noventa por ciento de los invitados ya se hallaban en las instalaciones por lo que se requería de la presencia de los fundadores. Matthew preguntó si su familia ya estaba presente, recibiendo una afirmación, lo que significaba que debían entrar en escena.

Parecía como si los reyes fueran a presentarse: alfombra roja, guardias a ambos lados, sus guardaespaldas protegiendo el perímetro, Lillian dio un paso al frente y los fotógrafos lanzaron flashes sin cesar. Con ayuda de Kyle, Matthew fue el primero en bajar exponiéndose públicamente luego del accidente, en esa ocasión se ayudaba por un bastón para no perder la elegancia y también poder ofrecerle el brazo a su esposa.

Rebecca bajó como la mujer perfecta que era hace dos años, esperó la mano de Samuel para incorporarse y acercarse a Matthew quien le ofrecía la mano para besarla frente a todos los paparazzi y luego ella se tomó del brazo libre para entrar al museo. No se detuvieron a contestar preguntas, dentro del cronograma se les designaba un espacio para los reporteros donde se contestarían consultas sobre la beneficencia.

Los recibió el administrador del establecimiento dándoles la bienvenida y alabando sus

vestimentas. La pareja agradeció para luego disculparse e ingresar luego se ser presentados por Max y un caluroso aplauso de los invitados.

Ambos sabían que se veían radiantes, no era necesario mirar los rostros de cada persona para asegurar que hablaban de ellos. No solo por lo benefactores que eran, si no por el accidente, sus ropas, la complicidad y hasta la frialdad; había de todo. Luego que Matthew Griffin diera un breve discurso de bienvenida, fueron paseándose por el piso saludando a los invitados y disfrutando de las obras donadas para la recaudación.

Rebecca sabía de antemano que su marido procuraba que todos salieran por lo menos con una pintura, en el caso de quedar algunas sin venderse, él las compraba entregando su parte a la fundación. Nunca entendió aquello hasta su confesión, en su momento necesitó una segunda oportunidad para ser feliz y ahora quería dársela a otros a toda costa. No importaba cuánto dinero saliera de su bolsillo para lograr evitar que otros niños pasaran por lo suyo u otras acciones, siempre lo haría.

Lo observaba detenidamente mientras hablaba con sus socios o con otros empresarios, determinado, constante, una persona que sabía cómo manejar a las masas para lograr el objetivo. Se sentía orgullosa de su esposo, después de todos sus problemas lograba salir adelante, ser un hombre respetable, importante en el país y pronto en el mundo.

Cuando llegó la hora del discurso, Rebecca se preocupó de que Matt estuviese sentado para besarlo como estrategia sabiendo que lo desconcertaría al hacerlo frente a todos. Tuvo que sacar de lugares escondidos la personalidad fuerte que destacaba frente a miles de personas. Era tradición que el presidente de la fundación —en este caso presidenta— fuera quien diera las gracias y anunciara lo recaudado. Lillian le entregó los sobres con los datos mientras el Patronato tomaba posición tras ella. Habían logrado el 97% de las ventas, más la participación de un cien por ciento de todos los invitados en el concurso para una estadía en uno de los Hoteles Griffin. Después de muchos aplausos, la chica bajó del escenario hacia su esposo que la esperaba con una sonrisa.

Se abrazaron y se besaron frente a todos los presentes antes de encaminarse a la sala donde responderían e informarían sobre la noche a los reporteros.

Casi a la medianoche por fin pudieron tomar el auto y dirigirse a casa, ambos estaban cansados, especialmente Matthew quien tuvo que estar la mayoría del tiempo de pie. Agradecieron a los guardaespaldas por el tiempo dando la noche por terminada, subieron las escaleras en silencio hasta la puerta del dormitorio de la chica.

—¿Cuántas obras tuviste que adquirir? —preguntó Rebecca, Matthew se encogió de hombros.

—Solo dos, una de ellas es la que te gustaba a ti —la chica asintió observando el suelo.

—Gracias. Todo estuvo perfecto.

—Debes agradecerle a la señorita Ross y a ti misma, fueron quienes se encargaron de todo —respondió el hombre; intentó cambiar de postura—. Será mejor que vaya a recostarme, buenas noches, cariño.

—¿Necesitas ayuda? —Él negó con una sonrisa.

—No, cariño, descansa.

—Buenas noches.

Con dificultad, Matthew se giró encaminándose hacia su cuarto, Rebecca le miró desde la puerta, deteniéndose en cada uno de sus movimientos. Llevaba cuatro pasos cuando gritó su nombre. Él se giró olvidándose del dolor en la pierna.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó la chica nerviosa. Matthew sonrió.

—Claro, cariño. ¿Quieres que te espere? —Rebecca negó, regalándole una sonrisa tímida.

—Iré en unos minutos, tengo que quitarme todo esto.

El empresario asintió echando un vistazo tras ella, seguramente a la puerta preguntándose si podría pasar, si bien finalmente se giró yendo hacia la habitación principal. La chica corrió al interior quitándose con dificultad el vestido atado en la espalda, las joyas, dejándolas tiradas sobre el tocador, buscado su camisón para dormir y luego al baño para quitarse el maquillaje.

En quince minutos estaba tocando la puerta y pasando sin esperar respuesta. Se fijó a la cama preocupándose al no encontrar a su esposo, hizo un barrido por el espacio sin resultados. Lo llamó avanzando al baño donde lo encontró lavándose los dientes, llevaba los pantalones de pijama y una camiseta blanca. Lo esperó en la puerta contemplando cada uno de sus movimientos, le ofreció ayuda cuando lo vio terminar, no obstante, éste negó tomando las muletas, avanzando hasta la cama.

Le ayudó a quitarse la férula y la venda, le aplicó la crema mientras él se tomaba los medicamentos, luego volvió a colocarle el aparato ya que dormirían juntos y no quería tener accidentes por un tonto descuido. Cada uno se acostó en su lugar, observando el techo en silencio, parecía como si el sueño hubiera abandonado su sistema.

Lo miró de reojo preguntándose si ya se había dormido, sin embargo, éste tenía los brazos detenidos en su abdomen. Llevó la mano izquierda al cabello dejándole ver en la oscuridad ese tatuaje que en varias ocasiones le llamó la atención.

—¿Qué significa? —Lo vio girarse hacia ella.

—¿Qué cosa? —La chica señaló el brazo.

Matthew encendió la luz de noche, dejó el brazo a la vista para apreciar el tatuaje delineado en lo que parecía una letra asiática. Por un tiempo estuvieron en silencio, pensó que no respondería.

—Significa esperanza en chino, me lo hice hace varios años ya.

—¿Hace cuánto? —preguntó Rebecca; otro silencio antes de responder.

—Hace diez años, justo luego de que Susan me diera de alta —confesó Matthew admirando las líneas negras en su piel.

—¿Por qué esperanza? —Al darse cuenta de la pregunta sacudió la cabeza—. No tienes que responder, lo siento.

—Esperanza de ser feliz... Esperanza de una nueva oportunidad, de dejar todo atrás y poder seguir adelante —dijo Matthew en un murmullo, luego sonrió— Esperanza que me quieras.

—Matt...

—No, no lo digas —interrumpió el hombre mirándola detenidamente—, no rompas mi esperanza.

Volvieron a quedar en silencio, esta vez incómodo sin saber si darse la vuelta e intentar dormir o enfrentar el momento para poder estar tranquilos, todavía no hablaban de aquella mañana. Las cosas eran diferentes, tanto para él al confesar todos sus secretos, como para ella al no poder negar o evitar lo ocurrido, ya no había forma de cambiar las cosas.

Contempló a Matthew, llevaba los ojos cerrados como si durmiera. Sentía la necesidad de acercarse, o intentar solucionar las cosas, no obstante, no había nada que solucionar, no estaban enojados, nadie sufría, era ella quien necesitaba corregir su cabeza. Ahí estaba un hombre sincero, entregándole el corazón, siendo justo. Tragó en seco antes de hablar.

—¿Matt? —Éste se dio la vuelta hipnotizándola con sus ojos oscuros intensos—. ¿Podemos intentarlo? ¿Tener... sexo? —Matthew asintió—. Pero quiero que tú tomes el control, quiero

ayudarte.

—¿Cómo haré eso? —preguntó con inocencia, Rebecca se sentó de rodillas removiendo las sábanas.

—Yo estaré abajo, solo debes procurar no hacer fuerza con la pierna... ¿Puedes? —Él volvió a asentir—. Bien... Vamos, tigre, necesito sentirte.

Se abalanzó besándolo con pasión, él la tomó por la cintura sentándola sobre sus piernas mientras le quitaba el pijama. Se aferró al cabello desordenándolo, tirándolo con delicadeza para no asustarlo, mientras Matthew pasaba las manos por la piel desnuda, dejando caricias de fuego para luego marcarla con besos que jamás podrían borrarse.

Sin dejar de besarle, se quitó del regazo para poder sacarle la ropa. Con cuidado fueron moviéndose al medio de la cama, Rebecca iba quedando bajo el cuerpo fornido de su esposo, acariciando cada músculo, cada facción de ese rostro perfecto, intentando retener en su memoria ese momento. No sabía si volvería a repetirse, todo podía cambiar en unas horas o tal vez en solo unos minutos si él se sentía presionado.

No obstante, sus palabras la congelaron, la hicieron creer en esa esperanza de la que hablaba, la necesidad de obtener una segunda oportunidad en la vida. ¿Y si eso también se aplicaba a ella? ¿Podría tener la oportunidad de cambiar las cosas? ¿Lo entendería?

—Eres hermosa, eres la única mujer para mí... No me pidas que te deje.

No pudo responder a ello, solo buscó los labios aferrándose al momento, llevando una pierna a las caderas del hombre, mientras que la otra ayudaba a sostener el peso para no forzar la pierna accidentada.

Se miraron a los ojos fijamente, atentos a cada movimiento, respiración y latido de sus corazones. La chica asintió demostrándole que todo estaba bien, era él quien tenía el control, volvía a estar en su sitio seguro, nadie lo obligaría hacer nada de lo que no quisiera, llevaba el mando de su vida. Y como si Matthew fuera un lector de mentes, asintió; se posicionó teniendo todo su peso en los brazos y la pierna sana. Con lentitud entró en ella haciéndolos gemir de deseo.

—No puedo dejarte, no puedo... Te necesito en mi vida para siempre. Estoy seguro de ello... —la besó con desesperación, luego juntó sus frentes—. Haré que me ames como yo te amo, lo prometo.

Ella quiso creer en sus palabras, gimió al sentirlo más adentro, acariciando su espalda sin responder a ninguna de sus palabras. Solo necesitaba sentir, necesitaba tener la mente en blanco para lograr ayudarlo y buscar la forma de olvidar ese capricho. No podía haber amor, o por lo menos, no con ella si aún conservaba secretos hacia él.

Matthew tomó confianza dejándose llevar, disfrutando de la penetración, del goce, la pasión que cada uno entregaba hacia el otro. Él necesitaba demostrarle que podían estar juntos, quería mejorar para poder amarla como era debido, deseaba que sintiera que quería algo verdadero y que durara para siempre. Y aunque deseara negarlo, lo sentía, ahí estaba todo sin palabras.

Ambos gritaron el nombre del otro cuando llegaron al orgasmo, él cayó derrotado sobre el pequeño cuerpo de su amante, besándole el hombro mientras buscaban recuperar el aliento. Rebecca no lo soltaba en ningún momento, se aferraba a su espalda como si se fuera la vida en ello. Los besos de su esposo fueron recorriendo la clavícula hasta llegar a la mandíbula y terminar en esos sedosos labios inflamados después de tanta acción. El verde con el marrón se mezclaron.

—Lo logre— dijo Matthew con una sonrisa. La chica sonrió acariciándole el rostro.

—Eres el mejor, tigre.

—Creo que me acostumbraré que me llames así —comentó el hombre sin moverse de su lugar,

aún dentro de ella; dejó escapar una sonrisa arrogante—. Dicen que los tigres ejercen un magnetismo singular sobre su presa y difícilmente encuentran resistencia.

—Bueno, acabas de encontrar una, que no se te suban los humos —indicó Rebecca son una sonrisa. Él rio entre dientes.

—Ya lo veremos, le has puesto una meta a este tigre, y no parará hasta lograrlo.

Selló la conversación con un beso intenso, sin posibilidades de dejar que discutiera. Volvió a moverse dentro de ella sorprendiéndolos a ambos cuando su miembro comenzaba a crecer nuevamente.

* * *

Si no fuera por todo el movimiento que hacían a su lado, podría haber seguido durmiendo. Se sorprendió al abrir un ojo, ver a Matthew sentándose nuevamente en la cama, en vez de estar levantándose. Intentó buscar un reloj para ver la hora cuando recordó que se encontraba en el dormitorio de su marido. Se estiró para diagnosticar que tan bien se hallaban sus músculos esa mañana, sin embargo, los besos alocados del hombre sobre su rostro la hicieron desistir. Rio intentando correrse con ningún resultado.

—Vamos señora Griffin, es hora de levantarse.

—Tú estabas acostándote nuevamente —le recordó Rebecca. Se miraron con una sonrisa.

—Solo venía a despertarte, debo ir a la oficina, Charlotte necesita de mi presencia y por lo que sé, tú tienes mucho que ver en la fundación después de la gran gala de anoche.

Sin más que debatir, ambos se pusieron en marcha, Matthew ofreció tomar una ducha juntos, pero como siempre, la chica negó sin perder la sonrisa y salió del cuarto.

Desayunaron juntos, solo que esta vez la conversación era muy amena, compartían artículos en el periódico o alguna que otra sonrisa de complicidad. Cuando el empresario se levantó informándole a Kyle que ya partirían, se acercó a su esposa besándole en la frente y luego deseándole un buen día. Todos los presentes quedaron en silencio, eran evidentes los cambios luego del accidente, era ver a un nuevo Matthew.

Observándolo detenidamente se sorprendía como ya manejaba las muletas con total confianza, como si no doliera o incomodara. ¿O sería por la noche anterior? ¿Tendría otra energía? Bajó la cabeza para ocultar la sonrisa mientras movía las piernas bajo la mesa, verificando que sus músculos estuvieran en orden.

Ryan le ayudó con el abrigo informándole los detalles de la gala de beneficencia, Lillian no demoró en aparecer informando que Samuel ya los esperaba afuera. Rebecca miró a su asesor regalándole una sonrisa para luego encaminarse hacia la salida.

Fue un día agitado para todos, la fundación estaba en constante movimiento preocupándose de agradecer a cada artista que otorgó un cuadro para la noche anterior, también mandar cartas de agradecimiento al *Museo de Arte Moderno* por las instalaciones y reunir las direcciones de quienes adquirieron una obra para poder destinarlas correctamente junto con su respectivo agradecimiento por participación. También organizar los nuevos ingresos, a donde serían destinados, lo que mantuvo a Rebecca constantemente comunicada con su esposo, pidiéndole consejos en algunas cosas, como también llamando a Melissa quien se había encargado por varios años de eso.

Si no hubiese sido por el llamado de su marido para avisar que estaría en una reunión hasta más tarde, asegurándole que tenía la pierna en alto y solo se había parado para ir al baño, no se percatarían que ya eran las cuatro de la tarde. Todos se sorprendieron como pasaba el tiempo, la chica les deseó una buena tarde, tomando sus cosas retirándose por esa jornada. Lillian se

despidió de Ryan y su jefa quedando para el próximo día, debía realizar algunos trámites personales por lo que se desviaría desde ahí. El asesor aseguró que no tenía nada que hacer después de ausentarse en la mañana con otros encargos, así que subieron al auto rumbo a Old Westbury.

El chico ayudó a bajar a la señora Griffin quien le regaló una sonrisa, saludaron a Arthur al entrar preguntando como estaban las cosas en casa y si estaban al tanto de que el señor Griffin llegaría tarde. El hombre asintió, informando que Fred, el jardinero, había pasado una molesta mañana peleando por el sistema de termostato de la piscina luego de que el señor pidiera mantenerla caliente. Después había acompañado a Zoe al supermercado y ésta ahora preparaba la cena.

Rebecca pidió esperar a su esposo para cenar ya que no demoraría en llegar, el mayordomo hizo una reverencia quedándose al pie de la escalera mientras ella subía acompañada de Ryan.

Anhelaba quitarse las joyas y los zapatos y a la vez debía esperar por las formalidades del contrato, agradeció al asesor cuando apareció con unos zapatos más cómodos cambiándose los inmediatamente. Pasó al baño para hacer sus necesidades, se contempló en el espejo arreglando su cabello, saliendo luego. Se sorprendió cuando vio a Ryan en la puerta, como si deseara salir a escondidas siendo atrapado. Cuando preguntó qué ocurría no recibió más que una mirada.

—Solo quiero despedirme.

—¿Mañana vendrás temprano, o nos encontraremos en la boutique? —preguntó la chica mirándolo con una sonrisa, sin recibir nada a cambio más que una negación.

—Vengo a despedirme para siempre... O tal vez una larga temporada.

—¿Qué?

Rebecca no lograba procesar la información, ¿Cómo que se iba? ¿Dónde se iba? ¿Estaba renunciando? ¿Por qué la dejaría?

Con rapidez estuvo a su lado enfrentándolo, aunque él no podía verla a los ojos. Insistió hasta que Ryan levantó las manos y se fijó en sus ojos.

—Las cosas han cambiado, Rebecca, ya no es necesario que esté aquí.

—Que tontería estás diciendo, claro que te necesito —el chico rio entre dientes mientras negaba.

—No, preciosa, ya no me necesitas, mi tiempo aquí ya acabó —Rebecca negó con efusividad.

—No acepto tu renuncia, no permitiré que te vayas.

—No es cosa tuya, el señor Griffin es quien me ha contratado, es a él a quien le pedí mi renuncia —el asesor volvió a reír, esta vez mirando el techo—. Para mi sorpresa, me rogó que me quedara. Pensaba en ti, no quería verte triste, siendo que mi presencia le molesta... ¿Ves? Las cosas están cambiando. —Se acercó a la chica y besó su mejilla por donde ya corrían lágrimas—. Ha sido una de las mejores experiencias, logré mi propósito... eres la mujer perfecta para cualquier hombre.

—Pero no para ti —interrumpió ella sin poder dirigirse directamente a él.

—Siempre has sido perfecta para mí... solo que no fuiste moldeada con ese propósito.

Se quedó sola en el cuarto escuchando cada paso que el chico daba, alejándose lentamente hasta dejar de sentirlo. Salía de su vida por la puerta ancha, sin saber si lo volvería a ver, sin pedirle que escapara con ella, o rogarle que dejara a su esposo. Él solo se alejaba sin mirar atrás.

¿Qué había cambiado? ¿Es que nunca la quiso realmente? ¿Todo había sido un juego? Dejó que las lágrimas cayeran sin importar que se arruinara su maquillaje. Se pasó las manos por el cabello prolijamente ordenado.

Con rapidez salió del dormitorio corriendo hacia ese otro lugar en aquella casa donde se sentía segura. Era insólito que ahora fuera un lugar importante en su vida cuando hasta hace poco parecía ser un espacio prohibido. Abrió la puerta deteniéndose un minuto en el marco, observando el espacio vacío y que esa mañana compartieron.

Avanzó hacia la cama, se sentó y aferrándose a las sábanas dejó que las lágrimas cayeran solas, sin importar lo que fueran a decir de ella.

No supo cuánto tiempo transcurrió cuando escuchó los pasos inestables cruzar la puerta, pasos pesados se situaron a su lado dejando caer las muletas y el peso cayendo con brusquedad a su lado. Con un jadeo desolado rompió en llantos cuando esos fuertes brazos la rodearon para contenerla. Era patético, lloraba por otro hombre mientras que estaba comprometida con quien decía amarla y la refugiaba en ese momento.

—Tranquila, cariño, todo estará bien—murmuró Matthew dejando un beso en la sien.

El beso

Se despezó llevando los brazos lo más alto que daba su elasticidad, abrió lentamente los ojos percatándose que el sol ya se hallaba en lo más alto. Se sobresaltó cuando descubrió que estaba en el cuarto de Matthew, dio una ojeada al espacio buscando a su dueño, no obstante, no había rastro de él, solo su lado frío. ¿Sería pasado el mediodía? ¿Por qué la dejaría dormir más allá del horario?

Deseaba llamarlo, pero su celular permanecía en su cuarto y su cuerpo no tenía intenciones de salir de entre las sábanas tibias. Miró debajo de estas percatándose de que llevaba una camiseta de su esposo ¿Dónde se encontraba su ropa? ¿Qué sucedió la noche anterior? Podía asegurar que no tuvieron relaciones, lo recordaría.

Fue en aquel momento cuando llegaron todos los recuerdos a su mente, una avalancha de información que no podría contener. Se tomó la cabeza entre las manos apoyando los codos en las piernas recogidas. Ryan había renunciado, dejándola sola después de haber confesado que la quería... Matthew también dijo que la quería, no, que la amaba.

Llevó las sábanas hacia su pecho con la intención de taparse cuando tocaron a la puerta, no le importó el cabello desordenado cuando dio el pase. Primero se asomó su marido con las muletas en cada brazo regalándole una sonrisa, preguntó si quería comer algo y ella asintió sin hablar. El hombre procuró que su esposa estuviera en condiciones antes de dejar entrar a Kate quien traía una bandeja con diferentes cosas, ésta le regaló una sonrisa a su jefa para luego dejar las cosas sobre la cama y retirarse.

Tenía ante ella una variedad de alimentos, parecía que una familia de cuatro podría disfrutar de ello. Se detuvo en su esposo que parecía acoquejado con las muletas, le ofreció ayuda, si bien él se negó con una sonrisa tomando asiento en su lado de la cama recostando la pierna y cerrando los ojos después de encender la televisión.

—¿Estás bien? —preguntó la chica preocupada.

—Liam se aprovechó de mi buen genio —contestó Matthew abriendo los ojos y llevando una mano al brazo de su mujer—, come, cariño; estuvimos en la piscina, ahora debo colocarme crema y estaré mejor.

—Puedo ayudarte —dijo Rebecca con la intención de moverse.

—Luego, primero quiero verte comer y después nos preocupamos de esta maldita pierna.

Obviamente no podría comerse todo lo que estaba en la bandeja, aunque lo intentase, pero sí probó de todo un poco, se tomó el jugo de naranja natural y el café recién hecho. Disfrutaba de un croissant mirando un programa cuando distinguió la hora y procesó la información.

—¿Cuántas horas llevo durmiendo?

—Desde que lograste dormir, deben ser unas diez horas, ¿Por qué? —Matt le miraba con el ceño fruncido.

—No estoy desayunando, pareciera que almuerzo —apuntó la televisión— son más de la una, perdí el entrenamiento y no sé qué ha pasado en casa.

—Tú solo aliméntate que el resto está bien —contestó el hombre moviendo la mano para

quitarle importancia.

Cuando logró convencerlo de que no podría comer más, insistió en ayudarlo con la pierna, necesitaba sentirse útil después de perder una mañana en la cama. Fue al baño por una vasija de agua junto con la esponja natural y una toalla. Puso todas las cosas sobre la cama al lado de la pierna ya sin la férula ni la venda.

Cada cierto tiempo mojaba la esponja para enfriarla y ponerla sobre la rodilla con la intención de controlar las molestias, Matthew decía que no dolía, solo era el hecho que no la movía constantemente y Liam quiso saber hasta donde era capaz de flexionarla. Al final le aplicó crema, sintiendo cierta parte de los tornillos y recibiendo un gemido de agradecimiento. Como no se moverían de ahí la dejaron sin nada para descansar.

—¿Por qué me dejaste dormir más allá de la hora? —Se atrevió a preguntar la chica.

—Porque estabas cansada y hoy no se requería de tu presencia en la fundación. Todo está controlado.

—Es miércoles, necesitamos terminar con los datos de la recaudación... —El hombre levantó una mano para acallarla.

—No me importa qué día sea, el jefe mayorista soy yo y como tal mi palabra es la ley. No iras a trabajar y yo tampoco. Disfrutaremos de un día de relajo mirando por la ventana el clima helado, pensando en cuanto frío tiene el resto mientras nosotros podemos andar descalzos. ¿Está bien? —suplicó Matthew.

—¿Por qué estás haciendo esto?

Sabía la razón e igualmente quería escucharlo de su boca, aún rondaba por su cabeza el hecho de que Ryan decidiera irse, dejar su trabajo y a la supuesta mujer que amaba, cuando tenía proyectos distintos en mente. Su primera hipótesis era que Matthew lo hubiera amenazado, o tal vez haber pedido la renuncia. El empresario suspiró desviando la mirada de su esposa.

—Lo intenté, Rebecca—confesó—, le ofrecí más dinero para que se quedara, hasta le dije que no aceptaba su renuncia, pero de todas formas quería partir. No negaré que me alegra, sin embargo, verte mal no me gusta nada... No sé qué más hacer.

Supo que decía la verdad, podía verlo en sus ojos. Asintió acatando sus palabras, se puso de rodillas sobre la cama acercándose a su marido para besarle en la mejilla. Olvidó cualquier protocolo o contrato de por medio indicándole que tomaría un baño ahí mismo, pidiéndole que enviara a alguien por algo de ropa a su cuarto. Sonrió cuando le escuchó hablar con una de las chicas del servicio pidiéndole que llevaran un pijama para pasar el resto del día en la cama.

* * *

Los cambios se hicieron notar a pesar de que todos intentaban ignorarlos. El jueves por la mañana Lillian estaba a primera hora en su dormitorio abriendo cortinas, dándole el itinerario mientras buscaba su ropa y exigía que fuera a la ducha inmediatamente. Meg Prescott parecía tomar un rol fundamental dentro de la fundación siendo la encargada de casi todo lo que antes hacía su mano derecha.

Para el viernes Lily apareció nuevamente temprano, esta vez en el dormitorio principal, sin importarle que estuviese el señor Griffin, despertando a ambos, dando las mismas instrucciones para los dos e informando que tenía a la chica indicada para que fuese su asistente ahora que debía encargarse de otros asuntos. Rebecca abrió los ojos sorprendida cuando Matthew aceptó el acuerdo pidiéndole que la señorita pasara por la empresa para firmar el contrato de trabajo.

Todos, tanto su esposo y su mano derecha, como el resto del personal trabajaban como si nadie faltara, olvidando que alguna vez un chico se hizo cargo de varias cosas dentro de la

mansión o que seguía incondicionalmente a la señora de la casa. Ahora el papel era de una mujer proactiva, fuerte y decidida a hacer fácil la vida de su jefa.

Con gestos y en silencio Rebecca le agradecía, mientras menos posibilidades tuviera para pensar en Ryan, mejor pasaba los días. Una fuerte amistad se creaba entre ellas, ahora compartían confidencias, reían a carcajada de bromas y ninguna reprochaba a la otra. Podían encontrarse en cualquier parte de la casa, desde su cuarto, la cocina o la habitación de Matt sin sentirse incómodas, especialmente en el gimnasio cuando tenía entrenamiento.

—Son tres series de cincuenta abdominales, Rebecca, te queda una —insistió Liam con una gran sonrisa de suficiencia.

—Acabas... —la chica llegó arriba dejándose caer rápidamente—. De destrozarme... en kickboxing.

—Y esto terminará de destrozarte, así dejarás descansar al pobre de mi amigo. Ya hace demasiado esfuerzo en su recuperación como para que le exijas en la cama.

—¡Liam! —exclamó recibiendo risas de Lillian y el entrenador.

—La señora Griffin tiene todo el derecho de pedirle lo que desee a su esposo, podría tomar la idea, señor Fuller —comentó la asesora.

—¡Lily! —Rebecca estaba escandalizada. Liam rio entre dientes.

—Tranquila, rubia, ya te tocará tu parte.

Rebecca dejó los abdominales de un lado al entender lo que ocurría, los miró alternadamente con la boca abierta. Ellos parecían ignorar su expresión siguiendo cada uno con su trabajo. Se detuvo en su mano derecha.

—¿Estás saliendo con Liam?

—¡No! —exclamó la rubia con el ceño fruncido; miró feo al entrenador cuando rio.

—Sigue diciéndolo, rubia, pronto te lo crearás... Rebecca, no volverás con tu hombre si no terminas la serie.

* * *

Como cada principio de año Matthew realizaba viajes sorpresa a algunas de las sedes de sus hoteles o resort dentro de Estados Unidos, verificando que estuviese todo en orden. Hacía reservaciones con otro nombre con la idea de que nadie se enterara de su visita hasta encontrarse allí.

Por lo general viajaba solo, sin embargo, debido a su movilidad reducida Rebecca se ofreció para acompañarle. Serían dos semanas recorriendo lo que le permitiría visitar algunas de las casas con la misma intención.

El jet privado aterrizó en la loza a la hora programada, fue despertada por ligeros besos en el rostro que le hicieron recordar a su ex asesor de imagen. Se sentía culpable por compararlos, pero no podía evitarlo, aún sentía tristeza de saber que el chico no estaría a su lado cada mañana. Se regañó mentalmente intentando centrarse en su esposo que la despertaba con el mayor cariño que hubiese imaginado de su parte.

Le ayudó con las muletas, ordenó la chaqueta y el cuello de la camisa. Le puso los lentes oscuros y lo admiró unos segundos. Era estúpido no admitir que estaba casada con un hombre guapo, horas antes de partir asistió a su peluquero personal para que arreglara su cabello y aún seguía con la barba de unos cuantos días. Le regaló una sonrisa antes de ponerse sus propios lentes y salir del avión.

Como era de esperarse, fuera los esperaba un auto de la marca favorita de su marido, Kyle permanecía con la puerta abierta dándole la bienvenida a Chicago Illinois. El viaje fue tranquilo,

admiraron el paisaje hasta ver entre los otros edificios el gran *Griffin Hotel*, con la característica fachada en colores azules y dorado. No debía asombrarse que Matthew no escatimara en gastos al momento de demostrar que era el mejor en el rubro.

Había visitado otros hoteles de la cadena, por lo general los que se encontraban lejos de New York, disimulando de que no podían vivir tanto tiempo separados; esa ciudad se encontraba solo a dos horas de casa por lo que era primera vez que se encontraba en Chicago y debido a lo que se apreciaba era uno de los más modernos. La información que le entregaba su esposo se trataba de los últimos que se construyó entre los años que llevaban casados.

No costó mucho que reconocieran al jefe de jefes, en especial con la compañía que llevaba. Empezaron las carreras dentro de las instalaciones, personas se movían con más agilidad que un gimnasta olímpico con tal de demostrar que hacían su trabajo. Matthew la guio hacia el mostrador dando las buenas tardes y pidiendo una habitación a su nombre falso. Rebecca observaba divertida las reacciones de la mujer tras la recepción, las manos le temblaban mientras intentaba encontrar la reservación y que fuese lo mejor para el dueño. Podría estar así por tener al jefe o solo el hecho de conocer a quien les daba trabajo indirectamente.

Quince minutos después obtuvieron su habitación en la suite presidencial, con la mejor vista. La pareja agradeció siguiendo al botones que se encargaba del ligero equipaje. Kyle los acompañó hasta el destino, preguntó si necesitaban algo y al recibir negativa, informó que iría a registrarse esperando nuevas órdenes.

El lugar era de otra naturaleza, Rebecca caminaba con la boca abierta deslumbrándose con cada detalle del espacio. No era nada moderno, piezas de un estilo clásico en colores verde y crema, un vestíbulo con un gran espejo y una mesa de recibidor, la sala era extensa con dos espacios para descanso, al otro extremo un comedor en estilo más moderno y hacia el otro lado dos puertas que debían ser las habitaciones. Estas eran parecidas, con los mismos colores del departamento.

Mientras inspeccionaba los espacios una pregunta le vino a la mente, aunque inmediatamente la descartó. Se sobresaltó cuando vio a Matthew observándola desde el marco de la puerta del baño, ambos se detuvieron en la televisión entre los lavabos. Se reproducían imágenes de paisajes como también tenía la posibilidad de colocar canales de tv paga.

—¿Qué habitación te ha gustado? —preguntó el empresario.

—Creo que la del lado izquierdo —respondió Rebecca recibiendo un asentimiento de su esposo.

—Bien, pediré que lleven el equipaje ahí —él iba a salir del lugar afirmado por las muletas, cuando la chica le hizo detenerse, volvieron a enfrentar sus miradas con una Rebecca asombrada, confundida y sin palabras.

—¿Dormiremos... juntos?

—Obviamente, somos un matrimonio y llevamos un tiempo con esa rutina, ¿no? —contestó Matthew como si fuera sumar dos más dos.

—P-pero... es decir... nosotros... t-tenemos un c-contrato —él suspiró soportando su peso en los brazos.

—Desgraciadamente seguimos usando ese contrato gracias a ti, y como tal, dice que debemos aparentar ante los demás que somos una feliz pareja recién casada. No permitiré que mis empleados descubran que dormimos en cuartos separados; es muy distinto en casa.

Sin más, Matthew salió del baño dejándola sola, aturdida con sus palabras. Así que ahora era su culpa tener entre ellos un contrato, ¿las cosas cambiarían si ella comenzara a tener sentimientos

por él? Sacudió la cabeza en respuesta, otra pregunta estúpida, obviamente las cosas cambiarían, ¿de qué serviría aquel contrato, si ambos sentían algo que demostraría que estaban completamente enamorados? ¿Cómo serían las cosas ahora? ¿Solo desde su parte estaría actuando?

Todo era demasiado confuso en su cabeza, necesitaba dejar de pensar por unas cuantas horas y dejarse llevar por la idea de una feliz pareja disfrutando al acompañar al amor de su vida en los negocios, conociendo por poco más de él.

Al volver a la sala, Matthew pedía la cena a la habitación, no se molestó en decirle que prefería, ya que sería una pérdida de tiempo. Fue hacia los ventanales para apreciar la vista desde la altura de una de las ciudades características de Estados Unidos. Ninguno interfirió en los pensamientos del otro por un buen rato hasta que el hombre le pidió ayuda para tomar una ducha, ella se giró con toda la naturalidad del mundo para acompañarlo.

Fue de gran ayuda tener una silla que pudiera colocar dentro de la ducha, acomodó todo al alcance de Matthew asegurándose que pudiese ser independiente y solo necesitara de su ayuda para cosas puntuales.

Con la intención de anunciarle que el agua estaba a buena temperatura, quedó sin aire contemplando como se quitaba la ropa con total naturalidad quedando desnudo frente a ella. Hace algunos meses atrás aquello ni siquiera pasaría en sueños, él trataría de mantenerlos al margen, lo justo y necesario. Ahora se mostraba cómodo ante su presencia, tanto como para mostrarse sin armaduras... ahí, dispuesto a que viera su interior, aquellos lugares que nadie había sido capaz de conocer.

Buscando control en su interior, tratando de mostrar inexpresividad en el rostro, ayudándole a sentarse en la silla bajo el chorro de agua. Se quedó a buena distancia dándole espacio para disfrutar del calor templado y poder contemplar sin ser descubierta. Por la leve sonrisa en el rostro de su marido, era claro que sabía qué hacía exactamente si bien, no se movió.

—En vez de comerme con la vista desde afuera, podrías estar ayudándome aquí dentro — sugirió el hombre mientras se quitaba el shampoo del cabello.

—Creo que sería poco apropiado —respondió mirando el piso.

—Puedes entrar con ropa si te hace sentir más cómoda, aunque ya conozco ese hermoso cuerpo —apuntó Matthew haciéndola sonrojar.

Desde otra perspectiva, la chica se sentía feliz de observarlo relajado ante ese tipo de insinuaciones, parecía sentirse mejor consigo mismo, con su cuerpo y estar en contacto con una mujer... o solo fuera con ella, con una mujer que se había permitido sentir algo. Sacudió la cabeza ante esa idea, no podía dejarse llevar por ello, ya eran demasiadas las complicaciones y momentos incómodos para agregar uno más al montón.

Encerró las emociones en esa caja personal, que nadie podía encontrar, y se concentró en sus labores de esposa bajo los términos acordados desde esa primera vez que el contrato estuvo en sus manos. Le ayudó con la ropa eligiendo unos vaqueros azules, una camisa y una chaqueta gris, algo sport para pasear por las calles de Chicago. No se quedarían encerrados en el hotel con la intención de calificar cada detalle del trabajo realizado, serían como cualquier turista.

Ella se decidió por un vestido blanco y nude con unos tacos del mismo color. Se puso un abrigo blanco y preguntó si ya empezarían el tour por la ciudad tomando la silla de rueda. Él no parecía muy entusiasta con la idea, no obstante, la expresión de ella decía todo: no podía chistar.

Kyle los acompañaba de cerca, avanzaban lentamente, procurando que la silla no quedara atrapada en restos de nieve o resbalara por el piso escarchado. Matthew insistía en mostrarle la ciudad desde las alturas, existían dos edificios para ello, pero para su condición el apropiado era

Willis Tower, un edificio que ofrecía la mejor vista a la ciudad desde su techo en el piso 103, y que decir si se apreciaba desde la caja de cristal, donde podías disfrutar de todo el esplendor de Chicago con tus pies en el aire.

Rebecca tuvo que aferrarse con fuerza a los hombros de su marido cuando sintió vértigo del paisaje, e igualmente asombrada con tanta belleza en una sola ciudad. Matthew le tomó de las manos sin dejar de admirar el paisaje.

Como era de esperarse, él ya conocía la ciudad por lo que fueron directamente a uno de los restaurantes más conocidos y que servían un buen pescado en especias. Pidieron una mesa y esperaron a que tomaran su pedido para luego dedicarse a contemplar las instalaciones. Ninguno de los dos se dirigía la palabra o una mirada, era como si temieran romper lo bien que se llevaban esa oportunidad o arruinar el viaje con algún comentario fuera de lugar. Rebecca debía admitir que volvía a sentirse como hace dos años, insegura de cada paso que daba con temor de ver una reacción contrariada en su esposo.

Muchos podrían decir que se llevaban mejor, lo cual era cierto, pero ahora tenía un secreto que hacía las cosas más complicadas que en un principio. Esa era la idea de las reglas, el contrato y la falta de comunicación entre ellos referente a su vida personal. Matthew acababa de romper una de sus propias reglas, desmoronando uno de los pilares de su extraña relación, ahora no sabía cómo enfrentarse al futuro, más cuando él demostraba sentirse cómodo con la idea.

Desconcertada observaba a su marido comentar el itinerario del siguiente día, tenía la intención de llevarla a *Millennium Park*, a *Navy Pier* y a *Magnificent Mile*. Tuvo que detenerle recordándole que no podían estar dando tantas vueltas cuando él no se encontraba en condiciones de caminar o estar en una misma posición por tanto tiempo. Él no le dio importancia agitando la mano siguiendo con la información general de aquellos lugares.

Al retornar al Hotel, nuevamente observaron el movimiento apresurado de los empleados al verlos aparecer, como si con solo mirarlos fueran a ser despedidos. Pasaron directamente a los ascensores, en la puerta de la habitación se despidieron del guardaespaldas acordando un horario para comenzar el paseo. El hombre le dio pasada a su esposa para luego cerrar tras de sí.

El pequeño apartamento se encontraba en completo silencio, ni siquiera se escuchaba el tráfico de la calle principal. Sin importarle que Matthew aún estuviera correctamente vestido, ella se quitó los zapatos en medio de la sala junto con los accesorios, tal cual haría si estuviera en su dormitorio de la mansión, luego de terminar un largo y agotador día de trabajo. Se acercó a uno de los ventanales para disfrutar de la vista, las luces ya se apoderaban de los rascacielos y las personas recorrían las calles como hormigas hacia su hogar.

Se sobresaltó cuando sintió el electrizante tacto del hombre en sus caderas, se corrió rápidamente para quedar mirándolo de frente. Él parecía desconcertado mientras ella llevaba el ceño fruncido, ya no podía más con todo esto, las cosas se estaban descontrolando y causando problemas, aquello no era parte del trato, debía hacerle entender.

—Basta, Matthew.

—¿Qué he hecho? —preguntó desconcertado manteniendo todo el peso en la pierna sana ya que no llevaba las muletas; Rebecca lo notó.

—¿Que descuidado eres! ¿Dónde están las muletas? —la chica buscó por la sala.

—En el dormitorio...

—¿Has venido caminando desde allá? ¿Entiendes lo que eso significa? —Le interrumpió cruzando la estancia hasta el cuarto—. Pensé que estabas ansioso de volver a caminar, pero si algo te sucede, ese sueño tardará en llegar. —Finalizó cuando estuvo a su lado.

—Más me importa saber que pasa entre nosotros —indicó Matthew sin dejar de observarla mientras apoyaba todo su peso en los aparatos de regreso en sus brazos.

El silencio nuevamente se apoderó de la habitación, sus ojos se mantenían fijos en el otro, sin pestañar, uno esperando esa respuesta necesaria para poder seguir adelante, mientras la otra no lograba salir del estupor, procesando si verdaderamente quería decir lo que exponía.

Tal vez pasaron segundos, minutos, hasta horas antes que Rebecca reaccionara, con lentitud se corrió hacia un sofá dejándose caer sin desconectar la vista con su esposo quien también avanzó hasta ubicarse frente a ella en un sillón cercano.

—¿Qué pasa con nosotros, Rebecca? —cuestionó el hombre intensificando la mirada felina.

—Estamos casados —contestó por lo bajo, logrando un bufido de parte de su marido.

—Eso ya lo sé, cariño, pero ¿bajo qué términos?

—Bajo los términos que tu impusiste, Matthew, nada ha cambiado —respondió Rebecca poniéndose de pie con la sangre hirviendo en su interior—. Que hayas querido exponer tus sentimientos y secretos, no quiere decir que las cosas cambiarán entre nosotros... Yo no te quiero, entiéndelo. —casi podía describir la decepción en sus ojos.

—¿Todo por ese asesor? No es mi culpa que se haya ido, intenté retenerlo... solo por ti.

—¿Por qué estamos hablando de Ryan?

—¿Porque todo se ha arruinado por su culpa! —Confesó Matthew llevándose las manos al cabello—. Llevo tres meses intentando entender estos sentimientos, pero él siempre se interpuso, y ahora que por fin se ha ido, tú estás en ese estado...

—¡No, no, calla! ¡No sigas! —Interrumpió la chica llevándose las manos a los oídos y cerrando los ojos con fuerza—. Solo estás confundido, te has desviado de tu meta. Solo necesitabas una esposa florero para que tus padres creyeran que podías rehacer tu vida; lo has logrado, no tienes para que complicar las cosas.

—¿Y cuando hicimos el amor? —preguntó Matthew con la misma intensidad.

—¡No hicimos el amor! ¡Solo fue sexo! Entiéndelo de una vez, Matt; ese día las cosas se fueron de control, ahora lo hemos solucionado... solo debes buscar una mujer que te desee de la misma manera y yo prometo no interferir —trago en seco—. Tal vez Alexandra esté interesada y conozca a alguien...

Olvidándose de la punzada en el vientre, fijó la mirada en cualquier otro lugar evitando el rostro del hombre. Jadeó cuando lo vio levantarse apoyando todo el peso en la férula y la pierna buena. Se llevó las manos a la boca escuchando unos cuantos tacos de su parte.

—Estos días me he preguntado donde ha quedado tu inteligencia, esa esencia en ti que me incentivó a tomar aquellas decisiones. ¿No recuerdas que Alex es lesbiana? ¿Qué prefiere tenerte a ti antes de ligar conmigo? ¡Yo no le gusto, mujer! ¡Solo soy su primo que busca cuidarla cuando nadie más lo hizo!

La sangre dejó de fluir por su sistema al tener otra información que procesar. ¿Primo? ¿Cuidarla? ¿Más secretos? No, no quería más lazos con ese hombre que un papel que los unía en matrimonio, demasiado ya tenía con un anexo maldito en ese contrato que ahora les permitía tener relaciones sexuales, ahora debía escuchar cada confesión que su marido deseara exponer. ¿Por qué la vida debía ser tan injusta?

Sin embargo, sentía curiosidad, siempre la sintió desde el momento que conoció a Alexandra, creyendo que se trataba de la amante de Matthew y que hacían todo frente a sus narices, cuando la realidad era otra, esa morena solo deseaba coquetear con ella. Ahora entendía esas sonrisas y toda la atención que ponía en su persona, siempre creyendo que era para demostrarle quien

mandaba y cuanto poder tenía sobre el hombre, no obstante, era todo lo contrario.

¿Primos? No podía ser cierto, Matthew era el único heredero de todos los bienes de la familia Griffin y Larson. Por Nicholas, sus padres murieron a temprana edad y era hijo único, y por Melissa, Allison estaba muerta, John y Jeremy nunca se casaron ni tuvieron hijos. Era la misma conversación que Claire exponía en cada visita, por eso quería tener bisnietos, anhelaba que su familia no desapareciera cuando Matthew muriera.

Quería preguntar y al mismo tiempo desaparecer en una de las habitaciones y no salir hasta que Kyle le recordara que debían tomar el avión al siguiente destino. ¿Por qué las cosas eran tan difíciles? ¿Por qué no podía ser como antes? ¿Dónde se había quedado ese Matthew frío y controlador? Lo miró, expresando con sus ojos verdes que deseaba saber la historia. El hombre se sentó nuevamente, estiró la pierna afectada masajeando la parte superior de esta donde no llegaba la férula.

—En uno de sus viajes de placer, Jeremy conoció a la madre de Alexandra. Pasaron toda su estadía juntos, lo que para la mujer parecía una propuesta de amor eterno, para mi tío solo era un pasatiempo. Cuando le dio la noticia de estar embarazada, él se hizo el desentendido refiriéndose a que no podía tener hijos, aunque nadie sabe si es verdad. La mujer crió y cuidó de su hija hasta que murió de una enfermedad de esos lugares tropicales. Alex decidió tentar a la suerte y buscar a su padre, solo dio conmigo en un evento como acompañante de una chica famosa.

—¿Te lo dijo? —preguntó la chica, Matthew negó.

—No, después de conocerla decidí que sería un buen elemento para la empresa, le di trabajo en Infinite Fantasy, luego la asocié y sospeché que algo ocurría cuando se encontró por primera vez con mi tío. Luego de amenazarla con despedirla me confesó ser la hija bastarda de Jeremy Larson, hicimos lo exámenes de ADN y al dar positivos me hizo prometer no contar nada de aquello; solo Alexandra y yo... ahora tú, sabemos que somos parientes.

—¿Por qué no pedir lo que le corresponde por derecho?

—Cada día se siente más segura y conforme con su decisión, todo lo que ha logrado ha sido por sus méritos y no ha necesitado el apellido de su padre para serlo. Dice que es feliz que por lo menos un miembro de la familia esté con ella, no necesita más —concluyó Matthew, sin quitarle los ojos de encima, esperando cualquier reacción ante otro secreto de la familia Griffin. Al final suspiró mirando el suelo—. Lo único que lamento es no decirle a mi abuela, sé que estaría dichosa con una nieta.

—¿Ella sabe de nuestro acuerdo? —preguntó Isabella; él volvió a negar.

—No, ella cree lo mismo que todos, por fin me he enamorado y he encontrado a la persona con quien pasar el resto de mi vida —sonrió mientras negaba—. Con la única diferencia es que en un principio pensó que eras de su bando al aceptar tan fácil casarte conmigo, creía que solo intentabas ocultar tu sexualidad. Pero ya le ha quedado claro que no es así.

La chica se sonrojó de solo recordar esa comida en el restaurante donde confesó sentirse atraída por ella, sin importarle que Matthew estuviera ahí presente. Miró hacia otro lado intentando organizar toda la información acumulada en tan poco tiempo.

Se levantó con brusquedad justificando que estaba cansada para perderse en el cuarto principal directo hacia el baño. Hizo todo el proceso con rapidez y para esconderse entre las sábanas antes que Matthew apareciera y quisiera cuestionarla nuevamente. Le hizo creer que ya se encontraba dormida cuando él entró, lo escuchó moverse con dificultad por la habitación, estuvo tentada de moverse para ayudarlo, aunque finalmente se contuvo.

Cerró los ojos con fuerza cuando sintió el lado vacío de la cama hundirse, su sentido del oído

se sensibilizaba para escuchar cada sonido que hiciera el hombre, desde respirar hasta aplicarse la crema, tomar los medicamentos y colocarse la venda. Solo logró conciliar el sueño al sentir la respiración pasiva de su marido.

El día siguiente los planes cambiaron, el paseo por la ciudad fue cambiado por pasar el día dentro de la habitación. Rebecca decía estar indispuesta y Matthew no le contradijo.

En varias oportunidades tuvo la intención de salir sola a recorrer, escapar como lo hizo en Vancouver, aunque venía a sus recuerdos el accidente haciéndole descartar esa posibilidad, prefiriendo mantenerse dentro del cuarto con la puerta cerrada escuchando como las muletas se movían por la sala, su esposo haciendo llamados o interrumpido por su guardaespaldas. Se sintió culpable al oírlo cancelar la reserva en un restaurante donde pensaba llevarla aquella noche.

A la hora indicada se encontraron nuevamente en el jet para tomar el siguiente destino, Madison Wisconsin, lugar donde se ubicaban dos hoteles y una casa de acogida. Al ser una de las ciudades estadounidense con mejor calidad de vida y un alto nivel educacional, era donde se graduaban los mejores adolescentes, siendo destacados dentro de Plays and Grows.

En aquella ocasión Matthew no se ofreció con un recorrido por el barrio turístico, sino que alegó dolor en la pierna por lo que la animó a salir por sí sola mientras se quedaba recostado viendo su correo. A pesar de sentirse desplazada, se dijo a sí misma que era lo adecuado, mientras menos acercamiento, mejor.

Al segundo día, antes de tomar nuevamente el avión el hombre se encargó de llevarla de compras, insistiendo que saliera con unos cuantos conjuntos nuevos y joyas fuera de su tienda favorita.

El último trayecto hacia el hotel lo hicieron caminando, Kyle se hizo cargo de la silla de ruedas y las bolsas de compras mientras la chica pacientemente le acompañaba disfrutando del paisaje y las personas que transitaban por las calles. Al llegar a destino, el guardaespaldas les dio espacio desapareciendo sigilosamente, el administrador se acercó de la misma manera y así mismo Matthew lo mandó a volar insistiendo que ella estuviera cerca. Tomaron el elevador para llegar a su habitación.

El ambiente se sintió distinto cuando estuvieron en el espacio reducido, encerrados por cuatro paredes sin poder distraerse con alguien más. Su esposo se apoyaba en una de las paredes de espejo apoyando el peso en las muletas, bajando la mirada hacia el suelo, moviendo el pie de un lado otro como si le incomodara la férula. Su instinto indicaba acercarse y preguntar si sentía malestar, sin embargo, se quedó en su lugar aferrándose con fuerza a la manilla metálica.

Ambos suspiraron al abrirse el elevador, esperó a que bajara antes de hacerlo ella procurando que las puertas no cerraran antes. Él se encargó de abrir con la tarjeta electrónica dejando abierto al pasar, cuando ingresó había tomado asiento en uno de los sofás tomando su celular para llamar a sus padres. Le hubiese gustado tener a quien llamar para dejar de observarlo, sin embargo, solo tenía a Melanie quien la avasallaría con preguntas que la pondrían incómoda.

Se sobresaltó cuando Matthew le llamó, le tendió el aparato telefónico diciendo que Melissa quería saludarla. Estuvieron platicando un par de minutos quedando para comer a la vuelta del viaje, cortó la llamada y le tendió el celular a su dueño. Sus dedos se rozaron causando esa descarga que a ambos los desconcertaba, se miraron fijamente a los ojos hasta que Rebecca desvió hacia otro sitio.

—Matt...

—No, no hace falta —interrumpió el hombre colocándose de pie con ayuda de las muletas—, ya se la historia de memoria. Estoy cansado, me iré a dormir, buenas noches.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó la chica con la mirada culpable; él rio por lo bajo y negó.

—No, gracias. Sabemos en qué puede terminar y como me has dejado claro, no te gusto, como tampoco haces el amor. Buenas noches.

Rebecca se quedó de pie en el mismo sitio más tiempo del necesario, no reaccionó hasta que se dio cuenta que era de madrugada. Se sentía culpable por alguna razón desconocida, no se trataba de la ayuda que le proporcionaba, o del hecho que su esposo se sintiera frustrado... había algo más que la tenía inquieta.

Esa noche decidió pasarla en la habitación continua, sin importarle lo que fueran a decir los trabajadores del hotel.

* * *

Aquella mañana había sido de locos, la desestructuración de su rutina le estaba causando dolores de cabeza, más cuando Lillian hacía caso a las órdenes del señor Griffin, en vez de seguir las instrucciones de ella. También estaba aburrida de las respuestas y argumentos de la rubia, sabía cómo jugar sus cartas sin dejarle opción para refutar. Eso de despertarse a la hora que deseaba hacía que su horario no funcionara.

Necesitaba llegar lo antes posible a *Glow*, la boutique, para la reunión que tenía con Melanie. Estaban entusiasmadas con la invitación a participar que se le dio a la tienda y a ellas por ser parte importante de la moda, para la *Fashion Week* de New York. Un desfile completamente para ellas mostrando sus diseños, siendo reconocidas por el mundo entero.

Aún temblaba de la ansiedad, sin perder la sonrisa, cuando bajó del auto frente a la boutique. Agradeció a Samuel que le tendiera la mano, dejó que él se encargara de las bolsas dentro del auto siguiendo su ruta al interior. Saludó a la recepcionista, a algunas clientas que deambulaban por la zona y finalmente entró al taller donde su amiga se hallaba en una acalorada llamada telefónica.

Permitió que el guardaespaldas entrara dejando las cosas sobre la gran mesa blanca con algunos retazos de telas, le dio una sonrisa asegurándole que estarían bien. La chica de recepción apareció preguntando si deseaban algo de beber a lo que se negó pidiendo que nadie les interrumpiera. Cerró dejando escapar el aire y girándose hacia Melanie.

—Se trata del evento más importante de esta ciudad y nosotras estaremos ahí —dijo la diseñadora sin moverse de su posición. Rebecca asintió.

—Ahora en febrero y si las cosas salen bien, en septiembre —Melanie asintió automáticamente.

—Gran parte de la temporada primavera-verano está terminada... no sé si para una pasarela de alta costura —Rebecca negó con efusividad acercándose a su amiga tomándola de las manos con una gran sonrisa.

—Eres la mejor diseñadora, todos alaban tus diseños, en especial cuando los llevo puestos, sin desmerecer —ambas rieron entre dientes—. Serás todo un éxito, Melanie Reeve.

—Seremos, seremos un éxito —aseguró la diseñadora abrazando a la pelirroja.

Era poco el tiempo que tenían para organizar el desfile, pero no podían perder la oportunidad por algo así. La única cosa que a Melanie le preocupaba eran los viajes de Matthew y que se llevara a Peter con él. Los Reeve eran inseparables, lo que significaba que, si uno de los dos viajaba, el otro le seguiría sin importar el trabajo que dejarían atrás. No obstante, Rebecca le aseguró que no harían ningún viaje cercano, ya era suficiente con el recorrido por los hoteles y resort hace un par de semanas. El doctor había dejado bastante claro que ahora necesitaba reposo de tanto movimiento innecesario.

Debían atender una cantidad enorme de protocolos y hojas de cálculo, significaba hacer ajustes en algunas prendas, lo que impedirían ser vendidas con facilidad luego, ya que las tallas de los modelos no serían las mismas que a las mujeres a que vendían. Lo que destacaba a la boutique eran las prendas exclusivas y que la misma diseñadora las acomodaba a su talla, es decir, nadie más que la cliente podría usarla.

Por otro lado, necesitarían realizar nuevos pedidos de telas, iguales o muy similares a las últimas que llegaron.

—Haré algunas llamadas y consultaré algunas cosas con Lillian, sé que podrá colaborar con este proyecto. Necesitamos coordinar la lista de invitados que se nos otorgó —dijo Rebecca concentrada en su cuaderno de notas.

Luego pasaron a las finanzas donde la señora Reeve prefería perderse, Rebecca rio mientras negaba y se concentraba en los registros que le entregaba la recepcionista. Las ventas iban muy bien, superaban los números desde la apertura y si las cosas seguían tal cual, para el desfile tendrían nuevos clientes.

Melanie insistía que no serían necesarias modelos para hacer publicidad, luego del desfile y que ella siguiera usando los conjuntos seleccionados, todas deseaban llevar algo igual o más exclusivo que las grandes marcas de diseñadores.

—Creo que seguiré insistiendo que deberías ser una de las modelos —dijo Melanie mientras observaba los papeles sin interés.

—A Matthew no le gusta la idea.

—¿Le has preguntado? —Rebecca dejó los papeles sobre la mesa y suspiró.

—No es necesario, ya sabemos cómo se pone con el solo hecho que ocupe algo que no sea un vestido hasta la rodilla, imagina mostrarlo a otros —Melanie se encogió de hombros.

—¿Irás a la presentación de vinos? —preguntó la diseñadora cambiando el tema.

—Claro que irá.

Las dos saltaron del susto cuando escucharon una voz masculina, se giraron para encontrarse a Matthew Griffin frente a ellas con una sonrisa y una reverencia como saludo. Se movía con la agilidad que le caracterizaba después de tanto tiempo con muletas, se sentó junto a Melanie dejándole un beso en la mano y luego regalándole una sonrisa felina a su esposa. Rebecca tragó en seco. La diseñadora de rasgos latinos le regaló una gran sonrisa al hombre colocando una mano sobre su pierna sana.

—Veo que te mueves como si fueran sus propias piernas —Matthew bufó levantando los aparatos.

—No me queda de otra, hasta que el doctor decida que el reposo no sea parte de mi vida, tengo que acostumbrarme —miró a Rebecca de reojo—. Especialmente cuando tengo una mujer que me lo recuerda a cada minuto.

—¡No te darás cuenta cuando estarás caminando por tus propios pies! Además, tienes a la mejor enfermera del mundo, que próximamente será tan famosa como tú —Rebecca se sonrojó bajando la mirada.

—Ella ha brillado con su propia luz siempre, no necesita de mí para eso, al contrario, creo que yo soy más dependiente.

—Estoy presente por si no se han dado cuenta, puedo escucharlos hablar de mí —dijo la chica todavía con las mejillas sonrojadas—. ¿A qué has venido? Deberías estar en casa descansando.

El empresario sonrió con suficiencia acomodándose en el sofá con ayuda de sus brazos, buscando una posición más cómoda para la pierna. Parecía entusiasmado por algo que no lograba

leer en su expresión. ¿Otra compra importante? ¿Alguna descabellada idea? Aún no terminaba con los restaurantes.

—Vengo con la intención de invitarte a comer si ya han terminado su trabajo — Rebecca tenía toda la intención de negarse cuando su amiga interrumpió.

—¡Claro que sí! Nosotras ya hemos terminado, creo que haré lo mismo, iré por Peter, le daré una sorpresa —dijo Melanie yendo por sus cosas y olvidándose de la pareja.

—¿Vamos? —preguntó Matthew poniéndose de pie sin perder la sonrisa.

Rebecca no lograba reaccionar, su socia tuvo que ponerla de pie entre comentarios divertidos que causaron risas de la diseñadora y el empresario. Cuando llegó al lado de su esposo, éste le besó la mejilla. Era primera vez desde el viaje que mostraba tanto entusiasmo, no es que no le hablara, solo que había dejado de insistirle con la idea de ser algo más.

Estaban saliendo de la tienda dirigiéndose al auto cuando Melanie los detuvo desde la entrada.

—Matthew, ¿dejarías que Rebecca desfilara para la marca? —El silencio se hizo; más se relajaron cuando él rio entre dientes.

—Ya lo hablaremos, Melanie. Buena tarde.

Kyle los esperaba junto al auto con la puerta abierta, hizo una pequeña reverencia como saludo. Samuel asintió al entender que sus servicios no serían requeridos por el resto de la tarde, subiéndose al coche emprendiendo camino de regreso a Old Westbury.

Se internaron en las calles de la ciudad tomando la Quinta Avenida para luego desviarse por otras, como si solo pasearan. La chica no sabía que decir por lo que solo miraba por la ventanilla esperando que se detuvieran en alguna parte, Matthew había pedido colocar música por lo que tamborileaba con los dedos sobre su muslo, siguiendo el ritmo. De vez en cuando lo escuchaba tararear, le daba ganas de girarse y verificar que se trataba de su esposo, pero optaba por mantener la postura.

Llegaron a Time Square por la W 42nd St, se detuvieron junto a unos estacionamientos privados donde dejaron el BMW. Debido a la aglomeración de gente recorriendo las calles a pesar del frío, decidieron avanzar lentamente con las muletas para evitar problemas con la silla de ruedas, en especial cuando su esposo dijo que no estaban lejos. Procurando que no se perdieran le hizo tomarse del brazo, el guardaespaldas les seguía de cerca y al mismo tiempo les daba su espacio personal, solo vigilando que nadie les tomara desprevenido.

Sin soltarse siguieron al mar de personas que transitaban, los esquivaban con tanta facilidad que Rebecca se cuestionaba como era que su esposo no tenía problemas con la rodilla, ¿no debería estar descansando en vez de caminar? Deseaba reprenderlo por no seguir las indicaciones del médico, pero tampoco tenía ganas de hacer un escándalo en plena calle, una de las más concurridas.

Más sorpresas se llevó cuando se detuvieron frente al restaurante que menos esperaba encontrar al presidente de Infinite Fantasy. Pensó que le jugaba una broma, pero cuando se pusieron en la fila esperando su turno, entendió que verdaderamente comerían ahí. ¿Cuándo fue la última vez que disfruto de ese tipo de comida? Negó en silencio mientras una sonrisa aparecía en su rostro.

—Te ves hermosa sonriendo —comentó Matthew en su oído. Rebecca se sonrojó.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste aquí? —preguntó desviando el tema. Él sonrió sin alejarse.

—Creo que tenía tu edad... —Matthew se echó hacia atrás entrecerrando los ojos sin perder la sonrisa—. Eso ha sonado como si tuviera miles de años. —La chica no pudo evitar reírse.

—Eres un anciano.

—Un anciano que disfrutará de una hamburguesa extragrande.

Finalizó la conversación cuando la chica esperaba atenderlos, la idea de comer en un McDonald's era extraña viéndolos vestidos así, ella con diamantes y el con un traje a medida, aunque al fijarse a su alrededor, se dio cuenta que casi todos iban de la misma manera. Dejó que su marido pidiera por ella sin extralimitarse tal como él quería comer, esperaron a que la bandeja estuviera lista y buscaron un lugar entre el local atestado. No era prudente subir al segundo o tercer piso del local por la condición de su esposo, por lo que esperaron una de las pocas mesas en la primera planta.

Demoraba en comer solo por observar a Matthew disfrutar de su hamburguesa, parecía un niño pequeño, se movía de un lado a otro con las mangas de la camisa arremangadas luego de haberse quitado la chaqueta. El cabello iba despeinado, nada parecido a lo ordenado de cada mañana, se mostraba más joven de lo que representaba con su postura elegante y formal.

Con disimulo se miró a sí misma, llevaba un vestido ajustado azul petróleo junto con los respectivos diamantes, más un abrigo blanco de encaje confeccionado por su socia, sería una verdadera lástima que se manchara con salsa en un lugar como ese. Pero ahí estaban, dos personas que eran buscados por los paparazzi en un simple restaurante de comida rápida. Pensó en que podrían estar llevando ropa más informal, representar la edad que les correspondía, por lo menos ella... ¿Cuántos años tenía? ¿Cuarenta? ¿De verdad solo eran veintitrés años?

Se sobresaltó cuando Matthew le preguntó si seguiría comiendo, rápidamente negó tomando una servilleta para limpiarse y tomar sus cosas. Él le ofreció brazo antes de salir a lo que ella aceptó solo por el hecho de estar el público, se sentía desconcertada con todo lo que pasaba últimamente.

Se dirigieron al estacionamiento cuando sonó el celular del empresario, le ayudó a sacarlo diciéndole que era su padre, como llevaba las manos ocupadas le pidió que contestara. Nicholas los invitaba a casa, aceptó comentándole que se encontraban en el centro de la ciudad por lo que demorarían en cruzar la ciudad hacia Brooklyn.

Tal como lo pronosticó la chica, el tráfico estaba terrible, se movieron lentamente por el horario, todos corriendo por llegar a su lugar de destino justo un lunes. Matthew no parecía molestarle, comentaba algunas cosas de la empresa, le preguntó sobre el desfile mostrándose realmente interesado en lo que ocurría en sus negocios personales. Le animó a pedir las telas necesarias, asegurándole que podría utilizar cualquier medio de transporte de Infinite Fantasy para trasladarlo si no encontraban una forma rápida.

Luego de cruzar el puente, el camino fue ágil llegando en poco tiempo a la conocida entrada a la casa de los Griffin Larson. Agradeció a Kyle al ayudarlo a bajar caminando junto a él con su marido, sosteniendo las muletas mientras salía con precaución. Se sorprendió cuando los labios del hombre se posaron en los suyos sin aviso, sintiendo aquella corriente recorrer cada parte de su cuerpo, hasta el extremo de sus dedos haciéndola estremecer.

Sintió ruidos, aunque no les tomó atención disfrutando de la conexión. Se sintió frustrada cuando Matthew se separó girando hacia la puerta donde los observaban con una gran sonrisa Melissa y Nicholas. Padres e hijo se saludaban con entusiasmo, lo único que tenía Rebecca en mente era la terrible mentira en que vivía a diario. Ese beso que acaban de compartir, creyendo que podía tratarse de algo especial, no era más que una farsa, solo intentaba aparentar que eran una pareja perfecta.

Tomó aire buscando su centro, intentando representar su papel de chica enamorada,

olvidándose de estupideces que no tenían sentido, era ella quien dejó claro que las cosas entre ellos no iban más allá del contrato, Matthew lo aceptaba, lo que no significaba que la actuación parase.

Matthew se llevó el protagonismo en la conversación, comentando sobre el viaje luego la última consulta al doctor, insistiendo que la kinesiología que Liam implementaba estaba dando resultados asombrosos, lo que podría adelantar su recuperación completa.

Melissa se mostraba satisfecha y feliz, ya deseaba ver a su hijo caminar sin necesidad de ayuda alguna. Luego la charla se dirigió al próximo evento que tenían en común, la cata de vinos que se realizaría cerca de la ciudad.

—Estamos muy entusiasmados con la degustación de vinos, ¿pretenden tomar ideas? —preguntó Nicholas refiriéndose al proyecto que tenían en conjunto con Peter.

—Es una de las opciones, hemos invitado al enólogo que se encargó de la primera siembra y cosecha. La idea es lograr algo novedoso, bueno y al alcance de todos —explicó Matthew con el mismo entusiasmo que su padre.

—Creo que será una excelente idea, como también que podrán darse a conocer —comentó Melissa, su hijo asintió.

—¿Qué piensas, Rebecca? —preguntó el mayor de los Griffin. La chica tragó el té que bebía antes de hablar.

—Matthew es un excelente empresario, sabrá cómo llevar otro de sus negocios.

—Debo admitir que ha funcionado mucho mejor desde que estás a mi lado —dijo el aludido besándola sorprendentemente en los labios; ella intentó sonreír.

—Con esos comentarios darás a entender que solo te casaste conmigo por negocios —sentenció la chica, más que nada dando una indirecta. Matthew rio entre dientes.

—Sin embargo, solo es un pro dentro de nuestro matrimonio, El amor es lo más importante, ¿cierto?

Era bastante obvio que le devolvía la jugada, solo como él sabía hacerlo. Sonrió, colocó una mano sobre un brazo y se acercó para besarle en la mejilla para luego girarse hacia los padres de su esposo con la intención de calmar cualquier sospecha.

Disfrutaron del resto de la tarde, poniéndose al día con las noticias, aprovecharon de llamar a los abuelos Eric y Claire, y gozar de una pequeña charla en familia a la distancia. El abuelo de Matthew insistió en que fueran a visitarlos, a lo que el nieto prometió hacerlo muy pronto, a penas dejara la férula y pudiese moverse sin problemas.

Finalmente, después que Rebecca reclamara que su esposo necesitaba descanso, Melissa y Nicholas les desearon un buen viaje mientras ellos organizaban la casa para los próximos invitados. A penas la puerta del auto se cerró dejándola fuera de vista de sus suegros por la oscuridad del vidrio, se alejó lo más posible del empresario.

* * *

Luke le entregaba documentos y apuntes mientras explicaba cada uno de ellos, indicándole los casos importantes como los que necesitaban reubicar. Max apareció frente a ella llamando su atención, dejando de lado al otro chico, presentándole a los nuevos miembros caritativos que reunía la fundación. Rebecca se mostró entusiasmada con la noticia logrando la mejor sonrisa de Max en las últimas semanas.

Luego de verlos partir, la chica felicitó a Max logrando que varios de los que se encontraban cerca aplaudieran. Luego fue el turno de Meg acercándose y susurrándole algunos comentarios mientras se dirigían al vestíbulo donde los demás voluntarios esperaban expectantes por las

nuevas noticias. Aquella mañana debían transmitir información que alegraría a todos los que trabajaban por aquella causa.

La señora Griffin los reunió en el vestíbulo, el lugar más amplio de la casa, indicándoles los nuevos números, los gráficos de cada casa de acogida y los resultados académicos que obtuvieron los jóvenes. También destacaron a los que cumplían los dieciocho años, aquellos que dejaban las casas y comenzaban en el mundo laboral. Cada detalle superaba las estadísticas de años anteriores y las metas que se habían impuesto.

Algunos gritaron para festejar, otros se unieron con saltos, abrazos, felicitándose mutuamente por el trabajo logrado, motivándose para que ese nuevo año fuera aún mejor. Max sacó botellas de champaña para celebrar, las copas se empezaron a repartir mientras Rebecca se paseaba por todo el personal para agradecerles los esfuerzos realizados durante los meses pasados.

El lugar quedó en silencio tan rápido que la chica creyó que le pedirían un discurso, se dio la vuelta con una sonrisa la cual se esfumó cuando vio a Matthew detenido en la puerta principal. Llevaba uno de sus trajes color grafito a medida con camisa blanca y la corbata de la misma tonalidad y textura del traje. Se debía admitir que era un hombre imponente, atractivo y con fuerza, más cuando permanecía de pie con las piernas levemente separadas demostrando firmeza en su andar y una sonrisa demasiado segura y confiada, como si fuese a dar su mejor jugada... ¡Un minuto!

¿Firmeza? ¿De pie? ¿Dónde estaban las muletas? ¿La férula? ¿Cómo era que se mantenía tan firme si no llevaba nada para mantenerse de pie?

No logró reaccionar, menos cuando Matthew estaba junto a ella después de haber dado tres zancadas sin ni una expresión de dolor, la tomaba por las mejillas para besarla con fervor frente a todos los trabajadores. ¡Él no hacía esas cosas!

Parecía que el beso no terminaba y ella ingenuamente caía sucumbida ante esa electricidad que hacía vibrar sus cuerpos. Dos castos besos terminaron la demostración de cariño, para luego regalarle una sonrisa.

—Tus labios son mejores de lo que recordaba. Buen día, cariño.

Sin más, el hombre se dio la vuelta saludando con un asentimiento a todo quien estuviera a su alcance, no obstante, se detuvo bruscamente levantando una mano como si recordara algo. Otra sonrisa felina atenta en ella; se estremeció.

—Lo olvidaba, cariño —se acercó hasta dejar su boca junto al oído—. El juego recién comienza.

A pesar que el gran empresario les saludara o felicitara su trabajo, nadie se movía de su puesto, al igual que su esposa, quien se mostraba tan asombrada o aún más que el resto. Ningún músculo de su cuerpo reaccionaba, ni su cerebro o el mismo corazón parecían procesar el acto recién ocurrido.

¿Qué estaba pasando?

Sobre la autora

Camilla Fava nació en Santiago de Chile, viviendo su infancia acompañada de su madre y la imaginación. Estudió Educación Parvularia, motivada por la idea de educar a las nuevas generaciones a través del juego y la fantasía, lo que dio a lugar a crear historias propias que fueron publicadas en el mundo de Fanfiction.

Después de la insistencia de varios cercanos y un gran grupo de lectoras, se decidió a hacer realidad esta novela, trayéndola a la vida con personajes propios y un sinfín de emociones y sentimientos.

Sí, acepto, es su primera novela autopublicada con la intención de llevar al lector a sentirse presente en la historia de Matt y Rebecca.

Agradecimientos

Esta es la parte más difícil a la que me enfrento de esta novela. Algo irónico si pensamos en las más de cuatrocientas páginas que acabas de leer, sin embargo, esta no solo es una sorpresa para ti, si no para muchas personas que me rodean. Solo era un grupo muy pequeño de personas que sabían de la existencia de este libro y la loca idea de publicarlo y agradezco a cada una de ellas por el valor que me dieron cada día, cada hora, cada minuto y segundo para que por fin se hiciera realidad.

Gracias a todas las lindas personas que conocí por Fanfiction y leyeron esta historia cuando solo era un sueño y tenía personajes de esas novelas que tanto nos gustaban.

Gracias a Karina por “molestar” día y noche para que sacara esta fantasía y le hiciera realidad. También por las miles de horas que utilizó para leer... ¿cuántas veces? Incontables, procurando que todo tuviese coherencia y perfección como me gusta.

Gracias a Gabriela Mercado por su dedicación para realizar el diseño de portada de este libro y tantas otras ediciones que pasamos juntas para proyectos anteriores y los futuros que vengan. Eres y serás mi diseñadora estrella.

Gracias a todas esas personas que sin saberlo dieron su granito de arena para que funcionara, a Jo Ulloa, Marta Salazar, Laura Cepeda, Pia Arias, Rafaela Toledo y a tantos otros.

También agradezco a Juan Ignacio por haberme dado un empujoncito para decidir que viajáramos a Estados Unidos, donde pude conocer con mayor detalle los lugares donde caminaron Rebecca y Matt.

Gracias a mi mamá, Bárbara, por no preguntar todos esos días que salía en silencio y volvía tarde, dejándome trabajar en silencio para lograr este hermoso proyecto. Ahora sí sabrás que hago cuando desaparezco o estoy inmersa en mis pensamientos.

Gracias a Jaime por ser el primer lector, gracias por darme esa confianza y disfrutar de esta aventura tanto como yo.

Gracias a Cristián por apoyarme sin saber que estaba haciendo, dándome una mano cuando más lo necesitaba. Ahora si puedes disfrutar de ese proyecto que tenía entre manos, el cual apoyaste a ojos cerrados.

Sé que hay muchos más a quienes no he agradecido, pero están ahí, siempre en mi corazón, siempre ayudando de una manera u otra para que esta escritora pueda hacer sus sueños realidad.

¡GRACIAS!

Nos encontramos en el siguiente. Los quiero.